

Colección Letras Universitarias



FRANCISCO MARCOS MARÍN

CURSO DE GRAMÁTICA ESPAÑOLA

cine
cel

editorial cincel

La colección Letras Universitarias, que pretende ofrecer a estudiosos e investigadores estudios críticos y monografías de estilo universitario, presenta el *Curso de Gramática Española*, de Francisco Marcos Marín.

Tres son los apartados en que podemos dividir el texto: cuerpo doctrinal, bibliografía e índice de materias y autores. En el cuerpo doctrinal no sólo se tratan temas específicos de gramática española, sino que éstos quedan enmarcados en su contexto metodológico, analizándose desde las unidades (fonema, morfema, sintagma) hasta las corrientes científicas (estructuralismo, gramáticas generativas). La bibliografía supone un gran esfuerzo de actualización y síntesis: selección para las obras anteriores a 1950, amplio criterio de inclusión para las más modernas. El índice final es, por último, la gran ayuda que obtiene quien, al usar el libro como obra de consulta, busque el dato concreto, el uso específico, no sólo en el lugar previsible, sino también en todos los otros párrafos donde puede haber referencias a ese concepto buscado, referencias que no han de ser necesariamente marginales.

Francisco Marcos Marín, Doctor en Filosofía y Letras por la Universidad Complutense, es catedrático del Departamento de Lengua Española de la Universidad Autónoma de Madrid.

**CURSO
DE
GRAMÁTICA ESPAÑOLA**

COLECCIÓN DE LETRAS UNIVERSITARIAS - N.º 1

FRANCISCO MARCOS MARÍN

CURSO
DE
GRAMÁTICA ESPAÑOLA

Primera reimpresión: Noviembre de 1980
Segunda reimpresión: Noviembre de 1981
Segunda edición, corregida: Febrero de 1984
Cuarta reimpresión: Octubre de 1984
Quinta reimpresión: Agosto de 1985

Cubierta: Pareja Herrera

Todos los derechos reservados por
© 1980. EDITORIAL CINCEL, S.A.
Alberto Aguilera, 32 - 28015 Madrid
ISBN: 84-7046-136-2
Depósito legal: M. 25.357-1985
Impreso en Hijos de E. Minuesa, S.L.
Ronda de Toledo, 24 - 28005 Madrid
Impreso en España - Printed in Spain

Índice

NOTA PRELIMINAR	1
CAPÍTULO 1. SOBRE MÉTODOS	3
1.1. El estructuralismo: la lengua como sistema	3
1.2. El signo lingüístico	5
1.3. Las unidades lingüísticas: fonema, morfema y sema	8
1.4. Tres modelos de descripción lingüística	14
1.5. La gramática generativa y transformatoria y sus consecuencias .	18
1.6. Hacia un planteamiento nacional	35
BIBLIOGRAFÍA CITADA EN ESTE CAPÍTULO, NO RECOGIDA EN LA GENERAL FINAL	40
CAPÍTULO 2. LA COHESIÓN DEL PLURISISTEMA: NOTAS SOBRE EL CONCEPTO DE FORMA INTERIOR	41
2.1. La lengua como pluralidad de sistemas	41
2.2. Un ejemplo de plurisistematismo: las segundas personas del plu- ral en latín y la situación actual de las segundas personas en es- pañol	43
2.3. La forma interior	45
2.4. La forma interior en español	47
BIBLIOGRAFÍA CITADA EN ESTE CAPÍTULO, NO RECOGIDA EN LA GENERAL FINAL	49
CAPÍTULO 3. EL NOMBRE DE LA LENGUA	51
3.1. Castellano y español	51
3.2. <i>Español</i> , palabra extranjera	58
3.3. Lengua y morada vital	60
3.4. Ecos constitucionales de un problema español	64
CAPÍTULO 4. FORMACIÓN DEL ESPAÑOL. ELEMENTOS CONSTITU- TIVOS. MODERNIZACIÓN	67
4.1. La base del español	67
4.2. Las lenguas de sustrato	68
4.2.1. El ibero	69

4.2.2.	El tartesio	70
4.2.3.	El plomo de Alcoy	70
4.2.4.	Problema del celtibérico	70
4.2.5.	Vascoiberismo	71
4.2.6.	Onomástica	73
4.2.7.	Toponimia	73
4.2.8.	Otros aportes	74
4.3.	El latín de Hispania	74
4.3.1.	Caracterización	74
4.3.2.	La colonización surtállica	76
4.4.	Germanismos	79
4.5.	Arabismos	82
4.6.	Principales diferencias entre el castellano y otros romances peninsulares	87
4.7.	La modernización de la lengua	88
4.8.	Problemas del español actual	90
4.8.1.	El acento	91
4.8.2.	Vocales y consonantes	91
4.8.3.	92
4.8.4.	92
4.8.5.	Extranjerismos	93
4.8.6.	93
4.8.7.	Morfología	94
4.8.8.	Metátesis simplificadoras: aposición y adjetivo adverbial	94
4.8.9.	El verbo	95
4.8.10.	El regreso de América	96
CAPÍTULO 5. FONÉTICA		97
5.0.	97
5.1.	El movimiento armónico. Generalidades	98
5.2.	Propagación de los movimientos armónicos	101
5.3.	Superposición de movimientos. Interferencias	105
5.4.	Ondas estacionarias	108
5.5.	Resonancia	111
5.6.	El aparato fonador	111
5.7.	Producción de vocales y consonantes	116
5.8.	Análisis de los sonidos	118
5.9.	Mecanismos cerebrales del habla	122
5.10.	Vocales, semivocales, semiconsonantes, consonantes	125
5.11.	Modo de articulación de los sonidos	126
5.12.	Lugar de articulación	127
5.13.	Sonoridad y sordera de los sonidos	128
5.14.	Clasificación acústica de los sonidos	129
5.15.	Conclusión	131
BIBLIOGRAFÍA UTILIZADA EN ESTE CAPÍTULO, NO RECOGIDA EN LA GENERAL FINAL		132
CAPÍTULO 6. FONOLOGÍA		133
6.0.	133
6.1.	Los fonemas	133

ÍNDICE

vii

6.2. Variantes de fonemas	135
6.2.1. Los fonemas del español	137
6.2.2. Fonología de semivocales y semiconsonantes	138
6.3. Oposición	139
6.4. Clasificación de las oposiciones	139
6.5. El archifonema	143
6.6. Oposiciones en archifonemas	143
6.7. Correlación	144
6.8. Fonologización, desfonologización y transfonologización	145
6.9. Acento y entonación	146
CAPÍTULO 7. LA SÍLABA. LA ENTONACIÓN	149
7.1. La sílaba	149
7.2. El hiato	151
7.3. El tonema	151
CAPÍTULO 8. LA DIVISIÓN DE LA GRAMÁTICA	155
8.1. Paradigmática y sintagmática	155
8.2. Palabra, sintagma y frase	157
8.3. Morfología y sintaxis	160
BIBLIOGRAFÍA CITADA EN ESTE CAPÍTULO, NO RECOGIDA	
EN LA GENERAL FINAL	164
CAPÍTULO 9. ELEMENTOS ORACIONALES	165
9.1. La definición de oración	165
9.2. Sujeto y predicado	168
9.3. Argumento y predicado	169
9.4. Funciones sintácticas	172
9.5. Partes de la oración	175
9.6. Concordancia	178
9.6.1. Hiperconcordancia	178
9.6.2. Discordancia	179
9.6.3. La discordancia deliberada	179
9.6.4. El plural de modestia	179
9.6.5. El plural mayestático	180
9.6.6. Varios sujetos	180
9.6.7. Adjetivos con varios sustantivos	181
9.6.8. Propositiones de relativo o adjetivas	181
BIBLIOGRAFÍA CITADA EN ESTE CAPÍTULO, NO RECOGIDA	
EN LA GENERAL FINAL	182
CAPÍTULO 10. EL NOMBRE	183
10.1. El sustantivo	183
10.1.1. Forma	183
10.1.2. Géneros	184
10.1.3. Números	187
10.1.3.1. Formantes facultativos	187
10.1.4. Definición formal	188
10.1.5. Función	188
10.1.6. Significación	189
10.2. El pronombre sustantivo	191

10.3.	El nombre adjetivo	192
10.3.1.	Adjetivos connotativos	194
10.3.2.	Forma	194
10.3.3.	Función	196
10.3.4.	Significación	199
10.4.	Los pronombres adjetivos	199
10.5.	Clasificación de los adjetivos	201
10.6.	Los apreciativos: el diminutivo	203
CAPÍTULO 11.	EL PRONOMBRE	205
11.0.	205
11.1.	Clasificación pronominal	207
11.2.	Pronombres personales	208
11.2.1.	El pronombre <i>se</i>	211
11.2.2.	El pronombre <i>ello</i>	213
11.2.3.	Significación	217
11.2.4.	Anáfora y catáfora	217
11.2.5.	Fórmulas de tratamiento en español	220
11.3.	Pronombres posesivos	223
11.3.1.	Forma	224
11.3.2.	Función	224
11.3.3.	Significación	225
11.4.	Pronombres demostrativos	225
11.4.1.	Forma	225
11.4.2.	Función	226
11.4.3.	Significación	226
11.5.	Pronombres indefinidos	227
11.5.1.	Forma	227
11.5.2.	Función	227
11.6.	Pronombres relativos	228
11.6.1.	Forma	229
11.6.2.	Función	229
11.6.3.	Significación	230
11.7.	Pronombres interrogativo-exclamativos	230
11.7.1.	Forma	230
11.7.2.	Función	231
11.7.3.	Significación	231
CAPÍTULO 12.	EL ARTÍCULO	233
12.0.	233
12.1.	Forma	235
12.2.	Función	235
12.3.	Significación	241
12.4.	Cuadro de los actualizadores	244
12.5.	Construcciones sin artículo	245
CAPÍTULO 13.	EL VERBO	247
13.0.	247
13.1.	Forma del verbo	247
13.1.1.	Persona y número	250
13.1.2.	Tiempo-aspecto	250

ÍNDICE

IX

13.2.	Distribución relativa de los tiempos	252
13.3.	El modo	257
13.3.1.	Subjuntivo / Indicativo (potencial)	262
13.3.2.	Imperativo	265
13.4.	Aspecto	267
13.4.1.	Modificadores primarios	268
13.4.2.	Modificadores secundarios	270
13.4.3.	Modificadores terciarios (perífrasis)	273
13.5.	La voz	280
13.5.1.	Forma de la voz	280
13.5.2.	Funciones en la voz	282
13.5.3.	Significación de la voz	287
13.5.4.	Medialidad y pasiva refleja	289
13.6.	Verbos irregulares	291
13.7.	Función del verbo	293
13.8.	Significación del verbo	294
13.9.	Las formas no personales y su doble valor en el contexto ...	298
CAPÍTULO 14.	EL ADVERBIO	301
14.1.	Introducción: concepto	301
14.2.	Forma	302
14.3.	Función	304
14.4.	Significación	305
14.5.	Clasificación	308
14.6.	Límites de la categoría	313
	BIBLIOGRAFÍA CITADA EN ESTE CAPÍTULO, NO RECOGIDA EN LA GENERAL FINAL	320
CAPÍTULO 15.	PARTÍCULAS: PREPOSICIÓN Y CONJUNCIÓN	321
15.1.	La preposición	321
15.1.1.	Forma	322
15.1.2.	Función	322
15.1.3.	Significación	323
15.1.4.	Preposición y prefijo	325
15.2.	La conjunción	326
15.2.1.	Las conjunciones impropias o subordinantes	327
CAPÍTULO 16.	LA ORACIÓN SIMPLE	331
16.0.	331
16.1.	Estudio sintáctico	332
16.2.	Definición de la oración	334
16.2.1.	Elementos oracionales. El sujeto. Inversión del sujeto .	335
16.3.	El predicado: su núcleo y sus complementos	338
16.4.	Clases de oraciones	340
16.5.	Clases de complementos	341
16.6.	Oraciones con el verbo en voz pasiva: sus elementos	342
16.7.	Interjecciones en cuanto oraciones	343
16.8.	Clasificación de la oración simple	343
16.8.1.	Por el criterio psicológico	344

16.8.2. Por el criterio lógico	346
16.8.2.1. Clasificación detallada de las oraciones reflexivas	350
16.8.2.2. Clasificación detallada de las oraciones impersonales	351
16.9. Oraciones implícitas	353
CAPÍTULO 17. SER Y ESTAR	357
17.0.	357
17.1. Sus usos	357
17.1.1. Uso predicativo de <i>ser</i>	357
17.1.2. Uso predicativo de <i>estar</i>	358
17.2. Uso atributivo	358
17.2.1. Atributos de <i>ser</i>	359
17.2.2. Atributos de <i>estar</i>	359
17.3. Normas para el uso de <i>ser</i> y <i>estar</i>	359
CAPÍTULO 18. LA ORACIÓN COMPUESTA. CLASIFICACIÓN. SUBORDINACIÓN	363
18.0.	363
18.1. Oraciones coordinadas	363
18.2. Oraciones yuxtapuestas	367
18.3. Subordinación	368
18.4. Clasificación de las oraciones y proposiciones	380
18.5. Clasificación de las subordinaciones sustantivas y adjetivas	380
18.5.1. Propositiones sustantivas	381
18.5.1.1. Estilo directo y estilo indirecto	383
18.5.2. Propositiones intermedias entre las sustantivas y las de relativo adjetivas	384
18.5.3. Adjetivas	384
18.6. Construcciones finales	388
18.7. Construcciones causales	389
18.8. Consecutivas causales	393
18.9. 'Si' causal hipotético	393
CAPÍTULO 19. CONSTRUCCIONES ORACIONALES ADVERBIALES	395
19.0.	395
19.1. Clasificación	396
19.2. Relación circunstancial	396
19.3. Causativas	398
19.3.1. Condicionales	398
19.3.2. Concesivas	416
19.4. Cuantitativas	419
19.4.1. Comparativas	419
19.4.1.1. Comparativas de igualdad	419
19.4.1.2. Comparativas de superioridad	420
19.4.1.3. Comparativas de inferioridad	420
19.4.2. Consecutivas	420
BIBLIOGRAFÍA ESPECÍFICA SOBRE LAS CONDICIONALES ...	422

ÍNDICE

x1

CAPÍTULO 20. LEXICOLOGÍA Y LEXICOGRAFÍA	427
20.0.	427
20.1. Lexicología	427
20.2. Motivación de las palabras	428
20.3. Lexema y formantes	429
20.4. Prefijos y sufijos	429
20.5. La composición	431
20.6. Estudio lexicológico	432
20.6.1. Locuciones	432
20.6.2. Frases proverbiales	434
20.6.3. Refranes	435
20.6.4. Dialogismos	436
20.6.5. Modismos	436
20.7. Lexicografía	436
20.7.1. Los diccionarios	437
20.7.2. Otros tipos de diccionarios	439
20.7.3. Diccionarios etimológicos e históricos	439
CAPÍTULO 21. SOBRE SEMÁNTICA	441
21.1. El concepto	441
21.2. La estructuración del significado	442
21.3. El campo semántico	449
21.4. Sinonimia, polisemia, hiponimia	451
21.5. La evolución del significado	453
21.6. Perspectivas	456
BIBLIOGRAFÍA CITADA EN ESTE CAPÍTULO, NO RECOGIDA EN LA GENERAL FINAL	465
CONCLUSIÓN	467
BIBLIOGRAFÍA	469
BIBLIOGRAFÍA PERIÓDICA	470
SIGLAS DE ALGUNAS REVISTAS Y COMPILACIONES	470
BIBLIOGRAFÍA FUNDAMENTAL	471
OBRAS GENERALES	472
METODOLOGÍA	477
FONÉTICA Y FONOLOGÍA	478
FRASE	483
NOMBRE	487
VERBO	489
PRONOMBRE Y ARTÍCULO	495
ADVERBIO Y PARTICULAS	497
LEXICOGRAFÍA, LEXICOLOGÍA Y SEMÁNTICA	498
ÍNDICE DE MATERIAS	505

Nota preliminar

El libro que presentamos, en esta ocasión, dirigido fundamentalmente a las personas preocupadas profesionalmente por los problemas de la lengua (estudiantes y colegas), busca un planteamiento introductorio al que pudiera acercarse un sector algo más amplio, el del público culto, junto al tratamiento de cuestiones específicas con una perspectiva que quiere ser más especializada. Habida cuenta del interés que las cuestiones lingüísticas tienen hoy para todos, y de la complejidad que ha alcanzado nuestra disciplina, no hemos encontrado mejor manera de proceder.

Por todo ello, se apreciará fácilmente que, aunque las preocupaciones básicas sean las mismas, nuestro texto es muy distinto de la *Aproximación a la Gramática Española*, en la que se podría buscar un antecedente. Desde la primera edición de este manual, en 1972, hemos ido sacando a la luz una serie de publicaciones donde hemos pretendido mostrar la progresiva elaboración de nuestros puntos de vista, tanto sobre problemas generales (*Lingüística y Lengua Española*: 1975, *El Comentario Lingüístico*: 1977, y *Reforma y Modernización del Español*: 1979), como de carácter monográfico (*Estudios sobre el pronombre*: 1978); acompañado, todo, de tres ediciones reformadas de la *Aproximación* y una reimpresión. Todo ello nos lleva a pensar en una benévola confianza del público en nuestro trabajo, que nos anima a continuar la tarea, siempre modesta contribución al esfuerzo común.

Desde el punto de vista práctico, son obligadas algunas observaciones que presentamos para ayudar a justificar parte de la arquitectura de este *Curso*, así como su título. Las páginas que siguen no pretenden ser una reflexión completa sobre la Gramática Española, sino una especie de hilo conductor a lo largo de sus problemas, con mayor detenimiento en aquellos que, en estos once o doce años de experiencia docente, nos han parecido, o más complejos, o más llamativos. Por su carácter de *manual*, es decir, de «manuable», hemos procurado limitar su extensión; pero sin dejar fuera tratamientos un tanto inusitados en otros libros del mismo campo, como son los desarrollos históricos o los planteamientos científicos previos (caso de la Fonética). Al mismo tiempo, en lo referente a la Bibliografía, no ignoramos

que, para algunos lectores, ha sido lo único o lo más aprovechable de nuestros intentos anteriores, lo que nos ha obligado a un nuevo esfuerzo de síntesis y ampliación simultánea, con el objeto de paliar las lagunas que, especialmente en lo referente a la Lingüística Histórica y a la Gramática Generativa, todavía se observan en sus concurrentes en el mercado.

El criterio fundamental para la disminución, relativa, del texto, ha sido el de reducir lo más posible todo aquello que pudiera encontrarse en otras publicaciones nuestras, excepto en la parte en que fuera imprescindible, por la coherencia del escrito, mantenerlo aquí. Nos hemos sometido a las limitaciones de espacio en busca de un libro útil, incluso desde el punto de vista adquisitivo. Esta consideración editorial, que puede parecer demasiado pragmática a quien vea este libro sólo en teoría, será seguramente importante para quienes gusten de destinar parte de sus no siempre abundantes recursos a su adquisición, por una razón u otra.

Aunque el camino por el que avanzamos en las páginas que siguen ya está iniciado en nuestro manual de Lengua Española para el Curso de Orientación Universitaria (*La Lengua Española en sus Textos*), somos bien conscientes de la deuda que tenemos con quienes, en reseñas, como Andrés Amorós, Cirilo Popovici o José Joaquín Satorre, en referencias en publicaciones (una larga lista que no sería prudente añadir), en cartas o en conversaciones privadas nos han dado orientaciones, o, sobre todo, estímulos, o nos han hecho observaciones y críticas. Muy especialmente hemos de agradecer el consejo permanente y generoso de nuestro maestro, Rafael Lapesa, a quien tanto debemos. Junto al suyo figuran muchos nombres de profesores y amigos, a quienes sería injusto olvidar y largo citar.

Un último párrafo, sin embargo, debe recoger a todos aquellos que han intervenido más directamente en este texto: El capítulo cuarto ha sido redactado en directa colaboración con mis ayudantes, Rosa María Espinosa Elorza e Isabel Acero Duránte, redactoras, de puño y letra, de algunos párrafos, en la primera redacción. Toda la parte física del capítulo quinto es obra de mi buen amigo el doctor José Manuel Pereira, cuya redacción se ha conservado sustancialmente. Para el capítulo de Semántica, además de su texto magistral, dispuse de valiosas indicaciones del profesor John Lyons, con cuya amistad también me honro. A lo largo de los años se han ido sumando útiles observaciones de mi colaborador y amigo Angel Manteca Alonso-Cortés; a María Salazar Ramírez debo, además de grandes dosis de paciencia matrimonial, constantes retoques y observaciones, no siempre bien acogidas por mí. En el aspecto material, Isabel Acero, Micaela Carrera de la Red, Ana da Pena, Carmen Hernández, María Jesús Sainz y Rosa María Espinosa Elorza han colaborado generosamente en la tarea de leer, revisar y corregir distintas etapas del texto; a la última debo también su valiosa ayuda mecanográfica. María del Rosario García Arance preparó el índice de materias, además de colaborar en las siempre agobiantes tareas de corrección. No hace falta decir que, tanto en lo material como en los conceptos, cualquier error, omisión o defecto de interpretación es exclusivamente de mi responsabilidad; es de pura justicia, en cambio, resaltar que, sin los estímulos y ayudas citados expresa o tácitamente, este libro no habría podido aparecer.

CAPÍTULO 1

Sobre métodos

1.1 EL ESTRUCTURALISMO: LA LENGUA COMO SISTEMA

Un sistema es una serie de reglas que relacionan todos y cada uno de los elementos de un conjunto. Cada uno de estos elementos adquiere, por su relación con los restantes, un *valor* dentro del sistema.

Desde el *Curso de Lingüística General*, de Ferdinand de Saussure, se dice que *la lengua es un sistema de signos*. Esta definición se toma como el punto de partida del estructuralismo, estudio de la lengua que reúne dos condiciones:

- a) Es un estudio inmanente, de la lengua en sí misma y por sí misma.
- b) Es un estudio de la lengua como sistema, como estructura, en el sentido matemático de este término, es decir, un conjunto con una operación.

Los elementos del sistema lingüístico son los signos, su conjunto ordenado constituye el sistema de signos que llamamos lengua. La estructuración de este sistema se prueba por su operación: la lengua opera mediante una serie de reglas que relacionan todos y cada uno de los elementos del conjunto, es decir, cada uno de los signos lingüísticos.

Después de una primera etapa en la que el estructuralismo no concedió importancia a la Semántica, o plano del significado, y se limitó al plano formal de la Fonología y la Morfología y Sintaxis (generalmente unidas como Morfosintaxis), en la actualidad los estructuralistas admiten la posibilidad de análisis de los datos lingüísticos en un triple plano: fonológico, morfosintáctico y semántico.

A la hora de estudiar un sistema caben dos posibilidades:

- a) Es un sistema bien definido.
- b) No es un sistema bien definido.

El punto de partida es, por tanto, lo que entendemos por *sistema bien definido*. En general, podemos explicarlo diciendo que un sistema está bien

definido cuando lo podemos caracterizar completamente por medio de unas funciones específicas, que son las *funciones determinísticas*, las cuales, a su vez, o bien son computables, o bien están especificadas explícitamente de modo que podemos probar su incomputabilidad.

A modo de ejemplo vamos a poner dos sistemas bien definidos distintos. El primero de ellos es un sistema caracterizado por una función computable; el segundo, en cambio, será un sistema caracterizado por una función que especifica su incomputabilidad explícitamente: el primero será el sistema de los números naturales y el segundo el de la familia.

El sistema de los números naturales está bien definido porque la teoría del número natural (o cardinal) se puede deducir de una manera totalmente rigurosa a partir de los axiomas de Peano. Para aclararlo más podemos exponer la teoría desde un ejemplo concreto de uno de los conjuntos finitos más sencillos, que son, naturalmente, los *conjuntos unitarios*, o sea, los constituidos por un solo elemento.

El ejemplo concreto puede ser la aplicación a las provincias andaluzas, y escribimos así, dentro del ejemplo, el conjunto de provincias andaluzas que empiezan por A:

{Almería} , o 1 elemento.

Es decir, el conjunto de provincias andaluzas que empiezan por A es un conjunto unitario, ya que consta de un solo elemento (que se representa entre llaves): la provincia de Almería. Ninguna de las restantes provincias andaluzas empieza por A.

La medida de los conjuntos unitarios es el número cardinal 1, leído *uno*.

La unión de dos conjuntos unitarios distintos es un *conjunto binario*. Su número cardinal es 2, leído *dos*.

Por unión de un conjunto cualquiera cuyo cardinal es n con un conjunto unitario disjunto con el primero tenemos nuevos conjuntos cuyo cardinal es n^+ . Decimos que n^+ es «el siguiente de n », y lo expresamos también con la forma $n + 1$. Si aplicamos este sistema como hasta ahora, tendríamos: para el valor 1 de n estaríamos en el conjunto unitario, $+ 1$ sería el *binario*, nuevamente $+ 1$ nos daría un nuevo conjunto, el 3 (tres), y así sucesivamente.

El sistema de los números naturales es, por tanto, un sistema bien definido computable.

Nuestro segundo ejemplo, el de la familia, se refiere a un sistema bien definido no computable, es decir, un sistema del que conocemos la estructura, pero no podemos conocer los elementos.

En efecto, todos los elementos de la familia tienen su lugar en el sistema:

abuelos, padres, *individuo a*, hijos, nietos, etc.,

pero no todos son computables: un individuo, como *a*, tiene sus dos padres y sus cuatro abuelos, y así hacia arriba en su línea genealógica, indudablemente, mientras que, en el otro sentido, puede no tener descendencia (hijos) o tener un número indeterminado de descendientes (sólo hijos, no nietos, sólo

un hijo, sólo tres hijos, sólo un nieto, etc.). Decimos que *no es computable* precisamente porque desconocemos el *posible* número de descendientes.

Nótese que, en cambio, aunque desconozcamos todos los números naturales, funciona siempre la regla $n + 1$. Con el sistema familiar no. Ahora bien, sabemos la razón de su incomputabilidad (la imposibilidad de predecir los elementos que ocuparán ciertos rangos en el sistema, y cuántos de esos rangos serán ocupados) y el sistema queda especificado de un modo suficientemente explícito (sabemos que un elemento como *mesa*, que no pertenece a la clase *abuelos, padres, individuos, hijos, nietos...*, no pertenece al sistema familiar, a menos, naturalmente, que hablemos de una familia de mesas, en cuyo caso ocupará el lugar correspondiente al *individuo*, pero éste no es un uso ordinario). El sistema de la familia queda, por ello, bien definido, pero no es computable.

Los estructuralistas, representados, por ejemplo, en el norteamericano Charles F. Hockett (en su libro *Language, Mathematics and Linguistics*), creen que la lengua no es un sistema bien definido. Así lo dice este autor (página 10):

«Ahora creo que cualquier aproximación que podamos lograr a partir de la hipótesis de que una lengua está bien definida la habremos obtenido olvidándonos *precisamente de las propiedades más importantes de las lenguas reales*. Pues, en el fondo, la productividad y poder del lenguaje —nuestra capacidad fortuita de decir cosas nuevas— parece radicar precisamente en el hecho de que las lenguas no están bien definidas, sino meramente caracterizadas por ciertos grados y clases de *estabilidad*. Esta concepción nos permite comprender cómo trabaja la lengua, cómo cambia, y cómo los humanos, usando la lengua, han creado el sistema bien definido de la matemática —porque el estar bien definido nace de la estabilidad por medio de ciertos trucos de los que sólo parece ser capaz un animal hablante.»

El concepto de *sistema*, finalmente, se aplica a la *lengua* (sistema de signos), diferenciada del *habla* también por Saussure. El habla es individual: es lo que del sistema, de la lengua, realiza cada uno de los individuos. Por ello está condicionada por una serie de circunstancias que no son propiamente lingüísticas y que los estructuralistas no consideran parte de su estudio científico: hablan de *lingüística externa*, o de circunstancias irrelevantes, por ser únicas. Los discípulos directos de Saussure, los ginebrinos, como Charles Bally, aplican este postulado incluso a lo más susceptible de individuación, la estilística, que se trata así como estilística de la lengua, no del habla.

1.2. EL SIGNO LINGÜÍSTICO

Hemos hablado de la lengua, dentro de la perspectiva estructural, como *sistema de signos*. Hemos de decir ahora, por tanto, lo que es un *signo* y, específicamente, un *signo lingüístico*. Esta especificación es necesaria porque la ciencia de los signos, o Semiología, recoge una gran cantidad de ellos, de los que vale la pena destacar tres clases más importantes: *símbolo*, *icono* e *indicio*.

Los *símbolos* son signos arbitrarios. Esto supone que se definen precisamente por el carácter convencional de la relación entre la expresión y el contenido, entre el significante y el significado. Pongamos un ejemplo: para el contenido o significado «vegetal de tronco leñoso, con ramas» nosotros tenemos las formas *á+r+b+o+l*, *á+r+b+o+l+e+s*, los ingleses *t+r+e+e*, *t+r+e+e+s*, y los franceses *a+r+b+r+e*, *a+r+b+r+e+s*. La relación entre esas formas y el significado dicho arriba no está motivada; de ningún modo se desprende de la esencia o la naturaleza del árbol un nombre como las formas arriba expuestas, sino que se asigna convencionalmente una expresión fónica (con su representación gráfica) a un contenido conceptual, a una imagen mental, por decirlo así. Los signos *árbol*, *tree*, *arbre*, son, por ello, *símbolos*.

En general, podemos decir que los signos lingüísticos son símbolos, porque es característico de la lengua que el significante y el significado, la expresión y el contenido, tengan una relación convencional, arbitraria, basada en el acuerdo de los hablantes y en razones históricas, a partir de la necesidad de la intercomprensión.

Precisamente por este carácter, y esto es importante, el símbolo requiere que exista un *intérprete*, es decir, alguien que recomponga la relación arbitraria entre su expresión y su contenido. Si nadie sabe que a *árbol* corresponde el significado de «planta leñosa...», la forma *árbol* dejará de ser un símbolo, porque habrá perdido su contenido. Sólo las onomatopeyas escaparían a esta condición simbólica, y, con todo, aún en ellas habría cuestiones de no fácil solución.

Los *iconos* son signos motivados, que no necesitan que el objeto cuyo significado comunican tenga existencia real: una raya de lápiz es un icono que representa una línea geométrica, la línea no tiene existencia real, es un mero concepto matemático, geométrico. La principal cualidad del icono es, por tanto, que siempre significa algo, por el mero hecho de existir como tal icono. Supongamos que dibujo un león con rayas como los tigres, el dibujo sería un icono, aunque ese animal no exista; imaginemos ahora que en vez de dibujo uso una expresión lingüística, escrita *leotigre*, inmediatamente *leotigre* es un símbolo, para entenderlo tendríamos que asignarle el significado convencional «león que tiene rayas como los tigres» (frente a otros posibles, convencionalmente desechados, como «tigre que tiene melena de león», etc.). En el momento en que deje de haber asociación entre *leotigre* y su significado convencional deja de existir el símbolo, el dibujo del león con rayas; el icono, en cambio, siempre será un icono, porque la relación entre la expresión y el contenido es inmediata. Podemos decirlo también de otra manera: el símbolo precisa la existencia de un intérprete, el icono no. El segundo es significativo en sí mismo, el primero, en cambio, necesita que alguien asocie los significados de *león* y *tigre* de una manera determinada, entre otras posibles. La *iconicidad* es una condición compleja. Simplificando, podemos decir que hay una *iconicidad primaria*, que es la que se define en términos de *parecido* (de distintos tipos) entre la forma y el significado. Una forma fónica como *cucú* es icónica en la lengua hablada, porque el sonido se asocia directamente con el animal, llamado así por ese ruido,

pero no lo es en la lengua escrita, en la que no hay asociación directa entre los signos *c+u+c+ú* y el sonido típico del pájaro, imagen fónica.

Lo que no es un símbolo o un icono es un *indicio*. Así podríamos tratar de explicar o definir la clase más compleja y difícil de las tres de signos. Los indicios, como los iconos, no requieren intérprete, es decir, son independientes de que alguien los interprete o pueda interpretar; pero, en cambio, son dependientes de la situación del objeto al que se refieren: si el objeto cambia de lugar, el indicio cambia. Un agujero de bala en un blanco es un indicio de disparo, porque sin bala no habría habido agujero; pero es también cierto que la gente puede atribuir el agujero al disparo o no, y pensar que el tirador no acertó pero se hizo una trampa. Los indicios son simplemente indicativos, diríamos de modo redundante, llaman la atención, no se les puede asignar un valor veritativo fijo. Entre las categorías gramaticales, los pronombres demostrativos son indicios, porque llaman la atención del oyente sobre el objeto, y establecen así una conexión real entre oyente y objeto.

Estas consideraciones sobre el indicio que figuran en el punto anterior se presentan desde la perspectiva más amplia. De modo más restringido diríamos que para poder decir de un signo que es un indicio se requiere que haya una conexión conocida entre un signo A y su significado o contenido C, de manera que de que exista A se desprenda que existe C, pero por medio de una relación de indicación: el *humo*, por ejemplo, puede ser el signo A, y «fuego» su significado C, si bien para que sepamos que el humo *indica* la existencia del fuego (que A indica C) es necesario que establezcamos la relación entre ambos, porque lo que el humo indica no es la simple existencia del fuego, sino, más precisamente, que el fuego es el causante del humo. Estos extremos son importantes: si una persona ha sido apuñalada en una habitación, y detenemos a cuantos estaban en la casa, no hay duda de que las manchas de sangre en las manos de uno de estos detenidos son un indicio de que es el asesino; pero si se trata de la cocinera, que acaba de matar un pollo, ese valor del indicio se pierde, porque se pierde la conexión entre la sangre de las manos y la del cadáver.

Los *signos lingüísticos* son, pues, desde el punto de vista semiológico, elementos de la clase de los *símbolos*, son, por ello, conjuntos binarios, de dos elementos

{significante, significado}

o, mejor:

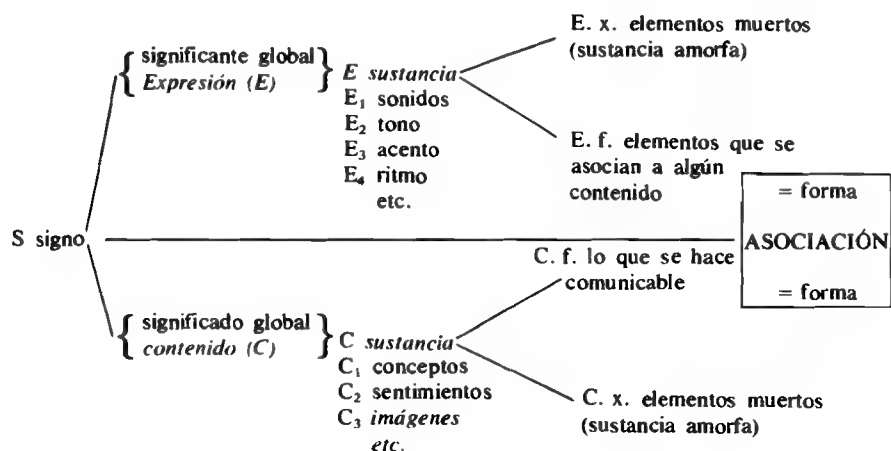
{expresión, contenido}

a partir de la primera precisión saussureana:

{imagen acústica, concepto}.

Tanto en el *plano de la expresión* como en el *plano del contenido*, hay que distinguir entre una *forma* y una *sustancia*. Esta división es fundamen-

tal, pues son típicamente estructuralistas definiciones de la lengua como la que da Luis Hjelmslev; para quien es «una forma entre dos sustancias», esta forma sería la *asociación* de la *forma de la expresión* y la *forma del contenido*, como se ve en el siguiente esquema analítico que ofrece Gustav Siebenmann, en 1969, en su caracterización del signo lingüístico frente al poético.



(E = expresión. E *sustancia* = sustancia de la expresión. C = contenido. C. f. = forma del contenido. x = variable.)

Como se ve, se desprecian unos elementos de sustancia (llamada *amorfa*) o elementos *muertos*, y sólo se consideran aquellos que, en el plano de la expresión, pueden asociarse a un contenido, o que, en el del contenido, se hacen comunicables.

1.3. LAS UNIDADES LINGÜÍSTICAS: FONEMA, MORFEMA Y SEMA

Los estudiosos de la lengua habían operado durante siglos con dos unidades básicas: palabra y oración. Ante la imposibilidad de dar definiciones formalmente satisfactorias (sin ambigüedad) de estos dos términos, los estructuralistas han ido creando sus propias unidades, unificadas por la terminación *-ema*, y creando una terminología peculiar, característica de la lingüística moderna, aunque, por desgracia, no más precisa y unívoca, necesariamente, que la tradicional.

Hemos dicho ya que, en su versión más amplia, el estructuralismo acoge tres grandes planos: el *fonológico*, el *morfológico* (o *morfosintáctico*) y el *semántico*.

En un principio, sin embargo, el sistema de análisis, *a partir de los datos primarios*, es decir, de lo concreto a lo abstracto, siguiendo un método in-

ductivo, en la corriente científico-filosófica del *empirismo*, tenía tres estratos formales, hasta la oración, unidad de un último plano: el sintáctico.

El mecanismo del análisis estructural podría ser el siguiente:

El investigador-analizador, a partir de unos datos primarios, en una lengua *L*, obtiene las unidades de un primer nivel, el fonológico: primero obtiene unos elementos meramente fonéticos, los *fonos*, que, sometidos a un proceso de *contraste* le permiten obtener la primera serie de unidades: los *fonemas*, en los que se configura la expresión, de modo que son todavía unidades sin contenido: la mínima parte de la expresión que no puede ser dividida en unidades menores sucesivas es un *fonema*. El proceso de contraste que permite afirmar que la distinción entre *para* y *pasa* está basada en la oposición entre los fonemas /r/ y /s/, y así hasta obtener todos los fonemas posibles, lleva a una última etapa, en la que el investigador, tras comprobar exhaustivamente, por un proceso de *sustitución*, los fonemas obtenidos, realiza un primer *inventario*: el de fonemas, agrupados en *clases*: nasales, labiales, etc. (como veremos con mayor detenimiento en el capítulo dedicado a la fonología).

El análisis fonológico realizado en el primer nivel permite obtener una *transcripción fonemática* de los datos primarios, la cual sirve de entrada al análisis en el segundo nivel, que es el *morfológico*.

Lo primero que se obtiene en este nivel morfológico son los *morfos*, que corresponden todavía a un bajo nivel de abstracción; podríamos definirlos como las expresiones de las unidades morfológicas: p. ej., -o, -a en *buen-o*, *buen-a* serían los morfos del morfema de género, masculino y femenino respectivamente. El *morfema*, obtenido por el procedimiento de contraste, es la unidad de este nivel y, podríamos decir, la unidad lingüística más importante del estructuralismo americano. El *morfema* (llamado *monema* en el funcionalismo europeo y que no debe confundirse con el morfema gramatical o *gramema*, limitado a -ba-, -s, etc.) es de definición más discutible, y discutida.

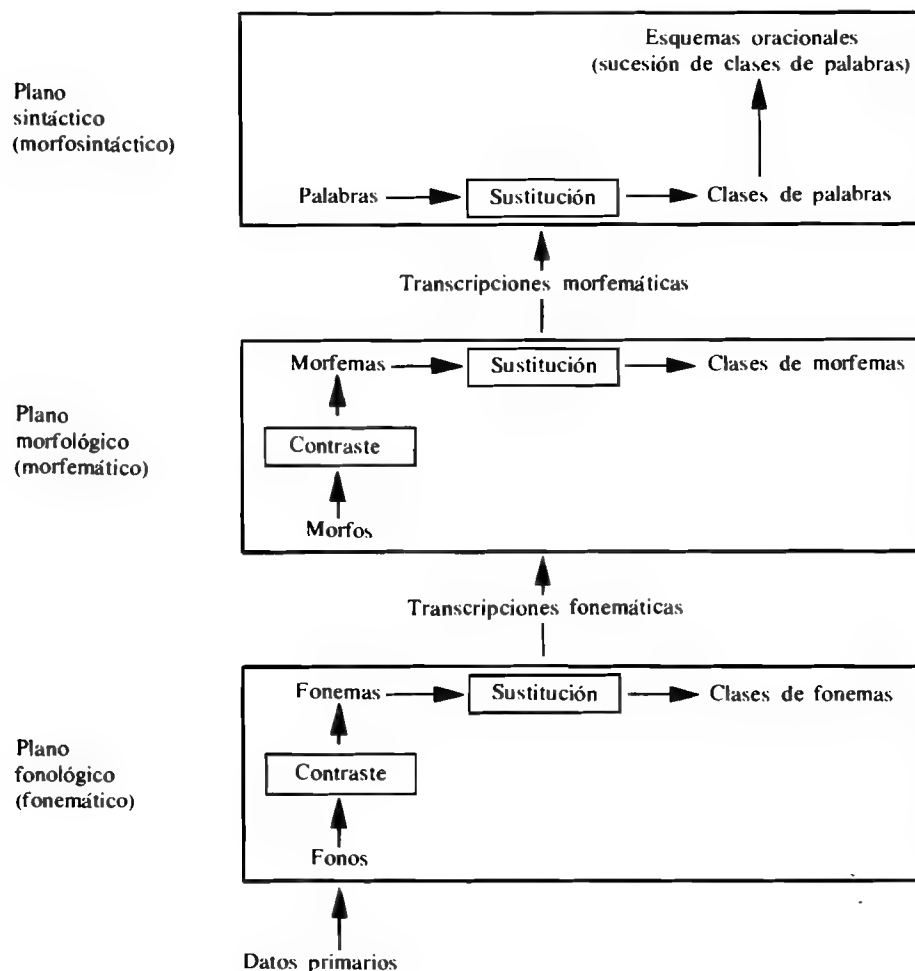
Si podemos definir el *morfo* como el segmento mínimo con significado de una expresión, tal como puede decirnos, entre otros, J. Greenberg, el *morfema*, que es una unidad en un nivel más abstracto y que, por ello, no es de una expresión, sino del sistema, requiere dos condiciones: debe ser unidad y mínima, y debe tener significado. El *morfema*, pues, frente al *fonema*, es una unidad mínima con significado, es, así, un elemento mínimo configurador o conformador de contenidos que, por supuesto, tiene su posible expresión, de modo que todo morfema ha de constar, al menos, de un fonema. Toda unidad lingüística mínima con contenido es un *morfema*, que puede luego considerarse *léxico* o *gramatical* y que se expresa por los morfos correspondientes: en *cantabas cant-* es el morfo que expresa un morfema léxico, mientras que -a-, -ba- y -s son morfos que expresan los morfemas gramaticales de conjugación (vocal temática), tiempo-aspecto y número-persona. Es obvio que es en estas determinaciones donde nace la discusión: en el ejemplo citado puede discutirse si -a- es la expresión de un morfema gramatical, o si forma parte del morfema léxico (que sería, entonces, *canta-*). No hay que olvidar tampoco la posibilidad de que un morfema se realice con un morfo *cero*, en cuyo caso no le corresponde sino un fonema también *cero*.

El mismo criterio metodológico de sustitución que, aplicado a los fonemas, permitía formar el inventario de éstos y clasificarlos, se aplica a los morfemas, para obtener sus clases correspondientes.

Así tratado el material, obtenemos una *transcripción morfológica* de los datos primarios, la cual, a su vez, sirve de entrada al último nivel, el sintáctico.

En el *nivel sintáctico* la situación es mucho más compleja: de un lado tenemos las *palabras*, unidades de difícil definición satisfactoria, como veremos al hablar de lexicología, más adelante. Hay un posible *inventario* de palabras (el diccionario es un buen ejemplo, aunque imperfecto), y el método de sustitución permite agruparlas en clases. Una sucesión de clases de palabras constituye una estructura oracional, último nivel al que llega, inicial y deliberadamente, el estructuralismo.

Un esquema divulgado del proceso sería algo así:



Sea, por ejemplo, el dato primario: *vas*, cuyo análisis inmediato proporciona tres fonos: [b] + [a] + [s], los cuales, contrastados con los otros fonos posibles (o, en un *corpus* cerrado, entre sí), proporcionan tres unidades fonemáticas o fonemas:

- /b/ labial, sonoro, oclusivo, consonántico, oral.
- /a/ central, abierto, sonoro, vocálico, oral.
- /s/ alveolar (o dental), sordo, fricativo, consonántico, oral.

/b + a + s/

sería la correspondiente transcripción fonemática.

En el plano morfológico (en el que necesitamos, obviamente, un *corpus* mayor), tenemos dos morfos:

ba + s

el primero, aplicado el método contrastivo, es expresión de un morfema léxico, el segundo del gramatical de segunda persona familiar, singular. La transcripción morfemática

ba + s

daría paso al último nivel. En el plano de la palabra tenemos muestra de las evidentes dificultades del proceso al relacionar *ba-* con *ir*, *bo-*, *fu-*; desde el punto de vista oracional, en cambio, nuestro enunciado corresponde a un tipo oracional simple, como núcleo del predicado (o frase verbal), que implica en su morfema gramatical de persona que su sujeto es segunda persona, es decir, *tú*. La carencia, en este esquema, de elementos tonales o supra-segmentales (entonación, concretamente) nos impide saber si se trata de un tipo enunciativo, interrogativo, exclamativo, etc.

Con un *corpus* mayor, como es normal al analizar una lengua, iríamos realizando las correspondientes clasificaciones, e inventarios, de fonemas, morfemas, palabras y oraciones.

El estructuralismo concibe la lengua, pues, como un inventario: el analista debe clasificar perfectamente sus elementos; por eso decimos que los estructuralistas son taxonómicos y su objetivo la taxonomía de la lengua que estudian.

Por último, la determinación de unidades en el plano semántico no ha sido precisamente la tarea más sencilla. Como también hemos de volver luego sobre el tema, digamos aquí que el rasgo semántico mínimo es un *sema*: un conjunto de semas constituye un *semema*. Puesto que *sema* y *semema* corresponden a configuraciones de contenido, en un nivel profundo de abstracción, no hay acuerdo acerca de los criterios para determinarlos y, sobre todo, sus resultados. Si, a partir de los semas, llegamos al procedimiento léxico de designación, el procedimiento se llama *onomasiológico* (vamos del *sema* al *onoma* 'nombre'); si vamos desde el designador léxico al *sema*, el procedimiento se llama *semasiológico* (del *onoma* al *sema*).

Por el sistema lexicológico del sufijo *-ema* podemos ampliar la terminología: el *lexema* es la unidad léxica (y lexicológica, por tanto); pero el léxico se expresa en *lexias* (mejor que *lexías* que suena a detergente), simples como *can* o complejas como *noche toledana*. Esta proliferación da lugar a cruces frecuentes: así, es habitual encontrar *lexema* utilizado en lugar de *morfema léxico*, por su coincidencia, siendo su única diferencia, entonces, el plano de análisis: léxico o morfológico/morfemático, respectivamente.

En el plano sintáctico ha tenido especial interés, sobre todo en Europa, la determinación del *sintagma* como unidad. Un sintagma consta de un núcleo y unos adyacentes opcionales. El núcleo de un sintagma ha de ser, necesariamente, un sustantivo (*sintagma nominal*) o un verbo (*sintagma verbal*). Esto es importante puesto que la combinación de un sintagma nominal y un sintagma verbal es una de las definiciones formales más extendidas de la oración simple. Por este motivo el estructuralismo recibe el nombre de *gramática sintagmática*.

Esta gramática es *categorial*, como taxonómica: lo primordial es categorizar cada morfema o sucesión de morfemas; ello provoca una peligrosa ambigüedad en la descripción de ciertas categorías: *comer* en una frase como *para comérselo* es un verbo, núcleo del sintagma verbal, mientras que en *comer es sano* es un sustantivo, núcleo del sintagma nominal (hablando en términos morfosintácticos, como es usual en el estructuralismo). En el inventario morfemático, sin embargo, *comer* forma parte del verbo. Las soluciones para salvar estos escollos (hablar de una doble o una triple función en el contexto) no son generales, sino particulares de cada lengua o, a veces, de subsistemas lingüísticos.

La versión *funcional* del estructuralismo europeo ha desarrollado dos conceptos fundamentales, el de *función* y el de *articulación*. E. Alarcos, en su *Gramática Estructural*, entiende el primer término de modo amplio, del siguiente modo:

«Es *función* toda dependencia establecida entre una clase y su elemento (una cadena y su parte, o un paradigma y su miembro) o entre los elementos (partes o miembros) entre sí. Por ejemplo, hay una función entre una frase y los grupos fónicos que la forman; hay función entre el paradigma causal y el acusativo, o entre los grupos fónicos entre sí, o entre el acusativo y el ablativo. Los términos de una función serán sus *funtivos*, esto es, objetos que tienen función con otros objetos. Como puede haber función entre funciones, éstas pueden ser también funtivos. Los funtivos que no son a su vez funciones se llamarán *magnitudes*: como, en los ejemplos anteriores, los periodos, las frases, las palabras, las sílabas, el acusativo o el ablativo» (página 32).

El concepto de *articulación* se refiere a los elementos del signo. La *primera articulación* es la que existe entre expresión y contenido; en ella se basa lo que se llama la *economía* de las estructuras lingüísticas: transmitir con el menor número de significantes el mayor número de significados, sin entorpecer o impedir la comunicación. Puesto que abarcan al significante y al significado (expresión y contenido), las unidades de la primera articulación son bifaciales: los *monemas* (que se corresponden, *grosso modo*, con los

morfemas del estructuralismo americano definidos antes). Puesto que el monema es una unidad con contenido, la primera articulación es la del contenido: su unidad mínima es la mínima unidad del contenido. Estas unidades se obtienen mediante un análisis en el cual son pasivas, por ello decimos que son *unidades distinguidas*, siguiendo a Alarcos: *can*, *melón*, *cant-*, *-ba-*, etc., se diferencian como tales unidades porque participan en secuencias de los tipos: *Efrén cantaba*, frente a *Astor canta* (frente al cual estaría, por ejemplo, *Samuel sueña*), *un perro es un can*, frente a *un perro es un animal*, *el melón es una planta*, frente a *el trigo es una planta*. En las parejas

<i>cantaba</i>	<i>canta</i>	<i>can</i>	<i>melón</i>
<i>canta</i>	<i>sueña</i>	<i>animal</i>	<i>trigo</i>

somos nosotros los que establecemos las diferencias, gracias a que estas unidades (o sumas de unidades, como *cant-a-ba-Ø*, por ejemplo) tienen significantes asociados a significados, como *-ba-*, asociado a (+ pasado, – perfecto). En 1978 Alarcos lo ha enunciado así: «El reemplazo de ciertos elementos del discurso signifiante por otros, diferentes, arrastra el reemplazo paralelo de ciertos contenidos por otros» (pp. 39-40).

En la *segunda articulación*, en cambio, la referencia es exclusivamente al signifiante, a la expresión, y las unidades que resultan lo son del signifiante tan sólo, carecen de contenido y no pueden llamarse significativas. Son unidades *distintivas*, porque permiten distinguir, activamente: son los *fonemas*. Las unidades distintivas /a/ y /o/ permiten distinguir *par* de *por*. Aunque el contenido cambie, el cambio no es ni previsible ni proporcional: no podemos decir que el cambio ocurrido gracias a la conmutación de las unidades /a/ y /o/ en *par* y *por* sea proporcional al que se produce en *cama* y *coma*, o *bata*, *bota*. En cambio, en *cantaba*, *soñaba*, frente a *canta*, *sueña*, hay una proporcionalidad, y entre cada par de estos ejemplos. Dicho de otro modo, los *monemas*, unidades de la primera articulación, están compuestos de *fonemas*, unidades de la segunda, cuyo orden, en cada monema idéntico, debe ser fijo: no es lo mismo *pera* que *pare*, porque los mismos fonemas /a.e.p.r/ se ordenan o distribuyen de modo diferente.

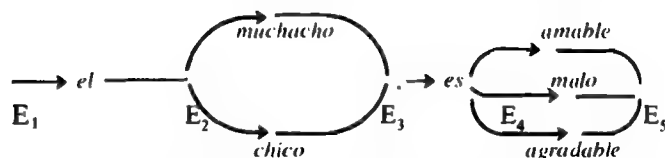
Las unidades de la segunda articulación pueden analizarse objetivamente gracias a las propiedades de la sustancia fónica: así decimos que el fonema /p/ es oclusivo y sordo, o /y/ fricativo y sonoro; la fricación y la sonoridad son comprobables y mensurables. En cambio, no parece fácil analizar objetivamente la sustancia del contenido y, en consecuencia, las unidades de la primera articulación. En su estudio de 1978, E. Alarcos señala que «el contenido total de una expresión no es sólo la suma de los contenidos parciales evocados por cada uno de los significantes sucesivos, sino, además, la de los contenidos indicados por las relaciones establecidas entre esos significantes» (página 45); además, del mismo modo que hay una articulación para contenido y expresión, la primera, y una segunda para la expresión, se pregunta si no habrá una *tercera articulación*, que sería la articulación del contenido, de unidades también monofaciales, como las de la segunda, pero *distinguidas*, como las de la primera. Esta tercera articulación no sería sucesiva, sino si-

multánea, manifestándose en bloque: lo que hay de común en *la gata es blanca* / *la jarra es blanca*, frente a *el gato es blanco*, *el jarro es blanco* (y que llamaríamos, ingenuamente, femenino/masculino) no es fácil de determinar: hay 'sexo' en *gata/gato*, 'tamaño' en *jarra/jarro*, y ninguna de las dos cosas en *pared/muro*, por ejemplo. Del mismo modo que en el estudio de la segunda articulación no intervienen los significados, en el de esta tercera no intervendría el de los significantes, habría que observar «sus rasgos semánticos pertinentes y sus combinaciones en bloques de significados» (p. 53).

1.4. TRES MODELOS DE DESCRIPCIÓN LINGÜÍSTICA

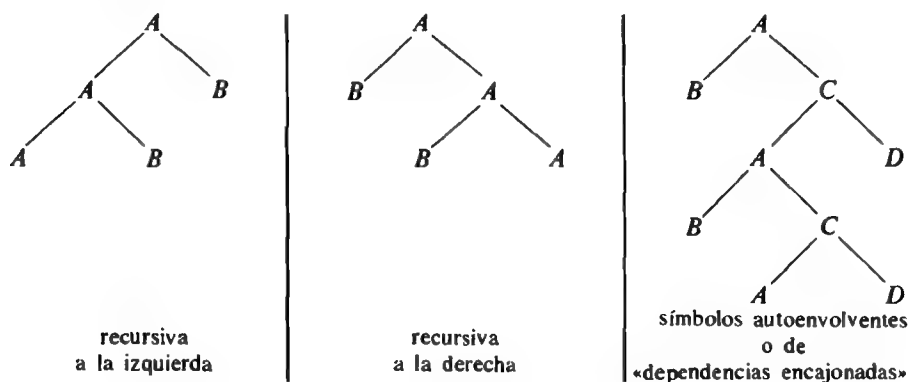
Antes de hablar de la gramática generativa (transformatoria o transformacional), parece conveniente detenernos en la existencia de tres modelos teóricos posibles de descripción de enunciados lingüísticos: el de estados finitos, el sintagmático y el transformatorio.

El primero es la llamada gramática de estados finitos. Por medio de ella describimos linealmente una lengua, que fragmentamos en una serie de estados $E_1, E_2, E_3, E_n \dots$. Podemos efectuar sustituciones de varios elementos en cada estado, pero la relación de un estado a otro es lineal. En el ejemplo:



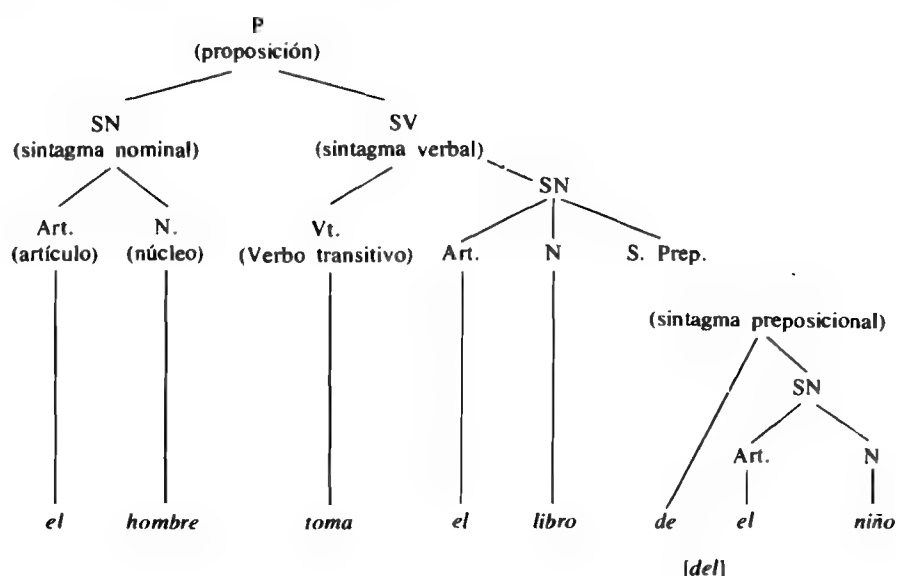
la descripción nos indica la posibilidad de sustituir un elemento (p. e. *amable*) por otro equivalente sintácticamente (*malo*), pero no penetra más allá y no nos indica integración de unas unidades en otras hasta llegar a la más sencilla.

El segundo tipo es la llamada gramática sintagmática, en la que ya encontramos esta integración en unidades progresivamente más simples, lo que permite darle ya estructura arbórea, de los tipos:



(por recursividad entendemos la propiedad de aplicar las reglas un número indefinido de veces. Este tipo de gramática sólo puede hacerlo en uno de los brazos de la representación, o algoritmo, arbórea, pero no en los dos, porque entonces engendraría construcciones incorrectas).

La gramática sintagmática integra las unidades a partir del enunciado, y no analiza los elementos terminales en unidades menores. Por ello proporciona el siguiente tipo de gráfico:



A partir de los datos del enunciado: *el, hombre, toma, etc.*, vamos obteniendo unidades superiores abstractas, como el *a r t í c u l o el* (que también podríamos llamar *determinante*), el *n ú c l e o hombre*, la *frase nominal* (SN, sintagma nominal) en la que se integran determinante y núcleo (y de la que puede depender un sintagma (o frase) preposicional), y así sucesivamente. Las expresiones SN, SV y demás (abreviadas o completas) se llaman *etiquetas*, y el lugar donde se colocan es un *nudo* de la representación arbórea, llamada también *indicador sintagmático* o *demarcador de frase*. Este sistema de representación es común, por tanto, a la descripción estructural de la gramática sintagmática y de la generativa, como veremos. La diferencia radica, como apuntamos antes, en que en la metodología sintagmática se llega a esta descripción a partir del análisis de los datos primarios, mientras que en la generativa se invierte el sentido: es nuestro conocimiento de las reglas de la gramática el que nos permite asignar una descripción sintagmática a una oración concreta de una lengua *L*. La crítica inicial de los generativistas incluía también la afirmación de que esta gramática sintagmática, al igual que la de estados finitos, no podía incorporar a su estructuración el análisis en unidades menores de cada uno de los elementos (como se ven en las etiquetas de la representación que incluimos), y tampoco podía analizar

los constituyentes llamados discontinuos, del tipo *haber + verbo + -do* (por ejemplo, en los tiempos compuestos del verbo). Hoy sería difícil mantener una crítica de ese tipo, lo que lleva a diferenciar lo que se llama una *capacidad generativa débil* de una *capacidad generativa fuerte*. La primera es la que permite generar oraciones concretas, la segunda es generativa de estructuras. Desde el punto de vista de la *capacidad generativa débil* podemos aceptar hoy que hay una equivalencia casi total entre la gramática de estados finitos, la sintagmática y la generativa. La diferencia sustancial radica en la capacidad generadora de estructuras, es decir, en la fuerte, donde la demostración lógico-matemática apoya la ventaja de la generativa sobre las otras dos.

Este modelo más potente, el generativo, transformatorio (o transformacional), desde el punto de vista del *análisis* se caracteriza por no proporcionarnos otra vez los elementos que teníamos en el enunciado (más una etiqueta *h*), sino por darnoslos de modo que a partir de ellos podamos generar una nueva frase gracias a las *reglas*, de reescritura y/o de transformación, las cuales consisten en reescribir cada uno de los elementos de la sarta terminal según unas equivalencias dadas. Como vamos a detallar este método en el apartado siguiente, nos limitaremos ahora a unas indicaciones comparativas a partir de un gráfico, del indicador sintagmático de la frase *el niño toma el libro*. En él introduciremos la etiqueta *S Pred* por *sintagma predicativo* y daremos, en el nivel abstracto, la forma *el* como forma de artículo, aunque podría darse *l*, patentizada unas veces como *el* y otras como *la*. Este modelo diferencia dos tipos de estructura, la *patente* o *superficial*, que es la estructura de los elementos del enunciado, tal como se expresa, y la *latente* o *profunda*, de más difícil definición, ya que no es tampoco, como se dice a veces, la estructura lógica o la estructura de lo pensado, sino la auténtica estructura generativo-transformatoria: la que incluye los *elementos*, con las *reglas* que intervienen y el *orden* y *restricciones* de actuación de las reglas. Es el conocimiento de esta estructura profunda el que nos permite generar esa frase desde su estructura, a diferencia de la gramática sintagmática, que no es generadora de estructuras.

En el gráfico vemos también cómo el sentido del proceso es a partir del nudo *P* hacia la base, y cómo se llega abajo a una *sarta terminal*, que está aún en un nivel abstracto, que no es todavía una oración «pronunciable», una oración real de la lengua. (Ver grabado página siguiente.)

La *sarta terminal*, *s*, es:

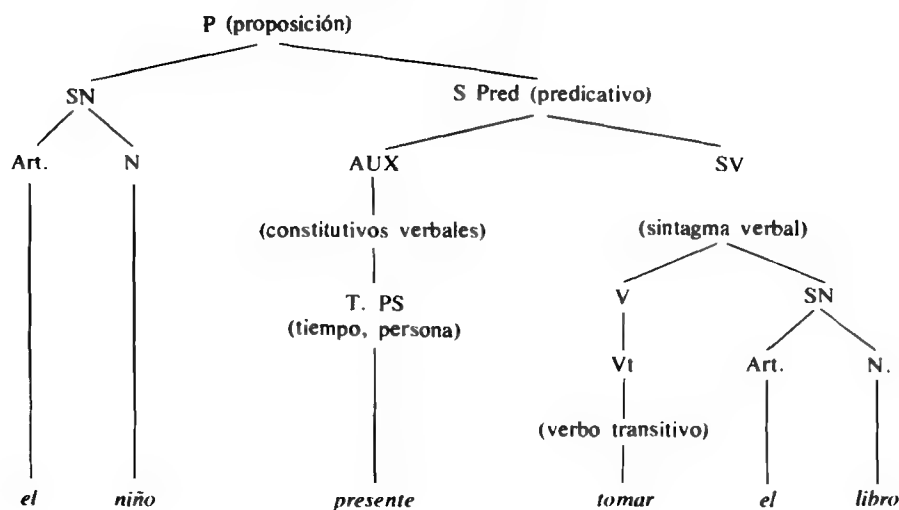
el + niño + Presente + tomar + el + libro

Los elementos (*S*) que descubrimos en el análisis propio de *s*, son:

el + niño – Presente – tomar – el + libro

S₁ S₂ S₃ S₄

el análisis en términos de estructura profunda, permite que se genere de nuevo



la frase originaria por medio de la regla de construcción de la gramática, G: nos da el siguiente esquema estructural de G:

$P \Rightarrow SN, S \text{ Pred}$

$S \text{ Pred} \Rightarrow Aux - Vt - SN$

El signo para «se reescribe como» es \Rightarrow .

Podemos producir nuestra frase a partir del anterior esquema estructural de G, estableciendo:

$SN \Rightarrow \text{Art.} + N$ (regla gramatical)

$Aux \Rightarrow \text{Prst. (presente)}$

$Vt \Rightarrow \text{tomar}$

En el primer SN (reglas léxicas):

$\text{Art.} \Rightarrow \text{el}$

$N \Rightarrow \text{niño}$

En el segundo:

$\text{Art.} \Rightarrow \text{el}$

$N \Rightarrow \text{libro}$

Lo cual es, por supuesto, una simplificación, en la que prescindimos de la necesidad de ciertas reglas, como las de *subcategorización* (regla taxonómica o de clasificación), por las que determinaríamos si es un determinante con sustancia semántica, presentador o reconocedor, masculino o femenino, singular o plural y, en consecuencia, las reglas *morfofonológicas* o *morfono-lógicas* que habrían de actuar en la asignación de una representación fonoló-

gica de esa estructura (es decir, lo que haría que un hablante oyente dijera o entendiera *el* si se trata de un artículo reconocedor, masculino singular, *los*, si es plural, y *la* si es femenino).

Una regla gramatical, de tipo morfofonológico, nos permite saber que, sobre un elemento léxico tal como *tomar*:

Prst. + tomar \Rightarrow tomo, tomas, toma, tomamos, tomáis, toman.

Por otra regla, tenemos que:

SN \rightarrow |es decir, en presencia de un SN! (Prst. + tomar \Rightarrow toma, toman)

por razones de simplificación no hemos analizado antes *niño* como singular. Nos tomamos la libertad de hacerlo ahora, lo que nos daría, para el verbo:

SN (singular) \rightarrow (prst. + tomar \Rightarrow toma)

Si reescribimos todos los términos como está indicado arriba, tendríamos a partir de:

P \Rightarrow SN – Aux – Vt – SN

Art + N – Aux – Vt – Art + N

el + niño + Prst. + tomar + el + libro (o sea, la sarta terminal)

el niño toma el libro (frase que queríamos generar).

La gramática tiene tres componentes: el *sintáctico*, el *fonológico* y el *semántico*. El componente *sintáctico* tiene tres tipos de *reglas*: las de *ramificación* o construcción de la base de la gramática, las de *subcategorización* (no en todas las gramáticas generativas) que definen y especifican los rasgos propios de las categorías sintácticas, y las reglas de *transformación*, que alteran la base gramatical relacionando estructura profunda y de superficie.

Las reglas de *subcategorización* se apoyan en un subcomponente del componente sintáctico o de base, que es el *léxico*, en el que se incluyen rasgos fonológicos, sintácticos y semánticos.

El componente *fonológico* asigna a las representaciones abstractas generadas por el sintáctico una sustancia fónica con una determinada forma.

El componente *semántico* interpreta las representaciones abstractas generadas por el sintáctico y les da una significación que excluya la ambigüedad.

No es necesario que haya relación entre el componente fonológico y el sintáctico.

1.5. LA GRAMÁTICA GENERATIVA Y TRANSFORMATORIA Y SUS CONSECUENCIAS

En nuestro tratamiento, forzosamente simplificado (lo cual se obvia por la existencia de numerosas, y excelentes, introducciones), partimos de una

constatación: no podemos volver atrás. La Gramática generativa (en adelante G.G.) es un hecho que está ahí, y que ha planteado unos problemas y postulado unos principios que son, de un modo u otro, retos y requisitos de toda futura gramática, y van más allá de anecdóticos dogmatismos y desviaciones particulares o episódicas. Especialmente en el campo de la Sintaxis es imposible no reconocer la deuda que todos tenemos con la G.G. Para nosotros, europeos, por otra parte, no tiene el mismo sentido la crítica del estructuralismo norteamericano que para los lingüistas estadounidenses, y ello por dos razones: desde el punto de vista teórico metodológico, el conductismo o behaviorismo (la lengua como respuesta sustitutoria a un estímulo) no ha tenido la misma vigencia en América que entre nosotros; desde el escolástico, la oposición a postulados de Bloomfield o de Hockett no nos afecta demasiado, y es útil constatar cómo estructuralistas europeos de la talla de Hjelmslev o de Tesnière han influido, aunque sea tardíamente, en ciertos desarrollos del generativismo.

Con un criterio pedagógico, conviene, de todos modos, deslindar lo que la G.G. *no* es y se ha dicho, de algún modo, que era. El empleo de términos como *device* o *machine*, o el uso de *generate*, procedentes de la matemática o la cibernética, han llevado al error de creer que se trata de una lingüística matemática. No hay tal, la formulación es simple y no exige conocimientos profundos para los conceptos básicos (aunque, como es lógico, algunas de sus posibilidades deben hacerlo). En cierto sentido lo que ocurre es precisamente lo contrario: Chomsky ha llevado al análisis de una lengua natural, el inglés, problemas, como los de teoría de autómatas finitos o de la función recursiva, que matemáticos y lógicos trataban sólo en lenguas formales.

Prescindiendo, por tanto, de estas interpretaciones inadecuadas, conviene decir pronto que la G.G. es *explícita* y *proyectiva*, pues éstos son los dos valores de *generar*. Es *explícita* porque las *reglas* de la gramática y las *condiciones* en las que éstas operan deben especificarse rigurosamente —es a lo que se llama explicitarse—. Es *proyectiva* porque proyecta un conjunto dado de oraciones sobre el conjunto, posiblemente infinito, de oraciones que constituyen la lengua que se explica.

En el aspecto personal, la teoría se vincula a la figura de su creador: Noam Chomsky, de origen judeo-ruso, nacido en los Estados Unidos. En su formación se aúnan la influencia del padre, profesor de hebreo, quien, sobre este idioma, le enseñó las nociones básicas de la lingüística histórica y comparada, así como la de dos importantes estructuralistas, el ruso Roman Jakobson, del Círculo de Praga, y el americano, también de origen judío, Zellig Harris. Filosóficamente, encaja en un liberalismo extremo, tal como podemos verlo en un Bertrand Russell, continuación, en su contexto, del liberalismo americano de Jefferson, y, en sentido más estricto, recibe la influencia de la metodología general de la lógica de la investigación científica, no directamente de Popper, lo que explica sus numerosas páginas en defensa de la metodología deductiva y su crítica del empirismo, herencia también del influjo de profesores como Nelson Goodman (de Harvard), autor de un libro sobre *La Estructura de la Apariencia*. Si añadimos, además, que en Harvard también estaba Quine, no cabe duda de que la orientación lógica axiomática

de la tesis de Chomsky, sólo recientemente publicada, era natural. De esta tesis, *The Logical Structure of Linguistic Theory*, sólo se publicó, en 1957, un resumen aclaratorio, lo que contribuyó a la facilidad de su propagación, con el título de *Estructuras Sintácticas*.

Antes de hablar de este libro, que supone la primera etapa de la G.G., vamos a señalar alguno de sus puntos de partida teóricos, además de los ya expuestos.

La lengua se concibe como un *sistema axiomático*, efectivamente, y ya vimos en el párrafo inicial cómo era diferencial del generativismo creer que se tratata de un *sistema bien definido*. Esta concepción es, sin embargo, compatible con el *carácter empírico* del análisis lingüístico: se opera sobre datos, pero se intenta construir una teoría incluso universal. El concepto que se tiene de la gramática es amplio: pese a que el empleo, desafortunado, del verbo *produce* 'producir' puede llevar al error de que se toma el punto de vista del hablante; no es así, explícitamente se repite con frecuencia que la gramática está en el punto medio, entre hablante y oyente.

Esta preocupación metodológica permite distinguir continuamente entre niveles concretos y abstractos. En el plano oracional, por ejemplo, distingue entre *oraciones*, generadas por la gramática mediante reglas, y *expresiones* emitidas por el hablante. En un plano general se distingue entre la *competencia* lingüística del hablante-oyente, que es su capacidad de generar oraciones correctas, y sólo correctas, mediante el empleo de los mecanismos gramaticales, y la *actuación* (*performance*) o aplicación concreta de esa competencia en la producción de un hecho lingüístico concreto. Estos conceptos de *competencia* y *actuación*, precisamente por lo que comportan de empleo de las *reglas* de la gramática, no son parangonables (y mucho menos deben confundirse) con los saussureanos de 'lengua' y 'habla'.

Este rigor de construcción permite decir que la G.G. es *estructural*, en efecto, puesto que habla de estructuras; pero no es estructuralista. En sus patrones metodológicos precisos, en los que es imprescindible la sujeción a una argumentación rigurosa, no sólo cuenta el concepto de *regla*, sino también el *orden* de las mismas. (Es lo que sucede también en la Matemática, donde, por ejemplo $(X \cdot Y) + Z \neq X(Y + Z)$, entre otros muchos casos similares). La concepción de la lengua va más allá de la descripción sintagmática: a partir del papel central de la sintaxis, se estipula la oración como una combinatoria, de donde la concepción concatenatoria de la lengua, que vendría a ser una combinación de columnas paradigmáticas.

La primera etapa de la G.G., la de *Estructuras Sintácticas*, está todavía muy cercana a los postulados estructurales; se defiende una sintaxis independiente del significado y no se considera la Semántica como parte de la descripción lingüística.

Si comparamos la figura 1, donde esquematizamos la descripción anterior del estructuralismo, y la 2, donde, según H. Maclay, exponemos el esquema de *Estructuras Sintácticas*, veremos en el sentido del proceso (flecha) una diferencia fundamental.

Las figuras nos muestran cómo el estructuralismo, en su metodología teórica, parte del dato, mientras que la G.G., desde las reglas, llega a él.

L2

Figura 1. Estructuralismo.

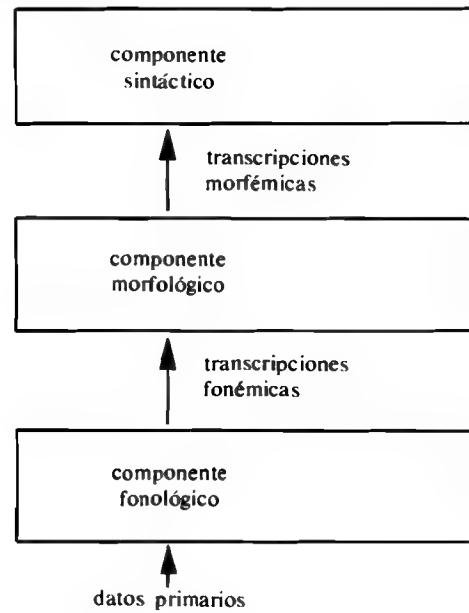
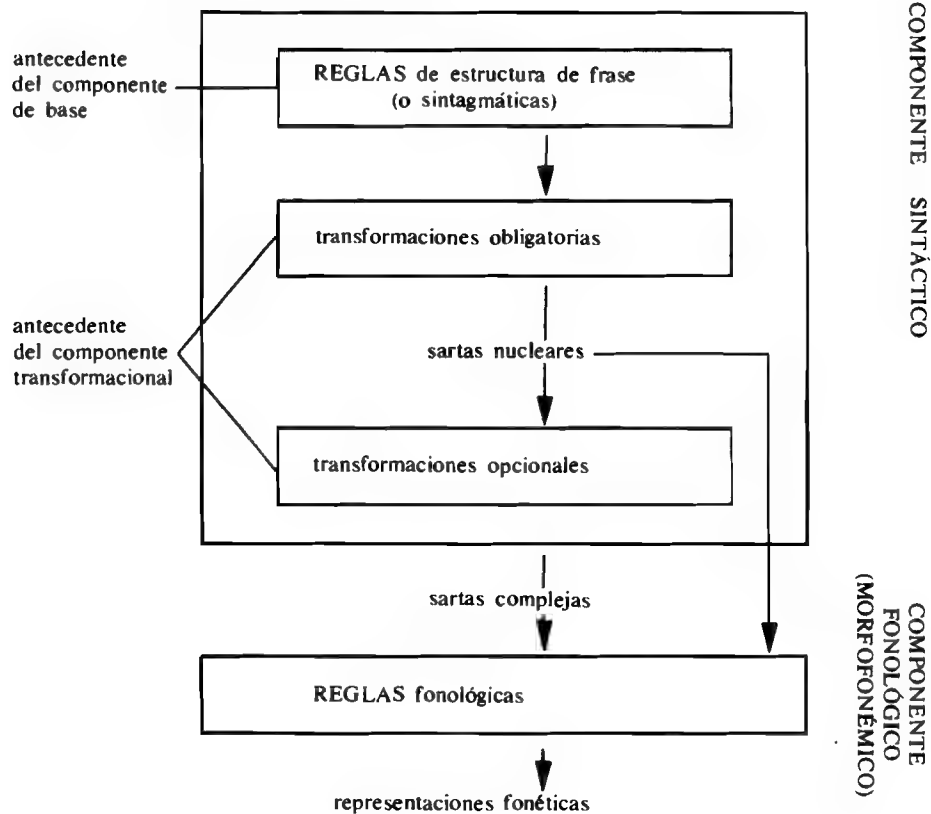


Figura 2. Estructuras sintácticas (1957).

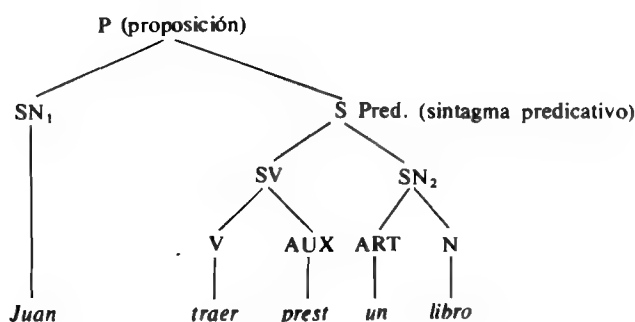


Insistimos en que el dato está siempre ahí, siempre es empíricamente comprobable. Chomsky inicia la construcción de una teoría deductiva formal, con dos objetivos, separar las oraciones gramaticales de una lengua de las agramaticales, y *explicar* las estructuras de esas oraciones gramaticales. Frente al estructuralismo, al que tacha de descriptivo, opone el generativismo, como explicativo. Con ello da un papel más importante a una unidad tradicional: la oración, que a las nuevas unidades trabajosamente halladas por los estructuralistas: fonema, morfema, etc.

En la figura 2 hemos visto cómo hay unas reglas de estructura de frase o sintagmáticas (en el apartado anterior las del tipo $O \Rightarrow SN, SV$, también $P \Rightarrow FN, FV$, y otras etiquetas) y unas *reglas transformacionales*, de dos tipos: a las *obligatorias* pertenecerían las que obligan, por ejemplo, a la concordancia de *número* entre sustantivo y artículo, adjetivo, y verbo del que es sujeto ese sustantivo, o de *persona* entre sujeto y verbo, y así sucesivamente. Las transformaciones *opcionales*, en cambio, serían las que, a partir de la oración *enunciativa activa* llevarían a la *interrogativa*, *negativa*, como en este ejemplo:

enunciativa: Juan trae un libro
interrogativa: ¿Trae Juan un libro?
negativa: Juan no trae un libro
pasiva: Un libro es traído por Juan.

El indicador sintagmático de la base enunciativa es:



que podemos enunciar mediante el algoritmo:

$$P \rightarrow SN_1 - V + AUX - SN_2$$

(el símbolo \rightarrow significa 'si se produce... entonces se produce').

en el que

$AUX \Rightarrow \text{Prst.}$ (prescindimos de número y persona para simplificar).

Si aplicamos ahora la ley de transformación pasiva o T_{PAS} , tendremos:

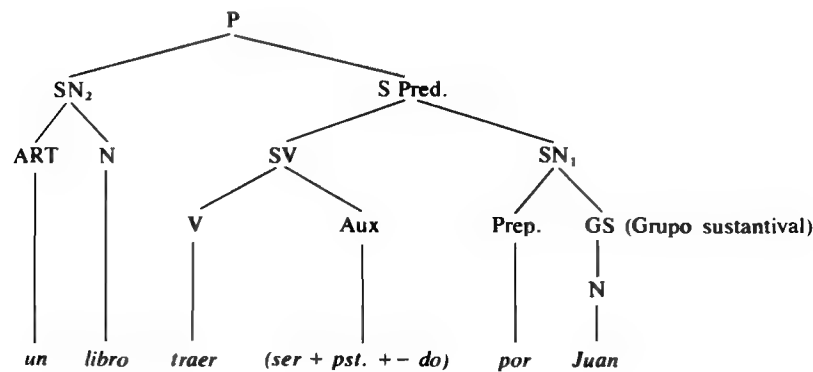
$$T_{PAS} \rightarrow SN_1 - V + AUX - SN_2 \Rightarrow SN_2 - V + AUX - SN_1$$

en la que

$AUX \Rightarrow$ ser + prst. + -do

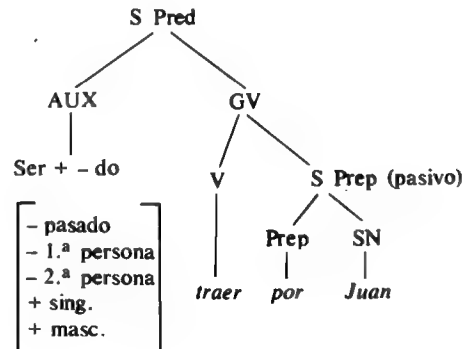
$SN_1 \Rightarrow$ por + N

El indicador sintagmático de la proposición pasiva (recordamos que utilizamos el término proposición (P), y no frase, que se suele representar como *Ph* (phrase) o *S* (sentence), en francés e inglés), es entonces:

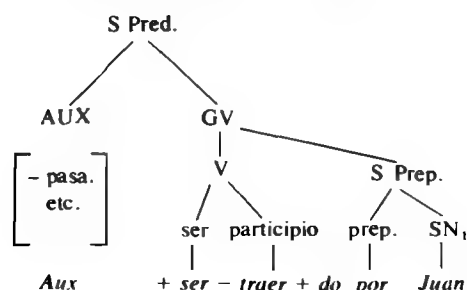


Puede encontrarse en otros autores un análisis distinto del sintagma predicativo.

En nuestra oración sería:



O bien una descripción como la de Lázaro (p. 103 de su *Lengua Española*):



Nótese que, en todos los ejemplos, los indicadores sintagmáticos incluyen, en la sarta final, elementos léxicos: *Libro*, *ser + pste + -do*, etc.

Es fundamental tener en cuenta, como muy acertadamente hace Colino en *Ciencia y Lenguaje* (pp. 29-30), que la gramática transformacional aventaja a la sintagmática, taxonómica o lineal, en que permite el análisis de los constituyentes (*constituents*) discontinuos (como *ser + presente + -do*) sin recurrir a las reglas particulares que necesita la gramática sintagmática para no construir frases agramaticales del tipo *ha estudiando* (\Rightarrow haber + prst. + -ndo). Otra ventaja es que permite la inclusión de un elemento recursivo en cualquier proposición. El único elemento recursivo es la proposición, lo que podemos expresar con el algoritmo

$$P \rightarrow A (P) B$$

en el que (P) es opcional. (Lo representado entre paréntesis es opcional.)

Colino ejemplifica la recursividad con las siguientes proposiciones (insistimos en que usamos el término proposición con su valor lógico, más adelante distinguiremos entre el valor gramatical de oración y proposición):

El gato (Juan vio ayer un gato) come la sopa que sometida a una transformación de relativo o T_{REL} da

El gato que ayer vio Juan come la sopa

Lo mismo sucede en

Yo sé algo [ellos vieron algo (Mario saltó la tapia)] con una primera transformación completiva, T_{COM} , tenemos

Yo sé que ellos vieron algo (Mario saltó la tapia) con una segunda transformación completiva podemos tener: transformación T_{COM}

Yo sé que ellos vieron que Mario saltó la tapia

transformación completiva de infinitivo T_{INF}

Yo sé que ellos vieron a Mario saltar la tapia

La formulación de esta fase de la gramática generativo-transformatoria se limita, por tanto, a la aplicación de dos algoritmos consecutivos, que, expresados en la terminología luego generalizada, serían:

- 1) Indicador sintagmático primitivo o profundo, expresable por un algoritmo de ramificaciones (en el que puede haber incrustaciones recursivas) y del que se deriva la sarta terminal, sobre la cual se construye la frase correspondiente en estructura de superficie.
- 2) Las transformaciones, obligatorias u opcionales, que permiten el paso de la estructura profunda, expresada por el indicador sintagmático y la sarta terminal, a la estructura de superficie, expresable en términos fonéticos o gráficos.

El desarrollo de esta corriente, hasta la segunda etapa, de 1965, se caracteriza por las discusiones en torno al papel de la semántica, y la creciente complicación del esquema.

En 1963, Katz y Fodor, en un artículo titulado «La estructura de la teoría semántica» intentan incorporar la semántica a la descripción lingüística sistemática: no se puede determinar el conocimiento del mundo que un hablante posee, pero sí el conocimiento de su lengua, que es diferente. La Semántica tiene un papel auxiliar, secundario, pero es necesaria a la hora de establecer, dentro de la teoría, unos límites de selección, por medio de dos elementos, un *diccionario* o inventario léxico y unas *reglas de proyección* que combinan los significados de las palabras individuales en los significados posibles para toda la oración: en el uso ordinario, *el gato*, en *el gato sujeta el coche*, es *el gato mecánico*.

Tras la fuerte reacción negativa, cuyo más importante exponente fue Uriel Weinreich, Katz, ahora en colaboración con Postal, publica en 1964 su *Teoría integrada de las descripciones lingüísticas*, en la que se postula que las transformaciones singulares no cambian el significado (reflexión semántica sobre la sintaxis), así como la existencia de una Estructura Profunda de la que depende el carácter imperativo, interrogativo o afirmativo de una oración, el cual no procedería así de la aplicación de las reglas transformacionales que veíamos antes.

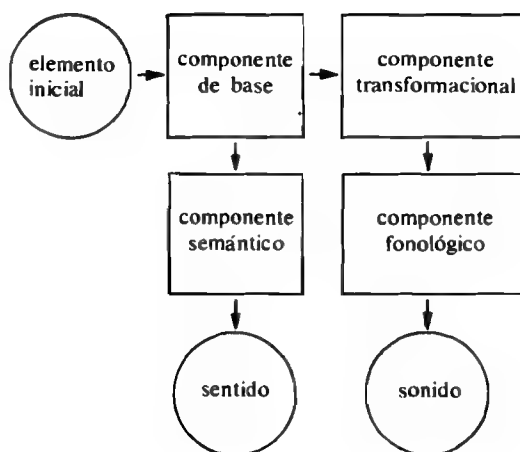
Todo este movimiento intelectual lleva a la teoría a su momento culminante, a la llamada *teoría típica* o *teoría estándar*, en la cual la semántica forma parte de la descripción lingüística, si bien la forma (sintaxis) es independiente del significado (semántica). El papel de la Semántica no es generativo, no hay una semántica proyectiva y explícita, sino sólo interpretativo: asigna una representación a la estructura profunda, la representación semántica. Esta estructura profunda es un nivel sintáctico independiente, y es la base exclusiva de la que arranca la interpretación semántica.

Recordemos ahora que, para los lingüistas americanos, ajenos a la división de *forma* y *sustancia* de la expresión y el contenido, la lengua es simplemente la unión entre un sonido y un sentido. Los dos esquemas siguientes, tomados por John Lyons (*Chomsky*) muestran la gran diferencia entre los dos modelos generativos:

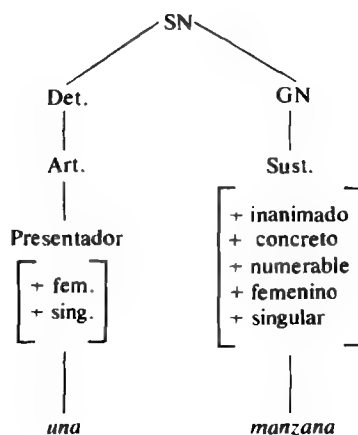
1957:



1965:

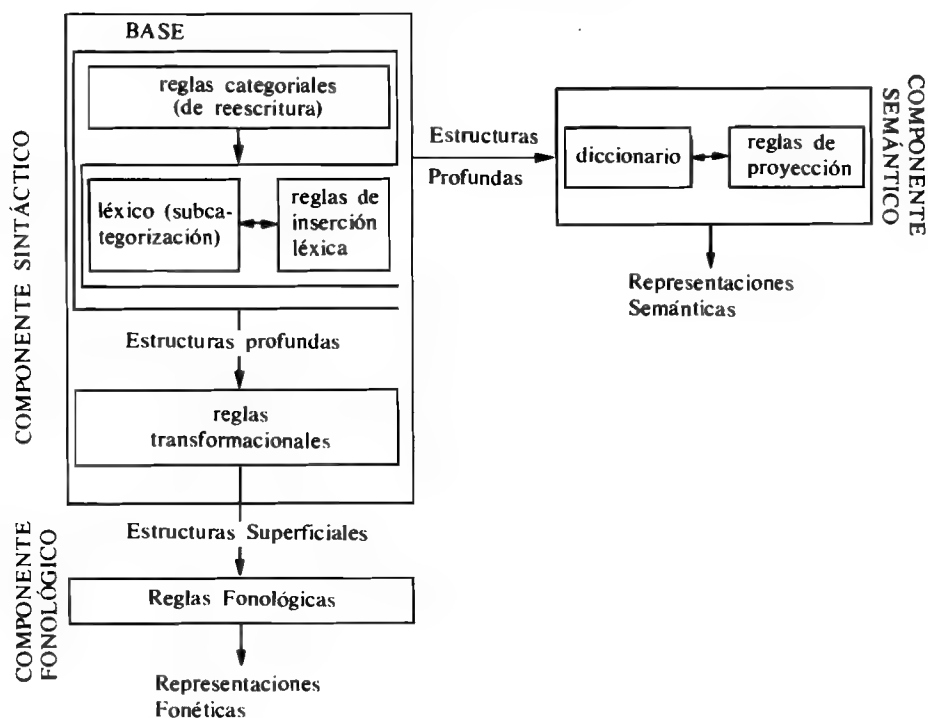


Pese a la representación, aparentemente más compleja, se logra una gran simplificación del componente sintagmático, siguiendo el modelo del análisis fonológico y semántico, describiendo cada elemento léxico como un conjunto de rasgos. Estas *reglas de subcategorización del léxico* (de las que, en general, prescindiremos en ejemplos posteriores, para simplificar la representación) analizarían, por ejemplo, *una manzana* con los rasgos que vemos (y otros más similares):



En la figura 3 traducimos la representación que H. Maclay hace de esta segunda etapa:

Figura 3. Aspectos... (1965)



Para la explicación del esquema traduciremos las afirmaciones básicas que hace Chomsky en el libro central de este período: *Aspectos de la Teoría de la Sintaxis*. Parte de la competencia lingüística del individuo, y afirma explícitamente que el conocimiento de una lengua abarca la capacidad implícita de comprender y construir un número indefinido de oraciones.

Así pues, una gramática generativa debe ser un sistema de reglas que se pueden repetir para engendrar un número infinitamente amplio de estructuras. Podemos analizar este sistema de reglas en los tres componentes principales de una gramática generativa: los componentes sintácticos, fonológicos y semánticos.

El componente sintáctico especifica un conjunto infinito de objetos formales abstractos, cada uno de los cuales añade toda la información pertinente para una única interpretación de una frase concreta. Puesto que aquí (i.e. 'en este libro'): sólo me ocuparé del componente sintáctico, utilizaré el término «frase» (*sentence*) para hablar de sarta (*strings*) de configuradores: «formantes», no «morfemas» en el sentido americano: mejor que sarta de fonos (término que designa la 'idea' de sonido, no la materialidad de éste, y que tampoco es *fonema*). Recordaremos que una sarta de configuradores especifica una sarta de fonos de una manera única (hasta la variación libre), pero no a la inversa.

El componente fonológico de una gramática determina la apariencia fonética de una frase engendrada por las reglas sintácticas. Esto es, relaciona una estructura engendrada por el componente sintáctico con una señal representada fonéticamente. El componente semántico determina la interpretación semántica de una frase. Es decir, relaciona una estructura engendrada por el componente sintáctico con una determinada representación semántica. Así pues, los componentes fonológico y semántico son meramente ilustrativos. Cada uno de ellos utiliza la información que el componente sintáctico les proporciona sobre los configuradores (*formatives*), sus propiedades intrínsecas, y sus correlaciones en una frase dada. En consecuencia, el componente sintáctico de una gramática debe especificar, para cada frase, una estructura profunda (*deep structure*) que determina su interpretación semántica y una estructura de superficie (*surface structure*) que determina su interpretación fonética. La primera de ambas estructuras debe ser interpretada por el componente semántico, la segunda por el fonológico.

Se podría suponer que la estructura de superficie y la profunda fueran siempre idénticas. De hecho, podríamos caracterizar las teorías sintácticas que han surgido en la moderna lingüística estructural (taxonómica) como basadas en la afirmación de que las estructuras profundas y las de superficie son realmente idénticas. (...) la concepción central de la gramática transformacional es que, por regla general, son distintas, y que la estructura de superficie está determinada por la aplicación reiterada de ciertas operaciones formales llamadas «transformaciones gramaticales» a objetos de tipo más elemental. Si esto es verdadero (como lo considero de aquí en adelante), entonces el componente sintáctico debe engendrar (*generate*) estructuras de superficie y profundas, para cada frase, y debe establecer una correspondencia biunívoca entre ambas.

Pedimos al lector un poco más de paciencia y proseguimos esta serie de largas citas, que nos parecen imprescindibles para la comprensión de este tipo de gramática.

Para aclarar la exposición utilizaré la terminología siguiente, con algunas revisiones en el curso del texto.

La *base* del componente sintáctico es un sistema de reglas que engendran un conjunto muy restringido (quizá finito) de *sartas básicas* (*basic string*), cada una de las cuales lleva asociada una descripción estructural llamada *indicador sintagmático de la base* (*base phrase-marker*). Estos indicadores sintagmáticos de base son las unidades elementales que constituyen las estructuras profundas. Consideraré que las reglas de la base no introducen ningún tipo de ambigüedad. Esta consideración me parece correcta, si bien no tiene consecuencias importantes para lo que sigue ahora, aunque simplifica la exposición. Bajo cada frase de la lengua hay una sucesión de indicadores sintagmáticos de base, cada uno de los cuales ha sido engendrado por la base del componente sintáctico. Me referiré a esta sucesión como a la *basa* (*basis*) de la frase a la que subyace.

Además de la base, el componente sintáctico de una gramática generativa contiene un subcomponente transformacional. A éste corresponde la generación de una frase, con su estructura de superficie, desde su *basa* (*basis*).

Poco después (pp. 17-18) prosigue:

Como la base sólo engendra (*generates*) un conjunto restringido de sus indicadores sintagmáticos, la mayoría de las proposiciones (*sentences*) han de tener una suce-

sión de tales objetos como basa (*basis*) subyacente. Podemos delimitar un subconjunto llamado «frases nucleares» (*kernel sentences*) entre las frases que sólo tienen un indicador sintagmático como basa. Estas frases pertenecen a una clase especialmente simple para cuya generación basta un mínimo de transformaciones [se generan aplicando sólo las transformaciones obligatorias]. Creo que la noción de «frase nuclear» tiene una significación intuitiva importante, pero puesto que las frases nucleares no tienen un papel distintivo en la generación o interpretación de una frase cualquiera no me ocuparé más de ellas. Debemos procurar no confundir las frases nucleares con las sertas básicas que las subyacen. Al parecer, a las sertas básicas y a los indicadores sintagmáticos de base corresponde un papel distintivo y crucial en el uso lingüístico.

En la didáctica de la lengua española, Fernando Lázaro Carreter ha introducido estas nociones y determinado seis oraciones nucleares o básicas en la gramática más simple española (*Lengua Española*, II, 102-110). Estas oraciones, con la representación parentética de sus estructuras, serían:

- 1) Este chico es pintor
P ||SN |Det, N|| |S Pred |Aux, GV |Cópula, SN|||
- 2) Este vidrio es opaco
P ||SN |Det, N|| |S Pred |Aux, GV |Cópula, S. Adj.!!!
- 3) Este chico es de Huelva
P ||SN |Det., N|| |S Pred |Aux, GV |Cópula, S Prep |Prep, N|||
- 4) Este chico duerme
P ||SN |Det., N|| |S Pred |Aux, GV||
- 5) Este chico lee el periódico
P ||SN |Det., N| |S Pred |Aux, GV |V, SN|||
- 6) Este chico viene de Huelva
P ||SN |Det., N|| |S Pred |Aux, Gv |V, S Prep.!!!

Podemos reducir 1 y 2 a la misma: (PN = Predicado Nominal)

P ||SN |Det, N|| |S pred |Aux, Gv |Cópula, PN|||

y hacer una regla de construcción de la gramática (de la base)

$$PN \Rightarrow \left\{ \begin{array}{l} SN \\ S \text{ Adj.} \end{array} \right\}$$

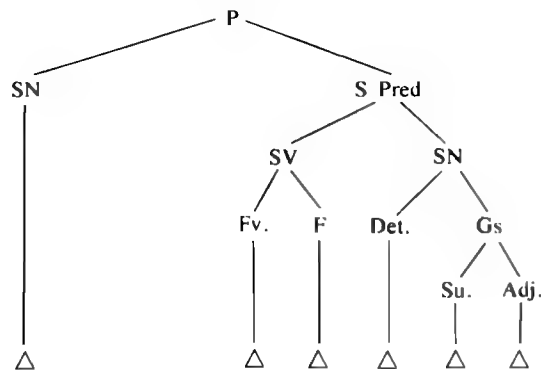
para expresar que el predicado nominal puede ser un sustantivo o un adjetivo.

Ejemplifiquemos ahora con una representación ramificada (o *ahormacional*). Lo importante es que, en esta etapa, la representación del esquema estructural no termina en elementos léxicos, que se introducen después, sino en un *símbolo comodín*, que hemos representado por un triángulo, y que expresa que nos movemos todavía en un nivel abstracto, preléxico.

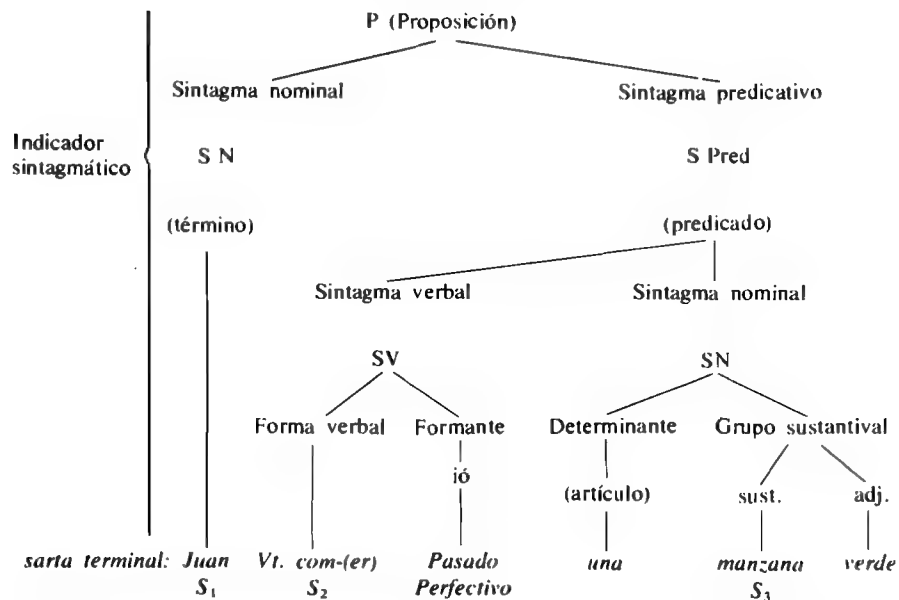
Lo más importante sería decir que las estructuras son las siguientes:

Juan comió una manzana verde

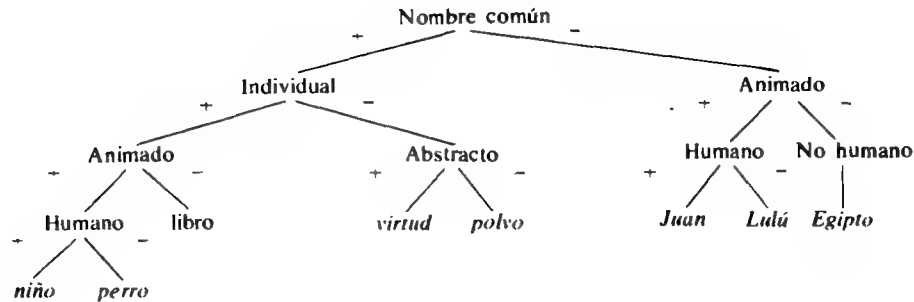
Representación de la estructura profunda:



Esta representación, con la introducción final de los elementos léxicos oportunos (determinados por las reglas de subcategorización, de las que prescindimos) daría una representación sintagmática como la siguiente:



Pero esto no es todo. A las reglas sintácticas hay que añadir las léxicas. Un cuadro de éstas pueden ser tomadas de Chomsky, *Aspects*, p. 83 (traducimos nosotros):



En cuanto a la regla de construcción de la gramática, G , que rige el diagrama anterior, sería la siguiente; G :

$P \Rightarrow (SN), SV, (SN)$ desde $P \Rightarrow SN, S \text{ Pred.}$

Después de esas reglas de base, o categoriales, vendrían las de inserción del léxico, y luego las transformaciones hasta llegar a la estructura superficial.

$T \Rightarrow SN, SV, SN.$

$SN \Rightarrow \text{Juan.}$

$SV \Rightarrow \text{Fv, F.}$

$SN \Rightarrow \text{Det., Gs.}$

$GS. \Rightarrow \text{sust., adj. (grupo sustantivo)}$

$Fv \Rightarrow \text{Com-}$

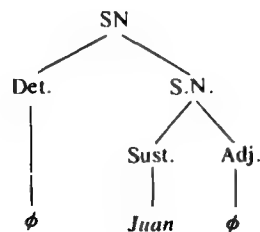
$F \Rightarrow \text{ió}$

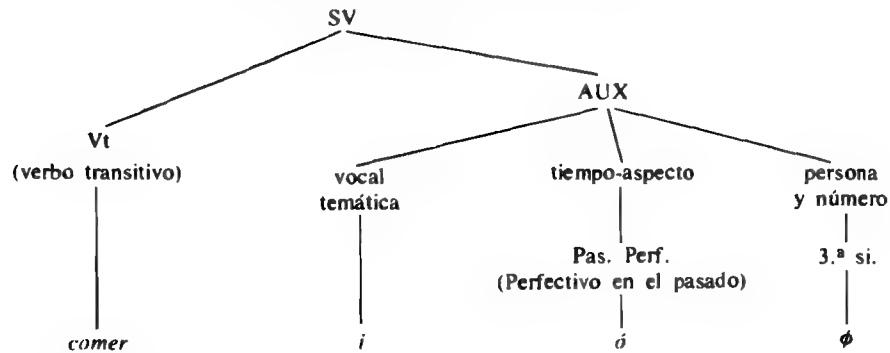
$\text{Det.} \Rightarrow \text{una (descomponible en: un-a, pero hemos simplificado)}$

$\text{sust.} \Rightarrow \text{manzana}$

$\text{adj.} \Rightarrow \text{verde}$

El análisis anterior ha sido una simplificación. Podemos ahora dar un paso más y analizar de modo más complejo los distintos elementos del configurador sintagmático, sin reglas de subcategorización:

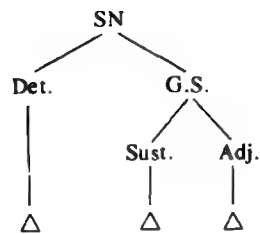




que se suele reducir a la *sarta*:

comer, AUX

Por último:



cuyos elementos léxicos insertados son, respectivamente:

una, manzana, verde

y que, en su esquema, es reductible a la *sarta*:

Det, G.S.

Obtenemos así la *sarta final*, *s*:

SN, V + AUX, Det., GS,

que, tras la inserción léxica, sería:

Juan, comer + AUX, una manzana verde

(Representación inexacta, por cuanto no se habría producido aún en esta etapa la concordancia entre *una, manzana y verde*, pero simplificamos, como es costumbre.)

Esta sarta, una vez asignada la representación fonológica (versión gráfica) por las oportunas reglas de ese componente, sería la que diera paso a la actuación:

Juan comió una manzana verde.

El resumen, volviendo a nuestra figura 3, el componente sintáctico se desdobra en un componente de *base*, que genera estructuras profundas, y un componente *transformacional* que convierte las estructuras profundas en superficiales. Las estructuras profundas proporcionan la entrada para el componente de semántica interpretativa (que ha de dar una interpretación semántica) y las superficiales dan la entrada del componente fonológico interpretativo (que ha de asignar una interpretación fonológica).

También ha cambiado el concepto de *transformación*. No hay transformaciones obligatorias, sustituidas por *rasgos* en el análisis de componentes (el ser *manzana* femenino hace que el artículo sea *una*, en nuestro ejemplo). Los elementos léxicos se insertan en lugar de los símbolos comodines por medio de transformaciones de sustitución. En las oraciones complejas las reglas transformacionales se representan por su orden, de «baja» a «alta», en cada indicador.

En 1966, en un trabajo titulado «Topics in the theory of generative grammar», Chomsky replantea algunas cuestiones, modificando el esquema de nuestra figura 3 como se ve en la figura 4 (hemos simplificado la representación, pues el componente de base no varía). La modificación fundamental es que las estructuras profundas no proporcionan la única entrada al componente semántico para obtener la representación semántica; también las estructuras superficiales sirven de entrada. (De ahí las dos flechas en nuestro esquema.) Por lo demás, se mantiene el nivel independiente de estructura profunda, la semántica es sólo interpretativa, y la sintaxis está en un nivel independiente. Otra modificación es que las inserciones léxicas son previas a las transformaciones.

Incorpora Chomsky en esta llamada *Teoría Típica Ampliada* o *Teoría Estándar Ampliada* dos nociones semánticas básicas, las de *foco* y *presuposición*: el foco presenta nueva información y admite una serie de posibilidades de estructuración variadas e importantes (que serán cumplidamente desarrolladas por los generativistas para los que el papel de la semántica sea central).

Aunque es difícil reunir los rasgos comunes a este último grupo de lingüistas (chomskyanos heterodoxos o semánticos generativos), H. Maclay también nos da el esquema que recogemos en nuestra figura 5, en el que se advierten tres aspectos fundamentales:

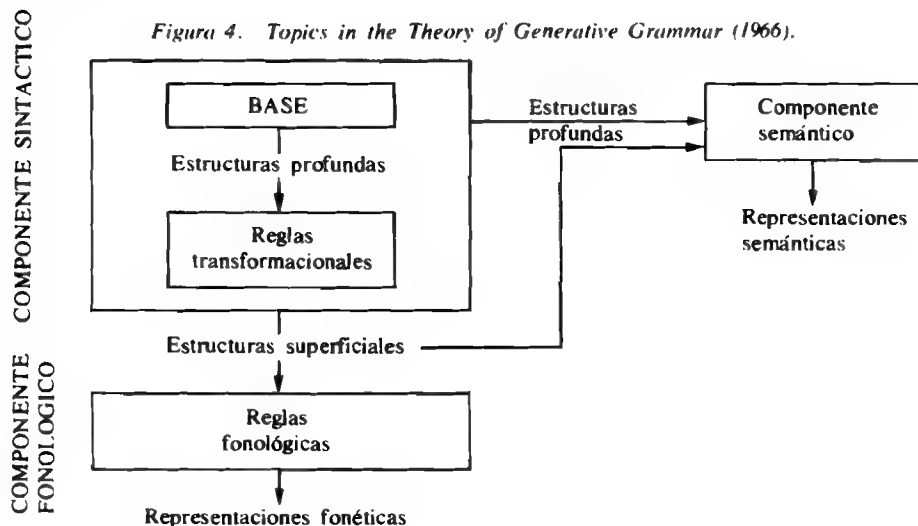
Al negar la autonomía de la Sintaxis, es inaceptable hablar de un nivel distinto de estructura sintáctica profunda.

Las inserciones léxicas, a diferencia de lo que acabamos de decir para la teoría típica ampliada, no sólo *pueden* efectuarse después de ciertas transformaciones, sino que, a veces, *tienen* que hacerlo.

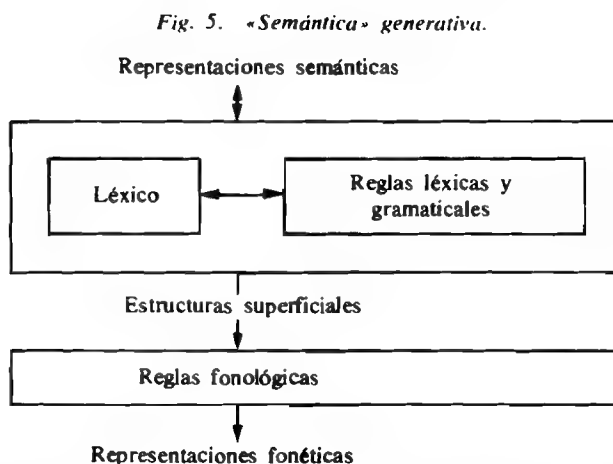
La distinción entre *competencia* y *actuación* se erosiona. Se inicia así la interesante problemática de una lingüística de la actuación.

Todo ello se produce como consecuencia del acercamiento de la estructura profunda y la representación semántica, al llegar a la igualdad, el nivel sintáctico autónomo (y generativo) de estructura profunda desaparece como tal,

mientras que ese valor de componente generativo es adquirido por la Semántica.



Para G. Lakoff (1969, «On Generative Semantics»), «la postura de la semántica generativa es, esencialmente, que la sintaxis y la semántica no pueden separarse, y que el papel de las transformaciones, y de las restricciones derivativas, en general, es relacionar representaciones semánticas y estructuras de superficie. Como en el caso de la gramática generativa, el término 'generativa' debe tomarse en el sentido de 'completa y precisa'».



En conclusión, podríamos decir que, pese a no dar respuesta a todos los interrogantes que el lingüista se plantea, la G.G. es una teoría completa, y ello tanto en el plano sincrónico como en el diacrónico. En este sentido, es importante notar que los reflejos diacrónicos apoyan las derivaciones sincrónicas,

como queda bien patente en fonología, contribuyendo con ello a poner fin a la dicotomía.

Es una elevada teoría empírica en la que los juicios de los hablantes, gracias a su competencia, intervienen junto al concepto de elegancia lógica de las gramáticas. En cuanto a su relación con el estructuralismo, de acuerdo con las preguntas fundamentales que hemos ido recogiendo, y a la evolución que ha ido teniendo y se ha reflejado en distintas etapas, nada mejor que recoger, por último, un nuevo cuadro de H. Maclay:

	I ¿La semántica es parte de la descripción lingüística?	II La forma (syntaxis), ¿es independiente del significado?	III ¿La semántica es interpretativa?	IV ¿Hay un nivel independiente de estructura sintáctica profunda?	V ¿Las interpretaciones semánticas se basan exclusivamente en la E.P.?
Estructuralistas Bloomfield (1933) Harris (1951)	NO	SI	—	—	—
G. Transformacional, I Chomsky (1957) Lees (1960)	NO	SI	—	—	—
GT2. Teoría Estándar (TT) Katz y Postal (1964) Chomsky (1965)	SI	SI	SI	SI	SI
GG3. T. Ampliada (TTA) Chomsky (1968)	SI	SI	SI	SI	NO
Semántica generativa Lakoff y McCawley (1969)	SI	NO	NO	NO	—

1.6. HACIA UN PLANTEAMIENTO NOCIONAL

En el último párrafo, a la hora de efectuar determinadas representaciones, hemos tenido que simplificar, puesto que nuestro objetivo no es una gramática generativa del español. Pese a considerar imprescindibles los avances que debemos al generativismo, al cual haremos referencias frecuentes en el resto del libro, es difícil aceptar el principio básico de que la lengua sea un sistema bien definido (también es difícil negarlo, en el sentido de demostrar que no lo es). En la etapa de estudio a la que corresponden estas páginas, en la que nos limitamos a una presentación descriptiva de la lengua, creemos que la explicación más coherente con los datos que ofrecemos es la

nocional, la búsqueda de las nociones de las diferentes categorías gramaticales: noción de sujeto o de predicado, de adjetivo o de preposición. Ello implica la aceptación de la semántica como parte de la descripción lingüística, e incluso más, la necesidad de contar con motivos de los tradicionalmente llamados extralingüísticos y que ahora van penetrando en ciertos estudios lingüísticos, vinculados a la teoría de la actuación, o en relación con lo que, en el amplio sentido lingüístico, puede denominarse *Pragmática*¹. Se puede objetar que esta concepción incluye dentro de la gramática una gran masa de material difícilmente formalizable. La objeción, como se comprenderá, es grave desde ese punto de vista, pero sólo porque implica la creencia en la formalización de una lengua natural, hipótesis teórica de indudable interés, sin demostración hasta ahora. También se puede decir que tratamos del mismo modo un material lingüístico central y otro marginal, y hablar de la posibilidad de formalización de una gran parte de la gramática, dejando fuera unos *restos*. Creemos, por nuestra parte, que no hay tales *restos* y que el enfrentamiento con el hecho lingüístico ha de ser total.

Este planteamiento es, desde luego, histórico, y parte de la negación de la distinción real entre sincronía y diacronía, que son sólo aceptables como distinciones metodológicas, y así nacieron². Un enfrentamiento global con el fenómeno del lenguaje implica, como más amplia exigencia, un tratamiento pancrónico, del que los cortes diacrónico y sincrónico no son sino aspectos parciales e incompletos, cuya integración no se logra sólo por su suma, sino por su adición a un conjunto de observaciones generales, muchas de las cuales han quedado tradicionalmente marginadas, dentro de la llamada lingüística externa. Pero no sólo se trata de tener en cuenta la historia para seguirla hasta un supuesto sistema que sería el de la lengua en un momento determinado, sino precisamente de negar que la lengua, en ningún momento, sea un sistema determinado, porque el concepto sustancial, como veremos en el próximo capítulo, es que *la lengua es un sistema de sistemas*: no hay etapa de su evolución en la que junto a un sistema (tal vez preferido en algún nivel, como el escrito, pero tampoco necesariamente) no coexistan o convivan otros, que no son simples restos en pérdida o anticipaciones en crecimiento, sino nada más —y nada menos— que sistemas que interfieren o pueden interferir con todos los demás³. Concebido así, el plurisistematismo rechaza la idea de *norma lingüística* por innecesaria, y limita el término al empleo tradicional de *norma social de uso* de la lengua.

Entre los varios ejemplos que permiten exponer claramente la problemática de la interacción de sistemas recogeremos el del *grupo sustantival*, uno de los tratados simplificadaamente en el párrafo anterior, precisamente porque sobre la vinculación del adjetivo y el sustantivo existen discrepancias

¹ Véase un resumen de la problemática de la Semántica y la Pragmática, con referencias, en nuestro libro *Reforma y modernización del español*. Madrid (Cátedra), 1979, cap. II.

² Véanse el libro citado en la nota anterior y nuestra *Lingüística y Lengua Española*, Madrid (Cincel), 1975, cap. 10.

³ Hemos estudiado detenidamente el tema en una aplicación concreta en nuestros *Estudios sobre el pronombre*, Madrid (Gredos), 1978, *passim*.

teóricas ⁴. Nuestra exposición en este punto puede ser objetiva, puesto que ahora no presentaremos el resultado de una investigación propia, sino que nos limitaremos a recoger los aspectos más importantes de una serie de estudios de Rafael Lapesa ⁵.

Para un estudio del tema que dé efectivamente cuenta de las construcciones que aparecen en los textos (entiéndanse éstos en el sentido más amplio) hemos de considerar los siguientes factores:

- a) Origen: la construcción latina de la que parten.
- b) Semántica de los adjetivos: clasificación de los mismos atendiendo a su significado.
- c) Contexto, en el sentido sintagmático.
- d) Preferencias determinadas por motivos de los tradicionalmente considerados extralingüísticos (estilísticos en especial, en relación con la filosofía dominante, o con factores socioliterarios).

En lo que se refiere al primer apartado, históricamente sabemos que, en la lengua latina, el orden era, normalmente la anteposición (*magna iniuria*), salvo si el sustantivo era monosílabo (*res noua*) o el adjetivo procedía de un nombre propio (*senatus populusque Romanus*), en cuyo caso se imponía la posposición del adjetivo. Dejando aparte fórmulas consagradas, invertir este orden suponía realzar el adjetivo. En el paso a las lenguas románicas la situación se va invirtiendo, hasta llegar a la situación actual, en la que se suele decir que el orden habitual del grupo sustantival es la posposición del adjetivo (sintagma sintético) y que la anteposición (sintagma analítico) produce un realce valorativo. Pero esto no es siempre así.

La semántica de los adjetivos determina ciertas diferencias importantes: podemos establecer cuatro grupos. Los adjetivos *valorativos* son los que más se prestan a la valoración emotiva, por lo que en ellos es más frecuente la anteposición. R. Lapesa ejemplifica abundantemente este tipo de construcciones en los cuatro grupos que establece, de donde los tomamos nosotros. Estos valorativos se posponen con mucha frecuencia cuando son especificativos, es decir, cuando separan unos elementos de otros dentro de un

⁴ Para la discusión acerca de la estructura subyacente del GS, cf. W. Winter «Transforms without Kernels?» *Language*, 41, 1965, pp. 484-489, y Wolfgang Motsch «Können attributive Adjective durch Transformationem erklärt werden?» *Folia Linguistica*, 1, 1967, pp. 23-48. Se trata de la crítica (Winter) y la defensa (Motsch) de la tesis chomskiana de que el adjetivo atributivo procede del predicativo, a través de una transformación:

T — N — es — Adj (o sea, artículo — nombre — es — adjetivo)

- a) \Rightarrow T — Adj — N
el resplandor es blanco \Rightarrow el blanco resplandor
- b) \Rightarrow T — N — Adj (adaptación nuestra al español)
el resplandor es blanco \Rightarrow el resplandor blanco.

⁵ Cf. los trabajos sobre la colocación del adjetivo en nuestra bibliografía, capítulos *nombre y frase*.

conjunto. No obstante, en todas las épocas aparecen adjetivos valorativos ponderativos pospuestos, contra la tendencia general, y especificativos antepuestos, de los que el caso más claro es el de los llamados superlativos relativos (*los peores caminos*). Como ejemplos para este primer grupo tendríamos: *un hombre pobre* (obsérvese la desviación de sentido que, en algunos de ellos, puede provocar al anteposición, *un pobre hombre*), *mal negocio*, *amigos simpáticos*, etc.). Los adjetivos *descriptivos* se prestan menos a la anteposición, por ello ofrecen muchos menos ejemplos de anteposición especificativa, pues lo normal es posponerlos con abrumadora mayoría si son especificativos, y dar mayor libertad a los ponderativos: *agua fría*, *tonos graves*, *vestido azul*, *blanca barba*, ejemplos en los que el lector verá las diversas posibilidades de invertir el orden. Los adjetivos *de relación o pertenencia* sólo rara vez van delante del sustantivo. En este grupo se incluyen algunos adjetivos que se hallan en el límite con el sustantivo, cuando se combinan dos de éstos, cuál sea el sustantivo y cuál el adjetivo suele depender del orden: *Un filósofo alemán*, pero *un alemán filósofo*. A este grupo pertenecen *cardenalicio* y *administrativo*, con posposición prácticamente obligatoria, salvo forzada ruptura por efectos estilísticos. El cuarto grupo está integrado por los adjetivos *quasideterminativos*, frecuentemente antepuestos, por su valor más próximo a los determinativos que a los calificativos: *la próxima temporada*, *las sucesivas páginas*, aunque, como vemos, la posposición es también posible. En resumen, esta clasificación semántica nos permite establecer determinadas tendencias en la colocación de los adjetivos, tendencias que se pueden formalizar, con mayor o menor dificultad, bien en la subcategorización del léxico, bien en los componentes de cada unidad léxica, para su representación semántica.

Un segundo aspecto que influye en la colocación del adjetivo atributivo es el *contexto*. Aquí hay también un límite metodológico de la gramática generativa, que trata de superar la llamada *gramática contextual* mediante reglas que, en lugar de generar frases bien formadas, generen contextos, es decir, unidades más amplias. Sin entrar en más detalles, podemos decir que la regla que mejor se cumple dentro de la *consensibilidad* (*context sensitivity*) es la que dificulta la anteposición de varios adjetivos coordinados, aunque no falten ejemplos de adjetivos agrupados antepuestos, sobre todo con valor ponderativo. También requieren posposición los grupos con complementos intercalados que prolongan la andadura de la frase. Todo ello se traduce en una complejísima casuística detalladamente estudiada por Rafael Lapesa, por lo que nos limitaremos a dos ejemplos: *el estéril y mal cultivado ingenio mío*, y el caso típico de los comparativos, pospuestos: *un caballo más blanco que aquel*, etc.

La sensibilidad al contexto está ligada a las preferencias estilísticas, que constituyen el último aspecto por considerar. En efecto, determinadas épocas, por motivos diversos, favorecen o reducen la anteposición, así, el siglo XV, latinizante, favorece el orden adjetivo + sustantivo porque es el tipo más frecuente en latín, lo que coincide con las claras preferencias de este siglo por la andadura lenta del sintagma no progresivo. El siglo XVI favorece también la anteposición, pero con variación de la causa determinante, que es

ahora el platonismo, la búsqueda de lo esencial; puesto que el sintagma analítico permite una mayor valoración de lo intrínseco del sustantivo, en lo que el adjetivo insiste, éste fue el preferido por los escritores platónicos o platonizantes. A partir de entonces se produce una clara bifurcación en el empleo del procedimiento: la literatura realista y los poetas preocupados por la sencillez y simplicidad formales (Juan Ramón Jiménez, en nuestro siglo, la novela picaresca y realista, p. ej.) prefieren posponer el adjetivo, mientras que los movimientos esteticistas y formalistas favorecen la anteposición (Góngora, Rubén Darío, p. ej.), la poesía, como era de esperar, se presta más que la prosa a la anteposición del adjetivo.

Lo dicho anteriormente requiere una última precisión: lo expuesto son tendencias, sólo en raros casos hay normas fijas que obliguen a una determinada colocación del adjetivo.

La atención a la lengua literaria que se desprende de la exposición anterior nos parece fundamental, y ello confirma la necesidad de este planteamiento global que buscamos. La escuela española ha defendido como uno de sus postulados básicos que no hay estudio de la lengua sin el de la literatura, y viceversa. Sumarse a ello no significa negar la evidente necesidad de la especialización, sino insistir en la necesidad de no perder de vista las coordenadas fundamentales.

BIBLIOGRAFÍA CITADA EN ESTE CAPÍTULO, NO RECOGIDA EN LA GENERAL FINAL

- ALARCOS LLORACH, Emilio: 1969. *Gramática estructural*. Madrid, Gredos (reimp.).
- 1978. «Unités distinctives et unités distinctes», en *La Linguistique*, 14/2, pp. 39-53.
- BALLY, Charles: 1951. *Traité de Stylistique Française*. Ginebra-París, Georg. 2 vols., 3.^a ed. (reimp.).
- COLINO LÓPEZ, Antonio: 1972. *Ciencia y lenguaje*. Discurso de recepción en la R.A.E., el 23 de enero de 1972; contestación de Julián Marías, Madrid.
- CHOMSKY, Noam: 1957. *Syntactic Structures*. La Haya, Mouton. Trad. española de Carlos P. Otero, México, Siglo XXI.
- 1965. *Aspects of the Theory of Syntax*. Cambridge, Mass., MIT Press. Trad. española de Carlos P. Otero, Madrid, Aguilar.
- GREENBERG, Joseph H.: 1957. *Essays in Linguistics*. Chicago, University Press.
- HJELMSLEV, Louis: 1968. *Prolégomenes à une Théorie du Langage*. París, éd. Minuit. Trad. española, Madrid, Gredos.
- HOCKETT, Charles F.: 1967. *Language, Mathematics and Linguistics*, La Haya-París, Mouton.
- LAKOFF, George: 1971. «On Generative Semantics», en D. D. Steinberg y L. A. Jakobovits, *Semantics*, pp. 232-296, Cambridge, University Press. Versión española en la compilación de Víctor Sánchez de Zavala: *Semántica y Sintaxis en la lingüística transformatoria*, 1, pp. 335-443, Madrid, Alianza ed., 1974.
- LYONS, John: 1978. *Noam Chomsky*. Penguin Books, ed. revisada. Trad. española de la primera edición, Barcelona, Grijalbo.
- MACLAY, Howard: 1971. «Overview», en Steinberg y Jakobovits, *Semantics*, pp. 157-182, Cambridge, University Press.
- SAUSSURE, Ferdinand de: 1945. *Curso de Lingüística General*. Trad., prólogo y notas de A. Alonso, Buenos Aires, Losada.
- SIEBENMANN, Gustav: 1969. «Sobre la musicalidad de la palabra poética», *Romanistisches Jahrbuch*, XX, pp. 304-321.

•

CAPÍTULO 2

La cohesión del plurisistema: Notas sobre el concepto de forma interior

2.1. LA LENGUA COMO PLURALIDAD DE SISTEMAS

Desde Saussure, se viene repitiendo el ejemplo por el que se compara la lengua con el juego del ajedrez (*Curso*, 158 ss.), donde se dice que el jugador está interesado solamente en lo que el tablero le ofrece. A menudo los ejemplos acaban defendiéndose más encarnizadamente que las teorías, y no vamos a gastar pólvora en las salvas de la discusión en torno a las diferencias entre el juego y la lengua; retomar el símil nos permite, sin embargo, señalar que ni siquiera en el ajedrez el jugador está interesado sólo en el estado actual del tablero, sino que, al contrario, tanto interés como el tablero mismo tiene su bloc de notas, donde ya están preparadas las jugadas proyectadas, y donde analiza los movimientos realizados hasta entonces: la sincronía y la diacronía del ajedrez son igualmente importantes para el objetivo final, el jaque mate.

Mas no se trata de contentarse con la historia de una lengua, o de una familia de lenguas, sino de insistir en que en cada corte sincrónico descubrimos no un sistema, sino varios. La solución de una norma, por un lado, y unos elementos marginales, por otro, es un recurso *ad hoc* que lleva, como la experiencia patentiza, a postular múltiples y variadas normas para la misma lengua. (Esto, como recurso metodológico, es tan aceptable como cualquier convención, como explicación de la realidad, es evidentemente insatisfactorio: multiplicar las clasificaciones no es explicar ni definir la categoría de la que se ocupa el investigador.)

Algunos de estos sistemas coexistentes son admitidos con facilidad: así, al hablar de tres o cuatro sistemas léxicos en el español actual, se piensa en niveles de *arcaísmo*, lenguaje normalizado o *estándar*, *cultismo*, y *barbarismo* o préstamo, incluso. Sin embargo, el enfoque varía si meditamos en que hablamos de estos niveles como realidades de la lengua, de modo siste-

mático, estructuralmente coherentes, y no como resultado de la actitud metodológica del investigador ¹.

Desde un punto de vista que va desde lo fonético a lo morfológico podemos señalar fácilmente una serie de rasgos que ejemplifican varios sistemas simultáneos:

La terminación *-ado* es normalmente *-ao* (ya lo hemos oído incluso en conferencias de académicos), no obstante *-ado* (con *d* fricativa, claro está) aparece en alternancia con *-ao* cuando se trata de series de participios, y resulta vulgar la supresión completa en sustantivos. De todos modos, es evidente que la pronunciación *-ado* sin ninguna concesión a *-ao* resulta hoy excesiva en la mayoría del dominio hispánico, Méjico es la excepción más relevante.

El seseo predorsodental o coronal frente a la reducida zona que conoce la interdental fricativa sorda es otro ejemplo de bisistematismo fonético. Lo mismo puede decirse de la oposición /ll/-/y/, perdida en grandes zonas de la lengua española y que aparece, sin embargo, en plenos focos de yeísmo, o, esporádicamente, en hablantes yeístas.

La lengua parece tender hacia *-ao*, el seseo y el yeísmo, pero sólo se trata de una tendencia, y nadie nos dice que será finalmente la triunfante.

No obstante, donde se observa mejor el plurisistematismo y donde sus consecuencias son más graves es en el dominio morfosintáctico. El hablante actual dispone de tres posibilidades principales de expresión del futuro; por ejemplo:

<i>He de advertiros</i>	<i>Os advertiré</i>	<i>Voy a advertiros</i>
culta arcaizante y regional oriental	escrita	general en la lengua hablada, sobre todo en Hispanoamérica

En la lengua escrita usamos las tres fórmulas, en la lengua hablada se impone la tercera, exclusiva en algunas zonas dialectales, mucho más usada que la segunda en general.

Las tres fórmulas corresponden a tres sistemas:

- sistema analítico arcaico, parte de la perífrasis de obligación para llegar a la idea de futuro simplemente. Es, en el fondo, igual a la evolución *amare habeo* > amar[os]é (que permitía la inserción del pronombre complemento) > amaré.
- sistema sintético.
- nuevo sistema analítico, que parte de una perífrasis de dirección para llegar a la idea de futuro.

No se trata de una sencilla estratificación por niveles, correspondientes a situaciones sociales especificables (aunque claro está que hay relación), sino

¹ Esta última es la actitud de Coseriu; por ello lo que exponemos no se ve incluido o afectado por el párrafo 2.3.2. de su importante obra: *Sincronía, Diacronía e Historia*.

de sistemas que se entrecruzan normalmente en los hablantes, pero que también pueden o podrían ser exclusivos, o excluyentes, en algún individuo, época o zona (así como en algún estilo).

2.2. UN EJEMPLO DE PLURISISTEMATISMO: LAS SEGUNDAS PERSONAS DEL PLURAL EN LATÍN Y LA SITUACIÓN ACTUAL DE LAS SEGUNDAS PERSONAS EN ESPAÑOL

Trataremos en estas páginas de explicar cómo no puede entenderse una compleja situación sincrónica, un estado de la lengua, sin conocer cómo ha llegado la lengua a tal estado, al mismo tiempo que comprobaremos que de la acción complementaria de la sincronía y la diacronía nace la necesidad de que el lenguaje sea plurisistemático. No vamos a hacer un estudio detallado, sino que nos limitaremos a señalar las líneas principales.

Nos limitaremos también a la primera conjugación latina. La segunda persona del plural latina tenía un formante *-atis*, que evolucionó de modo completamente normal a *-ades*, y finalmente a *-aes*. En el paso del español medieval al clásico el diptongo *-ai* es el resultado que se impondrá como más correcto, mientras que la reducción del hiato *-ae > -á*, con su posterior implantación en el sistema verbal de grandes zonas americanas creará esa anomalía arcaizante que hoy conocemos como voseo.

Por si esto fuera poco tenemos, además, la intromisión de las formas de respeto de terceras personas para dirigirse a la segunda, en singular y plural, que añaden nuevos elementos de disparidad a la ya confusa situación general. Además, no podemos acusar a la mera evolución fonética de haber causado tanta confusión, ya que a ello se suman razones culturales, como el envilecimiento del uso de *vos* para la segunda persona y el quedar relegado al habla familiar.

Un primer esquema nos daría los siguientes resultados:

- a) 2.^a persona singular latina que permanece como 2.^a persona del singular castellana:

tú cantas

- b) 2.^a persona del plural latina que pasa a ser 2.^a del singular castellana, primero de cortesía, luego familiar:

vos cantás

- c) Confusión de las dos anteriores:

vos cantas

- d) 2.^a persona del plural latina que pasa a ser 2.^a del singular castellana, con diptongo:

vos cantáis

- e) 2.^a persona del plural latina que permanece como 2.^a persona del plural castellana:

vosotros cantáis

- f) 3.^a persona del singular latina que pasa a usarse como 2.^a de cortesía castellana, en singular también:

él (ella) canta

- g) Fórmula de cortesía gramaticalizada con verbo en tercera persona del singular o del plural, pero referida a la segunda:

usted canta
ustedes cantan

- h) Confusión de e) y g):

ustedes cantáis

Estas ocho posibilidades no pueden sistematizarse en un solo sistema.

SISTEMA GENERAL HISPÁNICO

tú cantas
ustedes cantan

SISTEMA ESPAÑOL (No general en toda España)

tú cantas
vosotros cantáis
ustedes cantan

VOSEO

vos cantás (-as, -áis)

Además de estos tres sistemas coexistentes, a veces en el mismo hablante, es decir, en un idiolecto cualquiera, de los que seguramente todos conocemos ejemplos, tenemos dos posibilidades sistemáticas más:

SISTEMA RÚSTICO ANDALUZ OCCIDENTAL

ustedes cantáis

RESTOS DEL SISTEMA PRIMITIVO

él (ella) canta (usado para 2.^a persona)

Para la expresión de la 2.^a persona en español, en singular, en plural y en el tratamiento de cortesía, tenemos tres sistemas muy generales, un sistema rústico pero que es muy usado, y restos esporádicos de sistemas anteriores. Repetimos, además, que no hemos pretendido ser exhaustivos: basta la consulta del manual de dialectología de A. Zamora Vicente para obtener mayor

número de variantes. De todos modos, no creemos que aumentara el número de sistemas.

Si a lo anterior añadimos un criterio de orden cronológico, se puede ver con rapidez cómo aumenta la complejidad. Podríamos así buscar un sistema hasta finales del siglo XV, otro de la Edad de Oro, y el actual. Al mismo tiempo, de estos sistemas ha de salir el sistema futuro del español, si bien dudamos mucho que alguien pueda predecir ahora cuál será ese sistema. Al considerar el lenguaje a la vez como actividad y como producto, con lo que adelantamos nuestra inmediata referencia a von Humboldt, tenemos que concluir que el método que apliquemos al estudio del lenguaje tiene que ser válido tanto para la sincronía como para la diacronía. Si ese método es deductivo, su axiomática permitirá construir las reglas que rigen la evolución y resultado de la actividad lingüística.

En este punto podemos plantearnos la situación y establecer una serie de cuestiones básicas.

La lengua es un sistema en el que se encuentran otros sistemas o restos de otros sistemas. La lengua es un sistema de sistemas. Estos sistemas están en perpetua evolución y al mismo tiempo son susceptibles de ser estudiados como productos. El estudio más completo de estos sistemas deberá abarcarlos tanto sincrónica como diacrónicamente.

2.3 LA FORMA INTERIOR

Para poder aplicar el método pancrónico tenemos que encontrar algo que nos permita unir sincronía y diacronía. Debe haber un engarce que se nos muestre como constante a lo largo de la historia de la lengua y aparezca, al mismo tiempo, como configurador de cualquiera de sus estados actuales.

En nuestro intento de explicar qué es lo que da cohesión a ese plurisistematismo lingüístico comprobado antes, qué es lo que hace que a través de sus alteraciones históricas y sus interrelaciones sistemáticas una lengua siga siendo ella misma y no otra, recurriremos al concepto de forma interior.

El concepto de forma interior (*Innere Sprachform*) fue formulado por Humboldt en varias ocasiones, y no siempre del mismo modo, por ello su interpretación resulta difícil. Podemos decir que entendemos por forma interior la estructura psicológica específica de los hablantes individuales, de la que depende la organización concreta de los aspectos fonéticos y significativos de su lengua, pero eso no sería más que una de las posibles interpretaciones del concepto². Ya que hemos señalado la importancia científica de

² En la redacción de este punto hemos tenido en cuenta especialmente los artículos de R. Lapesa: «Evolución sintáctica y forma lingüística interior en español» y «Sobre problemas y métodos de una sintaxis histórica», cuya referencia completa damos en la bibliografía. Además de ellos, hemos tenido bien presentes las múltiples notas tomadas en nuestros años de alumno y de profesor en su Seminario. Cf. *et.* E. Coseriu «Semantik, innere Sprachform und Tiefenstruktur». *Folia Linguistica*, IV, 1970, pp. 53-63. W. von Humboldt: *Sobre el origen de las formas gramaticales y sobre su influencia en el desarrollo de las ideas. Carta a M. Abel Rémusat sobre la naturaleza de las formas gramaticales en general y sobre el genio de la lengua china en*

los estudios generativos, puede parecer conveniente enfocar el problema desde el punto de vista de Chomsky, para quien es (*El Lenguaje y el Entendimiento*, p. 119) «la 'forma del lenguaje', que, en una oscura pero sugerente observación de su gran obra póstuma, *Ueber die Verschiedenheit des menschlichen Sprachbaues*, Humboldt define diciendo que es 'aquel constante e invariable sistema de procesos que subyace al acto mental de llevar señales articuladas estructuralmente, organizadas al nivel de la expresión del pensamiento'. Semejante gramática define a una lengua en el sentido humboldtiano, esto es, en el de 'un sistema generado recursivamente, donde las leyes de la generación son fijas e invariables, pero cuyo alcance y el modo específico como se aplican permanecen enteramente sin especificar'».

La construcción de una gramática basada en la forma interior es, por ello, imposible. Nosotros tampoco trataremos de ir por ese camino. Lo que nos importa es que la forma interior es una constante de un sistema mientras ese sistema existe. El latín tenía una forma interior distinta de las de las lenguas románicas. Cada lengua tiene una forma interior distinta de las otras. Sin embargo, esta forma interior no es inasequible al entendimiento humano, no es una entidad abstracta e incomprensible, sino que se ha de manifestar en una serie de hechos lingüísticos que pueden ser analizados, y generados por medio de una gramática cuya axiomática esté bien construida. Es más, lo que abiertamente afirmamos es que no se puede construir una axiomática válida para una lengua determinada sin tener en cuenta su forma interior.

Una tentación que acecha al estudioso es la de tratar de aproximar —tal vez por la oscuridad de los conceptos— la idea de forma lingüística interior y la de estructura profunda: no hay tal. En sentido estrictamente chomskyano, la estructura profunda, como la de superficie, son siempre estructuras de una oración; no hay estructuras profundas de lenguas, porque el concepto es exclusivamente oracional: hablamos de la estructura superficial o profunda de una oración *O*, pero no de una lengua *L*. Que, metafóricamente y en otros autores, se encuentre ese uso distinto es otra cosa, lo que habría que discutir entonces es la ambigüedad que ese uso no estricto podría crear, y su legitimidad.

Las ideas humboldtianas nos son básicas en dos aspectos. El primero de ellos es que no nos basta la sincronía para tratar de establecer la forma interior de una lengua dada; tenemos que recurrir a la diacronía, con la peculiaridad de que como esta diacronía tiene que llegar a describir el estado actual de una lengua ha de ser, al propio tiempo, sincrónica. Con ello llegamos a la pancronía a partir de otro enfoque del problema. El segundo aspecto básico es que el planteamiento de Humboldt elimina gran parte de la diferencia entre lingüística externa y lingüística interna. Mucho de lo que Saussure llama *etnismo* está asociado a nuestro concepto de forma interior, por ejemplo al establecer que las estructuras mentales configuran las lingüísticas.

particular. Barcelona (Anagrama), 1972. También es útil el primer volumen de Ernst Cassirer, *Filosofía de las formas simbólicas*. México (Fondo de Cultura Económica), 1971, especialmente páginas 21, 34, 96, 108, 110, 114, 218, 224-226 y 297-298. Véase también nuestra *Lingüística y Lengua Española*, cap. 2.

En cuanto al alcance del término *forma interior*, Rafael Lapesa³ cree oportuno modificar la definición adoptada por Amado Alonso: «principio agrupador, subordinador y opositor de formas de pensamiento» y «contenido psíquico, y no sólo lógico, de cada construcción con estructura propia», en el sentido de que «la *forma interior* no es el *contenido* psíquico, sino la *conformación psíquica* del contenido, correspondiente a cada construcción con estructura propia».

El estudio del concepto de forma interior nos permite hacer una nueva observación sobre el concepto de plurisistematismo. Nuestra idea de que la lengua es un sistema de sistemas tiene poco que ver con la misma expresión de G. Guillaume. Para éste, el concepto de sistema de sistemas tiene un valor jerárquico, como una pirámide; para nosotros, carece en absoluto de ese valor, es un concepto que metafóricamente llamaríamos esférico. El plurisistematismo de Guillaume se explica sincrónicamente; nuestro plurisistematismo es pancrónico.

El estudioso podrá decir en qué medida pueden desarrollarse paralelamente los conceptos de plurisistematismo y forma lingüística interior a partir de estas palabras de R. Lapesa («Evolución sintáctica», p. 137):

«Para que hoy día fuese verdaderamente aprovechable la teoría de la forma lingüística interior habría que exonerarla de algunos rasgos que obedecen al romanticismo del momento en que surgió. Habría que desconectarla del idealismo filosófico, alejarla del plano en que se especula con el espíritu de los pueblos y otras abstracciones más o menos fantasmales, y traerla al de las tradiciones, hábitos, formas de vida y creaciones colectivas, campo asequible a la investigación metódica. Habría que quitarle el aspecto de inasible misterio con que la presentó su autor... Humboldt carga la mano en cuanto en el lenguaje y en la forma lingüística interior puede escapar al análisis racional, con lo cual incita a emplear la intuición para captarlo. Y los resultados de la pura intuición, si en ocasiones son brillantes hallazgos, pocas veces se asientan en terreno firme. Evitado este riesgo, la teoría de la forma lingüística interna serviría de muy oportuno complemento al estructuralismo actual. Pese a las diferencias de concepción general y tono, no dejan de ofrecer puntos de contacto importantes.»

2.4. LA FORMA INTERIOR EN ESPAÑOL

También ha sido R. Lapesa quien ha señalado («Evolución sintáctica», páginas 138-139) que «si la forma interior de una lengua resulta de la actividad íntegra del espíritu orientada hacia la palabra, es forzoso que contenga una mayoría de elementos compartida con la forma interior de otras lenguas. Parte de ellos, inherente a la esencia misma del lenguaje, existirá en todas; parte será común con las lenguas de la misma familia o rama, o con las representativas de una civilización afín. En el caso del español pertenecen a la forma interior con iguales títulos la distinción entre sujeto y predicado,

³ «Evolución sintáctica y forma lingüística interior», p. 139. Se refiere a Amado Alonso: «Sobre métodos: construcciones con verbos de movimiento en español», en *Estudios Lingüísticos, temas españoles*, p. 235.

poseída por tantos grandes troncos de lenguas; la oposición entre los sentidos virtual y actual del sustantivo mediante el artículo, como en tantas lenguas indoeuropeas y semíticas; la distinción entre la acción pasada durativa y la puntual, distinción heredada del latín por todas las lenguas románicas; la tendencia a 'representarse en movimiento interno un gran número de actividades, de acontecimientos y aun de estados', aunque, como ha hecho notar Coseriu, también sea propia del catalán y del portugués; el establecer diferencia entre persona y cosa como objeto directo de una acción, con desarrollo paralelo al que ofrece el rumano; la oposición entre las categorías de intemporal y temporal mediante los verbos *ser* y *estar*, tan características frente a los demás romances; o la modalidad de pensamiento que acompaña a las construcciones '*el que tú lo sepas*', o '*lo buenas que son*'».

Lo importante de esta larga cita, y del hecho de que a lo largo de su obra R. Lapesa haya ido esclareciendo estos distintos aspectos de la forma interior del español, es que disponemos ya de algunos elementos concretos que determinan esa forma interior y que conocemos esos elementos a lo largo de la historia de nuestra lengua. Nos sirven de eje con relación al cual podemos ir colocando los restantes hechos lingüísticos. De este modo, la oposición persona/cosa puede explicarnos la mentalidad que está en la base de la construcción

A + O. D. personal

así como el mantenimiento de una serie de restos neutros que permiten que nos fijemos en una determinada cualidad como algo no personal, desligado totalmente de la individuación que caracteriza a la persona.

Con el estudio de la diferenciación entre adjetivo antepuesto o pospuesto hemos tratado de mostrar cómo la lengua no se puede explicar sólo con criterios formales, ni siquiera con criterios totales pero sincrónicos. Con el concepto de forma interior podemos tratar de situar la peculiar estructura del español en relación con las de las otras lenguas, es decir, el paso de la estructura profunda de las lenguas a la del lenguaje universal.

Si unimos la oposición persona/cosa a la que existe entre el artículo como actualizador del sustantivo y el sustantivo virtual, sin artículo, podemos profundizar hasta una estructura última que ya no pertenecerá al español, sino que será común a las varias lenguas en las que se manifiesta la oposición

virtual / actual

El latín no participa de la forma interior que permite esta estructuración. Para sumarlo tendríamos que dar un paso más, e incluir todos los actualizadores, para alcanzar a las lenguas que carecen de artículo. De este modo llegaríamos a la oposición

individuado / no individuado

que determina una estructura última que responde a una forma interior común (p. ej.) a todas las lenguas románicas y, además, al latín.

Podemos poner esto en relación con lo dicho anteriormente y preguntarnos qué cambio de mentalidad tuvo lugar para que de una lengua sin artículo se pasara a unas lenguas con él.

La explicación, que con todo detalle se encuentra en el trabajo de R. Lapesa «Del demostrativo al artículo», nos lleva de nuevo al plurisistematismo: en el latín tardío apareció el artículo de modo que hizo coexistir un sistema sin artículo y otro con él. Es posible (como ha sido señalado) que el cristianismo fuese la fuerza espiritual capaz de cambiar la forma interior de la lengua y pasar de la división

individuado / no-individuado

a la triple partición

actual / virtual / no-individuado

Cuando se eliminó completamente el primer sistema y se prefirió el segundo se produjo (sumado a otros cambios similares en otros puntos concretos) un cambio de lengua.

La lengua no cambia porque el conjunto de sistemas se amplíe con nuevos elementos; la nueva lengua aparece cuando los nuevos elementos se incluyen en un conjunto del que es disjunto el conjunto en el cual están incluidos los elementos que configuraban el primer sistema lingüístico.

BIBLIOGRAFÍA CITADA EN ESTE CAPÍTULO, NO RECOGIDA EN LA GENERAL FINAL

COSERIU, Eugenio: 1973. *Sincronia, diacronia e historia*. Madrid, Gredos, 2.ª ed.

CHOMSKY, Noam: 1971. *El Lenguaje y el entendimiento*. Trad. de Juan Ferraté. Barcelona, Seix Barral.

HUMBOLDT, Wilhelm von: 1974. *Introduction à l'oeuvre sur le kavi et autres essais*. Trad. e introd. de Pierre Caussat. París, ed. Seuil.

CAPÍTULO 3

El nombre de la lengua

3.1. CASTELLANO Y ESPAÑOL

La lengua concreta de la que vamos a ocuparnos es conocida con dos nombres, *lengua española* o *lengua castellana*, e incluso con términos baci-yélmicos, como *lengua española castellana*. Esta peculiaridad que, en la práctica, para millones de hablantes, entre los que nos incluimos, se resuelve con una simple alternancia estilística, que resulta cómoda, se ha visto complicada por razones extralingüísticas, y ha trascendido a ámbitos donde la pasión y el recelo (bastante justificado en algunos casos) han dificultado la solución sinonímica, la más simple si no pudiera utilizarse para esconder propósitos e intenciones ajenas a la natural necesidad de dar un nombre a la más extendida de las lenguas románicas ¹.

En un libro cuyo título es ya por sí significativo (*Castellano, español, idioma nacional. Historia espiritual de tres nombres*), Amado Alonso habla, en primer lugar, de cómo las nuevas lenguas necesitan nuevos nombres, para identificarse frente al latín. La distinción se inicia en latín vulgar con el término *romanice*, equivalente a *romana lingua*, frente a *latina lingua*. Esta conciencia de cambio de lengua pasa a las designaciones en las nuevas lenguas y así, p. ej., el castellano diferencia *lengua vulgar* o *romance* de *lengua latina* (vb. gr., en el proemio de la traducción de la *Encida* por el Marqués de Villena).

Un tercer paso se da cuando las designaciones romances incluyen la referencia geográfica (y/o política): al valor identificador y peculiarizante típico de lo castellano, frente al latín y los otros romances, corresponden términos como *lenguaje de Castilla*, *nuestro lenguaje de Castilla*, *nuestro romanz de Castilla*, *el propio romanz castellano*, *el castellano*, *en nuestra lengua*, *en el lenguaje* (junto a *vulgar*, *romance*, *lengua vulgar*, como se ve en los títulos de los libros) ².

¹ Como antecedentes lejanos del tema están el artículo de E. C. Hills: «The Terms 'Spanish' and 'Castilian'», en *Hispania*, IX, 1926, pp. 190-191, y las observaciones de G. C. S. Adams, en *Language*, XV, 1939, pp. 208-209.

² Para la primera parte de este paso cf. Antonio G. Solalinde: «La expresión (nuestro latín)

Poco a poco se va implantando el término *español*, a cuyos aspectos formales nos referiremos luego, a medida que se va formando el concepto de nación (y con un amplio valor hispánico, pues los propios portugueses se incluyen en el gentilicio, por su sentido latino de Hispania). El término *español*, por tanto, —dice A. Alonso— comporta en su expansión un aspecto de la ideología renacentista. *Castellano*, sin embargo, persiste, y esa persistencia requiere una explicación. Para darla, A. Alonso recurre al recuento de títulos de libros, con lo que quiere apoyar su criterio de que se debe a inercia del arcaísmo: en efecto, *castellano* domina en la primera mitad del XVI de modo amplio, aunque ya desde 1495 hay títulos en los que aparece *español*. La abundancia de traducciones aporta un buen material. El propio autor, no obstante, señala que la argumentación pierde fuerza si notamos que gran parte de los usos de *español* no están en el libro en sí, sino en glosas, apostillas, o sólo en registros (como el de Hernando Colón) y bibliografías.

Una serie de circunstancias constituyen los argumentos históricos enumerados como explicación de la extensión de *español*. En primer lugar, el carácter más amplio, empalmando con la idea renacentista-imperialista de universalidad. El castellano se siente sucesor del latín; como instrumento nacional y político la lengua se vincula al Imperio, y se extiende a todos los pueblos que sostienen la idea, es decir, a toda Hispania, haciéndose *español*. La anécdota característica es bien conocida³: el 17 de abril de 1536, lunes de Pascua de Resurrección, el emperador Carlos V, de regreso de Túnez, se dirigió al papa Paulo III, los embajadores de Francia y Venecia y el Consistorio Vaticano, en español, para justificar su política de enemistad con el rey francés, aliado de los turcos, en un famoso discurso. En su respuesta a la protesta del obispo de Mácon, embajador francés, por no haber usado la lengua internacional de entonces, el latín, el rey-emperador replica: «Señor obispo, entiéndame si quiere, y no espere de mí otras palabras que de mi lengua española, la cual es tan noble que merece ser sabida y entendida de toda la gente cristiana.»

Sin entrar en disquisiciones acerca de si Carlos I se había visto obligado a hablar en español como consecuencia de su deficiente conocimiento del latín (sobre lo cual tenemos testimonios, algunos contradictorios), no cabe duda de que del rey de España no podemos decir que fuera castellano: nacido en Flandes y nieto del rey de Aragón, Cataluña y Navarra, lo castellano es sólo una parte de su propia herencia personal.

Esta observación coincide con el segundo argumento en favor de la extensión de *español* (y que ya fue causa del origen de la palabra misma): más allá de los Pirineos se ve lo que los españoles, en común, tienen de diferente

en la General Estoria de Alfonso el Sabio», en *Hom. A. Rubió y Lluch*, Barcelona, 1936, I, pp. 133-140; para los títulos de libros A. Alonso remite a Conrad Haebler: *Bibliografía ibérica del siglo xv*, t. I, La Haya-Leipzig, 1903; t. II, Leipzig-La Haya, 1917.

³ Puede ser interesante, por ello, referirnos aquí sólo a un estudio de Antonio Roldán: «Gonzalo de Illescas y la Historia Pontifical», en *Estudios Literarios dedicados al Prof. Mariano Baquero Goyanes*. Murcia, Universidad, pp. 644 y ss. Para sus implicaciones generales remitimos a nuestro libro *Reforma y modernización del español*, III, 1.4.

frente a los otros pueblos, y no se precisan particularismos, ignorándose la peculiaridad de lo castellano.

Los dos términos siguen siendo intercambiables, sin embargo, lo que puede observarse, por ejemplo, en la referencia de A. Alonso al libro siguiente:

«Juan de Miranda publica en Venecia, 1569, para los italianos de la Señoría, unas *Osservazioni della lingua castigliana*, y en ellas habla con evidente satisfacción de «il nostro spagnuolo idioma», y hasta con el título mismo se continúa así: 'divisi in quatri libri: ne quali s'insegna con gran facilità la perfecta lingua spagnuola'».

En favor de *español* interviene también un tercer argumento, el paralelismo con los nombres de los otros idiomas nacionales: francés, inglés, italiano⁴, que el autor une a un cuarto: la concepción del idioma nacional coincide también con un cambio de forma interior: «El nombre de *castellano* había obedecido a una visión de paredes peninsulares adentro; el de *español* miraba al mundo» (p. 31).

Pese a todo, *castellano* persiste, lo que hace necesaria una segunda explicación de su supervivencia, que vaya más lejos de la simple inercia de un arcaísmo; se va así al contenido sociopolítico: «millones de campesinos han sentido siempre la entidad nacional y sus problemas mucho más débilmente que en las ciudades», explicación que continúa en una tercera, que sigue a la anterior también lógicamente: puesto que *castellano* cambia su contenido, ampliándolo y haciéndolo coincidente con *español*, muchos autores pueden utilizar uno u otro nombre. A partir de ahí se llega al uso más curioso, por lo que supone de eclecticismo, que es la unión de ambos adjetivos, en las combinaciones *castellana-española* o *española-castellana*, como en el *Arte* de Gonzalo Correas.

Tras estas explicaciones de la pervivencia de *castellano*, queda, sin embargo, un quinto argumento a favor de *español*: desde finales del siglo XVI, salvo rarísimas excepciones, debidas a autores españoles que escriben fuera de su patria, el término aceptado mayoritariamente en los países hispanohablantes, para referirse a la lengua común de España, es el de *español*.

En esta situación se plantea, según A. Alonso, el conflicto, estudiado al recoger la opinión del anónimo autor de la *Gramática de la Lengua Vulgar de España*, que nos permite situarnos ante un aspecto del problema que condiciona su evolución: había un grupo de autores que seguían usando «castellano»; este grupo no debió de ser muy polémico, porque no hemos notado señales ostensibles de encono. Otro grupo se resistía a usar este nombre, porque le parecía que equivalía a colocar a Castilla en lugar preeminente. Notemos que todavía hoy podemos notar esta actitud, en Andalucía, por ejemplo.

⁴ Véase, por ejemplo, el texto de Villalón que recogemos en el lugar citado en la nota anterior. En lo que respecta al italiano hay que señalar la repercusión española en torno al nombre de esta lengua: entre *florentino*, *toscano* e *italiano*, el último término es el de más clara referencia al conjunto, o sea, a la lengua común, aunque no sea la única hablada en todo el país.

Cuando se rechaza «castellano» quedan dos opciones: o usar «español», o crear una designación nueva. No obstante, el uso de *español* pudo no resultar satisfactorio para algunos autores que tampoco querían usar *castellano*, porque la lengua de Castilla era (y es) una entre las varias lenguas españolas. Lllamarla *lengua española* sería así otorgarle un privilegio injustificado. Esta postura también es importante, porque se traduce hoy en aspectos del problema en las regiones bilingües.

La tercera solución, crear un nuevo término, tampoco ha prosperado: el anónimo de Lovaina usó *lengua vulgar*, pero la evolución del significado de «vulgar», que, de contrapuesto a «latino», ha pasado a contrapuesto a «culto», hubiera impedido la adopción de este término, en todo caso. Tampoco esta solución parece ser muy necesaria, porque hay que tener en cuenta que, en la mayoría de los casos, el hablante no se para a medir y calibrar las diferencias entre uno y otro término. A. Alonso dice, en concreto, que el hispanoamericano que dice «castellano» no piensa, cada vez que lo dice, que esa lengua se originó en Castilla. Se puede añadir fácilmente que el gallego o catalán que oye decir «español» en vez de su más usual «castellano» no se para a pensar a cada momento que así se cambia el esquema de equivalencias de las lenguas peninsulares. La designación se percibe así como un nombre propio, por lo que deja de sentirse lo que pudiera haber de hiriente en el adjetivo especificativo pospuesto (posposición tanto más necesaria por tratarse de un adjetivo de relación).

Tendríamos así que un sexto argumento en favor de «español» coincidiría con una cuarta explicación de la pervivencia de «castellano»: ambos han pasado a tener un valor más cercano al nombre propio que a la especificación originaria. A ello habría que sumar, aunque cada vez con menos fuerza y como quinta explicación de la pervivencia de «castellano», una vaga conciencia de los hablantes, con una antigüedad que remonta a varios siglos, sobre el supuesto prestigio de la lengua hablada en Castilla. A. Alonso cita ejemplos renacentistas a los que todos podríamos añadir esos elogios que se oyen con alguna frecuencia, sobre todo entre el pueblo, sobre el habla de Burgos o de Valladolid. No hace falta insistir en lo impreciso de tales afirmaciones generalizadoras.

Cuando A. Alonso insiste, a continuación, con una magnífica exposición de las ideas de los literatos del Siglo de Oro (especialmente los no castellanos), en la preferencia por *español*, y en cómo se siente que lo *español* es unitario y universal, lo hace para luego hablar del término castellano en el XVIII como castizo y regionalizante. No negamos con ello, de ningún modo, el interés y valor de los argumentos de un Fray Luis de León, Ambrosio de Morales, Herrera o Correas, pero sí queremos insistir en la evolución del punto de vista. Lo que se debate ahora es, básicamente, un problema de prestigio: cuál es el ideal, el modelo teórico de la lengua, si es que existe, y no cuál pueda ser la mejor designación de esa lengua.

Los argumentos que emplea Amado Alonso al hablar del siglo XVIII y, específicamente, de la actitud de la Academia al redactar el Diccionario de Autoridades, han merecido una respetuosa respuesta discrepante de Fer-

nando Lázaro ⁵, quien ha limitado el alcance de ciertas afirmaciones. Las puntualizaciones de Lázaro se refieren, concretamente, a la denominación de la Real Academia, su gramática, y su diccionario. La Academia se llama Española por imitación de la Francesa y porque con esta denominación no hay equívocos (puede ser académico cualquier español, y no sólo los castellanos). El diccionario, en cambio, es de la *lengua castellana*, según las Actas del 14-XII-1793, y así será hasta 1924, pues a partir de esta fecha será de la *lengua española*, cambio de denominación que se extiende a todas las obras y documentos académicos. Lázaro rechaza que la decisión primera a favor de *castellano* tuviera nada que ver con que Castilla sea el solar de su idioma y su árbitro, ya que ese papel arbitral no aparece en parte alguna y, además, los académicos creían, erróneamente, que la cuna del idioma era astur-gallega. Rechaza luego la solución centralista borbónica, pues el *Diccionario de Autoridades* (primero de la Academia) se abre con amplitud a las voces periféricas y se preocupa especialmente de su recolección. La Academia Española ha desarrollado una labor en favor de los dialectos que no tiene parangón en instituciones normativas similares. La diferenciación castellano/español aparece en la designación de los documentos oficiales, ya que en los textos de los académicos (los Prólogos del Diccionario, p. ej.) los dos adjetivos son intercambiables. La distinción estriba para Lázaro, en una razón mecánica o, si se quiere, retórica. La proximidad de los sintagmas *Academia Española* y *Lengua Castellana* en varios textos salva así la fea construcción que se produce con los dos adjetivos iguales. Se trata, en suma, de una elegante variación estilística entre el adjetivo que la Academia se asigna y el que atribuye a la lengua. Precisamente cuando es consciente de la confusión que tal variación comporta, decide aplicar a la lengua el adjetivo «española» que se había aplicado a sí misma en principio, y así lo hace oficialmente, a partir de 1927, en sus publicaciones.

Por nuestra parte, hemos repasado los textos académicos en busca de la confirmación de la hipótesis de Lázaro, hasta encontrar las pruebas suficientes de su veracidad, a nuestro juicio. Creemos que puede tener algún interés exponerlas juntas:

Aunque la Academia se llame Española, en la Aprobación del Diccionario (1724) por don Fernando de Luján y Sylva se lee: «He visto con todo cuidado y atención el *Diccionario de la Lengua Castellana*, compuesto por la Real Académia de ella.»

En el prólogo, en cambio, se altera el adjetivo: «Entre las Lénguas vivas es la Españóla, sin la menor duda, una de las más compendiosas y expresivas.»

«la Léngua Españóla, siendo tan rica y poderosa de palabras y locuciones, quedaba en la mayor obscuridad...»

⁵ *Crónica del Diccionario de Autoridades (1713-1740)*. Discurso leído el día 11 de junio de 1972 en el acto de su recepción en la Real Academia Española. Contestación de Rafael Lapesa Melgar. Madrid, 1972.

«el libro del Tesoro de la Léngua Castellana, o Española, que sacó à luz el año de 1611. Don Sebastian de Covarrubias» [es el título del libro].

«à este sabio Escritor [Covarrubias] no le fué facil agotar el dilatado Océano de la Léngua Española».

«Como basa y fundamento de este Diccionario, se han puesto los Autóres que ha parecido à la Académia han tratado la Léngua Española con la mayor propiedad y elegância.»

Así se sigue hablando la *Lengua Española* y de *Nación Española* y su *Léngua* (p. II).

En la p. IV habla de *Orthographia Castellana*, y en la V, donde se refiere a voces no usadas en el reino de Castilla, pero aceptadas en el diccionario, y a las de germanía, justifica la introducción de voces de este segundo tipo «por ser casi todas las dichas palabras en su formación Castellanas». Luego ya habla de «voces Castellanas antiguas» (*ibid.* § 11) para hablar de «Léngua Española» en el § 12 (pág. VI). En la p. VII, 618: «convertir... la voz Castellana en otra Latina» y, a continuación, «por evitar no volver la voz Española en otra Latina». La pág. VII, § 22 incluye otro ejemplo de «Léngua Española».

En el prólogo, en resumen, *español* domina claramente a *castellano*, a pesar del *lengua castellana* del título.

Una prueba más de la sinonimia castellano/español en lo lingüístico tenemos en el cap. V, en el primero de los estatutos de la Real Academia (pág. XXIX del Diccionario):

Fenecido el Diccionario (que como vá expressado en el Capítulo priméro, debe ser el primer objeto de la Academia) se trabajará en una Grammatica, y una Poética Españolas, è História de la léngua, por la falta que hacen en España.

Sabiendo, como sabemos, que ha sido redactado cada uno de los discursos proemiales del Diccionario de Autoridades por autor distinto (cf. p. XXXVIII), no extrañará que haya ligeras divergencias en las preferencias por uno y otro término. Frente a la vacilación registrada en el Prólogo, escrito por don Juan Isidro Fajardo, se observa una preferencia clara por *lengua castellana* en la Historia de la Academia, redactada por el P. José Casani. Nuestra última cita nos mostraba otra vacilación en los estatutos, a la que podemos añadir ahora la importante precisión del primer párrafo del Discurso Proemial sobre el Origen de la Lengua Castellana (p. XLII), obra de don Juan de Ferreras:

La Léngua Castellana, que por usarse en la mayor y mejor parte de España, suelen comunmente llamar Española los Extrangéros, en nada cede à las mas cultivadas con los afanes del arte, y del estudio.

El mismo P. Casani, de cuya preferencia por *lengua castellana* acabamos de hablar, en su discurso de las Etimologías emplea *español* como equivalente a *lengua española o castellana* (p. LX):

«Las partículas compositivas en nuestro Español son...»

A estos textos, ya suficientemente explícitos, podemos añadir ahora un precioso testimonio inédito, procedente de los *Papeles y Legajos de Gramática*, descubiertos en la biblioteca de la Academia por Ramón Sarmiento ⁶.

He aquí un interesante texto del tomo I, fol. 21 a b:

La *Gramática* española en primer lugar deberá tratarse en el idioma propio, esto es en castellano, por que haviendo de ser precisamente su fin el de enseñar a hablar, y escribir rectamente en el no puede ofrecerse duda en que esto principalmente mira al español, que por lo mismo que esta es su lengua, tiene mas necesidad que el extranjero de saberla con perfección, y por consecuencia primer derecho a la instrucción, por cuyo medio lo hade conseguir.

La variación de términos: *gramática española, castellano, su lengua* [del español], se observa de nuevo, también por razones de alternancia estilística, en otros textos, como, a continuación, fol. 21 d:

‘Traducir la gramática al latín’ puede hacerse con la *Gramática española para hacerla mas universal*. Nuestro Maestro Correas puso en español su *Arte Castellana*, y tambien Paton sus instituciones.

Estos textos, que se aducen por primera vez para cualquier propósito y que, cerrados a la vista del curioso, conservaban entre sus páginas los polvos del secante, coinciden también en lo observado por Lázaro, la razón estilística de la alternancia «Academia Española», «lengua castellana».

No quiere esto decir que la alternativa hoy se vea como una simple variación estilística (aunque sea así en algunos autores). Ya hemos indicado algunas preferencias por *castellano* o por *español*; otras distinciones históricas pueden haberse perdido, como la preferencia del campo por «castellano» y de la ciudad por «español», señalada por Amado Alonso. Es probable que la cuestión, para las generaciones más jóvenes, haya perdido interés y, desde luego, virulencia. En el fondo, a menos que se use uno de los términos con carácter especificador e intención poco clara, nadie se ofende porque su interlocutor emplee uno u otro ⁷.

Hay también otros usos, menos extendidos, como *idioma nacional*, que en Argentina y México alternó con castellano en cierta época y que ahora pervive sin ciertas connotaciones pasadas, salvo para los nostálgicos. También existen *idioma patrio, lengua patria, lengua nacional* e, incluso, *idioma nativo*. Como uso muy curioso de estratos rurales, entre indios y criollos,

⁶ Cfr. sus estudios: «Inventario de documentos gramaticales de los siglos XVIII y XIX», *Bol. RAE*, LVII, 1977, pp. 129-142, y «La gramática de la Academia: historia de una metodología», *RSEL*, 8/1, 1978, pp. 105-115.

⁷ Otra solución puede ser la apuntada por Menéndez Pidal en «La lengua española», artículo inaugural de *Hispania* (California), 1918, publicado de nuevo en el Cuaderno I del Instituto de Filología de Buenos Aires. Don Ramón dejaba ‘castellano’ para la lengua del *Poema del Mio Cid* y ‘español’ para la lengua en cuyo florecimiento estético colaboraron todas las regiones de España.

tendríamos *hablar la castilla, entender la castilla*, y el uso de *castilla* como adjetivo.

La pasión desatada en torno a la denominación no ha sido motivada por un nominalismo bizantino, sino porque detrás de cada designación puede haber, en muchos casos, una manera de interpretar la historia de España. «La historia espiritual de estos nombres —concluye Amado Alonso— no es nada más que la enredada historia de los sentimientos y de los anhelos, de la fantasía y de los impulsos activos, nuestros y de nuestros antepasados lingüísticos, con relación al idioma común.»

La tendencia a la interpretación regionalista de la constitución del país se opone, por ejemplo, al centralismo de un país fuertemente unitario, como Francia, cuya lengua, hablada por senegaleses, polinesios, canadienses o belgas, es tan «francés» como para los mismos franceses. Coincide, sólo parcialmente, el problema de la denominación de la lengua (quizá más en América) con el problema de designación de la lengua inglesa: *English* es el término general, y también *England* es una región del Reino Unido, región aglutinadora por más señas. En cambio, los americanos diferencian su acento del de los insulares con la oposición *American accent*, *British accent* (y no *English accent*).

Apoyan estas meditaciones las palabras de Camilo José Cela en el discurso inaugural del Ateneo, que no llegó a pronunciar:

España es país, o puzzle de países, con tantos meridianos como vientos tiene la rosa de los vientos, y ahí precisamente ahí, reside su riqueza. La cultura española, que es lo que debe preocuparnos, puede y debe expresarse en cualquiera de las cuatro lenguas españolas, y su serena contemplación y su flexible convivencia ha de ser el denominador común de nuestro interés culto.

La diversidad terminológica que hemos estudiado en este capítulo, si se toma como signo de riqueza, y no de disgregación, ennoblece; por ello debe actuarse con la máxima tolerancia en estos problemas de denominación, y dejar que cada hablante, en cada región o país, emplee la que considere más adecuada, sin sobresaltos anacrónicos. Lo que no conviene olvidar, y con ello terminamos, es que la designación de *lengua oficial* no añade nada al lustre cultural de una lengua. Con palabras de Cela, en el discurso citado, podríamos decir que el castellano «es la lengua común de todos los españoles. Repárese que es más importante, bastante más importante, y duradero y glorioso, ser la lengua de Cervantes, de Quevedo y de Fray Luis, que ser la lengua del *Boletín Oficial del Estado*».

3.2. «ESPAÑOL», PALABRA EXTRANJERA

Fue el suizo Paul Aebischer quien señaló primero este origen necesario ⁸, tras insistir en la imposibilidad de que de uno de los tres gentilicios latinos:

⁸ «El étnico *español*: un provenzalismo en castellano», *Estudios de Toponimia y Lexicografía Románica*, Barcelona (CSIC), 1948, pp. 15-48. Hay que tener ahora en cuenta los datos

Hispanus, Hispanicus, Hispaniensis, pueda salir *español*. Esta última palabra puede proceder, según las dos distintas teorías, de **hispanionem* o de **hispaniolem*, formas ambas reconstruidas, no documentadas en latín. La primera forma, con evolución explicada por el paso disimilatorio $n - n > n - l$, difícilmente aceptable, fue apuntada, dubitativamente, por Friedrich Diez, y aceptada por Meyer-Lübke y Menéndez Pidal. La forma *españón*, sin disimilar, existe, aunque no muy abundantemente documentada, pero falta cualquier lazo que una esta forma *españón* con *español*. Habrá que volverse, por razones que Aebischer desarrolla, a la segunda forma, lo que supondría una derivación desde lenguas extrapeninsulares y, concretamente, desde el provenzal, donde la terminación *-ol*, sin diptongar, es abundante. Esta es la tesis aceptada por Américo Castro y Rafael Lapesa, para quien «el romanista suizo Paul Aebischer dilucidó el asunto de manera definitiva»⁹. La prueba de Aebischer es irrefutable, pues se apoya en testimonios de *español* en el Languedoc desde el siglo XI, incluso como nombre propio, lo que prueba un arraigo de la denominación indiscutible. Desde Provenza vuelve a entrar en la Península Ibérica, con la oleada de términos que los «francos» introducen en el siglo XII por las vías de peregrinación y el dominio religioso de Cluny. Así, M. Coll i Alentorn y Manuel Alvar lo documentan en Aragón desde 1129 y 1131. En Soria aparece en 1141; Ricardo Cíervide lo halla en un texto navarro de 1150, en Cataluña lo recoge Aebischer desde 1192, Lapesa lo documenta en Castilla a partir de 1191. Maravall señala, utilizando el Cartulario de la Catedral de Huesca, veinticuatro menciones de 'Español', con variantes en la grafía [variantes que no incluye], que se extiende[n] desde 1139 a 1211, lo que daría una gran difusión nortearagonesa, en coincidencia con el Bearne, anterior al paso a la zona de Toulouse. No discute las razones filológicas del provenzalismo del étimo.

Esta documentación nos ofrece la forma *español* antes incluso que *españón* (h. 1240-1250), lo que puede hacer pensar, incluso, que esta segunda forma sea acomodación de la primera, según el tipo *gascón, bretón*, etcétera.

La aplicación del término a un castellano está también perfectamente documentada. Al rey Enrique III (r. 1390-1406) se refiere un *decir* de Alfonso Alvarez de Villasandino, en el fol. 64 r del *Cancionero de Baena* (h. 1445-54):

Rey de grant / . magnificēcia
muy poderoso / . *español*
pues / non escallenta el sol
otro de mayor / . prudēcia
sabet que / . con mj dolēcia
yo nõ valgo / . un caracol
antes me judgan por ffol
los dela / . gaya cienza

aportados por J. A. Maravall: «Notas sobre el origen de 'español'», en *Stud. Hispn. R. Lapesa*, II, 1974, pp. 343-354. José Mondéjar y Manuel Alvar López han añadido también precisiones a la documentación, que ofrece una clara orientación aragonesa. Cf., del segundo, «Para la historia de 'castellano'», en *Hom. J. Caro Baroja*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas, 1978.

⁹ Así, por primera vez, en el diario madrileño *Ya*, el 14 de enero de 1971. Con enmiendas,

Español, pues, pertenecería a la misma oleada que nos trajo palabras que hoy son tan nuestras como *solaz*, *donaire*, *fraile*, *monja*, *homenaje* o *deleite*. La razón por la que fue necesario que viniera de fuera está ligada a una visión también externa de nuestra historia. Los habitantes del norte de la Península eran, todos ellos, cristianos, frente a los moros del sur; entre sí eran leoneses, castellanos, catalanes, etc., con estas denominaciones satisfacían sus necesidades comunicativas. Al norte de los Pirineos, sin embargo, se imponían otras denominaciones: el particularismo de leonés o castellano no tenía ya objeto, lo que el habitante de la antigua Galia buscaba era un nombre que cuadrara a los habitantes de Hispania (diferenciados de los moros). *Cristiano* no era término que pudiera emplear, puesto que franceses y provenzales eran también cristianos, y, por otro lado, a diferencia de los cristianos de Hispania, para los de Francia y Provenza este término era sólo religioso, no político: necesitaban un término, por decirlo así, laico, y *español* satisfizo esta necesidad. El término, luego, hizo fortuna y fue adoptado por aquellos a quienes designaba, aunque parece claro que, mucho tiempo después, *español* sigue sin significar lo mismo para todos nosotros.

Este esbozo de historia de un término, deudor de tantas plumas preclaras, no ha querido ser sino un rápido apunte conceptual que nos permitiera comprender que gran número de las dificultades que surgen y han surgido en la aplicación del adjetivo «español» a nuestra lengua se debe, efectivamente, a que entre las palabras *España* y *español* media un milenio, cuyo inicio difiere del final en que en éste se ha constituido lo que hoy llamamos, con connotaciones bien distintas, «España».

3.3. LENGUA Y MORADA VITAL

Américo Castro, en *La Realidad Histórica de España*, ha señalado cómo «las gentes que en la Península fueron sucesivamente dominadas por fenicios, cartagineses, griegos, romanos, visigodos, bizantinos y musulmanes no poseían la estructura y fisonomía colectivas, sociales, de quienes fueron lentamente conquistando la tierra peninsular durante ocho siglos» (p. 17). Es evidente, podemos añadir, que si a cualquiera de nosotros se nos pregunta si somos gallegos, catalanes, andaluces (o granadinos, sevillanos), murcianos, comprenderemos y daremos una respuesta, en cambio, si se nos pregunta si somos iberos, fenicios o godos pensaríamos en una broma, o no entenderíamos la pregunta. Los ocho siglos de Reconquista han producido en los habitantes de la vieja Iberia un cambio notable.

Los habitantes de la Península Ibérica que se expresaban en lengua románica (y ello incluye a los vascos evangelizados, o sea, al mundo euskaldún, tempranamente bilingüe) sentían que tenían entre sí de común, salvo los mozárabes que se hubiesen islamizado, el ser cristianos. La *Crónica* de Al-

adiciones y aparato crítico se recoge como prólogo del libro de Américo Castro: *Sobre el nombre y el quién de los españoles*. Madrid, Taurus, 1973, libro que incorpora «*Español*», *palabra extranjera: razones y motivos*, Madrid, Taurus, 1970.

fonso III precisa, además, que no se sentían tampoco indiferenciados respecto a los cristianos ultrapirenaicos: se sentían afincados en una tierra cuya mayor parte les habían arrebatado los musulmanes y que ellos querían reconquistar. Lo que ocurrió es que en esos ocho siglos de convivencia obligada (más o menos fácil) de cristianos, moros y judíos, los cristianos se hicieron españoles, y consideraron esta condición, *semitico more*, como excluyente de los otros, por lo que acabaron expulsándolos.

La conciencia de comunidad con la tierra, junto con la aceptación unificadora de ese gentilicio venido de fuera, como hemos dicho, aparece clara, para el redactor de la *Primera Crónica General*, en el discurso que pone en boca de Alfonso VIII antes de la batalla de las Navas de Tolosa (16 de julio de 1212). El rey ha hablado ya con sus castellanos, y

«Desque los sus naturales ouo el rey don Alffonso pueste en recabdo desta guisa, apartosse otro dia tal día siguiente con los de Aragon e portogaleses et gallegos et asturianos, essos que y uinieron, et dixoles assi el rey don Alffonso: 'Amigos, *todos nos somos espannoles*, et entraronnos los moros la tierra por fuerça et conquirieron-nosla, et en poco estidieron los cristianos que a essa sazón eran, que non fueron derraygados et echados della; et essos pocos que fincaron de nos en las montannas, tornaron sobre si, et matando ellos de nuestros enemigos et muriendo dellos y, fueron pudiendo con los moros, de guisa que los fueron allongando et arredrando de si. Et quando fuerça de ellos, como eran muchos ademas 'muchísimos', uinie a los nuestros dond nos uenimos. llamauanse a ssus ayudas, et uinien unos a otros e ayudauanse, et podian con los moros, ganando siempre tierra dellos, fasta que es la cosa uenida a aquello en que uedes que oy esta» (f. 297 v).

Contrasta este razonamiento, basado en la comunidad de la fe, desde luego, pero muy especialmente en la conciencia de pertenencia colectiva a una tierra, que es lo que los hace *españoles* y los lleva a la ayuda mutua tradicional que se reconoce, con el discurso dirigido después a «las yentes vltromontanas», en donde se habla de «como en la cristianidad et en la egle-sia todos eramos unos, et de como ell su danno alcançaua a todos» (f. 298 r).

En el caso de los españoles, lo peculiar es que, en la relación entre el habitante y la tierra habitada, se interpuso una circunstancia debida al contacto con las dos culturas semíticas: la dimensión oriental sobrenatural. Fueron así constituyendo su *morada vital*, que se refiere a dos aspectos: como *morada de la vida* designa «el hecho de vivir ante un cierto horizonte de posibilidades y de obstáculos (íntimos y exteriores), ... o puede referirse *al modo cómo* los hombres manejan su vida dentro de esta morada, toman conciencia de existir en ella», en ese segundo caso, Américo Castro habla de *vividura*¹⁰.

A lo largo de la lucha con el musulmán, con la religión como aglutinante, va constituyéndose, de modo peculiar, la *morada vital* de los españoles. El elemento aglutinador es una Castilla que centra, por diversas razones, los elementos que constituirán España: por su *carácter vascorrománico* incor-

¹⁰ *La Realidad Histórica de España*, México, Porrúa, 3.^a ed., renovada, 1966, reimp., páginas 109-110.

porará la mayor resistencia a la herencia latina (frente a lo que supone León en Derecho, o Galicia y Cataluña no sólo en este punto, sino también en manifestaciones culturales, como la lírica culta), por su condición de *adelantada frente al invasor* recibirá directamente el influjo árabe, y será transmisora a Europa de la mayor cultura medieval universalista, reintegrándose en el mundo clásico a través de la interpretación árabe de la ciencia, el pensamiento y las artes greco-iránias.

En esos ocho siglos de lucha los cristianos peninsulares, que fueron asimilando conceptos vitales semíticos en contacto con judíos y musulmanes, se hicieron españoles. Así lo reconocen, por ejemplo, Pedro Laín, para lo cultural y Antonio Tovar para lo lingüístico. He aquí lo que el primero propone, para resolver un inmediato problema terminológico: «De acuerdo con la razonable propuesta de Américo Castro, damos el nombre de 'cultura española' sólo a la que nace y se constituye después de Covadonga.» Tovar, por su parte, a propósito de la relación de las circunstancias creadas por la Reconquista y la evolución del latín hispánico, afirma:

Américo Castro ha encontrado en estas circunstancias tan peculiares una de las claves de la existencia de nuestro país, y por eso ha dicho que: «las circunstancias que motivaron la fragmentación del latín en Francia e Italia estaban presentes en su mayor parte antes del siglo VIII, y adquirieron pleno desarrollo en aquel siglo. En España, por el contrario, su disposición lingüística enlazaba con lo acontecido en el siglo VIII y IX, es decir, con circunstancias nuevas respecto de las dominantes en la época visigótica» ¹¹.

Como colofón de todo esto podemos obtener una conclusión terminológica y otra histórica: el término «español» no puede aplicarse a quienes vivieran en la Península Ibérica antes de que ésta se constituyese con conciencia española a lo largo de la Reconquista: los iberos, celtas, hispanorromanos o hispanogodos, como Viriato, Indibil y Mandonio, Marcial, Séneca o San Isidoro, *no eran españoles*; podemos llamarlos, con criterio geográfico, «hispanos» o «hispánicos», pero no españoles. La conclusión histórica procede de observar cómo lo español comienza siendo lo castellano, que se va ampliando hasta englobar en lo abarcable por su radio vital a los otros pueblos españoles, si bien este abarcar ha tenido sus límites (y no trazados por esos otros pueblos precisamente; la empresa del Imperio fue castellana, la reina Isabel excluyó de ella a los aragoneses y los catalanes). Esto, de cualquier modo, puede tener consecuencias en la construcción del presente hacia el futuro, pero jamás hacia el pasado, en palabras de Américo Castro (*Sobre el nombre...*, p. 193):

Los castellanos fueron castellanizando y espanolizando, *hasta donde les fue posible*, a leoneses, gallegos, navarros, aragoneses, catalanes, valencianos, a los indios

¹¹ El primero en *Una y diversa España*, Barcelona, EDHASA, 1968, p. 68; el segundo en *Lo que sabemos de la lucha de lenguas en la Península Ibérica*, Madrid, G. del Toro, 1968, pp. 57-58. El texto de Castro pertenece a *Los españoles: Cómo llegaron a serlo*, Madrid, Taurus, 1965, p. 117.

de América. Pero no españolizaron a los celtíberos, ni a los tartesios, ni a los iberos, porque ya no existían ningunos «nosotros» que continuaran llamándose visigodos, iberos o celtíberos.

La situación política tiene evidentes repercusiones en la lingüística: al unirse Galicia y León el centro se desplaza hacia el Este, el gallego queda aislado y prosigue su vida hasta hoy. Cuando León se une a Castilla es la segunda la que impone su lengua, quedando marginado el leonés. La unión de Aragón y Cataluña beneficia al catalán, pero lo que acarrea la progresiva pérdida del aragonés es la unión con Castilla. Cataluña, en cambio, alejada de Castilla por la política de división de los reinos y por la distancia (Aragón mediante) puede conservar su lengua y su cultura. Para la designación de la lengua eso tiene su importancia: las regiones extremas, que conservan sus propias lenguas, tan españolas como el castellano, prefieren que «vasco», «gallego» o «catalán» se contrapongan a «castellano» y utilizan menos «español» como equivalente de «castellano». Las otras regiones, en cambio, que no tienen una lengua autóctona distinta de la de Castilla (descontados los focos reducidos de astur-leonés y aragonés), consideran la lengua de Castilla tan suya como de los castellanos, y prefieren utilizar «español» para designar la lengua común, mientras que ven en «castellano» una señal de predominio de una región, en materia lingüística, cuando la lengua es sentida como propiedad de todos.

La dificultad de sentirse satisfecho con la propia historia (el *vivir desviéndose* que nos caracteriza según A. Castro), se plasma, al otro lado del Atlántico, en las dificultades lingüísticas que afectan a la designación de la lengua y el conjunto de sus hablantes. Un escritor canadiense de expresión francesa pertenece a la literatura francesa, como marco más amplio; los autores de expresión española son, en cambio, más frecuentemente *latinoamericanos* que *hispanoamericanos* (sólo los brasileños parecen sentir como natural la creación intermedia *iberoamericano*). Aunque sea indudable el papel que la cultura francesa o la italiana han representado en esta elección, no deja de ser doloroso constatar cómo la elección se ha visto favorecida por una necesidad de emancipación muy hondamente sentida y para la cual, obvio es decirlo, no hay causa actual.

Las manifestaciones extremas de la tendencia nacionalista han llegado incluso a propugnar un *idioma nacional* argentino, o mexicano, si bien es cierto que siempre hubo voces que defendieran la riqueza del patrimonio lingüístico común, frente a excesos como los del *lunfardo*¹². Aunque es cierto que las manifestaciones más extremas de esa tendencia ultranacionalista no han desaparecido, podemos considerarlas más folklóricas que atentatorias a la unidad. Los peligros de la unidad lingüística no provienen hoy de movimientos similares al del *lunfardo*: en Buenos Aires reside aún la «Academia del lunfardo», que, según sus actas, tiene más la misión de recoger peculiaridades expresivas de la Argentina que de atentar contra la unidad del

¹² Cf. Américo Castro, *La peculiaridad lingüística rioplatense y su sentido histórico*, 2.^a ed. muy renovada. Madrid, Taurus, 1961.

idioma. En el plano científico, la labor de los intelectuales hispanoamericanos y de las academias de sus países supone hoy un esfuerzo imprescindible para la cohesión de una lengua tan extendida como la nuestra, sin que nadie, en una u otra costa, se arrogue el papel de protagonista ¹³.

3.4. ECOS CONSTITUCIONALES DE UN PROBLEMA ESPAÑOL

Las páginas dedicadas al tema del nombre de la lengua en libros anteriores fueron escritas cuando, sin vigencia la Constitución de 1931, España no tenía una lengua oficial *de iure*, aunque no faltaran las referencias a la oficialidad del *castellano* o *español* en medidas administrativas complementarias. Ahora, promulgada la Constitución de 1978, está explícitamente dispuesto (Título Preliminar, artículo 3, apartado 1) que «El castellano es la lengua española oficial del Estado. Todos los españoles tienen el deber de conocerla y el derecho a usarla.»

Además de la pésima redacción del párrafo (como la de todo el texto, según se ha insistido por todas partes), con esos *la* finales referidos a *la lengua española oficial*, femenino, y no al *castellano*, masculino, defecto tan fácil de obviar con la simple expresión de *lengua castellana*, en femenino, o el uso de *Estado*, de resonancias totalitarias, como calco del *Reich* alemán (si no en su origen prístino, sí al menos en su expansión en la llamada España nacional), dejando aparte esos aspectos, todos sabemos que en torno al nombre de la lengua se desató una polémica que produjo vacilaciones y cambios, aunque sin éxito final.

Emilio Montero Cartelle ¹⁴ ha recogido y analizado con cierto detalle (y desde la perspectiva periférica gallega) lo más sustancial de la discusión, por lo que aquí podemos limitarnos a un resumen de sus planteamientos.

Antes de seguir, no obstante, conviene recordar el artículo 4.º de la Constitución de 1931, que decía así:

«El Castellano es el idioma oficial de la República. Todo español tiene obligación de saberlo y derecho a usarlo, sin perjuicio de los derechos que las leyes del Estado reconozcan a las lenguas de las provincias o regiones.

Salvo lo que se disponga en leyes especiales, a nadie se le podrá exigir el conocimiento ni el uso de ninguna lengua regional.»

¹³ La labor de las Academias, con imprescindibles referencias a la actuación de las sociedades donde se ubican, está detalladamente expuesta en el estudio de Guillermo L. Guitarte y Rafael Torres Quintero: «Linguistic Correctness and the Role of the Academies in Latin America», versión revisada en *Advances in Language Planning*, ed. Joshua A. Fishman, La Haya-París, Mouton, 1974, pp. 315-368.

¹⁴ «Castellano o español a la luz de la Constitución (La historia se repite)», en *Senara* (Colegio Universitario de Vigo), 1, 1979, pp. 231-251. Para la oficialidad de la lengua, vid. F. González Ollé, «El establecimiento del castellano como lengua oficial», *Bol. RAE*, LVIII, 1978, páginas 229-280.

Anotemos, de paso, la excelente redacción del artículo, incluso en lo que concierne a la alternancia estilística entre República y Estado, y en la concordancia en masculino de *castellano*, *idioma* y los pronombres anafóricos correspondientes.

Las discusiones en las Cortes, a la hora de redactar la nueva Constitución, en 1978, se centran en tres posturas distintas, tras el acuerdo general de que haya una lengua oficial y ésta sea la lengua común de españoles e hispanoamericanos:

1) Una postura minoritaria defiende el uso exclusivo de *español*. Se apoya en el argumento de que el español actual no es sólo el castellano, sino el resultado del enriquecimiento de este dialecto románico con las aportaciones de las otras hablas españolas y americanas. Vinculada a la derecha y a personalidades del régimen anterior, la propuesta no es atendida.

2) Una postura amplia, que llega incluso a hacer triunfar inicialmente su propuesta en el Senado, partidaria de la sinonimia. Con el criterio de la Real Academia Española y la de la Historia, se inclinaría por el uso de *castellano* con referencia a la situación interna, donde hay otras lenguas españolas, mientras que *español* sería el término hacia fuera, hacia el resto del mundo. Además de recoger el argumento evidente de que el español no es, técnicamente hablando, sólo castellano, y la paradoja de tantos españoles (aragoneses, leoneses, andaluces, murcianos, extremeños, canarios) monolingües, que no son castellanos y hablan una lengua española, la cual, para ellos, no es *castellano*, sino *español*, se recoge también el argumento de derecho comparado, sobre las constituciones hispanoamericanas, y se advierte, apelando al sentido común, de la extrañeza que produce que el *español* sea la lengua oficial de veinte repúblicas y que en su lugar de origen se llame sólo castellano. El *uso*, por último, y la traducción a otras lenguas, consagra *español*.

3) La postura que resultaría triunfante, apoyada por los organismos lingüísticos oficiales de las regiones bilingües, es la de sólo *castellano*. El argumento aparente es que las otras lenguas son tan españolas como el castellano, y no hay razón, por tanto, para aplicar ese adjetivo con exclusividad a una de ellas, convirtiéndolo en su nombre oficial. A él se vuelve una y otra vez en las discusiones, rebatiendo los otros razonamientos en favor de la sinonimia con el de que aplicar *español* a *castellano* favorece el separatismo, argumento idéntico al utilizado por el escritor mallorquín Gabriel Alomar en la discusión de 1931, y que ha triunfado en las dos ocasiones.

La discusión dejó de ser técnica para hacerse política, con lo que sus implicaciones derivaron. A lo largo de este capítulo, creemos, hay bastantes razones que apoyan actitudes a favor de una pura y oportuna sinonimia. Somos muchos los españoles que no llamaríamos *español* al *castellano* si pensáramos causar con ello la más leve ofensa a las otras lenguas o sus hablantes, y los que apoyamos cualquier posibilidad de desarrollo de las otras lenguas —así como protestamos, en su momento, de las restricciones a las que se vieron sometidas. Lo que sucede es que, desde el punto de vista del observador del idioma, no cabe duda de que, en la mayor parte de su

dominio lingüístico, *castellano* y *español* se usan alternativamente, como sinónimos perfectos, sin otras implicaciones.

Detrás de la discusión constitucional terminológica había dos implicaciones, la primera de resonancias lingüístico-culturales, la segunda más específicamente política. En primer lugar, la exigencia del término *castellano* venía dada por la preocupación sobre la suerte de los otros idiomas españoles y el temor de que, si el término *español* se reservaba sólo a aquél, los demás pudieran encontrarse, de nuevo, con limitaciones y restricciones. En segundo lugar está el problema del modelo mismo de Estado: un estado plurinacional con una lengua oficial que es una entre otras.

La lengua es un medio de comunicación, una estructura, un sistema, pero es también un modo de vida, una meditación serena sobre ella y desde ella puede ayudarnos a comprender mejor los problemas a los que nos enfrentamos los españoles desde hace siglos, en la construcción de nuestra morada vital ¹⁵.

¹⁵ No es ejemplo de esta actitud que preconizamos el artículo de A. Pariente que abre el número de la *RFE* de 1977 (aparecido a fines de 1979, cuando ya estábamos en pruebas ajustadas). El pensamiento de Américo Castro no se puede reducir a cuatro formulismos; es preciso leer su obra. Por desgracia, los sufrimientos de España y los españoles en este siglo dominan al sobrio análisis científico. No es sólo la falta de espacio la que nos impide polemizar ahora; al expresar nuestro respeto a los autores de opiniones discrepantes creemos dejar más clara la diferencia entre una actitud liberal y la otra.

CAPÍTULO 4

Formación del español. Elementos constitutivos. Modernización

4.1. LA BASE DEL ESPAÑOL

Al estudiar históricamente una lengua (entidad que, necesariamente, es histórica), tenemos que considerar cuál es su antecedente lingüístico, es decir, de qué otra lengua procede en lo fundamental, de cuál deriva su léxico, han evolucionado su Morfología y su Sintaxis, y desde dónde se ha transformado su Semántica. En el caso del español, debemos tener en cuenta que su base es el viejo dialecto castellano medieval, procedente del latín de Hispania. En este latín hispánico perduran restos de las lenguas prerromanas, anteriores a la colonización itálica; restos no sólo en el léxico (donde tampoco son demasiado abundantes), sino en condicionamientos estructurales, especialmente, parece, en la Fonología. Estos son los llamados *fenómenos sustratísticos*, y las lenguas prerromanas las *lenguas de sustrato*. El *ibérico*, el *vasco* y el *celta* son los principales sustratos del latín hispánico que evolucionó hasta el castellano.

Esta evolución ha sufrido, además, dos tipos de influencias: la *superestratística* de la lengua, distinta, hablada por la clase dominante durante una época; pero que no llegó a desplazar a la lengua latina evolucionada hablada por el pueblo en las distintas regiones peninsulares, y la *adstratística* o de contacto en inmediata vecindad territorial, o parcial superposición. Caso de *superestrato* es, en relación con las hablas del Sur, el griego bizantino hablado en la Bética por los conquistadores del Imperio de Oriente (desde la época de Atanagildo hasta la de Suíntila, siglos VI-VII) durante unos sesenta años, o —asimismo— el del germánico (en distintas variedades) hablado por los pueblos de esta etnia que conquistaron la Hispania Romana (suevos, vándalos, alanos, visigodos). La penetración e influencia real de estos *superestratos* lingüísticos es bastante discutible, porque, al menos en el caso de los visigodos, parece poco probable que no hablaran latín —más o menos germanizado—, teniendo en cuenta que su larga migración hasta la Península

Ibérica les hizo recorrer, durante siglo y medio, el Imperio Romano, desde el Danubio al Tajo.

Después de estos superestratos, el romance hispánico estuvo sometido a la compleja influencia del *árabe*, que actuó de dos maneras; como superestrato, en las zonas en las cuales los sometidos hablaban romance y los conquistadores musulmanes árabe, y como *adstrato*, lengua vecina de contacto, en aquellas otras en las que no se hablaba árabe (como lengua natural de la sociedad), pero se sufría la tremenda influencia del modo de vida y la cultura de los musulmanes andalusíes, arabizados, mucho más desarrollados y refinados que los cristianos del Norte. Esta fue la última gran influencia, por contacto directo, sufrida por las lenguas romances peninsulares, que luego irían recibiendo aportaciones de otros idiomas, sobre todo italiano, francés e inglés, pero ya sin la penetración en la constitución de la morada vital que caracteriza a las aportaciones del árabe ¹.

4.2. LAS LENGUAS DE SUSTRATO ²

A. Tovar postula, con razones bastante convincentes, la existencia de una base lingüística norteafricana que se extendería hasta la Irlanda precéltica. Relacionados con esta base estarían los dialectos iberos, y quizá el vasco, lengua no ibérica.

Los iberos ocupaban la zona suroriental de la Península, en el Centro estaban los celtíberos, que escribían su lengua céltica con alfabeto ibérico, y en la zona noroccidental tendríamos que colocar primero unos pueblos paracélticos, a los que se sobreponen luego los celtas.

Para Tovar es fundamental el bilingüismo latino-celta de esa zona noroccidental para explicar una serie de fenómenos romances posteriores: lenición (sonorización de sordas intervocálicas y fricación de oclusivas sonoras), palatalización e inflexión por yod (sonido palatal semivocálico o semiconsonántico).

La identidad de estos pueblos anteriores a los celtas es muy discutida y está en relación con el complejo problema de los *ligures*, *ilirio-ligures* o *ambroilirios*, pueblo cuya existencia y extensión habían sido rechazadas por los investigadores, aunque ahora parece necesario admitirlas ³.

De los rasgos que parecen típicamente ligures podemos citar el sufijo *asco* de *Viascón* (Pontevedra), *Tarascón* (Orense), *Balasc* (Lérida), *Benas-*

¹ Cf. Rafael Lapesa: *Historia de la Lengua Española*; K. Baldinger: *La formación de los dominios lingüísticos en la Península Ibérica*; R. Menéndez Pidal: *Orígenes del Español*, y C.S.I.C.: *Enciclopedia Lingüística Hispánica (ELH)*.

² Además de la bibliografía dada en la nota anterior y de las referencias que allí se hallen, creemos que la introducción más asequible para este tema se encuentra en el pequeño pero utilísimo libro de A. Tovar, *Lo que sabemos de la lucha de lenguas en la Península Ibérica*, Madrid (Servicio Comercial del Libro), 1968, esp. pp. 76-96. Seguimos a Tovar en el concepto del no iberismo del vasco, cf. *etiam* Giuseppe Tavani: *Preistoria e protostoria delle lingue iberiche* (Collana di Filologia, 1), L'Aquila (Japadre), 1968.

³ El lector interesado hallará abundante bibliografía en R. Lapesa, *op. cit.*, cap. I, párrafo primero (p. 15 de la 5.ª ed., nota).

cos (Murcia), nombres que tienen relación con otros topónimos que se extienden hasta el Norte de Italia. También parece ligur el conocido *Velasco*, formado sobre *hela* 'cuervo'. Ilirio-ligures parecen *Badajoz* y aquellos cuya raíz es **horm*, **hord*, o **horn*, así como el *-ona* de *Barcelona*, *Ausona*, y los derivados de **carau* 'piedra'. Los ambrones aparecen en los topónimos *Ambroa*, *Ambroa*, *Humbrón*, de Soria, Coruña y Salamanca.

Los celtas nos han dejado nombres de antiguas ciudades fortificadas en las que aparecen los nombres *briga* o *dunum* 'fortaleza', como *Coimbra*, *Besalú*, o *sego*, *segi* 'victoria', como Segovia. También es celta el sufijo *-acu* de *Buitrago* (con sonorización). De los ártabros de La Coruña es propio el sufijo *-obre*, muy frecuente en topónimos entre Coruña y Ferrol.

Ya se mencionó antes el hecho de que en escritura ibérica están dos lenguas: el ibero (para la que fue creada) y el celtíbero (para la que se utilizó, aunque tiene sonidos irrepresentables con la escritura ibera).

Los intentos para descifrarla, antes de Gómez Moreno, se hicieron sólo sobre la escritura ibérica. El primero fue Antonio Agustín (1587); en los siglos XVII y XVIII varios extranjeros, de origen nórdico, intentaron clasificar monedas hispánicas, suponiendo que estaban en letra visigoda; en 1752, Luis José Velázquez (*Ensayos sobre los alfabetos de letras desconocidas*) señaló que debían hacerse comparaciones con otros alfabetos y realizó una distinción entre el celtibérico, fenicio y turdetano. Por fin, en 1922, Gómez Moreno publica su primer trabajo, *Epigrafía ibérica: el plomo de Alcoy*, donde aporta ya resultados, aunque sin decir cómo los ha obtenido. Habrá que esperar a 1943, cuando, en *La escritura ibérica y su lenguaje*, explica los pasos que fue dando hasta llegar a descifrar la escritura ibérica.

4.2.1. El ibero ⁴

Gómez Moreno llegó a la conclusión de que su escritura era un semisilabario. Restableció las cinco vocales y, después, las seis consonantes (*l*, *r*, *m*, *n*, y dos tipos de *s*), partiendo de textos latinos donde aparecían nombres ibéricos, sobre todo del Bronce de Áscoli, plancha que se conoció en 1808 ó 1809.

Vio que no aparecían aspiradas y que había seis oclusivas sordas y seis sonoras, aparte de cuatro signos claramente silábicos: *ka*, *ke*, *ko*, *tu*. La *p* era muy rara y existía una nasal de correspondencia no bien determinada. Recogiendo todos estos datos, puede decirse que el semisilabario consta de los siguientes elementos:

— Un signo diferenciado para las vocales.

⁴ Desde el apartado 4.2.1. al 4.2.4. se integran una serie de notas tomadas en conferencias dadas por M.^a Lourdes Albertos con el título de «Epigrafía y filología prerrománica hispánica», en la Universidad de Valladolid (enero de 1979). Cf. J. Caro Baroja: «Sobre la historia del desciframiento de las escrituras hispánicas», *Actas y memorias de la Sociedad española de antropología, etnografía y prehistoria*, XXI, 1946, 151-171.

- Un signo diferenciado para líquidas y nasales.
- Dos tipos de |s|.
- Un signo único para cada grupo de oclusivas combinadas con las vocales, sin distinción de sordas y sonoras.
- La |p| no existía, salvo en ejemplos escasos como *luspāna*.

Fue aplicando el sistema, comprobándolo con los topónimos conocidos y leyendo otros textos donde había nombres parecidos o idénticos a los que se leían en inscripciones hispanorromanas.

4.2.2. El tartesio

Gómez Moreno, en este caso, dudó en interpretar su escritura como un semisilabario. En su última obra, publicada en 1961, llamó a esta escritura «bástulo-turdetana». Recoge un texto de Estrabón en el que se dice que los tartesios eran el pueblo más culto de Hispania; otros autores antiguos hablan de que tenían escritura y de que ésta era de gran antigüedad.

Puede dividirse esta escritura en dos grupos:

- a) La que se encuentra en textos de la parte de Levante y del Sur (Murcia, Albacete, Almería..., hasta la zona de Jaén). Ha sido estudiada por Bähr, Caro Baroja, Tovar, etc.
- b) La puramente turdetana o tartesia (Algarbe). Los textos de esta zona son los que más problemas plantean, sobre todo respecto a la carencia de uniformidad en las opiniones sobre la antigüedad de los textos (se consideran del siglo V o VI, pero Maluquer opina que se debe pensar en los siglos II o III; la diferencia, pues, es muy grande).

4.2.3. El plomo de Alcoy

La escritura jónica del Sureste (en terminología de Gómez Moreno) o greco-ibérica (según Maluquer). En Alcoy se descubrió un plomito hacia 1920 ó 1921 en el que se creyeron ver signos ibéricos. Sin embargo, Gómez Moreno llegó a la conclusión de que los dieciséis signos que tenía no podían ser nada más que griegos. Es una adaptación indígena de un alfabeto jónico.

4.2.4. Problema del celtibérico

En Hispania no se hablaba un solo tipo de lengua cuando llegaron los romanos. Algunas de ellas no son indoeuropeas (el ibero) y de otras no se sabe con seguridad si lo son (es el caso de los textos del Algarbe, emparentados, según unos, con las lenguas orientales y, según otros, con la indoeuropea). Los demás restos lingüísticos han de relacionarse con las lenguas

indoeuropeas, con un rasgo común a todos: un cierto arcaísmo, ya que en Hispania acaban todas las inmigraciones.

Sólo dos grupos de lenguas se conocen por textos: el celtibérico y el lusitano. Las demás se pueden estudiar indirectamente, mediante la onomástica, la toponimia, etc.

Centrándonos en el celtibérico, los textos conocidos se encuentran en el valle del Ebro, zonas próximas a Soria, Guadalajara, Zaragoza, Burgos, Palencia, una estela en Ibiza, Teruel y Segovia, y están escritos en la misma escritura ibérica (los más tardíos, en latina). Hay incluso monedas con las dos escrituras: latina e ibérica. Nos encontramos aquí con el terreno mejor conocido desde el punto de vista lingüístico, ya que aparecen desinencias casuales, formas verbales, partículas..., que, por lo que sabemos del latín, griego u otras lenguas indoeuropeas, pueden reconstruirse aunque no traducirse.

Contamos con dos bronce: el de Luzaga (relativamente reciente) y el de Botorrita. Con el celtiberismo del primero no ha habido problemas; sí con el de Botorrita, texto considerado como el más largo del celta continental. Posee dos caras, con 11 y 9 líneas escritas respectivamente. Como es tardío, no es de extrañar que contenga algunos latinismos (ya estaban los romanos en Hispania).

El problema esencial que plantea el bronce de Botorrita no es el de la lectura, sino el de la traducción del texto leído. Muchos especialistas (Lejune, Tovar, Hoz, Michelena) opinan que corresponde a una lengua indoeuropea. La cuestión se relaciona con la extensión de los celtíberos y su lengua, que pudo llevarse hasta cerca del Ebro, pero que utilizó el alfabeto ibérico y que, en la época tardía en que fue labrado el bronce se habría insertado en un nuevo sistema. (Se data en el siglo I antes de JC).

La publicación del bronce hallado por Antonio Beltrán en Botorrita, cerca de Zaragoza, es, sin duda, el testimonio más importante de las lenguas prerromanas de Hispania que se nos ha conservado.

4.2.5. Vascoiberismo

Desde el siglo XVI se ha hablado del parentesco entre el ibero y el vasco. Antonio Beltrán opina que las coincidencias no han llegado a permitirnos traducir el ibero por el vasco actual y bien podría afirmarse que no existe identidad entre uno y otro idioma en la forma que los conocemos. Es difícil que se trate del mismo idioma o que el vasco moderno derive directamente del ibero; pero es innegable que tiene relaciones que, a veces, son muy profundas, lo que nos obliga a pensar en una raíz común que explicaría las lecturas que él aporta.

«En cuanto a los lazos que existieran entre el vascuence y los otros idiomas prerromanos de la Península —nos dice Rafael Lapesa—, el problema lingüístico suele aparecer mezclado con cuestiones étnicas. Hoy no suele admitirse una comunidad racial; hay quien admite que los dos pueblos son ramas distintas de origen caucásico, pero la procedencia africana de los ibe-

ros parece indudable», e incluso se puede pensar en un posible influjo de los iberos sobre los vascos, pueblo menos elevado culturalmente.

Así pues, hoy predomina una inclinación por separar el vasco del ibero, atribuyendo el primero a la capa hispanocaucásica y el segundo a la euroafricana.

Se suma a ello el problema de que no sabemos casi nada del vasco arcaico y que la lengua que hoy se habla, llena de latinismos, castellanismos y galicismos bien puede estar también llena de iberismos, lo que explicaría las coincidencias (más bien escasas, según Tovar), que han dado pie a la tesis vascoibérica, del tipo *irilili* 'ciudad', *berri* 'nuevo'. Una idea de la complejidad de la cuestión puede darnos este párrafo de Tovar ⁵:

«Especialmente resonante ha sido la coincidencia señalada ya hace más de veinte años entre la inscripción ibérica *gudua deisdea* (...) y las palabras vascas *gudu* 'guerra' y *dei* 'llamada', *deitu* 'llamar'. La dificultad mayor es que *gudu* parece ser un préstamo germánico en el vasco, y *dei*, sobre todo en la forma verbal *deitu*, recuerda demasiado al románico *dictu*. Sin embargo, A. Beltrán ha señalado otras formas ibéricas (*bangudur iradiar*; otro *gudua* aparece hoy en Ensérune LXVII 15) que podrían probar, al menos, la vitalidad de una raíz *gud(u)*, en ibero.»

Tras señalar una serie de coincidencias, Tovar se inclina por un parentesco ibero-vasco, pero en un nivel proto-histórico, «profundamente diverso al de las lenguas resultantes, en familia genealógica, de la expansión de un dialecto más o menos unitario y que forman los grandes troncos que han ocupado el viejo continente» ⁶.

En relación con estas lenguas están los sufijos *ōccu*, que dará la terminación *-ueque*, *-ueco* de Aranzueque, Barrueco, y el sufijo *-enus*, *-ena*, *-én*, muy abundante en los topónimos.

Al sustrato vasco-ibérico (pues ambas lenguas coinciden en ello) se debe la aspiración inicial y pérdida posterior de la *f*- inicial latina, como demostró Menéndez Pidal (lat. *FILIU*, cast. *hijo*; lat. *FILU*, cast. *hilo*, vasco *iru*), así como la inexistencia en vasco y castellano de una *v* labiodental, similar a la francesa o italiana. Ibero, vasco y castellano tienen cinco fonemas vocálicos idénticos. Otros rasgos son propios de las zonas dialectales más inmediatamente en contacto con el vasco y aparecen abundantemente documentados en la *Historia de la Lengua* de Rafael Lapesa.

Para completar esta situación sustratística hemos de decir que aparece en el español una cierta tendencia a formar derivados mediante un sufijo cuyo único rasgo permanente que lleva una vocal *a* y es átono: *relámpago*. Las alternancias prueban que las consonantes son indiferentes: *murciélago*, *murciégalo*, *murciégano*.

Para dar una breve nota referente al léxico, del índice de palabras del DCE de Corominas (Vasco, Ibérico, e Hispánico no Indoeuropeo) podemos seleccionar *cueto*, *chabola*, *izquierdo*, *gabarra*, a las que podemos añadir *barro*, *manteca*, *nava*, *perro* (R. Lapesa HLE). Una serie de palabras célti-

⁵ E.L.H., I, p. 18. Bibliografía en su nota 40.

⁶ *Ibid.*, p. 21.

cas penetraron en el latín, como *camisia* 'camisa', *lancea* 'lanza' y *cereuisia* 'cerveza'.

4.2.6. Onomástica

Cuando se trata de lenguas poco o nada documentadas, es imprescindible recurrir a medios indirectos: la onomástica y sus variedades (toponimia, teonimia, antroponimia, etc.). Señala M.^a Lourdes Albertos Firmat que «tal vez uno de los problemas que presente la onomástica no sólo a nivel de toponimia, sino más aún en cuanto a la antroponimia y a los nombres de instituciones o de dioses, es que hay que tener en cuenta que su significación no es exclusivamente lingüística, sino que tiene un contenido sociológico, étnico, cultural, y esto hace que aquí la investigación roce otras ciencias, principalmente la etnología y la arqueología»⁷.

Para ella, el testimonio antroponímico debe presentar ciertas condiciones: tratarse de nombres correctamente leídos, que no se trate de hallazgos aislados, tener en cuenta los nombres latinos que pueden ser homófonos, traducciones o acomodaciones de los nombres indígenas. (Véanse ejemplos en el trabajo que presentó en el *I Coloquio sobre Lenguas y Culturas Prerromanas de la Península Ibérica*, Salamanca, 1974.)

El documento más importante para conocer la onomástica personal ibérica es el *Bronce de Áscoli*, texto fechable en el año 89 a.JC., y en el que se mencionan treinta jinetes indígenas —la *Turma Salluitana*—, a los cuales fue concedida la ciudadanía romana, así como otras recompensas militares. Los elementos característicos de estos nombres se repiten en otros conocidos por la epigrafía latina de la Península, y sirven para comprobar los que se pueden recoger de los textos en lengua ibérica. (Una de las pocas veces que aparece la *p* lo hace en este bronce.)

4.2.7. Toponimia

Joan Corominas ha expuesto sus ideas sobre la toponimia prerromana en sus libros *Topica Hesperica* (Madrid, Gredos, 1972, 2 tomos) y *Estudis de Toponimia Catalana* (Barcelona, Bàrcino, 1965-70, 2 tomos), principalmente.

Humboldt, ya en 1821, se ocupó de manera especial de los topónimos, pero llegó a la falsa conclusión de que la Península era un dominio lingüístico uniforme, a causa de no disponer de una gramática histórica vasca y de no poder recurrir a inscripciones ibéricas (no descifradas todavía). Se interesó especialmente por los nombres compuestos de *-briga*, encontrados en los territorios donde se hallaban celtas, celtíberos y otros pueblos⁸.

⁷ *Actas del I Coloquio sobre Lenguas y Culturas Prerromanas de la Península Ibérica*, editadas por Francisco Jordá, Javier de Hoz y Luis Michelena. Universidad de Salamanca, 1976.

⁸ Puede ejemplificarse con la división de la Península Ibérica en dos áreas: una indoeuro-

Posteriormente, D'Arbois consideró la lengua de los ligures como indoeuropea y creyó encontrar restos del idioma en los topónimos: «La presencia de los ligures en España está atestiguada por veintiún topónimos modernos terminados en *-asco*, *-asca*, *-ascon*, *-usco* y que se encuentran en el Noroeste, Centro y Este de España» (*Los celtas en España*, 1904).

En los años siguientes a las investigaciones de Menéndez Pidal, los autores se han venido ocupando más de las inscripciones en lenguas vernáculas y de la antroponimia que de la toponimia. Los resultados fueron resumidos por Ulrich Schmoll en *Las lenguas de los indoeuropeos precélticos de Hispania y el celtíbero* (1959), donde también tiene en cuenta los topónimos.

4.2.8. Otros aportes

Además de estas lenguas prerromanas peninsulares que hemos ido viendo, tenemos que tener en cuenta que las colonizaciones fenicia, griega y cartaginesa aportaron elementos lingüísticos propios, que hoy vemos reflejados en la toponimia: *Cádiz*, *Málaga*, *Ampurias*, *Rosas*...

4.3. EL LATÍN DE HISPANIA

4.3.1. Caracterización

Dos notas esenciales parecen caracterizar el latín hispánico: arcaísmo y dialectalismo itálico. Para explicar su carácter arcaizante se han aducido razones diversas, algunas basadas hasta en supuestos psicológicos, poco seguros, dada la lejanía de la época. Factor determinante de ese arcaísmo, en el que coinciden la mayor parte de los investigadores, es, al parecer, la antigüedad de su colonización; pensemos que el desembarco romano tiene lugar en el 218 a.JC. Por otra parte, el apartamiento geográfico de la Península respecto del Centro del Imperio fue otra causa favorecedora de que su latín cambiase con menos rapidez. Ese alejamiento puede explicar las coincidencias léxicas que existen entre el español y los romances que, como él, estaban más alejados de la metrópolis. Así, las coincidencias del español con el rumano son abundantes: R. Lapesa señala cómo, en lugar del latín clásico *inuenire*, el lenguaje vulgar acudió a una metáfora propia de la caza: *afflare*, 'resollar el perro al oler la presa' pasó a significar 'encontrar' (cast. *hallar*, port. *achar*, dialectos meridionales de Italia *aħħari*, *aśá*, siciliano *ašari*, dalmata *aflar*, rum. *afla*). De los adjetivos de igual significación *pulcher* y *formosus*, el primero no pasó al latín vulgar, mientras que *formosus*, más popular, subsistió en el cast. *hermoso*, port. *fermoso* y rum. *frumos*, frente al centro de la Rumania, donde triunfó el vulgar y más reciente *bellus* (fr. *beau*,

pea (con topónimos en *-briga*) y otra no indoeuropea (con topónimos en *iltir*, *iltu-*). Al sur de la Península se registran topónimos en *-ippo*, *-una*, *-igi* (*-ici*), *-ucci* (*-ugi*), *-urqi* (*-orci*). Cf. pp. 183 y 185 de las *Actas* de Salamanca, citadas.

ital. *bello*), que en castellano (*bello*) es literario. Estos ejemplos serían aumentados fácilmente.

Estas coincidencias entre el español y los romances meridionales, orientales y de zonas aisladas no sólo tienen lugar en el nivel léxico, sino también en el gramatical. Así, para sustituir a los comparativos sintéticos latinos, *dulcior*, *nitidius*, los romanos, siguiendo la forma latino vulgar, tenían opción a perífrasis del tipo *magis* o *plus* + adjetivo en grado positivo, *magis* o *plus dulcis*; mientras *plus* triunfaba en el Centro de la Romania, *magis* era preferido por el rumano y los romances peninsulares, aunque la comparación con *plus* no fuera desconocida en España (*plus aspero* glosa a *asperius* en las Glosas Emilianenses). En el verbo, por poner otro tipo de ejemplos, castellano, catalán y portugués conservan el pluscuamperfecto latino en *-eram*, total o parcialmente convertido en subjuntivo; este fenómeno, fuera de la Península, sólo se observa en provenzal y en dialectos del Sur de Italia. También Sicilia y el Sur de Italia se unen a los romances peninsulares en la conservación de los tres demostrativos, *este*, *ese*, *aquel*, a partir de *iste*, *ipse* y **utque eccum ille* o **utque ille*⁹, frente a la reducción a dos, para proximidad y lejanía, característica del resto.

En otras ocasiones, las lenguas romances peninsulares y las de la Romania Oriental concuerdan en usos ajenos al latín clásico, frente a la Romania Central, aquí conservadora. R. Lapesa interpreta estas coincidencias como resultados casuales de evoluciones independientes entre sí, o bien como innovaciones generales en toda la Romania, en un momento dado, olvidadas en la Galia y en Italia, pero no en el resto: es lo que sucede con *quaerere* como sustituto de *velle* 'querer'; el francés y el italiano actuales tienen derivados de *volere* (vulgar por *velle*), si bien, en épocas anteriores la situación pudo ser más parecida a la del castellano actual, así, el francés antiguo conoció también *querre* 'desear, querer', ahora obsoleto.

También se manifiesta el arcaísmo del español al comprobar que algunos rasgos de la época clásica, desaparecidos en el resto del Imperio, se conservan en la Península: por ejemplo, los numerales de decena conservaron la acentuación clásica *-aginta* y derivaron en *-enta*, frente al resto de la Romania donde hubo cambio de acento, *-áginta*, y evolución posterior a *-anta*.

Antonio Tovar¹⁰, al estudiar los aspectos léxicos de la romanización en el latín hispánico, recoge como arcaísmos léxicos de los dialectos románicos de Hispania las voces, *oír*, *hermoso*, *mesa*, *comer*, *hablar*, *feo*, *heder*, *enfermo*, *ir*, *malo*, *madera*, *mujer*, *preguntar*, *querer* (de desear y de amar) *trigo*, *barrer*, *pedir*, *ciego*, *cojo*. Insiste en el carácter arcaizante, al tiempo que trata de conciliar la tesis de la uniformidad del latín vulgar con la de una distinta evolución regional que sería continuación de las diferencias existentes entre los dialectos de los colonizadores. Cree que existió una unidad básica, que permitía la intercomunicación; pero con una serie de rasgos peculiares de

⁹ Cf. Fernando González Ollé: «Precisiones sobre la etimología de *aquel*», en *Hom. al Prof. Muñoz Cortés*, Murcia, 1977, pp. 863-869.

¹⁰ A. Tovar: *El latín de Hispania. Aspectos léxicos de la romanización*. Discurso de ingreso en la Real Academia Española, el 31 de marzo de 1968. Madrid, 1968.

unas regiones, no compartidos por otras. Los escritos de los autores romanos que estuvieron en la conquista de Hispania son, en este sentido, una valiosa fuente de información en la que rastrear palabras o usos hispánicos introducidos en el latín general. En Catón, por ejemplo, pueden recogerse términos que descubren algunos rasgos de la implantación del latín; así, en la agricultura, y el menaje, tenemos *lebrillo*, *trapiche* 'molino de aceite, luego de azúcar' y *pocillo*, palabra que, según Corominas, no tiene correspondencia en ninguna otra lengua románica, y que no figura en el Diccionario etimológico románico de W. Meyer-Lübke. Otra voz recogida en Catón pero que ya no pertenece a la agricultura, sino a la cocina popular, es *mostachón*, 'pasta de mazapán'.

Un fenómeno curioso es el de las palabras tomadas de la jerga soldadesca que han sufrido un proceso semántico de *ennoblecimiento*. En Lucilo se encuentra *rosto*, que originariamente tenía el valor de 'morro', 'jeta'. Hay algo similar en *varón*, cuyos valores eran los de 'necio' 'bruto' 'ganapán', o 'atleta', en el sentido peyorativo que hoy damos a *hércules* o *tarzán*. Como términos insultantes se recogen también *gumia*, esp. *gomia*, 'tragón', y *comedone*, 'comilón'. Este verbo *comedere*, más antiguo, ha sido conservado en español y portugués, frente al tardío *manducare*, que pasa al resto de la Romania.

Otros términos arcaicos que se han ennoblecido son *cabeza* y *pierna*, desde 'cabezón' y 'pernil', respectivamente. Para *herrido*, que Corominas y García de Diego harán derivar de *uerres* 'verraco', señala Tovar que pudo quedar en España la voz *barritus* con que los romanos designaban el «berrido» del elefante. *Cansar* y *harto* pertenecen también a estos elementos léxicos.

Desde el punto de vista morfológico destacan otros dos arcaísmos, el relativo *cuius*, 'cuyo', que se encuentra en la literatura de los siglos de la conquista, y el adverbio *demagis* 'demás'. De formas antiguas provienen asimismo *nada*, *nadie*, *ninguno* y *sendos*. *Nada* y *nadie* son formas originadas, al parecer, en el latín del teatro, en Plauto y Terencio, en cuyas obras aparece la expresión *res nata* con el sentido de 'circunstancias, tal como están las cosas'; por su empleo en negaciones, según señala Corominas, pudo tomar el valor del español actual *nada*. *Nata causa* aparece en un documento leonés del X, y tiene un paralelo en *natus nemo*, del cual provendría el antiguo *nadi*, actual *nadie*. Para el origen de *ninguno* acude Tovar a la forma *ningulus*, que se encuentra en Ennio, rechazando la opinión de Meillet según la cual esta última forma era una creación del poeta, a lo que replica que también se encuentra en Marcio.

4.3.2. La colonización suritálica

En lo que respecta a los orígenes dialectales del latín de Hispania, hemos de considerar la tesis de Menéndez Pidal, aceptada básicamente por A. Tovar y R. Lapesa, pero no así por Sebastián Mariner ¹¹, de una colonización

¹¹ «Heteroclis de topónimos en -o-ona», *Rev. de la Univ. de Madrid*, XIX, 1970. *Homenaje a Menéndez Pidal*, IV, pp. 185-213.

oscumbra de la Península Ibérica, a la que llega al comprobar que tanto Hispania como el Sur de Italia coinciden en los resultados de una serie de fenómenos. En la Península Itálica esa zona estaba habitada por pueblos indoeuropeos, oscos y umbros, hablantes de lenguas muy próximas al latín, pero diferenciadas en una serie de rasgos característicos. La tesis de esta colonización se basa en varios argumentos, de distinto valor:

La Tarraconense, una de las primeras regiones conquistadas, y el Sur de Italia ofrecen una importante cantidad de topónimos idénticos. Tomemos algunos ejemplos de Menéndez Pidal: en la región del Ebro hallamos Lavern, pueblo, y Lavernia, apellido, que repiten un nombre frecuente en Italia, *Lavernium*, en la Campania, y Lavernae. Tres pueblos con el nombre de Abella, en Lérida y Huesca, repiten el nombre de *Abella*, fortaleza de Campania, etc. Uno de los más discutidos (y discutibles) es *Osc*, correspondiente al gentilicio de los oscos y al topónimo hispano de donde podría haberse originado *Huesca*. Que el *Osc* antecedente de Huesca sea itálico es discutido por algunos investigadores, especialmente Rohlf, partidario del origen céltico: *osca*, 'huerto'. En monedas de Huesca en alfabeto ibérico aparece (*b*)*olsca*.

Tenemos también las asimilaciones y sonorizaciones consonánticas en las que coinciden Hispania, Gascuña y el sur de Italia.

La asimilación *MB > mm > m* se inicia, en la península, en la cuenca del Ebro. Los documentos de los siglos X y XI nos muestran ejemplos de Cataluña, Cantabria y de la meseta del alto Duero hasta Sahagún. Desde Castilla se extiende el fenómeno hacia el sur. Los ejemplos de asimilación que se encuentran en el territorio mozárabe (romance en tierra musulmana) son escasos y tardíos, debidos probablemente a influjo castellano. La reducción de *mb* a *mm* se da en toda la Italia central y meridional, incluida Sicilia. El vasco no presenta asimilación, aunque se oyen reducciones ocasionales en pronunciación rápida.

La asimilación de *ND > n* es general en gascón; fue abundante en aragonés antiguo y escasa en el antiguo castellano del Norte y en leonés antiguo. Es rasgo característico del antiguo osco-umbro y es corriente, hoy, en el centro y sur de Italia y Sicilia.

Un tercer grupo evolucionado es *LD > ll > l*, mucho menos frecuente. Se encuentra algún ejemplo en Cataluña, como *Besali* (Gerona, de *Bisaldunum*, con un *dunum* céltico), en Aragón, en Castilla y León y en textos de la Edad Media próxima; pero son siempre casos aislados. En las lenguas del nordeste de Hispania se encuentran las formas *Iluo*, *Ilerda*, 'Lérida', y *Salluie*, *Saluie* junto a *Salduie*. En Italia la asimilación, que se da en el centro, sur y las islas, es más importante; pero es, a su vez, menos frecuente que la de *MB*, *ND*.

Otro punto en el que la Península Ibérica y el Sur de Italia presentan coincidencias de resultados es el de la sonorización de las sordas *t, p, k* tras *n, l, r*. El área de extensión de este fenómeno es más restringida que en los casos anteriores. Tiene alguna vitalidad en alto aragonés, en el gascón del Sur de Bearne y en el del valle de Arán; tuvo, en otro tiempo, más importancia en Jaca, Cataluña, y en territorio mozárabe valenciano. En Italia, el antiguo osco-umbro sonorizaba tras *n*, hoy la sonorización suritaliana es carac-

terística del Centro y Sur, aunque sin demasiada extensión. En cuanto al vasco, para el que Menéndez Pidal señala algún ejemplo aislado de sonorización en el caso de *nt* y *lt*, hay que tener en cuenta las recientes investigaciones de Fernando González Ollé («La sonorización de las consonantes sordas tras sonante en la Rioja. A propósito del elemento vasco en las *Glosas Emilianenses*», en *Cuadernos de Investigación Filológica*, Logroño, IV, 1978, 113-121.) El análisis de algunas formas de las Glosas, del vocabulario actual dialectal y de la toponimia, aunque restringido a un corto muestreo (5 casos de NK, 3 de NT, 1 de NP y otro de RP), le lleva a concluir que el fenómeno de la sonorización fue también conocido en riojano. Este fenómeno le parece indudablemente relacionado con el vascuence (aunque señala, remitiendo a la *Fonética Histórica Vasca* de Luis Michelena, las limitaciones geográficas y contextuales de la sonorización de NT en las palabras latinas y romances primitivas incorporadas al eusquera). En este sentido, señala este argumento como una de las pruebas del carácter euskaldún (vasco-hablante) del glosador, a quien también se deben, como glosas, las primeras frases que conservamos en lengua vasca. Estos datos no contribuyen precisamente a reforzar la tesis suritálica, a menos que las supongamos rasgo itálico en el latín de colonización y de ahí extendido al vasco.

Curtis Blaylock, aunque fundamentalmente opuesto a la tesis suritálica, acepta el carácter dialectal sureño de la evolución a *e* cerrada del diptongo AE; frente a la evolución 'latina' según la cual su resultado es una *e* abierta que diptonga (CAELU > *cielo*) hay varios testimonios de tipo itálico, sin diptongación: FAENU > *heno*; SAETA > *seda*. En cambio, pone en duda que la sonorización de sorda tras nasal sea fenómeno de colonización suritálica, sólo el umbro, según los testimonios epigráficos, proporciona ejemplos de sonora tras nasal donde etimológicamente había una sorda. Para la reducción de ND a *nn* conviene tener en cuenta que esta *nn* no evolucionó a nasal palatal, lo que puede ser indicio de asimilación tardía.

Finalmente, en otras dos circunstancias más se observan coincidencias entre los dialectos del Sur de Italia, Sicilia y Cerdeña y los romances hispánicos: el caso de *r*- inicial de palabra que se refuerza en *rr*- (múltiple), en catalán, castellano, portugués y gascón, igual que en siciliano, sardo e italiano meridional, y el de *l*- inicial de palabra que, junto a la geminada -*ll*- interior da, en unas zonas (no en castellano, donde tienen evolución distinta) resultado palatal (*ll*, *yy*, *lj*, *y*) y en otras un resultado cacuminal (*ḏḏ*, *ṭṭ*, *ḏ*, *ṭ*, *ch* *vaqueira*). De este modo los resultados que aparecen actualmente en el Sur de Italia (*lluna*, *luna*, *ḏana*, *ḏḏengua*) se corresponden con dialectos románicos hispánicos (catalán *lluna*, *llana*, *llengua*, asturleonés *lluna*, *llana*, *llingua*, mozárabe *yengua*). Menos importancia tiene el refuerzo de N- inicial, hasta Ñ-, en astur-leonés regional y en el Sur de Italia, esporádicamente.

Menéndez Pidal es insistente en señalar cómo, si bien algunos de los fenómenos vistos pueden encontrarse en zonas distintas de las mencionadas (como el paso de *mb* a *mm* en dialectos franceses), nunca tiene la misma firmeza y extensión que en las dos penínsulas mediterráneas.

A los argumentos citados podemos añadir que Rafael Lapesa y Silva Neto

han señalado la importancia de formas como las catalanas, *nu*, *uytubre*, cast. *nudo*, *octubre*, port. *outubro*, que exigen una *U* larga, *nūdus*, *octūber*, en vez de la latina normativa *nōdus*, *octōber*, con *O* larga. Este hecho podría ponerse en relación con el vocalismo osco, que tenía *ū* donde el latín presentaba *ō*. La forma OCTUBER aparece ya en el año 119 en una inscripción de Pamplona. En favor del elemento itálico en el latín hispánico, E. Vetter señaló el precedente umbro *fui* como pasado a la vez de *esse* y de *ire*. Otro dialectalismo léxico, señalado por Tovar, es, probablemente, *tierno*, port. *terno*, para el cual supone una evolución desde la forma sabina (otro dialecto itálico) *tere-num*, en vez de una metátesis del latín *tener*. Dialectalismo de colonización sería también el uso de *tenere* en vez de *habere* en español y portugués, como ha señalado Meillet, así como la conservación del neutro de materia (*sidra nuebo*) en asturiano central. Dámaso Alonso, en la *Enciclopedia Lingüística Hispánica*, además de recoger estos rasgos apuntados, insiste en la coincidencia entre el español y las hablas del Sur de Italia en el uso de preposición ante objeto directo personal: *ha visto a tu padre*. Al otro extremo de la Romania, el rumano especializa en este uso no la preposición *a*, sino *pe* (< PER): *văd pe Petru* 'veo a Pedro'.

En lo que concierne a la *metafonía* (inflexión de la tónica por la final), tal como se da en asturiano central: *pirrulperros*, de gran incidencia en el Sur de Italia, donde condiciona la diptongación, sería necesario determinar previamente si la metafonía asturiana, que parece un fenómeno relativamente moderno, puede remontarse hasta un influjo de colonización.

Por último, un dato importante podría ser el suministrado por la antroponimia, estudiada por P. Aebischer, y que, al parecer (según carta de éste a Menéndez Pidal, en 1954), permite concluir que «la inmensa mayoría de los gentilicios latinos usados en Hispania provienen de la mitad sur de Italia».

Estos rasgos afectan al latín básico, impuesto, a su vez, sobre las lenguas de sustrato, y al que se fueron imponiendo las sucesivas capas de colonizadores romanos, hasta llegar a una uniformidad lo suficientemente grande como para permitir la intercomprensión entre las distintas variedades regionales, progresivamente diferenciadas, especialmente como consecuencia de la fragmentación de la Romania por las invasiones bárbaras y, particularmente, por las alteraciones sociopolíticas de la Península Ibérica a lo largo de la Reconquista y la acción diferenciadora del más eusquerizado de todos los dialectos románicos peninsulares, el castellano.

4.4. GERMANISMOS

El elemento germánico en español ha sido sobrevalorado, en parte por el designio de «borrar la mancha semítica» de ciertos investigadores, y parte de la conciencia general, y en parte también por su propia importancia parcial, literaria, sobre todo en la épica, muy superior a su aportación lingüística, aunque aquí también conviene deslindar muchos terrenos ¹².

¹² Cf. nuestro libro *Poesía Narrativa Árabe y Épica Hispánica*, Madrid, Gredos, 1971.

La mayor parte de los elementos germánicos que sobreviven en español provienen directamente del latín vulgar, o de otras lenguas románicas, principalmente del francés, siendo escasas las formas que han sido tomadas directamente de un idioma germánico. Gamillscheg, en la *Enciclopedia Lingüística Hispánica*, afirma: «Las palabras germánicas, atestiguadas hasta el año 400, en los escritores latinos o en inscripciones; son muy raras y no desempeñan ningún papel en el vocabulario español». Palabras como **marrir*, superviviente en a. esp. *marrido*, 'apenado', 'afligido', hoy *amarrido*, pueden pertenecer a este período. Gamillscheg considera, teniendo en cuenta que no existe en la Península el verbo (*a*)*marrir*, que este participio (*a*)*marrido* ha de proceder directamente del provenzal *marrit*. *Esmagar* 'apretar', 'estrujar', que se encuentra en Salamanca, en gallego y en portugués, puede pertenecer al estrato más antiguo de los germanismos. Corominas afirma que se encuentra en todas las lenguas romances occidentales, y lo explica desde un gótico *magan* 'tener fuerzas', o forma emparentada, con un prefijo *ex-*, que cambia el significado de un radical en su contrario: sería una formación latino vulgar.

La penetración de elementos germánicos en el mundo románico aumenta notablemente a partir del siglo V, con la fundación de los estados visigodos en el Sur de la Galia, con Tolosa como capital, y la extensión de los francos en el Norte. De ahí penetrarán en español estos elementos.

Las voces de la jurisdicción, administración y organización germánica penetran primero en el latín vulgar, medio natural de entendimiento entre los pobladores romanos y los germanos invasores («federados»); una vez latinizadas, su extensión es rápida y tiende a la uniformidad. Después, con la romanización de los germanos, pasarán al latín de éstos una serie de voces que se extienden luego a la población autóctona, que imita el modelo de sus dominadores. Son estos los que denomina Gamillscheg *reliquias del lenguaje*.

Las formas germánicas que penetran más tempranamente en el latín vulgar provienen de los visigodos, quienes, no olvidemos, se encontraban muy romanizados ya al llegar a Aquitania, por su estancia anterior en la Dacia y Oriente del Imperio. El conocimiento que poseían de la lengua vulgar hizo que integraran en el sistema latino algunos radicales de su idioma. Así, el verbo *garêdan* 'abastecer' se latiniza en *corredare* (el prefijo *cum* latino sustituye al germánico *ga*), cast. *correar*. En otros casos, es el prefijo latino *ad* el que se construye con un radical gótico, como *rêths*, 'cuidado' 'provisión': *arredare*, esp. *arrear*, 'adornar'.

La población franca, más numerosa que la goda, tiene una gran influencia en la fragmentación y evolución de la Rumania; en el latín vulgar penetran también voces francas, tan influyentes que incluso llegarán a eliminar germanismos góticos ya implantados: sucede así con *yelmo*, que era *elmo* en antiguo español, procedente del gótico *hilms*, y que fue sustituido progresivamente por la forma *yelmo* derivada desde el franco *hëlm*. Esta misma influencia franca se muestra en la existencia de formas dobles (*dobletes*) como *espía* (gót. *spaiha*), al lado de *espión*, de origen franco-francés. San Isidoro de Sevilla usa la forma latinizada *guaranem*, *warranem*, procedente del gó-

tico *wrainja, pero es el franco *wrainjo el que sobrevive en el español *garrañón*.

Los elementos francos han podido penetrar en los romances hispánicos en dos períodos, antes de la invasión musulmana y desde el siglo XII. El *Poema de Mio Cid* trae *huesa*, 'bota alta', procedente de un préstamo antiguo, *hosa* 'calzón corto'; también es antiguo *frasca*, del que *frasco* es forma regresiva. Los préstamos por intermedio del francés, u otra lengua románica, pueden producirse con adaptación fonética, o con mantenimiento de rasgos fónicos de la lengua intermediaria, así en *faraute* 'intérprete', la *f*- castellana responde a la *h*- del francés *heraut*, que respeta la aspiración germánica. El grupo germánico *hr-* da en francés *fr-*, como se ve en *froncir*, cast. *fruncir*. La literatura, especialmente la épica, ha sido una importante vía de penetración de germanismos: *blandir*, *dardo*, *estandarte*, *bohordo/bofordo* 'lanza corta arrojadiza', *guante*, *fardido* 'intrépido', y otros muchos. En los siglos XV y XVI, sobre todo, aumenta la penetración de términos náuticos: *bao*, *boya*, *escota*, *estrave*, *estrenque*, *guindar*. También han podido penetrar los germanismos francos por las vías indirectas de las rutas medievales, Aragón y Cataluña, de un lado, Gascuña y Asturias, de otro. Así penetró *jaquir* 'dejar' 'desamparar', por el catalán, como *bala*, *buque*, *blandón*, *brafenera*, *blanco*, *esmalte*. Los visigodos hicieron ya préstamos desde su primer asentamiento en la Galia; en esta época sitúa Gamillscheg vocablos como *albergue*, *amagar*, *embajada* (a través del provenzal). Mientras que muchas de estas expresiones se encuentran también en las lenguas galorrománicas, las palabras visigóticas prestadas en la época de la monarquía visigótica hispánica ya no aparecen al Norte de los Pirineos: *álamo*, del gótico **alms*, *amainar*, *ataviar*, *casta*, *encastar*, *esquilar*, *ganso*, y tantos más.

En la morfología quedan restos visigodos en el sufijo *-ing* > *-engo*, en unos cuantos derivados de voces latinas, como *abadengo*, *realengo*, *abolengo*.

Los suevos, que se habían separado de los restantes pueblos germánicos hacia el año 400, traen un idioma más arcaico que los francos o los visigodos. Los restos son escasos, Gamillscheg recoge *labio* 'parral de poca altura', en gallego, como topónimo, o *laverco*, cuya *-o* final se conserva en portugués, frente al gall. *laverca*. Por razones no sólo fonéticas, sino también geográficas se considera suevo el origen del gallego *brétema*, 'niebla, vapor a modo de nube rastrera'.

En todo caso, estamos de acuerdo con la afirmación de Gamillscheg de que la influencia directa germánica en el romance hispánico no llegó a alterar ningún rasgo de éste, al no ser grande; tampoco afectó al abrumador predominio del léxico latino, ni a la gramática. Ahora bien, lo que está por estudiar es el influjo que pudo tener sobre el latín de la Península Ibérica el latín hablado por estos germanos.

La influencia germánica es notable en la *antroponimia*. Sobre todo los antroponimos visigodos tienen una gran importancia, nada de extrañar si tenemos en cuenta la escasa imaginación de que hacían gala los romanos a la hora de poner nombres a sus hijos (Primus, Secundus, Secuntinus, Tertius... Decimus). Hasta el siglo XII, en que la corriente a favor de nombres de san-

tos cristianos los relegará a segundo plano, los antropónimos germánicos logran extraordinaria difusión, todavía notable. Uno de los más destacados investigadores de este campo, J. M. Piel, señala que estos nombres se componen de dos elementos del léxico común (*Teodo-rico*), de los que el segundo puede suprimirse (*Teoda*) o cambiarse por un sufijo (*Teod-illa*). En el primer caso se trataría de nombres bitemáticos o plenos, y en el segundo de nombres acortados o monotemáticos. Los bitemáticos, más generales, admiten diversas combinaciones:

sustantivo-sustantivo: Ar-ulfo 'águila-lobo'.
 sustantivo-adjetivo: Frede-nando 'paz-audaz'.
 adjetivo-sustantivo: Berto-sendo 'brillante-expedición'.
 adjetivo-adjetivo: Baldo-miro 'audaz-famoso'.
 adverbio-adjetivo: Ala-rico 'todo-poderoso'.

Existe una restricción fonológica, que obliga a comenzar por consonante al segundo elemento (así tenemos *Arnulfo*, y no *Arulfo*).

De los monotemáticos podemos señalar *Ala(n)*, *Bera*, *Cendo*, *Eudo*, *Godo*, *Nando*, *Tello*, o *Sindo*. Entre los sufijos que sustituyen al segundo elemento de un compuesto el más importante es *-ila* (*Favila*, *Danila*, *Emila*, *Andila*, *Froila*, *Gaudila*, *Quintila*, *Teodila*, etc.). Menos importante es el también destacable *-inus/-ino*: *Fonsinus*, *Godinus*, *Randinus*, *Sandinus*, *Sendinus*. (Doña Godina o Sandino son famosos por distintos motivos). Como este último sufijo es abundante en latín, puede pensarse que el godo lo tomara de él, aunque puede pensarse también en una latinización de un sufijo germánico parecido.

Relacionada con la frecuencia de los antropónimos está la importancia del elemento germánico en la *toponimia* peninsular. Hoy subsisten pueblos llamados *Godos*, *Revillagodos*, *La Goda*, testigos en toda la península de unos asentamientos de población diferenciada de la que habitaba en *La Romana*, *Romanos*, *Romanillos*. Los nombres de propietarios, expresados en genitivo latino de posesión, dan origen a *Guitiriz*, *Mondariz*, *Gomariz*, *Hermisende*, etc., también en compuestos híbridos, muy extendidos, como *Castrogeriz*, *Villasandino*, *Villafáfila*, etc. Tal vez esta latinización de genitivos góticos (*rici-* > *-riz*) haya contribuido a la formación del típico patronímico español en *-ez* (*Pérez*, *González*, *Suárez*).

Respecto a la huella de los otros pueblos invasores, en la toponimia, los alanos la han dejado en *Villalán* (Valladolid), *Puerto del Alano* y *Bandaliés* (Huesca), y *Campdevanol* (Gerona). Los suevos en *Suevos* y *Suegos* abundantes en Galicia, y en *Puerto Sueve* (Asturias). Algunas de estas etimologías, aceptadas por Menéndez Pidal y Lapesa, pueden tener sus reparos.

4.5. ARABISMOS

El estudio de las palabras y estructuras de origen árabe presentes en la lengua española —las segundas en número, aunque a considerable distancia, después de las latinas— está inevitablemente vinculado a nuestro concepto

de la Historia de España, y a esa característica tan nuestra, tan española, de mirar hacia atrás para lamentarnos. Toda la obra de Américo Castro, tras el fin de nuestra guerra civil, no ha sido sino una permanente llamada de atención hacia el hecho de que del conocimiento de nuestra historia no sólo hemos de sacar motivos de queja, sino también lecciones de varios tipos, especialmente de armonía y convivencia.

Si la Reconquista peninsular duró tanto como ocho siglos, fue precisamente porque hubo más períodos de tolerancia con el «infiel» (epíteto mutuo) que de enfrentamientos sangrientos. Si, a la postre, triunfó la intolerancia y los mozárabes fueron deportados al Sur por los invasores musulmanes norteafricanos, asustados por la extensión de la frontera del Tajo al Guadiana, o, siglos después, al fin de la guerra, primero los judíos y luego los moriscos hubieron de abandonar un suelo tan suyo como de los cristianos, ahora llamados «españoles», no es menos cierto que, para ver el aprecio que la cultura del Sur despertó en el Norte, no hace falta ir a Sevilla, Granada o Córdoba, ni a la misma Toledo: llenas están Aragón y Castilla, hasta León, de esas iglesias mudéjares, más pobres materialmente, pero no menos elegantes que sus lejanos modelos andaluces.

No quisiéramos pensar en prejuicios racistas; pero es cierto que, mientras que la mínima influencia germánica ha sido cuidadosamente sopesada y ampliada, la influencia árabe es permanentemente sometida a tela de juicio: arciprestes catalanes a quienes apenas se puede llamar literatos se consideran más representativos de la cultura hispánica medieval que Ibn Hazm, uno de los más grandes escritores de todos los tiempos.

Por otra parte, la influencia del árabe ha podido ser decisiva para la conservación de una lengua romance en Al-Andalus. Pensemos que, en la primera fase de islamización del mundo, todo el norte de Africa perdió sus lenguas primitivas (alguna tan importante como el copto egipcio) o las vio reducidas a una situación muy inferior (caso del bereber); sólo el Irán, con una arabización profundísima, ha conservado en el Oriente Próximo su lengua indoeuropea, el persa. Lenguas tan importantes como el siríaco, o el ya citado copto, desaparecieron, en un tiempo más o menos largo. (La segunda fase de islamización fue menos ligada a la arabización, por eso se conservan las lenguas turcas, o el urdú en Pakistán, etc.). En la Península Ibérica, en cambio, no sólo tenemos bastantes muestras del cultivo del latín por los cristianos que vivían en territorio musulmán (*mozárabes*, 'los que parecen árabes sin serlo'), sino también restos de las *hablas mozárabes* de esos cristianos, y muestras poéticas, no sólo de ellas, sino también de la lengua coloquial, elevada a la categoría poética por Ibn Quzmán y estudiada detenidamente, como las *jarchas*, por Emilio García Gómez. Precisamente este autor es quien concluye su monumental esfuerzo con la afirmación de su creencia en una *poesía proindiviso*, ya que las relaciones son tan extensas que una separación de lo que se debe a cada fuente traicionaría la realidad de los textos.

El caso de la épica, por otra parte, es buena prueba de que no es tan recomendable el cómodo procedimiento de creer que todo lo que parece germánico tiene ese origen: está claro que muchos elementos, como el nombre de las espadas, los caballos, instituciones como los cojuradores (con-

juntamente comprometidos en su apoyo solemne), la organización basada en la venganza de sangre y el juicio de Dios, o la autoafirmación del héroe (*yo soy Ali /yo soy Rui Díaz*), se encuentran, con otros más, en la poesía narrativa árabe, con una *modalidad* que es sensiblemente la misma que aparece en la épica romance.

Y, por si fuera poco, no falta el eslabón que une en el otro sentido: los musulmanes en tierra cristiana, los moriscos, escriben en su romance (de rasgos aragoneses, generalmente), con grafía árabe, es decir, en *aljamiado*, una interesante literatura, estudiada por L. P. Harvey, M. Manzanares de Cirre o, sobre todo, Alvaro Galmés de Fuentes, en la que, además de la cuentística, cuya influencia es innegable, no faltan los relatos épicos, indiscutible expresión de que los temas islámicos más importantes eran conocidos en lengua romance. En otros casos, como las fuentes de la *Divina Comedia*, han sido las traducciones latinas las que han permitido a los grandes escritores cristianos de Europa el conocimiento de textos árabes que les han sido de interés ¹³.

El estudio exhaustivo del léxico español, como se lleva a cabo, para la preparación del *Diccionario Histórico de la Lengua Española*, en la Real Academia Española, permite descubrir una gran cantidad de arabismos, usados esporádicamente, que no habían sido recogidos con anterioridad; estas nuevas apariciones de arabismos permitirán ampliar el caudal léxico árabe en el español al menos en un tercio. Además, sabemos ahora que no sólo entran sustantivos (el grupo dominante), sino que también hay adjetivos, más verbos de los que se suponía, y alguna partícula, como *hasta*.

La conservación de este léxico no ha sido uniforme. Hay algunos términos que pertenecen al lenguaje de todos los días, como *zaguán*, *alcoba*, *almirez*, *aceite*, *azúcar*, otros, como *alambique*, *almazara*, *jaraiz*, llegan hasta nuestros días, pero ya no tienen la misma vigencia. En otros casos, como *alcántara*, *alfayate*, *aleve* (como sustantivo, por lo que hoy decimos *alevosía*), han muerto hace tiempo. Algunos, como *alcozcode*, han pasado sólo por un texto y ni siquiera sabemos bien lo que significan.

Tan importante como la fijación del número de arabismos de la lengua es su distribución en distintos campos de la actividad vital de los españoles. Se ha dicho, y no sin cierto fundamento, que predominan los arabismos de actividades y seres concretos. Hay que tener en cuenta que el árabe sólo posee

¹³ No queremos incurrir nosotros en el defecto opuesto al señalado de ignorar lo árabe. Para el panorama lingüístico del árabe andalusí es imprescindible Federico Corriente: *A grammatical Sketch of the Hispano-Arabic Dialectal Bundle*, Madrid, Instituto Hispano-Árabe, 1977. Aunque bastante corregido por Corriente, sigue teniendo validez el estudio de A. Steiger sobre la fonética. En el léxico deben citarse Dozy, Engelmann, Eguílaz y Neuvonen, a quienes hay que añadir, por lo dicho en el texto, los nombres de Emilio García Gómez y A. Galmés de Fuentes. Para el mozárabe, además de los dos últimos y los autores «clásicos», como J. Simonet, M. Asín y A. González Palencia, hay que citar a R. Menéndez Pidal y M. Sanchís Guarnier. Con estudios, por parciales no menos valiosos, siguen las huellas de Codera y Ribera: Jaime Oliver Asín, Elías Terés, Joaquín Vallvé, Fernando de la Granja, J. Vernet, J. M. Fórneas, J. Samsó y otros habituales colaboradores de la revista *Al-Andalus*, del C.S.I.C. Sobre el Islam cf. nuestra traducción de Philip K. Hitti: *El Islam, modo de vida*, Madrid, Gredos, 1973.

la categoría *nombre*, y no distingue entre *sustantivo* y *adjetivo*. Esto corresponde a una visión muy concreta de los fenómenos. Por otra parte, tampoco el nivel cultural de la época era tan elevado, y no hay que olvidar que el importantísimo papel de los árabes en la historia de la cultura es el de conservadores y transmisores del pensamiento clásico y la ciencia oriental. Hay quien ha tratado de minimizar por ello su aportación; para quienes sufran esa tentación conviene recordar que mientras los cristianos hispanos y los europeos alfombraban sus casas y castillos de paja y estiércol para calentarse y sufrían atroces epidemias por falta de higiene personal y pública, los árabes disponían de sistemas rudimentarios de calefacción central y de abundantísimos baños públicos, y no estará de más repetir, aunque ya se haya dicho muchas veces, que el alumbrado y el alcantarillado no eran extraños a las ciudades importantes del mundo islámico.

Además de los términos agrícolas, nombres de profesiones, mercaderías y otras denominaciones de este tipo hay algún arabismo perteneciente a la esfera del derecho, como *aleve*, con la significación de *alevosía*, del ár. *al-'aib* 'vergüenza', 'afrenta'. Es importante destacar este caso porque a pesar de haber probado Leo Spitzer de modo concluyente esta etimología, se da como supuesto germanismo formado a partir del anglosajón *laeva* 'traidor', para inventar un supuesto gótico **levian* 'traicionar' cuando se disponía de este término árabe, cuyos valores coinciden con los de los primeros textos castellanos, como atestigua el *Diccionario Histórico* ¹⁴. Corominas, por fin, se inclina por la etimología árabe, evidente tras el examen de los testimonios, abundantísimos, que el *Diccionario Histórico* ya ha aceptado.

No obstante, ante la evidencia, hasta los estudiosos más antiárabes han tenido que rendirse y admitir la presencia del léxico de este origen ¹⁵. Esta influencia, a fin de cuentas, es externa (dicen) y no afecta al espíritu de la lengua. Para estos autores lo difícil de admitir son las otras dos influencias, la de la manera de concebir la realidad, y la gramatical, de las estructuras lingüísticas.

Los *calcos semánticos* demuestran que en algunos puntos la manera árabe de concebir la realidad pasó al castellano. Un término latino recubre un significado árabe. Esto es lo que sucede en expresiones como *tener un hambre de lobo*, o en la consideración de la *casa* como lo interno y lo externo, lo material y lo social, aplicable incluso a una ubicación en el firmamento (la *casa* en astrología), que coincide plenamente con el árabe *dār*. También está presente la idea de la persona como hijo de sus obras o sus circunstancias, que aparece en *hidalgo*, que responde al mismo esquema mental de *Ibn al-layla* 'hijo de la noche', 'ladrón', *Ibn al-maḡimma* 'hijo de la deshonra', 'deshonrado', o *Ibn al-harb* 'hijo de la guerra', 'guerrero' ¹⁶.

¹⁴ Un resumen del problema se encuentra en el D.C.E. de Corominas, s.v. El fichero de la R.A.E. nos ha proporcionado nuevos datos que confirman la etimología árabe. La redacción del artículo *aleve* ha sido realizada por Ignacio Soldevila.

¹⁵ Cf. nuestro artículo «Arabismos en Azorín», en *Al-Andalus*, XXXIV, 1969, pp. 143-158.

¹⁶ Cf. *Hamasa*, ed. Schultens, pp. 354-355 y 528-529, para estos dos últimos casos. Hemos recogido éstos porque no se refieren a cosas tan concretas como 'ladrón', y dan así mayor fuerza a la tesis defendida por Américo Castro.

Finalmente hay que indicar que algunos verbos castellanos, como los impersonales *amanecer* y *anochecer* se han personalizado, como sus correspondientes árabes hacen en forma IV en la lengua clásica y en forma II en los dialectos (a causa de la debilidad del ataque vocálico inicial, del *hamza*)¹⁷. Aunque E. Coseriu haya tratado de negar que esto se debiera a arabismo, y pretendido apoyar sus argumentos con ejemplos rumanos, la verdad es que el rumano no cubre todos los campos que *amanecer* o *anochecer*, como verbos personales, tienen en español, usos en los que coinciden completamente con las formas árabes. Además, el rumano es, precisamente, una lengua románica poco segura para estas comparaciones, por sus muchos elementos no románicos. Casos como *amaneci pobre*, *anocheci rico*; *amaneci en Madrid*, *anocheci en Barcelona* muestran la absoluta coincidencia del castellano y el árabe, aunque el segundo tipo también pueda encontrarse en rumano, y Coseriu documente usos románicos intermedios.

En relación con estas interferencias semánticas están las formas de bendición, o saludo (*Dios te guarde*, *quedad con Dios*, *vaya usted con Dios*), clichés como *ojalá* (evolución fonética castellana de la frase árabe equivalente a 'Dios lo quiera', 'si Dios quiere'), amén de una serie de actitudes artísticas, desde la arquitectura a la gastronomía, o vitales, e incluso político-religiosas: el Rey que se salva por haber sostenido a la Religión en un traspies, en el auto calderoniano de *El gran teatro del mundo*, no está distante de las vinculaciones político-religiosas que proliferan en el mundo islámico actual.

En el campo poco trabajado de las relaciones entre el español y el árabe hay que señalar, en una línea sin continuación, el estudio de A. Galmés (en el *Bol. R.A.E.*) sobre «Influencias sintáctico-estilísticas del árabe en la prosa medieval castellana», limitado a un estudio parcial de un texto alfonsí, en el que se señalan una serie de rasgos comunes al árabe y al castellano, explicables también a partir del latín. Esta puede ser, precisamente, una de las vías de investigación más válida: estudiar los rasgos sintácticos que el castellano no tiene en común con otros romances, aunque reaparezcan en algún tipo de latín, y que también se dan en árabe¹⁸, es decir, buscar más el influjo del árabe como circunstancia concomitante de una evolución románica distintiva del castellano que el árabe como única causa.

Sabemos, por otra parte, que existieron *híbridos morfológicos*; las jarchas recogen la forma *adunu*, imperativo del verbo romance *adunar* 'unir' (que existe también en francés antiguo), con el vocalismo propio del imperativo árabe. En el mozárabe toledano de los documentos editados por González Palencia, entre otros muchos ejemplos, puede citarse el caso de *qandil* 'candil', que construye su plural como los plurales fractos del árabe, con modificación vocálica: *qanādīl*, o, entre los femeninos, especialmente abun-

¹⁷ Este empleo de la forma segunda por la cuarta, y precisamente en el verbo *amanecer*, aparece ya en *Al-Andalus* en el siglo x, en la urchuza de Ibn Abd Rabbihi, v. 17, en el que hay un juego de palabras entre las formas II y IV de *sabaḥa*.

¹⁸ Es la metodología que hemos tratado de aplicar en nuestro trabajo sobre el pronombre redundante, en *Estudios sobre el Pronombre*, Madrid, Gredos, 1978.

dantes, el caso de *toca*, que no hace su plural *tocas*, sino, al igual que un femenino árabe normal, *toqāt*.

Poco a poco van apareciendo nuevos ejemplos de estas interferencias, que nos demuestran que la influencia del árabe fue más profunda de lo que se ha venido diciendo, y afectó a todos los sistemas de la lengua.

4.6. PRINCIPALES DIFERENCIAS ENTRE EL CASTELLANO Y LOS OTROS ROMANCES PENINSULARES

En el siglo XVIII, el castellano y el portugués parecían ser las únicas lenguas peninsulares. Se hablaban también el catalán (con sus variedades de Cataluña, Valencia y Baleares), el gallego, dialectos aragoneses, asturianos y leoneses, pero se los consideraba lenguas rústicas y poco dignas de atención. Fuera de las lenguas románicas, el eusquera estaba en situación similar de descuido, o de ignorancia social (no sólo oficial). El uso erróneo del término *dialecto*, referido a estas lenguas, se ha utilizado por escrito hasta hace poco, y perdura todavía en ciertos ámbitos. La situación, sin embargo, ha mejorado notablemente, desde el Romanticismo se ha producido un renacer de todas las lenguas españolas a la escritura, la literatura, o la ciencia, a pesar de los difíciles años que la mayoría de ellas han tenido que sufrir.

Hemos tenido ocasión de aludir, en páginas anteriores, a cómo el latín hispánico se caracterizaba por una cierta unidad, observable en los protorromances, y cómo el castellano, en célebre imagen de Menéndez Pidal, ha actuado como una cuña, abierta hacia el sur, más diferenciada, con su peculiar carácter vascorrománico.

Las lenguas extremas, es decir, catalán y gallego, tienen una serie de rasgos comunes, diferentes de los castellanos. En cuanto al vocalismo, la diferencia fundamental es la reacción de la vocal tónica abierta del latín vulgar ante la yod (semiconsonante o semivocal palatal), y la diptongación en general. Mientras que el gallego no diptonga nunca, y el catalán, o bien no diptonga (según unos), o diptonga sólo ante yod, en época prehistórica, monoptongando luego en vocal cerrada extrema (según otros), el castellano diptonga la vocal tónica abierta E, O, del latín vulgar, salvo en presencia de todos los tipos de yod segunda, tercera o cuarta. Así, lat. CAELU, gallego *ceo*, castellano *cielo*, catalán *cel* (con *ɛ* abierta), frente a, con acción de yod, lat. PECTU(S), gall. *peito*, castellano *pecho*, cat. *pits*. La diferencia entre el catalán y el gallego, además de ese cierre extremo en *i*, *u* (lat. OCULU, cat. *ull*) del cat. ante yod, se manifiesta en que el catalán ha alterado, en muchas ocasiones, el timbre de la vocal latina, conservado en gallego, salvo acción de la metafonía.

Rafael Lapesa ha señalado, en su *Historia de la Lengua Española*, las coincidencias gallego catalanas (y dialectos intermedios, frente al castellano) en el sistema consonántico. La G palatalizada y la I consonántica latina, iniciales, ante *e*, *i*, átonas, se conservan, en castellano se pierden: lat. clas. IANUARIU, lat. vulg. IENUARIU, gall. *janeiro*, cat. *giner*, pero castellano *enero*. La F- inicial latina, que se aspira y pierde en castellano, se conserva

en gallego y catalán: lat. FILIUS, gall. *fillo*, cat. *fill*; pero en cast. *hijo*. Los grupos L + yod, C'L, que en cast. dan *j* (fricativa velar sorda), dan en gallego y catalán la lateral palatal *ll*, como hemos visto en *fillo*, *fill*, frente a *hijo*, y vemos también en lat. OCULU, lat. vulg. OC'LU, gall. *ollo*, cat. *ull*, cast. *ojo*. En el grupo latino -KT-, el castellano completa la evolución a *ch*, mientras que el gallego y el catalán conservan el segundo elemento, es decir la -T- y se diferencian en la evolución del primero, en algunos casos, así, lat. OCTU, cast. *ocho*, gall. *oito*, cat. *uit* (*vuit*), lat. FACTU, cast. *hecho*, gall. *feito*, cat. *fet*. Los grupos «SC'» (palatalizada) o -SC + yod-, que en castellano dan *zeta* (tras etapas intermedias en la lengua medieval y clásica), dan en gallego y en catalán una prepalatal fricativa sorda (como la *ch* francesa o portuguesa, o *sh* en inglés), lat. PISCE, cast. *pez*, pero gall. *peixe*, cat. *peix*. En otras ocasiones, se observa cómo el castellano presenta una situación intermedia entre el gallego y el catalán, tal sucede en la evolución de las vocales finales latinas: el catalán las pierde (salvo la -a), el gallego las conserva, por regla general, mientras que el castellano pierde más que el gallego pero menos que el catalán, como puede comprobarse por los ejemplos de arriba. Las distintas etapas de la evolución se aprecian también en otro rasgo del consonantismo. El gallego conserva la L- inicial latina, como el castellano, mientras que el catalán la palataliza en *ll*- (*lua*, *luna*, *lluna*), el gallego pierde la -N- latina intervocálica, que se conserva en castellano y catalán (cf. el ejemplo anterior). El castellano y el catalán van también de acuerdo en la evolución de -NN- latina a -ñ- (grafía catalana -ny-), que el gallego simplifica en -n- (a menos que vaya precedida de *i*, como en VINU, *viño*), así lat. ANNU, gall. *ano*, cast. *año*, catalán *any*; sin que falten ejemplos en los que el catalán sea conservador y el castellano y gallego innovadores, como en el caso de los grupos iniciales PL, KL-, FL-, lat. FLAMMA, cat. *flama*, cas. *llama*, gall. *chama*, o lat. PLICARE, cat. *plega(r)*, cast. *llegar*, gall. *chegar*.

4.7. LA MODERNIZACIÓN DE LA LENGUA

La consideración histórica tradicional de una lengua se fija en ella como algo abstracto que, pasivamente, reciben los hablantes, y se observa gracias a distintos cortes sincrónicos, perpendiculares al eje de la diacronía. No obstante, por muy útil que sea este tratamiento, cabe también otra posibilidad: la de ver en los hablantes —y, especialmente, en algunos de ellos— agentes modificadores de la lengua, que, deliberadamente, tratan de adaptar a las necesidades expresivas de cada tiempo.

Más adelante, al ocuparnos de la Semántica Diacrónica (cap. 21, *infra*), señalaremos los principales medios de que esos hablantes se valen para producir los distintos cambios semánticos y léxicos. Aquí, con las limitaciones impuestas por el espacio ¹⁹, hemos de reducirnos a señalar alguna de las características fundamentales de la modernización de nuestra lengua.

¹⁹ Cfr. para un tratamiento detallado, nuestro libro *Reforma y Modernización del Español*, Madrid, Cátedra, 1979.

Hay —creemos— cuatro momentos en los que se ha producido una serie de actuaciones coherentes y —relativamente— conscientes sobre el español, con el propósito de modernizarlo.

El primero de ellos corresponde al rey Alfonso X el Sabio, en la segunda mitad del siglo XIII. Es una época de triunfo de la lengua romance, en la que se escriben todos los documentos públicos, con una grafía de tipo fonológico, en la que se fija el español, básicamente, hasta el siglo XVIII (con la excepción de la *f*- inicial latina, sustituida definitivamente por *h*-, en los casos de aspiración y pérdida, a principios del siglo XVI). El rey, que interviene directamente en la corrección de su ingente obra, nos da ya una buena muestra de una de las características fundamentales de las modernizaciones del español: la persistencia de sus estructuras fundamentales (obviamente, no exentas de cambios) y el empleo de todos los recursos posibles para el enriquecimiento del léxico. De éstos, por su futura trascendencia, debemos destacar el doble papel del *préstamo*: por un lado, se introduce léxico de lenguas en contacto (el árabe y los romances de la Galorromania, francés y provenzal, pero también los otros romances hispánicos) y, por otro, se recurre a la *lengua madre*, al latín, y se inicia un fecundo acopio de *cultismos*. Así, la herencia romana se revitaliza en las palabras, construcciones y rasgos estilísticos que enriquecen, no sólo la obra de Alfonso X, sino, antes y a continuación, la de los autores del Mester de Clerecía, para, a lo largo del XIV, hasta el XV, pasar a un desmedido empleo de giros latinos, que llegan a alterar la fisonomía del castellano, enredado en sintagmas no progresivos y otras construcciones humanísticas, pseudolatinizantes.

El siglo XVI ve una segunda modernización de esta lengua, superada pronto la pueril discusión en torno a qué romance, al ser más próximo al latín, es más *puro*. Aunque falte una cabeza directora, como la del Rey Sabio, hay figuras e instituciones (Garcilaso, Herrera con su grupo de poetas sevillanos, Fray Luis y su influjo universitario, la espléndida floración de nuestros gramáticos) que aglutinan estos aires modernizadores y rompen la pesada osamenta del latinismo sintáctico, con la misma facilidad que pasan del lento y pesado dodecasílabo al ligero endecasílabo. El contacto con los pueblos de Europa, la conquista de América, proporcionan nuevas fuentes de ampliación del léxico: las lenguas americanas nos darán desde la *canoa* al *maíz*, el *tomate* o el *chocolate*, sin contar la variopinta diversidad lingüística de las regiones americanas. El italiano, el francés, y hasta el inglés, el holandés y el alemán, enriquecerán nuestro léxico llevándose, a cambio, palabras españolas que, en el suyo, darán idea de la grandeza y jactancia que se entremezclan en el Imperio Español: *håbler*, *grandee*, *picaroon*, son la cara y la cruz de esa presencia europea de España. Nuestra lengua, además, mantiene, como en la Edad Media, su capacidad de adaptación de los préstamos, luego perdida: las voces extranjeras se reforman según la fonología española: si de *jaltfa* habíamos hecho *califa* o de *maison*, *mesón*, las ciudades del Norte, como *Tübingen*, *Gröningen*, son Tubinga y Groninga para los soldados españoles y, a su regreso, para sus paisanos.

Surge también la realidad americana, como hemos dicho, y, para afrontarla, son necesarias más innovaciones del léxico, en dos momentos: en el pri-

mero de ellos los conquistadores, en la creencia de que las tierras descubiertas eran las Indias y que, por tanto, la lengua de aproximación a ellas sería el árabe (pues los viajes de los árabes a la India eran bien conocidos), utilizarán los viejos arabismos para designar los objetos nuevos o las variantes de los ya conocidos (*almadía, gandul*): poco a poco, el mejor conocimiento de la realidad de América hará que se impongan las palabras americanas (*almadía*, v.gr., será sustituida por el ya citado *canoas*).

El siglo XVIII, con la fundación de la Real Academia Española (1713-1714), supone una nueva etapa de modernización, bien dirigida, de la lengua. Pese a discusiones y reticencias, la Academia, con el favor real y el testimonio de su gigantesco esfuerzo, se convierte en la primera institución lingüística española, modelo de otras muchas. En el breve espacio entre 1726 y 1739 publica el *Diccionario de Autoridades*, en el cual, no sólo recoge, con citas abundantes de ejemplos comprobatorios de las «autoridades» del idioma, un inventario léxico de primer orden, sino que, también, reforma la ortografía, con un reajuste, aunque incompleto, a la fonología dieciochesca, matizado por la presión etimológica, y trata de sistematizar una Historia de la Lengua, todavía muy deficiente. La presión social sobre la institución causa, por otra parte, que la segunda obra importante de la Academia, la *Gramática*, no resulte tan avanzada como hubiera podido serlo, según nos hacen suponer los proyectos y legajos de preparación de la misma, descubiertos y estudiados por Ramón Sarmiento.

También es el siglo XVIII la centuria en la que, como consecuencia de la errónea política científica precedente, España necesita recurrir a la ciencia y la técnica extranjeras, sin tiempo para adaptar la oleada de préstamos que ello comporta. Con estos entran también los términos que corresponden a los nuevos modos de vida. Además de la Academia, también pensadores de talla, independientes, como el P. Feijoo, tratan de evitar que este enriquecimiento necesario desvirtúe la lengua, y que la reacción de los *puristas* impida su oportuna modernización. El francés es la gran fuente de estos préstamos, y los *galicismos* léxicos y sintácticos se extienden por España y América, con una afortunada uniformidad que no daña gravemente la unidad del idioma. (Gracias, en América, al juicio claro de hombres como, ya en el XIX, Andrés Bello, para quienes el ideal de libertad e independencia era compatible por el orgullo por la cultura común, propiedad de todos, no sólo de los españoles o de los realistas.) El inglés, por otra parte, empieza su influencia; los *anglicismos* serán visitantes frecuentes de nuestro léxico y estructuras, colocando al español ante su cuarta modernización, en la hora presente.

4.8. PROBLEMAS DEL ESPAÑOL ACTUAL ²⁰

Las dificultades aparecen por dondequiera que abordamos la cuestión: en la fase inicial, en el desarrollo de las tendencias o en el posible paso que

²⁰ Para elaborar este apartado nos hemos basado en el capítulo que Rafael Lapesa dedica a las tendencias y problemas actuales de nuestra lengua, en el libro *Comunicación y Lenguaje*, Madrid, Karpos, 1977, pp. 207-229.

vayan abriéndose las transformaciones venideras. Tampoco podemos dar importancia a los cambios del momento, ya que la proximidad de ellos nos priva de la debida perspectiva. Aparte de esto, ¿podemos estar seguros de los cambios observables ahora no van a terminar siendo intentos frustrados?

4.8.1. El acento

En primer lugar, llama la atención el contraste que produce el acento entre la norma y la expresividad. Ciertas minorías marcan el énfasis de una palabra acentuando prosódicamente sílabas de ordinario átonas, bien sea en vocablos que llevan su acento normal en otra, bien palabras desprovistas de acento (artículo *el*, *la*, posesivos antepuestos al nombre, relativos, preposiciones, conjunciones, etc.). Esto ya se había observado en Argentina desde hace , aproximadamente, un cuarto de siglo ²¹. Aunque está documentado mucho antes en francés ²² y se podría pensar en un influjo galicista, puede ser que haya surgido espontáneamente y no debemos necesariamente pensar que la causa sea el contagio.

Como este tipo de acentuación no opone palabras entre sí, la función es exclusivamente expresiva (la atención viene marcada por su colocación en lugares poco corrientes).

Estas minorías que citábamos antes (conferenciantes, predicadores, oradores políticos, locutores...) tienden asimismo a atenuar o eliminar acentos particulares para destacar sólo uno en la secuencia de discurso comprendida entre dos pausas —en cada grupo fónico—. Este *acento de frase* suele ser el último. Rafael Lapesa lo ejemplifica de la siguiente forma: «En vez de 'nó nos engañémos; la cuestión está resuélta; acaso nó lo esté nunca', se llega a oír 'nonosengañémos; la cuestionnoestaresuélta; acasonoloeste-núnca'.» La consecuencia puede ser que lleguemos a generalizar un acento de frase, tal como en francés.

4.8.2. Vocales y consonantes

Un segundo cambio observable lo tenemos centrado en el equilibrio existente entre vocales y consonantes. Por un lado, una de las tendencias se

²¹ En la edición argentina lo observó Dámaso Alonso en 1956 (*Defensa de la lengua castellana*, en *Del Siglo de Oro a este siglo de siglos*, Madrid, 1962, p. 245); del acento enfático habló Rafael Lapesa en una conferencia dada el 17 de enero de 1966 en la inauguración del I Curso de la Escuela de Investigación Lingüística de OFINES; independientemente tratan de ello Antonio Quilis y Joseph A. Fernández: *Curso de Fonética y Fonología españolas*, 133, impreso aquel mismo año; Emilio Lorenzo: *El español de hoy, lengua en ebullición* (2.ª ed., 1972, pp. 178-179 y 200), añade interesantes observaciones sobre las posibles homofonías *ex-presidente / es presidente; estación / esta acción; estabilidad / esta habilidad, apagado / ha pagado*. Después menciona el fenómeno el *Eshozo de una nueva Gramática de la Real Academia Española*, 1973, p. 119.

²² Walther von Wartburg: *Evolution et structure de la langue française*, 9.ª ed., Berna, 1969, pp. 251-253.

dirige hacia la relajación, ensordecimiento y pérdida de las vocales átonas, sobre todo ante *-s* (*dient(e)s*, *k-stán* 'que están'), en Méjico y otras zonas, principalmente sierras y antiplanos. Las vocales finales se debilitan ante pausa, sobre todo tras consonante sorda, en Puerto Rico, Cuba y Colombia (*och*, *grasis* o *grass* 'gracias', en casos extremos). Tampoco es desconocido en las Castillas el ensordecimiento de la *-e* en palabras como *anoch(e)*. Por otro, una segunda tendencia tiende a eliminar —o, por lo menos, debilitar— consonantes intervocálicas o colocadas a final de sílaba o de palabra (*-ado* > *-ao* se documenta en el habla madrileña en 1700 y hoy está muy extendido).

4.8.3.

La eliminación de *ll* lateral puede generalizarse en España y en América, aunque no con resultados uniformes, ya que el yeísmo ofrece soluciones diferentes: *y* abierta (*gallina* > *gayina*), en Nuevo Méjico, gran parte de Méjico, Guatemala y judeo-español; rehilamiento chicheante (*gažina*), en Extremadura, sur de España, alguna zona de Méjico y, sobre todo, del Río de la Plata, donde llega al ensordecimiento (*gašina*); y esto sin entrar en las variantes del rehilamiento (con *y* africana o fricativa, por ejemplo).

Otro de los fenómenos que afectan al consonantismo español es la aspiración o pérdida de la *-s* implosiva. Afecta a los sistemas vocálico y consonántico, a la morfología e incluso a la sintaxis (p. ej. a la concordancia de número en el español dominicano). Lo tenemos limitado al Sur de España, Canarias, Antillas y tierras llanas o costeras de América, ya que la *-s* implosiva se mantiene firmemente en el resto del dominio hispano. Como dice Lapesa, «la aspiración de la *-s* parece más capaz de ahondar diferencias que de servir a la unidad».

4.8.4.

Los grupos consonánticos de *concepto*, *victoria*, *lección*, etc., debido a la fidelidad respecto a las lenguas clásicas, prevalecieron sobre las simplificaciones, pero hoy ya se advierte una relajación de la presión culta²² b^{is}. Las causas pueden ser que la masa ha ascendido a otros niveles de vida y actividad, que tendemos a la comodidad y que se va perdiendo la selección y el esmero. Ahora bien, contrariamente, nuevos cultismos se extienden por todos los estratos sociales (¿no provocó muchas protestas el hecho de que la Real Academia diera la posibilidad de elegir entre, por ejemplo, *psíquico* y *síquico*?). Llamán la atención, en este sentido, el mantenimiento de ultracorreciones del tipo de *contricción* y el nacimiento de otras nuevas, como *inflación*.

²² b^{is} Cfr. M. Salazar, en *Introducción plural a la gramática histórica*, Madrid, Cincel, 1982 (pub. 1983), pp. 207-223.

4.8.5. Extranjerismos

Los extranjerismos aportan nuevos vocablos que no terminan en vocal o en las consonantes *r, l, n, s, d* o *z*. El ejemplo de *club* es bastante ilustrativo. Unos hablantes lo acomodan a la forma *clube* y otros a *clu*, extendidas en América y España respectivamente. Caben dos soluciones: a) la paragoge de la *-e* (*block* ha dado *bloque*, aunque usamos *bloc*, y en *filme* la *-e*, aconsejada por la Academia, parece arraigar ya) y b) la simplificación de grupos (*mitin*, *esmoquin*, *estándar*, *gon*, *récor*) y omisión de la consonante final única (*bisté*, *coñá*, *picú* < *pick up*, *tique* < *ticket*).

Los préstamos de nombres propios —geográficos y personales— extranjeros se respetan, fonológicamente, hoy más que antes. Recordemos que la latinización de los antropónimos cayó en desuso a partir del siglo XVIII, aunque todavía la practicaba Feijoo.

Finalmente, la fonología normal del idioma se ve modificada por los grupos de consonantes formados artificialmente en la composición de las siglas (*Campsá*, *Sniace*, etc.).

Rafael Lapesa resume el panorama en los siguientes términos: «A la internacionalización representada por los grupos de consonantes de los cultismos grecolatinos han venido a sumarse las consecuencias de un mayor respeto a la contextura fónica de las voces extranjeras y de la plaga, internacional también, de las siglas.»

4.8.6.

Asimismo se admiten con facilidad los extranjerismos léxicos y semánticos, bien disimulados por la forma y origen latinos (*discriminar*, *emergencia*), bien con inyección de significados nuevos en vocablos españoles preexistentes (*asumir* 'suponer', *estimar* 'calcular'), pero lo más frecuente es la aparición de nuevos significantes de claro cuño extranjero.

El extranjerismo, desde el punto de vista puramente lingüístico, puede beneficiar o dañar la tipología fonética nominal del español; es difícil juzgar las consecuencias. Aunque desfiguran los caracteres tradicionales, son enriquecedores porque dan vigor a nuevas posibilidades. Partiendo de los datos que aporta Navarro Tomás [en el discurso español las palabras acentuadas suman el 59 por 100 del total, frente a un 41 por 100 de átonas; ese 59 por 100 comprende un 39 por 100 de palabras llanas, un 10,66 por 100 de agudas, un 7,54 por 100 de monosílabos tónicos y un 1,90 por 100 de esdrújulas. Los sustantivos agudos y monosílabos terminan casi siempre en consonante y escasas veces en vocal (*albalá*, *maravedí*)!], podemos ir viendo que los sustantivos agudos engrosaron su número gracias al galicismo y muchos tuvieron final vocálico. Los sustantivos graves terminados en *-er* se reducían antes a un grupo de latinismos y helenismos (*páter*, *máter*, *prócer*, *cáncer*, etc.), pero han recibido el refuerzo de *míster*, *repórter*, *líder*, *gánster*, *führer*, *búnker*... Los sustantivos no agudos en *-on*, unos pocos grecismos cultos (*canon*, *colon*, *plankton*...) cuentan ahora con anglicismos como *claxon*, *nai-*

lon. Un nuevo tipo es el de los nombres llanos en *-in* (*mitin, living, camping, dumping*, no habiendo simplificado los tres últimos, en la grafía, su grupo consonántico final).

4.8.7. Morfología

Otros influjos se dirigen a la morfología; es el caso de un nuevo tipo de plural. Los sustantivos y adjetivos tomados de otras lenguas añadían una *-e* al singular originario y formaron en *-es* su plural (árabe *az-zait* > *aceite-aceites*, ingl. *boat* > *bote/botes*). La situación cambió desde que se comenzaron a introducir voces extranjeras sin *-e* en singular, desde el siglo XIX o incluso antes. Bello menciona ²³ *frac/fraques, lord/llores* y latinismos como *exequátur, déficit, álbum*, carentes —según él— de plural. Lo más previsible es que, en el nivel más elevado, tengamos consonante + *s* y, en el nivel más popular, acomodaciones simplificadas. Las palabras que ya lo han hecho (*carnés, chaqués, vermús...*) representan, frente al plural extranjerizante, algo parecido a *luto, fruto* frente a los grupos consonánticos de los cultismos.

4.8.8. Metátesis simplificadoras: aposición y adjetivo adverbial

Si tomamos como punto de comparación al inglés, donde un solo significante puede englobar significados y funciones correspondientes a distintas clases de palabras (p. ej. *iron* puede ser sustantivo en «*iron is hard*», adjetivo en «*iron curtain*» o verbo: «*to iron*» ‘planchar’), vemos que el español ofrece un morfema distintivo en cada una de estas clases de palabras (*férreo, herrar, férreamente, hierro*). No obstante, existen usos sintácticos que permiten lograr resultados parecidos al que ofrece el inglés.

Lapesa nos explica que el recurso, conocido secularmente, de formar unidades léxicas complejas mediante aposiciones (un sustantivo modifica a otro para representar conjuntamente un solo concepto: *pez espada, pájaro mosca*, etc.) y que empezó siendo creación literaria de metáforas condensadas, se ha convertido en un procedimiento cotidiano (*lengua madre, hora punta...*), siendo patente la adjetivación del segundo elemento en tipos como *peso mosca, peso pluma, peso gallo*. De aquí se deduce que el sustantivo, sin sufijos y sin transpositor, asume funciones de adjetivo ²⁴.

A su vez, se extiende el uso del adjetivo en función adverbial sin el elemento compositivo *-mente*. Recordemos que en latín tenía esta función el adjetivo neutro y otros adverbios coincidieron formalmente con los correspondientes adjetivos en el paso a las lenguas romances (*subito, vero*, etc.). Ejemplos actuales son *ver claro, acabar pronto, hablar alto o bajo...* En

²³ Andrés Bello: *Gramática*, ed. Caracas, 1972, párrafos 111 y 124.

²⁴ Véase Emilio Lorenzo: *El español de hoy, lengua en ebullición*, pp. 35-36 y 149.

pasarlo bomba se ejemplifica cómo hasta los sustantivos adjetivados pueden tener función adverbial.

Concluye R. Lapesa: «Tanto las metátesis de sustantivo > adjetivo como las de adjetivo > adverbio contribuyen a agilizar la sintaxis y pueden conducir, andando el tiempo, a una simplificación de la morfología. Quién sabe si las faltas de concordancia que abundan en el coloquio y pasan con cierta frecuencia a la escritura obedecerán a inconsciente economía de los morfemas de género y número pródigamente redundantes en nuestra sintaxis normal.»

4.8.9. El verbo

En la sintaxis verbal se tienden a flexibilizar los usos y a simplificar los paradigmas. Alguno de estos fenómenos lleva largo tiempo de existencia latente, como el del presente de acción venidera («mañana te *traigo* el libro»), competidor del futuro y espontáneo sustituto suyo. Ahora se descubre que las perífrasis *haber de*, *tener que*, *ir a* + infinitivo suelen indicar la inadecuación o inoportunidad de una acción o pregunta, o deberse al desagrado o sorpresa ante ellas («¿Siempre me *has de llevar* la contraria?», «¿cómo *se lo iba a decir* sin hablar contigo antes?»). El presente de indicativo, desde el *Cantar de Mio Cid*, aparece como expresión vivaz que da apariencia de realidad a hipótesis contingentes: «Si convusco *escapo* sano o bivo, / aún cerca o tarde el rey querer me ha por amigo» (vv. 75-76). También el imperfecto y pluscuamperfecto de indicativo, como veremos en su momento, invaden el terreno del condicional y del imperfecto o pluscuamperfecto de subjuntivo en hipótesis y consecuencias irreales («Ya ves, tú ahora te casas, y si tu madre hubiera seguido viuda, bien sola la *dejabas*»). El imperfecto asimismo sustituye al condicional en expresiones de posibilidad sugerida («¿Por qué no vienes a casa esta tarde? *Tomábamos* café, me *leías* tu proyecto y lo *discutíamos* con calma») o equívocas entre la contingencia futura y la irrealidad presente («Si tuviese dinero, te lo *daba*») ²⁵.

En el lenguaje periodístico de hoy es frecuente el uso del «condicional de información no asegurada», es decir, que tiene la función de dar a entender que se trata de aseveraciones ajenas, suposiciones cuya veracidad no se asegura o rumores no confirmados («El conflicto *quedaría* solucionado mañana»). El condicional se convierte en signo de un enunciado ajeno e impersonal, semejante al que marca la probabilidad («Aquella mujer *tendría* cuarenta años»), frente a la realidad objetiva («*Tenía* cuarenta años»). Sin embargo, hay una diferencia importante en la correspondencia con los tiempos no marcados: el condicional simple de probabilidad corresponde a los pretéritos simples de indicativo, y el compuesto, al pluscuamperfecto, según vemos en los últimos ejemplos; en cambio, los correlatos sin reserva mental son, para el condicional simple de aserto ajeno, el presente o el futuro de indicativo («El conflicto *quedará* resuelto mañana») y para el condicional

²⁵ Emilio Lorenzo, *op. cit.*, pp. 133-134.

compuesto, el perfecto compuesto («Las fuerzas armadas *habrían (han)* manifestado su disgusto...»).

Ahora, por influjo de traducciones del inglés o del francés, crece el uso de la pasiva perifrástica con *ser* + participio. En el nivel culto encontramos frecuentemente la construcción pasiva con el auxiliar *venir* + participio: «La perduración de tales hábitos *viene determinada* por las condiciones de la vida comarcal.» Y, en la correspondencia comercial de países vecinos de los Estados Unidos, cunde el presente perifrástico «*le estoy escribiendo*» por «*le escribo*», calco de «*I am writing to you*».

4.8.10. El regreso de América

En la adopción de hispanoamericanismos léxicos, el empleo de *canté* por *he cantado* no es la manifestación más importante. Los préstamos léxicos unifican con mayor eficacia. Algunos ejemplos pueden ser *dictaminar*, *presupuestar*, *departamental*, *intencional*, *novedoso*, *propiciar*, *ubicar*, *impartir*, *receso* 'vacación', 'suspensión de actividades', etc. Por ello parece oportuno finalizar el capítulo con estas palabras de Rafael Lapesa:

«La buena política idiomática consistirá en fomentar que cada uno de los pueblos hispánicos se familiarice con las aportaciones lingüísticas de los demás, y en procurar que éstas se extiendan en amplia convivencia con las propias. Frente al narcisismo localista hay que impulsar la formación de una *koiné* hispanófona que neutralice divergencias y asegure por unos siglos más la unidad de nuestra lengua.»

hasta 204 - 2

CAPÍTULO 5

Fonética

5.0.

La Fonética es la ciencia lingüística que estudia la *sustancia de la expresión*. De todas las ciencias lingüísticas, es la que tiene un objeto más experimentable: los *sonidos*. Está, por ello, íntimamente ligada a la Física y la Fisiología, con relaciones no menos importantes en otros campos, como la Neurología y la Psicología. El estudio de las enfermedades que afectan a la materialidad del acto de habla corresponde a la Medicina (Foniatría). Por razones de este tipo se ha pretendido separar la Fonética de la Lingüística y considerarla parte de la Física o de las otras Ciencias de la Naturaleza.

Ya hemos hablado del signo lingüístico y de su estructura bifacial. Las dos caras del signo, el significante o expresión y el significado o contenido, son estudiadas por distintas ciencias lingüísticas. Tanto la expresión como el contenido tienen una doble faceta, sustancia y forma. Los hechos concretos constituyen la sustancia, la ordenación de esa sustancia es la forma. Ya hemos dicho que de la sustancia de la expresión se ocupa esta ciencia fonética: la forma en el plano de la expresión tiene como unidad el *fonema*: la ciencia que estudia los fonemas (y otros elementos de la forma de la expresión) es la Fonología, a la que dedicaremos el próximo capítulo.

Los estudios fonéticos requieren el previo conocimiento de una serie de conceptos físicos sencillos, el empleo de una terminología precisa, y el dominio de unas nociones básicas de anatomía descriptiva. A ello va dirigida la presente parte introductoria, tal vez demasiado pormenorizada, precisamente por la dificultad que existe para encontrar introducciones de este tipo, orientadas para lingüistas, y por haber podido disponer de la generosa colaboración del doctor José Manuel Pereira. Los errores que hayan podido permanecer en el texto son, por supuesto, de nuestra exclusiva responsabilidad.

5.1. EL MOVIMIENTO ARMÓNICO. GENERALIDADES

La física acostumbra a clasificar a los movimientos atendiendo a su aceleración en: *uniformes* (sin aceleración) y *variados* (con aceleración). Dentro del segundo grupo se encuentra un tipo de movimientos en los que la manera de variar la velocidad es algo complicada, pero su excepcional importancia justifica su estudio, fundamentalmente, porque constituyen la quintaesencia del sonido.

Nos estamos refiriendo a aquellos movimientos en los que la aceleración es proporcional y de signo contrario al desplazamiento. En tal caso, la forma en que varía la aceleración (a) puede resumirse por la expresión matemática: $a = -kx$, en donde k es una cantidad constante y x representa el desplazamiento.

Tal como ocurre en todas las ecuaciones matemáticas, la anterior resume un pensamiento que es preciso comprender. Dice la citada ecuación que se trata de un movimiento en el que, si el desplazamiento es positivo la aceleración es negativa, y si el desplazamiento es negativo resulta positivo el valor de la aceleración. Es decir, *la aceleración es siempre de signo contrario al desplazamiento*.

El valor absoluto de dicha aceleración depende del valor que tome el desplazamiento (x). Así, si x alcanza un valor grande, también le corresponde a la aceleración; si toma un valor pequeño lo mismo ocurre con a . Finalmente, si no existe desplazamiento no hay aceleración.

Se trata de un movimiento en el que la aceleración es muy variable ya que no sólo cambia de valor absoluto, sino que también cambia de signo. En resumen, *la aceleración es proporcional al desplazamiento y de signo contrario a éste*.

Podría pensarse que una aceleración de tan peculiares características es difícil de producir; pero no es así, ya que es muy frecuente encontrar fuerzas que cumplen las anteriores características y que, en consecuencia, producen este tipo de aceleración. Nos estamos refiriendo a las fuerzas de naturaleza elástica que tienen su origen en las deformaciones temporales de determinadas sustancias, y cuyo valor es proporcional a la deformación producida y de signo contrario a ésta. La proporcionalidad entre fuerza y deformación es típica de sustancias que por ello se califican de elásticas, por ejemplo: acero, cuarzo, etc. Otras no cumplen esta ley y, por tanto, es inexacto calificarlas de elásticas, tal como ocurre con el caucho.

Por lo hasta aquí expuesto es fácil de entender que una pequeña masa suspendida de un *muelle* (o sujeta a un *fleje* de acero) y separada de su posición de equilibrio, vibre, realizando un movimiento armónico. También un cuerpo suspendido de un hilo (tal como un péndulo de un reloj de pared) o un «volante» que oscila sujeto a un muelle en espiral (como en el caso del clásico reloj de pulsera) realizan un movimiento periódico. Finalmente, las moléculas de un sólido, líquido o gas —que también están sometidas a fuerzas de naturaleza elástica— al ser separadas de su posición de equilibrio, realizan movimientos vibratorios armónicos.

Caracteriza a los movimientos armónicos lo peculiar de su aceleración, el que la trayectoria es rectilínea (o el arco de una circunferencia de radio muy grande) y, además, el que se repitan a intervalos de tiempo iguales.

Para fijar ideas y aclarar conceptos es muy útil ejemplarizar utilizando los casos más sencillos.

Supongamos que del extremo libre de un muelle de peso despreciable pende una pequeña partícula de masa « m » (fig. 1, a).

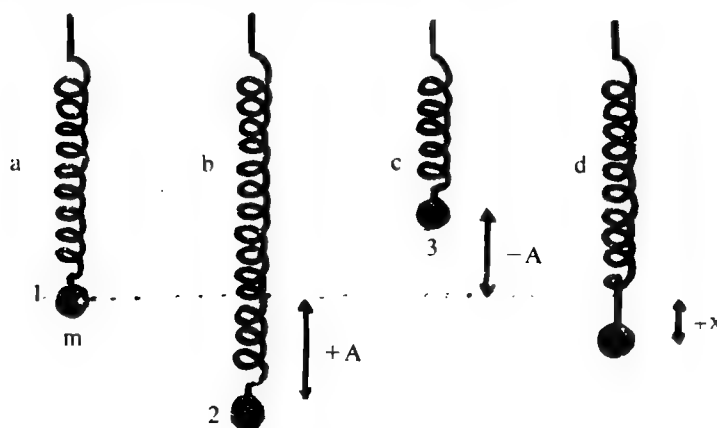


Figura 1. Partícula que vibra sujeta a un muelle.

Si estiramos el muelle alargándolo una cantidad $+A$ (fig. 1, b) y luego lo soltamos, se inicia un movimiento vibratorio en el que la partícula oscila de $+A$ a $-A$. La posición de la partícula en un instante cualquiera puede referirse por el valor que toma el desplazamiento (x), que tal como se indica en la figura 1, d, puede ser positivo o negativo. Debido a causas exteriores (rozamiento con el aire, etc.) el movimiento se va amortiguando con el tiempo; pero —para simplificar el problema— podemos imaginar que tal efecto es despreciable.

A causa de lo reiterativo del movimiento ha resultado útil establecer el concepto de *oscilación* (o *vibración completa*). Se llama así a la porción del movimiento que debe tener lugar para que la partícula vuelva a ocupar la posición inicial. En nuestro ejemplo se habrá realizado una oscilación cuando la partícula haya ocupado *sucesivamente* las posiciones: 1,2,3,1. Si se elige otra posición inicial (tal como la 2), la vibración completa exige haber ocupado las posiciones 2,1,3,2. En el conocido caso del péndulo, una oscilación requiere realizar el movimiento de ida y vuelta; tras ello, la partícula ocupa una posición idéntica a la que había sido considerada como inicial y se mueve en la misma dirección y sentido.

El estado de vibración sirve para definir lo que se llama *fase del movimiento*. Acostumbra a decirse que dos movimientos se encuentran en fase si son idénticos los estados de vibración (fig. 2, a), y se dice que están en oposición de fase si les separa media vibración (fig. 2, b). Finalmente, el

desfase entre dos movimientos puede ser cualquier otro, tal como se indica en la fig. 2, c.

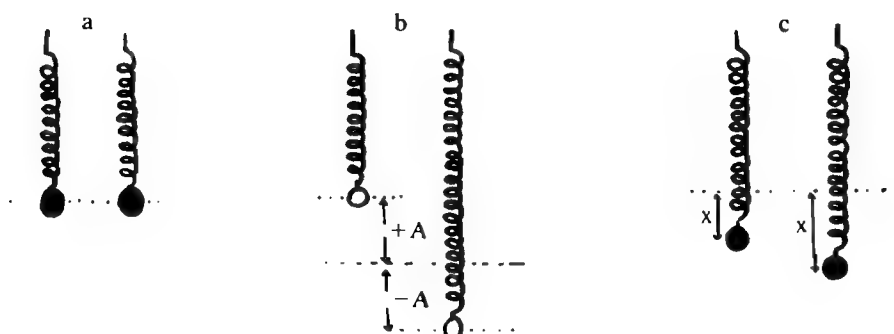


Figura 2. Fase de un movimiento armónico.

El concepto de fase del movimiento tiene una gran importancia en la suma de dos movimientos armónicos, y será puesto de relieve más adelante al tratar de la superposición de movimientos.

Íntimamente relacionado con el concepto de vibración está el *tiempo invertido* en realizar dicha vibración, que se denomina *período* y acostumbra a representarse por T . Podría definirse el período como el tiempo que dura una oscilación completa, que evidentemente deberá medirse en segundos. Podemos decir que el período de un movimiento es de 0.01 s si emplea este tiempo en realizar una oscilación completa: todo el mundo deduce de ello que realiza cien oscilaciones en un segundo.

Si utilizamos este procedimiento para referir la rapidez con que se repite el fenómeno, indicamos la *frecuencia* con la que se produce. Se define la *frecuencia* como la inversa del período, y se representa habitualmente por f ó ν ; e indica —repetimos— el número de veces que, en un segundo, se realiza el movimiento, acostumbrándose a emplear el *hertzio* como unidad.

Añadiremos, finalmente, que se llama *elongación* a la separación de la partícula vibrante con respecto de la posición de equilibrio (fig. 1, d). Las elongaciones máximas en ambos sentidos del movimiento son $+A$ y $-A$, en consecuencia, la separación de las posiciones extremas durante una vibración es $2A$. (fig. 1, b y 1, c).

Omitiremos los procedimientos matemáticos que permiten encontrar las ecuaciones del movimiento armónico; no obstante, es instructivo saber que son del tipo:

$$\begin{aligned}x &= A \cos 2\pi f t \text{ (ec. 1)} \\v &= -2\pi f A \sin 2\pi f t \text{ (ec. 2)}\end{aligned}$$

destacando, sobre todo, el hecho de que dichas ecuaciones contienen las funciones *seno* y *coseno*, denominadas generalmente *armónicas*.

5.2. PROPAGACIÓN DE LOS MOVIMIENTOS ARMÓNICOS

Hasta ahora nos hemos ocupado del movimiento vibratorio que realiza una sola partícula; no obstante, la realidad es que no es posible hacer vibrar a una sola molécula de un medio material (sólido, líquido o gas), sino que la vibración de una molécula, como consecuencia de la interacción entre ella y las inmediatas, es comunicada o contagiada a las restantes, que, aunque atrasadas con relación a la que inicia el movimiento, realizan el mismo tipo de vibración. Este proceso constituye la *propagación* de los movimientos armónicos.

Si reducimos el problema a las vibraciones que tienen lugar en dos direcciones (al plano del papel, por ejemplo), podemos imaginar dos situaciones límites en las que puede tener lugar el contagio de una vibración. Puede ocurrir que la vibración se comunice (desde ahora emplearemos «propague») en la misma dirección en la que vibra cada molécula tal como se representa en la figura 3.

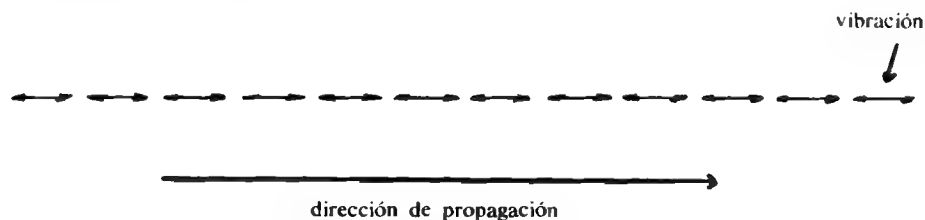


Figura 3. Ejemplo de propagación longitudinal.

o bien que la propagación tenga lugar en una dirección perpendicular a la de vibración de cada molécula (fig. 4).

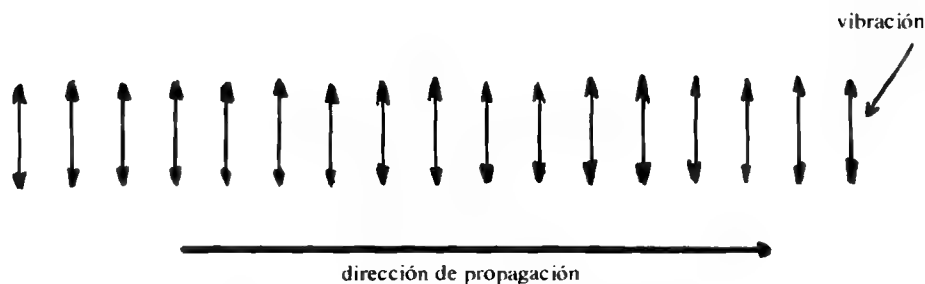


Figura 4. Ejemplo de propagación transversal.

De acuerdo con esto, *clasificaremos* a los movimientos armónicos *por la forma de propagarse* en: *longitudinales* si la vibración y propagación tienen la misma dirección (fig. 3), y *transversales* si la vibración y propagación son perpendiculares entre sí (fig. 4).

Tal como ya se ha dicho, estas dos posibilidades consideradas son casos límites; la «realidad» será la suma de casos sencillos aproximándose a uno u otro tipo. Así, aun cuando con frecuencia se ejemplariza con el caso del agua, ya que resulta muy fácil *ver* la propagación, el proceso de la propagación de las vibraciones en el agua es bastante complejo.

Para poder comprender algunos de los conceptos implicados en la propagación de las vibraciones utilizaremos algunos ejemplos informales que, ante todo, pretenden ser claros.

Imaginemos que deseamos conocer el estado de vibración de UNA partícula en el transcurso del tiempo, y que para ello realizamos una serie de fotografías a intervalos de tiempo conocidos. Esto equivale a obtener una *película* del movimiento, que para ser completa debería tener muchas más escenas por segundo de las que impresiona un tomavistas normal.

Si extendemos una porción de nuestra película obtendremos una secuencia de imágenes como las de la figura 5:

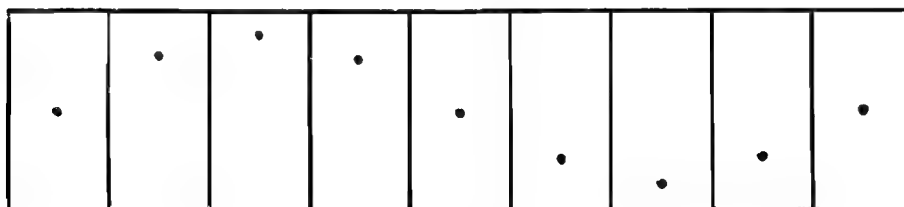


Figura 5

En ella se recogen las sucesivas posiciones que *en el transcurso del tiempo* ha ido ocupando la partícula vibrante. Representa un resumen de la «historia» del movimiento, que si se pudiera obtener para todos y cada uno de los instantes, conduciría a la secuencia de puntos que originan la figura 6:

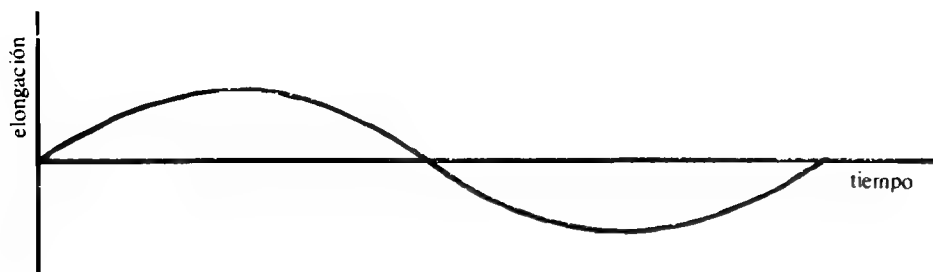


Figura 6

Esta figura coincide exactamente con la que se obtendría de representar la ecuación 1 (*supra*).

Nuestro interés puede centrarse ahora en algo completamente distinto, si queremos conocer el estado de vibración de un gran número de moléculas en un solo instante. Es decir, puede interesarnos obtener una única instantánea que revele el estado de vibración de un gran conjunto. Para fijar ideas utilizaremos un ejemplo: imaginemos una formación de soldados igualmente espaciados y colocados en fila tal como se representa en la figura 7 (a). Si el que ocupa la cabeza de la formación ordena al inmediato colocado a su derecha pasar la voz: «dar sucesivamente un paso al frente, dos atrás y otro al frente», se origina una oscilación de delante-atrás que se propaga transversalmente desde el soldado de cabeza hasta el último de la fila (fig. 7 b):

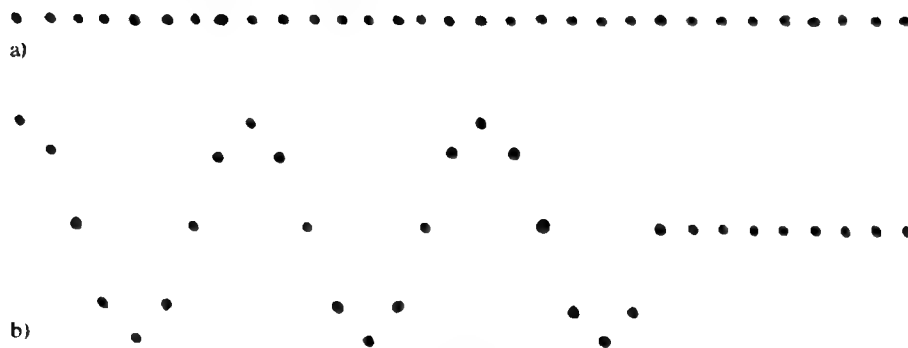


Figura 7

Si después de que la orden ha alcanzado al último soldado hacemos una única fotografía, ésta nos mostrará el estado de vibración de todo el conjunto tal como se indica en la figura 8:

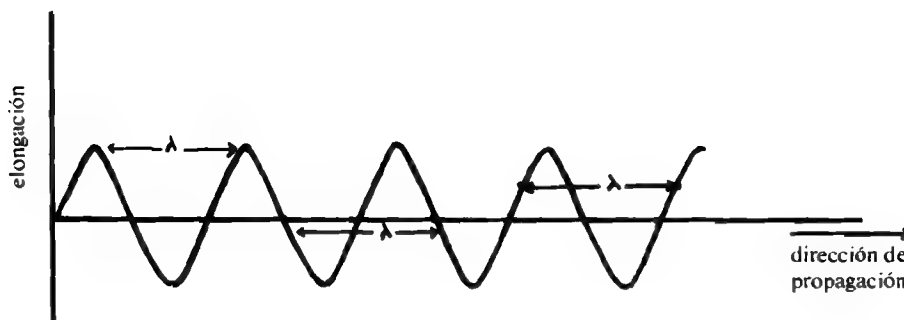


Figura 8

La figura nos muestra: 1) la etapa del movimiento (la fase del movimiento) de cada uno de los soldados en un determinado instante, donde la

única diferencia reside en la fase en que se hallan (encontrándose el de la derecha ligeramente retrasado con relación al inmediato del que recibió la orden), 2) que dos puntos que se encuentran en el mismo estado de vibración están separados una cantidad constante λ (denominada *longitud* de onda), 3) que la «forma» de la curva de la figura 8 es análoga a la de las figuras 5 y 6, y que, por lo tanto, los movimientos armónicos tienen la misma norma de periodicidad en su realización que en su propagación: son, en definitiva, doblemente periódicos respecto del tiempo.

Un último ejemplo, el de las ondas de la superficie del agua, puede arrojar alguna luz para la comprensión del fenómeno de la propagación. Cuando se golpea ligeramente la superficie tranquila del agua de un estanque, la molécula que sufre el impacto comienza a realizar una vibración que supondremos de arriba-abajo (aunque ya sabemos que es más compleja), y la comunica a todas las moléculas que la rodean. Como consecuencia, todas las moléculas de la superficie se encontrarán vibrando transcurrido un cierto tiempo, pero al igual que en el caso de los soldados, cada una se encontrará en un estado de vibración.

Si realizamos un corte perpendicular a la superficie del agua se obtendrá un perfil como el de la figura 9. a. Si, en dicho perfil, sombreamos intensamente las zonas de máxima profundidad (crestas de la ola) y menos intensamente los de mínima profundidad (valles), podremos obtener otra representación (fig. 9. b), que evidencia que, en algunos lugares, como consecuencia de la propagación se acumula materia, aumentando —por tratarse de un fluido incomprensible— la profundidad, mientras que en otros puntos ocurre lo contrario.

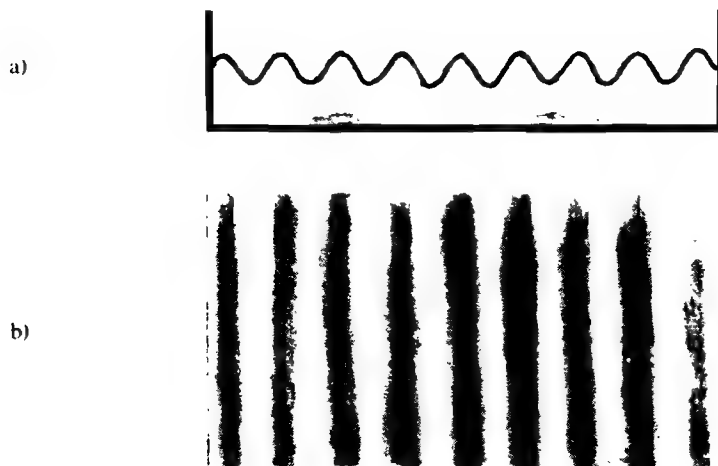


Figura 9

Una última consideración de excepcional importancia la constituye el hecho de que durante la propagación de la vibración, lo único que se *desplaza*

es la forma del perfil de la onda. Esto puede comprobarse si se observa la superficie de un estanque en el que flotan partículas de polvo, hojas..., constatando que cuando las partículas ocupan la cresta ascienden, hundiéndose luego para ocupar un valle. Pero nunca avanzan trasladándose sobre la superficie, y no existe transporte de materia en la dirección en que avanza la cresta.

5.3. SUPERPOSICIÓN DE MOVIMIENTOS. INTERFERENCIAS

Muy frecuentemente, como consecuencia de que en un punto del espacio coinciden dos vibraciones, una molécula tiene que realizar *simultáneamente* dos movimientos armónicos. Se dice en este caso que en dicho punto tiene lugar la superposición, interferencia o suma de dos vibraciones. La suma se realiza obedeciendo a un principio general de la Física, en virtud del cual la partícula obedece a las dos causas, como si actuaran con independencia la una de la otra. A su vez, y tal como ya habíamos anticipado, ha de considerarse la fase de cada uno de los movimientos.

Existe un procedimiento general, ideado por Fresnel, que permite realizar gráfica y analíticamente la suma de dos vibraciones que interfieren en cualquier fase, dicho procedimiento aplicado a casos particulares es de notable sencillez.

En efecto, imaginemos que una molécula en un instante debe vibrar realizando dos movimientos de amplitudes A_1 y A_2 , y cuyas fases coinciden. El movimiento armónico resultante se obtiene (tal como se indica en la fig. 10) sumando vectorialmente las amplitudes, que se han dibujado la una sobre la otra, dado que las fases coinciden.

Es de señalar que la amplitud A_R es mayor que A_1 y que A_2 , y que la fase de la vibración resultante coincide con la de los otros dos movimientos.

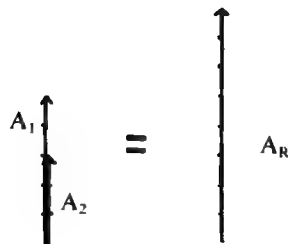


Figura 10. Composición vectorial de amplitudes.

Para evidenciar las características del movimiento resultante hemos repetido, en la figura 11, la anterior suma.

En el caso de que los movimientos ondulatorios interfieran en oposición

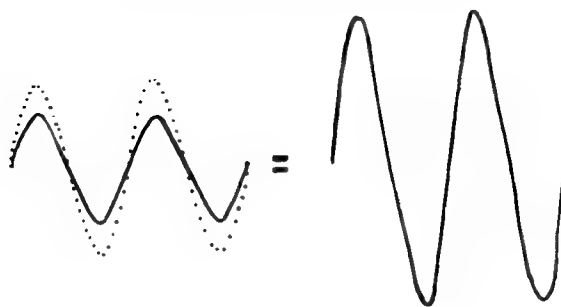


Figura 11

de fase, las amplitudes se representan en direcciones opuestas, tal como se indica en la figura 12.

Puede observarse que la amplitud del movimiento resultante es siempre menor que la mayor de las dos, y que la fase de A_R coincide con la de A_1 . Al igual que antes, la figura 13 reproduce la misma suma.

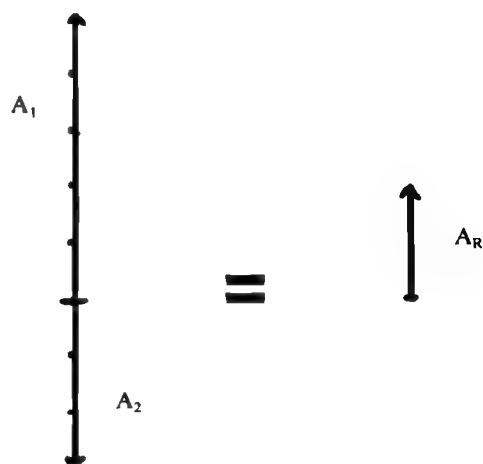


Figura 12

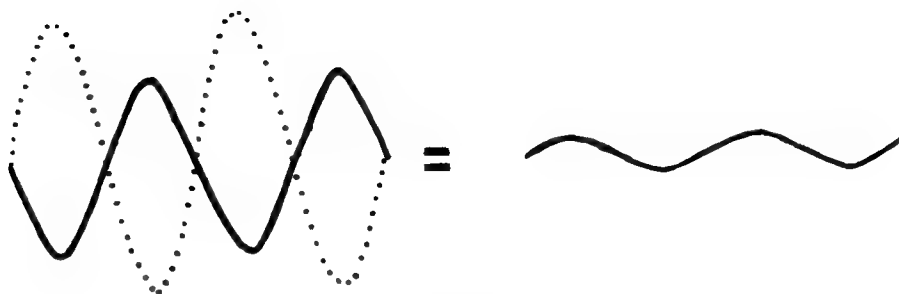


Figura 13

En los dos casos planteados se observa que, si coinciden las fases de los movimientos, la amplitud resultante es la suma; pero si la interferencia tiene lugar en oposición de fases, la amplitud resultante es menor, y podría ser nula en el caso de interferir dos movimientos de igual amplitud y fases opuestas.

Resulta sencillo producir interferencias con el sonido (pero es más complejo si se intenta con luz) si se dispone de un diapasón al que se hace vibrar mediante un golpe, originándose así vibraciones procedentes de *cada* rama del diapasón, que pueden alcanzar al tímpano en igualdad de fase (fig. 14),

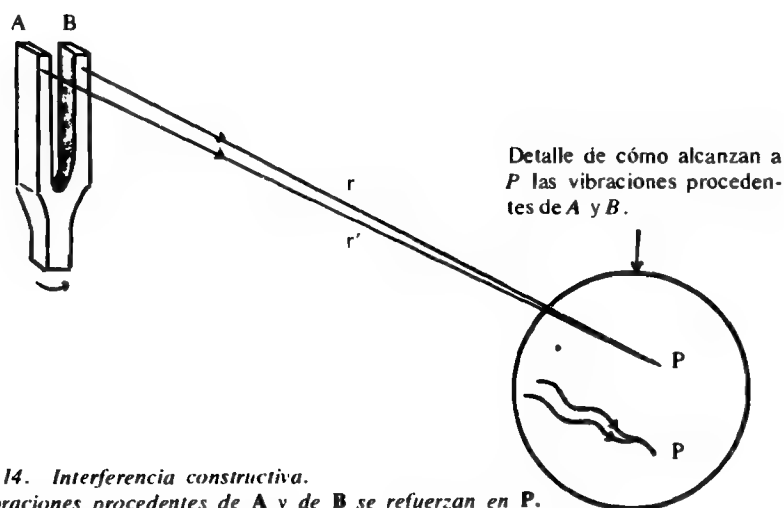


Figura 14. Interferencia constructiva.
Las vibraciones procedentes de *A* y de *B* se refuerzan en *P*.

produciendo una interferencia constructiva, pero si $r-r'$ toma un valor adecuado (que se consigue girando el diapasón, fig. 15)

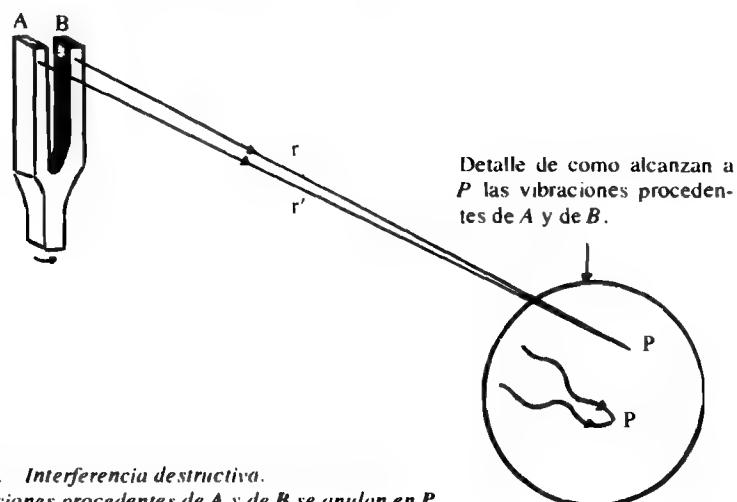


Figura 15. Interferencia destructiva.
Las vibraciones procedentes de *A* y de *B* se anulan en *P*.

al alcanzar el tímpano (*P*) la interferencia puede ser destructiva, y anularse los sonidos procedentes de cada rama del diapasón. Esta situación, en la que dos vibraciones de igual amplitud interfieren en oposición de fase, justifica la veracidad de una expresión tal como: «sonido más sonido igual a silencio», o «luz más luz igual a oscuridad».

La fotografía 1 muestra la interferencia de dos frentes de onda procedentes de los puntos *A* y *B*, tal como se produce en el caso de las ondas en el agua. Obsérvese la formación de un único frente común resultado de la interferencia, que cuando ya se ha alejado (derecha de la foto) es prácticamente plano. Si se dibuja una línea recta perpendicular a este frente común, se representa la dirección en que avanza la perturbación, que se denomina *rayo*.



Foto 1

5.4. ONDAS ESTACIONARIAS

Es frecuente que la superposición de dos movimientos tenga lugar debido a interferir una vibración consigo misma. Por ejemplo, si una vibración se propaga en una cuerda que tiene un extremo fijo, cuando la vibración llega a ese extremo se refleja y se propaga en dirección contraria. La vibración reflejada interfiere con la incidente y el resultado es que la cuerda vibra con un movimiento armónico suma del incidente y reflejado. La vibración resultante tiene unas características muy particulares: aparecen unos puntos fijos igualmente espaciados (*nodos*) entre los que se encuentra una zona en la que la amplitud varía (*vientres*) sin que se observe que la onda «avanza» por la cuerda (fig. 16).

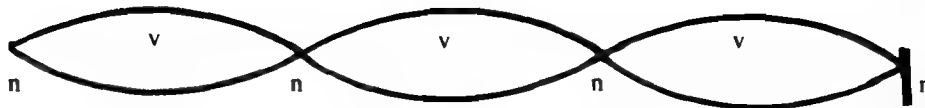


Figura 16

Debido a la «quietud» de la onda (el perfil de la onda no se traslada) se les llama ondas estacionarias. Sugerimos que el lector observe estos hechos al hacer vibrar un muelle de espiras planas (*slinky*) cuyo extremo permanece fijo y en donde, necesariamente, aparecerá un nodo.

Si permanecen fijos los *dos* extremos de la cuerda es evidente que las ondas estacionarias se producirán como resultado de la superposición de las incidentes, con las reflejadas en ambos extremos, puntos en los que existiría un nodo (fig. 17).

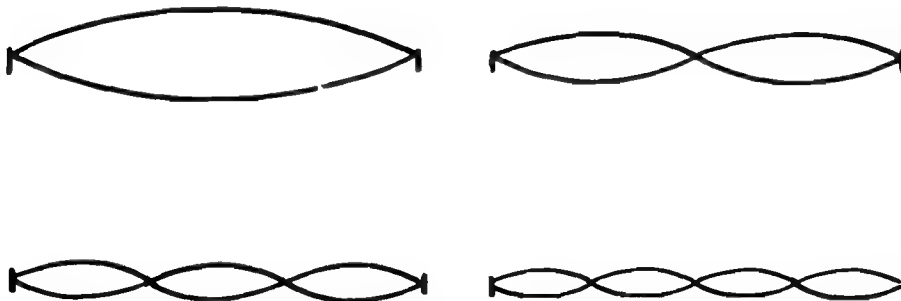


Figura 17. Ondas estacionarias en una cuerda con ambos extremos fijos.

Por otra parte, las características de la cuerda determinan que si su longitud es L y en ella se propaga una perturbación con velocidad v , sólo están permitidas las ondas estacionarias cuyas frecuencias son:

$$f_0 = v/2L; f_1 = 2v/2L; f_3 = 3v/2L \dots$$

denominándose a la frecuencia f_0 *fundamental* o *primer armónico*, y a cada una de las restantes frecuencias 2.º, 3.º armónicos.

Resulta entonces que, como consecuencia del fenómeno de la interferencia o superposición de movimientos ondulatorios, cuando se pulsa una cuerda se produce una vibración compuesta por la frecuencia fundamental y múltiplos enteros de ésta. Dicha vibración se denomina sonido, en él están presentes la frecuencia fundamental que determina lo que se llama *tono*, y un conjunto de armónicos de cuyo número y amplitudes depende lo que se llama *timbre*. *Tono*, *timbre*, *intensidad* y *cantidad* son los cuatro *elementos* del sonido.

Las ondas estacionarias pueden producirse también si la vibración se propaga en un medio como el aire, en el que es fácil producir una vibración haciendo que un pequeño émbolo vibre en el extremo de un tubo, tal como se representa en la figura 18.

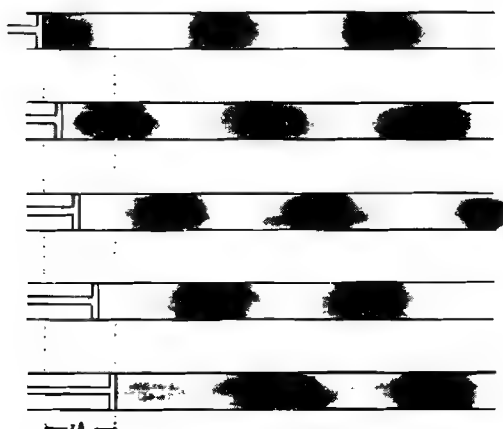


Figura 18. Propagación de una vibración en el aire.

Se produce una vibración que se propaga longitudinalmente y en la que —a diferencia del caso de las ondas del agua— existen verdaderas compresiones y dilataciones debidas a la compresibilidad del aire. Esta onda puede interferir con la que se ha reflejado en el extremo del tubo, reflexión que tiene lugar tanto si el tubo está abierto como si está cerrado.

Por todo ello, en un tubo estrecho lleno de aire (tal como el de la fig. 18) se originan ondas estacionarias cuyas frecuencias están determinadas por la longitud del tubo (igual que en el caso de la cuerda) y las condiciones de sus extremos. Puede demostrarse que si un tubo está abierto por ambos extremos (al igual que en el caso de una cuerda *con un extremo fijo*) están presentes la frecuencia fundamental y todos los armónicos. No obstante, si se trata de un tubo cerrado por un extremo (tal como ocurre con nuestro conducto vocal) solo pueden estar presentes la frecuencia fundamental y los armónicos impares, es decir que las únicas frecuencias permitidas son:

$$f_0 = \frac{V}{4L}, 3f_0, 5f_0 \dots$$

Como dato curioso deseamos añadir que la frecuencia fundamental de un tubo cerrado es la mitad de la de uno abierto, este hecho acostumbra a ser expresado diciendo que el tono del primero es *una octava* más bajo que el del segundo.

5.5. RESONANCIA

Lo expuesto en el apartado anterior establece una profunda diferencia entre la vibración de una cuerda cuyos extremos están fijos, (o una columna de aire) y la vibración de *una* partícula (como un péndulo). En efecto, mientras que en los primeros las frecuencias de vibración permitidas son múltiples (la frecuencia fundamental y un cierto número de armónicos), a un péndulo sólo le está permitido vibrar con una frecuencia; las consecuencias de esto son de suma importancia.

Así, si queremos mantener en vibración el péndulo de un reloj de pared sólo podemos hacerlo mediante impulsos que coincidan con el período (esta es la misión de «la cuerda») y, si las cantidades de energía entregadas son mayores que las disipadas, el péndulo realiza oscilaciones cada vez de mayor amplitud. Esta experiencia ha sido realizada por nosotros cuando para columpiar a un niño hemos ido entregando, sistemáticamente, cantidades de energía mayores que las disipadas, consiguiendo así aumentar a voluntad la amplitud de la oscilación. Acostumbra a decirse que el péndulo (o el columpio) *resuena* con los impulsos suministrados, y al fenómeno se le llama *resonancia*. Dado que el péndulo vibra con un solo período existe una única frecuencia de resonancia.

En el caso de la cuerda y la columna de aire, el fenómeno de resonancia —y el consiguiente aumento de amplitud— es factible suministrando energía con la misma frecuencia que la *frecuencia* fundamental, pero además es posible si la frecuencia coincide con la de cualquier armónico. Son pues muchas las frecuencias a través de las cuales una columna de aire puede estar en resonancia.

El fenómeno de la resonancia puede llegar a conseguir que la energía asociada a una onda de determinada amplitud sea suficiente para provocar hechos insólitos; ejemplo de ello podría ser la destrucción del puente de Tocama (1940), como consecuencia de haber sido puesto a vibrar por un viento variable, resonante con la frecuencia fundamental de la estructura.

En otras ocasiones, buscando incrementar la amplitud de una vibración, la resonancia se provoca, como en el caso de nuestro conducto vocal.

5.6. EL APARATO FONADOR

Una vez establecidos los conceptos físicos indispensables acerca del sonido, nos ocuparemos a continuación —para el caso del hombre— del aparato encargado de la producción de sonido. El aparato fonador está constituido por un elemento generador de la vibración (los *pulmones*), un elemento vibrante (las *cuerdas vocales*) y un amplificador de las vibraciones mediante resonancia (*conducto vocal*, formado por faringe, nariz y boca).

Los pulmones son los encargados de producir la fuerza que pone en movimiento la parte que vibra. Para ello el aire que permanece cerrado dentro de los pulmones es comprimido por los músculos torácicos y abdominales hasta una sobrepresión de unos 15 cm de agua (1/100 de atm. aproximada-

mente) en el caso de una conversación normal, y de unos 100 cm de agua (1/10 de atm) si se grita. Esta primera etapa de crear una sobrepresión se ha demostrado que es imprescindible para la producción del sonido, ya que se ha comprobado la imposibilidad de producir sonidos de aquellos sujetos a los que se ha practicado un orificio en la tráquea.

Una vez que se ha alcanzado el adecuado valor de sobrepresión gaseosa, se produce la espiración del aire que pasa necesariamente entre las cuerdas vocales. A la vez, y como consecuencia de que al circular un fluido por un estrechamiento se produce una depresión, la glotis se cierra. Este ciclo se repite y se originan así una serie de pulsos de aire cuyas características dependen, fundamentalmente, de la apertura de la glotis y de la tensión y posición de las cuerdas vocales.

El elemento fundamental de la producción del sonido es la *laringe*, porción superior de la tráquea que está adaptada para cumplir esa misión. Su tamaño es variable, un tercio mayor en el caso del hombre que en la mujer. En algunos animales puede alcanzar un tamaño extraordinario y una parte de la misma —los sacos aéreos— emplearse como almacén de aire para la respiración o para el canto.

Está constituida la laringe por un esqueleto cartilaginoso (fig. 19) formado por cuatro cartílagos: *cricoides* (anillo modificado de la tráquea), *tiroides* (formado por dos láminas unidas en ángulo diedro que originan la nuez o bocado de Adán), *epiglótico* (que interviene en la deglución) y, finalmente, el *aritenoides* (encargado de tensar las cuerdas vocales).

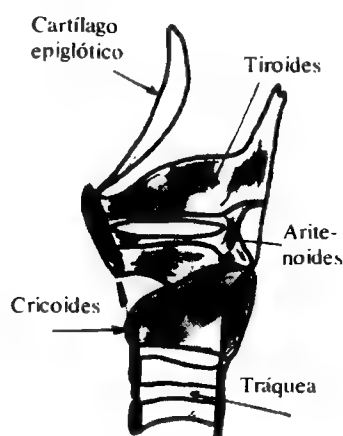


Figura 19. Sección de la laringe mostrando los cartílagos que la constituyen.

Un conjunto de músculos tapizan dichos cartílagos y conforman el interior de la laringe. Lo más notable de su estructura interna son unos pliegues denominados cuerdas vocales. El nombre de «cuerdas», si bien está en consonancia con la misión que cumplen, resulta muy poco adecuado si se atiende a la forma. El pliegue superior (fig. 20) se denomina *falsas cuer-*

das y no tiene un papel insustituible en la fonación, indicaremos en este sentido que el gato no las posee y, no obstante, el sonido que produce su laringe es bueno. Las cuerdas productoras del sonido, las verdaderas, nacen en el ángulo diedro que forma el tiroides, se dirigen hacia atrás y su sección es triangular (figs. 20 y 21).

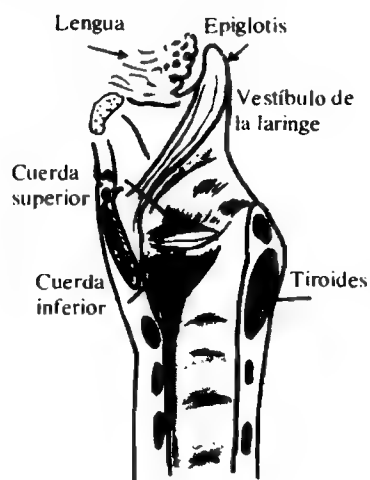


Figura 20



Figura 21

La figura 22 representa el proceso de tensión de las cuerdas vocales, al bascular el cartílago tiroides bajo la acción de los cricotiroides (no representados en la figura).

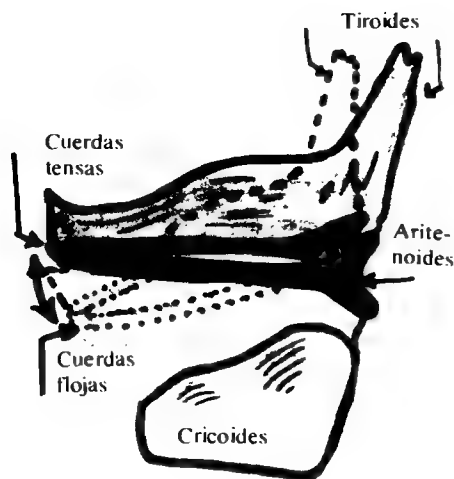


Figura 22

A su vez, hemos representado en la figura 23 un corte de la laringe al nivel de la glotis, para mostrar la apertura y cierre de la misma como consecuencia de la separación y aproximación de los cartílagos aritenoides. Debido a esto la glotis adopta la apertura y forma adecuadas para la emisión de la voz. Las observaciones directas mediante un laringoscopio, los métodos fotográficos y las observaciones mediante métodos estroboscópicos, permiten conocer la posición de la glotis y de las cuerdas vocales en una serie de posiciones clásicas, que nosotros hemos esquematizado en las seis imágenes de la figura 24.

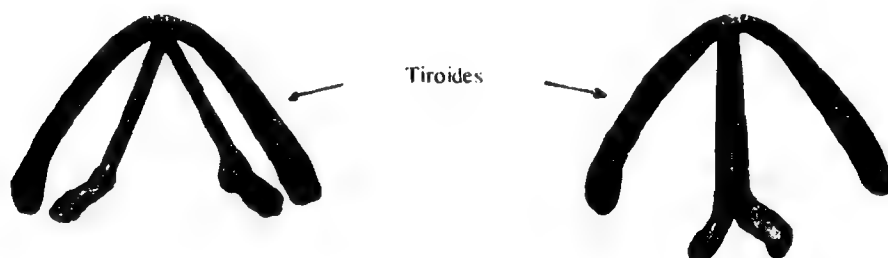


Figura 23. Cierre de la glotis por contracción de los cricoaritenoides laterales.

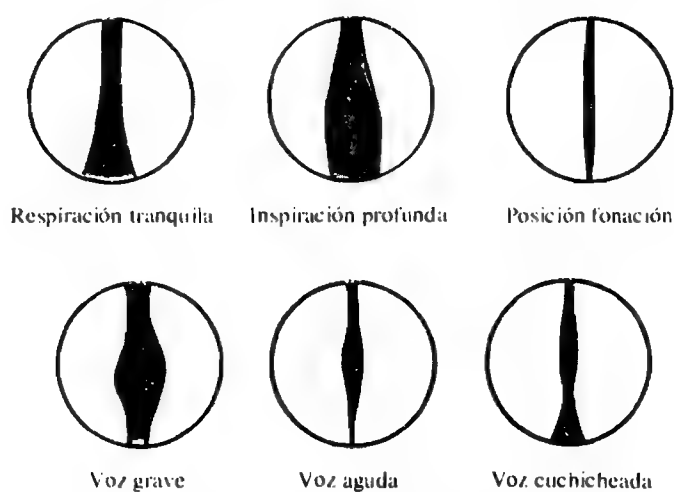


Figura 24. Esquema de clásicas posiciones de las cuerdas vocales.

La misión de la faringe, boca y nariz (entre otros), es la de constituir un elemento resonador de los sonidos producidos en la laringe, y aumentar la amplitud de la vibración reforzando alguno de sus armónicos (pág. 110), proporcionando a la voz de cada uno un timbre propio.

La característica más importante del tubo resonador humano lo constituye su dinamismo, ya que por estar dotado de un gran número de partes

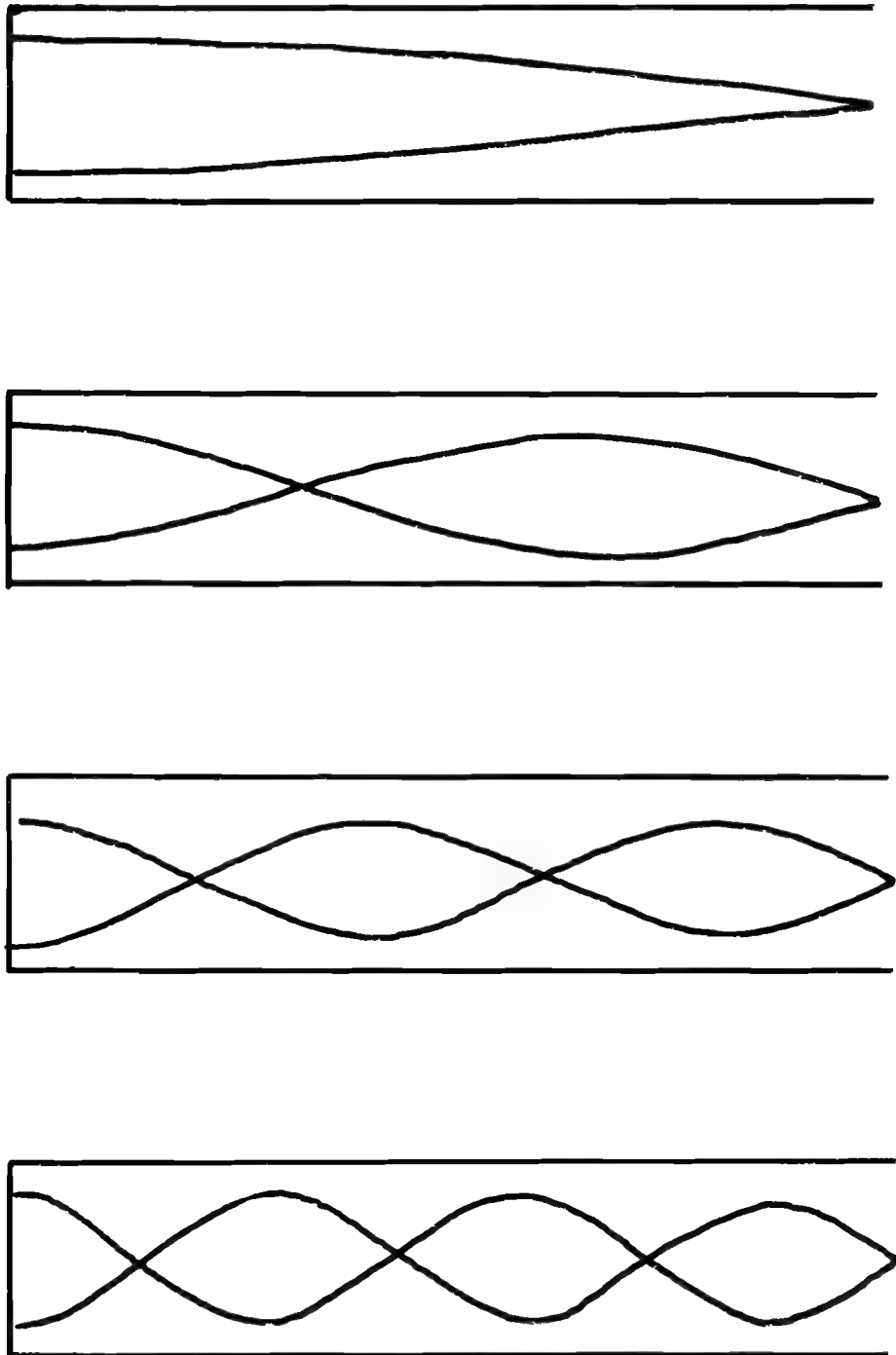


Figura 25. Ondas estacionarias.

móviles (lengua, labios, mejillas, úvula...) consigue destacar un sonido, adoptando la sección y longitud adecuadas para que las frecuencias de resonancia y del sonido emitido coincidan; quedando ocultos aquellos que no cumplen esta condición.

Si se admite que el conducto vocal humano es un tubo cilíndrico de unos 17,5 cm, cerrado por un extremos (la glotis), y teniendo en cuenta que puede admitirse para la velocidad del sonido en el aire el valor de 330 m/s, las frecuencias permitidas (pág. 110) serían:

$$f_0 = \frac{330}{4 \cdot 17,5 \cdot 10^{-2}} = 471 \text{ hertzios}$$

$$f_3 = 3 f_0 = 1410 \text{ hertzios}$$

$$f_5 = 5 f_0 = 2360 \text{ hertzios}$$

$$f_7 = 7 f_0 = 3300 \text{ hertzios}$$

esto quiere decir que nuestro conducto vocal posee una serie de frecuencias de resonancia rondando los 500, 1500, 2500 y 3500 hertzios que se denominan *formantes*.

Estos valores orientativos para los diversos formantes pueden alterarse si el tubo resonador se alarga o ensancha por el movimiento de la lengua, labios... siendo característico que cada formante resulte afectado de distinto modo según que el conducto vocal sea alterado en las zonas de máxima presión o en las de mínima (figuras 27 y 28).

La figura 25 representa la forma de las ondas estacionarias correspondientes a los valores de las frecuencias antes calculadas (500, 1500, 2500 y 3500 hertzios). Es destacable el hecho de que los máximos de presión tienen su origen en el extremo cerrado del tubo (glotis) y que uno de los mínimos de presión ocupa el extremo abierto del tubo (labios).

Por otra parte las frecuencias calculadas serían distintas para un tubo de otra longitud, tal como ocurre en el caso de los hombres y las mujeres, debido fundamentalmente a que —como ya se ha dicho— el conducto vocal tiene distinta longitud en uno y otro sexo.

5.7. PRODUCCIÓN DE VOCALES Y CONSONANTES

Tal como ya se ha indicado anteriormente, los sonidos se producen como consecuencia de que el aire que permanece a sobrepresión en los pulmones comienza a ser espirado por apertura de la glotis y a través de las cuerdas vocales, que, hasta este instante, permanecían en posición de fonación.

Se originan así pulsos de aire que vibran en las cavidades supraglóticas, cuyos *tonos* dependen de la posición y tensión de las cuerdas, y cuya *intensidad* depende fundamentalmente de la sobrepresión a que se encontraba el aire en los pulmones.

Los pulsos alcanzan a continuación el conducto vocal que actúa como caja de resonancia acentuándose determinados tonos. Esto se consigue por

adaptación del conducto vocal que se encoge o alarga, ensancha y estrecha, (tal como se esquematiza en la fig. 26) produciéndose finalmente un sonido llamado *vocal*.

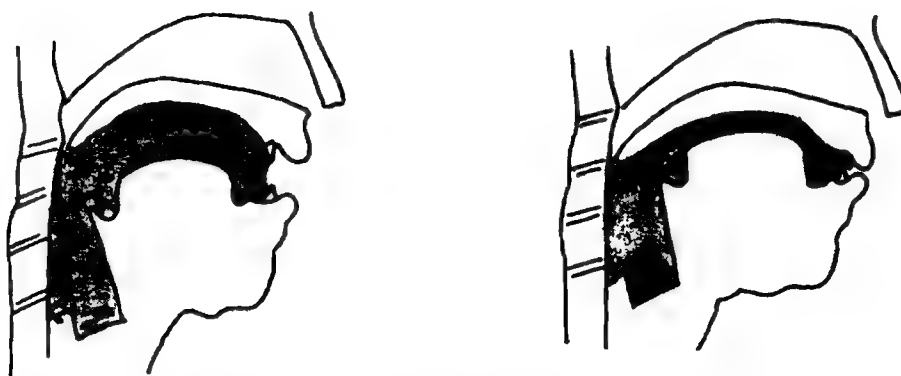


Fig. 26. Adaptación del conducto vocal por elevación de la lengua.

El sonido característico de las vocales depende solamente de la caja de resonancia y no de las cuerdas. Recordemos en este sentido el hecho de que sujetos desprovistos de cuerdas son capaces de pronunciar las vocales enviando aire desde el esófago a la boca.

Las consonantes se producen como consecuencia de la modificación del sonido vocálico cuando emerge del conducto resonador al nivel de la boca. Intervienen en la interrupción del pulso del aire: la punta de la lengua o *ápice*, *corona* o *predorso* (según esté más o menos adelantada rozará con una de estas partes), los dientes y los labios. A ello volveremos al ocuparnos del modo y lugar de articulación de los sonidos.

Entre los primeros rasgos diferenciadores obtenemos una primera caracterización de las vocales por su mayor esfuerzo laríngeo, menor esfuerzo espiratorio y menos gasto de aire, menor esfuerzo articulatorio y mayor grado de abertura maxilar. Todas estas diferencias son de grado, no absolutas, y podemos encontrar consonantes que cumplen uno de estos requisitos mejor que algunas vocales.

La diferencia fundamental, que el mejor conocimiento de la articulación ha permitido establecer con certeza, consiste en los músculos que actúan en la emisión de vocales y consonantes. Para la emisión de las consonantes actúan los *músculos elevadores*, en la emisión de las vocales, en cambio, actúan los *músculos depresores*. Al emitir sonidos consonánticos, los músculos elevadores llevan el maxilar hacia abajo y la lengua al paladar; en la producción de las vocales, los depresores hacen el movimiento inverso ¹.

Esto se refleja en varias situaciones.

¹ Vid. V. Straka: «La division des sons du langage en voyelles et consonnes peut-elle être justifiée?», en *TraLiLi* (Estrasburgo), 1, 1963, pp. 17-99.

Cuando el núcleo silábico es débil, como sucede cuando es átono, la consonante se realiza con una mayor abertura de los órganos articulatorios. Cuanto mayor es la energía empleada en la emisión de una consonante más cerrada es ésta. De modo contrario, cuanto mayor es la energía empleada en la emisión de una vocal más abierta es ésta.

Además, las vocales se caracterizan por su gran riqueza en armónicos y por presentar el tono fundamental de frecuencia más elevada.

5.8. ANÁLISIS DE LOS SONIDOS

Llegamos así al problema del análisis de los sonidos. Presentaremos, en primer lugar, unas observaciones esquemáticas, para ofrecer luego representaciones exactas, fotográficas.

Hoy día los medios técnicos, especialmente la cinerradiografía, han permitido conocer perfectamente el proceso de la articulación, siempre más fácil de investigar que el de la audición. La acústica ha recibido una gran ayuda con la invención del *sonógrafo* o *espectrógrafo*². Gracias a este aparato, podemos registrar el sonido de modo gráfico, sobre un papel. La onda sonora pasa previamente por una serie de filtros que la descomponen. Los resultados de esta descomposición impresionan el papel, donde aparecen como manchas. Las manchas destacadas (fig. 27) indican el *timbre*, que se destaca así precisamente porque la cavidad bucal actúa como un primer filtro, como uno o varios resonadores, por ello la onda va reforzada en ciertas frecuencias, que aparecen más señaladas en el *espectrograma*.

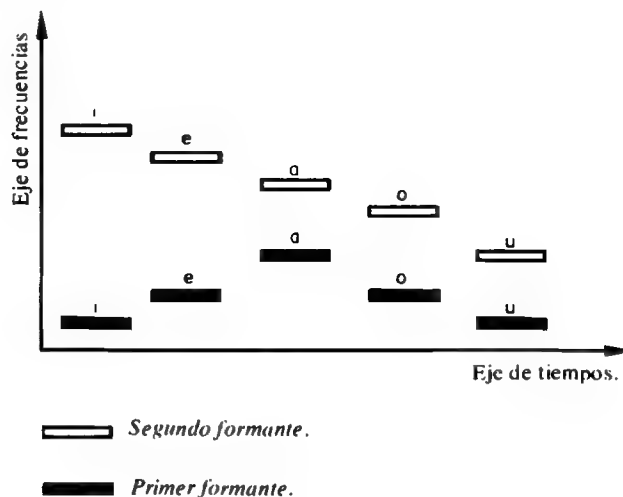


Figura 27

² Cf. A. Quilis: «El método espectrográfico. Notas de Fonética experimental», *R.F.E.*, XLIII, 1960. pp. 415-428, y Ramón Cerdá: *El timbre vocálico en catalán*, Madrid. C.S.I.C., 1972.

En la figura hemos representado dos formantes en cada vocal: en realidad es conveniente tener también en cuenta un tercer formante, superior a estos dos, que indica variaciones acústicas de timbre que pueden tener importancia. Como es natural, hemos hecho una representación muy esquemática, pues no es tan fácil interpretar estos formantes en un espectrograma, a menos que se esté muy habituado.

Hay una relación apreciable entre la posición de la lengua y el segundo formante: cuando la lengua articula el sonido en la parte posterior de la cavidad bucal, el segundo formante está más bajo. También hay una relación con la caja de resonancia: cuando el resonador anterior es más pequeño, el segundo formante es más alto.

En la figura 28 podemos apreciar la diferencia existente entre los formantes de una [i] (lengua adelantada y resonador anterior más pequeño), y una [ü] (lengua adelantada, pero resonador anterior mayor por el abocinamiento de los labios: es el sonido de la *u* francesa en *plus*).

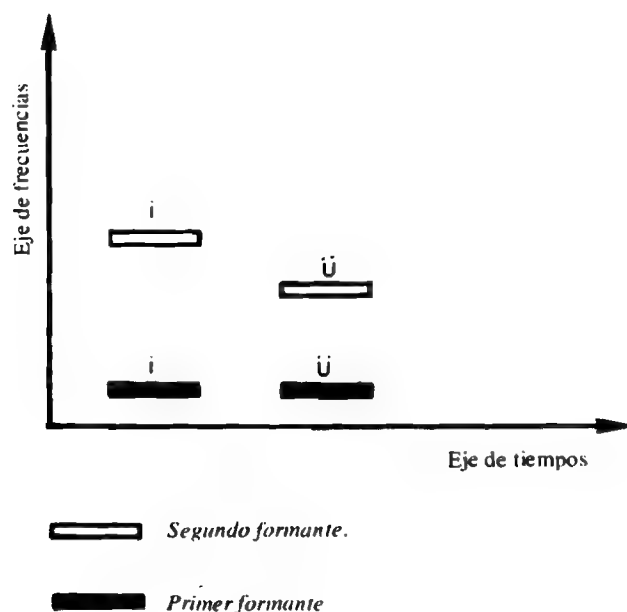


Figura 28

En cuanto al primer formante, la relación se establece con la abertura del canal bucal. Si la lengua está muy separada del paladar, el canal bucal presenta la mayor abertura y la frecuencia del primer formante es más elevada. En la realización de la [a] la lengua está más separada del paladar que en la realización de las otras vocales (fig. 27).

Los métodos de análisis de los sonidos están basados en la posibilidad de transformar la energía asociada a la vibración en energía eléctrica. Concretamente, un simple micrófono es capaz de producir una corriente eléctrica variable que, aunque muy débil, convenientemente amplificada puede ser

traducida en una imagen o almacenada por grabación en una cinta magnética o disco. Posteriormente se somete la curva compleja que representa cada sonido a un análisis que consiste en determinar los armónicos simples que constituyen el sonido, fases y frecuencias de los mismos.

Para que se vea que los esquemas vocálicos no son tan simples como se presentan muchas veces, reproducimos una serie de fotografías de J. M. Pereira en las cuales se ha recogido la imagen obtenida en la pantalla de un oscilógrafo de rayos catódicos, para los sonidos más sencillos, tanto de voz masculina y femenina como de niño.

Las fotografías de las páginas siguientes evidencian la complejidad de los sonidos *elementales*, que tras un análisis de Fourier, y teniendo presente que la primera fotografía representa el sonido de un diapasón cuya frecuencia era de 440 hertzios, podrían permitir identificar, para nuestro caso, las frecuencias de los movimientos armónicos simples que los integran.



Foto 2. *Movimiento armónico simple de un diapasón de 440 hertzios.*



Foto 3. *A de voz femenina.*

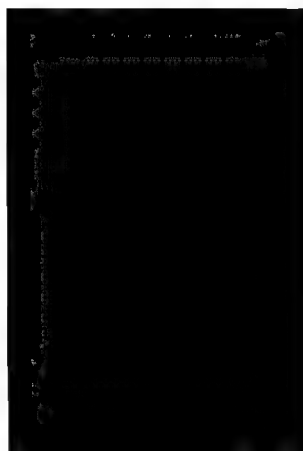


Foto 4. *A de voz de niño.*



Foto 5. E de voz femenina.

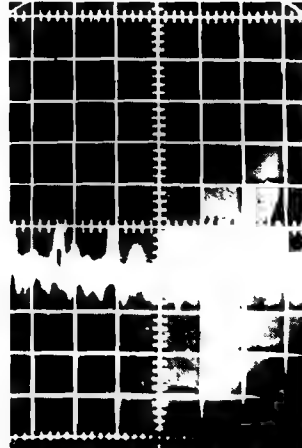


Foto 6. E de voz de niño.

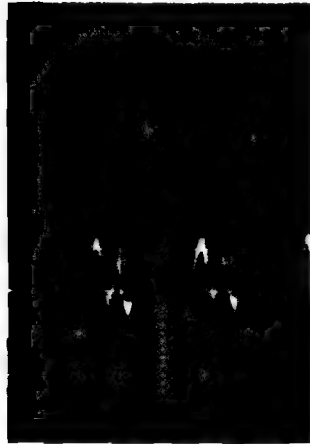


Foto 7. I de voz masculina.



Foto 8. I de voz femenina.

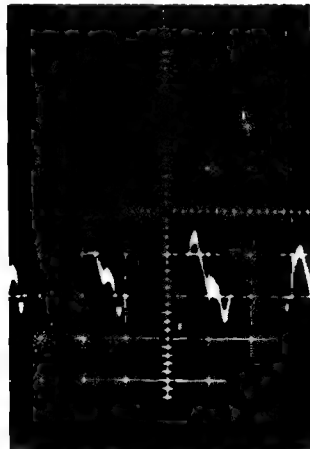


Foto 9. O de voz masculina.

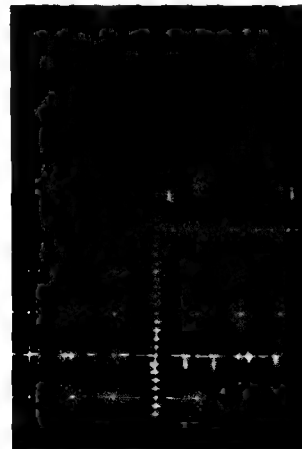
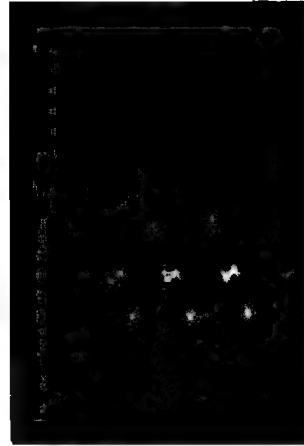


Foto 10. O de voz femenina.

*Foto 11. U de voz masculina.**Foto 12. U de voz femenina.*

5.9. MECANISMOS CEREBRALES DEL HABLA

La compleja función del lenguaje corresponde al cerebro, concretamente, a determinadas regiones perfectamente definidas de la capa de células nerviosas que en un espesor de 5 mm tapizan el cerebro, y que se denomina corteza cerebral.

El hecho de que la función del lenguaje se localiza fundamentalmente en una zona del hemisferio cerebral izquierdo es ya conocido desde 1861. En este año el médico Paul Broca realizó la autopsia a dos enfermos que padecían pérdida del habla, y encontró que la zona afectada era una parte del hemisferio cerebral izquierdo. Esta región es conocida desde entonces como área de Broca. Posteriores investigaciones permitieron comprobar que las lesiones provocadas en dicha zona originan afasia total, esta línea de trabajo permitió identificar regiones específicas comprometidas en otras funciones. Los estudios fueron complementados con los datos obtenidos durante el transcurso de determinadas intervenciones quirúrgicas en las que el paciente permanecía consciente, y al que se le estimulaba una parte del cerebro mediante impulsos eléctricos. Esta técnica parece que hace algunos años que ha sido abandonada, y las investigaciones se encaminan a medir la actividad cerebral.

En efecto, partiendo del hecho bien conocido de que durante un ataque epiléptico se incrementa notablemente el suministro de sangre al cerebro, lo que provoca en éste una turgencia característica, se han medido el consumo de oxígeno, de glucosa, y el causal sanguíneo por cada 100 gr. de tejido cerebral. El empleo reciente de glucosa «marcada» permite conocer el consumo de glucosa en cada zona del cerebro, lo que representa una evidente mejora en el método.

También recientemente se ha conseguido medir el incremento de riego sanguíneo en determinadas zonas del cerebro, y relacionar dicho incremento

con la función, ello ha permitido conocer la función del cerebro en el proceso del habla.

La técnica empleada es análoga a la arteriografía cerebral y consiste en inyectar una dosis de sustancia radiactiva (concretamente, gas xenon 133 disuelto en suero) dentro de la arteria carótida, utilizando un catéter que desde la ingle alcanza dicha arteria. A continuación se estudia la velocidad de llegada y localización del isótopo. Para ello se emplea un conjunto de cámaras de centelleo cada una de las cuales explora una pequeña superficie, estos datos se suministran a un ordenador digital al que previamente se hayan proporcionado los relativos a la actividad cerebral de un sujeto en reposo y sin hablar. A partir de estos datos el ordenador deduce una imagen de la zona o zonas en las que se ha acelerado la actividad cerebral.

En el caso del habla se ha detectado actividad cerebral en una serie de zonas (fig. 29):

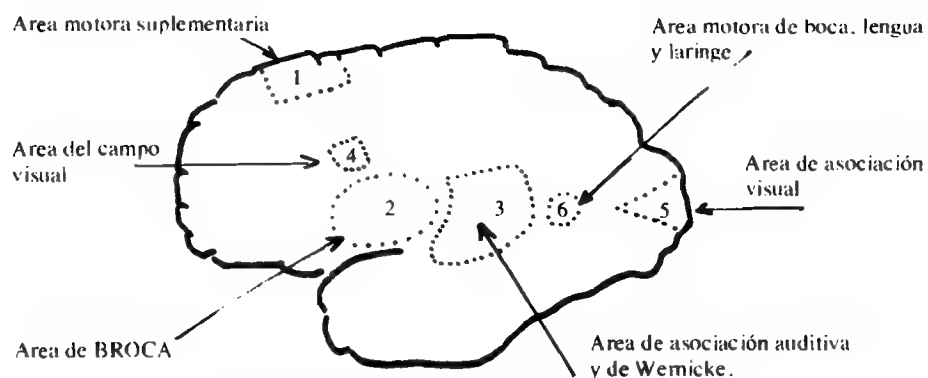


Fig. 29. Diferentes áreas de actividad cerebral en el habla.

La actividad detectada en las citadas regiones lo ha sido en cada uno de los siguientes casos:

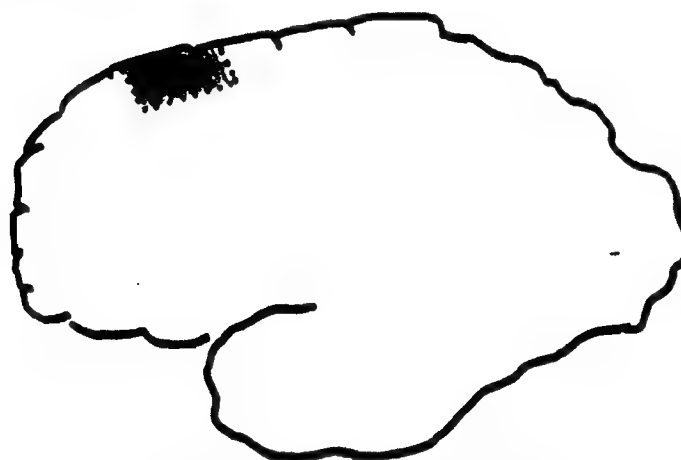


Fig. 30. Habla interna, actividad en área 1.

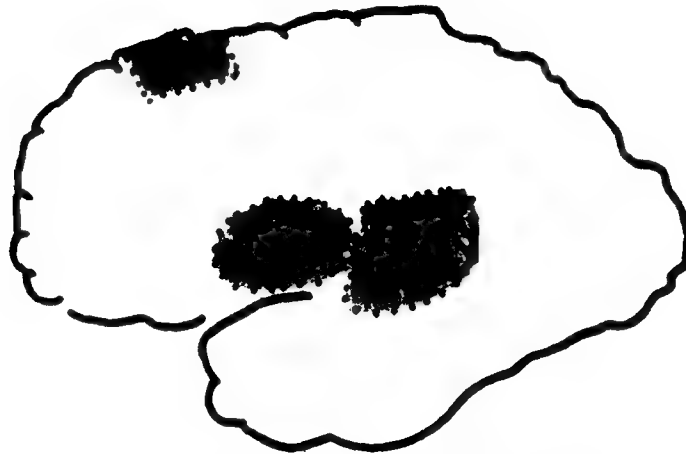


Fig. 31. Habla externa, actividad en áreas 1, 2 y 3.

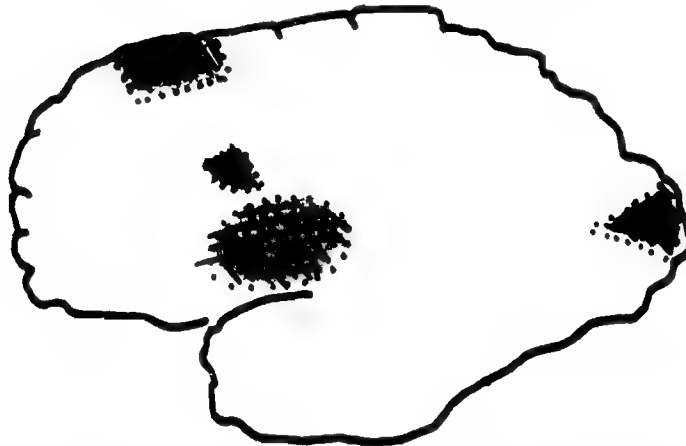


Fig. 32. Lectura sin voz, actividad en las áreas 1, 2, 4 y 5.



Fig. 33. Lectura en voz alta, actividad en áreas 1, 2, 3, 4, 5 y 6.

En general, puede decirse que el área de Wernicke es activa en el proceso de interpretación del lenguaje hablado, mientras que el área de Broca participa fundamentalmente en la síntesis del lenguaje.

Añadiremos —para concluir— que las más recientes investigaciones realizadas por D. H. Ingar y N. A. Lassen, han probado que durante el lenguaje oral, tanto el hemisferio derecho como el izquierdo muestran una actividad comparable, y que como se evidencia en la figura 33 son muchas las áreas activas en el proceso del lenguaje oral. Han concluido también que es correcto aseverar que en determinadas sensaciones y actividades se exige la participación de áreas específicas y muy localizadas; pero, en las funciones que requieren comprensión, la actividad cerebral se extiende a la práctica totalidad de la corteza cerebral.

5.10. VOCALES, SEMIVOCALES, SEMICONSONANTES, CONSONANTES

Tras la primera división esbozada en 5.7., entre vocales y consonantes, podemos pasar a la clasificación de los sonidos de ambos tipos según los dos criterios establecidos: el articulatorio, o del emisor, y el acústico, o del receptor.

En español consideraremos los sonidos siguientes ³:

Vocales. a, e, i, o, u.

Semivocales j, w.

(Llamamos semivocales a los sonidos que se agrupan con las vocales, colocados detrás de éstas en la cadena fónica, cuyos rasgos no son propiamente vocálicos, pero tampoco consonánticos. No pueden llevar acento. Ejercen una acción de abertura sobre la /e/, [e]: feudo, pejne.

La [j] abre la /e/ y la /o/ que la anteceden en la misma sílaba: pejne, soj. Abre también la /a/, pero no de modo tan marcado. La semivocal [w] cierra la /a/ que la precede inmediatamente: kauto.)

Semiconsonantes: j, w.

(Llamamos semiconsonantes a los sonidos que se agrupan con las vocales, colocados antes que éstas en la cadena fónica, cuyos rasgos no son propiamente vocálicos ni consonánticos. La agrupación vocal + semivocal, o semiconsonante + vocal, recibe el nombre de *dip-tongo*.

La combinación semiconsonante + vocal + semivocal constituye un

³ Como ni el espacio permite ni la orientación de este libro aconseja una descripción completa de los sonidos del español, remitimos al *Manual de Pronunciación Española* de Tomás Navarro Tomás. Nosotros nos limitaremos a señalar los principales sonidos, sin tener en cuenta un cierto número de lo que en el capítulo próximo estudiaremos como variantes combinatorias.

triptongo: bwéj.) ⁴ En **pjé**, **fwé** tenemos ejemplos de semiconsonantes.)

Consonantes:

b (No hay ninguna distinción entre lo que se escribe *b* y lo que se escribe *v*, es inadmisibile la pronunciación de la *v* española como la francesa. Este error, que parece estar de moda últimamente, se debe a una falsa enseñanza escolar que trata de diferenciar los signos para evitar las faltas de ortografía; sólo se puede tolerar en las personas que pertenecen a zonas bilingües castellano-catalanas en las que el catalán tiene *v* labiodental como la francesa, que no son todas; en el resto de los casos denota afectación y escaso conocimiento de la historia de la lengua). **d, g** de **ga, go**. (Junto a los sonidos oclusivos que estas letras tienen sobre todo cuando inician párrafo, existe un sonido con mayor abertura de los órganos articulatorios, claramente perceptible cuando estos sonidos son intervocálicos, que representamos como [ɖ], [ɢ], [ɣ]. **ŝ** o **ĉ** son los signos fonéticos con los que representamos el sonido de la *ch*. **f.x** representación del sonido [x] que corresponde a lo que escribimos *j* o *g* en *ge, gi*. **k** grafías con *k*, con *c* en *ca, co, cu*, con *qu* en *que, qui*). **l.l** (grafía *ll*). **m. n. ñ** (grafía *ñ*). **p, r, r̄** (grafía *rr* o *r* pero con sonido vibrante múltiple, como en *rosa, carro*). **s** (el signo fonético es [z] cuando se trata de una *s* sonora, como en [dezde] ⁵, **t, y** (para *ya, ye, yi, yo, yn*, puede sonar con cierto refuerzo en ciertos casos, sobre todo inicial absoluta, y entonces las transcribimos como [ý]. **θ** (sonido español de *za, ce, ci, zo, zu*).

5.11. MODO DE ARTICULACIÓN DE LOS SONIDOS

Por su *modo de articulación*, es decir, por la manera que tiene de salir el aire que sirve de medio conductor de la onda sonora, estos sonidos se dividen de la siguiente manera:

Vocales: El aire sale sin interrupción, con mayor o menor estrechez, lo que determina su división en:

⁴ Una coma volteada bajo el signo de la vocal indica que es abierta, es decir, que la separación entre los órganos articulatorios es mayor. [e]. Un punto bajo el signo de la vocal indica que es cerrada, [a]. Para ahorrar signos diacríticos se suele considerar que [a] [e] [i] [o] [u] son signos de vocal abierta, y [a] [e] [i] [o] [u] de vocal cerrada. Colocamos entre corchetes los sonidos, realidades concretas, y entre barras oblicuas los fonemas, de los que hablaremos en el próximo capítulo, y que son clases de realidades concretas.

⁵ La coma bajo un signo consonante, [z] p. ej., indica dentalización: la lengua se apoya en los dientes para emitir ese sonido. A. Quilis ha discutido en varios lugares la dentalización de consonantes ante dental en español, negándola.

Cerradas o extremas: **i, u**, semivocales y semiconsonantes.

Medias: **e, o**.

Abierta: **a**.

Consonantes: El aire encuentra una interrupción, que a veces es una simple estrechez del canal de salida.

Oclusivas: En algún momento se obstruye la salida del aire, se llaman también *explosivas* porque tras esa oclusión el aire sale bruscamente: **p, t, k, b, d, g**.

Africadas: El aire vence esa oclusión rápidamente, por lo que hay una interrupción seguida de una fricación inmediata: **ʃ** (o **ç**), **ʒ**.

Fricativas: En ningún momento se cierra completamente el canal de salida; aunque puede estrecharse sensiblemente: **h, f, s, z, x, ʃ, ʒ**.

Vibrantes: El paso del aire se interrumpe momentáneamente y la lengua vibra, una vez, **r**, varias veces, **rr**.

Laterales: Hay oclusión en el centro del canal de salida, pero la corriente de aire sale por un lado de la boca o los dos continuamente: **l, ll**.

Nasales: El aire sale continuamente por la cavidad nasal, pero su articulación oral es oclusiva: **m, n, ñ**⁶.

5.12. LUGAR DE ARTICULACIÓN

Otra posibilidad de clasificar los sonidos desde el punto de vista articulatorio se basa en el *lugar de articulación* (denominación más exacta que la de *punto de articulación*, puesto que en realidad los órganos articulatorios se aproximan en un lugar, mejor que en un punto).

En esta ocasión sólo sería necesario separar la vocal [a] del resto de los sonidos y clasificarla como *vocal central*; no obstante separaremos también ahora vocales y consonantes por comodidad pedagógica:

VOCALES:

Palatales: **e, i**, así como la semivocal [j] y la semiconsonante [ɲ].

Central: **a** (será palatal la [a] y velar la [ɑ]).

Velares: **o, u**, y la semivocal [w] y semiconsonante [ŋ].

CONSONANTES:

Labiales: Intervención de al menos el labio inferior:

⁶ Cuando en la emisión de una vocal el aire sale también por la nariz hablamos de vocales nasalizadas (el español normativo carece de las vocales nasales que caracterizan al francés y al portugués). Representamos esa nasalización con una tilde sobre el signo de vocal: [ẽ] [ã], etc.

- a) Bilabiales: intervienen ambos labios: **p, b, *ɸ*, m.**
 b) Labiodental: el labio inferior roza los incisivos superiores: **f.**

Interdentales: Lengua entre los incisivos: **θ, ð.**

Dentales: Lengua e incisivos superiores: **t, d.**

Alveolares: Lengua y alvéolos superiores: **s, z, n, r, *ʀ*, l.** (Hay que advertir que hablamos de la *s* sorda [s] y sonora [z] del centro y norte de España, ya que la *s* andaluza, canaria y americana, en general, se pronuncia como dental, pero con el predorso de la lengua tras los incisivos inferiores (predorsodental) o con la corona lingual (parte de la lengua situada entre el ápice y el predorso) tras los incisivos (coronal), lo que puede favorecer el ceceo.)

Palatales: Lengua en el paladar: **ç, *ȝ*, y, *ɲ*, *ʎ*.**

Velares: Lengua en el velo del paladar: **k, g, *ŋ*** (hay que añadir la nasal velar [ŋ], que se oye cuando un sonido nasal antecede a otro velar: [téngo].)

Uvular: Lengua en la úvula, o en la zona inmediatamente anterior. Cuando no está en contacto con vocal velar se trata de un sonido velar generalmente, pero es también uvular en la pronunciación enfática: **x** (jota).

Tenemos que advertir que la *h* no corresponde en español a ningún sonido, es muda, y que la *x* (equis) no es un sonido, sino una grafía para representar *ks*, *gs*, pronunciado generalmente [s] cuando va seguido de consonante. La equis se relaja más en la pronunciación culta de la Península Ibérica que en la de las Islas Canarias o Hispanoamérica.

Asimismo nos vemos en la obligación de insistir en el hecho de que la clasificación apuntada líneas atrás es muy somera y no pretende más que presentar una panorámica fonética del español. En la Bibliografía damos una lista de libros de consulta en los que el lector interesado en mayores profundidades hallará lo que busque.

5.13. SONORIDAD O SORDEZ DE LOS SONIDOS

Los sonidos pueden también clasificarse, como veíamos al hablar de las cuerdas vocales, por su sonoridad o sordéz. Son sonoras en español las vocales, semivocales y semiconsonantes, así como (no damos variedades cuando todas son sonoras) /b/, /d/, /g/, /m/, /n/, [z], /*ɲ*/, /l/, /*ʎ*/, /y/, /r/, /*ʀ*/, las restantes consonantes españolas son sordas. En ciertas ocasiones puede haber sonorización de un sonido sordo, lo que se indica con un angulito bajo el sonido sonorizado: [k̟]. En otros casos es un sonido sonoro el que se ensordece, la señal entonces es un circulito bajo la representación del sonido ensordecido: [b̞].

5.14. CLASIFICACIÓN ACÚSTICA DE LOS SONIDOS

Hasta aquí ha llegado la clasificación articulatoria de los sonidos. Para completarla vamos a ofrecer un intento de clasificación acústica. Hay que tener en cuenta que el español es una lengua de sonidos estables (al menos el español normativo), por lo que la clasificación acústica no tiene el mismo interés que en inglés, p. ej., con sus sonidos mucho más inestables y su enorme fragmentación dialectal.

He aquí nuestra clasificación ⁷:

Vocales: Formantes netamente caracterizados en el espectro: **a, e, i, o, u.**

Líquidas: *laterales y vibrantes:*

A la vez vocálicas y consonánticas, presentan rasgos de las dos clases, debido especialmente a que en su producción el aire sale lateralmente (*laterales*) como si se tratara de una vocal y centralmente como si se produjera una oclusiva: **l, ʎ**. Si la salida se produce central e intermitentemente tenemos la *vibrantes*: **r, ʀ**.

Consonantes:

Reducción de la energía total, ausencia de una estructura de formantes netamente definida. Restantes sonidos españoles.

Tras esta primera clasificación podemos tratar conjuntamente todos los sonidos españoles:

Graves:

Resonador bucal largo e indiviso. Tono bajo, concentración de energía en las frecuencias bajas del espectro.

a, o, u.

labiales, velares (consonantes)

Agudos:

Resonador bucal dividido por la lengua. Tono alto, concentración de energía en las frecuencias altas del espectro.

e, i.

Dentales, palatales ⁸ (consonantes).

Bemolizados:

Reducción del orificio labial. Descenso o debilitamiento de algunos de los formantes de alta frecuencia del espectro.

o, u.

⁷ Basada en R. Jakobson, *Essais de Linguistique Générale* (traducción y prólogo de N. Ruwet), Paris (Ed. de Minuit), 1963, esp. pp. 128-135, y en E. Alarcos, *Fonología Española*, pp. 80-82 de la 3.ª ed.

⁸ Entre los sonidos dentales incluimos ahora también los alveolares.

Densos:

Concentración de energía en el centro del espectro, crecimiento de la cantidad total de energía y de su expansión temporal.

Cámara de resonancia mayor en la parte anterior (exterior) a la estrechez articulatoria.

Vocales abiertas.

Velares y palatales (consonantes).

Difusos:

Disminución de la cantidad total de energía y su expansión temporal.

Concentración de energía en las zonas extracentrales del espectro.

Cámara de resonancia mayor en la parte posterior (interior) de la estrechez articulatoria.

Vocales cerradas.

Dentales y labiales (consonantes).

Tensos:

Zonas de resonancia más netamente definidas en el espectro. Aumento de la cantidad total de energía y su expansión temporal. Motivado por una mayor deformación del aparato articulatorio desde su posición de reposo. Mayor duración y nitidez. Generalmente son sonidos sordos.

ê, ÿ, k, f, p, t, θ, [s].

Flojos:

Menor esfuerzo articulatorio. Zonas de resonancia menos definidas en el espectro, menor gasto de energía/tiempo. Generalmente son sonidos sonoros.

b, d, [z], g, y.

Sonoros:

Excitación de baja frecuencia en el espectro.

Sordos:

No aparece esa señal en el espectro.

Nasales:

Aparición de formantes (nasales), reducción de la intensidad del primer formante (y otros). Difusión de la energía en bandas de frecuencia más anchas.

Orales:

No aparecen esas alteraciones motivadas por el resonador nasal supletorio.

Discontinuas:

Transición abrupta en el espectro entre la señal de sonido y la de silencio, o viceversa.

Oclusivas y vibrantes.

Continuas:

No hay cortes entre sonido y silencio.

Fricativas y laterales.

Estridentes:

Ondas menos regulares. Ruido de intensidad elevado. Obstrucción suplementaria, realización más compleja.

Ceceantes, siseantes, labiodentales, uvulares, rehilantes.

Mates:

Ondas regulares. No existe obstrucción suplementaria. Realización más simple.

Linguodentales, palatales africadas ⁹, bilabiales, velares.

5.15. CONCLUSIÓN

Nos hemos limitado a los sonidos que aparecen en español, para no complicar aquí la exposición con unas líneas innecesarias y además perfectamente tratadas por Jakobson. En el capítulo próximo trataremos de organizar estos sonidos y de mostrar su distribución complementaria en la estructura lingüística. Nos hemos visto obligados a apuntar algunos conceptos formales en este capítulo dedicado a la sustancia, por lo que nos disculpamos ahora, pero creemos que la exposición no habrá padecido por ello.

⁹ Las palatales africadas en articulación rehilada son estridentes, como todas las rehilantes.

**BIBLIOGRAFÍA UTILIZADA EN ESTE CAPÍTULO,
NO INCLUIDA EN LA GENERAL FINAL**

- ALONSO, M., y FINN, E. J.: 1970. *Física*, t. 2. «Campos y ondas», pp. 693-736. Barcelona, Aguilar (Fondo Educativo Interamericano, S. A.).
- CRAWFORD, Frank S., Jr.: 1974. «Ondas», en vol. 3 del *Berkeley Physics Course*, Barcelona, Reverté.
- HOUSSAY, Bernardo A., y otros.: 1963. *Fisiología humana*, Buenos Aires, El Ateneo ³.
- JENKINS, Francis A., y WHITE, Harvey E.: 1964. *Fundamentos de óptica*, Madrid, Aguilar.
- LANDAU, J., y KITAIGORODSKU, A.: 1971. *Física sin secretos* (t. 1, cap. 5; t. 2, cap. 7), Madrid, Doncel.
- LASSEN, Niels A.; INGVAR, David H., y SKINHØJ, Erik: 1978. «Función cerebral y flujo sanguíneo». *Investigación y ciencia*, 27, pp. 18-28.
- RESNICK, R., y HALLIDAY, D.: 1974. *Física* (caps. 19-20), México, Compañía Editorial Continental.
- SEARS, F. W.: 1958. *Fundamentos de Física* (t. I, caps. 14, 26, 27, 28), Madrid, Aguilar.
- SEARS, F. W., y ZEMANSKY, M. W.: 1971. *Física* (caps. 11-21, 22, 23), Madrid, Aguilar ³.
- SABOTTA, J., y BECHER, H.: 1974. *Atlas de Anatomía Humana* (t. II), Barcelona, Ediciones Toray, S. A.
- SUNDBERG, Johan.: 1977. «La acústica del canto», en *Investigación y Ciencia*, 8, pp. 56-64.

CAPÍTULO 6

Fonología

6.0.

En el capítulo anterior hemos estudiado los sonidos como realidades concretas que se producen, se pueden medir con aparatos, ver en el sonograma, e incluso, añadimos, «escribir» con un compuesto a base de plata sobre una cinta especial para conseguir la síntesis fonética, o sea, registrar un sonido sin haberlo pronunciado antes, simplemente escribiendo sus rasgos característicos con una técnica especial. De este modo se pueden emitir sonidos (al reproducir lo grabado en esa cinta) que no han sido pronunciados antes. La fonética, ciencia que se ocupa de esos sonidos, trata, para ello, realidades concretas, materializables.

La Fonología, en cambio, no se ocupa de realidades materializables sino en la medida en que necesita partir de ellas para llegar a su objeto como ciencia. Así, frente a la Fonética que se ocupa de realizaciones concretas a las que llamamos *sonidos*, la Fonología se ocupa de clases de realidades concretas, a las que llamamos *fonemas*. El fonema no es una realidad concreta, nadie emite jamás fonemas, todo lo que se actualiza son sonidos. La parte de la *Fonología* que se ocupa de los fonemas se llama *Fonemática*. Además, la Fonología, en sentido amplio, se ocupa de las unidades suprasegmentales: *acento y entonación*. La Fonología estudia, pues, la forma de la expresión.

6.1. LOS FONEMAS

Los fonemas se distinguen a partir de los sonidos, cuando clasificamos éstos para reducir las unidades lingüísticas al mínimo posible.

El procedimiento que usamos para hallar los fonemas es la sustitución o *conmutación*, en cuya base está la diferencia de significado que se establece entre un enunciado y otro al conmutar un elemento que no puede ser dividido en unidades menores sucesivas. Los fonemas son, pues, *unidades distintas*. Para mayor comodidad operaremos con palabras, lo que supone

recurrir a la *competencia* de cada individuo lingüístico. Si tenemos las palabras

mesa pesa pera pasa para pura paso

veremos que unas se diferencian de otras por varios rasgos, como

mesa pura paso

mientras que otras sólo se diferencian por un rasgo, por un elemento que no puede ser dividido en unidades menores sucesivas, como

*mesa/pesa
pesa/pera
pera/para
para/pura
para/pasa
pasa/paso*

Esos elementos mínimos no se pueden dividir en unidades menores sucesivas: podemos dividir P E en dos unidades menores sucesivas, P + E, pero ya no podemos volver a dividir P o E en este tipo de unidades.

Llamamos fonemas a los elementos mínimos del significante que no pueden ser divididos en unidades menores sucesivas.

Debemos guardarnos de confundir los *fonemas* (entidades abstractas, clasificatorias, pertenecientes a la lengua) y los *sonidos* con los que se actualizan, se realizan, esos fonemas (entidades concretas, pertenecientes al habla).

En español el fonema /s/, que definimos como consonante oral fricativa siseante, puede realizarse con los siguientes sonidos:

[ś] apicoalveolar sorda
[ž] apicoalveolar sonora
[š] coronal sorda
[ž̄] coronal sonora
[s] predorsal sorda
[z] predorsal sonora
[ʃ] dental sorda
[z̄] dental sonora
[ʃ̄] interdental sorda
[z̄̄] interdental sonora

y varios otros más: enfática, palatalizada, etc.

En español todos estos tipos de /s/ son *variantes* o *alófonos* de un fonema único, porque no podemos diferenciar un enunciado (p. ej. una palabra) de otro por una /s/ realizada como sorda, sonora, coronal, etc.

Un español no distinguiría dos fonemas distintos si oyera una pronuncia-

ción [désde] en lugar de la pronunciación habitual [dézde]. No pensaría en dos palabras distintas, a pesar de que todos los sonidos (menos la /e/ final, ordinariamente relajada en final absoluto [ə]) son distintos: en la primera pronunciación la primera /d/ se realiza con un sonido fricativo, oclusivo en la segunda. El primer fonema /e/ se realiza como abierto en la primera, cerrado en la segunda. El fonema /s/ se realiza con un sonido sordo y predorsodental en la primera, sonoro y dental en la segunda. El segundo fonema /d/ se realiza con un sonido oclusivo en la primera, fricativo en la segunda. Es más, un hispanohablante que no hubiera recibido una educación fonolingüística previa y tuviera un oído normal no se daría cuenta exacta de las diferencias, atento a la comprensión del mensaje y no a la identificación de los elementos del mismo. Pero el hablante que no diferencia estas dos pronunciaciones de *desde*, a pesar de la gran cantidad de diferencias, distingue inmediatamente entre *mesa* y *pesa*, precisamente porque en este segundo caso, en el que sólo hay un elemento distinto, hay una diferencia de significado, lo suficiente para una rápida identificación de dos fonemas distintos, de una diferencia fonológica entre ambas palabras, y no simplemente de una diferencia fonética, como en el caso de *desde*.

Los fonemas no son los mismos en todas las lenguas; un francés, que distingue entre un fonema sibilante sordo /s/ y otro sonoro /z/, que para el español son variantes del mismo fonema, percibiría la diferencia entre las dos pronunciaciones anteriores de *desde*, precisamente porque para su conciencia lingüística de francófono entre [s] y [z] hay una diferencia fonológica, no fonética, por el cual interpreta como /s/y/z/ lo que para el español son dos realizaciones del fonema /s/.

6.2. VARIANTES DE FONEMAS

Un fonema, hemos visto, se realiza de distintos modos, con distintos sonidos. Las diferentes realizaciones de un fonema se llaman *variantes* o *alófonos*.

Las variantes pueden ser de dos tipos:

Llamamos *variantes facultativas* a las que se producen de modo esporádico cuando se realiza un fonema mediante un sonido, mientras que las *variantes combinatorias* son las que se producen en la realización de un fonema mediante un sonido, cuando toda la comunidad realiza en esa posición de la cadena fónica un sonido determinado y no otro cualquiera. Las variantes facultativas son *individuales*, simples vacilaciones de la pronunciación en cada hablante, como podría ser la pronunciación del fonema /r/ con un sonido vibrante [r] o con un sonido fricativo, en el que la lengua nunca llega a rozar los alvéolos [ɹ], o *generales*. Son las variantes de un sonido que tiene un uso general, como la pronunciación de [s] predorsal o coronal en gran parte de Andalucía, Canarias o Hispanoamérica.

Las *variantes combinatorias* se determinan por la posición de un sonido en la cadena fónica, lo que lleva a que un fonema sea realizado por esa

variante en esa posición. En español la /s/ es sonora, [z], delante de conso-
nante sonora.

La diferenciación entre fonemas y variantes fue establecida por el prín-
cipe N. S. Trubetzkoy mediante las siguientes reglas¹:

- 1) Si dos sonidos de la misma lengua aparecen exactamente en el mismo
contorno fónico y pueden sustituirse mutuamente sin que por ello se pro-
duzca una diferencia en la significación intelectual de la palabra, esos dos
sonidos son simples variantes facultativas de un fonema único.
- 2) Si dos sonidos aparecen exactamente en la misma posición fónica y
no pueden sustituirse mutuamente sin modificar la significación de las pala-
bras o sin que la palabra resulte irreconocible, esos dos sonidos son realiza-
ciones de dos fonemas diferentes.
- 3) Si dos sonidos de una lengua, emparentados desde el punto de vista
acústico o articulatorio, no se presentan jamás en el mismo contorno fónico
deben ser considerados variantes combinatorias del mismo fonema.
- 4) Dos sonidos que cumplan las condiciones de la regla anterior no pue-
den considerarse como variantes del mismo fonema si en la lengua en cues-
tión pueden aparecer uno junto a otro en el mismo grupo fónico en las mis-
mas condiciones en que uno de ellos aparece aisladamente, en este caso
deben ser considerados dos fonemas distintos.

Además de la distinción entre fonema y variante, no siempre fácil y siempre
distinta en lenguas diferentes, Trubetzkoy estableció otra serie de reglas que
permiten distinguir un fonema de un grupo de fonemas, tema especialmente
delicado, en lo que al español se refiere, en la cuestión de las africadas, por
una parte, y de los diptongos por otra ²:

- 1) Sólo podemos considerar como realización de un fonema simple en
una lengua determinada un grupo de sonidos que no se reparten en dos
sílabas.
- 2) Un grupo fónico solamente puede recibir la consideración de fonema
único cuando lo produce un único movimiento articulatorio o se produce por
la disociación progresiva de un complejo articulatorio.
- 3) Para que un grupo fónico sea monofonemático su duración no debe
sobrepasar la de los otros fonemas de la misma lengua.
- 4) Un grupo fónico que responde a las reglas anteriores corresponde a
la realización de un fonema único si es tratado como un fonema único, es
decir, si aparece en las posiciones fónicas en las que la lengua en cuestión no
admitiría un grupo de fonemas.
- 5) Debemos considerar como realización de un fonema único a un grupo
fónico que responde a las tres primeras reglas y además por ser monofone-
mático restablece un paralelismo en el inventario de los fonemas.

¹ N. S. Trubetzkoy, *Principios de fonología*, Madrid, 1973, cap. 2. Editorial Cincel. Debe consultarse también la *Fonología Española* de E. Alarcos. Mayor cuidado requiere el manejo de la *Spanish Phonology* de James W. Harris (trad. Barcelona: Planeta).

² Trubetzkoy, *op. cit.*, pp. 49-56.

6) Si no podemos interpretar una parte constitutiva de un grupo fónico potencialmente monofonemático como variante combinatoria de un fonema cualquiera de dicha lengua, podemos considerar todo el grupo fónico como realización de un fonema particular.

7) Si entre un sonido único y un grupo fónico que responde a las premisas fonéticas establecidas anteriormente se establece una relación de variante combinatoria y facultativa y hay que considerar al grupo fónico como realización de un grupo de fonemas, el sonido único debe tener también el valor de realización del mismo grupo de fonemas.

6.2.1. Los fonemas del español

Desde el punto de vista *articulatorio*, teniendo en cuenta el modo de articulación, punto o lugar de articulación, y la sonoridad o sordéz de los sonidos mediante los cuales se realizan, o de los que son clases, podemos definir los fonemas del siguiente modo:

Vocales (todas son sonoras)

- a fonema, vocal, oral, central, abierto.
- e fonema, vocal, oral, palatal, medio.
- o fonema, vocal, oral, velar, medio.
- i fonema, vocal, oral, palatal, cerrado o extremo.
- u fonema, vocal, oral, velar, cerrado o extremo.

Consonantes

- b fonema, consonante, oral, labial, oclusivo, sonoro.
- p fonema, consonante, oral, labial, oclusivo, sordo.
- f fonema, consonante, oral, labial, fricativo, sordo.
- d fonema, consonante, oral, dental, oclusivo, sonoro.
- t fonema, consonante, oral, dental, oclusivo, sordo.
- θ fonema, consonante, oral, dental, fricativo, sordo (zeta castellana).
- g fonema, consonante, oral, velar, oclusivo, sonoro.
- k fonema, consonante, oral, velar, oclusivo, sordo.
- x fonema, consonante, oral, velar, fricativo, sordo (jota castellana).
- m fonema, consonante, nasal, labial, sonoro.
- n fonema, consonante, nasal, alveolar, sonoro.
- ɲ fonema, consonante, nasal, palatal, sonoro.
- y fonema, consonante, oral, palatal, sonoro (africado o fricativo).
- ç, š fonema, consonante, oral, palatal, africado, sordo.
- ʎ fonema, consonante, oral, palatal, lateral, sonoro.
- l fonema, consonante, oral, alveolar, lateral, sonoro.
- ʀ fonema, consonante, oral, alveolar, vibrante (múltiple), sonoro.
- r fonema, consonante, oral, alveolar, vibrante (simple), sonoro.
- s fonema, consonante, oral, alveolar, fricativa, sorda (alveolar o dental).

(Las nasales son oclusivas en cuanto a su articulación oral, pero fricativas en la nasal, sin obstáculos.)

} líquidos

Conviene insistir en la convencionalidad de estos rasgos. Se ha insistido mucho en que los fonemas /b/ /d/ /g/ se realizan con más frecuencia mediante sus variantes fricativas, sin embargo, la definición como oclusivos facilita la sistematización. Al mismo tiempo conviene no olvidar que, también en este punto, coexisten en español varios sistemas, con alteraciones importantes (seseo, yeísmo y evoluciones posteriores, aspiración de -s final, confusiones de líquidas), a la vez que hay *fonemas marginales*, procedentes de otras lenguas, pero que se usan corrientemente en español, generalmente asociados a determinadas formas léxicas (p. ej. la fricativa palatal sonora /ʒ/ para el sonido representado por *ge* en *Peugeot*, o, en la misma palabra, la bemolizada /ð/ del francés, la /ʌ/ del inglés *pub*, y tantas otras, ligadas a determinantes sociolingüísticos, pero algunas muy generalizadas).

6.2.2. Fonología de semivocales y semiconsonantes

En el capítulo anterior describimos cuatro sonidos, [j], [i̞], [w], [ɣ], como semiconsonantes y semivocales, de las series palatal y velar, respectivamente. Si su condición fonética es clara, no así la fonológica. En el caso de [w], [ɣ], no es difícil suponer que sean variantes del fonema vocálico /u/, y la única objeción sería (que podría llevar a postular la existencia de un fonema /w/) sería el paralelismo de la serie palatal. Porque es ahí, en efecto, donde puede vacilarse, por la existencia de los sonidos [y] y [ý], para los que se postula (o no) la existencia de un fonema /y/.

Amable Veiga Arias (*cf.* nuestra bibliografía) ha resumido y estudiado con claridad la cuestión, muy recientemente (1978), reuniendo en tres grupos las distintas posturas:

1.^a Alarcos cree, de acuerdo con la regla III de Trubetzkoy, que [j], [i̞], e [i] son variantes del fonema /i/: prenuclear, posnuclear y nuclear, respectivamente, o sea, que deben ir antes o después del núcleo silábico, o ser el propio núcleo silábico, exclusivamente, en cada caso. La diferencia fundamental, en relación con [y] y [ý], variantes de /y/, es que entre /i/ y /y/ no hay oposición, sino contraste: vocal y consonante se excluyen en el discurso de modo total.

2.^a A. Rosetti, en cambio, cree que, además de los fonemas /y/ /i/, tienen su propio estatuto fonemático /j/ y /i̞/.

3.^a Los lingüistas que han estudiado este problema español desde los postulados del estructuralismo americano están de acuerdo en la existencia de dos fonemas /i/ /y/, discrepan en si [i̞] [j] son alófonos del primero o del segundo; pero coinciden en que /y/ no es un fonema consonántico, sino semivocálico-semiconsonántico (en inglés hay un término específico que incluye ambas opciones: *glide* [gláid], lit. 'resbalón').

Por nuestra parte, nos sumamos a la opinión de Alarcos, ampliada por Veiga, de que lo fundamental es el contraste *consonante/vocal*, que hace

que [j] [ɟ] sean consideradas variantes de un fonema vocálico, o, de un archifonema /l/, como postula Veiga, y apoyamos este criterio con argumentos de tipo exclusivamente estructurales y 'praguenses', como la posibilidad de contrastar esta diferencia, con el ejemplo posible *desierto-desyerto*, en el que la división silábica, respectivamente *de-sier-to/des-yer-to*, apunta también a la distinción en dos clases fonológicas distintas de [j], miembro de la clase /i/ y [y] o [ɟ], pronunciación también posible, miembro de la clase /y/.

En cuanto a [u], [ɥ], [w], aunque A. Martinet y B. Malmberg (a los que, en parte, puede sumarse el *Esbozo* académico) postulan la existencia de un fonema /w/, al que pertenecerían [ɥ] y [w], apoyados en la realización inicial de *hueso*, *huevo*, ([bwéso], [gwéso]), creemos, con Alarcos, que los tipos [gwéso], [bwéso] ofrecen una realización difonemática inicial, con /g/ o /b/ + /u/, respectivamente.

6.3. OPOSICIÓN

Unos fonemas se distinguen de otros por el procedimiento de la sustitución o conmutación. Al establecimiento de diferencias entre unos fonemas y otros llamamos *oposición*. Cada fonema tiene una serie de *rasgos*, que son los que le caracterizan como tal, en su conjunto, p. ej. el fonema /s/ en español se puede definir, como hemos hecho anteriormente como consonante, oral, fricativo, siseante. Estos serían los *rasgos distintivos, pertinentes o relevantes*, ya que por ello se distingue de otros fonemas que no los tengan todos o que no tengan alguno. Pero además de estos rasgos los fonemas tienen otros, *irrelevantes, no distintivos o no pertinentes*, que no sirven para diferenciarse de otros fonemas pero que deben aparecer en la realización de cada fonema por medio de un sonido. En el caso de la /s/ esos rasgos son su condición de alveolar, dental, etc., o de sorda o sonora. Un sonido concreto tiene que ser sordo o sonoro, y tener un lugar de articulación preciso, pero en el caso de la /s/ esos rasgos no son pertinentes, ya que puede darse cualquiera de ellos sin que la interpretación del fonema varíe.

6.4. CLASIFICACIÓN DE LAS OPOSICIONES

En la clasificación de las oposiciones partimos de una serie de circunstancias relativas ³:

A) Por su relación en todo el sistema de oposiciones:

bilaterales
multilaterales
proporcionales
aisladas

³ *Ibid.*, pp. 59-80.

Además de los rasgos distintivos, dos términos en oposición tienen rasgos comunes, éstos constituyen la *base de comparación*, mientras que los rasgos distintivos constituyen, por su parte, la *marca distintiva*.

Cuando la base de comparación es común a dos términos y sólo a ellos, ambos están en oposición *bilateral*. Cuando más de dos términos tienen la misma base de comparación la oposición entre dos de ellos es *multilateral*. La /u/ es vocal velar oral como la /o/, en español no hay más vocales velares, luego ambos fonemas tienen la misma base en exclusiva. /u/ es cerrada y /o/ abierta, éstos serían los rasgos distintivos, la oposición es bilateral. /d/ consonante oral sonora tiene esta base en común con /b/ y /g/, por lo que las oposiciones entre /b/, /d/ y /g/ son multilaterales. (La marca distintiva de la /d/ sería su carácter dental, de la /b/ el labial, de la /g/ el velar.)

Podemos pensar también que cuando la base de comparación es mínima la oposición no tiene el mismo valor que cuando hay varios rasgos en la base de comparación. Entre las vocales y las consonantes se ha dicho que no hay oposición, sino *contraste*, porque la base de comparación (fonema oral, salvo cuando se compara con las nasales, palatal o velar según los casos) puede ser mínima, como en el caso de la /u/ y /n/ y se produce una diferenciación en el decurso, o *contraste sintagmático*. Es posible pensar que las oposiciones entre consonantes cuya base de comparación se limite a rasgos tan generales como consonantes, o incluso consonante oral, puedan considerarse como casos de contraste, o de un tipo distinto de oposición, entre fonema y archifonema, o entre archifonemas, como veremos al hablar de neutralización y archifonema.

Hablamos de oposiciones *proporcionales* cuando la relación que existe entre los términos de una oposición es la misma que existe entre otros dos términos de otra oposición del sistema (o de varias oposiciones).

La oposición /p/ /b/ tiene los siguientes rasgos:

Base de comparación. Consonantes, orales, labiales (podemos considerarlas oclusivas, aunque en realidad el fonema /b/ se realiza mayor número de veces por medio de su variante fricativa):

Marca distintiva. /p/ es sordo, /b/ sonoro.

Esta oposición es proporcional a las que se establecen entre:

/t/ consonante, oral, dental, oclusiva... *sorda*.

/d/ consonante, oral, dental, oclusiva (la misma observación que para /b/)... *sonora*.

/k/ consonante oral, velar, oclusiva... *sorda*.

/g/ consonante, oral, velar, oclusiva (la misma observación que para /b/ y /d/)... *sonora*.

Cuando no se establece esta relación de proporcionalidad las oposiciones son *aisladas*:

/r/ líquida, oral, sonora, alveolar, vibrante... *simple*.

/ʀ/ líquida, oral, sonora, alveolar, vibrante... *múltiple*.

/ʀ/ y /r/ constituyen una oposición bilateral (ningún otro fonema de la lengua tiene la misma base) y aislada (en ninguna otra oposición los fonemas tienen una relación de este tipo).

B) Por la relación existente entre los términos de la oposición:

privativas
graduales
equipolentes

Las oposiciones *privativas* se caracterizan porque en ellas uno de los términos de la oposición está caracterizado por la presencia o ausencia de una *marca*. El término de la oposición caracterizado por la presencia de la marca es el término *marcado* de la oposición, el caracterizado por la ausencia de esa marca es el término *no marcado*.

En español pertenecen a este tipo las oposiciones cuya marca distintiva está constituida por los rasgos sonora/no sonora (sorda) o nasal/no nasal (oral) y lateral / no lateral.

En las oposiciones *graduales* los términos están caracterizados por distintos grados de la misma particularidad. Es el tipo de oposición vocálico por excelencia:

/i/ vocal, oral, palatal... *cerrado*.

/e/ vocal, oral, palatal... *abierto*.

Se trata de una oposición bilateral, proporcional a la de /u/ /o/, y gradual.

Las oposiciones *equipolentes* son las que se establecen entre dos términos lógicamente equivalentes, es decir, que no se pueden considerar como dos grados de una particularidad ni como opuestos por la presencia o ausencia de un rasgo. Es el tipo de oposición más numeroso:

/p/ consonante, oral, sordo, oclusivo... *labial*.

/t/ consonante, oral, sordo, oclusivo... *dental*.

Es una oposición multilateral (hay otro fonema consonántico, oral, oclusivo y sordo en español, /k/), proporcional a /b/ /d/ /f/ /θ/, y equipolente, ninguno de los rasgos distintivos tiene un carácter de distinto grado a los otros.

La clasificación de una oposición en uno de estos tres tipos no es tan objetiva y clara como en las oposiciones del grupo A. No se trata de que dependan de la subjetividad del clasificador, pero dependen de la estructura fonológica total del sistema y en algunos casos los criterios de clasificación pueden ser bastante subjetivos. En el caso del español el problema se plantea claramente en las oposiciones en las que uno de los términos es /b/ /d/ /g/, pues estos fonemas no pueden ser definidos, en rigor, ni como oclusivos ni

como fricativos, ya que tanto la oclusión como la fricación son variantes combinatorias en la realización del fonema. La clasificación de las oposiciones en que intervienen variará si los consideramos oclusivos (lo habitual en su estudio pero no en su producción), fricativos (al contrario) o indiferentes a ese rasgo (no se suele hacer porque la clasificación de las oposiciones en que intervienen, y por ende su valor en el sistema, sería muy imprecisa).

El funcionamiento de cada sistema nos indica también los rasgos que tenemos que considerar en cada lengua para hablar de oposición privativa. Nosotros nos hemos limitado en castellano a tres, sonoridad, lateralidad y nasalidad, pero en otras lenguas podemos añadir bemolizada/no bemolizada, abierta/no abierta, glotalizada/no glotalizada, etc. El criterio preferible es no complicar la descripción del sistema. En las lenguas muy ricas en fonemas puede tener interés la multiplicación de ese tipo de rasgos privativos, en español la riqueza fonológica no es tan grande como para recargar el cuadro de rasgos privativos.

C) El último tipo de oposiciones depende de la extensión de su poder distintivo:

constantes
neutralizables

La economía del idioma trata de ahorrar recursos distintivos de varias maneras; una de ellas es reducir el número de oposiciones, bien por reducción del número de fonemas, bien por eliminar una oposición en un contorno fónico en el que no resulta económico el mantenimiento de una diferencia.

En algunas ocasiones dos fonemas se oponen siempre, jamás se realizan con variantes en las que hayan perdido su condición de distintivos los rasgos que constituyen la marca. Estas oposiciones son llamadas *constantes*, porque en ninguna ocasión deja de existir la oposición entre los dos fonemas: los sonidos con los que se realizan son siempre distintos, está siempre presente la marca distintiva. En español la oposición /p/ /b/ es constante. En todos los contornos fónicos se distinguen siempre las realizaciones de /p/ de las de /b/.

En otras ocasiones no resulta económico para un sistema el mantenimiento de una oposición en determinados entornos fónicos. En ese caso se eliminan en la producción del sonido los rasgos que constituyen la marca distintiva. Entonces hablamos de oposiciones *neutralizables* y de *neutralización* de una oposición: en una determinada posición dejan de oponerse dos fonemas mediante dos realizaciones distintas y pasan a realizarse con un solo sonido. Las posiciones en las que se produce la neutralización se llaman *posiciones de neutralización*. Las posiciones en las que la neutralización no se produce se llaman *posiciones de pertinencia*.

En las posiciones en que se produce la neutralización los únicos rasgos pertinentes que se mantienen son los comunes a los dos fonemas neutralizados. Llamamos *archifonema* al conjunto de particularidades distintivas comunes a

los dos fonemas ⁴. Por esta razón sólo se pueden neutralizar las oposiciones bilaterales. En español hay gran cantidad de neutralizaciones, de las que podemos citar las de /p/ /b/, /t/ /d/, /k/ /g/ en posición implosiva, es decir, cerrando sílaba, precedidas de vocal y seguidas de consonante, excepto /r/. En todos esos casos el sonido que realiza el archifonema es un sonido más o menos sordo, lo que elimina la marca distintiva, que era precisamente la de sonoridad/sordez.

También es muy perceptible la neutralización de la oposición /r/ /r̄/ en varias posiciones: En inicial absoluta se realiza el archifonema como [r̄] ⁵, y lo mismo sucede tras /l/ o /n/, en final de palabra se realiza como [r], de modo que sólo se distinguen en interior de palabra salvo si van precedidos de /l/ /n/.

6.5. EL ARCHIFONEMA

El archifonema se puede realizar de cuatro modos diversos:

- 1) Es una variante combinatoria de ambos fonemas que sólo se realiza en la posición de neutralización [ɣ] de /p/ /b/, etc.
- 2) El representante del archifonema es idéntico a la realización de uno de los términos de la oposición. Esta elección depende de la vecindad de otro fonema, causante de la neutralización. /l/ /ʎ/ se neutralizan en español ante sonido palatal, el archifonema se realiza como [ʎ].
- 3) Como en 2), con la diferencia de que la elección no depende de la vecindad de ningún otro fonema, es lo que sucede en la neutralización /m/ /n/ en castellano en final de palabra, realizada siempre como [n] ⁶.
- 4) En la realidad se puede considerar como combinación de los dos anteriores, el archifonema está representado en unas posiciones por uno de los términos de la oposición, en otras por otro. En español, aunque se haya tratado de negar, este tipo de realización está representado por la realización del archifonema /R/, [r̄] en inicial de palabras y tras /n/ /l/ (condicionamiento interno y externo), y [r] en final de palabra o tras las demás consonantes (también los dos tipos de condicionamiento) ⁷.

6.6. OPOSICIONES EN ARCHIFONEMAS

En nuestro párrafo 6.4 hemos aludido al escaso interés que tienen las oposiciones cuya base de comparación es mínima, y que se diferencian por

⁴ *Ibid.*, pp. 70 y ss.

⁵ El archifonema se designa por medio de una letra mayúscula entre barras oblicuas: /P/, archifonema de /p/ /b/; /R/, archifonema de /r/ /r̄/.

⁶ La penetración de neologismos en -m (*álbum*, *currículum*) está terminado con esta neutralización. Ya se oye incluso Jerusalem, en vez del correcto y tradicional Jerusalén. Los numerosos vicios de pronunciación de los locutores de radio y TV son en gran medida causantes de este desbarajuste.

⁷ Cf. E. Buyssens, «Phonème, archiphonème et pertinence», en *La Linguistique*, 8, 1972/2, 39-58.

ello en gran cantidad de rasgos. Puede que en estos casos sea una solución ver en qué oposiciones neutralizables aparecen esos fonemas y oponer luego los archifonemas en lugar de los fonemas sin neutralizar, de este modo se eliminan una serie de rasgos distintivos sobrantes y se establece mejor lo verdaderamente distintivo de estos fonemas. La oposición entre /p/ y /n/ tienen realmente una base de comparación muy reducida:

/p/ consonante... *no nasal (oral). Sorda. Labial. Oclusiva.*
 /n/ consonante... *nasal. Sonora. Alveolar*

Si consideramos los archifonemas establecidos por las neutralizaciones de /p/, /b/, /m/, /n/, /ɲ/ tendremos:

/P/ consonante... *no nasal*
 /N/ consonante... *nasal*

De este modo, eliminando los rasgos neutralizables (oclusión, sonoridad *, lugar de articulación) podemos llegar a lo que podríamos considerar el rasgo más distintivo de la oposición, la nasalidad.

Si un fonema cualquiera, al que llamaremos /a/, es neutralizable con otro fonema, llamado /b/, en un archifonema /A/, ningún fonema, (/x/), que tenga una oposición constante con /a/ podrá tenerla neutralizable con /b/. Por ello es un gasto superfluo en la economía del sistema enfrentarlo con el fonema /a/ y luego con /b/, cuando sólo bastaría con oponerlo al archifonema /A/. Por ej.: /r/ se opone en español a /n/ con una oposición constante:

/r/ y /ɾ/ son neutralizables en /R/ (vibrante).
 /n/, /m/ y /ɲ/ son neutralizables en /N/ (nasal).

luego /r/ /m/, /ɾ/ /n/, /ɾ/, /ɲ/, etc., serán oposiciones constantes.

6.7 CORRELACIÓN

Por todas estas razones tenemos que reconocer que los dos fonemas de una oposición bilateral tienen una interrelación debida a que lo que tienen en común no aparece en otro fonema de la lengua †, son «los únicos de su especie».

Las mejores condiciones para analizar dos fonemas las encontramos cuando pertenecen a una oposición bilateral, proporcional, privativa y neutralizable. En estos casos hay una relación estrechísima entre ambos fonemas que permite que su contenido fonológico sea analizado del modo más preciso posible. La coherencia de un sistema, por otra parte, está ligada al número de oposiciones de este tipo que aparezcan en él. Por esta razón,

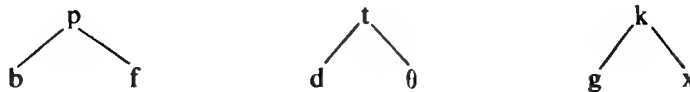
* Como no hay nasales sordas en castellano el rasgo de sonora va ligado al de nasal.

† Trubetzkoy, *op. cit.*, pp. 75-80.

N. Trubetzkoy señaló la conveniencia de separar estas oposiciones del resto de las que constituyen el sistema. Para ello empezamos designándolas con el nombre de *correlación*. Para estudiarlas tenemos que partir de estas definiciones:

Llamamos *par correlativo* o *pareja correlativa* a dos fonemas que se encuentran en relación mutua por una oposición bilateral proporcional lógicamente privativa. *Marca de correlación* es la particularidad fonológica por cuya existencia o no existencia se caracterizan una serie de pares correlativos. El término *correlación* se aplica al conjunto de todos los pares correlativos que se caracterizan por la misma marca de correlación. Todas las oposiciones del sistema están en relación de correlación o de *disyunción*. El tipo más frecuente de correlación en español es la de sonoridad.

La correlación puede hacerse por parejas o por *haces*. Decimos que existe un *haz de correlaciones* cuando reunimos todos los fonemas pertenecientes a los mismos pares correlativos en los que un fonema participa en varias correlaciones emparentadas por el mismo tipo de relación. De este modo tenemos los haces:



6.8. FONOLOGIZACIÓN, DESFONOLOGIZACIÓN Y TRANSFONOLOGIZACIÓN

En la historia de un sistema fonológico se advierte un cambio en los fonemas que lo componen que puede deberse a tres operaciones distintas.

Hablamos de *fonologización* cuando aparece un nuevo fonema en una lengua. La fonologización suele obedecer a que una variante combinatoria de un fonema deja de ser variante y pasa a oponerse a las restantes variantes combinatorias del fonema en cuestión. En otras ocasiones es el resultado de una evolución fonética. Un ejemplo del primer tipo tenemos en la evolución de la /u/ latina arcaica, que a través de sus variantes [u] vocálica y [u] consonántica llegó a dividirse en los fonemas /u/, vocal, y /v/, consonante, que en el caso español consideraremos como un fonema /b/ que se opuso al fonema /b/ en español medieval. Como ejemplo del segundo tipo tenemos la aparición del fonema /j/ en castellano.

En otras ocasiones lo que sucede es que dos fonemas se neutralizan en todas sus posiciones, en este caso ya no tiene objeto hablar de dos fonemas, sino de uno solo. El fenómeno producido, pérdida de un fonema, se llama *desfonologización*. Tenemos un buen ejemplo de ello en el actual fonema /b/. La lengua medieval tenía dos fonemas bilabiales sonoros, el oclusivo /b/, y el fricativo /b̥/, resultado de un proceso de fonologización, como hemos visto. A fines del xv parece haberse perdido la distinción entre /b/ y /b̥/ con valor

fonológico, con lo que se produce una desfonologización y pasamos al único fonema bilabial sonoro actual, /b/, que se realiza en unas ocasiones como oclusivo [b] y en otras como fricativo [β].

Por *transfonologización* entendemos un fenómeno que consiste en que dos fonemas que se oponían por un determinado tipo de rasgos se siguen oponiendo, pero por rasgos distintos. Uno, o los dos, ha sufrido una evolución fonética y las características de su realización han cambiado. En latín clásico la /ō/ se oponía a la /ǒ/ cuantitativamente, larga/breve. En latín vulgar se mantiene la oposición, pero no es ya cuantitativa, sino cualitativa /o/ /ɔ/, cerrada/abierta.

La *fonología diacrónica* es la parte de la fonología que estudia los diferentes sistemas fonológicos de una lengua a lo largo de su historia, debidos a los cambios producidos por estos fenómenos de fonologización, desfonologización y transfonologización.

6.9. ACENTO Y ENTONACIÓN

Hasta aquí nos hemos ocupado de una sola función de los elementos fónicos, la llamada *función diferencial o distintiva*¹⁰, que permite distinguir unos signos lingüísticos de otros en el nivel fonológico de la palabra.

En relación con esta función diferencial tenemos que situar la actuación de lo que llamamos *unidades suprasegmentales*: el *acento* y la *entonación*.

Antes de hablar del acento, pues de la entonación nos ocuparemos en el próximo capítulo, conviene indicar también que existe otra función de los elementos fónicos, la llamada *delimitativa o demarcativa*, por la cual se pueden separar en la cadena hablada unas unidades de otras, sin separar unidades con contenido semántico. Este procedimiento no es completo, pero es una gran ayuda en la delimitación de esas unidades de *competencia* que llamamos *palabras*. En español, como en todas las lenguas, hay determinados fonemas que no se realizan seguidos en la misma palabra, otros que sólo se realizan en una determinada posición dentro de la palabra, y por último los que se realizan en cualquier posición de la palabra. Las vocales no tienen función delimitativa ya que pueden situarse libremente en el interior de cada palabra. El fonema /r/ en español tiene función demarcativa con indicación negativa, ya que indica que no es comienzo de palabra, puesto que en español ninguna palabra comienza por una realización del fonema /r/. El fonema /j/ indica que no se trata de final de palabras, pues el español no admite ninguna realización de este fonema en final de palabra. No obstante en este caso tenemos que tener cuidado con los fenómenos de la llamada *fonética sintáctica*, alteraciones que sufre un sonido inicial o final de una palabra por influencia del sonido final o inicial de la palabra inmediata. En el caso de la /j/ tendríamos que precisar que si el sonido siguiente es palatal tiene que realizarse el fonema /j/ con sonido palatal por fonética *sintáctica*. Esta misma condición del fonema /j/ nos permite saber que si aparece en posición

¹⁰ Cf. E. Alarcos, *op. cit.*, pp. 34-35 y 98-100.

intervocálica o ante consonante no palatal se trata de interior de palabra. (Seguido de vocal puede ser también inicial.)

Todo esto nos permite darnos cuenta de que la función delimitativa de los fonemas no es lo suficientemente fija como para permitirnos resolver el problema de la definición de la palabra. Tampoco nos lo permite la señal demarcativa más importante: *la pausa*, pues ésta separa enunciados, no palabras. Esta realidad fónica refuerza el hecho semiológico, que estudiaremos en el capítulo correspondiente, de que la unidad significativa no es tampoco la palabra, sino el enunciado. La unidad semiológica o *sema* tiene su base realizable en el enunciado, no en la palabra.

Acabamos de decir que la función diferencial podía ser desarrollada por el acento y la entonación. En realidad creemos preferible hablar en este caso de *función culminativa*. Es cierto que ambos elementos fónicos permiten distinguir significados: *canto*, *cantó*, etc., pero son unidades que no podemos considerar fonemas, sino rasgos que se superponen a los fonemáticos. No tendría sentido distinguir en español cinco fonemas vocálicos átonos (sin acento) y cinco tónicos (con acento), ya que supondría una complicación innecesaria de la estructura, que se puede eliminar con la consideración del acento como un refuerzo, perfectamente separable del fonema vocálico, con la peculiaridad de que los fonemas vocálicos pueden realizarse sin acento en español, mientras que el acento depende de un fonema vocálico para su realización. (Entre vocales átonas y tónicas no se daría oposición, sino contraste; es decir, oposición sintagmática y no paradigmática.)¹¹

Por su parte, el acento es uno de los elementos fónicos más importantes para la definición de la palabra, ya que, por regla general, ninguna palabra española lleva dos acentos (si exceptuamos los adverbios en *-mente*). No obstante, hay palabras españolas sin acento, lo que nos impide definir la palabra como «segmento de cadena fónica limitado por pausas, uno de cuyos fonemas está acentuado». Esta definición no es la de palabra, pero sí de lo que llamamos *palabra fonética*, unidad con significado reconocible por medios físicos en el significante, o de *grupo fónico*, como veremos en 7.3.

El acento en español es fundamentalmente de intensidad, aunque lleve también aparejadas alteraciones de tono, timbre y cantidad¹². Una mayor amplitud en la onda sonora, producida por una mayor vibración de las cuerdas vocales, es lo que constituye básicamente el acento español.

La combinación de vocales y consonantes que constituyen normalmente la *sílab*a (que estudiaremos en el capítulo próximo, y que en español puede estar constituida por sólo una vocal) tiene una serie de propiedades cuando es tónica, que A. Quilis esquematiza en cuatro puntos:

- 1) Mayor energía articulatoria.
- 2) Mayor tensión y abertura de las vocales, como vimos cuando habla-

¹¹ Debo esta observación a Álvaro Porto. Cf. E. Alarcos Llorach, «Los rasgos prosódicos», en *Problemas y principios del estructuralismo lingüístico*, Madrid (C.S.I.C.) 1967, pp. 1-8.

¹² Cf. A. Quilis y J. A. Fernández, *Curso de Fonética...*, pp. 153-161. *Vid. et.* los capítulos III-VI de A. Quilis y otros, *Lengua Española*. D. Rafael Lapesa me advierte que en la Argentina el acento puede aparejar el cierre de la vocal tónica.

mos de los distintos músculos que actúan en la producción de vocales y consonantes.

- 3) Mayor tensión y cierre de las consonantes.
- 4) Mayor sonoridad y por ello mayor perceptibilidad.

Es importante señalar que en español hay siempre un acento secundario a dos sílabas de distancia del primario, o, lo que es lo mismo, que no puede haber dos sílabas átonas seguidas, a no ser que estén entre dos acentos primarios. El esquema acentual puede ser:

acento primario-átona-acento secundario-átona-acento primario

o bien:

acento primario-átona-átona-acento primario

Esto no tiene una excesiva importancia en la lengua ordinaria, pero presenta un gran interés para un estudio de la métrica acentual española.

La acentuación más frecuente en español es la *grave* o *llana*, que hace caer el acento sobre la penúltima sílaba. La palabra *aguda* lleva el acento en la última sílaba y la *esdrújula* en la antepenúltima. Por reminiscencias de la acentuación tonal del griego y su terminología se llama también *oxítona* a la aguada, *paroxítona* a la llana y *proparoxítona* a la esdrújula ¹³.

¹³ Ligado por especiales razones, incluso personales, a la *Fonología* de Trubetzkoy (como comprenderá quien lea las líneas finales de la Introducción de L. J. Prieto a la versión española Ed. Cincel), he adoptado un criterio absolutamente praguense en este capítulo. No obstante, quien quiera informarse de otras metodologías puede acudir a 'La phonologie générative' de Sanford A. Schane, *Langages*, 8, 1967, 131 pp., donde se incluyen artículos de S. A. Schane, J. Foley, T. M. Lightner, P. Kiparsky, M. Halle y S. J. Keyser, J. D. McCawley, así como una amplia bibliografía, o a la nuestra final.

CAPÍTULO 7

La sílaba. La entonación

7.1. LA SÍLABA

Si partimos desde el rasgo ideal más pequeño hasta la unidad superior de la lengua ¹ nos encontraremos con una serie de grados en nuestro análisis. El punto de partida son los rasgos distintivos, que se integran en el fonema. La unidad superior al fonema es la *sílaba*. No tenemos una definición de sílaba aplicable a cualquier lengua, como tampoco la tenemos de la palabra. La palabra y la sílaba son unidades que el individuo reconoce gracias a su competencia lingüística. La sílaba es una agrupación de fonemas que obedece a determinadas reglas.

En español la primera regla es que toda sílaba se constituye en torno a un *núcleo*. Este núcleo es el único elemento imprescindible para que haya sílaba, es decir, la sílaba consta de al menos un fonema, el que constituye su núcleo. El núcleo (en español, pero no en todas las lenguas) tiene que ser una vocal.

A. Alonso define la sílaba como «la menor unidad de impulso (espiratorio y muscular) en que se divide el habla real» ². Esta definición vendría a resultar en la determinación de una sílaba por dos depresiones sucesivas en la articulación. La onda sonora tiene, en efecto, una sucesión de cimas y depresiones. El núcleo silábico está siempre en la cima, pero las depresiones señalan los límites entre núcleos silábicos, no entre sílabas. Es evidente que todos los núcleos silábicos monofonemáticos quedan delimitados por una depresión anterior y otra posterior. No obstante, la estructura silábica del español admite hasta cinco realizaciones fonéticas de fonemas en una sílaba con la estructura CCVCC ³ y se podría llegar a siete con una estructura CCSCVSYCC, p. ej. *trieuns*, *truains*.

La sílaba se realiza en tres momentos: el momento inicial o intensivo es

¹ Siguiendo a R. Jakobson y M. Halle, *Fundamentals of Language*. La Haya (Mouton) 1956, pp. 20-21. Trad. esp. 2.^a ed. Ed. Ayuso, Madrid, 1973, par. 3.1. y ss.

² *Gramática*, II, p. 202.

³ C, consonante; V, vocal; SC, semiconsonante; SV, semivocal. P. ej. *trans*.

la *intensión*, el central o tensivo corresponde a la *tensión* y el final o distensivo a la *distensión*. En la estructura CVC la primera consonante es *explosiva* y la última *implosiva*. Es característico que los fonemas se realicen con sonidos muy nítidos y mantenimiento de sus rasgos distintivos en posición explosiva y que, por el contrario, se relajen y eliminen rasgos distintivos al realizarse en situación implosiva. Una gran cantidad de las neutralizaciones posibles en español suceden en posición implosiva, dependiente del contexto (i.e. del sonido siguiente) o independiente del contexto.

Al finalizar una sílaba se produce, por tanto, una distensión, caracterizada por la creciente cerrazón de los órganos articulatorios, que llega al reposo si hay pausa después, la natural distensión articuladora y la disminución de la sonoridad. En cambio, el momento intensivo se caracteriza por la tendencia a la abertura articuladora, aumento de tensión e incremento de la sonoridad. La frontera entre distensión y tensión es la frontera silábica.

La parte más perceptible de la sílaba es la tensión, llamada por ello *fase culminante o central* ⁴, «en la que concurren varias propiedades que conviene destacar:

- 1) Ofrece la facultad de poder prolongar cuantitativamente el fonema que constituye el núcleo silábico.
- 2) Presenta un máximo de apertura.
- 3) Presenta un máximo de sonoridad, y, por lo tanto, de perceptibilidad.
- 4) Presenta un máximo de intensidad».

Todas estas características se refuerzan cuando el acento recae sobre el núcleo de una sílaba. Se llama entonces sílaba *tónica* o acentuada, frente a la *átona* o inacentuada.

Hemos dicho que el español no admite más de dos consonantes antes o después del núcleo. Esto no quiere decir que se admitan dos consonantes cualesquiera en esas posiciones.

En la intención sólo se admiten dos consonantes cuando la primera es /p,t,k,b,g,f/, y la segunda la realización del archifonema /L/ lateral no palatal, o bien /p,t,k,b,d,g,f/ y la segunda la realización del archifonema /R/, vibrante. Hay que advertir que el grupo *tl* sólo aparece en cuatro americanismos: *tlaco*, *tlacuache*, *tlascalteca*, *tlazol*. En los otros casos la división silábica pasa entre la *t* y la *l*: *atlas* [át / las] ⁵.

Las consonantes admitidas como grupo en la distensión exigen que la sílaba siguiente empiece por consonante. En esta posición aparecen los grupos *bs*, *ks*, *ns*, *rs*.

Conviene advertir que en las sílabas que comienzan por [ks] (grafía *x*), [ps], la pronunciación general es [s]. En el caso de *ps* se admite incluso la grafía *s*: *siquiatra*.

Las sílabas terminadas en consonante + *s* (salvo *rs*) se reducen en la

⁴ A. Quilis y J. Fernández, *Curso...*, p. 135.

⁵ La escansión [a/tlas] está muy extendida en América y no falta en España, en todo caso.

pronunciación a [s]. Pueden escribirse simplemente con *s*, menos [ks], que aunque se pronuncie [s] en posición implosiva se escribe siempre *x*. P. ej.: *substancia/sustancia, transporteltrasporte*.

7.2. EL HIATO

Tenemos que destacar, antes de finalizar el apartado concedido a la sílaba, que dos vocales no están nunca en la misma sílaba (pueden estarlo semiconsonante y vocal, vocal y semivocal, semiconsonante vocal y semivocal, pero no vocal y vocal). El grupo asilábico formado por dos vocales que no están separadas por un sonido consonántico se llama *hiato*: *rehúso, pedía*. En poesía, *cruel*, con hiato, es bisílabo: *cru-el*.

7.3. EL TONEMA

En el capítulo anterior hemos hablado de *palabra fonética* como fragmento de cadena fónica con un solo acento, que puede aparecer precedido y seguido de pausa. Si prescindimos del acento llegamos a la definición de *grupo fónico* como fragmento de cadena fónica comprendido entre dos pausas. Esta definición tiene su importancia, ya que si el acento es el elemento fónico suprasegmental que se aplica a la sílaba o la palabra fonética, al grupo fónico corresponde la entonación. La unidad de entonación es el *tonema*. Como en realidad lo distintivo es el rasgo final del tonema podemos definirlo como hace Navarro Tomás ⁶:

«Se entiende por tonema la altura musical correspondiente a la terminación de cada uno de los grupos fónicos en que se divide la frase. La entonación española, en el modo de la enunciación corriente, utiliza con valores definidos cinco tonemas distintos: cadencia, semicadencia, anticadencia, semianticadencia y suspensión. La suspensión se produce en el tono medio o normal; la cadencia desciende hasta unos ocho semitonos por debajo de ese nivel; la semicadencia representa un descenso de tres o cuatro semitonos; la anticadencia se eleva hasta cuatro o cinco semitonos sobre la línea media, y la semianticadencia se eleva dos o tres semitonos».

Las frases enunciativas (aseverativas, tanto negativas como afirmativas) que constan de un solo grupo fónico terminan en cadencia:



la agricultura es un arte (Jovellanos)

⁶ «Diptongos y Tonemas», *Thesaurus*, B. I. C. C., XXVI, 1971, pp. 6-7. Cf. et. E. Alarcos, «Esquemas fonológicos de la frase», en *Lengua y Enseñanza* (C. E. D. O. D. E. P.), 2.^a ed. 1967, pp. 48-53.

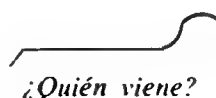
Las frases exclamativas se caracterizan por un rápido ascenso tonal seguido de un descenso igualmente rápido:



Las interrogativas tienen dos tipos de tonemas. Hay que distinguir entre la interrogación absoluta, que se expresa cuando desconocemos todo y, por tanto, preguntamos el significado de toda una frase, con tonema anticadente:



y la interrogativa parcial, que se produce cuando sabemos algo de la oración cuyo significado preguntamos, pero no todo, y preguntamos precisamente para saber eso que ignoramos, nos interesa la significación de un elemento oracional. En este caso, la anticadencia va seguida de un ligero descenso en la altura musical:



(sabemos que alguien viene, pero no sabemos quién).

Navarro Tomás ⁷ califica de *tonemas menores* a la semicadencia y semianticadencia y señala que, de ordinario, su papel consiste «en determinar la relación de los elementos complementarios con los miembros principales. Por lo común el lugar de las semicadencias es la primera parte de la frase, delante de la anticadencia; el de las semianticadencias es, al contrario, la segunda parte, delante de la cadencia. Otro empleo corriente de la semicadencia es el de servir, en una u otra de ambas partes, para los miembros de las series enumerativas».

Con esta cita hemos adelantado algo acerca de la composición de los tonemas cuando enunciado se compone de varios grupos fónicos. No vamos a detenernos mucho en algo que ha quedado estudiado en los manuales de pronunciación y entonación de Navarro Tomás. Conviene advertir, por otra parte, que, en el campo de la entonación, la unidad del castellano es mucho menor, lo que hace que las variedades suprasegmentales estén poco estudiadas. Nosotros, como hemos hecho en la fonética, nos limitaremos a exponer algunos rasgos de la pronunciación culta normal en las zonas castellanas de España.

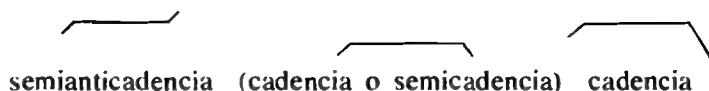
En general, podemos decir que cuando el grupo fónico, en una aseveración, consta de dos unidades, la primera termina en semianticadencia y la segunda en cadencia:

⁷ *Ibid.*, pp. 8-9.



Es libro bastante común, y que corre con aceptación (Jovellanos)

Cuando el enunciado se compone de más de dos grupos fónicos, la pausa más larga va precedida del tonema de mayor altura tonal. Hay que advertir, no obstante, que si dentro de esa cadena enunciativa se produce un inciso, éste se realiza en un tono algo más bajo que el tono medio del resto de la frase *:

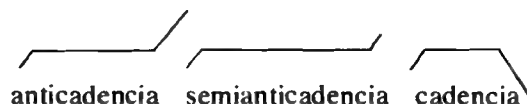


Desde aquel día (dijo el joven) está mi alma llena de tristeza

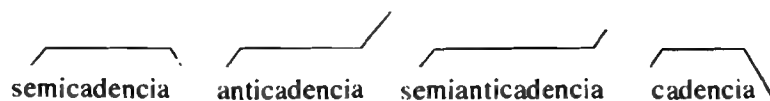
En «Diptongos y Tonemas»⁹ Navarro Tomás ejemplifica los siguientes enunciados compuestos de tres y cuatro grupos fónicos:



A la madrugada, / de noche aún, // me han despertado unos golpes suaves (E. Barrios).



Por mucho que valga un hombre, // nunca tendrá valor más alto / que el valor de ser hombre. (A. Machado.)



Almas acendradas, / almas de Dios, // logran no entristecerse / por las alegrías del prójimo. (G. Miró).

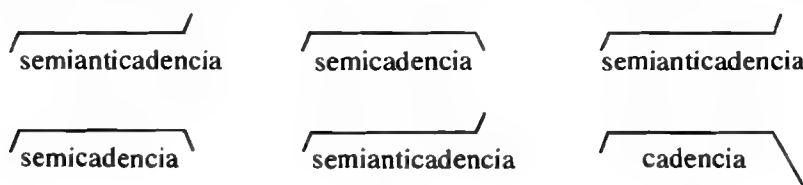
A estos ejemplos, para terminar, vamos a añadir las enumeraciones de términos contrapuestos dos a dos.¹⁰ Cada grupo de dos elementos contra-

* Navarro Tomás, *Manual de Pronunciación*, p. 219.

⁹ Pp. 7-8.

¹⁰ *Pronunciación*, pp. 224-225.

puestos se compone de una semianticadencia y una semicadencia, que puede llegar a cadencia si se hace muy enfática la contraposición:



Uno hace el rufián, / otro el embustero, // éste el mercader, / aquél el soldado, / otro el discreto, / otro el enamorado simple. (Cervantes.)

Y para terminar recurrimos de nuevo a Navarro Tomás, ya que nos interesa resaltar el paralelismo establecido por éste ¹¹ entre el sistema vocálico y el melódico:

vocal media, <i>a</i>	tonema medio, suspensión
vocal grave, <i>u</i>	tonema grave, cadencia
vocal aguda, <i>i</i>	tonema agudo, anticadencia
vocal semigrave, <i>o</i>	tonema semigrave, semicadencia
vocal semiaguda, <i>e</i>	tonema semiagudo, semianticadencia

Sólo hemos pretendido señalar algunas de las características de la entonación española en un sector lingüístico muy concreto. Es natural que nuestra descripción resulte demasiado esquemática. Resulta lógico si tenemos en cuenta que Navarro Tomás señala lo mismo tras más de doscientas cincuenta páginas de su *Manual de Entonación* y nuestra exposición cuenta con un mínimo de páginas. No obstante, creemos haber destacado lo más importante para situar al lector, el cual habrá de recurrir a dicho *Manual* para profundizar en el tema. Por nuestra parte, creemos que basta haber tratado de dar una idea de los diecinueve puntos en que resume Navarro Tomás su estudio.

¹¹ «Diptongos y Tonemas», p. 9.

CAPÍTULO 8

La división de la Gramática

8.1. PARADIGMÁTICA Y SINTAGMÁTICA

Toda unidad ha de constar de un elemento, pero, en algunos casos, puede constar de varios; entre esos elementos, en el interior de una unidad, existe una relación; cuando la relación es de dependencia o inclusión hablamos de *función*. Al mismo tiempo, las unidades, por su parte, están sometidas a restricciones dentro de su contexto y en función de los contextos de que pueden formar parte: las unidades tienen una *distribución*, que, de acuerdo con las expresiones de la teoría de conjuntos, puede ser (seguimos a J. Lyons, *Theoretical Linguistics*, 2.3.):

Equivalente: la unidad *x* aparece o puede aparecer en todos los contextos donde aparece la unidad *y*, y viceversa; por ejemplo, cada una de las vocales en español puede aparecer en los mismos contextos que todas las demás. (Nótese que esto no sucede así en la grafía, donde detrás de *q* sólo aparece *u*, y no las otras, en la grafía la distribución es, por tanto, parcialmente equivalente).

Complementaria: en los contextos donde aparece *x* no aparece *y* y viceversa, es decir, *x* e *y* no tienen contextos comunes: la forma *yo* no aparece nunca tras preposición propia (los usos con *entre*, *hasta* y *según* no son usos propiamente preposicionales), la forma *mí* aparece siempre tras preposición: *yo* y *mí* tienen distribución complementaria. (Nótese que los usos que admiten la construcción *entre yo...*, *hasta yo* y *según yo* no son posibles con *mí*, o no son equivalentes, caso de *hasta mí*, *con mí*). La grafía *z* aparece ante *a*, *o*, *u*, la grafía *c* ante *e*, *i*.

Inclusión: *y* aparece en todos los contextos de *x*, y además, en otros donde *x* no puede aparecer: en la grafía, la vocal *u*, como decíamos anteriormente, aparece en todos los contextos de las otras vocales *y*, además, detrás de *q*, donde las otras no pueden aparecer. La grafía *g* se puede utilizar para el sonido fricativo velar sordo sólo ante *e*, *i*, la grafía *j* ante las cinco vocales.

Intersección: *y*, en ciertos contextos, es intercambiable con *x*, pero hay otros contextos en los que *x* e *y* se excluyen mutuamente. La grafía *x* (equis)

y la grafía *j* (jota) son intercambiables en *México/Méjico*, *Oaxaca/Oajaca*, *mexicano/mejicano*, pero no lo son en *examen*, *lujo*. *Hi* y son intercambiables en *hierba/yerba*, pero no en *hijo*, *yugo*.

Veamos ahora en qué tipos de relaciones pueden entrar las unidades. Sea el contexto.

el — come

La unidad *perro* contrasta con otras unidades que podrían ocupar el lugar vacío entre *el* y *come*: *gato*, *niño*, *caballo*, *odio*: la relación que se establece entre las unidades que pueden ocupar el mismo lugar en el contexto es una relación *paradigmática*.

Simultáneamente, cualquiera de esas unidades relacionadas paradigmáticamente que hayamos seleccionado e incluido en nuestro contexto entra en relación con las unidades del contexto, en nuestro caso con *el* y *come*: la relación que se establece entre las unidades de un contexto dado es una relación *sintagmática*. Así, *perro*, *gato*, etc., una vez incluidos en el contexto, estarían en relación sintagmática con *el* y *come*. Adviértase, sin embargo, que la relación sintagmática no es una relación necesariamente *secuencial*: en una lengua como el español, con bastante libertad en el orden de palabras, se ejemplifica con claridad cómo las relaciones sintagmáticas no implican (en general) un orden en la secuencia:

vi al niño en el jardín
vi en el jardín al niño
en el jardín vi al niño

o incluso, con la posibilidad (paradigmática) de un pronombre duplicativo:

al niño lo vi en el jardín

También tiene interés aludir a la noción de *abierto* y *cerrado*, especialmente en relación con los *paradigmas*. Se habla de un *paradigma cerrado* cuando el inventario de sus elementos es finito: el paradigma de las vocales en español es un conjunto de cinco elementos. Un *paradigma abierto*, al contrario, es el que consta de un número potencialmente infinito de unidades: como ejemplo suele ponerse el *léxico*. Esta noción es discutible, porque cualquier paradigma teóricamente cerrado puede incluir otras unidades (es frecuente en lenguas en contacto, el español paraguayo puede incluir hasta dos vocales más en ese paradigma, procedentes del guaraní, la retrofleja no nasal *y*, o nasal *ỹ*, por ejemplo) y porque también se puede discutir qué se entiende por *abierto*: si la capacidad de recibir nuevas unidades, con lo que serían potencialmente abiertos todos los paradigmas, o su finitud en un momento determinado, con lo que parece bastante probable que no habría ningún paradigma abierto.

8.2. PALABRA, SINTAGMA Y FRASE

Al contrastar las unidades paradigmáticas en nuestro párrafo anterior (*pero / gato / niño...*) hemos operado con *palabras*. La palabra es una unidad lingüística tradicional, acerca de cuya definición, o realidad como tal, no hay acuerdo. La palabra, en realidad, es un constituyente de un complejo superior, la *frase*, o la *oración*, y contiene a su vez unidades menores: *morfemas* o *monemas* y fonemas. No se trata de una unidad mínima, pero sí de una unidad intuitiva y empírica. En este segundo sentido, se atiene a las prácticas definiciones gráficas «espacio limitado por dos blancos en la escritura», desigualmente aplicables en las distintas lenguas, pero convencionalmente aceptables (y ampliamente usadas).

En la palabra se presentan tres aspectos: formal, funcional y significativo. A. Meillet, en su *Linguistique Historique et Linguistique Générale* la definió así diciendo: «Una palabra se define por la asociación de un sentido determinado a un conjunto determinado de sonidos susceptible de un empleo gramatical determinado» (p. 30). Karl Bühler, en su *Teoría del Lenguaje*, nos presenta una matización de esta definición, diciéndonos: «Palabras son los signos fonéticos acuñados fonemáticamente y capaces de campo de una lengua» (págs. 439-441, 2.^a ed. p. 359). En ambas definiciones se tiene en cuenta el carácter formal y semántico de la palabra. Bühler delimita que sólo las clases de sonidos con valor fonológico deben entrar en la consideración de «conjunto determinado de sonidos», y que ese «sentido determinado» pasa a convertirse en la capacidad de recibir *valores de campo*, determinados por la *situación* (factor poco o no lingüístico) y el *contexto* (factor lingüístico); por *situación* se entiende el conjunto de circunstancias en que tiene lugar el discurso.

Los estructuralistas, al prescindir del significado, han insistido en los aspectos formales de la definición. De este modo, Jakobson y Halle (*Fundamentals of Language*, p. 72) la definen así: «en un modelo normal de lengua, la *palabra* es a la vez parte constituyente de un contexto sobrepuesto, la *oración*, y asimismo contexto sobrepuesto a constituyentes cada vez menores, los *morfemas* (unidades mínimas dotadas de significado) y los *fonemas*».

Ch. F. Hockett extrema aún más el carácter externo de esta definición (*A Course in Modern Linguistics*, p. 167): «cualquier segmento de una oración limitado por puntos sucesivos en los cuales es posible hacer una pausa». En una oración como *Juan viene esta noche* hay cuatro palabras, definidas por la posibilidad de pausa antes y después de cada una de ellas, lo que es imposible entre *vien* y *e*, *no* y *che*. Esta definición deja los problemas precisamente donde están, pues no resuelve la duda acerca de si en *siéntate* o *vete* hay una o dos palabras, y qué sucede con los compuestos, desde *bocamanga* hasta *hombre-rana*. Más lejos que el criterio de Hockett va el de Alarcos, quien en su *Gramática Funcional* (p. 146) las define como «signos mínimos capaces de autonomía oracional», ante lo que cabe preguntarse si palabras como *le*, *lo*, *se*, pronombres átonos, tienen autonomía oracional o pueden tenerla.

Con criterios formales ha sido Ana María Barrenechea quien ha tratado

de llegar a una solución con una definición compleja de la palabra: «Es el signo lingüístico cuyos constituyentes inmediatos no permiten la separación o permutación del orden o no pertenecen a paradigmas cuyas unidades lo permitan». Con este criterio, *vete* y *siéntate* serían complejos de dos palabras cada uno, puesto que *ve*, *sienta* y *te* pertenecen a paradigmas diferentes. Sin embargo, no todos los hablantes están de acuerdo con que esto sea así.

Son muchas las voces que se han alzado para defender la condición de unidad lingüística de la palabra (cf. Greenberg, Krámsky, Stati), o han defendido la comodidad del término (Benveniste), frente a quienes han dudado expresamente de la posibilidad y la necesidad de la definición (Martinet). Valga como síntesis la de K. Togeby, quien, en su *Structure Immanente de la Langue Française* (p. 90) señala tres posibles tipos de definición, la *analítica*, como «forma libre mínima», la *sintética* (análoga en Hjelmslev): tema + flexivo, y la *operacional*, una palabra pertenece sólo a una operación dada.

Para obviar las dificultades de la definición de palabra, los lingüistas han recurrido a establecer una unidad sintagmática, el *sintagma*. En sentido amplio, la palabra podía estar comprendida dentro de esta clase y ello porque, en esa definición comprehensiva, un sintagma sería un conjunto de al menos dos elementos unidos por una relación funcional, es decir, de dependencia: uno sería el *núcleo* y el otro el *modificador*, *determinante* o *adyacente*. En general, se considera que el sintagma es un conjunto binario, de acuerdo con el binarismo dominante en los criterios estructuralistas, pero, en rigor, en este tipo de definición más amplia, ello tampoco sería imprescindible. La definición, desarrollada, a partir del *Curso de Lingüística General*, por Charles Bally, en su *Linguistique Générale et Linguistique Française* (esp. pár. 154-163) se precisa en el sentido de que se trata de una estructura binaria, cuyos miembros son intercambiables con otros de la misma clase sin que se altere gramaticalmente (i. e. sistemáticamente) el conjunto. Uno de los miembros es el *determinado* (+), otro el *determinante* (+').

El término *sintagma* se ha extendido enormemente en las publicaciones europeas, hasta hacerse sinónimo de *frase* (es habitual en las traducciones de estudios generativistas verter *phrase* por *sintagma*, como puede verse en nuestro capítulo I, que se atiene al uso habitual, aun haciendo la advertencia). En rigor, esto no es exacto, porque para que exista *sintagma* es preciso que el conjunto sea binario, mientras que una *frase* puede estar constituida por un solo elemento. Además, en todo sintagma hay una función de determinación; los elementos de una frase no necesitan estar en relación, pues la frase puede estar constituida por un solo elemento: un monema o morfema puede constituir una frase, para que haya sintagma son necesarios dos. (El uso, naturalmente, puede extender el nombre de sintagma a un conjunto de un solo elemento, es decir, a una frase, como un nombre propio o un pronombre, según van Hout, citado por M. Taboada, pero será una extensión del uso propio de sintagma.)

Tampoco todas las construcciones son iguales. Tenemos que aclarar que hay dos tipos: *endocéntricas* y *exocéntricas* (J. Lyons: *Theoretical Linguistics*).

tics, pág. 231 y ss.). Una construcción *endocéntrica* es aquella cuya distribución es idéntica a la de uno o más de sus elementos. La construcción *exocéntrica* se define negativamente: toda construcción no endocéntrica es exocéntrica. Decimos que los elementos de un sintagma (o de una frase) forman una construcción endocéntrica cuando, tanto si aparece sólo el núcleo del sintagma, como si aparece el sintagma completo la permutación no hace variar la estructura sintáctica. El sintagma *blancas velas* (cuyo núcleo es *velas* y su adyacente *blancas*) es un ejemplo de construcción endocéntrica: en cualquier frase en la que aparezca *velas* puede aparecer *blancas velas* sin que la estructura sintáctica varíe. Como el núcleo *velas* es un sustantivo, la construcción *blancas velas* es un tipo de frase o sintagma nominal que podemos llamar grupo nominal o grupo sustantival. En cambio, el sintagma *en el mar*, que llamamos frase, grupo o sintagma preposicional porque consta de una preposición (*en*) y un sintagma nominal (*el mar*, núcleo: *mar*, adyacente: *el*), no es una construcción endocéntrica, porque *en el mar* no puede sustituir siempre a *el mar* o *mar*, sin variaciones sintácticas. Podemos decir *el mar levanta los barcos*, pero, si decimos *en el mar levanta los barcos*, la estructura sintáctica habrá cambiado, *mar* no será ya sujeto, sino circunstancial.

Todo enunciado puede someterse así a un análisis distribucional, perfectamente desarrollado por el estructuralismo, que es el modelo de *constituyentes inmediatos*. El modelo es bien conocido y lo hemos anticipado en nuestro capítulo primero, puesto que forma parte del acervo de todo lingüista. Así, ya hemos visto que *blancas velas* tiene dos elementos: *blancas* (adyacente, modificador o, en el sentido de Bally, determinante) y *velas* (núcleo, modificado o, también en el sentido de Bally, determinado). *En el mar* tiene, en una primera etapa del análisis, dos elementos, de un lado *en* (adyacente) y de otro *el mar* (núcleo), que puede ser analizado, a su vez, en *el* (adyacente) y *mar* (núcleo).

En las lenguas flexivas, con expresión desinencial, o morfemas gramaticales expresados por morfós, el análisis afecta también a la *palabra*, que es así considerada incluso como un sintagma.

La palabra *gato*, así tratada, nos permitiría obtener, en un primer análisis, dos elementos:

gat + o

El primero de estos dos elementos, que podemos llamar monemas, o morfemas (en realidad morfós que expresan dos morfemas) es un elemento léxico: *gat*, llamado por ello *lexema*, *morfema léxico* y también *plerema* (tiene contenido semántico). *Gat-* está en oposición paradigmática con *perr-*, *camell-*, y forma parte de otras «unidades complejas» como *gat-era*, *gat-uno*, *en-gat-illar*.

El segundo, el elemento *-o* es un elemento gramatical, que indica la necesidad de que la concordancia sea en masculino, y se opone (entre otras posibilidades) a un elemento *-a*, que vemos en *gat-a*: lo llamamos *morfema gramatical* (expresión de la oposición de género: masculino/femenino) o *formante*.

En un segundo análisis, más profundo, veríamos que la forma *gat + o* no se opone sólo a *gat-a* (o *perr-o*) sino también a *gat+o+s*. La *-s* final es expresión de un formante (morfo de un morfema gramatical) que indica que la clase designada por esa palabra (o forma lingüística) consta de más de un elemento: el morfema de número, en el que la *-s* expresa el plural. Tenemos así una oposición:

un elemento / más de un elemento

que es la oposición

singular / plural

La expresión de esa oposición es

ausencia de marca / *-s*

La ausencia de marca recibe el nombre de *morfema*, *formante* o *morfo cero* y se representa como (\emptyset). Decimos así que, en español, la palabra *gato* consta de tres elementos:

gat	+ o	+ \emptyset
Lexema	Formante de género	Formante cero de número

y que *gat + o + \emptyset* se opone a *gat + o + s*, como *perr + o + \emptyset* a *perr + o + s*, y así sucesivamente, en oposición paradigmática, es decir, constitutiva o indicativa de clase. En el análisis de los datos lingüísticos es imprescindible contar con la posibilidad de que la realización superficial de cualquier categoría gramatical sea \emptyset , lo que obliga a su oportuna descripción.

8.3. MORFOLOGÍA Y SINTAXIS

Es imposible —y cae fuera de nuestro propósito— resumir aquí la discusión acerca de la división de la gramática (o de lo que tradicionalmente se ha considerado como su cuerpo central) en dos ciencias: Morfología y Sintaxis, o si debe hablarse de una Morfosintaxis. El lector español dispone de una exposición clásica en el trabajo de Antonio Llorente Maldonado de Guevara y de amplios resúmenes en los estudios y manuales de historia de la lingüística o lingüística general. Lo que aquí nos interesa es hacer una serie de puntualizaciones, apoyadas en un resumen esquemático de las líneas principales, y hacer notar que lo importante es la clara diferencia entre la realidad de la lengua y las convenciones de los gramáticos. La lengua se nos ofrece en sus realizaciones concretas, la gramática es una abstracción. En esta abstracción gramatical nosotros podemos establecer las unidades que conven-

cionalmente aceptemos, siempre, insistimos, que haya acuerdo acerca de los límites y contenidos de esas categorías.

Buena parte de la problemática que afecta a la Morfología y la Sintaxis se aclara con la pertinente consideración histórica. Los gramáticos griegos (de los que dependerán los latinos y toda la corriente tradicional, hasta el siglo XVIII) se ocupan de una lengua con una flexión extraordinariamente rica, y con un criterio selectivo o de autoridad. Son ellos los primeros que, en nuestro mundo occidental, dividen y definen la Gramática. Dionisio de Tracia (S.I a J. C.), recogido por H. Arens (I, p. 39), dice así:

«§ 1. *Sobre la Gramática*

Gramática es el conocimiento del uso normal de la lengua de los poetas y escritores.

Comprende seis partes: 1) Lectura con pronunciación correcta. 2) Explicación de los eventuales giros poéticos. 3) Transmisión de las glosas y ejemplos mitológicos. 4) Investigación de la etimología. 5) Explicación de la analogía. 6) Examen crítico de los poemas, la parte más interesante de esta ciencia.»

La Gramática es, todavía, una Filología, con orientación poética y semántica (la etimología es, en realidad, una explicación glosada de los significados). La *Analogía* que aparece en ella, y que es el antecedente de nuestra Morfología, se ocupaba especialmente de recoger y ordenar el paradigma de las formas flexivas, atendiendo también a su significado, así como de la formación de palabras. Las formas no flexivas interesaban menos.

Aparece así, desde el principio, la vinculación de la futura Morfología con el ámbito de la *palabra*, compuesto de *raíz* y *desinencias*.

La *Sintaxis* aparece sobre todo vinculada a la Lógica, pues la *proposición*, unidad sintáctica, luego *oración*, es la expresión de un juicio lógico. La sintaxis, también luego en los romanos, es, sobre todo, una combinatoria: las palabras que integran las proposiciones se agrupan en clases, llamadas *partes de la oración*. Las palabras, así agrupadas, eran, a su vez, objeto de la Analogía, de modo que hay una relación complementaria, con predominio de criterios sintácticos, desde el origen de la gramática occidental.

A partir del XVIII, con el desarrollo del concepto de *función sintáctica*, se reduce el contenido de la Morfología, pues todo lo concerniente al significado de las formas flexivas, más o menos confundido con la *función*, pasa a pertenecer a la Sintaxis. S. Stati (p. 33, n. 129) recoge así la fórmula tradicional: «la sintaxis investiga sobre el contenido de la morfología».

Ante las evidentes incongruencias de la distinción (la Morfología estudia las formas, pero no las agrupadas sintagmáticamente, que son objeto de la Sintaxis, ésta estudia las oraciones, pero también las palabras, pues no está claro el concepto de *función*, en abstracto, y la función concreta desempeñada por cada parte de la oración), se discute la oportunidad de mantenerla. Así, a fines del XIX, J. Ries, al postular que la Sintaxis no se ocupa de formas, deduce que lo opuesto a la *Sintaxis* sería una *Lexicología* o ciencia de la palabra. Cada una de ellas tendría una Morfología (y una Semántica o ciencia de los significados). Esa morfología es un estudio meramente formal, subsidiario de Sintaxis o Lexicología.

Dos congresos de Lingüística, el de París (6.º) y el de Londres (7.º) han servido para recoger una serie de posturas sobre el tema. El primero, previsto para julio de 1948, no llegó a celebrarse, pero se recogieron las respuestas a un cuestionario previo (1947), el segundo se celebró en Londres, en septiembre de 1952. Antonio Llorente, en el libro citado, se ocupa con profundidad de todas las implicaciones. Vemos cómo aparece una serie de respuestas que orienta sobre el desarrollo innovador de la lingüística moderna: Belič habla de «partes del discurso» a propósito de la Morfología (en el sistema) y de «partes de la frase» para la Sintaxis (en el sintagma), siguiendo la terminología de Brøndal. Martinet, por su parte, diferencia las combinaciones de signos en el dominio de la palabra, estudiadas por la Morfología, de las combinaciones de palabras, que estudia la Sintaxis, y puntualiza la diferencia fundamental que existe entre los distintos tipos de lenguas (semíticas e indoeuropeas, por ejemplo).

De las respuestas al sexto Congreso, una de las más significativas es la de Luis Hjelmslev. El lingüista danés divide su respuesta en dos partes, en lo que corresponde a la lingüística tradicional la Morfología sería una «teoría de las designaciones» y la Sintaxis una «teoría de las relaciones mutuas de los signos permutables dentro del texto». Para la lingüística estructural moderna la distinción no tiene interés; propone, en cambio, diferenciar dos planos: de la expresión y del contenido, y dos ejes: sintagmático y paradigmático.

En lo que concierne a la existencia de límites definidos entre Morfología y Sintaxis los lingüistas están muy divididos. Unos, como Frei, Buyssens y Kurylowicz, afirman, de un modo u otro, que la Morfología es un aspecto de la Sintaxis. Otros, como Holt, según Llorente, pueden querer decir lo contrario, con su distinción entre Morfología, o estudio de las formas como funciones, y la Sintaxis, estudio de las «maneras de manifestación de las formas funcionales», que parece suponer la necesidad previa del estudio morfológico, aunque tampoco parece que sea eso exactamente.

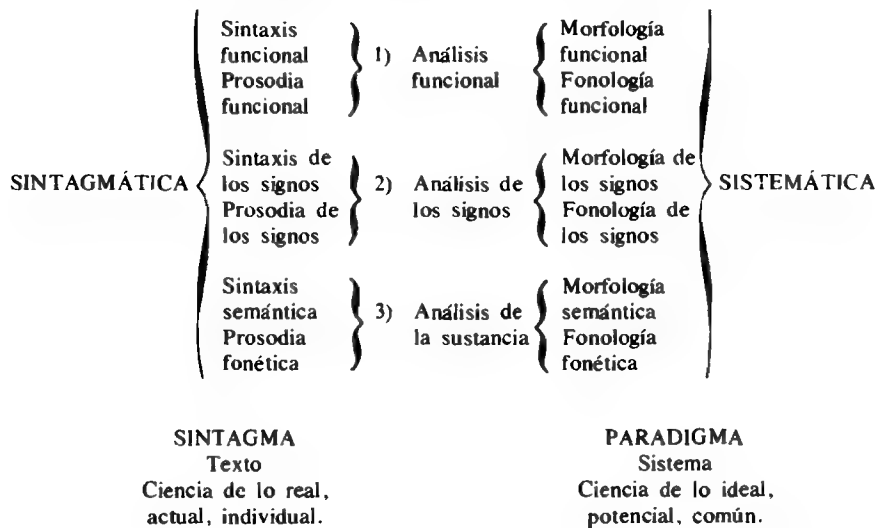
Los que creen en la posibilidad de establecer límites definidos se apoyan en la vieja distribución de Morfología, que se ocupa de la palabra, y Sintaxis, que se ocupa de la frase, como Cantineau, Groot, Reichling, Wils, Trnka y Cohen, o en la modernizada que relaciona la palabra con la Morfología y la Sintaxis con el sintagma. Martinet dice que las palabras son complejos más estables, mientras que los sintagmas son más fortuitos.

En algún caso, como ocurre con Togeby, la solución estriba en una nueva dimensión que tenga en cuenta, como en general dicen los glosemáticos y derivados del estructuralismo praguense, la oposición entre *sistema* y *progresión del texto*, por un lado, y *expresión* y *contenido*, por otro. La nueva división es tripartita, en *Morfosintaxis*, *Morfología* y *Sintaxis*. La Morfosintaxis estudiaría elementos sistemáticos (usos, empleos o funciones de los morfemas) y sintagmas. La Morfología, dedicada al eje paradigmático, se limitaría al sistema morfológico, prescindiendo de la función. La Sintaxis, en el eje sintagmático, estudiaría la progresión del texto: orden y relaciones sintagmáticas mutuas, o combinaciones de morfemas.

El Congreso de Londres, aunque no ocupado específicamente con el tema, sirvió para mostrar, de un lado, que la mayor parte de los lingüistas

—siempre según Llorente— mantenían la distinción en la práctica, y que son varias las rupturas con la división tradicional, tratando de sustituirla. Así, por ejemplo, Frei habla de *Semática* o teoría de los significantes, *Semántica* o teoría de los significados, *Monemática* o teoría de los *monemas* («Signos con significante simple o indiviso») y *Sintagmática* o teoría de los *sintagmas* («Signos con significante complejo»).

En cuanto a Togeby, su primitiva división ha evolucionado hasta la que recogemos en el siguiente cuadro:



Hay tres tipos de análisis, el funcional, el de los signos (conjuntos de expresión y contenido) y el de la sustancia. Se puede operar sobre lo real (sintagma), en la sintagmática, sobre textos, o sobre lo ideal (paradigma), en la sistemática, sobre el sistema. En esos planos enfrentados, a la Sintaxis (plano real) se opone una Morfología (plano ideal) y a la Prosodia y Fonología. Sintaxis y Prosodia son ciencias del texto, Morfología y Fonología ciencias del sistema.

A partir de ahí, puede decirse que, en la práctica, se llamara o no Morfo-sintaxis, los estructuralistas se dedicaron fundamentalmente a una Sintaxis de la que dependían o a la que estaban ordenados sus análisis morfológicos, mientras que, al surgir la gramática generativa, el enfoque cambió por completo: la nueva división, como detallamos en el capítulo I, establecía tres componentes: fonológico, sintáctico (central, único generativo) y semántico. El componente fonológico era, en realidad, un componente flexivo, morfofonológico, cuya misión era dar a las sertas obtenidas por la aplicación de las reglas sintácticas, una representación fonológica, es decir, en términos tradicionales, con el consiguiente riesgo de inexactitud en la aclaración, elegir las flexiones correspondientes y los fonemas a los que pertenecen los sonidos que han de expresarlas en cada actuación subsiguiente, p. ej. asignar al pasado imperfectivo simple la forma *-ba-* o *-ia-* (*-a-*, según el análisis

que escojamos), al plural *-s* o *-es*. Para la Gramática generativa el problema, como indicamos en su lugar, se desplaza, lo importante no es la relación entre Morfología y Sintaxis, sino entre Sintaxis y Semántica.

En el estudio gramatical que sigue utilizaremos un criterio poco riguroso (en lo cual, ciertamente, se podrán ver inconvenientes). A partir de una concepción original morfosintáctica, señalaremos los casos más evidentes en los que el tratamiento con una perspectiva morfológica separada de la sintáctica conduciría a resultados distintos, y defenderemos la legitimidad de las distintas soluciones (puesto que, como hemos repetido, la Metodología es, por definición, convencional). Trataremos de precisar cada punto en torno a las nociones de *forma*, *función* y *significación*, para, de acuerdo con el planteamiento nocional, dar a esta última un valor más amplio que el de significación gramatical, e introducirnos en los contenidos expresados en esa clase que puede definirse también formal o funcionalmente.

BIBLIOGRAFÍA CITADA EN ESTE CAPÍTULO, NO INCLUIDA EN LA GENERAL FINAL

- ARENS, Hans: 1969. *Sprachwissenschaft*. Friburgo-Munich, Vg. Karl Alber GmbH. 2.^a ed., Trad. esp.: *La Lingüística. Sus textos y su evolución desde la Antigüedad hasta nuestros días*. Madrid, Gredos, 2 t., 1976.
- BALLY, Charles: 1965. *Linguistique Générale et Linguistique Française*. Berna, Francke, 4.^a ed. rev.
- BENVENISTE, Emile: 1966. *Problèmes de Linguistique Générale*. Paris, Gallimard, Trad. esp., México, Siglo XXI.
- BUHLER, Karl: 1934. *Sprachtheorie*. Jena, Gustav Fischer, Trad. esp.: *Teoría del Lenguaje*. Madrid, Rev. Occidente, 3.^a ed., 1967.
- GREENBERG, J. H.: 1954. «The Word as a Linguistic Unit», en *Psycholinguistics. A Survey of Theory and Research*, págs. 66-71. Baltimore.
- HIORTH, F.: 1958. «On Defining 'Word'», *Studia Linguistica*, 12, págs. 1-26.
- HOCKETT, Charles F.: 1958. *A Course in Modern Linguistics*. N. York, MacMillan.
- HOUT, G. van.: 1973. *Le syntagme nominal*. Paris, Didier.
- JAKOBSON, R., y HALLE, M.: 1956. *Fundamentals of Language*. La Haya, Mouton, Trad. esp.: *Fundamentos del Lenguaje*, Madrid, Ayuso, 2.^a ed., 1973.
- KRÁMSKY, J.: 1969. *The Word as a Linguistic Unit*. La Haya, Mouton.
- LYONS, John: 1968. *Introduction to Theoretical Linguistics*. Cambridge, University Press, Trad. esp.: *Introducción en la lingüística teórica*. Barcelona, Teide.
- LORENTE MALDONADO, Antonio: 1967. *Teoría de la Lengua e Historia de la Lingüística*. Madrid, Alcalá.
- MARTINET, André: 1960. *Elements de Linguistique Générale*. Paris, Armand Colin, Trad. esp., Madrid, Gredos, 1965.
- MEILLET, Antoine: 1952. *Linguistique Historique et Linguistique Générale*. T. I., Paris, Champion, 1965; t. II, Paris, Klincksieck.
- RIES, J.: 1927. *Was ist Syntax?* Praga, 2.^a ed.
- STATI, Sorin: 1967. *Teorie și metodă în sintaxă*. Bucarest, Ed. Academici R. S. România. Trad. ital.: *Teoria e metodo nella sintassi*. Boloña, il Mulino, 1972.
- TABOADA, Manuel: 1978. «Relaciones sintácticas en el interior de la frase nominal: la aposición». *Verba*, 5, 315-340.
- TOGBY, Knud: 1949. «Qu'est-ce qu'un mot?», *Travaux du Cercle Linguistique de Copenhague*, 5, págs. 97-111.
- 1965. *Structure immanente de la langue française*. Paris, Larousse, 2.^a ed.

CAPÍTULO 9

Elementos oracionales

9.1. LA DEFINICIÓN DE ORACIÓN

Tradicionalmente, y como punto de partida mínimo, se habla de tres posibilidades de definición de la oración:

Desde el punto de vista *psicológico*, la oración se caracteriza por su *unidad intencional*; el hablante quiere transmitir algo, quiere comunicar (en la mayoría de los casos consigo mismo, luego con los otros) y para esa comunicación organiza una serie de unidades en torno a una curva melódica, que caracteriza su intención. Por ello se diferencian oraciones sólo por su entonación:

ha venido ayer (enunciativa)
¿ha venido ayer? (interrogativa)
¡ha venido ayer! (exclamativa)

Desde el punto de vista *lógico*, la oración corresponde a la *proposición lógica*, es la *expresión verbal de un juicio*: se compone así de un *sujeto* y un *predicado*, cuya relación está sometida a las leyes de la lógica, independientemente de su valor veritativo, es decir, de la verdad o falsedad del aserto. Una oración como

los burros vuelan

está perfectamente construida, con su sujeto (*los burros*) y su predicado (*vuelan*), aunque sea falsa.

En tercer lugar, desde el punto de vista llamado *gramatical*, la estructura profunda de una oración consta de una *frase nominal* y una *frase verbal* (sintagma nominal y sintagma predicativo); tradicionalmente esos dos constituyentes oracionales toman sus nombres de la lógica y se llaman *sujeto* y *predicado*. En la estructura patente o superficial puede faltar uno de estos elementos: *¡Arriba, canes, arriba!*; *¡Eya velar!*; *sí*; *¿yo despertar de dormir en lecho tan excelente?* son ejemplos donde superficialmente falta un ele-

mento oracional, sin embargo, la historia transformativa nos aclararía los sucesivos pasos desde una estructura latente con los dos elementos básicos. Esta observación vale también en lo que se refiere a las llamadas *formas nominales* o *formas no personales* del verbo (infinitivo, gerundio y participio), todas las cuales pueden ser expresión superficial de un núcleo verbal en el sintagma predicativo latente.

En el capítulo 16 nos ocuparemos de la oración simple en español. Ahora anticiparemos una serie de nociones generales que nos parecen pertinentes. Los estructuralistas, que realizan una taxonomía, es decir un análisis de estructuras patentes, tienen graves problemas a la hora de definir la oración, puesto que, en superficie, la variedad formal de las oraciones es enorme. Knud Togeby, en su *Structure immanente de la langue française* (págs. 79-83) ha realizado una revisión crítica de las definiciones de oración clasificadas en tres grupos, a las que añade un cuarto tipo.

Hay —dice— unas primeras definiciones caracterizadas por la *independencia* de esta categoría o unidad, bien sea desde el punto de vista de la substancia semántica, es decir, como unidad agrupadora de un contenido independiente (Kalecky), o bien desde el sintáctico, como conjunto relativamente autónomo sintácticamente (Brøndal). El criterio funcional, en este tipo, tal como lo presenta Hjelmslev, hace abstracción de las conjunciones de subordinación, por lo que trata las *principales* y las *subordinadas*, con términos tradicionales, como unidades independientes. Estas definiciones son de carácter analítico y tienen —según Togeby— la tacha de que al no considerar autónomamente las subordinadas éstas no se consideran oraciones, lo que complica todo el tratamiento posterior.

Las definiciones *morfológicas* se apoyan en la presencia de un verbo en forma personal. Se pueden criticar al dejar fuera las frases de un solo miembro, como interjecciones, o sintagmas nominales como *cher ami*, además de no adecuarse a lenguas que permiten oraciones copulativas o atributivas sin verbo (latín, ruso, árabe). Hjelmslev propone una definición sintética para obviar esta dificultad, indicando que toda oración requiere una característica extensa, pero excluye a las frases que contienen una interjección, lo que la hace incompleta. Otros autores, como Ries, Mathesius, Regula, recurren a la sustancia del contenido y Brøndal señala la unidad intencional.

Las definiciones *sintácticas*, que atienden a la construcción, componen el tercer tipo. La primera, expresa en Sapir, indica la relación con el juicio lógico, como su expresión, de ahí la consideración de su estructura binaria, generalmente aceptada, de sujeto + predicado (Sapir, Bloomfield, Kuryłowicz, Sechehaye). Karcevskii une la definición sintáctica a la morfológica, se refiere a la entonación, requisito suficiente de la frase, no oracional, y establece la vinculación con el criterio psicológico que asigna una intervención al hablante para vincular el determinante al determinado. Marouzeau, por último, considera esencial la predicación, aunque su definición es circular: sujeto y predicado se definen por su relación mutua, sin que se especifique cada una por separado.

Togeby se plantea la necesidad de una cuarta definición, una *definición operativa*, necesaria para satisfacer los requisitos de las subordinadas, las

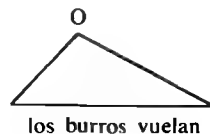
atributivas sin *cópula expresa* y las frases de un solo miembro. Reúne los argumentos de *independencia* y *construcción* al definir las como incluidas en un inventario que comprende:

- 1) Unidades independientes que forman frases, solas o combinadas.
- 2) Unidades que se envían a ese inventario por su estructura idéntica a las unidades máximas del inventario (según las lenguas serían las de *sujeto + predicado* o las de *predicado sólo*).

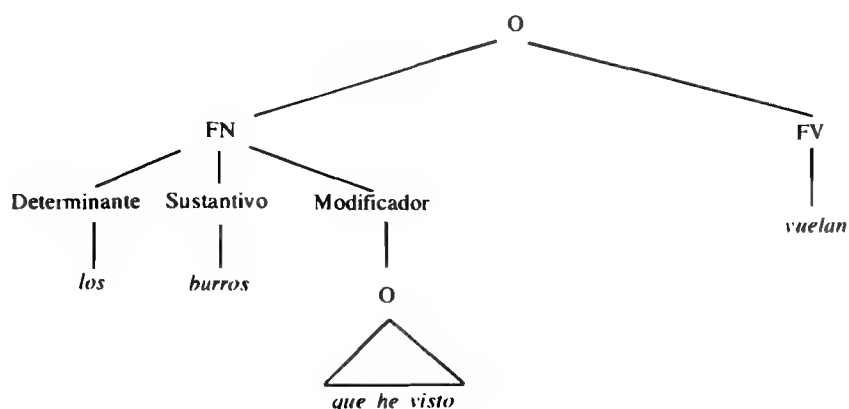
Este criterio incluye, frente a Alarcos, por ejemplo, las construcciones absolutas de todas clases (*comida hecha*, 1, *compañía deshecha*, 2), y, en las lenguas en las que basta con el predicado (francés, y español, p. ej.) las oraciones de *infinitivo* y *gerundio*.

Recientemente, Guillermo Rojo, en su libro *Cláusulas y oraciones*, ha llamado la atención sobre la dispersión terminológica, tratando de contenerla. El autor, como nosotros, está de acuerdo en que la gramática generativa ha dejado claro que la oración pertenece a la *competencia* lingüística del hablante, y no a la *actuación*. Lo que discute es que la simple regla $O \Rightarrow FN, FV$ sea suficiente. Respecto a la diferencia entre *oración* y *proposición*, que, de acuerdo con la tradición española, estaba presente en nuestra *Aproximación a la Gramática Española*, ya había sido abandonada en la práctica por nosotros en nuestro libro *La lengua española en sus textos* (Lengua Española, C.O.U.), aparecido pocas fechas después que el de Rojo, coincidencia que queremos puntualizar. El mencionado autor arranca de la diferencia terminológica que existe en otras lenguas (francés: *proposition-phrase*, inglés: *clause/sentence*), si bien habría que decir que esa diferencia terminológica, en la práctica, dista mucho de ser rigurosa. Su propuesta es que *cláusula* se emplee como unidad inmediatamente inferior a la *oración*, que es la más alta de la escala. Así, «el segundo elemento de las dos parejas [*phrase*, *sentence*, *oración*] es utilizado para designar la secuencia en la que contraen relaciones dos o más de las secuencias designadas con el primer término (aunque se reconoce también la posibilidad de que el elemento de nivel superior esté formado por un único elemento de nivel inferior, en este caso tenemos, respectivamente, una *phrase simple* y una *simple sentence* [y una *oración simple*, tendríamos que añadir]» (p. 46).

La distinción puede resultar útil y probablemente será aplicada, aunque no creemos que en todo tipo de trabajos. Por nuestra parte, recurriremos habitualmente a los términos *oración simple* (aquella cuyo indicador sintagmático o demarcador de frase sólo contiene un nudo *O* o *P*) y *oración compleja* (aquella cuyo indicador sintagmático contiene más de un nudo *O* o *P*). La representación simplificada correspondiente sería, para la simple (*los burros vuelan*)



para la compleja (*los burros que he visto vuelan*), de acuerdo con una mera descripción estructural posible:



Llamaremos, generalmente, *suboraciones* a las que dependen de esos nudos *O* dependientes de otro nudo *O* superior, y a la resultante de restar esa suboración del total, es decir, en nuestro ejemplo, diríamos que

los burros que he visto vuelan

consta de dos suboraciones:

los burros vuelan
que he visto.

En algún caso podremos utilizar el término *proposición*, tan tradicional, definido como «miembro de oración con forma de oración», aunque sin dependencias teóricas. Es evidente que el resultado no será unívoco, pero la realidad de la terminología lingüística es que, pese a todos los esfuerzos, a lo único que se ha llegado es a una polisemia comparable a la que habían adquirido las denominaciones tradicionales, por lo cual parece preferible volver a éstas, aunque sea por su menor artificiosidad (y mayores elegancia y adecuación al vocabulario de cada lengua).

9.2. SUJETO Y PREDICADO

Los dos elementos de una oración simple (estrictamente, de una cláusula) son el *sujeto* y el *predicado*. En el caso concreto del español, y en una consideración formal, teniendo en cuenta que en las formas verbales, sobre todo de primera y segunda persona, el sujeto está incluido en la forma verbal (*canto*, *cantas*), decimos que, en superficie, no es necesario explicitar el sujeto: el predicado ya lo expresa suficientemente.

Con un criterio semántico, en cambio, podemos decir, con los lógicos, que el predicado *se da* en el sujeto (representado Px):

Juan es bueno

es la expresión de «la bondad se da en Juan». También lo expresamos como: «se dice del *sujeto* que *predicado*»: *se dice de Juan que* es bueno.

La distinción entre oraciones y cláusulas permite establecer algunas precisiones a este tenor. G. Rojo recoge de Longacre (p. 47) la distinción entre ambas: La cláusula «es una sarta de unidades funcionales tales como sujeto, verbo, objeto, lugar, tiempo, frecuencia, modo. Entonces, la fórmula de reescritura $S > FN$, FV es más apropiada para la cláusula. A diferencia de ella, la oración consta de unidades funcionales tales como base de la oración, base coordinada, prótasis, apódosis, tesis, antítesis, etc.» Para Rojo (p. 53), «la cláusula es la categoría en la que tienen lugar las que Martinet llama ‘funciones primarias’ (sujeto, predicado, complemento directo, etc.;...) o aplicándole la definición usada anteriormente para la oración, la secuencia predicativa que contiene un signo específico y gramatical de predicación como constituyente directo. La oración es la categoría en la que se integran las cláusulas para constituir una unidad que, además de contenerlas, las supera». Como las cláusulas pueden contener a otras, es posible hablar de *cláusulas complejas*, en las cuales existe más de una predicación.

Como a la oración en español nos referimos en el capítulo 16, según hemos indicado, vamos ahora a plantear un problema interesante que es el del valor central del sujeto o del predicado en la oración simple. No olvidemos que, en nuestras lenguas occidentales, indoeuropeas o semíticas, el *sujeto* se caracteriza (aunque con algunas posibles excepciones) por imponer al verbo sus marcas de concordancia: si el sujeto es singular el verbo va en singular, si es plural en plural (a veces el sujeto neutro plural, como en griego, puede llevar verbo en singular), si el verbo admite el morfema de género (como en árabe), el sujeto masculino exige verbo en la forma masculina personal correspondiente, y lo mismo el femenino (también hay excepciones, y posibilidad de neutralizaciones en ciertos casos). En otras lenguas, sin embargo, la situación es más compleja y ello obliga a detenerse.

9.3. ARGUMENTO Y PREDICADO

Decíamos en el párrafo anterior que las lenguas que nos resultan más familiares, especialmente las indoeuropeas, marcan el sujeto y adecúan a él las marcas gramaticales, los morfos o formantes, del verbo. Estas lenguas se llaman lenguas *acusativas*: en ellas el sujeto es *agentivo* y la recepción de la acción verbal, en las llamadas construcciones transitivas, recae sobre el complemento u objeto directo, expresado en *acusativo* en las lenguas con flexión casual: *Brutus Caesarem necavit* (sujeto-agente; acusativo-complemento directo; verbo) ‘Bruto mató a César’. En estas lenguas, en realidad,

es más importante en quién recae la acción que el agente, puesto que el llamado *nominativo* a veces es agente y a veces no: *esta llave abre la puerta* no tiene como agente a *la llave*, que no es sino un instrumento, el agente es quien usa la llave, haciendo que la puerta se abra. El *predicado* es realmente central en ese ejemplo, y el valor instrumental se comprueba con una sencilla transformación que daría: *la puerta se abre con esta llave*. Nótese que la pura pasiva: *la puerta es abierta por esta llave*, si no agramatical, es, indudablemente, inusitada.

Antes de recoger las implicaciones de estos hechos en la teoría del predicado aclararemos que, frente a las lenguas de tipo *acusativo* hay otras, las llamadas de tipo *ergativo*, de las que el vascuence o euskera nos ofrece, en España, un ejemplo cercano. El vasco tiene una marca morfofonológica, una *k* final, para indicar el agente de una acción que pasa a un objeto, es el llamado *sufijo ergativo*; en cambio, el objeto, o el sujeto de una acción que no pasa a un objeto, no lleva marca morfofonológica alguna. En los ejemplos

Gizona etofi da 'el hombre ha venido'

gizona (*gizon* + *a*, artículo) es sujeto de la perífrasis verbal *etofi da*, y no lleva ninguna marca, porque la acción de *etofi* 'venir', no pasa a ningún objeto (en nuestra terminología habitual, la construcción es *intransitiva*). En cambio, en

gizonak ogia ekañi du 'el hombre el pan lo ha traído'

la acción de *ekañi* 'traer', tiene un objeto *ogia* 'el pan', sin marca formal expresa, y es realizada por un agente: *gizonak* 'el hombre' (*gizon* + *a* + *k*). Lo importante para el euskera, por tanto, es si uno de los sustantivos que aparece junto al verbo es agente de la acción verbal que pasa a un objeto, en ese caso, es un *ergativo* y lleva la marca – *k*, en caso contrario, esa marca no aparece, aunque exista un sustantivo que, para nosotros, sería sujeto y que el euskera, en cambio, no distingue formalmente del complemento directo (*gizona* en el primer ejemplo, y *ogia* en el segundo son formalmente idénticos, aunque, para una descripción de tipo acusativo, uno sería sujeto y otro objeto directo). El problema está, obviamente, simplificado (pueden verse otras implicaciones en Karnele Rotaetxe o en nuestros *Estudios sobre el Pronombre*); pero nos sirve de punto de partida para otras meditaciones.

En lugar de concebir la oración simple como una estructura binaria, de sujeto y predicado, cabe verla también como un predicado rodeado de una constelación de argumentos. Este punto de vista ha sido desarrollado por la Semántica Generativa, y es especialmente conocido por la *teoría de los casos* desarrollada por Charles Fillmore. El uso del término *casos*, aunque motivado por una relativa analogía con la estructura de lenguas en las que hay

relación entre funciones y expresiones flexivas de caso, ha sido desconcertante, porque la noción de caso en Fillmore sería más bien la de *caso profundo*, es decir sin necesidad de expresión formal diferenciada. Cada cláusula, para Fillmore, en el nivel más profundo, consta de una serie de *constituyentes* en torno al predicado (argumentos en torno a un núcleo). Son esos constituyentes los que reciben el nombre de *caso*, y su número ha variado en los distintos momentos de la teoría. De estos *casos*, unos son obligatorios y otros opcionales: *abrir* requiere dos casos obligatorios, *el agente* que abre y *el objeto* que se abre, y uno opcional, *el instrumento* con el que se abre. En uno de los ejemplos anteriores.

esta puerta se abre con la llave

el agente no está expreso (*alguien*), *el objeto* es *esta puerta* y el instrumento *con la llave*. Expresaríamos todas las categorías con un ejemplo como:

alguien abre esta puerta con la llave

donde el agente corresponde al sujeto tradicional, el objeto al complemento directo y el instrumental al circunstancial, pero también con otras expresiones en las que no se dan estas correspondencias:

esta puerta es abierta por alguien con la llave
la llave abre esta puerta

Insistimos en que, al ser los *casos* nociones profundas no hace falta que aparezcan en superficie. Fillmore ejemplifica un tipo *Verbo Objeto Dativo* con «Juan tiene un auto», de acuerdo con el análisis lógico 'un auto es para Juan', y el mismo análisis profundo correspondería a *tiene un auto*, con el *dativo* (poseedor) latente. Las nociones de caso permiten diferenciar estructuras superficiales aparentemente iguales:

la puerta fue abierta por el portero (V. Obj. Ag.)
la puerta fue abierta por el viento (V. Obj. Instr.)

La teoría casual debe verse, como hace Lyons (Chomsky, 2.^a ed., cap. VIII) como versión de la *gramática de valencias*, formalizada como *gramática de dependencias*. También aquí el verbo es quien gobierna la cláusula y su *valencia* determina el número y el tipo lógico-semántico de un conjunto de expresiones dependientes. Se une así el transformacionalismo norteamericano (de Chomsky y, también, de Harris), al importante método desarrollado en Francia por Tesnière. Por decirlo en términos tradicionales, un verbo que sólo admita sujeto tendrá una valencia, dos si admite también complemento directo, y tres si también admite el indirecto. Los tipos de

gramática de valencias varían bastante y nos contentaremos con esta insuficiente referencia, importante por lo que supone de crítica de la noción de cláusula como integrada por dos constituyentes. (Cf. 21.6., *infra*).

Otro problema implicado, y que ha sido bien puesto de manifiesto por Violeta Demonte, a propósito de *ser* y *estar*, es que las categorías sintácticas no tienen límites claros entre sí. La confusión terminológica causada por la mezcla de designaciones de tipo morfológico con las sintácticas o funcionales lleva a hablar de *conjunciones* o *preposiciones* como verbos, en vez de preferir hablar de *valor predicativo* de estas categorías morfológicas o de cualquier otra (lo cual, creemos, confundiría menos). En realidad, no se trata de que constituyan cláusulas, sino de que están presentes en categorías que no son verbos elementos predicativos claros: la *transitividad*, en el sentido de admitir un objeto, en ciertos casos, aunque no en todos (*intransitividad*). Las implicaciones sobre este punto pueden ser muy interesantes: V. Demonte refiere a un tipo de *el, la, lo* + *que* sobre el que Bello (ap. II al cap. XXIX de su *Gramática*) se preguntaba por qué la forma *el, la, lo* no precedía a la preposición, como era lógico tratándose, según él, «de un artículo sustantivo o sustantivado que una proposición subordinada modifica». Estas construcciones, del tipo

*En las comedias ha de darse gusto,
Con lo que se consigue es lo más justo.*

Lope de Vega: *Arte Nuevo*,

en vez de *lo con que se consigue*, «se explicarían si *en* [*con*] es un verbo transitivo que debe llevar un SN a su derecha» (V. D., p. 152), o, mejor, suponiendo que la preposición tiene un valor predicativo transitivo que atrae a su derecha a la forma *el, la, lo*, anafórica, antecedente del relativo *que* posterior. Así se explican mejor los ejemplos en los que el orden es el lógico: *No son días de fe los en que vivimos* (Alcalá Galiano, citado por Bello, pár. 803).

9.4. FUNCIONES SINTÁCTICAS

El lingüista danés Otto Jespersen, planteándose el problema de que las palabras caen «naturalmente» dentro de clases, señala lo poco feliz que resulta el término *parts of speech*, 'partes del discurso'. Esta clasificación —dice— es poco clara y dudosa en varios ejemplos, y cita, a propósito, la de sustantivo, adjetivo, verbo, pronombre (donde incluye los adverbios pronominales y los numerales) y las partículas (incluye ahí adverbios, preposiciones, conjunciones coordinantes y subordinantes).

Para saber a qué clase pertenece una palabra no basta con considerar su forma aislada, es necesario estudiar su comportamiento en un grupo. Las palabras, en grupo, se combinan y se escalonan en tres *rangos* (primario, secundario y terciario):

espera desesperantemente larga

1 3 2

la espera se alarga desesperantemente

1 2 3

Un rango secundario se une a un primario de dos modos: en la *junción* o en el *nexo* (*nexus*). La *junción* es una unión tan cerrada que puede entenderse como una palabra:

una persona chalada: un loco.

una persona altísima: un gigante.

En el *nexo* se añade algo nuevo a la concepción contenida en el primario: dinamicidad, frente al estatismo característico de la *junción*:

el perro ladra / perro ladrador

nexo *junción*

El *nexo* puede ser *independiente* o *dependiente*; cuando es dependiente forma parte de una *oración* y puede ser primario en una oración, secundario en una oración, terciario en una oración.

El término *secundario* se llama *adjunto* en la *junción* y *adnexo* en el *nexo*: *ladrador* es *adjunto* en *perro ladrador*, *ladra* es *adnexo* en *el perro ladra*. El término *terciario* se llama *subjunto* y *subnexo* en la *junción* y en el *nexo*, respectivamente. Tanto en la *junción* como en el *nexo* el sustantivo es término primario. Existen, además, *determinantes* y *partículas*.

Dentro de la *oración*, dada la posible existencia de *nexos dependientes*, la situación de los tres rangos es más compleja, clasificándola el autor en cinco grupos.

En el *primero* el *nexo dependiente* se constituye por la simple colocación de un primario y un secundario:

encontré	la caja	vacía
	1	2

nexo dependiente, secundario en la oración de *encontré*.

que corresponde a *encontré la caja*, *la caja estaba vacía*, donde *vacía* es un *adnexo* y a *encontré la caja que estaba vacía*, donde es un *adjunto*.

Un *segundo* caso es el del llamado *nexo-sustantivo*: se trata aquí de que un sustantivo es el centro de un nexo dependiente (podríamos decir que es la nominalización de un verbo profundo):

Con base de adjetivo o sustantivo:

la sabiduría del doctor lo salvó

Con base verbal:

$\left\{ \begin{array}{l} \text{la llegada} \\ \text{el saber} \end{array} \right\}$ del doctor lo salvó

Se trata de *adnexos*, equivalentes, de modo respectivo, a *ser sabio*, *llegar*, o *saber* en sus correspondientes formas personales.

Un tipo mucho más caracterizado en inglés es el *tercero*, el gerundio en *-ing*. En esta lengua es más frecuente encontrar ejemplos como

his comings and goings.

En español podemos pensar en construcciones participiales:

sus idas y venidas

o un infinitivo:

su ir y venir

no estrictamente equivalentes; la nominalización de *ida* y *venida* es mayor que la de la forma inglesa y la flexión de los infinitivos menor (no admiten plural, en este caso concreto).

La construcción de infinitivo, por su parte, constituye precisamente el *cuarto* tipo (en español recubriría los campos 3 y 4):

errar es humano; perdonar, divino (Pope).

Por último, en *quinto* lugar, el nexo dependiente puede tener forma de proposición o suboración, con distintas funciones:

Término primario:

Que está dormido es verdad.

Lo peor es que no responde

quiso saber si estaba bien

Término secundario:

Encontré al barquero { que me pasó la ría. }
 { , que me pasó la ría. }

Coloca aquí ejemplos del cariz de *quien lo dice es un mentiroso*, donde es discutible si se trata de un primario o un secundario, como veremos al hablar de las relativas.

Término terciario (simple o combinado con otros términos en la oración):

Cuando venga dile que espere

terciario primario

Donde vayas iré

Gasta su dinero como quiere.

Se trata de expresión de los valores semánticos de causa, fin, resultado, condición, restricción, concesión, indiferencia, paralelismo.

Lo anterior supone que el término *oración* (*sentence*) para Jespersen está en la línea de unidad superior a la cláusula, aunque no queda clara la presencia (ni el valor, sobre todo) de este segundo término. Por otra parte, tampoco hay duda de que lo importante de una palabra —para él— no es la *clase* a que se adscriba (qué parte de la oración sea), sino la *función* que desempeñe, bien en el contexto mínimo (junción o nexo) o en el más amplio (oración).

9.5. PARTES DE LA ORACIÓN

Desde Aristóteles, en el mundo grecolatino, hay una mínima división en *onoma* y *rhema* ('nombre' y 'verbo' en traducción inexacta), más elementos de enlace (*syndesmoi*). Lo importante eran los dos primeros grupos, donde se incluía todo lo que tenía significado en sí mismo. Tras muchas variaciones a lo largo de la historia de la Lingüística, tanto amplificadoras como simplificadoras, el concepto sigue siendo hoy incompleto y discutible —así, anteriormente, en Jespersen—, pero importante, sobre todo, si nos damos cuenta de que en una Morfoiogía convencionalmente separada de la Sintaxis podemos acudir a agrupar las palabras en clases formales, flexivas, funcionales o conjuntamente, aceptando así una propuesta estructural ejemplificada, entre otros, en Hockett. La Gramática Generativa no se ha preocupado demasiado por la definición de estas categorías, tomadas directamente de la tradición, en sus inicios, limitándose luego a definiciones «representativas», no en superficie, sino en el esquema de derivación (en un nivel más o menos profundo de la estructura); de este modo se han vulgarizado supuestas definiciones de

sustantivo como «lo que puede ocupar el lugar entre Det — FV», y similares, que no son explicativas y no reúnen requisitos epistemológicos: son sólo operativas.

Con un criterio funcional y sintagmático, ciñéndose, como haremos nosotros, a nuestra lengua, Ana María Barrenechea se ha ocupado de «Las clases de palabras en español como clases funcionales», diferenciándolas según sus *funciones en el texto* y sus *funciones privativas*, del siguiente modo:

a) *Clases con una función en el texto:*

- 1) Verbos (sólo predicado).
- 2) Sustantivos.
- 3) Adjetivos.
- 4) Adverbios.
- 5) Coordinantes.
- 6) Subordinantes (signos de subordinación y de inclusión).

b) *Clases con doble función simultánea en el texto:*

- 7) Relacionantes (son signos de subordinación y de inclusión a los que se suman funciones de sustantivo, adjetivo o adverbio, en este grupo están *quien*, *cuyo*, *cuando* y otras formas similares).
- 8) Verboides (tienen a la vez función de verbo y de sustantivo, adjetivo o adverbio; aquí se incluyen las formas no personales del verbo: infinitivo, gerundio y participio).

Además de eso, las categorías quedan individualizadas por sus *funciones privativas*, o sea, las que no comparten con otra categoría. No tienen función privativa los verbos, ni gran cantidad de adverbios. Los sustantivos tienen las funciones privativas de sujeto, objeto directo, objeto indirecto y agente; los adjetivos la de modificadores directos del sustantivo; algunos adverbios las de modificadores directos de adjetivos, de sí mismos o de construcciones exocéntricas (en el sentido de construcciones formadas por subordinante-término); los coordinantes tienen la de «elementos conectores en la coordinación, es decir, entre palabras, construcciones o proposiciones de igual función»; los subordinantes la de «establecer relaciones entre distintos planos sintácticos (conectores del modificador con el núcleo e indicadores de la inclusión de una construcción en otra mayor)».

En cuanto a las de doble función, hay que señalar que la doble función simultánea es obligatoria en los relacionantes, pero no en los verboides, que pueden prescindir de su función verbal en ciertas construcciones, aunque siempre esté en potencia, y si se produce la inclusión de un nuevo término puede manifestarse, así, en el ejemplo *la historia narrada no les atraía*, *narrada* es sólo adjetivo; pero si decimos *la historia narrada por Juan no les atraía*, *narrada* es a la vez —dice— adjetivo, modificador de *historia* y verbo, que rige el agente *por Juan*.

Con la exclusión de la *interjección*, que es una oración, no una parte de ella, la clasificación tradicional española, tal como la recogen, con variantes

de interpretación. Bello. Amado Alonso, P. Henríquez Ureña, y Gili i Gaya. señala ocho partes, que podrían dividirse en tres clases, como hicimos en nuestra *Aproximación a la Gramática Española* (par. 9.5):

Clases sintácticas: Sustantivo, adjetivo, verbo, adverbio, preposición y conjunción.

Clase semántica: pronombre.

Clase funcional: Artículo.

Hoy no defenderíamos que *pronombre* y *artículo* fueran sólo clases semánticas y funcionales (modo más o menos encubierto de señalar que el artículo no fuera ni siquiera una parte de la oración comparable a las restantes). Por ello propondremos una caracterización experimental de las ocho partes que atienda a la Semántica, la Morfología y la Sintaxis, en el cuadro adjunto. Sobre éste advertimos que los signos (+ -) no indican términos, respectivamente, marcado y no marcado, sino positivo/negativo, en relación con el rótulo o etiqueta que figura sobre cada columna. En la Semántica, la condición de *constante* se refiere a significación propia en cada caso, mientras que la de *variable* indica la significación ocasional, referencial o anafórica, y se separa también la posibilidad de servir de nexos. En la Sintaxis, los tres rangos quieren decir en la junción y en el nexos, no en la oración, donde el tema es más complejo, por la posible existencia de nexos dependientes, en los que pueden integrarse otras de estas tradicionales 'partes de la oración'.

PARTES DE LA ORACIÓN	SEMÁNTICA		MORFOLOGÍA					SINTAXIS (términos)			
	+ Constantes - Variables	Nexos	± Género	± Forma neutra	Número	± 1. ^a , 2. ^a persona	Forma tempo- ral diferenciada	Primario	Secundario	Terciario	Nexo
Sustantivo	+	-	+	-	+	-	-	+	-	-	-
Adjetivo	+	-	+	+	+	-	-	-	+	+	-
Pronombre	-	±	+	+	+	±	-	+	+	+	±
Artículo	-	-	±	+	+	-	-	+	+	-	-
Verbo	+	-	-	-	+	+	+	-	+	-	-
Adverbio	±	±		-	-	-	-	-	+	+	±
Preposición	+	+	-	-	-	-	-	-	-	-	+
Conjunción	+	+	-	-	-	-	-	-	-	-	+

Del cuadro se desprenden los siguientes comentarios:

Si no admitimos que el sustantivo sea término secundario, ello implica

que la *aposición* es la modificación de una junción por otra, no de un sustantivo por otro.

Al no admitir el uso del adjetivo en función primaria ello implica que los casos como *el blanco* (igual que *el de ayer*) tienen el núcleo de la junción, su término primario, en la forma *el*, por lo cual señalamos positivamente el artículo en la casilla correspondiente a la función de término primario.

Marcando negativamente la casilla primaria en la función verbal suponemos que las formas verbales usadas en esta función ya han salido del inventario verbal, para integrarse en el nominal. Es posible que dos formas idénticas figuren en dos inventarios: *alemán* puede ser sustantivo o adjetivo, y lo mismo *rosa*, *andar* (con un plural plenamente nominal *andares*), *querer*, etc.

Con los criterios manejados no hay diferencia entre preposición y conjunción; para buscarla tendríamos que manejar criterios supletorios.

El cuadro es, insistimos, una propuesta experimental, avalada por los resultados en la práctica de la enseñanza, pero confesa de incompletitud. Alguna categoría, como la del pronombre, sólo con incluir en la casilla terciaria el signo (\pm), posible, pues hay pronombres que nunca son términos terciarios, abarcaría también el artículo, aspecto justificado, demostrado históricamente.

9.6. CONCORDANCIA

En español hay que partir de un concepto fundamental para entender la relación de las partes de la oración entre sí. Este concepto es el de *concordancia*. La concordancia es una igualdad de formantes, de elementos no significativos, que se establece entre sustantivo y adjetivo (género y número) o entre verbo y sujeto (número y persona), etc.

Así no se dirá:

el vaca comieron, sino la vaca comió

9.6.1. Hiperconcordancia

En castellano tenemos que hablar de *hiperconcordancia*, general en las lenguas románicas, pues la lengua gasta inútilmente una serie de recursos duplicando formas de manera innecesaria. El inglés, lengua mucho mejor organizada económicamente que las lenguas romances, no tiene estas duplicidades formales y evita esta multiplicación de gastos lingüísticos.

Por ello, mientras el francés escrito y el español ofrecen una gran multiplicación de gastos para decir

las vacas blancas
les vaches blanches

con concordancia entre artículo, adjetivo y sustantivo, el inglés evita ese gasto inútil diciendo

the white cows

Con un solo formante (la *s de cows*) el inglés expresa lo que español y francés expresan con los tres signos de concordancia en plural (las tres *s* finales) y los tres de femenino (tres *e* en francés, tres *a* en español). Este gasto inútil de signos externos de concordancia es lo que nos indica que se trata de una hiperconcordancia. En ella hay, pues, una doble (o múltiple) señalización innecesaria.

9.6.2. Discordancia

Sin embargo, el habla no presenta las cosas de una manera tan simple. Por ello surgen las *discordancias*. Por discordancia entendemos el fenómeno por el que no se produce una concordancia de manera esperada, sino obedeciendo a otras razones, generalmente psicológicas. La discordancia no es fenómeno gramatical, sino estilístico.

Para resumirlo aquí digamos que, en cuanto al sexo, la concordancia es casi general, salvo títulos y tratamientos.

Los colectivos concuerdan en singular y, a veces, en plural:

acudieron a la ciudad multitud de gente (Gili Gaya)
acudió a la ciudad multitud de gente (Gili Gaya)

Si el colectivo es muy homogéneo, o está muy determinado, la posibilidad de que se pueda concertar del mismo modo en singular o en plural es menor.

9.6.3. La discordancia deliberada

Hay casos de discordancia deliberada. Esto sucede cuando el hablante se inmiscuye en la acción del oyente:

¿cómo estamos? por *¿cómo está Vd.?* o *¿cómo estás?*

En realidad, para el hablante, no hay discordancia, sino transmutación de persona gramatical.

9.6.4. El plural de modestia

También se rompe la concordancia cuando, de modo ficticio, se intenta compartir la responsabilidad. Tal es el caso del plural de modestia. Cuando el único autor de un libro dice

creemos que esto es así

lo que quiere decir es

creo que esto es así

Se trata en este caso de una convención literaria, muy distinta de la que se produce cuando el sujeto pretende envolver a otros en su acción, o quiere incluirse. Al final de una competición deportiva es fácil oír decir a un espectador

hemos ganado

después de haber estado simplemente contemplando el juego. Contrasta esto con el poco interés que se tiene en participar en lo que no tiene éxito. En las mismas circunstancias, un simpatizante del bando derrotado diría mejor

han perdido

y no se consideraría así envuelto en la derrota de su equipo (aunque de hecho se oiga *nos han dado una buena paliza*).

9.6.5. El plural mayestático

Otra discordancia deliberada sucede en el llamado plural mayestático

nos, el rey

en lugar de la concordancia gramatical en singular

yo, el rey

9.6.6. Varios sujetos

En cuanto a la concordancia de verbo con varios sujetos, salvo una serie de circunstancias marginales, lo general es que el verbo regido por varios sujetos vaya en plural. En caso de tratarse de distintas personas se prefiere la primera, luego la segunda y finalmente la tercera.

Luis, tú y yo iremos

Luis y tú iréis

Luis y Juan irán

La colocación del verbo antes de los sujetos favorece el empleo del singular.

Le arrastró la llamada a la guerra y su tendencia natural a la violencia (Gili Gaya)

Aunque es también correcto y usual:

Le arrastraron la llamada a la guerra y su tendencia natural a la violencia
(Gili Gaya)

El verbo entre varios sujetos puede concertar con el más próximo:

La causa de Dios nos lleva, y la de nuestro rey, a conquistar regiones no conocidas (Solís, cita de Gili Gaya)

En cuanto a la concordancia del neutro hay que señalar que varios neutros llevan el verbo en singular o en plural, sin regla fija.

9.6.7. Adjetivos con varios sustantivos

La concordancia de adjetivos con varios sustantivos debe hacerse en plural. Esta es la concordancia más correcta. A veces esto no sucede: el adjetivo que precede a los sustantivos suele concertar con el más próximo:

El público lo recibió con entusiasta admiración y aplauso (Gili Gaya)

A veces la falta de concordancia aparente no es tal. No es lo mismo decir

tenía inteligencia y gran valor

que

tenía inteligencia y valor grandes

pero en

Tenía gran valor e inteligencia

no sabemos si sólo tenía gran valor o si también tenía gran inteligencia.

9.6.8. Propositiones de relativo o adjetivos

En lo referente a la concordancia de unas oraciones con otras el problema mayor se plantea en las oraciones de relativo o adjetivas, que pueden tener concordancia gramatical (con el relativo sujeto) o con el sujeto de la principal:

vosotros sois quienes lloráis
vosotros sois quienes lloran

**BIBLIOGRAFÍA CITADA EN ESTE CAPÍTULO,
NO RECOGIDA EN LA GENERAL FINAL**

- CONTRERAS, Heles (comp.): 1971. *Los fundamentos de la gramática transformacional*. México, siglo XXI.
- FILLMORE, Charles: 1971. «Hacia una teoría moderna de los casos», en H. Contreras (1971), páginas 45-65.
- HARRIS, Zellig S.: 1951. *Structural Linguistics*. Chicago y Londres, The University of Chicago Press (6.ª ed., 1963).
- JESPERSEN, Otto: 1938. *Essentials of English Grammar*. Londres, Allen & Unwin (4.ª imp.).
- LONGACRE, R. E.: 1967. «The notion of sentence», en E. L. Blansitt, Jr. (ed.), *Report of the 18th Annual Round Table Meeting on Linguistics and Language Studies*, págs. 15-25, Washington, Georgetown Univ. Press.
- 1970. «Sentence Structure as a Statement Calculus», en *Language*, 46, págs. 783-815.
- ROTAETXE, Karmele: 1978. «Lingüística-lógica: La construcción ergativa vasca», en *RSEL*, 8, páginas 431-445.
- TESNIERE, Lucien: 1969. *Éléments de Syntaxe Structurale*. París, Klincksieck (2.ª ed. rev.).

CAPÍTULO 10

El nombre

10.1. EL SUSTANTIVO

La vieja categoría tradicional *nombre* comprende el *nombre-sustantivo* y el *nombre-adjetivo*, distinción, en principio, nocional, aunque se apoya también, como veremos, en factores formales y funcionales.

Nocionalmente atendemos a los *objetos*, que pueden ser considerados con existencia independiente o dependiente, es decir, en sí o en otros. Si consideramos en sí mismo lo azul de un vestido azul, una flor azul, y demás, llegamos al concepto independiente *azul* y podemos hablar de *el azul* como un sustantivo. El léxico, en otros casos, nos permite incluso expresar mayores distinciones: para lo común de una pared blanca, un vestido blanco, o una flor blanca hablamos del *blanco* y de la *blancura*.

Por ello podemos seguir la definición de Amado Alonso y P. Henríquez Ureña y decir que los sustantivos son las palabras con que designamos los objetos pensándolos con conceptos independientes.

10.1.1. Forma

El sustantivo está compuesto de dos partes. La primera es la parte significativa, que llamaremos *lexema*, la segunda señala las variaciones gramaticales o estilísticas que afectan a este lexema, son los *formantes*. De estos formantes, unos acompañan necesariamente al sustantivo: son los formantes *constitutivos*. Los otros modifican al sustantivo de forma marginal y no son imprescindibles. Por ello se les llama formantes *facultativos*.

En una palabra como

«gata»

el lexema es *gat*, hay un formante constitutivo que corresponde al morfema de género (femenino) –A, y un morfema cero de número (∅).

En una palabra como

«gatita»

el lexema es *gat*, hay un formante facultativo constituido por el infijo diminutivo *-it-*, y un formante constitutivo de género *-A*, así como un morfema cero de número.

Usaremos el término europeo de *morfema* con el significado de *morfema gramatical*, formante constitutivo, distinto del uso general americano (cf. 8.2.).

El sustantivo tiene dos morfemas:

género
número

10.1.2. Géneros

Los sustantivos españoles tienen dos géneros: *masculino* y *femenino*. Los sustantivos de discurso pueden ser también neutros: *lo blanco* ¹.

Estos géneros son arbitrarios, responden a circunstancias de lengua, no a un sexo real.

La oposición entre los dos se realiza considerando el masculino como término extensivo, no marcado, y el femenino como intensivo, marcado. Por esta razón, los nuevos sustantivos desprovistos de la marca *-A* final del femenino son masculinos. El masculino es el receptor de los nuevos sustantivos.

Cuando el lexema coincide con la forma completa del sustantivo decimos que el morfema del género es cero, y lo representamos con el signo \emptyset . Este es el caso en

melón
lexema: *melón*
morfema de género: $-\emptyset$
morfema de número: $-\emptyset$

Salvo excepciones, que se explican históricamente, de sustantivos masculinos que terminan en *-A*, la terminación *-A* es la marca del morfema de género femenino. Las oposiciones formales posibles son:

$-\emptyset$ / *-a* *niño/niña*
 $-\emptyset$ / *-a* *tunante/tunanta; pariente/parienta*
 \emptyset / *-a* *señor/señora*

¹ La gramática tradicional, a la que sigue Bello en la p. 54 de su *Gramática*, añade unos subgéneros: los *unigéneros*, a los que pertenecen los *epicenos*, que no mudan de género: *rey*, *mujer*, *buitre*, etc.; los *comunes*, que varían de género según el sexo a que se aplican: *mártir*, *testigo*, etc.; los *ambiguos*, que mudan de género sin vacilación de sexo: *mar*, *calor*, *punto*, etcétera.

Es obvio que esta consideración sexual del género no tiene ya valor, pero es conveniente no olvidarla porque puede contribuir a aclarar hechos de la diacronía, como los sustantivos ambiguos en latín y en castellano (p. ej. *canalem*, *el canal* y *la canal*), cambios de género por acceso de la mujer a nuevas profesiones, etc.

En general, podemos decir que la evolución del género desde el latín ha consistido en la tendencia a regularizar unas terminaciones específicas: *-o* para el masculino y *-a* para el femenino. Las excepciones a esta tendencia general y mayoritaria son:

- 1) Cultismos, masculinos en *-a*, que también lo eran en latín, no eran tampoco términos latinos autóctonos: poeta, patriarca, profeta.
- 2) Masculinos en *-a* para oficio o actividad de varón: pianista.
- 3) Las palabras que penetran por vía popular tienden a ser masculinas cuando no terminan en *-a*, las que penetran por vía culta tienden a conservar el género original. Cuando este género era neutro se hacen preferentemente masculinas si no terminan en *-a*.
- 4) Los sustantivos que empiezan por vocal se han construido con el artículo *el* hasta el siglo XVI, los que empiezan por *a-* han llevado este artículo hasta el XVII al igual que los que empiezan por *á-* tónica hasta hoy.

Esto ha provocado dos tipos de cambios:

- a) Los sustantivos que iban precedidos de *el* por comenzar por *a-* átona se han hecho en ocasiones femeninos por falsa separación del artículo, así en Andalucía se dice hoy *la alambre*, a través de *el alambre*, *ela alambre*². Esta falsa separación, aunque de modo distinto, existe, en *el amoto*, *un amoto*, masculinización popular del femenino *moto* (abreviatura del femenino en *-a*, *motocicleta*).
- b) Los sustantivos precedidos por *el* en la lengua actual, que comienzan por *á-* tónica tienden a interpretarse como masculinos. Es el efecto contrario de la misma causa que también motiva a). En el primer subgrupo la *a-* inicial hace cambiar el artículo, se produce un falso corte y cambia el género, en este segundo grupo el artículo *el* es el que masculiniza, o tiende a masculinizar la forma que lo acompaña. Por ello, oímos frases del tipo «muchísimo agua», o leemos en varias convocatorias de exámenes de la propia Facultad de Letras «en el mismo aula».
- 5) Los sustantivos que proceden de neutros latinos se hacen femeninos cuando proceden de plurales en *-a*, interpretados primero como colectivos y luego como singulares: *hoja*, *rama*. Los demás vacilan.
- 6) El género gramatical de los sustantivos que indican el género o la especie naturales influye en el género de los individuos pertenecientes a ella:

letra es femenino, decimos *la a*, *la be*, etc.

² El latín *illa* dio dos formas en español, ante vocal *illa* > *el* (*illa anima* > *el alma*), ante consonante *illa* > *la* (*illa muliere* > *la mujer*).

vino es masculino, decimos *el champán*, *el valdepeñas*, etc. Podemos pensar que esto es lo que puede haber influido en que *champaña* no se haya hecho general. Ya que supondría un nuevo elemento de discordia con su terminación en *-a* y su artículo *el*, se ha preferido *champán*, que no tiene *-a*. (Cuando se conserva la *-a* puede oírse *la champaña*, como me advierte J. Polo.)

Los sustantivos pueden serlo de *lengua*, es decir, del esquema, de la estructura, o de *habla* (también llamados de *discurso*). El fenómeno por el cual se forman sustantivos de discurso se llama, en Morfosintaxis, *sustantivación* y se produce a partir de una parte de la oración no-sustantivo que se trata como un sustantivo en un contexto dado. Posteriormente, si ese no-sustantivo primitivo se conforma como un sustantivo, con todas las características de éste tendremos un nuevo sustantivo de lengua.

Por ejemplo: a partir del infinitivo *comer* (originariamente un verbo), podemos formar un sustantivo de discurso: *el comer*. Sin embargo, este sustantivo de discurso «el comer» no se conforma como un sustantivo de lengua, pues es incapaz de tomar plural. No se puede decir «los comeres». Por el contrario, el infinitivo «poder» es un sustantivo de lengua «el querer», ya que se conforma como un sustantivo y admite los formantes del sustantivo, como el plural correcto «los poderes».

Los procedimientos de sustantivación son dos:

artículo *el* + no-sustantivo

artículo *lo* + no-sustantivo

Quede claro que no-sustantivo no quiere decir *todo* lo no-sustantivo.

Por el segundo sistema, con el artículo neutro *lo* obtenemos los únicos sustantivos neutros posibles en castellano. Estos sustantivos son siempre sustantivos de discurso, puesto que el neutro no es formante constitutivo de los sustantivos de lengua.

Un sistema mucho más discutible de sustantivación es el uso de un no-sustantivo, sin artículo, en una función específica del sustantivo, como es la de sujeto. En la oración

En es una preposición

En es el sujeto y por tanto un sustantivo. Sin embargo, este sistema de sustantivación *funcional* se encuentra implicado en un complejo problema lógico, pues al ser *en* por definición una preposición y por función un sustantivo, cae dentro del principio de contradicción de la clase que se contiene y no se contiene a sí misma. No se trata de lengua, sino de metalengua³.

³ Cf. J. P. Rona, «El metalenguaje en el análisis oracional», en *Estudios Filológicos, Homenagem Serafim da Silva Neto*. Río de Janeiro, 1967, pp. 155-176.

10.1.3. Números

Los sustantivos españoles tienen también dos números: *singular* y *plural*.

El singular es el término no marcado, por ello los nuevos sustantivos se forman en singular. Por ser el término no marcado y no presentar (a diferencia del masculino) ningún tipo de variación formal, del singular decimos que lleva la marca cero (morfo \emptyset). Por ello en

melón

decíamos que el lexema es *melón*

el morfema masculino es \emptyset

el morfema singular es \emptyset también.

El plural es el término marcado. Su característica en español es una -S final si la palabra acaba por vocal átona, o bien -ES si la palabra acaba por consonante o vocal tónica. La lengua moderna tiende a formar en -S el plural de todas las palabras terminadas en vocal, átona o tónica, y en -ES el de las terminadas en consonante.

Se debe decir *alhelíes*, se dice mal *alhelís*.

(*Papá* y *mamá* han tenido siempre su plural *papás*, *mamás*.)

Los no agudos en -s, los en -x y los nombres propios en -z son invariables:

los martes los fénix los González

Al lado de ello aparece, en español, sobre todo en España, una peligrosa tendencia a mantener la forma plural de los barbarismos como en la lengua de origen. Por ello, la gran cantidad de anglicismos introducidos en los últimos tiempos tienen su plural en -S, aunque terminen en consonante, p. ej., en España el plural de *club* es *clubs*, mientras que en Hispanoamérica se usa la forma *clubes*, rara en España.

10.1.3.1. Formantes facultativos

Los formantes facultativos están situados en una zona difícil de limitar entre la morfología, la lexicología y la estilística. En este campo se sitúan los *prefijos*, antepuestos al lexema, de los cuales alguno tiene un claro valor morfológico, como *ultra* para la formación de superlativos, del tipo *ultra-bueno*, por *buenísimo*. Los *infijos* se sitúan entre el lexema y los formantes constitutivos, que nosotros llamamos morfemas. Los infijos más importantes son los aumentativos, diminutivos y despectivos cuyo valor fundamentalmente estilístico, postulado por Amado Alonso, discutiremos en 10.6.

También se sitúan entre los afijos una serie de formantes facultativos que matizan la significación del lexema y que pueden ocasionar el paso de una categoría gramatical a otra. Por ello creemos que el estudio de los formantes facultativos no es morfosintáctico, sino lexicológico.

10.1.4. Definición formal

Desde el punto de vista formal podemos definir el sustantivo como un sintagma compuesto de un lexema y los formantes constitutivos de género y número. Como esta definición vale también para el adjetivo, será la definición del *nombre* en general. El adjetivo, por su parte, tiene el morfema diferenciador de *grado*.

10.1.5. Función

El sustantivo se caracteriza por ser autoincidente. Significa esto que tiene en sí mismo la razón de ser sus formantes, sin dependencia de otra parte de la oración.

Desde el punto de vista funcional, Ana María Barrenechea caracteriza los sustantivos diciendo: «Son las palabras que tienen las funciones privativas de sujeto, objeto directo, objeto indirecto y agente.»

Además tendríamos que añadir que el sustantivo es modificador de otro sustantivo en aposición. Esta función es la llamada *forma declarativa*.

La aposición es uno de los dos cambios de categoría posibles dentro del nombre: la sustantivación de un adjetivo (*lo verde*, sustantivación de habla o discurso; *el verde*, sustantivación de lengua) y la adjetivación de un sustantivo, o aposición. Ya veremos al hablar del adjetivo que la función de éste es el ser modificador directo del sustantivo. Puesto que un sustantivo en aposición tiene esta función, se trata de una adjetivación de habla o de discurso.

La aposición es una explicación o comentario de un sustantivo de lengua o de habla por medio de otro sustantivo de lengua o de habla que se adjetiva de este modo. Cuando hay pausa entre los dos componentes de la aposición hablamos de aposiciones *bimembres*. Cuando no hay pausa se llaman *unimembres*. Por ello cuando uno de los componentes se aumenta con una serie de modificadores se impone la estructura bimembre.

Unimembres:

don Juan
señor ministro
el presidente Nasser
el doctor Sánchez
la madre patria

Bimembres:

el Cid, caudillo famoso...
el presidente de la República Árabe Unida, Gamal Abdel Nasser...

El sustantivo como núcleo del sujeto es el elemento más importante en la sintaxis. Es un término primario al que son incidentes los otros términos sintácticos, quienes por ello dependen de él.

En el capítulo dedicado a la oración simple estudiaremos el sustantivo como sujeto, objeto directo, indirecto y agente, así como sus funciones no privativas: circunstancial y complemento de un sustantivo.

10.1.6. Significación

Pottier caracteriza acertadamente el sustantivo como una sustancia semántica predicativa. Amado Alonso y Henríquez Ureña insisten en que lo importante no es la realidad en sí misma, sino la manera de percibir la realidad, según la definición que vimos al principio de este tema. Lo importante no es que los objetos que expresamos por sustantivos sean independientes, sino que *los pensemos* con conceptos independientes, que tengan independencia fenomenológica.

Por su significación clasificamos los sustantivos de este modo:

A) CONCRETOS: Se refieren a objetos independientes.

- 1) *Comunes* o connotativos. Comprenden los sustantivos que no expresan rasgos diferenciadores de los objetos que denominan, sino que los agrupan por sus características no distintivas. *Mesa* se dice de todos los seres que tienen en común la característica no distintiva de un tablero y un soporte, independientemente de las características distintivas como forma del tablero, número de patas, etc. La mención *mesa* señala lo común, no lo distintivo.

Los nombres comunes se dividen en dos grupos:

- a) *Genéricos*. Expresan limitación de forma o extensión: *mesa*, *perro*. Corresponden a sustantivos que se pueden contar.

Los genéricos se dividen a su vez en:

- a') *Individuales*. Expresan una sola cosa en singular: *perro*, *pie*.
- a'') *Colectivos*. Expresan un conjunto de seres semejantes o considerados semejantes, en singular, no organizado en una entidad superior o considerado como no organizado en una entidad superior. *Enjambre* es un colectivo, pero no lo es *colmena*, pues la colmena es una unidad de organización, no un conjunto de seres semejantes.
- b) *De materia*. Corresponden a realidades que no se pueden contar, aunque sí medir: *oro* *plata*, *agua*, etc.

- 2) *Propios*, especificativos o denotativos. Individualizan, señalan las características distintivas, al contrario que los comunes.

Juan es un nombre propio aunque lo lleven muchas personas porque su mención es distinguir a esas personas de las demás, mientras que la mención de un nombre común, como *mesa*, es señalar lo que las mesas tienen en común.

La distinción entre el nombre propio y el nombre común ha hecho correr la tinta en abundancia. Por limitarnos a tres momentos, diremos que, en 1890, Stuart Mill los distinguía en que los nombres propios son simplemente denotativos, están vacíos de significación. Son como señales, como flechas, una etiqueta asistemática, significantes sin significado.

Los nombres comunes, por el contrario, son connotativos, designan una sustancia con cualidad.

Para Sir Alan Gardiner, en 1940, el nombre propio es: «La palabra o grupo de palabras cuyo propósito específico es la identificación, y que se realiza o tiende a realizar su propósito sólo por medio de sus distintos sonidos, es decir, sin ningún tipo de significación que hayan recibido aquellos sonidos en un principio, que haya sido adoptado por aquellos sonidos (fonemas) mediante su asociación con el objeto u objetos identificados con él.» Distinguiríamos así nombres propios puros, que se aplican a un solo ser (p. ej. *Asterix*) y nombres propios impuros, que se aplican a muchos (p. ej. *Carlos*).

A. Rey, en *La Sémantique* (págs. 16-17), señala, a propósito de «referencia», «designación» y «extensión», la diferencia semántica entre nombre propio y común. Los nombres propios no forman una clase, porque su extensión es arbitraria (que haya más individuos llamados *Juan* o *Pedro* depende de modas, preferencias individuales, acontecimientos sociales, etc.) y porque su referencia no se hace a los caracteres distintivos de una clase, sino a los de un individuo concreto: hay tantas «palabras» *Juan* o *Pedro* como individuos denominados *Juan* o *Pedro*. El francés, por su parte, gracias al empleo de la marca de plural, puede distinguir diversas etapas entre el nombre común y el nombre propio (este último no admite el plural):

- 1) Nombre común: *tous les chiens*.
- 2) Nombre propio pasado a común: *tous les Césars*.
- 3) Nombre propio: *tous les Fido*.

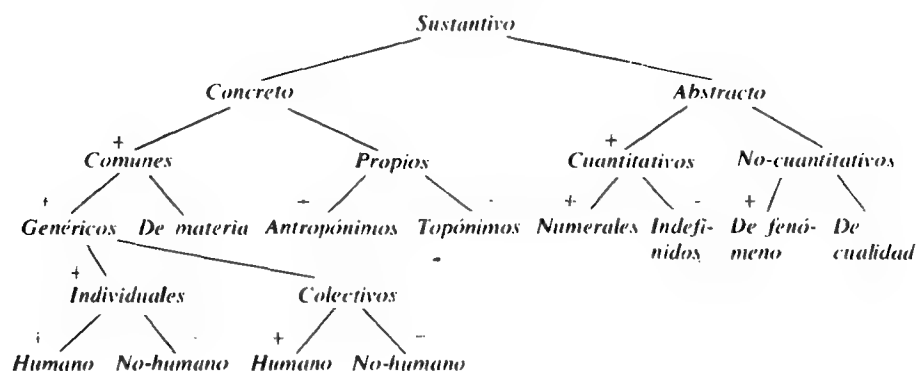
En español, en la etapa segunda, tendríamos, o conservación de la mayúscula y ausencia de marca del plural: *todos los César*, o minúscula y plural, con paso a nombre común: *todos los césares*, como formas más corrientes.

B) ABSTRACTOS: Se refieren a objetos que sólo tienen independencia mental, o que se piensan sólo con independencia mental. Los abstractos se dividen en tres grupos:

- 1) *De cualidad*. Proceden de adjetivos: belleza, blancura, etc.
- 2) *De fenómeno*. Proceden de verbos: abundancia, vagancia, etc.
- 3) *De cantidad*. Proceden de numerales o tienen relación con ellos. Se dividen en:

- a) Numerales: más concretos: par, docena.
 a') Indefinidos. Menos concretos: montón, puñado.

Recogemos a continuación un algoritmo arbóreo en el cual, sobre la base de términos positivos o negativos, se nos muestra cómo podríamos estructurar unas normas léxicas, que nos sirven para completar las gramaticales cuando queramos construir una regla gramatical en la que deban intervenir estos rasgos de significación del sustantivo. El empleo de los signos (+ -) no supone necesariamente el establecimiento de oposiciones privativas, sino un procedimiento de repartir en grupos binarios los distintos tipos.



10.2. EL PRONOMBRE SUSTANTIVO

A partir de una consideración del pronombre como clase semántica se ha hecho habitual la referencia a las tres posibles funciones de los pronombres como *pronombre sustantivo*, *pronombre adjetivo* y *pronombre adverbio* o *adverbial*. Con ello se utiliza el criterio morfosintáctico de no diferenciar el término de la clase morfológica (sustantivo, adjetivo o adverbio) de la función sintáctica fundamental de cada clase (primaria, secundaria en la junción, o terciaria, de núcleo, adjunto o subjunto y subnexo, respectivamente). Al mantener esta terminología, tal vez no muy feliz, al mismo tiempo que tratamos de evitar nuevos cambios, queremos insistir en que lo importante con la designación es la función. En realidad, sabemos también ahora que los pronombres no son sólo clases semánticas, sino que también son clases morfológicas, caracterizadas por el morfema de persona y, en algunos de ellos, por el de caso.

Hay que advertir, también, que, desde el punto de vista de algunos autores, como Ana María Barrenechea, los pronombres que nosotros llamamos relativos y los adverbios pronominales relativos pertenecen a la clase de los relacionantes, que A. M. Barrenechea⁴ define: «Los "relacionantes" son

⁴ *Op. cit.*, p. 25.

palabras de doble función simultánea obligatoria: la de signos de subordinación e inclusión de la proposición que encabezan, más las funciones propias de sustantivos, adjetivos o adverbios en la estructura interna de dicha proposición.»

Desde el punto de vista morfosintáctico, los pronombres pueden tener la función de un sustantivo, adjetivo o adverbio (y ya hemos visto que en algunos casos son además signos de inclusión o subordinación). No obstante, los estudiaremos en un tema dedicado al pronombre, para obtener una mayor unidad pedagógica. Por ello hacemos aquí simplemente esta advertencia, sin insistir más.

10.3. EL NOMBRE ADJETIVO

El adjetivo es una clase especial de palabras que tiene en la oración un papel especial también: el de ampliar o precisar con una nota la significación del sustantivo. A los adjetivos corresponden conceptos dependientes. El adjetivo, en consecuencia, es un término secundario, dependiente del sustantivo, único término primario. Son también susceptibles de una marca gramatical específica: el grado.

En todo caso, antes de proseguir, conviene hacer una clasificación de los adjetivos, sin esperar el apartado de su *significación*. Esta clasificación ofrece problemas muy difíciles de resolver. Sin embargo, nos hemos decidido por la de Mabel Manacorda de Rosetti, en la línea de Amado Alonso y Ana María Barrenechea, que nos parece en conjunto más satisfactoria que la de B. Pottier, aunque tampoco sea totalmente convincente.

Los adjetivos se dividen en:

- A) *Connotativos* (con sustancia semántica predicativa). Tiene su propio valor semántico, permanente.
 - a) Calificativos. Expresan cualidades. La gramática tradicional los diferenciaba del resto de los adjetivos, llamados determinativos, que no son sino pronombres adjetivos, salvo en el caso de los numerales. Por ej. blanco, negro, alto, feo, etc.
 - b) Numerales. Limitan el contenido semántico del sustantivo, al que añaden un valor numérico más o menos preciso.

Se dividen en:

- 1) Ordinales. Sitúan dentro de un principio convencional de orden al sustantivo al que acompañan. P. ej. primero, segundo, etc.
- 2) Cardinales. Limitan el contenido semántico del sustantivo de modo preciso: uno, dos, tres, cuatro, etc.
- 3) Partitivos. Dividen el contenido semántico del sustantivo. P. ej. medio, tercio, cuarto, etc.
- 4) Multiplicativos. Multiplican el contenido semántico del sustantivo: doble, triple, etc.

- 5) Colectivos. Significan como unidad un grupo numéricamente determinado. P. ej. decena, millar.
 - 6) Distributivos. Dividen una cosa entre varios, designando lo que corresponde a cada uno, atribuyendo una misma cantidad a distintas personas o cosas. P. ej. sendos.
- B) *No connotativos*. Tienen significación ocasional. Son por ello *pronombres* cuyo significado no está ligado a una sustancia semántica de lengua, sino de habla, es decir, a su referente. En el sintagma «este hombre», con diferentes referentes «este» recubrirá distintas significaciones. Si con *este hombre* nos referimos a una persona que se llame, p. ej., *Octavio*, *este* pasa a tomar el significado de *Octavio*, que es su referente. Si la referencia era a *Luis*, Luis se convierte en el referente, y *este* adquiere el significado de *Luis*.

Cuando hablemos de la clase «pronombre» nos ocuparemos con mayor detalle de este aspecto significativo. Ahora adelantaremos solamente que cuando las formas *este, ese, aquel, mío, mi, tuyo, tu, suyo, su, algún, cualquier, ningún, cuyo*, etc., tienen la función de modificadores primarios del sustantivo (o sea, función de adjetivos) son pronombres-adjetivos, y que es preferible esta denominación a la de adjetivos determinativos de la vieja gramática lógica. Se trata de la clase *pronombre* con función de adjunto. Se dividen en:

- a) *Posesivos*. Establecen una relación con las personas del discurso similar a la del sintagma *de + término de preposición*. Como este tipo de relación corresponde generalmente a la idea de posesión o pertenencia reciben el nombre tradicional de posesivos, que podemos mantener una vez que sabemos que esa idea de posesión no es exclusiva, sino predominante. La posesión puede ser real (*mi casa*), o figurada (*mi padre*).
- b) *Demostrativos*. Establecen una relación espacio-temporal con la primera persona del coloquio, y no con las tres, como generalmente se dice. *Este* indica proximidad inmediata a la primera persona, *ese* una cierta proximidad, y *aquel* lejanía en general. Como la situación de las otras dos personas del coloquio suele coincidir con la de los objetos que designamos con *ese* y *aquel* se ha venido diciendo que estos dos pronombres significaban proximidad a la segunda persona o a la tercera. Para comprobar que esto no es cierto no tenemos más que situar a la primera persona entre el objeto y la segunda y la tercera. Colocados de ese modo el objeto (acompañado de los pronombres adjetivos *este, ese* o *aquel*, según su alejamiento) siempre estará más cerca de la primera persona que de las otras dos.
- c) *Indefinidos*. No falta quien —como Pottier en su *Morphosyntaxe*— diga que los indefinidos tienen una sustancia semántica predicativa, aunque con escasos componentes semánticos, y por ello deben figurar entre los adjetivos connotativos. Creemos, sin embargo, que su significación es

también ocasional, y por ello son pronombres, que aquí nos interesan por su función de adjetivos.

Si decimos *algún hombre vendrá*, ese *algún* está recubriendo la sustancia predicativa de *quien* vaya a venir, no tiene significación propia. Si el que va a venir es *Juan*, significará *Juan*, si por el contrario se tratara de *Pedro*, significaría *Pedro*, etc. Observemos que en la explicación hemos usado un pronombre (con función de sustantivo) *quien*, con verbo en subjuntivo. Hemos sustituido *algún* por un pronombre, y siempre podremos hacerlo: *este hombre vendrá*, *tu hombre vendrá*, etc.

Los pronombres indefinidos que pueden tener función de adjetivo son uno, alguno, cualquier, tal, etc.

- d) *Relacionantes*. Tienen una misión referencial. Sirven de puente entre dos oraciones. Su referente está situado en una oración distinta, y al tomar su significación los relacionantes unen ambas oraciones. A esta subclase pertenecen los relativos, interrogativos y exclamativos, pero no todos. *Cuyo* es el pronombre que tiene, por lo general, la función de adjetivo: *Vino ayer el hombre cuyo rostro nos parecía tan conocido*. Los pronombres relacionantes pueden tener un valor enfático o intensificador: *¡qué mujer!* *¿cuál hombre?* En este caso son adjetivos. Los interrogativos sustantivos pueden tener también este valor enfático: *No sabes con quién tratas*. Habría que pensar en sacar los exclamativos de este grupo, pues no son claramente relacionantes. En ese caso formarían un grupo e).

10.3.1. Adjetivos connotativos

Están incluidos en este grupo los calificativos y los numerales. Estos adjetivos se caracterizan porque su contenido semántico aporta una materia nueva en el enunciado. El contenido semántico de los calificativos es más rico y por ello lo aportado es mayor.

10.3.2. Forma

Son invariables los numerales cardinales, salvo *uno*, que tiene femenino. No debería tener singular el distributivo *sendos* (uno para cada uno), pero a veces se encuentra. Los multiplicativos no tienen variación de género, pero lo mismo sucede también con algunos calificativos.

Los adjetivos se componen de lexema y formantes, como los sustantivos. Los formantes son los mismos que los del sustantivo, pero habría que añadir el morfema de GRADO, que los sustantivos no tienen.

Los formantes del adjetivo dependen de los del sustantivo, y están obligados a concordar. El adjetivo ha de tener el mismo género y el mismo número que el sustantivo. Además, todo sustantivo lleva consigo un *género*, el adjetivo no. No podemos decir *perro* sin que sea automáticamente masculino, ni *carta* sin que sea femenino. En cambio *grande* será masculino o

femenino según el género del sustantivo al que acompañe, y no podemos decir *perro blanca* o *carta blanco*, sino que el género del sustantivo impone el del adjetivo. Con el gráfico de Pottier podemos expresarlo así:

Sustantivo	Base-Género		Número
Adjetivo	Base	Género	Número

El género del sustantivo va incluido en la base, el del adjetivo depende del sustantivo al que acompaña.

El adjetivo es incidente al sustantivo. Es dependiente.

El formante de número es idéntico al del sustantivo. Claro es que el número del adjetivo debe ser el mismo del sustantivo del que depende. No se puede decir *carta largas*, ni *cartas larga*; pero hay que tener en cuenta que el término no marcado es el singular, tanto en el sustantivo como, lógicamente, en el adjetivo.

El formante de número tiene en los adjetivos los signos externos del plural (-s, es) en todos los casos. Por el contrario, el morfema de género puede presentarse de dos maneras:

Con marca de concordancia: *mal -O/-A*

Sin marca de concordancia: *azul -Ø*

El morfema o formante de *grado* tiene un doble aspecto, morfológico y sintáctico.

Desde el punto de vista morfológico hay que considerar las formas de *superlativo* absoluto. Estas formas se crean de dos modos:

- Superlativo culto en *-ísimo* o *-érrimo*: *blanquísimo*, *pulquérrimo*.
- Superlativos coloquiales por prefijación de *re-*, *ultra-*, *súper-*, *archi-* y formas reforzadas como *rerre-*, *reque-*, *requete-*, y compuestas de las formas anteriores: *archibueno*, *rebueno*, *requetebueno*, *superbueno*, *ultrabueno*, etc.

A estas formas hay que sumar los escasos restos latinos, que en muchos casos han perdido o están perdiendo su valor de *grado*:

Bueno, mejor, óptimo. Malo, peor, pésimo. Grande, mayor, máximo. Pequeño, menor, mínimo.

Superior, *inferior*, *citerior*, *ulterior*, *supremo* e *ínfimo* han perdido en el habla corriente su valor de comparativos y superlativos. *Óptimo* ha sido sustituido por *buenísimo* y *bonísimo*; *pésimo* por *malísimo*.

Por un procedimiento sintáctico se expresan cuatro categorías del morfema de grado *comparativo* y una de *superlativo*:

1) Comparativo de inferioridad:

menos... (adjetivo en grado 0) ...*que*

2) Comparativo de igualdad:

igual de... (adjetivo positivo, o 0) ...*que*

tan... (adjetivo 0) ...*como*

lo mismo de... (adjetivo 0) ...*que*

3) Comparativo de superioridad:

más... (adjetivo 0) ...*que*

4) Comparativo de excelencia:

el más... (adjetivo positivo o 0) (absoluto)

el más... (adjetivo en grado 0) ...*de ...*(x). (Relativo.)

Superlativo:

muy + adjetivo en grado 0, es decir, positivo.

El morfema de grado se presenta tanto como un morfema continuo, como discontinuo. En este último caso se intercala el adjetivo en grado positivo entre los dos elementos del morfema discontinuo, p. ej. en el comparativo de superioridad:

Juan es más alto que Pedro

Más y que son los dos elementos de un morfema discontinuo que afecta al adjetivo *alto*.

Para los formantes facultativos del adjetivo véase lo dicho a propósito de los del sustantivo, así como 10.6. más adelante.

Remitimos a 10.1.4 para la definición formal del adjetivo.

10.3.3. Función

Desde el punto de vista funcional los calificativos se diferencian de los numerales y de los no-connotativos en que, en la oración enunciativa, los calificativos no pueden figurar como actualizadores del nombre para la función del sujeto, mientras que los restantes sí pueden (Lázaro Carreter). En efecto, no podemos decir:

hombre blanco come, sino el hombre blanco come

Es necesario el actualizador *el* ⁵.

Pero podemos decir:

este hombre come
dos hombres comen
algunos hombres comen, etc.

En todo este tema estamos insistiendo en que el adjetivo es dependiente del sustantivo. Esta dependencia se marca en la función por medio de una referencia. El adjetivo se refiere al sustantivo de dos modos:

a) Atributivo. Referencia directa:

el libro blanco

b) Predicativo. Referencia indirecta, a través de un índice verbal:

el libro es blanco

Esto no tiene demasiada importancia en el caso de los connotativos, pero sí la tendrá cuando hablemos de los pronombres adjetivos en 10.4.

Lo que tenemos que resaltar ahora es que el verbo desde el punto de vista funcional es siempre verbo, puesto que no pierde su función verbal, sea *ser*, *estar*, o cualquier otro. Desde el punto de vista semántico, hay que tener en cuenta que cuando la referencia se hace a través de un índice verbal es el adjetivo predicativo el que lleva la carga semántica nuclear del sintagma predicativo, y el verbo es sólo un elemento de unión, hasta el punto de que algunas lenguas, como el ruso y el árabe, prescinden del verbo en este tipo de construcciones.

⁵ En los versos de Machado «Vagos fantasmas lares / van encendiendo estrellas» tenemos que dar al plural el valor de cuantificador, por lo que hace viable la supresión en lo que sería *unos vagos fantasmas lares...* Además la poesía tiene ciertas exigencias que pueden alterar la construcción normalmente usada.

Se puede pensar en una serie de alteraciones por sustitución:

1. *unos fantasmas van encendiendo estrellas.*
unos fantasmas son lares.
unos fantasmas son vagos [= imprecisos].
2. *unos fantasmas lares van encendiendo estrellas.*
unos fantasmas son vagos.
3. *unos vagos fantasmas lares...*
4. *vagos fantasmas lares...*

No hemos hecho

3 bis *. *unos fantasmas lares vagos...*

porque *vagos* se refiere directamente a *fantasmas*.

Y tampoco hemos hecho

3 ter *. *unos fantasmas vagos lares*

porque el adjetivo pospuesto se incluye en el grupo sustantival antes que el antepuesto.

Es probable, aunque faltan estudios, que la supresión de *unos* venga impuesta por el grupo adjetivo₁ + sustantivo + adjetivo₂ cuando adjetivo₁ es *quasi-determinativo*, acrecentando así el valor de actualizador-cuantificador del plural.

En cuanto a la terminología adoptada, hay que señalar que seguimos la terminología centroeuropea, adoptada también por Pottier, que llama adjetivo *atributivo* al que modifica al sustantivo directamente, y *predicativo* al que lo hace por medio de un índice verbal, indirectamente. La terminología francesa y las de ella derivadas llaman *építeto* al modificador en referencia directa, y *atributo* al que modifica a través de un índice verbal ⁶.

En español, el adjetivo atributivo tiene libertad de colocación en la frase. El adjetivo antepuesto al sustantivo al que se refiere suele modificar el contenido semántico de éste insistiendo en sus notas, es un adjetivo *explicativo*. El adjetivo pospuesto suele limitar (aunque no siempre) la extensión significativa del sustantivo que le precede, por ello se llama *especificativo*. En *el caballo blanco*, *blanco* especifica que *caballo* no se refiere a cualquier caballo, sino al que tiene la característica especial de su color blanco.

Cuando el adjetivo explicativo, al insistir en las notas del sustantivo, resalta una de ellas se llama propiamente *építeto*. Por extensión se llama építeto a todo adjetivo colocado delante del sustantivo, aunque no tenga ese valor de poner en relieve que caracteriza al építeto propiamente dicho.

En español todos los adjetivos connotativos, excepto el numeral *un*, y los distributivos (en sentido amplio) ⁷ *ambos*, *cada* (si los consideramos como connotativos), pueden ir precedidos del artículo cuando se anteponen al sustantivo, el cual puede ir también precedido del artículo cuando el adjetivo va pospuesto: *el caballo blanco*, *el blanco caballo*.

Hay dos tipos de epítetos. El primero es el que se usa libremente delante de un sustantivo: «En los *calurosos* días de agosto». El segundo es el que constituye un lugar común por su conveniencia intrínseca con ciertos sustantivos: «la *blanca* nieve». (Los días de agosto no son calurosos en Buenos Aires.)

Además de los dos tipos de adjetivos estudiados, es decir, atributivos y predicativos, hay dos tipos de adjetivos que se relacionan con el verbo.

- c) Adjetivo atributivo-adverbial. Referente indirecto, a través de un índice verbal, pero modificando al mismo tiempo al sustantivo y al verbo. Esta función es propia de un adverbio y por ello se habla también de adverbialización del adjetivo ⁸.

«El agua cae *lenta*», tiene un matiz que establece una diferencia en relación con «el agua cae *lentamente*».

- d) Adjetivo adverbial. Funciona como modificador del verbo, sin referencia al sustantivo.

⁶ Cf. Lucien Tesnière, *Eléments de Syntaxe Structurale*. París (Klincksieck), 2.ª ed., reimpresión de 1969, p. 150, nota (1).

⁷ En la *Gramática Española* de Rafael Seco, revisada y ampliada por Manuel Seco, Madrid (Aguilar), 9.ª ed. 1967, p. 28, se incluyen *ambos*, *cada* y *los demás* entre los distributivos, tomando esta palabra en su sentido de «repartición en partes», y haciendo notar que si no se toma de este modo «el adjetivo *sendos* es el único propiamente distributivo».

⁸ Ch. Kany, *American-Spanish Syntax*, pp. 32 y ss. Hay traducción española. Ed. Gredos. Véase nuestro capítulo sobre el adverbio, *infra*.

«La bala dio *alto*»

La referencia al sustantivo es inexistente, hasta el punto de no haber concordancia. Lo mismo se diría «las balas dieron *alto*». (Los ejemplos son de F. Lázaro.)⁹

Podemos concluir con la definición funcional del adjetivo¹⁰; «Son las palabras que tienen la función privativa de modificadores directos de sustantivo.»

10.3.4. Significación

Ya advertimos al principio de este tema que las especiales circunstancias del mismo nos obligaban a tratar de la significación en primer lugar. Los adjetivos modifican el contenido semántico del sustantivo añadiéndole diversas notas. En el caso de los calificativos y numerales estas notas se hallan en la significación propia de estos adjetivos connotativos. En el caso de los pronombres-adjetivos las notas añadidas a la significación del sustantivo dependen de la significación ocasional de estas formas.

10.4. LOS PRONOMBRES ADJETIVOS

Al igual que hicimos al ocuparnos de los pronombres sustantivos, remitimos a nuestro capítulo sobre el pronombre en general. No obstante, vamos a tratar aquí algunas cuestiones específicas de la clase pronombre en función de adjunto.

En primer lugar nos interesa la colocación. Por regla general, los pronombres-adjetivos, o adjetivos no connotativos, se anteponen al sustantivo al cual modifican. Esta colocación lleva consigo incluso la alteración de la forma del pronombre adjetivo. Los posesivos antepuestos son *mi*, *tu*, *su*, tanto para el masculino como para el femenino; los demostrativos no alteran su forma, pero en la lengua hablada existe una fuerte tendencia, incorrecta, en favor de las formas masculinas ante palabra que empiece por *a* tónica: *de este agua no beberé*, por analogía con la forma de los artículos: *el alma*, *un alma*. Algunos indefinidos tienen también una forma singular apocopada cuando van ante el sustantivo: *algún*, *cualquier*, *ningún*.

Los pronombres adjetivos pospuestos tienen por lo general valor ponderativo o enfático, lo que permite en ocasiones su paso a sustantivos de lengua, con pérdida de su condición de pronombres y cambio de significación: *cualquier mujer*, *una mujer cualquiera*, *una cualquiera*.

La posposición no se da en los relacionantes.

Con esta posposición está relacionado nuestro segundo punto de interés, que es su relación con el artículo. Sólo *todo* se antepone al artículo que

⁹ Cf. su *Diccionario de Términos Filológicos*, s.v.

¹⁰ A. M. Barrenechea, *Estudios de Gramática Estructural*, p. 21.

acompaña al sustantivo al que *todo* modifica: *todo el mundo*. Cuando *todo* va pospuesto al sustantivo el artículo precede a este último, y no se puede intercalar: *el mundo todo*.

Los pronombres adjetivos no van precedidos de artículo, porque ellos mismos son actualizadores del sustantivo, hasta el punto de que el artículo *el* es un demostrativo gramaticalizado hasta perder su valor pronominal; lo mismo puede decirse del artículo *un*, procedente de un indefinido, y que conserva mayor valor pronominal que *el* porque todavía existe el pronombre indefinido *uno*, *unos*, y además se puede oponer al numeral *un*. En la lengua antigua los posesivos toleraban la presencia del artículo: *el mi libro*, pero esto no sucede hoy, fuera de algunas zonas dialectales.

El artículo tiene también gran importancia en el caso de los posesivos, puesto que se convierte en la marca formal que permite distinguir los pronombres adjetivos posesivos de los pronombres sustantivos. La forma con artículo es siempre pronombre sustantivo, la forma sin artículo es siempre pronombre adjetivo. (Más precisiones en 11.3, *infra*.)

Recordemos que el adjetivo modifica el sustantivo de dos maneras:

adj. atributivo:

caballo blanco
mi caballo

adj. predicativo:

el libro es blanco
el libro es mío

En ambos casos el posesivo *mío* (*mi*) es un modificador del sustantivo, modificador directo de *caballo*, en el primer caso, e indirecto de *libro*, a través del índice verbal *es*, en el segundo. Cumple así la función de modificador primario del sustantivo, por lo cual tenemos que definirlo funcionalmente como adjunto, o sea, en terminología morfosintáctica, adjetivo.

Esto no sucede en los casos:

el libro es el mío
el libro es éste
el libro es cualquiera

pues en ninguno de estos tres ejemplos el pronombre se refiere al sustantivo *libro* como su modificador primario. En estos ejemplos los pronombres tienen función de sustantivo, no de adjetivo.

Los posesivos se diferencian de los otros pronombres por su especial comportamiento ante el artículo, hasta el punto de que para la función de pronombres sustantivos (términos primarios) tienen que tomar la forma con artículo, *el mío*, *el tuyo*, *el suyo*, etc.

Con esto tenemos un dato más para afirmar que el paso de sustantivo a adjetivo, dentro de la categoría general del *nombre* (única que conocen mu-

chas lenguas, p. ej. el árabe) no está limitado de modo claro. Entre los sustantivos y los calificativos se sitúan los numerales, algunos de los cuales (multiplicativos y colectivos) son sustantivos. Entre los adjetivos propiamente dichos y los pronombres en función de adjetivo están los posesivos, con su uso del artículo como distinción formal entre una y otra clase.

En cuanto a los *relacionantes* hay que hacer constar que en ellos se produce también un fenómeno similar al de los posesivos, con una forma que sólo es pronombre sustantivo (*quien*), y otra que sólo es pronombre adjetivo (*cuyo*), pues el uso de *cuyo* como sustantivo no se da ya en el español moderno (piénsese en frases como *¿Cúyo es este libro?*, desusada hoy día, aunque viva en el NO. argentino, según me comunica R. Lapesa).

10.5. CLASIFICACIÓN DE LOS ADJETIVOS

Para aclarar de modo gráfico lo dicho anteriormente vamos a incluir ahora un

ESQUEMA DE CLASIFICACIÓN DE LOS ADJETIVOS

A) POR SU SIGNIFICACION

1) *Connotativos*

a) Actualizadores { Numerales (para algunos son pronombres):

Cardinales: *tres*

Ordinales: *primero*

Partitivos: *medio*

Distributivos: *sendos*

Sustantivados { Multiplicativos: *doble*
Colectivos: *decena*

b) No actualizadores { Calificativos:

Con marca de concordancia (*blanco*, *-a*)

Sin marca de concordancia (*azul*)

2) *No connotativos*. Todos son actualizadores; son los PRONOMBRES:

Posesivos: *mío*

Demostrativos: *este*

Relacionantes { Relativos: *cual*
Interrogativos-exclamativos: *qué*

B) POR SU CAMBIO DE CLASE O FUNCIÓN

1) Pasan a adverbios sin cambio formal los connotativos no actualizadores:

Adjetivo atributivo adverbial
Adjetivo adverbial

2) Pasan a sustantivos, sin cambio formal:

- a) Connotativos actualizadores: Numerales
- b) No connotativos actualizadores:
 - Demostrativos
 - Indefinidos
 - Relacionantes

3) Pasan a sustantivos, con posibilidad de cambio formal debida fundamentalmente al artículo:

- a) Connotativos no actualizadores:
 - Sustantivos de habla o discurso con artículo LO.
 - Sustantivos de lengua con evolución semántica ¹¹.
- b) No connotativos actualizadores: Posesivos.

4) Pasan a adverbios, con cambio formal:

No connotativos actualizadores (sólo los que también pueden pasar a sustantivos sin cambio formal), son los PRONOMBRES ADVERBIALES:

Demostrativos
Indefinidos
Relacionantes

C) POR SU REFERENCIA

- a) Directa. Atributivos:
 - Epítetos
 - Especificativos
- b) Indirecta. Predicativos.

¹¹ Reproducimos a continuación parte de las notas multicopiadas sobre «Aposición, adjetivación y sustantivación» del curso de Morfosintaxis Histórica del Español de nuestro maestro Rafael Lapesa, anticipo de su próxima *Sintaxis Histórica*: «El español moderno limita la sustantivación sin artículo a enumeraciones, distribuciones, contraposiciones y empleos en que el nombre sustantivo tiene sentido virtual o categórico: «*ricos y pobres*», «*pagar justos por pecadores*», «*estar entre amigos*», «*finezas de enamorado*». La sustantivación con artículo supone a veces bilateralidad antitética: «El buen Sancho, pensando ser el *engañador*, es el *engañado*» (Cervantes, en el Quijote, II, 33). Otras veces sirve para designar por antonomasia a determinados seres personales, y por extensión a instituciones, movimientos políticos, etc.: «don Ihesu-christo, Fijo de *La Gloriosa*». (Berceo, Sto. Domingo)...»

10.6. LOS APRECIATIVOS ¹²: EL DIMINUTIVO

En diferentes puntos de este capítulo nos hemos ocupado de los formantes constitutivos propios del nombre, tanto adjetivo como sustantivo (género y número), o específicos del adjetivo (grado). Ahora nos ocuparemos de los formantes facultativos comunes a sustantivo y adjetivo que la gramática tradicional llamaba aumentativos, diminutivos y despectivos.

El trabajo de Amado Alonso que citamos en nota supone la culminación de una serie de estudios sobre estos formantes facultativos cuya conclusión es que estos formantes no indican primordialmente tamaño, sino que sirven como índice de la efectividad del hablante. Por ello nosotros hablaremos de *apreciativos*, es decir, formantes que indican el modo que el hablante tiene de marcar su afectividad como positiva o negativa, según el aprecio que haga del nombre a cuyo lexema se añade el formante facultativo.

Estos formantes se añaden principalmente a sustantivos y adjetivos, pero en alguna ocasión se encuentran también con adverbios, especialmente en Hispanoamérica, donde esta tendencia se ha desarrollado mucho más que en España, p. ej. en *lejotes*, *arribota*, *cerquita*, etc.

También se trata de que estos formantes tuvieran antiguamente valor de tamaño o medida y ahora hayan pasado a ser apreciativos ¹³, ya que este valor afectivo lo han tenido siempre. Podemos apreciarlo en estos dos ejemplos:

Como los Araues no pudieron poblar toda la tierra, dexaron gran numero de Christianos, que con aficion a los lugares de su nascimiento, ¡criança se quedaron a biuir entre ellos dandoles algunas *terreçuelas*, que labrasen. (B. de Aldrete, *Origen*, página 139.)

Pronto habrá *mamoncillos* con un *birretico* de licenciado. (A. Castro, *Lengua, Enseñanza y Literatura*, p. 202.)

No queremos decir que, en estos usos, se prescinda completamente de la idea de tamaño, lo que decimos es que no es lo primordial. Los diminutivos suelen expresar afecto positivo, porque las cosas pequeñas nos parecen más frágiles que las grandes y creemos que merecen más atención.

Los formantes de los apreciativos han podido servir, en alguna ocasión, para formar palabras nuevas (*pañol/pañuelo*), como si fueran formantes derivadores, pero esto es excepcional.

Cuando añadimos los formantes apreciativos a un lexema marcamos el contenido nocional de éste con un signo de afecto que sigue a la individuación interesada del ser u objeto.

¹² Cf. especialmente J. J. Montes Giraldo: «Funciones del diminutivo en español, ensayo de clasificación», *BICC*, XXVII, 1972, 71-88, y A. Alonso, «Noción, emoción, acción y fantasía en los diminutivos», en *Estudios Lingüísticos, temas españoles*, pp. 161-189.

¹³ Vid. F. González Ollé y Salvador Fernández Ramírez en nuestra bibliografía, y Manfred Engelbert: «Zur Sprache Calderons: Das Diminutiv», en *Romanistisches Jahrbuch* XX, 1969, páginas 290-303.

Hay un primer tipo de diminutivo, *nocional*, con idea de tamaño básica, a la que la afectividad podría superponerse.

Amado Alonso habla incluso de una idea diminutiva que afecte a toda la frase, con un evidente valor apreciativo, y no de tamaño, en

ya tendremos que aguardar unos añitos [para hacer oposiciones].

En estos casos el diminutivo es resultado de una aprehensión individualizada del objeto, al que se carga de afectividad.

En otras ocasiones el diminutivo tiene una intención activa, se usa como medio adecuado para conseguir algo, en los casos de petición: *una limosnita*, o de cortesía: *un momentito*, es el diminutivo *activo*.

Un tercer tipo de diminutivo es el *ponderativo*, que señala un relieve especial en la cualidad que pondera. Son diminutivos de adjetivos: *tan buenecito*, *tan calladito*, etc.

Las regiones del norte y centro de España son las que tienen mayor número de infijos diminutivos. El Sur de España tiene, sobre todo, *-illo*, *-ito* e *-ico*. Hispanoamérica prefiere *-ico* para diminutivo de diminutivos (*ahora*, *ahorita*, *ahoritica*), o cuando el sustantivo tiene una *t* en el lexema.

Estas son las formas más generalizadas. Las restantes tienen una delimitación que, a grandes rasgos, es la siguiente:

<i>-iño</i>	en Galicia,
<i>-ino</i> , <i>-ín</i>	en Asturias y desde allí hacia el Sur, estrechándose hacia el Oeste, hasta Extremadura,
<i>-et</i>	en Cataluña y Levante,
<i>-ico</i>	especialmente en Aragón, Granada y Murcia.

Algunos infijos cambian de valor según las regiones y las épocas. El diminutivo latino *-iculu* ha dado *-ejo*, cuyo valor afectivo principal es despectivo. En el Norte de España, Santander especialmente, *-uco* es diminutivo con valor afectivo positivo, mientras es despectivo para la mayoría de los hablantes de otras regiones. Una cosa similar ocurre en Asturias con *-ona*. En este caso a la idea de destatamiento con afectividad negativa, propia de los aumentativos, se ha sobrepuesto una idea afectiva positiva, como en el *-uco* santanderino. En cuanto a *-ote* creemos que hoy en día, al menos en España, su afectividad es más positiva que negativa, especialmente entre hablantes no demasiado refinados.

La afectividad, en suma, se une al tamaño en toda la serie de los apreciativos ¹⁴.

¹⁴ Los últimos estudios sobre el diminutivo han añadido importantes precisiones. Cf. Fernando A. Lázaro Mora: «Compatibilidad entre lexemas nominales y sufijos diminutivos», *BICC*, XXXI, 1976 (separata), y «Morfología de los sufijos diminutivos», *Verba*, IV, 1977, 115-125. Este último estudio es especialmente importante por la discusión del infijo *-(e) c-* insertado tras el lexema en ciertos casos: *pececito*, *vallecito*, *pueblecito*, *tiernecito*, *bestiecita*.

hasta 380 - 3

CAPÍTULO 11

El pronombre

11.0.

Los pronombres son una clase especial de palabras. Salvo el pronombre personal, que tiene el morfema de caso, los restantes no son una clase morfológica. Tampoco son partes específicamente diferenciadas de la oración, pues su función es la de funcionar como los sustantivos, adjetivos o adverbios. No existe una función pronominal, pues lo que caracteriza a los pronombres es su significación ¹.

Los pronombres son no-connotativos. No añaden nada a la comprensión del enunciado. Se refieren a otros términos connotativos.

En efecto, en una conversación de tres personas, Juan, Luis y María, encontraremos los siguientes pronombres:

Juan.—Mañana llega *mi* hermano del colegio. Vendrá con *su* amigo Enrique.

María.—El *nuestro* vendrá mañana también. ¿Verdad, Luis?

¹ Cf. F. Lázaro «Problemas de terminología lingüística», en *Presente y Futuro de la Lengua Española*, II, 1963, pp. 383-392; y E. Benveniste, *Problèmes de Linguistique Générale*, Paris (Gallimard), 1966, pp. 225-236 y 251-257. Benveniste separa los personales del resto, para luego señalar que la noción de *persona* sólo es propia de *yo* y *tú*. *Yo* y *tú* se refieren a una realidad de discurso. No pueden ser definidos en términos de objetos, sino de locuciones. *Yo* es el que enuncia y *tú* el que recibe la alocución. Han de referirse constantemente a un ejemplo de discurso, a un momento del mismo.

Estos pronombres se relacionan con una serie de *indicadores* (demostrativos: pronombres, adverbios, p. ej.), de persona, de tiempo, de lugar, de objeto mostrado, etc. Lo esencial para definir esta categoría es la relación entre indicador y momento-ejemplo único en que se manifiesta. Se oponen así pronombres como *yo*, *tú*, que no se refieren a objetos *situados*, a *éste*, *aquél*, *acá*, *hoy*, etc., que se refieren a objetos *situados*. Todos estos elementos tienen en común el ser variables susceptibles de quedar «rellenas» de cualquier significado.

La llamada *tercera persona* es el término no marcado de la correlación de persona. Los enunciados de discurso que la contienen se refieren a situaciones «objetivas». Los pronombres de tercera persona son en realidad los únicos *sustitutivos*, con la característica además de repetir su referente abreviado. Muchas lenguas carecen de pronombres personales de tercera persona precisamente porque esta supuesta tercera persona en realidad es *no-persona*. (Cf. 11.2.) Vid. et. A. Llorente, *Teoría de la Lengua*, cit., pp. 134-139.

Luis.—No *lo* sé. *Yo* creo que sí, pero no *se* puede contar con *él*. Es posible que a última hora haya alcanzado *otro* tren y llegue *esta* noche.

Juan.—*Eso* estaría muy bien. Ojalá el *mío* tenga la *misma* idea. Pero *yo* no *lo* creo.

En el texto anterior la significación de los pronombres es la siguiente:

<i>Mi.</i>	(Pronombre-adjetivo posesivo) hermano de Juan.
<i>Su.</i>	(Pronombre-adjetivo posesivo) amigo del hermano de Juan.
<i>Nuestro.</i>	(Pronombre-sustantivo posesivo) hermano de Luis y María.
<i>Lo.</i>	(Pronombre personal objeto, sólo son sustantivos) «que el nuestro venga mañana también».
<i>Yo.</i>	(Pronombre personal sujeto, sólo son sustantivos) Luis.
<i>Se.</i>	(Forma de pronombre reflexivo) impersonalidad del sujeto.
<i>El.</i>	(Pronombre personal sujeto) hermano de Luis y María.
<i>Otro.</i>	(Pronombre-adjetivo indefinido) cualquier tren distinto del previsto.
<i>Esta.</i>	(Pronombre-adjetivo demostrativo) la noche inmediata a la primera persona.
<i>Eso.</i>	(Pronombre-sustantivo demostrativo) «que a última hora haya alcanzado otro tren y llegue esta noche».
<i>Mío.</i>	(Pronombre-sustantivo posesivo) hermano de Juan.
<i>Misma.</i>	(Pronombre-adjetivo indefinido) «alcanzar otro tren y llegar la noche inmediata a la persona que habla».
<i>Yo.</i>	Juan.
<i>Lo.</i>	«que tenga la misma idea».

La significación y la función de los pronombres han ido cambiando en todo el párrafo, lo cual demuestra que la única característica por la que se les puede definir es la de que son palabras que tienen significación ocasional, referencial, contextual.

Su función también es variable. En el texto anterior hemos visto que salvo los pronombres personales, que sólo pueden ser sustantivos, los demás podían ser *pronombres-sustantivos* o *pronombres-adjetivos*. La característica «pronombre» se refiere a su significación, la característica «adjetivo» o «sustantivo» se refiere a su función. Pueden tener también función adverbial.

Cuando el pronombre tiene función de núcleo hablamos de pronombre sustantivo:

«*Tú* dices siempre la verdad.»
 «El *mío* es mayor.»
 «*Este* es el hombre.»
 «*Algunos* no saben callar a tiempo.»
 «¿*Quién* llama?»

Cuando tiene función de modificador de un sustantivo es adjetivo; en referencia directa:

«*Tu* libro está sobre la mesa.»
 «*Este* hombre es alto.»
 «*Algunos* hombres hablan demasiado.»
 «El autor *cuyo* libro leíste nació en 1870.»
 «¿*Qué* hombre vino?»

En referencia indirecta (a través de un índice verbal):

Ese libro es *mío*.

En este último caso los posesivos se construyen siempre sin artículo, ya que cuando llevan artículo son siempre sustantivos. (Cabe otra interpretación, que el artículo sea una forma con valor pronominal, término primario, y el posesivo, entonces, un adjunto, un pronombre adjetivo. *El mío* tendría, en ese caso, como núcleo *el* y como adjunto *mío*. En el capítulo dedicado al artículo volveremos sobre este punto.)

Cuando tiene función de modificador de otro modificador (adjetivo, verbo o adverbio) es adverbio:

«Allí estaba la mesa.»

De los adverbios pronominales o pronombres adverbiales nos ocuparemos más adelante.

11.1 CLASIFICACIÓN PRONOMINAL ²

Dejando aparte los pronombres en función adverbial, vamos a ocuparnos de la clasificación pronominal.

PRONOMBRES SUSTANTIVOS

Son ocasionalmente el centro del sintagma nominal.

A) Dependientes de la significación del coloquio:

² Mantenemos la triple división de los pronombres en *sustantivos*, *adjetivos* y *adverbios* por no variar otra vez una terminología recién impuesta. Sin embargo, nos parece oportuno señalar que con ello queremos decir que el pronombre ejerce funciones de término primario, secundario y terciario. No hay una función *sustantiva*, *adjetiva* o *adverbial*, pues la función del sustantivo *hombre* en *aquel hombre* salió es tan distinta de la de *hombre* en *la casa del hombre* como de la de *blanca* en *la casa blanca*. Lo mismo podríamos decir de las pretendidas funciones de adjetivo o adverbio. No debemos confundir la terminología con lo recubierto por ella. Más exacto sería, en todo caso, hablar de función de nominativo (= sujeto) o de ablativo (= circunstancial). Lo importante, insistimos, es comprender la jerarquización de las funciones, después podremos denominarlas como nos parezca más aceptable, siempre que no rompamos la coherencia (arbitraria y convencional) entre categoría y terminología.

Personales
Posesivos
Demostrativos
Indefinidos

B) Dependientes del hilo del discurso (i.e. de lo que sigue):

Relativos
Interrogativos-exclamativos

PRONOMBRES ADJETIVOS

A) Dependientes de la significación del coloquio:

Posesivos
Demostrativos
Indefinidos

B) Dependientes del hilo del discurso:

Relativos
Interrogativos-exclamativos

Este segundo grupo es parte de los pronombres adjetivos sólo con valor de redundancia:

vino una mujer, la cual mujer... ¡Qué mujer!

PRONOMBRES ADVERBIOS

Demostrativos
Indefinidos
Relativos
Interrogativos-exclamativos

11.2. PRONOMBRES PERSONALES

Funcionan sólo como término primario. Son una categoría gramatical desde el punto de vista de la *forma*, pues tienen un formante constitutivo especial: el *caso*.

Se caracterizan por referirse a las personas del discurso. Por ello, y en tercera persona, son sustitutos del nombre y sólo se refieren a lo enunciado antes. Los pronombres personales de tercera persona son los únicos *pronombres* en el sentido etimológico de «palabra que se pone en lugar del nombre».

Conviene añadir aquí, insistiendo en lo dicho en la primera nota de este capítulo, que, según Benveniste (*op. cit.* p. 228):

«La forma llamada de tercera persona conlleva, en efecto, una indicación del enunciado acerca de alguien o algo, pero no referida a una 'persona' específica. Falta aquí el elemento variable y propiamente 'personal' de esas denominaciones.»

Todo lo cual queda remachado, en la p. 230, de este modo:

«La 'tercera persona' es la única por la que se predica verbalmente una *cosa*.»

FORMA

Los pronombres personales tienen los formantes constitutivos de GÉNERO, NÚMERO y CASO.

	<i>Singular</i>			<i>Plural</i>		
	<i>Masc.</i>	<i>Fem.</i>	<i>Neut.</i>	<i>Masc.</i>	<i>Fem.</i>	<i>Reflejo</i>
<i>Primera persona</i>						
caso sujeto	yo (invariable)			nosotros nosotras		
caso objeto	me (invariable)			nos (invariable)		
caso término de preposición	mí, conmigo (invariable)			nosotros nosotras		
<i>Segunda persona</i>						
caso sujeto	tú (invariable)			vosotros vosotras		
caso objeto	te (invariable)			os (invariable)		
caso término	ti, contigo (invariable)			vosotros vosotras		
<i>Tercera persona</i>						
caso sujeto	él	ella	ello	ellos	ellas	
caso O. directo	lo	la	lo	los	las	se
caso O. indirec.	le (invariable)			les (invariable)		se
caso término	él	ella	ello	ellos	ellas	sí, consigo

INTERFERENCIA FORMA-FUNCIÓN

A las funciones de sujeto y término de preposición corresponden formas *tónicas*. A las de objeto, formas *átonas* ³.

³ Emilio Alarcos, en sus *Estudios de Gramática Funcional*, p. 152, nos dice: «Hay dos grupos de pronombres personales, los átonos y los tónicos, que no establecen entre sí oposición paradigmática, sino que sólo contrastan entre sí en el decurso. Son, no obstante, signos diferentes, como son diferentes unidades del significante las consonantes y las vocales, que tampoco se oponen entre sí, sino que sólo contrastan sintagmáticamente. Sólo hay oposición entre los pronombres que constituyen cada uno de los dos paradigmas». En nuestros *Estudios sobre el Pronombre*, Madrid (Gredos), 1978, hemos tratado de ordenar la compleja casuística de las formas átonas, la duplicación pronominal, y dar una visión histórica significativa.

Con relación a los pronombres átonos de tercera persona se plantean los problemas de LEISMO, LAISMO y LOISMO.

Las distintas formas se pueden ver en el cuadro:

		Singular		Plural	
		Masc.-Neut.	Fem.	Mas.	Fem.
<i>Uso etimológico</i> ⁴	O. I.		le		les
	O. D.	lo	la	los	las
<i>Leísmo</i> ⁵	O. I.		le		les
	O. D.	le	la (le)	les	las (les)
<i>Laísmo</i> ⁶	O. I.	le	la	les	las
	O. D.	lo	la	los	las
<i>Loísmo</i> ⁷	O. I.	lo	le	los	les
	O. D.	lo	la	los	las

EJEMPLOS

Uso etimológico, correcto.

O. I. «*Le di unos libros*» (a él o a ella); «*Les di unos libros*».

O. D. masculino. «*Lo vi ayer*». «*Los vi ayer*».

O. D. femenino. «*La vi ayer*»; «*Las vi ayer*».

O. D. neutro. «*Lo vi claro*».

Leísmo. Sólo es correcto el uso de *le* como **O. D.** de persona, masculino. Es correcto el uso de las formas de objeto indirecto, que coinciden con las etimológicas (véase el ejemplo anterior).

⁴ Objeto directo = O. D.; objeto indirecto = O. I.

⁵ Predomina el uso de *le* para el objeto directo masculino singular. Este uso es considerado correcto por la Real Academia Española cuando *le* objeto directo se refiere a persona masculina y esto en el uso castellano; en el uso hispánico general lo correcto es sólo *lo*. En los demás casos es mucho menos usado, y además es incorrecto. El leísmo aparece con cierta frecuencia en el siglo XIII para la mención de cosas.

⁶ El laísmo, que se registra desde el siglo XIV, consiste en diferenciar un objeto indirecto femenino antietimológico del etimológico *le*, *les*. El laísmo es incorrecto. Se presenta además mezclado con otras incorrecciones, como por ejemplo el leísmo. Es más usado el singular *la* antietimológico que el plural *las*. Se ha pretendido ver un ejemplo de laísmo en el s. XIII en el *Libro de Apolonio*; se trata de una interpretación incorrecta. Ello no implica, por supuesto, que no puedan aparecer ejemplos de este uso pronominal anómalo; pero los señalados hasta ahora tienen otra explicación.

⁷ El loísmo, uso incorrecto de *lo*, *los* como objeto indirecto, en lugar de las formas etimológicas *le*, *les*, es un fenómeno muy vulgar, que suele darse acompañado de laísmo. Predomina en este fenómeno el plural incorrecto *los*. *Lo* para objeto indirecto neutro es muy raro.

O. D. masculino. «*Le* vi ayer» (correcto), persona. «*Les* vi ayer» (incorrecto), personas o cosas. «Per Abbat *le* escribió (el libro) (incorrecto), cosas.

O. D. femenino. Es correcto el uso de las formas *la*, *las*, como en el uso etimológico, al que corresponden. A veces las formas *le*, *les* se usan como

O. D. femenino, en este caso son incorrectas: «*Le* vi ayer (a ella)», «*Les* vi ayer (a ellas)» (incorrectos). Especialmente frecuente referido a *usted*.

O. D. neutro. Suele mantenerse la forma correcta etimológica *lo*, como en el ejemplo citado. Sería muy incorrecto el uso: «*Le* vi claro».

Loísmo. En 1796 la Academia declaró incorrecto el uso de *la*, *las*, como objeto indirecto femenino. Los demás usos son correctos y etimológicos. «*La* di unos libros» (incorrecto). «*Las* di unos libros» (incorrecto).

Loísmo. En 1874 la Academia declaró incorrecto el uso de *lo* como **O. I.** neutro (muy raro) y de *lo* y *los* como objeto indirecto masculino. Los demás usos son correctos y etimológicos.

Neutro. «No *lo* he dado ninguna importancia» (incorrecto) (ejemplo de S. Fernández Ramírez).

Masculino. «*Lo* di unos libros» (muy incorrecto). «*Los* di unos libros» (muy incorrecto).

11.2.1. El pronombre *se*

La forma *se* corresponde a distintas funciones⁸.

En principio *se* es un pronombre *reflexivo*, que indica que la acción realizada por el sujeto le revierte. Para que *se* sea un pronombre reflexivo de objeto directo la acción debe salir al exterior, debe exteriorizarse.

⁸ E. Alarcos, *op. cit.* pp. 164-165, ha señalado certeramente estos usos de *se*: «a) Frente a otros 'pronombres átonos' (*me*, *te*, *le*...) que pueden incrementar verbos con sujeto gramatical de cualquier persona, */se/* sólo se combina en los casos de sujeto de 'tercera persona'.

«b) De ahí surge su valor 'reflexivo', como consecuencia de su oposición con */le*, *la* *lo*, *los*, *las* y */le*, *les* en las dos funciones de implemento y complemento (*se afeitalle afeitado*, *se lavan/las lavan*, *se rompió la cabeza/le rompió la cabeza*).

«c) Este valor reflexivo persiste en las construcciones (...) *se construye una casa/se construyen casas*, *se reciben los regalos*, donde el hecho de sustancia de que el ente a que se refiere el sujeto no sea 'actor' en la realidad, no repercute para nada en la forma gramatical. Pero aquí ya no se opone directamente */se/* a los otros referentes pronominales, porque su conmutación con éstos conlleva la transformación total de la estructura de la oración (en *le construye una casa* hay otro sujeto y */casal/* es implemento). El campo semántico del lexema verbal queda además más o menos modificado en su sustancia.

«d) En otros casos */se/* está asociado forzosamente al signo verbal, y sólo es conmutable con *me*, *te*, *nos*, *os/* siempre que paralelamente se conmute la 'tercera persona' sujeto por la 'primera' o la 'segunda': *se arrepiente*, *te arrepientes*, *me arrepiento*. Es, pues, en estos casos una redundancia exigida por ciertos signos verbales.

«e) Con otros signos verbales, este */se/* redundante (y lo mismo la serie */me*, *te*, *nos*, *os/*) no es obligatorio, y entonces se opone a cero. Su presencia modifica el lexema verbal (*acuerdan la paz/se acuerdan del asunto*). Y además excluye la aparición de implemento, exigiendo un suplemento.

«f) Otras veces la modificación que aporta al signo verbal se limita a transformarlo en el tipo de verbos con indeterminación léxica del sujeto (*se recibe a los embajadores*).»

En «*Juan se lava*» la acción empieza y termina en el mismo personaje; hay además una exteriorización de la acción. Lo mismo sucede en «*Juan se peina*» o en «*Juan se viste*».

Cuando la acción del sujeto no recae sobre el propio sujeto, sino sólo sobre una parte, *se* es objeto indirecto, así en

Juan se lava las manos

En la oración anterior *se* es objeto indirecto. El objeto directo es *manos*.

Cuando la acción del sujeto recae sobre el sujeto, pero sin salir al exterior del mismo, sin exteriorizarse, o sin relacionarse con el mundo exterior para ocurrir, *se* es un complemento ético o de interés, un tipo de objeto indirecto, pero no es objeto directo. Esto sucede en los verbos llamados reflexivos formales, que estudiaremos más adelante.

En «*Juan se levanta*» la acción no sale del propio Juan, lo mismo sucede en «*Juan se duerme*» o en «*Juan se enfada*». En todos estos casos el proceso es interno, aunque se manifieste externamente por el cambio de postura, por el estado de sueño o por los signos externos que acompañan al estado enfadado. En todos estos casos *se* es un objeto indirecto y el verbo es intransitivo por ello. Estos verbos pueden usarse como transitivos (i.e. pueden llevar objeto directo) cuando pierden su forma reflexiva: p. ej., «*Juan levanta a su hermano*», «*Juan duerme al niño*» o «*Juan enfada a sus amigos*»⁹.

Cuando dos sujetos realizan una acción igual y son de ese modo objeto directo de la acción del otro, el pronombre *se* está usado como *recíproco*.

En «*Juan y Luis se cartean*», Juan escribe cartas a Luis y recibe las cartas de éste, quien escribe a Juan y recibe cartas del mismo.

En «*Juan y Pedro se pegan*», Juan pega a Pedro. Pedro pega a Juan. Juan es pegado por Pedro. Pedro es pegado por Juan.

Este uso recíproco es, a la vez, una extensión y una limitación del reflexivo, en el que está basado. No se trata, como afirman algunas gramáticas,

(Para aclarar la terminología de E. Alarcos, diremos que en *dio un libro a su hermana*, un *libro* es implemento, y *a su hermana* complemento. En *hablaban de política*, *de política* es un suplemento, mientras que en *hablaban de noche*, *de noche* es un aditamento).

Un claro resumen de la problemática del *se* presenta M.^a Antonia Martín Zorraquino en *Prohemio*, V, 1, 1974, al reseñar la obra de Schroten sobre el tema, y en su propia monografía sobre *Las construcciones pronominales en español*.

⁹ Sabemos que la caracterización de *se* como objeto directo o indirecto en estos casos no es tan simple y que los gramáticos no están de acuerdo. No obstante, mantenemos el criterio de no complicar al alumno con varias soluciones a un problema cuya solución perfecta no hayan podido encontrar los gramáticos. Damos la solución que nos parece mejor y creemos que cada profesor puede decidir si es conveniente entrar en la problemática, señalar bibliografía, o tocar el tema lo menos posible. El *se* que nosotros llamamos *Objeto Indirecto* en estos casos, y que tampoco lo es, puede llamarse *Objeto Directo formal*, o *falso Objeto Directo* o *Indirecto*. Lo importante es captar el especial valor de esta forma.

de que exista un pronombre recíproco, sino de un uso recíproco del pronombre reflexivo.

La forma del pronombre *se* sustituye a la forma de tercera persona, objeto indirecto, *le, les*, cuando esa forma va seguida de la forma de objeto directo, *lo, la, los, las*.

No se dice «*le lo dije*», sino «*se lo dije*».

No se dice «*le la di*», sino «*se la di*».

Lo mismo en plural. No se dice «*les lo dije*» sino «*se lo dije*», ni «*les la di*», sino «*se la di*».

En este caso se trata de un pronombre personal átono, objeto indirecto, de tercera persona, cuya forma coincide con la del reflexivo, pero que no es un reflexivo.

La forma *se*, no reflexiva, aparece en dos ocasiones más. La primera es la forma *impersonal*: «*Se dice...*» con la cual se insiste en el anonimato del sujeto. La segunda es la forma de la pasiva llamada *pasiva refleja*: «*Se venden libros*». Esta forma sustituye en la lengua moderna con gran pujanza a la forma pasiva propia: «*Son vendidos libros*». Cf. 13.5.3; 13.8; 16.8.2; 16.8.2.1.

11.2.2. El pronombre ello

Esta forma, muy usada a lo largo de la historia del español, sufre en la lengua actual un proceso de desaparición que ha terminado con buen número de sus usos. Henríquez Ureña¹⁰ señala que en el habla se prefiere «*eso*» o los sustantivos «*el caso*» o «*la cosa*». Indica también que este proceso se empieza a producir a fines del siglo XIX.

Sin embargo, lo que reviste mayor gravedad es el hecho de que en la lengua antigua aparecía en la literatura por tratarse de uso de habla, mientras que en la lengua moderna se ha convertido o se está convirtiendo en un uso culto, literario. De este modo se pierde su razón de ser y por falta de apoyo puede desaparecer en cualquier momento.

Los usos de *ello* que recoge P. Henríquez Ureña son los siguientes:

1. *Ello* como pronombre reproductivo. Referido a hechos mencionados ya en el discurso.

a) El antecedente es toda una oración:

«*Yo morí por ti una vez, y vengo a ti para que sepas que no estoy arrepentido de ello*» (Juan de Avila, *Epístola VI*).

b) El antecedente no es toda una oración:

«*Y desvelábase por entenderles y desentrañarles el sentido, que no se lo sacara ni las entendiera el mismo Aristóteles, si resucitara para sólo ello*» (Cervantes, *Don Quijote*, I, cap. I).

¹⁰ «*Ello*», *Revista de Filología Hispánica*, I, pp. 209-229.

c) El antecedente describe el hecho mediante sustantivo y oración adjetiva:

«... *El poco acatamiento que se tenía a las imágenes... No quiero negar que ello no fuese una grandísima maldad*» (Alfonso de Valdés, *Diálogo de... Roma*).

ch) Pronombre con oración subordinada como antecedente:

«*También será necesario estar de acuerdo en lo que se ha de hurtar... y lo que dello ha de haber cada uno de nosotros*» (Aleman, *Guzmán de Alfarache*, Parte II, libro II, cap. 5).

d) El antecedente es un pronombre indefinido:

«*Yo no creo que usted deje de tener algo escrito... y vengo por ello*» (Larra, *El duende y el librero*).

e) Adjetivo con artículo neutro como antecedente:

«*¿Cuál es más señor de lo ajeno, el que no lo paga y se queda con ello, o el que lo torna a su dueño?*» (Pedro Mejía, *Coloquio I del porfiado*).

f) Antecedente sustantivo no neutro. *Ello* aquí es reproductivo, no resumidor:

«*Quien la miel trata, siempre se le pega dello*» (Rojas, *Celestina*, IX).

2. *Ello* con toda una situación como antecedente:

«*Si tenéis música que no se oiga, a ello*» (Macpherson, versión del *Otelo* de Shakespeare, III, esc. I). «*A ello* 'a tocarla', traduce el inglés "to't" = [to it]».

Como final de esta línea están las construcciones como:

«*Ello es que las sentencias de mi padre produjeron asombroso efecto*» (Pérez de Ayala, *Belarmino y Apolonio*, cap. 4).

3. *Ello* pleonástico. Resume y repite innecesariamente el antecedente complejo. A veces la repetición resulta necesaria.

«*Lo que te estorbe, fuera con ello*» (Pereda, *Peñas arriba*, cap. 3).

Ello repetido por un pronombre átono:

«*Ello lo veremos*» (P. Henríquez Ureña).

4. Reiteración pronominal. *Ello* pronombre de identidad. Reproduce otro pronombre neutro, que ya reproducía un antecedente.

«*Los dos sabían esto. ¿Para qué hablar de ello?*» (Leopoldo Alas, *Cuento futuro*).

De ahí, posiblemente, el uso enfático de pronombre de identidad:

«*Esto, Inés, ello se alaba / no es menester alaballo*» (Baltasar del Alcázar, *La cena*).

5. *Ello* sin antecedente. Henríquez Ureña recoge en varios autores la frase que lo comprueba:

«*Aquí es ello*», «*aquí fue ello*».

6. *Ello* anticipador. Anuncia lo que va a decirse.

«*Ello parecerá increíble, pero llegamos*» (Larra, *El mundo todo es máscaras*).

7. *Ello* como sujeto impersonal. Se impersonaliza así un sujeto que después se hace presente.

«*Ello es más preciso tener máscaras que sala donde colocarlas*» (Larra, *El mundo todo es máscaras*).

H. U. señala estas construcciones en el habla popular de Santo Domingo.

En la lengua clásica, y en la actual de Santo Domingo registra el mismo

H. U. el uso de *ello* como sujeto impersonal de *haber*:

«¿*Ello hay maíz?*»

8. *Ello* enfático, fósil.

«*Ello has de casarte*» (Rojas Zorrilla, *Entre bobos anda el juego*, III).

9. *Ello* fósil, concesivo o evasivo:

«*Ello veremos.*»

10. *Ello* enfático desarticulado de la oración:

«*Ello, sin embargo, el amor no alimenta*» (Larra, *El casarse pronto y mal*).

11. *Ello sí y ello no*, en Santo Domingo, incluso entre hablantes cultos. También en España.

12. Uso antillano de *ello* aislado para mera posibilidad. Creemos que es un uso más extenso.

Todos estos usos se han mantenido en la lengua literaria de las Antillas y de España; en el resto del dominio hispánico muchos se han perdido y, en las mismas regiones donde se conserva la mayoría de ellos, está en trance de perderse. Puede decirse que, en general, los usos actuales no literarios, es decir, los usos de habla son:

1. Resumen de una idea innominada aportada por una frase anterior.

Le dijo que hiciera algo y ello no pareció gustarle.

2. En la frase hecha «*ello es que*»:

Ello es que nos pusimos en camino.

11.2.3. Significación

Para hablar de la significación de los pronombres personales tenemos que volver a ocuparnos de la significación de los pronombres en general.

Dentro del hecho evidente de que la significación de los pronombres es ocasional y por ello variable, su referencia a la significación plena en que se apoyan puede hacerse de dos maneras. Seguimos en este punto a Pottier (*Morphosyntaxe*).

Por su manera de referirse a esa significación que ocasionalmente toman los pronombres, se dividen en dos grupos:

<u>Presentativos</u>	<u>Retrospectivos</u>
(proponen)	(suponen)
demostrativos	posesivos
personal sujeto	personal objeto
indefinidos	relativos e interrogativos-exclamativos

Los personales tienen por ello una doble manera de referencia. En el oficio de sujeto proponen la significación ocasional adoptada; en función de objeto suponen esa significación ocasional a la que se refieren.

11.2.4. Anáfora y catáfora

En relación con este problema tenemos que estudiar los conceptos de *anáfora* y *catáfora*.

Por *anáfora* entendemos en este caso el hecho de asumir el significado de una palabra anteriormente mencionada en el discurso. Por *catáfora* entendemos la anticipación de la significación de una palabra que se mencionará después en el discurso.

Anáfora: ya conoces a Juan, no *le* gustan esas bromas.

Catáfora: *le* di eso a Juan.

Los pronombres personales pueden ser anafóricos o catafóricos, prescindiendo de que sean pronombres sujetos o pronombres objetos. Sin embargo, y en relación con el hecho de que por su manera de significar los pronombres sujeto proponen (es decir, señalan algo nuevo o con una perspectiva nueva), su uso suele ser catafórico; puesto que los pronombres objeto suponen (es decir, se refieren a algo conocido o enfocado desde una perspectiva cono-

cida), su uso es en más ocasiones anafórico. Pero, insistimos, no se debe confundir la manera de recibir su significación ocasional que tienen estos pronombres con su utilización sintáctica en el discurso. Los conceptos de anáfora y catáfora se refieren a comportamientos sintácticos, los de presentativos y retrospectivos a modos de significación ocasional.

En relación con este hecho se sitúa también la repetición de los pronombres personales con la misma función en el mismo contexto, como sucede en los casos:

«*Le* he dicho a *él* lo que querías»
«*Le* he dicho a *ella* lo que querías»

Con esta repetición de pronombres, perfectamente correcta, se soluciona la anfibología de la forma de objeto indirecto *le*, y se especifica si se trata de masculino o femenino.

La forma redundante de pronombre (nos referiremos sobre todo a la tercera persona, aunque hay casos como *me ha dicho a mí*, etc.) puede ser de objeto directo o de objeto indirecto.

La evolución arranca de construcciones del tipo:

- 1) Di el libro a Juan
- 2) Le di el libro
- 3) Di el libro a María
- 4) Le di el libro

de donde:

- 5) *Le* di el libro a Juan
- 6) *Le* di el libro a María

Las construcciones 5 y 6 son frecuentes en el habla coloquial, en España y en América. Kany señala ejemplos del tipo:

Una pregunta que nunca se la había hecho ¹¹

donde aparece el pronombre redundante de objeto directo en proposición relativa. Este tipo de construcción aparece incluso en obras de lingüistas, por ejemplo, lo utiliza Vidal Lamíquiz en la *R.F.E.*, L, 1967, p. 173:

«Son ejemplos del «Cantar de Mio Cid» 'que', fechado hacia 1140, lo conocemos por la copia del siglo XIV.»

Influye en la abundancia de este tipo de construcciones la fosilización del relativo en la forma *que*, la cual ha eliminado por completo a *cuyo* de la

¹¹ Ch. E. Kany, *American Spanish Syntax*, 1.^a ed., 1945, pp. 116-118. 2.^a ed., 1951, pp. 116-118, con algunas ampliaciones. El ejemplo que tomamos de Kany es un uso paraguayo. Ejemplos como el *córner que lo sacara Fulano* son corrientísimos en España.

lengua hablada, y está en trance de eliminar a *quien*, que se ve reforzado en estos años, paradójicamente, por las malas traducciones anglizantes de *who*. En el caso de *cuyo* se ha impuesto por completo la construcción *que su* en el lenguaje coloquial; sería de desear una enseñanza efectiva del utilísimo *cuyo*.

A. M. Barrenechea y T. Orecchia ¹² recogen casos de duplicación simultánea:

**mucha parte de mi tiempo se lo dedico al Centro
los días jueves se lo dedico a mi hobby**

Podemos advertir en estos ejemplos la fosilización de la forma redundante de objeto directo *lo*, que es invariable.

L. Poston ¹³ ha estudiado detenidamente la cuestión, diferenciando los casos de objeto directo anterior al verbo, objeto indirecto anterior al verbo y objeto directo e indirecto pospuesto al verbo, con numerosas subdivisiones en las que se estudian los casos particulares dentro de cada grupo.

La construcción redundante de objeto indirecto no se considera incorrecta en la lengua actual, y la de objeto directo es obligatoria en muchos casos con valor enfático: no podemos decir *ha visto a mí*, sino *me ha visto a mí*, a pesar de que la primera construcción estaría clara. Tampoco es posible *ha visto a ella*.

En otros pronombres, como en el caso de los posesivos, la redundancia sirve para aclarar formas ambivalentes, como *su* (de él, de ella, de ellos, de ellas). A. Galmés ¹⁴ recoge este uso en el Cid:

v. 23. *Antes de la noche en Burgos dél entró su carta*

La indecisión de *su* se ha acentuado en la lengua moderna por servir también como posesivo de *usted*, por lo que los ejemplos de redundancia se modifican: *Su esposa de usted*, *He visto a su padre de usted*, etc.

La construcción redundante, que en principio era incorrecta, se admite hoy, pues, para el objeto indirecto y el objeto directo enfático, y se usa cada vez más con el objeto directo en todas las construcciones.

Para explicar esta forma podemos decir que las lenguas romances desarrollan la posibilidad latina del régimen repetido, para evitar confusiones, en algunos casos (valor semántico) y para indicar la función del régimen que repite el pronombre átono (valor sintáctico). El español, rumano y portugués desarrollan esta tendencia mucho más que las restantes lenguas románicas.

¹² A. M. Barrenechea y T. Orecchia, «La duplicación de objetos directos e indirectos en el español hablado en Buenos Aires», *Romance Philology*, XXIV, 1970-71, pp. 58-83.

¹³ Lawrence Poston, Jr., «The redundant object pronoun in contemporary Spanish», *Hispania*, XXXVI, 1953, pp. 263-272. Puede verse ahora el capítulo IV de nuestros *Estudios sobre el Pronombre*.

¹⁴ «Influencias Sintácticas y Estilísticas del Árabe en la Prosa Medieval Castellana», *Bol. RAE*, cita este ejemplo en el XXXVI, 1956, p. 90.

Todavía se usan construcciones de Objeto Indirecto no redundante en ambientes coloquiales. En los autobuses de Madrid se lee (1972) este letrero: *La E. M. T. (Empresa Municipal de Transportes) agradece a Vd. la utilización de sus autobuses*. Si esta tendencia cundiese nos ahorraríamos una repetición no exigida por la lengua.

El español va mucho más allá del rumano en la extensión de este uso a todas las posibilidades del régimen repetido y de la redundancia, especialmente en el caso de oración relativa, en todas las funciones. Además de esta base latina tenemos que tener en cuenta que el árabe exige un pronombre redundante especialmente en las construcciones relativas. Esta construcción se repite con abundancia en las traducciones medievales de obras árabes. Mientras que la redundancia en casos de oraciones no relativas aumenta desde la lengua antigua a la moderna (en el *Cid* tenemos «*a mi lo dizen, a ti dan las orejadas*», en el *Romancero* «*si mirades vos la danza / o si myráys vos a mi*» «*que haze penar a mi*», construcciones todas ellas inadmisibles en la lengua actual), en el caso de pronombre redundante de relativo hay una notable disminución desde la Edad Media, especialmente en el período clásico, si bien parece que hoy aumenta de modo notable, en la lengua escrita. En la lengua hablada tenemos que suponer que la duplicación de objetos directos e indirectos con el relativo se ha mantenido siempre, lo que explica los altos porcentajes que registramos hoy. Todo ello parece estar a favor de la tesis que trata de explicar estas construcciones como una coincidencia arábigo-latina, en la que el árabe hace que se extienda el uso a casos en los que la duplicación no existía en latín. Por eso, cuando la influencia árabe desaparece, la construcción desaparece también, momentáneamente, del uso literario, aunque su extensión actual nos haga suponer que nunca se perdió en la lengua hablada.

El hecho de que ciertas construcciones de este tipo se den en vasco (la llamada conjugación objetiva) y abunden en autores vascohablantes, como Baroja, es también muy importante a la hora de interpretarlas.

A veces el pronombre anticipa un sustantivo o una oración entera que viene detrás. Este es un uso catafórico del pronombre personal, igualmente correcto, que sirve para descargar la frase de elementos complejos.

De este modo en lugar de decir:

Ya he dicho a la Asamblea que vendrías con retraso

se usa una anticipación por medio de los pronombres personales catafóricos que permite incluso acortar la frase:

*Ya se lo he dicho a la Asamblea que vendrías con retraso.
Ya se lo he dicho a la Asamblea.
Ya se lo he dicho.*

se = a la Asamblea; lo = que vendrías con retraso

En el pronombre *ello* persisten los usos anafórico y catafórico:

Referencia anafórica: «No hablemos más de *ello*.»

Referencia catafórica: «*Ello* es que vivimos.»

11.2.5. Fórmulas de tratamiento en español ¹⁵

Por tales fórmulas entendemos las distintas maneras que tiene la primera persona de dirigirse a la segunda en el coloquio. Podemos dividir las en formas propias y sustituciones.

Las formas propias se subdividen a su vez en formas de extensión general, en España y en América, y formas de extensión restringida.

Las formas de extensión general son *tú* para las personas entre las que hay mucha confianza, lo que se extiende hoy día a los tratamientos entre colegas, y para dirigirse a niños y, figuradamente, a animales.

En muchas zonas rurales se usa *tú* para dirigirse a los inferiores socialmente: criados, peones, etc., y no es raro que éstos devuelvan este tratamiento, especialmente a los miembros jóvenes de la familia a la que sirven.

Aunque el *tú* sea la única forma admitida para el tratamiento singular no convencional, no podemos decir que su extensión sea absoluta, pues en algunas zonas americanas contiene con el *vos*, como ahora veremos.

Mayor extensión tiene la forma *Ud.* (usted), *Uds.* (ustedes), procedente de un sustitutivo (*vuestra merced*), pero plenamente gramaticalizado hoy en día, por lo general con verbo en tercera persona, si bien en Andalucía Occidental, y en lenguaje muy rústico, el plural *ustedes* se construye con verbo en segunda persona: «¿Cómo estáis *ustedes*?», o bien se crea el híbrido semiculto «*vosotros-ustedes*» con verbo en segunda persona.

En singular, *usted* se construye con verbo en tercera persona y se usa en el tratamiento entre personas de distinta edad (aunque exista amistad) o en el trato entre personas de distinta clase social, o cuando no existe confianza. Es la fórmula más empleada, si bien en España sufre un descenso por el abuso del *tú*, preferido por ambos bandos durante la guerra civil, que sufrió un descenso posteriormente, y que ahora se revitaliza, en parte por hacerse más abiertos los contactos humanos, en parte por la ola de mal gusto y pérdida de respeto que avanza sobre la vida española.

En cuanto al plural *ustedes*, la situación es más compleja. Salvo en Andalucía Oriental, y en el centro y norte de España, el resto del dominio lingüístico hispánico usa solamente la forma *ustedes*, tanto para el tratamiento familiar como para el de respeto, con lo que *ustedes* es tanto el plural de *tú* (o de *vos*) como el de *usted*.

Las formas de extensión restringida son *vosotros* y *vos*. La forma *vos*-

¹⁵ Cf. R. Lapesa, «Personas Gramaticales y Tratamientos en Español» *Rev. Univ. de Madrid*, XIX, 1970, pp. 141-167, y «Las formas verbales de segunda persona y los orígenes del 'voseo'», *Actas del 3.º Cong. Int. de Hispanistas. El Colegio de México*, México, 1970, páginas 519-531.

tros, plenamente correcta, debe preferirse como plural de *tú*, para el tratamiento entre personas que se tratan con confianza, o en las mismas condiciones en que se usa *tú*. No obstante, ya hemos señalado que en la lengua usual de la mayoría del área hispánica, con parte de España incluso, *vosotros* es sustituido por *ustedes* en la lengua hablada. En la lengua literaria, por el prestigio castellano, la forma *vosotros* tiene mayor empleo, incluso en zonas en que no se usaría nunca en la lengua hablada. Por el prestigio que esta forma tiene se debe insistir, tanto en España como en América, en que los estudiantes la conozcan y practiquen. Esto debe hacerse especialmente en Estados Unidos, pues la experiencia nos enseña que no es tan difícil enseñar esta forma, mucho más útil en el futuro para el estudiante de lo que muchos maestros en exceso pragmáticos y de visión estrecha piensan.

En cuanto a *vos*, R. Lapesa¹⁶ nos dice lo que ocurrió con esta forma:

El éxito que desde el siglo XVI logró *vuestra merced* como fórmula de tratamiento contribuyó decisivamente a que *vos* se convirtiese en tratamiento para iguales de mucha confianza o para inferiores: en ambos casos hubo de colidir con el uso de *tú*.

El *vos* afectivo no tuvo mucho éxito en España, donde fue sustituido por *tú*. En la lengua actual española no hay ningún uso de *vos* afectivo. El *vos* respetuoso se ha seguido usando en la literatura, pero no sabemos hasta qué punto era convención o un hecho de habla. En la actualidad correspondería a distintos grados y títulos, como a los caballeros de la Orden de Alfonso X el Sabio, p. ej., pero no se emplea, salvo en el título de caballero. Hay que registrar un resto de *vos* de respeto, combinado con *él*, como tratamiento de respeto de segunda persona, con verbo en tercera, igual que *usted*, en zonas del oeste de Salamanca, donde se da también la confusión del tipo «¿Qué hacéis *ustedes*?» que señalábamos en Andalucía Occidental, y «¿Qué hacéis *usted*?».

Confinado a un dialectalismo extremo, subsiste *vos* como pronombre de respeto en zonas apartadas del leonés occidental, y en el judeo español, registrado sobre todo en Marruecos, pero que hemos oído en Estambul.

De todos los usos restringidos referentes a *vos* el más característico es el *voseo* americano, o uso de *vos* como tratamiento familiar de segunda persona, con pérdida de *tú*, pero con la forma *te* como pronombre átono:

vos te quedás, te lo digo a vos

No vamos a entrar ahora en una descripción completa de los tipos de *voseo*, sobre los que el lector hallará cumplida referencia en el artículo de R. Lapesa ya citado y en la *Dialectología Española* de A. Zamora Vicente (pp. 400 y siguientes). Nos limitaremos a señalar que junto a las formas más arcaicas (el *voseo* no es más que un arcaísmo) como *vos tomás*, *vos querés* (Argentina), *vos querís*, *vos cantarís* (Chile), *vos tomás*, *vos tomarés* (Colombia), hay formas de *vos* con segunda persona del plural normal moderna:

¹⁶ *Ibid.*, p. 149.

vos reís, o bien formas que se pueden considerar singulares o plurales simplificados: *estabas/estabais*, que pueden aparecer en zonas donde no se conoce el *vos*, como *mirastes/mirasteis*. La escuela ha librado una dura lucha para imponer el *tú*, logrando su consideración de forma más culta en Chile y Colombia. Se resiste especialmente la región rioplatense, donde incluso el *vos* ha pasado a la literatura. La influencia de la escuela, especialmente en la lengua escrita, ha producido nuevos híbridos: se usa la segunda persona del singular de los verbos, en lugar de la contracta del plural, se dice así *tomas*, *quieres*, *partes*, pero no se usa el *tú*, sino el *vos*. Con ello se originan formas como *vos tomas*, más cercanas al *tú tomas* normativo.

El voseo es un resto arcaico difícil de suprimir, precisamente por su empleo en el habla familiar, en el trato de confianza, que es donde menos influye la escuela. No obstante, creemos que en ese punto los educadores deben hacer el mayor esfuerzo posible para acostumbrar los oídos al *tú*, y exigir esta forma en la lengua escrita, estas profundas divergencias estructurales son un peligro mucho mayor que las divergencias de léxico, que se pueden subsanar con cierta facilidad.

El voseo está generalizado en Argentina y Uruguay, se da también en Paraguay, Bolivia, Chile, Ecuador, Costa Rica, Nicaragua, El Salvador, Honduras, Guatemala y Colombia (menos el norte), aparece también en una pequeña zona del Perú, y en parte de Venezuela y Panamá. En México sólo hay voseo en el estado de Chiapas.

El segundo grupo de fórmulas de tratamiento son las formas procedentes de sustituciones. En este campo no sólo tenemos las fórmulas para dirigirse a la segunda persona, sino también las maneras con las que la primera persona se refiere a sí misma, como el *Nos* mayestático, el *nosotros* de modestia o el de coparticipación (plural sociativo), y los sustitutivos de humildad como *vuestro siervo*, *servidor*, las formas humorísticas como *este cura*, los gitanismos *menda* y *mangue*, las perífrasis como *el hijo de mi madre* o *de mi padre*, las fórmulas notariales: *el infrascrito*, *el abajo firmante*, etc. La pérdida voluntaria de la propia personalidad se busca en fórmulas como *uno*, tan repetido en el coloquio.

De las referentes a segunda persona, la más importante es la que dio origen a *usted*, de la cual quedan restos en el uso mejicano, colombiano, etc., de *su merced*, *su mercecita*. Existen las fórmulas reverenciales como *Vuestra Señoría* (usía), *Vuestra Ilustrísima*, *Vuestra Paternidad*, *Vuestra Alteza*, *Vuestra Majestad*. En todas ellas, por el abundante uso referencial en tercera persona, se ha pasado a formas con *Su* en vez de *Vuestra*. En la lengua actual son un resto del lenguaje burocrático, propias para instancias y certificados, pero sin ese valor de honra que en los Siglos de Oro convertía en cuestión de honor la mala aplicación de estos términos. En Hispanoamérica se usan mucho más que en España los tratamientos respetuosos del tipo: *el señor doctor*, *el señor licenciado* o *el señor profesor*, o simplemente *el doctor*, *el licenciado*, *el profesor*, tan característicos de la lengua mejicana, por ejemplo.

El tratamiento más corriente referido a tercera persona de respeto es el de *señor...*, con el apellido, como *señor López*, *el señor López*, o bien *don...*

con el nombre propio: *don Francisco*, y en este caso sin artículo. El uso del artículo da valor despectivo al sintagma: *el don Francisco*. Se puede usar el *don* con los hipocorísticos, generalmente con valor de afectividad no peyorativo, cuando hay cierta confianza: *don Paco*, inadmisible cuando no la hay. Para hablar de terceras personas a las que se trata con cierto respeto, pero a las que no parece conveniente tratar con la fórmula *señor + apellido*, o *don + nombre*, se usa la fórmula mixta *señor + nombre*, de una cierta rusticidad, pero adecuada para ciertos tratamientos complejos, especialmente de personas de edad: *el señor Angel*.

11.3. PRONOMBRES POSESIVOS

Los posesivos son pronombres que, desde el punto de vista funcional, admiten las funciones primaria o secundaria, pero no la terciaria. Para aceptar que el posesivo desempeñe función primaria tendríamos que considerar que, en los casos en los que va precedido directamente de *el, la, lo*, sin sustantivo: *el mío, la tuya, lo suyo*, las formas *el, la, lo* son formas de artículo, indicadoras del carácter morfosintácticamente 'sustantivo' del pronombre que viene a continuación. (En Morfosintaxis se habla de «pronombres-adjetivos sustantivados», lo cual resulta, evidentemente, una compleja mezcla de tres categorías.) Si se acepta que, *el, la, lo*, al ser artículos, no pueden ser núcleo de la frase, es preferible hablar de *sustantivación* de los posesivos, de la cual el artículo sería índice, o, mejor, de función primaria desempeñada por el posesivo, con el artículo como transpositor.

Pero cabe también otra interpretación, históricamente justificada, que es la de considerar que *el, la, lo*, como herederos del pronombre demostrativo *ille*, pueden ser núcleo de la frase. Entonces las formas *mío, tuyo, suyo* serían adjuntos a ese núcleo, es decir, estarían en función secundaria, o, en los términos utilizados antes, seguirían siendo pronombres adjetivos, adyacentes al sustantivo, representado, en ese caso, por las formas *el, la, lo*, de claro valor pronominal, anafórico.

Las dos interpretaciones tienen sus partidarios y, naturalmente, sus ventajas e inconvenientes. La segunda, además de su garantía histórica, permite una mayor coherencia en el tratamiento de los posesivos siempre como determinantes, que establecen una relación entre el objeto y la persona gramatical; de aceptarla, los pronombres posesivos se definirían siempre como adjuntos, con dos posibilidades:

<i>Núcleo sustantivo</i>	<i>Núcleo el, la, lo</i>
--------------------------	--------------------------

mi libro	el mío
el libro mío	

De no aceptarla, diríamos que la columna de la izquierda corresponde al uso adjetivo o función secundaria del posesivo y la de la derecha al uso sustantivo o función primaria del mismo.

Evidentemente, este mismo problema se plantea con los restantes «pronombres-adjetivos», en las mismas condiciones.

11.3.1. Forma

Los pronombres posesivos tienen los formantes de género y número. Además tienen formas distintas para un solo poseedor o varios poseedores. Los pronombres-adjetivos antepuestos tienen en algunos casos una forma especial apocopada:

mi libro el libro mío
tu libro el libro tuyo
su libro el libro de él, de ella, de ellos, de ellas = el libro suyo

Adjunto a sustantivo, antepuesto, no lleva artículo. Cuando se pospone, el uso del artículo es obligatorio.

Además de los ejemplos anteriores, la distinción es palpable en:

nuestro libro el libro nuestro
vuestro libro el libro vuestro

La forma apocopada es proclítica en el uso no dialectal. Su acento se apoya en la palabra siguiente, con la cual forma una palabra fonética.

Combinando las personas, géneros, números y poseedores tenemos el siguiente cuadro:

	UN POSEEDOR				VARIOS POSEEDORES			
	SINGULAR		PLURAL		SINGULAR		PLURAL	
	Masc.-Neut.	Fem.	Masc.	Fem.	Masc.-Neut.	Fem.	Masc.	Fem.
1. ^a persona:	mío	mía	míos	mías	nuestr-o	-a	-os	-as
	mi		mis					
2. ^a persona:	tuy-o	-a	-os	-as	vuestr-o	-a	-os	-as
	tu		tus					
3. ^a persona:	suy-o	-a	-os	-as	suy-o	-a	-os	-as
	su		sus		su		sus	

11.3.2. Función

Los posesivos reemplazan el giro analítico:

de + persona gramatical

la casa de él = su casa

Funcionan generalmente como adjuntos y por ello tienen la particularidad del desgaste fonético que ha apocopado las formas *mi*, *tu*, *su*, así como el hecho de que cuando no van con sustantivo van siempre acompañados del artículo (cf. 11.3. *supra*).

11.3.3. Significación

Para A. Alonso y Henríquez Ureña «son pronombres de la familia de los personales porque su significación se determina con relación a los tres puestos de las personas gramaticales del coloquio, lo mismo que *yo*, *tú*, *él*. Se llaman posesivos porque indican que lo nombrado por el sustantivo a que se refieren... es de la posesión o pertenencia de la primera, de la segunda o de la tercera persona del coloquio».

Al tratar de la función los veíamos como contrastivos del sintagma *de + persona gramatical*. Este giro suele indicar posesión, aunque no sea exclusivo. También desde el punto de vista transformacional los posesivos se caracterizan por esa relación con las personas del coloquio.

Cuando al hablar de los personales veíamos la significación de éstos en relación con la de los otros pronombres colocábamos los posesivos entre los retrospectivos. En efecto, para indicar esa relación con una persona del coloquio es necesaria una previa presentación de esa persona, de ahí su valor de retrospectivos. Si en el mundo no existieran sino dos seres no podría concebirse el posesivo *suyo* hasta que se hubiera creado el tercer ser, *él*. Con ello vemos el valor presentativo de *él* (personal sujeto) y el retrospectivo de los pronombres posesivos, que *suponen* la previa experiencia, el fenómeno, de las personas del coloquio.

11.4. PRONOMBRES DEMOSTRATIVOS

A. Alonso y P. Henríquez Ureña los definen diciendo: «Son como gestos verbales que señalan en cuál de las tres cercanías (*yo*, *tú*, *él*) se halla el objeto designado». Los pronombres demostrativos se sitúan junto con el artículo en un grupo especial, el de los *deícticos* o señaladores, como veremos más detenidamente al hablar de su significación.

11.4.1. Forma

Los demostrativos presentan los formantes constitutivos de género y número. Hay que exceptuar los pronombres-adverbios demostrativos, que son invariables, como los adverbios en general.

La lengua antigua ofrecía una serie de formas alargadas: *aqueste*, *aquese*, que hoy sólo se usan como recurso arcaizante y burlesco.

Los demostrativos tienen tres formas:

singular	plural
<i>este, esta, esto</i>	<i>estos, estas</i>
<i>ese, esa, eso</i>	<i>esos, esas,</i>
<i>aquel, aquella, aquello,</i>	<i>aquellos, aquellas,</i>

Estas formas se escribían sin acento cuando eran adjetivos y con acento cuando eran sustantivos. Hoy la Real Academia no obliga a acentuar los pronombres-sustantivos, salvo en casos de posible confusión. Se escribe igualmente sin acento:

este es el hombre
que *este hombre ha venido*

11.4.2. Función

Los pronombres demostrativos son una clase semántica que puede desempeñar las funciones de núcleo (sustantivo), como en «*este es el hombre*», de modificador primario (adjetivo), como en «*este hombre ha venido*» y de modificador secundario (adverbio), como en «*aquí están*».

Estos pronombres tienen además una función específica, que es la de actualizadores. Pueden colocarse delante de un sustantivo o delante de un adjetivo. En estos casos no se puede utilizar el artículo.

Se dice *este libro es bonito* y *el libro este es bonito*, pero no se puede decir *el este libro es bonito*. Del mismo modo que el artículo, sirven para crear sustantivos de habla, en los casos en los que la sustantivación se hacía con *el* (no con *lo*), como en *este comer*, *ese blanco*, etc. (Pero no *esto blanco* por *lo blanco*, ni *esto alegre* por *lo alegre*, etc.).

11.4.3. Significación

Los pronombres demostrativos establecen una relación entre la persona gramatical y el espacio y el tiempo. De ahí les viene la función de actualizadores a la que aludíamos antes. Empero, a diferencia en esta ocasión de A. Alonso y P. Henríquez Ureña, creemos que esta referencia a las personas gramaticales es una referencia a la *primera* persona. *Este* expresa la cercanía a la primera persona, *ese* un grado entre cercanía y lejanía, con relación a la primera persona, y *aquel* expresa lejanía de la primera persona. Estos usos después se han interpretado en relación con las tres personas del coloquio porque la situación de *ese* suele estar más cerca de la segunda que de la primera persona y la de *aquel* suele estar cerca de la tercera persona. Basta con que una persona se sitúe entre los objetos a los que se refiere y sus interlocutores para que todas las posiciones de estos objetos queden siempre más cerca de la primera persona que de las restantes.

11.5. PRONOMBRES INDEFINIDOS

Los pronombres indefinidos se caracterizan porque su significación ocasional se realiza siempre de una manera vaga. No pueden tomar la significación de algo concreto, como *este*, o *mío*, pero tampoco se usan en este sentido. Son formas especializadas de la lengua, que en muchos casos proceden de medios sintácticos, como en *cualquiera*, que es una oración de relativo convertida en forma pronominal.

11.5.1. Forma

En cuanto a su forma los pronombres indefinidos tienen gran número de diferentes posibilidades.

Algunos presentan los formantes de género y número:

algun-o, -a, -os, -as; ningun-o, -a, -os, -as; tod-o, -a, -os, -as, etc.

De ellos algunos pueden apocoparse cuando se anteponen a un sustantivo al que acompañan como pronombres-adjetivos o a algún adjetivo que los modifica (en este caso son pronombres-sustantivos), o bien a un adjetivo o verbo a los que sustantivan. Se dice así *algún hombre, algún escrito, algún blanco, algún poder*. En plural antepuesto se usa la forma plena: *algunos hombres*, etc. *Algo* es sustantivo cuando significa *una cosa*, y adjetivo o adverbio cuando significa *un poco*.

Otros tienen sólo variación de número:

<i>quienquiera</i>	<i>quienesquiera</i>
<i>cualquiera</i>	<i>cualesquiera</i>

Los pronombres indefinidos que sólo se usan como pronombres sustantivos no tienen variación de género o número: *alguien, nadie, nada*.

11.5.2. Función

Al igual que los otros pronombres pueden desempeñar las mismas que el sustantivo, adjetivo o adverbio. En este último caso son invariables.

De las muchas construcciones interesantes realizadas con estos pronombres vamos a elegir una, para exponerla con mayor detalle. Se trata de

algo + de + adjetivo

que para Fernández Ramírez es un galicismo. H. Bäckvall, en cambio, llama a esta construcción *fórmula 2* (*algo + adjetivo* es la f. 1) y señala una interesante casuística. Se excluyen, por lo general, *algo* (y *nada*) + *de* + (3.^{er} elemento) en cuatro casos:

- 1) Adverbio + adjetivo
algo más grato
- 2) Adjetivo + complemento preposicional
algo superior a
- 3) Adjetivo + término de comparación
algo más romántico que...
- 4) Preposición (especialmente *de*) + *algo/nada*
a algo raro
de nada raro

Los cuatro tipos de Bäckvall pueden reducirse a dos, si tenemos en cuenta que los tres primeros pertenecen al tipo «adjetivo comparativo».

La construcción con *de* se limita a:

- 1) *algo o nada + hay* (los considera sujetos)
hay algo de divino
- 2) O. D., especialmente *de tener*:
no tiene nada de tonta

Se prefiere cuando se coloca el verbo entre el pronombre y el adjetivo (salvo en los cuatro casos excluyentes):

algo hay de cierto
nada tiene de extraño

Concluye (p. 90): «Se ha visto que la preposición *de* puede intercalarse, aunque con ciertas restricciones, entre *algo o nada* y el adjetivo que sigue, principalmente cuando el pronombre está en función de sujeto o complemento directo.»

Creemos que, en el caso de *hay*, impersonal, no se puede hablar de sujeto (en caso de pronominalización aparece el pronombre de Objeto Directo) y que las restricciones de la construcción con *de*, en cambio, dependen de la construcción comparativa del adjetivo o del empleo muy próximo y anterior de una preposición (sobre todo *de*).

11.6. PRONOMBRES RELATIVOS

Seguiremos la definición de A. Alonso y P. Henríquez Ureña: «Llamando *forma* al oficio gramatical, definiremos el relativo así: El relativo es una forma cuya significación es en cada ocasión la de su antecedente.»

11.6.1. Forma

Los pronombres relativos no tienen unos morfemas comunes a todos ellos.

Tienen variación funcional *que* y *el cual*: el que, la que, los que, las que; el cual, la cual, los cuales, las cuales.

El cual y *quien* tienen variación numérica: los cuales, las cuales; quien, quienes, pero no de género.

Quien se usa como invariable en el habla no cultivada; en épocas anteriores aparece como invariable, a veces, en textos literarios:

Preguntáronles quién eran en lengua castellana, porque conocieron ser españolas las peregrinas (Cervantes, *Persiles*, Lib. III, cap. XIII).

El cual se construye siempre con artículo.

Quien, *cuyo* y *cuanto* no llevan artículo.

Cuyo y *cuanto* varían en género y número.

Donde es invariable.

El antecedente impone al relativo su género, salvo en el caso de *cuyo*, que siempre concierne con el sustantivo al que acompaña.

Las formas de pronombres relativos propiamente dichos son *que*, *el cual*, *quien*, *cuyo*, *cuanto*.

11.6.2. Función

Los relativos pueden desempeñar la función de núcleo, y en este caso son pronombres sustantivos:

«Las casas *que* están en la colina son las más antiguas»

También pueden tener función de modificador, primario (en este caso son pronombres adjetivos) o secundario (en este caso son pronombres adverbios).

Cuyo es siempre adjetivo. Es actualizador al mismo tiempo, y puede sustantivar a otra parte de la oración a la que acompañe: «el hombre cuyo *roncar* es sonoro...».

Donde es siempre adverbio: *la casa donde nació*.

Quien y *cuanto* son formas especiales que van sin antecedente expreso muchas veces:

quien lo haga tendrá mi aprobación

Quien se utiliza principalmente para personas, y rara vez para seres vivos.

El relativo depende de su antecedente desde el punto de vista formal

(salvo *cuyo*) pero no desde el funcional. Por ello puede desempeñar en cada caso las funciones de sustantivo, adjetivo o adverbio. (Cf. nota a 11.1.).

11.6.3. Significación

Hemos caracterizado estos pronombres por su referencia al antecedente:

el hombre *que* vino ayer...

El antecedente no necesita ir delante necesariamente. Cuando va detrás del relativo se llama consecuente. Estas posiciones constituyen las posibilidades de anáfora y catáfora de los pronombres relativos.

En la *anáfora* el referente va delante, se trata de un *antecedente*, como en el ejemplo anterior:

el hombre *que* vino ayer...

En la *catáfora* el referente va detrás, es por ello un *consecuente*, como en:

el *que* vino fue tu hermano

Gili Gaya subraya el uso de los relativos *que* y *quien* sin antecedente expreso. A ello habría que añadir *cuanto*. Este uso de *antecedente callado* podemos verlo en:

me dieron cuantas tenían
me dieron de qué comer
 a *quien* corresponda

A diferencia de los pronombres de la familia de los personales, ni los indefinidos, ni los relativos, ni los interrogativos-exclamativos —que veremos ahora— establecen una relación con las personas del coloquio. Esta es la mayor diferencia entre los dos grupos de palabras con significación ocasional o pronombres.

11.7. PRONOMBRES INTERROGATIVOS-EXCLAMATIVOS

11.7.1. Forma

Es la misma que la de los relativos. En la grafía se distinguen en que los interrogativos-exclamativos van acentuados.

11.7.2. Función

Igual que los relativos, pueden ser pronombres sustantivos, adjetivos o adverbios. Hay que señalar, como en aquéllos, la interferencia forma-función en algunos casos:

Quién es siempre núcleo:

¿quién viene?

Cúyo es siempre adjunto. El uso de *cúyo* como núcleo en frases del tipo *¿cúyo es este libro?* es sólo regional en la lengua hablada y en la escrita es un arcaísmo poco usado.

Cúyo no se usa como exclamativo.

Qué, *cuánto* y los anticuados *cuál* y *cuán* pueden ser núcleos o modificadores (sustantivos, adjetivos o adverbios).

En el uso de los interrogativos-exclamativos como adjuntos hay siempre una cierta redundancia:

¿qué caballo quieres?

Cuál es anticuado como adverbio, pero no como núcleo o adjunto:

núcleo: *¿cuál quieres?* («sustantivo»)

adjunto: *¿cuál libro quieres?* (Incorrecto pero frecuente) («adjetivo»)

adverbio: *¿cuál gritan esos malditos!* (Zorrilla)

Cómo, *dónde*, *cuándo* y el anticuado *cuán* son sólo adverbios.

11.7.3. Significación

La significación de estos pronombres es anormal, pues (citando de nuevo a A. Alonso) «preguntan por el significado real del miembro oracional cuyo oficio tienen». Por ejemplo, en la frase:

¿quién viene?

Quién pregunta por el significado del sujeto. Puesto que *quién* es el sujeto, está preguntando por su propio significado. Los pronombres interrogativos preguntan por su propio significado ocasional. Los exclamativos realzan su propio significado ocasional. En un uso exclamativo del tipo:

¡quién tuviera tal ventura! (Romancero)

Quién resalta su propio significado ocasional al mismo tiempo que indica que ese significado ocasional es desconocido.

Los pronombres interrogativos no necesitan figurar en preguntas directas, escritas con signos de interrogación, basta que sean acentuados, y pregunten de ese modo indirectamente:

no sabía a quién acudir, ni qué partido tomar, ni cómo empezar (A. Alonso)

De los pronombres relativos sólo *el cual* tiene acento prosódico, que no gráfico. Para las proposiciones interrogativas indirectas, cfr. 18.5.1.1.

CAPÍTULO 12

El artículo

12.0.

Para llegar al concepto de artículo tenemos que pasar por el concepto de *deíxis*. Literalmente la *deíxis* es una señal que sirve para colocar en el espacio y en el tiempo una sustancia semántica. Los *deícticos* son, pues, actualizadores.

La misión de *deícticos*, en español, es patrimonio del demostrativo, los numerales y el artículo. De los dos primeros ya nos hemos ocupado, ahora lo haremos del último.

El artículo es fundamentalmente un actualizador del sustantivo. Un sustantivo puede hallarse en dos estados: en un estado *virtual* el sustantivo contiene toda su sustancia semántica sin aplicación a una limitación concreta de esa sustancia. En el sustantivo *perro* se contienen todos los perros y todas las características de estos animales, sin embargo, para aplicarlo a la realidad de un ser de este conjunto o de varios tenemos que usar el artículo y decir: *el perro, los perros, un perro, unos perros*. De este modo el sustantivo queda colocado en un aquí y un ahora, se halla actualizado y es por ello un sustantivo en estado *actual*.

A las dos formas de artículo (*el/un*) se les han aplicado los términos respectivos «determinado o definido»/«indeterminado o indefinido». Tanto Potier como A. Alonso y Henríquez Ureña coinciden en señalar que estos términos deben evitarse, pues dan una idea falsa de los dos artículos. Amado Alonso señala por su parte que *un* no es artículo, pero sus razones no son suficientemente convincentes y no tienen todas el mismo valor¹.

En un ejemplo, A. Alonso demuestra cómo nada está determinado en estos versos, en los que aparece la forma *el* (que se presenta como el femenino *la*):

¹ «Sintaxis y Estilística del Artículo en Español», en *Estudios Lingüísticos. Temas Españoles*. Madrid (Gredos), 1951, pp. 159-60. El carácter de artículo que tiene la forma *un* ha sido defendido (y creemos que demostrado) por Rafael Lapesa, en el artículo citado en 12.4. Resumen de la cuestión en F. Abad: *El artículo*. (Cfr. bibliografía final.)

*La tarde era triste
La nieve caía,
De blanco sudario
La tierra cubría.*

Más tarde volveremos sobre el hecho de que no se trata en ninguna ocasión de determinante o definido, sino que lo importante en la división de las dos formas del artículo es oponer un *presentador* a un *reconocedor*. Tanto la forma *el* como la forma *un* pueden ser determinados o indeterminados; los términos definido/indefinido se los debemos a la gramática lógica francesa y su aplicación a los dos tipos de artículo es un error, que se puede mantener como mera designación, por el arraigo de estos nombres. J. Polo (*Condiciones*, p. 144) prefiere *determinativo*.

Resumiendo los puntos de vista de A. Alonso y Henríquez Ureña citaremos su definición del artículo como «elemento preformador y configurador de sentido», «[las formas del artículo] son anticipaciones formales de las representaciones con contenido que van a seguir».

Jean Dubois (*Grammaire structurale du français: nom et pronom*, esp. páginas 146 y ss.) señala dos características importantes, que se deben tener en cuenta a la hora de definir el artículo. La primera (él considera artículo sólo las formas reconocedoras) es que se trata de un *sustituto*, pues tiene como referente un sintagma, una frase anterior, o también, añadiríamos nosotros, una situación consabida: *la aceituna viene mal este año* (= la campaña aceitunera). En este sentido, al igual que ante relativo y adjetivo, el artículo conserva sus lazos con el sistema pronominal, puede decirse, incluso, que es un pronombre, y esto supone, además, eliminar dificultades a la hora de interpretar *un* como artículo. El artículo, como miembro de la categoría de los sustitutos, es un sustituto oracional, o situacional, que puede carecer de referente concreto o que, de acuerdo con la segunda característica señalada por J. Dubois, puede moverse en un campo de equivalencia con los posesivos, especialmente clara en la alternancia

se quitaron los/sus sombreros
se quitaron el sombrero (cada uno el suyo)

o en el dativo simpatético o posesivo

se rompió el / su brazo

Históricamente, son bien conocidas las alternancias existentes, a lo largo de la Edad Media, con restos posteriores, entre artículos y demostrativos, lo mismo que, desde el punto de vista comparativo, la necesidad que otras lenguas románicas, francés e italiano, por ejemplo, tienen de utilizar un demostrativo en construcciones en las que basta, en español, un artículo:

el de la derecha / celui à droite
el de ayer / quello di ieri

y otras semejantes.

12.1 FORMA

Hay tres posibilidades:

1.

<i>lo</i>	<i>el</i>	<i>la</i>	<i>los</i>	<i>las</i>
neu.	*	fem.	mas.	fem.
<hr/>			<hr/>	
singular			plural	

* *el* es masculino generalmente, y es la única forma del masculino singular. Es también femenino ante palabra femenina que empiece por *a*, tónica: *el alma*, *el aula*.

2.

<i>un</i>	<i>una</i>	<i>(unos)</i>	<i>(unas)</i>
*	fem.	masc.	fem.
<hr/>		<hr/>	
singular		plural	

* *un* es masculino generalmente. Es la única forma del masculino singular. Es también femenino ante palabra femenina que empiece por *á* tónica: *un alma*, *un aula*.

Las formas *(unos)* *(unas)* figuran entre paréntesis porque presentan grandes analogías con los indefinidos y una significación distinta de sus singulares correspondientes, como luego veremos.

3.

La forma cero (\emptyset):

a) (\emptyset) de *lengua*: construcciones generales, no condicionadas por el contexto: *tener confianza*, *comer pan*.

b) (\emptyset) de *habla*:

b' En el campo de *un*: *tener coche* como símbolo de una situación social.

b'' En el campo de *el*: presentación ya realizada: *voy a casa* (= voy a mi casa, en Andalucía y en Hispanoamérica *la casa* o *las casas* es la casa propia).

12.2. FUNCIÓN

A) Actualizador de sustantivos virtuales de lengua:

- 1 Actualizador-reconocedor: *El*: «*El* hombre era alto».
2. Actualizador-presentador: *un*:

Ha pasado un hombre
Han pasado unos hombres

Hay una posibilidad de confusión con el numeral en singular y con los indefinidos en plural. La segunda es particularmente importante.

B) Sustantivador de discurso:

lo: lo bello
un: un no sé qué
el: el deber dinero
el comer
el que te debe dinero
el de la derecha
*Ø: partir es morir un poco*²

4. Presentador de sustantivos virtuales de lengua:

- a) En los proverbios: *obras son amores*
- b) En plural: *han pasado hombres*.

El artículo es un acompañante específico del sustantivo. Por ello se discute que sea una parte de la oración, aunque nosotros lo hemos incluido en el orden tradicional por razones pedagógicas. Si consideramos que sólo acompaña al sustantivo es un *transpositor*, es decir, un sustantivador, como hemos visto en la tercera función.

Resumiendo lo dicho hasta aquí vemos que las formas de artículo *el*, *un*, son actualizadores, transpositores o indicadores de sustantivación.

La forma *el* es reconocedora, la forma *un* presentadora y la forma (Ø) acompaña a un sustantivo virtual, es decir no actualizado.

Sin embargo, ya hemos señalado que caben otras interpretaciones, que nos llevarían a considerarlo un posible núcleo, capaz de llevar un adjunto.

Las dos formas de artículo se resienten de su etimología y conservan restos de sus funciones pronominales, por ello resulta tan complicado en ocasiones diferenciar el artículo *un* del numeral o del indefinido. La forma *el* tiene un resto de uso anafórico en su función de sustantivador de discurso (nuestra tercera función):

² La sustantivación con el artículo Ø es un hecho muy discutible. Hay que tener en cuenta que en casos como *partir es morir un poco*, *hombre no es igual que caballero*, etc., nos hallamos realmente en el plano del metalenguaje: «*partir*» es..., «*hombre*» no es igual que «*caballero*». Esto reduciría al artículo Ø al papel de no-actualizador; la sustantivación sería un fenómeno funcional. Como dice J. M. Lope Blanch (*NRFH*, XVI, p. 418): «El artículo no sustantiva nunca, la sustantivación es fenómeno exclusivamente funcional, sintáctico». Para él el artículo es un simple «indicador de la sustantivación». En el fondo nuestra aparente discrepancia con Lope Blanch es una mera cuestión de terminología. Cuando hablemos del artículo como *sustantivador* lo entenderemos en realidad como *indicador de función primaria*, mejor que de «sustantivación». Cf. R. Lapesa *El artículo con calificativos*, pp. 80-82.

«El de la derecha»
«El que te debe dinero»

En este punto hay divergencias entre los gramáticos: Bello, Unamuno, Herzog, Fernández Ramírez y R. Lapesa³ sostienen la sustantividad del artículo. Gili Gaya y E. Alarcos no están de acuerdo con ello.

De todos modos es conveniente matizar la posición de Lapesa, tal como aparece en la conclusión de su «El Artículo como Antecedente de Relativo»:

9. Según vemos, *el* ha experimentado un progresivo descenso como antecedente de relativos. Desde muy pronto perdió su función sustantiva originaria en el compuesto *el cual*. Hasta el siglo XVII la conservó ante los demás relativos; hasta entonces fueron posibles sintagmas como *los en que*, *la de que*, *los a quienes*, «*la cuyo soy*», *el donde*, etc.; pero ya estaban a punto de sucumbir ante *en los que*, *de la que*, *aquellos en que*, *aquella de que*, *aquellos a quienes*, «*aquella cuyo soy*», *aquel donde*. La lengua moderna sólo admite *el que*, y éste sin posibilidad de escindir sus componentes por interpolación de otra palabra. La principal ampliación de usos lograda por *el que* ha sido como relativo adjetivo, donde *el* carece de función independiente.

Podemos replantearnos la cuestión separando cuidadosamente el aspecto histórico de la competencia del hablante moderno. Es innegable que el artículo *el* procede del demostrativo *ille* latino, tras un proceso de gramaticalización que lo ha privado del carácter semántico de pronombre. Este proceso, como es lógico, ha sido lento, por lo que tenemos que esperar que en textos más antiguos aparezca el valor de pronombre o un resto de éste con mayor frecuencia que en textos más modernos.

También hay que tener en cuenta que *el que* se relaciona mucho más con *aquel que* que con *ese que* o *este que*, ya desde los primeros textos. *Aquel* es el más impreciso de los demostrativos, y por ello el más próximo a un antiguo demostrativo, como *el*. Tampoco debemos olvidar que los demostrativos y los artículos pertenecen a una clase funcional común: la de los deícticos, indicadores o señalizadores, y que tienen en común la capacidad de indicar la sustantividad de discurso de los no-sustantivos, y de actualizar a los sustantivos virtuales.

Para empezar tenemos que hacer unas consideraciones formales: la unión de *el* + relativo es temprana en *el cual*, interpretado desde muy pronto (s. XIII) como una unidad, en competencia con el simple *cual*. El hablante actual tiende a ver en *el que* una unidad del mismo tipo, y a considerar *el*

³ Para la evolución del artículo es imprescindible su trabajo «Del demostrativo al artículo». En estas páginas nos referimos fundamentalmente a «El artículo como antecedente del relativo en español» (para ambas cf. nuestra bibliografía). La relación de los deícticos y el artículo está claramente señalada en E. Cassirer (*Filosofía de las Formas Simbólicas*, México, 1971), páginas 164-169, y en E. Benveniste, cf. lo dicho en nota a 11.0. Las nuevas matizaciones del punto de vista de R. Lapesa pueden verse en el artículo preliminar de nuestra *Aproximación a la Gramática Española*. Cf. et. Fernando Lázaro Carreter: «El problema del artículo en español: una lanza por Bello», en *Hom. A. Rodríguez Moñino*, Madrid (Castalia), 1975, 347-371.

como parte del relativo. Este fenómeno se ha producido ya en francés, en el caso de *cual: lequel*.

La mayor dificultad radica en el grupo pronominal *el que* sin antecedente. R. Lapesa interpreta en este caso que *el* es el portador de la función sustantiva, y trata de probarlo sustituyendo este elemento por un equivalente pronominal, se podría criticar que no se trata de un sustantivo, sino de un indicador de sustantivo, y en lugar de efectuar la sustitución de *el* efectuaríamos la del segundo elemento, que resulta ser un sustantivo, actualizado por *el*, o un no-sustantivo, sustantivado por *el* asimismo.

R. Lapesa establece cuatro grupos principales ⁴:

a) Construcciones hipotéticas de sentido general donde *el que* o *aquel que* equivalen a «todo el que», «cualquiera que». En lugar de ello haremos la sustitución en el segundo elemento de algunos de sus ejemplos:

«Es imposible que tenga la vida quieta el *que tenga la conciencia cargada*» (el *pecador*).

«El *que no las limare o las rompiere*» (el *no-limador* o *no-rompedor*).

Se trata en estos casos de sustituciones equivalentes en un nivel más profundo, mientras que en otros tenemos una buena muestra de que lo mejor es interpretar *el que* como una unidad, así en «sálvese el que pueda» podemos interpretar «sálvese el *capaz*», pero creemos que para el hablante actual es más inmediata la sustitución «sálvese *quien pueda*», con pérdida de la independencia de *el*, que ya no se considera artículo, sino un simple elemento del compuesto *elque* ⁵.

⁴ *Op. cit.*, pp. 291-294.

⁵ El hecho requiere un examen más detenido del realizado hasta ahora. Cf. R. Lapesa «El artículo con calificativos o participios no adjuntos a sustantivo en español», *Phonétique et Linguistique Romanes. Mélanges offerts à M. Georges Straka*. Lyon-Strasbourg, 1970, pp. 78-86. Hay que corregir una errata en la p. 86, § 8 c, dice *el adjetivo representa al sustantivo*, y debe decir *el artículo representa al sustantivo*. En este trabajo, de modo consecuente con sus afirmaciones anteriores, R. Lapesa sostiene que la función sustantiva en *las menudas, la mayor, las pequeñas* de los ejemplos que cita, es propia de *las, la*. El adjetivo sigue siendo adjetivo. El francés y el italiano usan demostrativos en estos casos. Creo ahora que el problema tiene dos caras: desde un observatorio histórico lo que nos interesa es si los hablantes conservan la conciencia del pronombre. Creemos que no. La segunda cara es visible desde esa conclusión negativa; es necesario replantearse el esquema pronominal para establecer las relaciones entre artículo y pronombre personal, y entre personales y demostrativos. Cf. Bello, *Gramática*, cap. XIV, y F. Lázaro «El problema del artículo en español. Una lanza por Bello», en *Homenaje a Rodríguez Moñino*, § 13.1.

Puesto que mis sustituciones generalmente reemplazan lo que sigue al artículo por un adjetivo, lo único que se consigue es trasladar el problema. La única posibilidad de solución satisfactoria para todos es reconstruir la categoría de los indicadores.

R. Lapesa, en la nueva redacción del trabajo citado en el texto, que figura como artículo preliminar desde la segunda edición de nuestra *Aproximación a la Gramática Española*, ya no considera el *el* de *el que* como artículo, sino como actualizador vacío atópico, es decir, una especie de demostrativo que no indica lugar.

b) Construcciones de sentido general, pero no hipotéticas:

«Non es rrey el *que rregna* sobre los siervos» (el *reinante*).

«El *que verdaderamente ama*» (el *verdadero amador*).

«Los *que por el insomnio tenaz habéis oído...*» (los *oyentes insomnes*).

c) Comparaciones mediante las cuales un caso individual queda referido a una categoría típica:

«Atrochando por fuera de camino, como los *que sabían bien la tierra*» (los *buenos conocedores...*).

A veces —señala R. Lapesa— no hay sentido de generalidad, y la comparación indica el motivo, las circunstancias que explican la acción principal, la adecuación de ésta a lo que es propio o esperable de alguien, etc.

«Todo se lo servía como la *que soy*». La sustitución en este caso es más compleja, porque *la que soy* es una frase hecha, empleada como sustitutivo del pronombre de primera persona + encomio de sí misma, algo así como «como yo lo debo hacer», «como cumple a mi condición», «como cumple a *la persona que soy*».

También hay que señalar en ese caso la posibilidad de fusión total e interpretar *la que* como *laque*.

d) Refiriéndose a individuos determinados:

«Los *que foron de pie*» (los *peones*).

«El *que crió* tal cosa...» (el *criador* de...).

«Los *que ganáis* mi soldada» (los *ganadores* de...).

R. Lapesa reconoce que «este alternar de *aquel que* [nosotros no hemos registrado los ejemplos de *aquel que*] con *el que* no supone igualdad de frecuencia. El predominio de *el que* es abrumador en el *Cantar de Mio Cid* (91 ejemplos contra 7 de *aquel que*), continúa siéndolo en el siglo XVI y parece mantenerse fuertemente hoy. En la actualidad, cuando *aquel* no está usado con referencia a lo distante o con propósito evocador, su empleo ante relativo tiene generalmente carácter artificial o enfático. Hay, sin embargo, excepciones debidas a conveniencias rítmicas o de estilo, y, sobre todo, casos especiales en que a lo largo de la evolución del idioma ha ganado terreno a costa de *él*: así ha sucedido cuando *que* iba precedido por una preposición o cuando el relativo era *quien*, *cuyo*, *donde*, etc.».

Cuando la construcción *el que* tiene antecedente se produce la fusión, y debemos considerarlo como un relativo simplemente, como en el caso *el cual*, y no considerar *el* como artículo.

Una última complicación de las construcciones *artículo + que* es la que encontramos en el grupo *preposición + artículo + que*, que en la lengua antigua era *artículo + preposición + que*. Para R. Lapesa esto constituye una evidencia del carácter sustantivo de *el* (pronombre-sustantivo demostrativo o

para-demostrativo en ese caso). Nosotros (insistiendo siempre en el hecho de que el paso del pronombre *ille* al artículo *el* fue un proceso lento que se realizaría en algunos casos antes que en otros) creemos que se trata de una etapa en la que aún se conserva el valor pronominal, en relación, ahora, con la tesis de Dubois citada antes:

«Me dio una docena de cerbatanas de las *con que* él tiraba»

«Desta manera me bolví al aldea, con tan diferente coraçon del *con que habia salido...*»

A veces se ve claro el papel de indicador de sustantivación:

«No son días de fe los *en que vivimos*» (los *actuales*).

Claro está que la equivalencia no es perfecta, no hay una sinonimia total, pero es que precisamente por eso la lengua echa mano de las construcciones con artículo + oración de relativo. Si hubiera un elemento léxico que expresara exactamente lo mismo la economía lingüística lo impondría.

De todos modos es conveniente señalar que la creciente fosilización de la forma *el que* se manifiesta en que en la lengua actual no sea posible intercalar la preposición entre *el* y *que* y haya que anteponerla necesariamente al artículo.

Resumiendo, creemos que no está claro que en todos estos casos las formas *el, la, los, las, lo* estén tomadas como artículos, es decir, como actualizadores indicadores de sustantivación, y no como pronombres-sustantivos. La evolución desde el demostrativo al artículo, en estas construcciones concretas, fue compartida en principio por el demostrativo *aquel*, gracias a su mayor imprecisión, pero posteriormente se impuso *el* con porcentajes muy superiores. *Aquel* se encuentra relegado a ciertos tipos de lenguaje, pero puede sufrir en el futuro el mismo proceso de gramaticalización que *el* y llegar a artículo, como llegó *el* desde *ille*. La etapa final, como ha ocurrido con *el cual* será la fosilización de la forma *el que*, donde *el* habría perdido por completo su valor de artículo y se convertirá en una simple parte del significante, del cuerpo fónico del relativo.

El problema de la actuación del artículo como sustantivador de las oraciones de relativo (proposiciones adjetivas como veremos al hablar de la oración compuesta) está ligado al del artículo sustantivador de adjetivos. También en este caso expondremos puntos de vista de R. Lapesa⁶, en el campo de la sustantivación de adjetivos en construcciones apositivas.

En los casos de aposición bímembre cuya segunda parte (es decir, la aposición propiamente dicha) está constituida de artículo + adjetivo o equivalente de adjetivo, cree R. Lapesa que el artículo «representa anafóricamente al sustantivo mencionado en la primera parte: por lo tanto, ejerce función sustantiva». Nuestra opinión es que es más fácil que en los primeros siglos del idioma haya tenido un resto de su valor pronominal latino. En

⁶ En las notas, inéditas, de su *Sintaxis Histórica* y los artículos recogidos en la bibliografía.

estos casos de aposición bimembre con artículo en el segundo miembro parece que la sustitución posible es un nombre propio (o un apodo, que viene a ser lo mismo), y que hay un matiz posesivo:

- «¿Dó mi gallina, *la ruvia* de la calça bermeja...?» (*la Mariquilla*).
«Pedro, *el infeliz*, no supo qué contestar» (*el Papamoscas*).

Como indicio de sustantivación puede tomarse la gran capacidad de este segundo miembro de la aposición para llevar modificadores: adjetivos o equivalentes «el tonto infeliz», «el gran tonto infeliz», «el infeliz tontísimo», y como señal de que la sustantivación es poco completa el hecho de que en los casos anteriores podemos decir que *infeliz* es el modificador de *tonto*, o viceversa (aunque el sentido no permanece invariable).

En las estructuras unimembres de nombre propio + artículo + adjetivo o equivalente de adjetivo ve también R. Lapesa función sustantiva en el artículo. Nosotros creemos que, en algunos ejemplos de esos casos dudosos de palabras que pueden ser sustantivos o adjetivos indistintamente, lo inmediato es tomarlas como sustantivos: «Margarita la tornera» y «Juan el panadero» nos parecen casos de sustantivos: En *Alfonso el castellano*, o *Juan el segundo*, la sustitución más inmediata es *el castellano Alfonso* o *el segundo Juan*, pero si analizamos cuidadosamente los hechos veremos que en estas construcciones hay doble transformación o, mejor, traslación⁷: el artículo hace pasar el adjetivo a sustantivo, por la aposición este sustantivo traslativo pasa a funcionar como modificador de sustantivo, o sea, como adjetivo, por lo que resulta adjetivo en una traslación de segundo grado.

- 1) castellano (adjetivo)
- 2) el (sustantivador) castellano (sustantivo, por la acción traslativa de *el*)
- 3) el castellano (adjetivo por la acción traslativa de su función de modificador de sustantivo).

12.3. SIGNIFICACIÓN

En la frase citada por A. Alonso:

«El mendigo extendió *la* mano en actitud suplicante.»

vemos que no hay determinación alguna y que el sentido de la frase no hubiera variado un ápice si hubiéramos dicho:

«El mendigo extendió *una* mano en actitud suplicante.»

⁷ Lucien Tesnière, *Elements de Syntaxe Structurale*. París (Klincksieck) 2.^a ed. 1969. Se ocupa de la traslación en la tercera parte, de la de segundo grado en el cap. 164, par. 11 y ss.

No hay diferencia que justifique que uno sea determinante y otro no.

En cuanto a la ausencia de artículo también A. Alonso la admite como un tercer tipo de oposición, caracterizándola del siguiente modo:

«La ausencia del artículo corresponde al carácter puramente cualitativo con que el objeto es nombrado; denuncia una referencia al *quid* o esencia del objeto, no definiéndola, sino sólo aludiendo al tramo que esa clase de objetos ocupa en la escala categorial con que nuestro intelecto y nuestra afectividad interesada ordenan a su manera el mundo interno y el externo.»

Un estudio completo sobre el artículo no puede desatender las conclusiones de B. Pottier, siguiendo a Gustave Guillaume (*Le Problème de l'article et sa solution dans la langue française*).

El esquema expresa el paso de lo general a lo particular y viceversa, en dos modos de considerar lo universal.

	Universal 1 (suma de individualidades)		Universal 2 (extensión de individualidades)	
<i>Extensión</i>	Generalidad	Particularidad	Particularidad	Generalidad
<i>Perspectiva</i>	Singularidad	Término de singularización	Comienzo de extensión	Término de extensión
<i>Ejemplos:</i>	<i>Un caballero español nunca miente</i>	<i>Entró un hombre joven</i>	<i>El mozo tendría unos 20 años</i>	<i>El caballero español nunca miente</i>
	<i>a</i>	<i>b</i>	<i>c</i>	<i>d</i>

En plural la forma *un* pierde la posibilidad de expresar la extensión máxima, como vemos si dentro del mismo esquema y los mismos ejemplos comparamos:

- a. «*Unos* caballeros españoles nuncan mienten» (relación próxima con los indefinidos).
- b. «Entraron *unos* hombres jóvenes» (ídem).
- c. «Los mozos tendrían *unos* veinte años.»
- d. «Los caballeros españoles nunca mienten.»

La forma (Ø) corresponde al plural del universal 1, es decir, al plural de la forma *un* sin posibilidad de confusión con los indefinidos:

Entraron hombres jóvenes
«Que dueñas curaban dél,
doncellas de su rocino»
 (Cervantes, *El Quijote*)

así como *damas* en el ejemplo siguiente corresponde a un plural de *b* universal.

Al valor de generalidad *a* corresponde el grado (\emptyset) del artículo en los ejemplos siguientes:

En singular:

*Nunca fuera 'caballero'
de damas tan bien servido*

En plural:

*Nunca fueran 'caballeros'
de damas tan bien servidos*

Los ejemplos anteriores del grado cero nos sirven para precisar el pensamiento de Amado Alonso en el sentido de que la ausencia de artículo expreso se refiere al *quid* o esencia de una cosa, es decir, al sustantivo virtual⁸. Tenemos que añadir a ello que la forma cero es la única que puede conservar el sentido de artículo presentador en plural con valor de generalidad, pues en este punto el valor de *unos* y *unas* es muy dudoso. En realidad, creemos, lo que sucede cuando el sustantivo va en plural y sin artículo es que va actualizado por el cuantificador plural. E. Coseriu en *Determinación y entorno* considera a los cuantificadores como actualizadores (lo inverso no es válido). El plural añade una precisión cuantitativa al sustantivo. Lo actualiza por ello, puesto que ya no puede tratarse de un sustantivo esencia, categórico, o sea virtual. Hay una clara diferencia entre

1a. *hecho de piedra*

1b. *hecho de piedras*

y

2a. *necesitamos biólogo*

no es conmutable por

2b. *necesitamos biólogos.*

No obstante, la relación a/b no es la misma en 1 y en 2.

El que se trate de un plural de objetos normalmente vinculados lleva a una lexicalización que comporta pérdida de valor cuantitativo. Decimos, naturalmente,

⁸ Cf. Rafael Lapesa, «Dos estudios sobre la actualización del sustantivo en español», 14-31, para los tipos de construcciones sin artículo. Cf. 12.5., *infra*.

ojos que no ven, corazón que no siente

aunque precisamos en

el ojo del amo engorda al caballo.

La diferencia entre sustantivo virtual (en singular sin artículo, y actualizado por el cuantificador plural) parece más clara en

tener coche/tener coches.

12.4. CUADRO DE LOS ACTUALIZADORES

En un estudio sobre el artículo *un*, que muy amablemente nos ha facilitado para poder utilizarlo en este libro, R. Lapesa establece un completo cuadro de los actualizadores en español, con base en las teorías de Ch. Bally y G. Guillaume ⁹.

ACTUALIZADORES					Actualización	
SUSTANTIVO	Virtual ... Actualizador (esencial, conceptual, categórico)	Actualizador cero	Cuantificador	Identificadora	No identificadora	
Actual (referido a entidades que existen o actúan en un lugar y en un momento)	Actualizador lleno (con substancia semántica)	No cuantificador	En relación con las personas gramaticales	Relación de pertenencia	Posesivo	Numeral no ordinal Cuantitativo
				Relación de distancia	Demostrativo	
				Sin relación con las personas gramaticales		
						Indefinido
	Actualizador vacío (sin substancia semántica)		Artículo	El, la	Un, una	

⁹ Charles Bally, *Linguistique générale et linguistique française*, Berna (Francke) 4.^a ed. 1965, par. 110-141, y Gustave Guillaume, *Le problème de l'article et sa solution dans la langue française, passim*. El trabajo de R. Lapesa se publicó originariamente en inglés: «Un/Una as the indefinite article in Spanish», *Issues in Linguistics, Papers in Honor of Henry and Renée Kahane*, Univ. of Illinois Press. 492-503, vid. ahora: «Dos estudios sobre la actualización del sustantivo en español», *Bol. de la Comisión Permanente de Academias*, 21, 1975, 3-13.

Como colofón podemos decir, pues, que tanto *el* como *un* son antiguas formas de pronombres gramaticalizadas, con más dificultad para distinguirse de su origen en el caso de *un*, por seguir existiendo *un* numeral y *un* indefinido (pronombre), mientras que *el* sólo puede ser artículo (el pronombre personal *él* es tónico). Con palabras de R. Lapesa ¹⁰.

Un, una tiene entre sus funciones la de actualizar, sin substancia semántica propia, el sustantivo que entra por primera vez en el discurso o aparece con realce expresivo. Esa función no es cuantificadora ni consiste en indicar la especie del sustantivo. Como actualizador vacío, *un, una* tiene por único oponente a *el, la*. Ambos tienen posibilidades e incompatibilidades comunes o paralelas para la combinación con actualizadores llenos. Ambos se han desarrollado en el transcurso de los siglos, a costa del sustantivo sin actualizador, en circunstancias contextuales comunes. Aunque la extensión de *el, la* esté más avanzada y su independencia respecto de los demostrativos sea mayor que la de *un, una* respecto a numerales e indefinidos, ambos desempeñan función de artículo.

12.5. CONSTRUCCIONES SIN ARTÍCULO

Rafael Lapesa, en su estudio sobre «El sustantivo sin actualizador en español» (cf. notas 8 y 9, *supra*), tras repetir las condiciones más conocidas en que esta construcción es más fácil de encontrar (objeto directo, término de preposición, en locuciones, distribuciones o proverbios), puntualiza una serie de construcciones, para mostrar cómo el español está caracterizado por dos sistemas de actualización: virtual/actual; individuado/no individuado.

Nombre propio: Sin artículo, pasa a llevarlo cuando va limitado por una especificación: *aquel/ el Madrid de antes, una España que muere* (Machado), o en uso afectivo: *un Juan Lanas*.

Metalinguaje: Sin artículo, como dijimos a propósito de 'partir es morir un poco' u 'hombre no es igual que caballero'.

Titulos o encabezamientos: *Libro rimado del Palacio, Prólogo, Dirección General de la Marina Mercante, Secretaría*.

Proverbios (en muchos casos el plural supone ya actualización cuantitativa): *hombre pobre todo es trazas*.

Enumeraciones (también aquí son frecuentes los plurales, que deben separarse): *paso río, paso puente...* La aparición del artículo puede producirse en el primer miembro o, con valor estilístico señalado por Amado Alonso, en todos ellos.

Distribuciones y antítesis: *de padre a hijo, hombre a hombre*.

Lenguaje publicitario y telegráfico: *vendo piso, llego martes*.

¹⁰ Son sus conclusiones, en el artículo citado en la nota anterior.

Hasta aquí circunstancias de carácter semántico; de tipo sintáctico serían las que favorecen la ausencia del artículo, como la de predicado clasificador (categoriza): *Luis es investigador*, como la aposición-comentario: *Las Indias, refugio y amparo de los desesperados de España* (Cervantes). También la designación de categoría explica la ausencia de artículo ante objeto directo, en casos como *tiene coche*, *necesita asistente*, a los que hay que añadir el objeto directo que designa realidades no numerables: *echar sal*, *tener miedo* (donde hay también una unidad léxica = *temer*, como en *dar pena* = *apenar*). La falta de referencia a realidades individuales, distintamente identificadas, explica la falta del artículo ante término de preposición: *en invierno*, *a mano*, *de piel*, *de propina*, *de pie*, *en ristre*. La resistencia es mayor si es sujeto, aunque un calificativo puede reducirla: *viene mal tiempo*.

CAPÍTULO 13

El verbo

13.0.

Para A. Alonso y Henríquez Ureña «los verbos son unas formas especiales del lenguaje con las que pensamos la realidad como un comportamiento del sujeto».

Esta realidad puede ser de diversos tipos: acción como en *correr*, inacción (*yacer*), accidente (*caer*), cualidad (*blanquear*), posición (*descolgar*), etc. Llamaremos a todo ello, de acuerdo con el término técnico propuesto por J. Lyons en su *Semántica*, 'situación' verbal. Lo importante no es la realidad, sino que la pensemos como un comportamiento del sujeto. Nuestra manera de concebir la realidad, a partir del comportamiento del sujeto, origina los verbos. Por ello los verbos, desde el punto de vista funcional, son términos secundarios, dependientes del sujeto (sustantivo), pues es el comportamiento del sustantivo-sujeto lo que interesa en primer lugar.

Tradicionalmente, el verbo es la palabra con *tiempo*, al poseer formas temporales específicas.

13.1. FORMA DEL VERBO

En principio, el verbo está compuesto de LEXEMA y FORMANTES. Esta estructura se descompone del siguiente modo:

Lexema		Formantes	
<i>Raíz</i>	<i>Tema</i>	<i>Tiempo</i> <i>Aspecto</i>	<i>Número</i> <i>Persona</i>

Cada lexema corresponde a una de las tres clases de vocales temáticas:

- a- primera conjugación
- e- segunda conjugación
- i- tercera conjugación

El verbo es término secundario, incidente al sustantivo-sujeto, pero esta incidencia no se marca en todos los formantes, sino tan sólo en los de persona y número, que reflejan obligatoriamente la persona del coloquio que es sujeto y el número de este sujeto. Los formantes de número y persona son formantes *constitutivos* del verbo. Los formantes de tiempo y aspecto son *modificadores*.

Gráficamente la situación quedaría representada así:

<i>Elementos dependientes del sujeto</i>	<i>Elementos propios del verbo</i>		
<i>FORMANTES CONSTITUTIVOS</i>	<i>(MODIFICADORES)</i>	<i>VERBO</i>	
Persona y Número	Aspecto y tiempo	Lexema	Vocal temática

Una forma como *cantabas* se compone de los siguientes elementos:

Lexema Vocal-temática Tiempo-aspecto Número-persona

cant *a* *ba* *s*

Pero no todas las formas verbales tienen los cuatro constitutivos, sino que en muchas ocasiones uno de estos constituyentes, salvo el lexema, es representado por la forma cero (Ø).

La tabla completa de las formas verbales, con inclusión de los irregulares, puede verse en Stockwell, Bowen y Martin ¹. Por esta razón nosotros llamaremos la atención tan sólo sobre los fenómenos que resumen el amplio muestrario de los autores mencionados.

La vocal temática se neutraliza en la primera persona del singular del presente de indicativo en la forma *o*:

habl-o Ø Ø
tem-o Ø Ø
part-o Ø Ø

En la primera persona del singular del presente de subjuntivo los verbos de la primera conjugación tienen *-E* en lugar de su *-A* temática; los verbos de la segunda y tercera tienen *-A* en lugar de *-E* o *-I*:

¹ Stockwell, Bowen, Martin, *The Gramatical Structures...*, pp. 106-ss. Los paradigmas pueden verse en la gramática de la Real Academia Española o en la de Rafael Seco, revisada por Manuel Seco. En la acertada *Gramática Esencial*, de Manuel Seco, pp. 160-173, pueden encontrarse los esquemas de la conjugación y de los verbos irregulares.

Primera	Segunda	Tercera
<i>cant-e</i> Ø Ø	<i>tem-a</i> Ø Ø	<i>part-a</i> Ø Ø

Las vocales temáticas *-E -I* se neutralizan en *-I* por regla general. Se distinguen en los siguientes casos:

Infinitivo: *tem-e-r* *part-i-r*

Primera persona del plural del presente de indicativo:

tem-e-Ø-mos *part-i-Ø-mos*

Segunda persona del plural del presente:

teme-é-Ø-is *part-Ø-Ø-ís* ²

Segunda persona del plural del imperativo:

tem-e-d-Ø *part-i-d-Ø*

En todas las personas del futuro de indicativo y del pospretérito de indicativo:

tem-e-ré-Ø *tem-e-ría-Ø* *part-i-ré-Ø* *part-i-ría-Ø*

Se neutralizan en *-E* en la segunda persona del singular del imperativo:

tem-e-Ø-Ø *part-e-Ø-Ø*

Las vocales temáticas *-E -I* se neutralizan en el diptongo *-IE-* en la tercera persona del plural del pretérito:

tem-ie-ro-n *part-ie-ro-n*

También en los dos pasados de subjuntivo:

tem-ie-ra-Ø *part-ie-ra-Ø*
tem-ie-se-Ø *part-ie-se-Ø*

Y en el futuro de subjuntivo (vivo en Canarias, Antillas, etc.):

tem-ie-re-Ø *part-ie-re-Ø*

² Diacrónicamente *part-i-Ø-is* < *partides*.

13.1.1. Persona y número

Mientras que el número del verbo es una marca de concordancia impuesta por el sujeto, la categoría de persona, según Benveniste ³, parece ser una noción «fundamental y necesaria» del verbo.

Los formantes de persona y número son bastante estables:

Singular	Plural
- Ø	-mos
-s	-is
-Ø	-n

Las excepciones son las siguientes:

Imperativo

2.^a persona singular: Ø

am-a-Ø-Ø
tem-e-Ø-Ø
part-e-Ø-Ø

2.^a persona del plural: Ø

am-a-d-Ø
tem-e-d-Ø
part-i-d-Ø

Pretérito de Indicativo

Singular: Ø en las tres personas

<i>cant-Ø-é-Ø</i>	<i>tem-Ø-i-Ø</i>	<i>part-Ø-i-Ø</i>
<i>cant-a-ste-Ø</i>	<i>tem-i-ste-Ø</i>	<i>part-i-ste-Ø</i>
<i>cant-Ø-ó-Ø</i>	<i>tem-i-ó-Ø</i>	<i>part-i-ó-Ø</i>

13.1.2. Tiempo-aspecto

Presentes, son los tiempos no marcados y por ello su formante de tiempo-aspecto es cero: Ø.

<i>cant-o-Ø-Ø</i>	<i>tem-o-Ø-Ø</i>	<i>part-o-Ø-Ø</i>
<i>cant-e-Ø-Ø</i>	<i>tem-a-Ø-Ø</i>	<i>part-a-Ø-Ø</i>

Imperfecto de Indicativo (co-pretérito):

verbos en -a-: -ba-	<i>am-a-ba-Ø</i>
verbos en -e-, -i-: -a-	<i>tem-í-a-Ø</i> <i>part-í-a-Ø</i>

³ *Problèmes* 227.

Pretérito

verbos en -a-:

-é-	<i>cant-Ø-é-Ø</i>
-ste-	<i>cant-a-ste-Ø</i>
-ó-	<i>cant-Ø-ó-Ø</i>
-Ø-	<i>cant-a-Ø-mos</i>
-ste-	<i>cant-a-ste-is</i>
-ro-	<i>cant-a-ro-n</i>

verbos en -e- -i-:

-í-	<i>tem-Ø-i-Ø</i>	<i>part-Ø-i-Ø</i>
-ste-	<i>tem-i-ste-Ø</i>	<i>part-i-ste-Ø</i>
-ó-	<i>tem-i-ó-Ø</i>	<i>part-i-ó-Ø</i>
-Ø-	<i>tem-i-Ø-mos</i>	<i>part-i-Ø-mos</i>
-ste-	<i>tem-i-ste-is</i>	<i>part-i-ste-is</i>
-ro-	<i>tem-ie-ro-n</i>	<i>part-ie-ro-n</i>

Futuro

1. ^a persona	-ré-	<i>am-a-ré-Ø</i>	<i>tem-e-ré-Ø</i>	<i>part-i-ré-Ø</i>
resto	-rá-	<i>am-a-rá-s</i>	<i>tem-e-rá-s</i>	<i>part-i-rá-s</i>

Futuro Hipotético de Indicativo (pospretérito):

-ría-		
<i>am-a-ría-Ø</i>	<i>tem-e-ría-Ø</i>	<i>part-i-ría-Ø</i>

Imperfecto de Subjuntivo:

-ra- o -se-		
<i>am-a-ra-Ø</i>	<i>tem-ie-ra-Ø</i>	<i>part-ie-ra-Ø</i>
<i>am-a-se-Ø</i>	<i>tem-ie-se-Ø</i>	<i>part-ie-se-Ø</i>

Futuro de Subjuntivo:

-re-		
<i>am-a-re-Ø</i>	<i>tem-ie-re-Ø</i>	<i>part-ie-re-Ø</i>

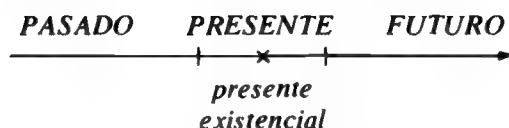
13.2. DISTRIBUCIÓN RELATIVA DE LOS TIEMPOS

Hacemos nuestras en este punto gran parte de las ideas expuestas por Bello en su gramática, aunque nos permitimos la libre adaptación de algunos puntos. Esta adaptación afecta fundamentalmente a nuestro concepto del tiempo:

1. Los tiempos verbales significan fechaciones en la línea del tiempo.

2. El tiempo es una manera de concebir la realidad como un vector cuyo origen es el pasado y que se desarrolla progresivamente. El punto máximo alcanzado por ese vector en cada observación es el presente. La línea del futuro es una prolongación hipotética en el sentido del vector. Puesto que éste está en progresión continua no es aprehensible realmente, sólo lo podemos aprehender en cada momento determinado por nosotros adaptándolo a nuestro pensamiento existencial. De este modo podemos comprender el presente, que en realidad no existe. Existen solamente un pasado inmediato y un futuro inmediato, porque el presente se hace pasado en el momento que queremos aprehenderlo. Por ello aceptamos el compromiso de llamar *presente* a una manera de abarcar lo que acaba de ser presente (y es ya pasado) y lo que es todavía futuro pero va a ser presente inmediatamente.

De una manera gráfica podemos ver que el presente real es sólo un punto del vector, mientras que el presente existencial es un segmento que seleccionamos artificialmente:



3. El presente es puntual. Ese punto móvil constituye el presente; lo anterior, el pasado; lo que tiene por delante en su carrera, el futuro. Por licencia de nuestra imaginación (enseñan algunos como Beauzée y Condillac), nuestra idea del presente se extiende desde ese punto-instante hacia adelante y hacia atrás, y pensamos en vez de un punto una época. (Bello.)

4. Se puede fechar un suceso con relación al presente o con relación a otro suceso ya fechado. Los primeros se llaman *tiempos absolutos* (Pretérito, Presente, Futuro); los segundos, *relativos* (Pretérito Anterior, Pretérito Simultáneo, Futuro Anterior, etc.). Esta innovación procede de la gramática lógica, sobre todo de Port Royal, pero fue Bello quien realmente le dio un sentido casi en su totalidad indiscutible.

Para estudiar los tiempos del español tenemos que considerar que no están igualmente vivos los siguientes:

Pretérito anterior: *hube amado*.

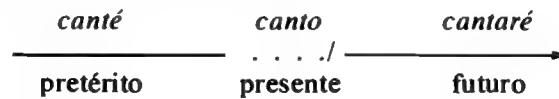
Futuros de subjuntivo: *amare, hubiere amado*.

Sin embargo, hay que advertir que esto es mucho más exacto si nos referimos al uso general. En la Península y en América se conservan usos dialectales arcaizantes de estos tiempos, si bien son simples peculiaridades y la tendencia en todo el dominio hispánico es la desaparición de estos tres tiempos.

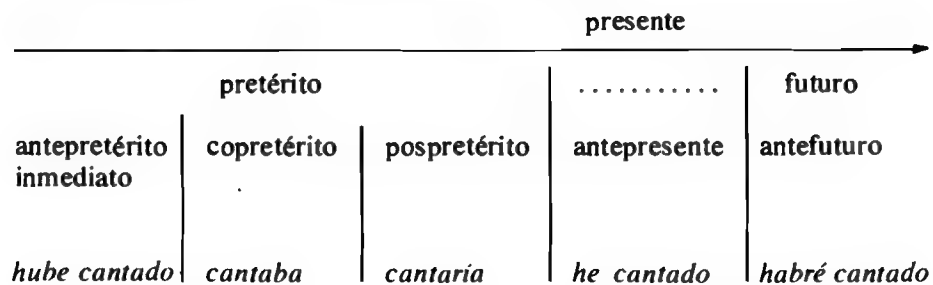
Siguiendo a Port Royal y a Bello vamos a considerar los tiempos verbales en tres estadios. En el primero veremos los tiempos *absolutos*, que se refieren directamente al presente. En el segundo nos ocuparemos de los *relativos primarios* o relativos propiamente dichos, que se establecen por referencia a los absolutos. En tercer lugar trataremos de los *relativos secundarios*, que se refieren a los relativos primarios, y que sólo existen en el estadio de pretérito.

Establecemos esta clasificación para el indicativo, pues el subjuntivo ofrece problemas secundarios que impiden una clasificación conjunta.

1. Referencia al presente: *absolutos*

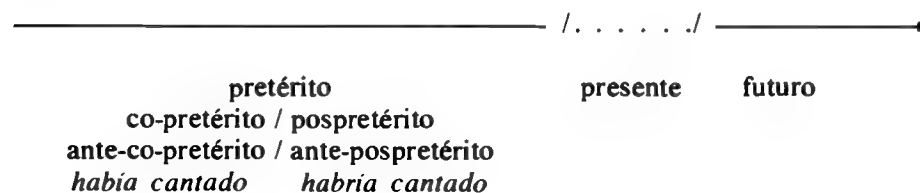


2. Referencia de los absolutos: *relativos primarios*



3. Referencia a los relativos primarios: *relativos secundarios*:

Sólo afectan al pretérito, el cual es tiempo histórico y por ello conocido. Por esta razón el tiempo pasado se puede dividir en fracciones más pequeñas, cuyo contenido temporal se delimita por nuestro conocimiento histórico.



EJEMPLOS:

El pretérito es anterior al presente:

Ahora canta en las mejores salas, antes cantó en tugurios

El futuro es posterior al presente:

Ahora es un desconocido, luego triunfará

El presente considera los hechos como actuales, pero puede referirse:

Momento actual:

Canta muy bien (en este momento)

Hábito:

Canta muy bien (habitualmente)

Pasado:

*Antes de la batalla decisiva [en 1808], el general arenga a los suyos
(éste es el presente histórico)*

Futuro:

Mañana vas a que te arreglen eso

Intemporalidad:

El cuadrado de la hipotenusa es igual a la suma de los cuadrados de los catetos

El antepretérito inmediato es anterior inmediatamente al pretérito:

Apenas hubo terminado se marchó

El copretérito expresa una acción que recubre la del pretérito, puede empezar antes que la del pretérito y terminar después, pero lo decisivo es que durante un cierto tiempo la acción del pretérito y la del co-pretérito se producen conjuntamente:

Cuando cantó llovía

El pospretérito indica una acción que en el pasado se produce después del pretérito:

El que cantó saldría a la ventana y hablarían

El antepresente expresa una acción pasada pero que no se considera en relación con el pretérito, sino con el presente; la historia se prolonga hasta el presente en la forma verbal, sin olvidar que no es ya realidad, sino historia:

Quien ha triunfado desconfía del futuro

Que el pretérito perfecto no tiene necesariamente aspecto perfectivo se ve en ejemplos como:

Los guerrilleros han atacado el campamento

de los que no se deduce que el ataque haya terminado. Lo único que se señala es que ese ataque es anterior al presente en su comienzo, pero no en su final, lo mismo o casi lo mismo en:

*Te he esperado tres horas
(y te estoy esperando todavía).*

El que la acción termine o no no depende del aspecto del pretérito perfecto, sino del modo de acción del verbo ⁴.

El antefuturo expresa una acción que ocurrirá con anterioridad a la del futuro. Su referencia no es el presente, sino el futuro:

llegará tarde y ya habrá cantado el tenor

El antecopretérito expresa una acción anterior a la del copretérito, el cual le sirve de referencia. Sin embargo, esto no es exacto, p. ej.:

Fue más leonino lo que don Moisés, el peón, hizo con ellos que lo que ellos habían hecho con el gato (M. Delibes, *El Camino*, 400, O. C.)

En el ejemplo anterior vemos que el tiempo de referencia no es el copretérito, sino el pretérito. En realidad, Bello pretendió salvar una dificultad pedagógica haciendo un sistema simétrico de terminología verbal. En este caso se encontró con que el español lo que realmente tiene son dos *antepretéritos*: el antepretérito inmediato: *hube cantado* y el antepretérito: *había cantado*. Puesto que la forma *hube cantado* es casi una forma muerta, el español hablado sólo tiene el antepretérito *había cantado*, que Bello llama antecopretérito. Nosotros mantendremos esta terminología para mantener la simetría.

Presente	Antepresente
Copretérito	Antecopretérito
Pretérito	Antepretérito
Futuro	Antefuturo
Pospretérito	Antepospretérito

⁴ Cf. J. M. Lope Blanch, «Sobre el uso del pretérito en el español de México», *Studia Philologica*, II, 373-385. Acerca del futuro, cf. 13.4.2. La insistencia en el carácter perfectivo del antepresente, contra toda evidencia, es notable, y empaña trabajos por otro lado importantes: cf. N. Cartagena, «Acerca de las categorías de tiempo y aspecto en el sistema verbal del español», *RSEL*, 8, 1978, 373-408. Cfr. también 21.6., *infra*.

El antepospretérito tiene como referencia el pospretérito; ampliando el ejemplo dado para éste tenemos:

el que cantó saldría a la ventana y hablarían, entonces habrían terminado todas sus preocupaciones

En su *Estructura y Función de los Tiempos en el Lenguaje* (p. 96), Harald Weinrich divide los tiempos del español en dos grupos, tras afirmar que los tiempos verbales no tienen nada que ver con el tiempo:

<u>Grupo temporal I</u> (mundo comentado)	<u>Grupo temporal II</u> (mundo narrado)
cantará	cantaría
habrá cantado	habría cantado
va a cantar	iba a cantar
acaba de cantar	acababa de cantar
ha cantado	había cantado
	hubo cantado
canta	cantaba
	cantó

La división entre tiempos del comentario y tiempos de la narración nos permite comprender los dos planos de que dispone el hablante, especialmente cuando dispone de un sistema temporal tan rico como el del español. No obstante, no parece probada su concepción de que los tiempos verbales no tengan nada que ver con el tiempo. Las comprobaciones específicas no parecen apoyarlo: En el curso 1970-71 se presentó en la Universidad de Montreal la tesis de Maitrisse de Colette Dubuisson sobre los tiempos verbales en *el Aleph* de J. L. Borges. La finalidad (y en ese sentido orientamos nuestra dirección) era someter a comprobación la división en tiempos absolutos y relativos de Bello, la tesis de Guillaume acerca del presente como perteneciente a las dos infinitudes que crea al dividir el indicativo, como punto binario que contiene un poco de cada infinitud, y la tesis de que los tiempos verbales no tienen nada que ver con el tiempo. La detallada comprobación de estos puntos llevó a las siguientes conclusiones:

«Si tratamos de resumir las conclusiones parciales que hemos obtenido a lo largo del presente estudio vemos que los tiempos verbales no sólo tienen una relación con el tiempo, sino que marcan el tiempo, y repetimos toda nuestra admiración para el sistema de Bello que supo exponerlo de manera tan clara. Un solo tiempo, el presente, o mejor dicho, un solo valor del presente es no marcado y no tiene nada que ver con el tiempo.

»La utilización que hace Borges en los cuentos que hemos estudiado nos ha ayudado a demostrar todo esto. Pero como hemos podido ver también, las teorías de Weinrich —es decir, que los tiempos verbales no tienen nada que ver con el tiempo, sino con la actitud narrativa o comentadora— se verifican en los empleos de tiempos verbales de Borges. Sólo podemos repetir que no

es una prueba de que ni Bello ni Guillaume tengan razón, sino una prueba de que la teoría de Weinrich completa la otra. No se puede negar que hay una actitud narrativa y otra comentadora como las describe Weinrich.»

Lo verdaderamente interesante de la investigación, por lo que vale la pena citarla, aunque se trate de un estudio sólo asequible en microfilme o fotocopia, es la comprobación de que absolutamente todos y cada uno de los empleos de los tiempos verbales en la lengua de estos cuentos se pueden explicar con el sistema de Bello, y que sólo tras aceptar esto podemos ver su división en tiempos de la narración y tiempos del comentario, de forma que la tesis de Weinrich completa la descripción de Bello en la medida en que ambas pueden armonizarse; cuando no sea así, debemos descartar los resultados de Weinrich, ante la evidencia de la comprobación de los datos por la tesis de Andrés Bello. Hay, por otro lado, un punto fundamental en el que Weinrich no parece tener razón: se trata de la afirmación de la p. 97, según la cual «En español y en las lenguas románicas no existe el tiempo principal del relato, sino que el imperfecto y el perfecto simple constituyen ambos juntos el tiempo fundamental, ofreciendo más o menos la misma frecuencia, es decir, un 80 por 100».

Esta afirmación no se comprueba: los índices de frecuencia del pretérito, en la mayor parte de los textos, son muy superiores. Indudablemente, en el caso americano, como sucede con Borges, ello obedece al escaso empleo del antepresente; para textos con uso mayor de este tiempo habría que remodelar la anterior afirmación y precisarla en el sentido de que, en caso de disparidad en la distribución de frecuencias de pretérito y copretérito, el más frecuente es el primero.

Weinrich recurre a la «metáfora temporal» (a la que dedica su capítulo V) para explicar por cambio de actitud del hablante y paso de la narración al comentario lo que, según Bello, se explica simplemente por cambio de perspectiva temporal. Esto sucede a menudo, por ejemplo, en el análisis de los cuentos. Aunque Bello también recurra a algunas metáforas temporales, no incurre por ello en argumentación circular, o *ad hoc*, como le sucede a Weinrich, para quien la metáfora temporal es un procedimiento de justificar la tesis principal en los casos en que no se comprueba.

13.3. EL MODO

Para Andrés Bello (*Gramática*, O. C. p. 108): «llámanse modos las inflexiones del verbo en cuanto provienen de la influencia de una palabra o frase a que esté o pueda estar subordinado». Bello observa con extraordinaria claridad el valor funcional de los modos para la estructuración de la oración compuesta, en esta línea prosigue: «Las inflexiones verbales que son regidas por una palabra o frase dada en circunstancias iguales o que sólo varían en cuanto a las ideas de persona, número y tiempo, pertenecen a un modo idéntico.» Es admirable este gramático que, en 1847, utiliza un procedimiento de conmutación morfológico-sintáctica para definir una categoría.

No obstante, Bello no logró estructurar completamente su teoría de los modos, aunque estableció el siguiente esquema:

*Indicativo**Subjuntivo*, subdividido en:*Común* (subordinado a verbos de duda y deseo)*Hipotético* (significado de condición o hipótesis).

Con formas de subjuntivo tenemos un submodo (que el autor llama modo):

Optativo.

En este *optativo* incluye Bello el *imperativo*, al que llama modo con formas de subjuntivo, lo que implica que incluye en éste, además de sus dos formas propias: *canta, cantad*, las formas que corresponden al presente de subjuntivo, en uso de mandato o exhortación: *cantemos, canten*. En este submodo *optativo* van también formas del subjuntivo en proposiciones independientes: *que muera conmigo el misterio que está escrito en los tigres* (J. L. Borges, «La escritura del Dios»).

El modo es una *noción*, y también una *categoría formal*. Como tal está en relación con las restantes categorías verbales. En su libro *Mode, Aspect et Temps en Espagnol*, Knud Togeby (p. 7) señala que: «La flexión verbal comprende en español modo, aspecto, tiempo, número y persona, pero las categorías verbales propiamente dichas se reducen a modo, aspecto y tiempo, puesto que el número y la persona aparecen también en la flexión nominal (nombre y pronombre).»

Esto implica que la forma modal es una manifestación externa y exclusiva de la condición de verbo subyacente a ella: el modo sólo se da en el verbo, y sólo el verbo tiene modo. Más adelante (p. 64), trata de caracterizar el modo por su sumisión a tres tipos de *direcciones*:

En *primer lugar*, en el interior de una proposición: *no* es incompatible con el imperativo, o con locuciones o partículas como *a menos que, siempre que, como si, cual si* + subjuntivo, *luego que, como que, apenas si* + indicativo.

Pero yerra al poner *apenas si, siempre que* y *luego que, como que* en el mismo plano que *a menos que, como si, cual si*. Estos últimos nexos exigen subjuntivo, los otros no: «siempre que *venía* hacía lo mismo»; «apenas si *llegaron* empezaron a gritar»; «hizo como que *dormía*»; «luego que *llegaron* se sentaron»; pero «siempre que *venga* hará lo mismo»; «apenas si *lleguen* empezarán a gritar»; «luego que *lleguen* se sentarán» (debo esta observación a R. Lapesa).

En *segundo lugar*, dirección que pasa de una proposición a otra: *sin, para, con, antes, a* + subjuntivo, *desde* + indicativo, *saber, pensar, etc.* + indicativo (verbos de entendimiento); *querer, poder, doler, etc.* + subjuntivo (verbos de sentimiento y volición), *verdad, etc.* + in-

dicativo, *causa, caso, lástima* + subjuntivo, *cierto*, etc. + indicativo, *necesario, frecuente, bueno*, etc. + subjuntivo, *el* + subjuntivo, *nada, cualquier* + subjuntivo en proposiciones relativas, *ojalá* + subjuntivo.

En *tercer lugar*, la dirección reúne dos influencias, una que se ejerce en el interior de una proposición, y otra que viene del exterior: el futuro de la principal y *cuando, mientras* + subjuntivo; el imperfecto de subjuntivo de la principal y *si* + subjuntivo.

Además de esta detenida casuística, no siempre exacta, como hemos señalado, trata, en varios lugares, de establecer la *significación gramatical* de los modos: noción de suspensión de la afirmación, como característica del subjuntivo (p. 118), donde (p. 119) «Es evidente que el sentido de 'suspensión de la afirmación' se puede aproximar al de 'eventualidad' propio del futuro». En relación con un problema al que aludiremos de nuevo en el apartado siguiente apunta (p. 119): «Hay muchos puntos de contacto, especialmente entre el condicional —tiempo del indicativo— y el imperfecto de subjuntivo. A menudo son intercambiables o están coordinados directamente», para hacer la salvedad, a continuación (p. 120) de que «hay también algunos casos en los que el imperfecto de subjuntivo no puede intercambiarse con el condicional, a saber, cuando éste expresa un futuro visto desde el pasado».

A pesar de la relación entre la categoría paradigmática de modo y la abundante casuística que recoge las construcciones sintagmáticas, no todos los estudiosos están de acuerdo en la existencia de los modos. Para Weinrich (cap. XI, esp. 348-350) no hay modos: hay *tiempos*, que se dejan adscribir a la esfera del mundo comentado o del narrado, *semitiempos*, para los que es indiferente la adscripción a una u otra de estas dos esferas, y *no-tiempos*, cuya definición es negativa: los que no pertenecen a una de las categorías anteriores.

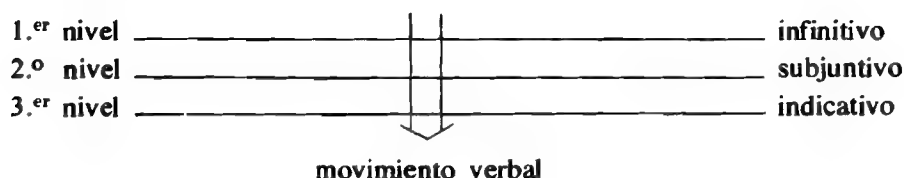
Lo habitual, sin embargo, es considerar la evidencia de la categoría modal, en general dentro de consideraciones como la de J. Lyons (*Introduction to Theoretical Linguistics*, p. 307): «El *modo*, como el tiempo, se configura frecuentemente por medio de la inflexión del verbo o de su modificación por medio de 'auxiliares'». Hay que distinguir entre un *modo no marcado*, que es el de «una clase 'no marcada' de proposiciones que expresan simples aseveraciones, incalificadas en relación a la actitud del hablante hacia lo que dice» y un *modo marcado*, el subjuntivo.

Es evidente que la distinción modal sólo puede existir cuando, junto a esta clase no marcada de proposiciones hay otra(s) en la(s) que el hablante puede mostrar un interés mayor por la acción expresada, distinto de la simple aseveración. El modo no marcado sería el *indicativo* o declarativo.

La vinculación de la existencia de la categoría con su clasificación nos lleva a apuntar algunas tendencias, empezando por la de B. Pottier, en su *Morphosyntaxe Espagnole* (p. 59), a partir de Guillaume. Tras una definición en la que se establece que: «Podemos definir la elección del modo como el situarse en un nivel más o menos avanzado de la realización de la imagen temporal... El sujeto hablante no constata objetivamente la 'realidad' o 'no

realidad' de un acontecimiento, pero toma posiciones en relación con ese acontecimiento», Pottier tiene también el criterio extenso que presta al imperativo formas del subjuntivo optativo, aunque, al igual que Alarcos (*Gramática Estructural*, pp. 108-109) reconoce que el imperativo, en la frase verbal y el vocativo, en la nominal, son variantes fuera de sistema, que no tienen función representativa, sino apelativa. No tienen «representación simbólica», son simples llamadas.

El esquema que Pottier toma de Guillaume es el siguiente:



Para Pottier hay un paso desde el verbo *virtual* (infinitivo) hasta su mayor actualización (indicativo, con su rígida estructuración temporal, con el mayor grado de actualización posible).

En su artículo «El sistema verbal del español actual» V. Lamíquiz modifica el esquema a partir de la oposición

realización acabada/realización en curso
indicativo/subjuntivo

Con lo que el esquema modal es



V. Lamíquiz define el indicativo como término marcado, nosotros (con E. Alarcos) creemos que la tónica general (cf. Lyons *supra*) es considerarlo no marcado.

Las oposiciones de carácter *objetivo-subjetivo* son criticadas por Sebastián Mariner en su artículo «Triple noción básica en la categoría modal castellana». Para este autor es fundamental eliminar el subjuntivo como modo. Su eje fundamental de oposiciones modales se constituye así:

1 14

imperativo

potencial-eventual

irreal declarativo	$\left. \begin{array}{l} \text{irreales} \\ \text{impresivo-} \\ \text{expresivos} \end{array} \right\} \left\{ \begin{array}{l} \text{en -se} \\ \dots\dots \\ \text{en -ra} \end{array} \right.$
--------------------	--

indicativo

participio

gerundio, infinitivo

Este eje de oposiciones que, en principio, permitiría la distinción de matices que, efectivamente, tienen contenido semántico diferenciado, como veremos en las condicionales: irrealidad cierta y dudosa, contingencia probable y dudosa, da paso, en las realizaciones sintagmáticas, a un gran número de neutralizaciones. A la importancia de estas «se debió la acuñación de un falso 'modo subjuntivo', en realidad, archivalor de potencial-eventual e irreales impresivo-expresivos; y la falsa adscripción del irreal declarativo al indicativo, producto de una capacidad de oposición según una doble noción básica, modal y temporal». Creemos, en realidad, que las oposiciones reflejadas en el eje corresponden a las *modalidades* semánticas, mientras que los *modos*, en cuanto manifestaciones formales, se organizan en torno a la doble distinción, marcado/no-marcado, del subjuntivo y el indicativo, en la que no sólo se tiene en cuenta la oposición subjetivo-objetivo, sino, muy determinanamente, las restricciones contextuales.

En el *Curso Superior de Sintaxis Española*, Samuel Gili y Gaya enuncia así lo que podríamos llamar el *acuerdo de base*: «Entre los medios gramaticales que denotan la actitud del que habla, se encuentra las formas de la conjugación conocidas con el nombre tradicional de *modos*. Con los *modos* expresamos nuestro punto de vista subjetivo ante la acción verbal que realizamos» (§ 106).

El acuerdo de base, psicológico, es incompleto, y debe replantearse, en relación con la expresión de la modalidad, por un lado, y las restricciones sintagmáticas, por otro, hasta tener en cuenta estos cuatro apartados en los que podemos agrupar las formas que expresan el modo:

A) Formas especiales que recubren las categorías que expresan la modalidad en cada lengua; triple oposición:

No imperativo	$\left\{ \begin{array}{l} \text{Marcado: subjuntivo} \\ \text{No marcado: indicativo} \end{array} \right. //$	Imperativo
---------------	---	------------

cante / canta // canta

B) Partículas o nexos que condicionan el uso, o dependencia del contenido del verbo que rige la partícula introductoria:

no lo haré a menos que vengas
dijo que venía / NO dijo que viniera
creo que viene / NO creo que venga

C) En ciertas lenguas, orden de las palabras.

D) Entonación.

13.3.1. Subjuntivo / Indicativo (potencial)

Uno de los problemas de la clasificación de los modos en español es el del *potencial*. Amado Alonso y Henríquez Ureña (II, p. 149) nos dicen que «Los modos indican de qué manera encara el que habla la significación del verbo: el indicativo como real...; el potencial, como posible...; el imperativo como mandato, consejo, ruego o petición...; el subjuntivo como deseo o duda... Tales usos son los de la oración simple. El subjuntivo, además, se emplea en oraciones subordinadas».

El potencial, efectivamente, tiene unos usos peculiares, que no llegan a configurarlo como modo, para la generalidad de los tratadistas, pero que lo sitúan entre el indicativo y el subjuntivo. Es posible que su adscripción temporal, tan neta, al plano del pospretérito, haya privado a estas formas de su valor modal diferenciado. Así, temporalmente situado es, como *tiempo*, indicativo (el subjuntivo tendría sólo *semitiempos*), pero conserva muchas posibilidades de intercambio con las formas de pasado del subjuntivo. Simultáneamente, tiene usos especiales, para expresar aproximación o posibilidad: «tendría unos cuarenta años», a las que subyace un verbo de creencia u opinión: «creo que tendría...».

Al igual que el estudio de los tiempos partió del indicativo, para el de los modos arrancaremos del marcado, del subjuntivo. Es el modo de la irrealidad y de la suboración introducida por conjunción (aunque no únicamente). Su uso responde a dos condicionantes bien distintos: una necesidad psicológica (*Venga o no venga tendrá que pagar*) o a una regla semantiosintáctica (*Dudo que venga*). La llamada subordinación no implica necesariamente subjuntivo (*vi que corrías, te aseguro que lo siento*) aunque ya indicamos en el apartado anterior que ciertas partículas o construcciones sí lo imponen. La elección del modo, en cualquier caso, no es indiferente o aleatoria, como se observa en estos ejemplos (sobre los que me ha llamado la atención A. Manteca Alonso-Cortés):

busco una secretaria que sepa ruso
busco una secretaria que sabe ruso

Con los distintos modos enfocamos la realización de la significación verbal. El indicativo es actualizador, puesto que sitúa una acción en un lugar o

un tiempo, o, caso de los tiempos *amaría* y *habría amado*, señala la posibilidad de una manera teórica en el pasado, que puede ser realidad en el presente. Por ello no podemos decir: * *si yo te haría lo que pides*, sino *si yo te hiciera lo que pides*, para expresar la condición de una realidad en el presente. En cambio, la irrealidad en el presente aparece en construcciones del tipo: *dijo que vendría; pero no viene*.

El subjuntivo es un modo virtual, ofrece la significación del verbo sin actualizar.

Las formas temporales del subjuntivo ofrecen una serie de ambivalencias que han conducido a la desaparición de dos de sus tiempos, los futuros de subjuntivo *amare* y *hubiere amado*, que se conservan sólo como dialectalismo en la lengua hablada y arcaísmo estético en la escrita. Esta pérdida se debe fundamentalmente al hecho de que las formas de presente y antepresente sirven también para la expresión del futuro.

Una misma forma, aunque con doble materia (*cantara-cantase*) expresa el copretérito y el pospretérito, así como el pretérito.

También una misma forma con doble materia (*hubiera o hubiese cantado*) sirve para antecopretérito y antepospretérito. Bello advierte que el subjuntivo castellano no admite antepretérito.

Como decíamos antes, ni el futuro *amare* ni el antefuturo *hubiere amado* están en uso normal.

En los ejemplos siguientes vamos a contraponer, como hace Bello, los ejemplos de indicativo a su paralelo en subjuntivo. De este modo podremos comparar las diferencias de significación en los distintos modos y tiempos.

Presente: cante

Presente:

me parece que Juan canta en su cuarto
no creo que Juan cante en su cuarto

Futuro:

Juan cantará mañana en la Opera
no creo que Juan cante mañana en la Opera

Pretérito: cantara/cantase

Pretérito:

Juan cantó ayer en Milán
no creo que Juan cantase ayer en Milán

Copretérito:

Juan cantaba ópera
no creo que Juan cantara ópera

Pospretérito:

se anunciaba que al día siguiente cantaría Juan
se tenía por imposible que al día siguiente cantase Juan

Antepresente: haya cantado

Antepresente:

se nota que ha cantado Juan
no se nota que haya cantado Juan

Antefuturo:

cuando llegues habrá cantado Juan
no creo que cuando llegues haya cantado Juan

Antepretérito: hubiera/hubiese cantado

Recordamos que en realidad no existe un antepretérito de subjuntivo. Usamos este término por simetría metodológica, pero ya hemos dicho que en realidad sólo existe el uso de estas dos formas como antecopretérito y antepospretérito.

Antecopretérito:

Juan había cantado bien
no creo que Juan hubiese cantado bien

(Ya observó Bello que en este caso puede usarse también el antepresente de subjuntivo *haya cantado*. Esto es una prueba más de la complejidad de los tiempos del subjuntivo, reacios a todo encasillamiento estructural *a fortiori*.)

Antepospretérito

te dije que a tu llegada Juan habría cantado
no te dije que a tu llegada Juan hubiese cantado

Para terminar esta exposición de los tiempos del subjuntivo realmente en uso citemos la recopilación final de Bello:

«'A sólo un hombre dejaron libre para que desatase a los demás, después que ellos hubiesen traspuesto la montaña' (Cervantes); el *trasponer* es anterior al *desatar*, que es cosa futura respecto del *dejar*, que relativamente al momento en que se habla es cosa pasada.»

Formas arcaicas:

Se trata del subjuntivo hipotético de Bello.

La forma *cantare* era un futuro, hipotético o en subordinación temporal,

cuyos significados han sido recubiertos por el presente de indicativo («si vinieras, te daré» > «si vienes, te daré»), por el pretérito de subjuntivo («si quisieras, te daría» > «si quisieras (quisieses), te daría») o por el presente de subjuntivo («cuando viniere... > cuando venga...»).

La forma *hubiere cantado*, antefuturo hipotético referido al futuro hipotético que acabamos de estudiar, dejó de ser necesaria al igual que su contrapartida simple y fue sustituida, como el futuro en *-re*, por los tiempos compuestos paralelos a los sustitutos del futuro hipotético.

13.3.2. Imperativo ⁵

Esta forma verbal, caracterizada por su función apelativa o expresiva, pero no representativa, desempeña en el grupo verbal un papel paralelo al del vocativo en el nominal. Ambas formas constituyen el sistema marginal expresivo-apelativo (al que corresponde la interjección en el plano oracional). Por otra parte, son notables las interferencias que los sistemas representativos de la lengua provocan en éste: la cortesía, por ejemplo, lleva a la sustitución de formas de imperativo por otras del subjuntivo (*haga el favor de decirme* es el equivalente cortés de *dime*, no sólo se altera el verbo, sino también el tratamiento personal, que pasa a ser de respeto).

En este sentido, el imperativo no es propiamente un modo; podríamos hablar de un *tiempo optativo*. Bello afirma: «El optativo no sirve sólo para la expresión de un verdadero deseo, empleámoslo también en el sentido de condición o hipótesis, y de concesión o permisión».

Se trata, por otra parte, de un *futuro*, pues el término de la acción está en un futuro. También, puesto que indica acción terminada (aspecto perfectivo), tiene una *modalidad* peculiar: su significación propia consiste en ser perfectivo en el futuro. Esta perfectividad no está en la acción en sí, sino en la conciencia del que manda: la acción se indica como mandada, pero el que la manda la piensa hecha. Por ello es factible hablar de un *modo imperativo*. En resumen, en cuanto dueño de una modalidad peculiar, podríamos llamarlo *modo*, en cuanto parte de un sistema marginal, sin función representativa, no formaría parte del sistema modal del verbo.

Formalmente, se caracteriza por no poseer, en propiedad, más que expresiones de segunda persona, en singular y plural: *canta, cantad*. No obstante, no hay acuerdo entre los gramáticos acerca de si las formas de subjuntivo exhortativo que se usan como imperativas (*venga usted, vayamos, vengán*) son o no imperativo. Caben muchas matizaciones: Haverkate, por ejemplo, cree que varias formas del imperativo derivan del presente de subjuntivo, pero sin querer decir con ello que (como piensa Gili Gaya) sean dos formas de imperativo más cuatro de subjuntivo, sino que *entra, entrad* son formas irregulares de superficie. Esta argumentación, que haría del imperativo una estructura patente derivada de una estructura profunda en subjun-

⁵ Vid. E. Alarcos Llorach: «Sobre el imperativo», *AO* 21, 1971, 389-395; ahora también en *Gramática Funcional*.

tivo, se apoya en la existencia de formas como *sepas*, *sepáis*, *digas*, como imperativos patentes. El imperativo, en su derivación desde una estructura dependiente del tipo

CLASE ESPECIAL DE ARGUMENTOS	OPERADOR MODAL EN FUNCIÓN DE PREDICADO ATÓMICO
<i>yo quiero</i>	<i>que hagas algo</i>

hasta la superficial: *haz algo*, se encuentra en complementaridad con las interrogativas, y sujeto a dos restricciones fundamentales.

En lo que se refiere a las *interrogativas*, hay neutralizaciones, forma de imperativo para interrogar (*dime tu nombre*) o forma interrogativa para el mandato (*¿quieres pasarme la sal?*). Desde el punto de vista pragmático, las interrogativas suelen provocar respuestas verbales, las imperativas no verbales. Acerca de las *restricciones*, el imperativo tiene dos incompatibilidades fundamentales:

- a) Con el pasado: * *¡Pasa ayer!*
- b) Con la probabilidad: * *¡Traeme quizá el correo!*

Emilio Alarcos, por su parte, tras excluirlo del paradigma verbal (modal y temporal), lo caracteriza como magnitud indiferente a la *perspectiva*: frente a la necesidad de cambio temporal de los auténticos modos, de acuerdo con la perspectiva (*le dice que venga*, pero *le dijo que viniese*), el imperativo no altera su forma (*le dice: ven*, igual que *le dijo: ven*). Para Alarcos el imperativo es un *lujo* de la lengua.

La característica más interesante del imperativo, en el plano sintáctico, es su incompatibilidad con la *negación*. Aunque haya gramáticos, como Haverkate, Lorenzo, o Ruipérez, que creen que las formas del tipo *no cantes* son imperativos, la postura general es que, dejando aparte consideraciones de sustancia de contenido (Alarcos), las formas de este tipo no son imperativo, sino subjuntivo. Esta restricción ha provocado la aparición de dos posibilidades sustitutorias, la más desarrollada es la sustitución del imperativo por el *infinitivo* (*no fumar*), negación de la virtualidad del contenido verbal, pero con un matiz más, pues siempre es *plural*. Junto a ello, existe en el coloquio la negación del imperativo con *no*, tal vez semiculta o ultracorrecta en sus orígenes, como ha afirmado Lapesa, pero ya bastante frecuente. En traducciones apresuradas, como la de *Archipiélago Gulag* encontramos:

No temed la desdicha ni añorad la felicidad (510).
No les hagáis daño alguno... ni permitid que... (510)

Sin embargo, también aparece la construcción en textos coloquiales, como este del *Gran momento de Mary Tribune*, de García Hortelano:

Venga, no tened malaidea (II, 321).

Y tampoco falta en poesía. En la *Canción de la madre del Amargo*, F. García Lorca (O.C., 341-342), escribe:

*La cruz. No llorad ninguna.
El amargo está en la luna.*

Por último, sin que con ello quede agotada la riqueza de esta forma, hay que señalar la gran variedad de expresiones sustitutorias o reforzadoras del mandato: ya hemos hablado de la neutralización de la interrogación, especialmente con *querer + infinitivo*; también el presente de indicativo con pronombre antepuesto (*tú te vas*); el de subjuntivo, reiterativo (*que te calles*); el infinitivo, ya señalado, para el plural (*callar*); *a ver si* (*te callas*, *os calláis*); *ir + gerundio* (*id comiendo*); *ya te estás* (*callando*); e incluso perífrasis de pasado (*haberlo dicho*).

13.4. ASPECTO

El verbo español no tiene una forma diferente para expresar el aspecto, como sucede en griego, ruso o árabe. Su función es una modificación primaria, secundaria o terciaria a la función verbal virtual.

En cuanto a su significación creemos conveniente seguir en este punto a J. Brunell (citado en el *DTF* de F. Lázaro Carreter) cuando afirma:

«El aspecto es la categoría gramatical con que se expresan los puntos de vista positivos o negativos del desarrollo y el fin del proceso.»

Se diferencia del *modo de acción* o *clase de acción* (en alemán *Aktion-sart*) en que éste «expresaría los caracteres objetivos del proceso y tendría un carácter fundamentalmente semántico; así la oposición *canta mucho/canta una copla* se basaría en la existencia de dos *Aktionsarten* distintas».

Aunque ambos términos suelen emplearse como sinónimos nosotros creemos que ello da lugar a confusiones y procuraremos distinguir con rigor.

L. J. MacLennan en *El problema del Aspecto Verbal* (Madrid, Gredos, 1962) nos da una visión que podemos resumir así:

En el s. XIX Curtius descubre que los temas temporales del verbo griego antiguo no expresan nociones propiamente temporales. En el s. XX Meillet aplica al sistema verbal latino el esquema.

<i>infectum</i>		<i>perfectum</i>
am-o		am-a-u-i

En 1908, Agrell y, sobre todo, en 1934, Koschmieder habían deslindado estos dos conceptos: *Aspekt* y *Aktionsart*. El aspecto es la expresión de una acción en cuanto terminada o en progreso (perfectivo/imperfectivo), *Aktionsart* [modo de acción] sería la expresión de una acción en cuanto realizada de cierta manera: iterativa, durativa, etc. Las cosas se habían complicado en 1926, año en que Jakobson consideró el *aspecto* como oposición morfológica absoluta, categoría subjetiva, y el *modo de acción* como categoría objetiva de la acción verbal, complicación que ha perjudicado el desarrollo de la teoría aspectual.

Los hechos puramente aspectuales son gramaticales, no semánticos. Lo que es semántico es el enfoque del *modo de acción*.

El problema del aspecto se plantea desde dos bases:

- 1) Lingüística interna: lenguas de que se parte.
- 2) La categoría del aspecto en lingüística general.

MacLennan trata de mejorar el criterio sincrónico de Saussure con un criterio histórico:

- a) concepto de *aspecto* tradicionalmente admitido (perfectividad/imperfectividad), con procedimientos morfológicos característicos.
- b) *modo de acción* (*Aktionsart*), concepto de naturaleza semántica.

El haberse confundido ambos caminos (morfológico y semántico) ha llevado a tres nociones de *aspecto* que se interfieren:

- α) *aspecto* propiamente dicho (perfectividad/imperfectividad) sobre el plano de configuración de la forma.
- β) *Aktionsart* (modo de acción) sobre el plano de configuración de la sustancia.
- γ) *Aspekterscheinungen*, concepto de Dostál, apariencias de aspecto, hechos léxicos impropriamente aspectuales, evidenciados por la tendencia a comprobar el problema en lenguas ajenas al dominio inicial.

Mas el estudio gramatical del aspecto debe aceptar sólo la oposición:

perfectivo/imperfectivo

El resto de las oposiciones son hechos semánticos, que serán gramaticales en la medida en que sean regulables (para nosotros sincrónica y diacrónicamente). Algunos de los «aspectos del aspecto» son estilísticos, puramente individuales, no son ni *aspecto* ni *modo de acción* (cf. 13.4.3.).

13.4.1. Modificadores primarios

Son los de *aspecto* y *tiempo*, y son obligatorios. Toda forma verbal expresa un aspecto y un tiempo aunque lo haga con formante Ø.

ASPECTO		TIEMPO
1	Ingresivo	<i>el niño anduvo a los seis meses</i>
2	Terminativo o efectivo	<i>el niño se cayó</i>
1 y 2	PERFECTIVO	PRETERITO
3	Durativo	<i>el niño andaba a los seis meses</i>
4	Momentáneo	<i>el niño se caía</i>
3 y 4	IMPERFECTIVO	COPRETERITO
5	IMPERFECTIVO	PRESENTE
— <i>escribe dos libros en 1960</i>		(pasado)
<i>y lo cree suficiente</i>		(presente)
— <i>habla ahora en el teatro</i>		(futuro)
— <i>habla mañana en el mismo sitio</i>		

A. PERFECTIVO		A. IMPERFECTIVO	
ingresivo	terminativo o efectivo	durativo	no-durativo -ear momentáneo
tiempo pasado		tiempo	pasado no-pasado

Seguimos en este tratamiento del aspecto a Stockwell *et al.*, quienes terminan su consideración conjunta de estas formas afirmando que una forma perfectiva que no es pasado no existe. Hemos hecho alusión a ello al hablar del imperativo, que es futuro y perfectivo, pero esto le es posible porque lo es como característica modal, no aspectual o temporal.

Puesto que sólo nos es accesible históricamente el pasado y el aspecto perfectivo comporta que se ha cerrado un ciclo histórico, es necesario que todo lo no-pasado sea imperfectivo. Cabe la posibilidad de alteraciones por la peculiar significación de un verbo o su modo de acción, pero esto es un factor estilístico, no gramatical.

Para mostrar gráficamente (y al mismo tiempo resumir), seguiremos el sistema de Stockwell *et al.*, e iremos construyendo un gráfico, que podemos llamar también *gráfico A*, completándolo a medida que avance nuestro estudio.

GRAFICO A (incompleto)

Modificación primaria		
Imperfectivo	no-pasado pasado	<i>habla</i> <i>hablaba</i>
Perfectivo	pasado	<i>habló</i>

13.4.2. Modificadores secundarios

Los tres modificadores secundarios se pueden añadir a los primarios, salvo en el caso de la prosecución (ing. *subsequence*), la cual neutraliza la modificación primaria perfectividad/imperfectividad.

Las modificaciones primarias se presentan como conjuntos de sufijación, las secundarias como formas distintas, con la salvedad de que una de estas formas, la de prosecución con *haber* enclítico, ha llegado a tener aspecto de sufijo, pero añadido al infinitivo y no al tema, que es donde se añaden los sufijos auténticos ⁶.

La forma *amaré* presenta una constitución diferente de las otras formas verbales, pues se compone del infinitivo *amar* + la primera persona del singular del presente de indicativo del verbo *haber* en su forma enclítica, sin *h* en la grafía. Su descomposición es por tanto:

$$\text{amar} + E$$

En cambio, la forma del infinitivo *amar* presenta los constitutivos siguientes:

Tema: *am*, y al tema se añaden como auténticos sufijos la vocal temática *a* y la característica de infinitivo *r*. Puesto que el infinitivo es forma no-personal no ha lugar a formantes de persona y número.

Mientras que los modificadores primarios se constituyen directamente relacionados con el verbo y son de este modo absolutos, los modificadores secundarios se construyen en relación con los primarios y se relacionan con el verbo a través de los modificadores primarios. Son por ello relativos.

Un ejemplo práctico lo tendríamos en la constitución del verbo árabe, cuyos modificadores primarios constituyen los dos tiempos básicos, caracterizados por su aspecto perfectivo/imperfectivo, en torno a los cuales se forman los restantes modificadores.

⁶ Sobre el origen del futuro románico véase el extenso resumen crítico de E. Coseriu, en *Sincronía, Diacronía e Historia*, 2.ª ed., pp. 157 y ss., con referencias bibliográficas.

Los modificadores secundarios son tres:

Anterioridad relevante
Duración explícita
Prosecución explícita

Añadiendo a nuestro gráfico los dos primeros tenemos registradas las siguientes formas:

GRAFICO A (aún incompleto)

<i>Primario</i>			<i>Secundario</i>	
I M P E R F E C T I V O	No-pasado	<i>habla</i>	anterioridad relevante	duración explícita
			<i>ha hablado</i>	<i>está hablando</i> <i>ha estado hablando</i>
	Pasado	<i>hablaba</i>	<i>había hablado</i>	<i>estaba hablando</i> <i>había estado hablando</i>
PER FEC TI VO	Pasado	<i>habló</i>	<i>(hubo hablado)</i> <i>estuvo hablando</i> <i>(hubo estado hablando)</i>	

Hemos colocado entre paréntesis las formas (*hubo hablado*) y (*hubo estado hablando*) por tratarse de formas desusadas hoy.

Desde el punto de vista formal podemos concretar diciendo que al imperfectivo no-pasado corresponde una forma de presente, que al imperfectivo pasado corresponde la de copretérito y que al perfectivo, que es siempre pasado, corresponde la de pretérito. Esto para los modificadores primarios. En lo que respecta a los modificadores secundarios diremos que el de anterioridad relevante se construye con una perífrasis aspectual formada por el tiempo del verbo *haber* con la modificación primaria correspondiente y el participio pasivo del verbo en cuestión, es decir, la forma en *-do*:

ha amado había amado hubo amado

El modificador secundario de duración explícita se construye con *estar* + gerundio:

está hablando estaba hablando estuvo hablando

Una forma intermedia que expresa la duración en la anterioridad se construye combinando ambos sistemas, si bien el verbo que se conjuga es *haber*, *estar* se construye en participio y el verbo en cuestión en gerundio:

ha estado hablando había estado hablando hubo estado hablando

La tercera modificación secundaria es la de PROSECUCION. Esta modificación se construye sufijando al infinitivo la forma enclítica del verbo *haber*, esto es: *e, as, a, emos, eis, an; ía, ías, ía, íamos, íais, ían*.

Cuando la prosecución se considera independientemente tenemos las formas *hablará, hablaría*, que sólo indican prosecución: la primera en no-pasado, la segunda en el pasado o en lo considerado como pasado.

Cuando la prosecución se considera junto a la anterioridad relevante tenemos las formas *habrá hablado, habría hablado*, siguiendo el esquema formal de prosecución más el de anterioridad.

Cuando la prosecución se considera junto a la duración explícita tenemos las formas *estará hablando, estaría hablando*, siguiendo el esquema formal de prosecución más el de duración.

Y finalmente, tenemos reunidos en una forma todos los modificadores secundarios en los casos de *habrá estado hablando, habría estado hablando*, siguiendo el esquema formal de prosecución, anterioridad y duración.

Esto nos demuestra que la modificación secundaria constituye una modificación diferente de la primaria y que sus distintas significaciones la oponen como un todo coherente a la modificación primaria elemental de aspecto/tiempo. Repetimos que éste es el caso en castellano, lengua que carece de una conjugación exclusivamente aspectual.

Nuestro gráfico se constituye así ⁷:

⁷ Las formas de modificación secundaria entre rectángulos corresponden a los modificadores de anterioridad y duración, las formas que no aparecen entre rectángulos dentro de la modificación secundaria corresponden a prosecución o bien a prosecución + uno de los otros dos modificadores secundarios. Las formas entre paréntesis corresponde a tiempos desusados en el habla corriente moderna.

GRAFICO A (completo)

<i>Modificadores primarios</i>			<i>Modificadores secundarios</i>		
I M P E R F E C T I V O	No-pasado	habla	Prosecución	Anterioridad	Duración
				<i>ha hablado</i>	<i>está hablando</i> <i>ha estado hablando</i>
	Pasado	hablaba	<i>hablará</i>	<i>habrá hablado</i>	<i>estará hablando</i> <i>habrá estado hablando</i>
				<i>había hablado</i>	<i>estaba hablando</i> <i>había estado hablando</i>
			<i>hablaria</i>	<i>habría hablado</i>	<i>estaria hablando</i> <i>habría estado hablando</i>
PER FEC TI VO	Pasado	habló		<i>(hubo hablado)</i>	<i>estuvo hablando</i> <i>(hubo estado hablando)</i>

13.4.3. Modificadores terciarios (perífrasis)

Las perífrasis verbales no consideradas hasta aquí añaden al verbo matices de significación que podemos considerar al menos como para-aspectuales. El problema fundamental es la gramaticalización del verbo auxiliar, es decir, hasta qué punto el verbo auxiliar pierde su propia significación, se vacía y se convierte en un útil gramatical, o bien si el llamado verbo auxiliar no es tal y se trata de la suma de dos contenidos semánticos plenos.

En un excelente trabajo ⁸, M. B. Fontanella de Weinberg ha tratado de responder a esta cuestión desde el punto de vista metodológico transformacional, con resultados que nos parecen lo suficientemente sugestivos para intentar resumirlos aquí.

La base del trabajo fue diferenciar los verdaderos auxiliares de las formas verbales similares, a base de su relación gramatical con otros constituyentes de la oración, posibilidad de construcción con elementos equivalentes a los verboides (formas no personales), comportamiento frente a la transformación pasiva, comportamiento en la transformación interrogativa y posibilidad de construcciones ambiguas.

Como desde el punto de vista transformacional el verbo es una categoría léxica cuyos rasgos se obtienen por medio de reglas de selección con res-

⁸ «Los auxiliares españoles», A.I.L. Cuyo, X. 1970, pp. 61-73. Cf. et. W. Dietrich en nuestra bibliografía verbal, y W. P. Klein.

pecto al sujeto y al objeto, en el caso de las perífrasis podemos realizar la comprobación utilizando verbos que no admiten toda clase de sujetos u objetos:

hablar sólo lleva sujeto personal
recorrer puede llevar sujeto animado o inanimado
mirar puede llevar objeto animado o inanimado
realizar sólo lleva objeto inanimado

De modo que en los ejemplos que se citan: *Juan está por hablar*; *el río va recorriendo la zona*; *Pedro ha mirado a María*; *José suele realizar ese trabajo*, son las formas no personales de *hablar*, *recorrer*, *mirar* y *realizar* las que imponen sus reglas de selección de objetos, y no las formas personales de *estar*, *ir*, *haber*, *soler*. Por ello el comportamiento verbal corresponde a las formas no personales, las personales funcionan como auxiliares.

El segundo procedimiento de deslinde, más convincente, es el conmutativo: consideramos necesariamente como auxiliares los verbos que exigen la presencia de una forma no personal, el procedimiento no es completo, pero sirve para una serie de verbos en construcciones como:

- 1) *suele estudiar la cuestión*
- 2) *debe estudiar la cuestión*

En estos casos no podemos sustituir el verbo en forma no personal por un sustantivo o proposición sustantiva introducida por *que*. Cuando el verbo no es auxiliar se produce esta sustitución:

- 3) *quiere estudiar la cuestión*
- 3 a) *quiere un estudio de la cuestión*
- 3 b) *quiere que estudiemos la cuestión*

La sustitución es posible en un nivel formal:

- 4) *desea dormir*
- 4 a) *desea que duermas*

En 1) y 2) no es posible ni siquiera esta sustitución puramente formal, *soler* y *deber* funcionan en este caso como auxiliares puesto que no admiten la nominalización de su objeto.

La transformación pasiva, utilizada como tercer procedimiento de comprobación, nos proporciona algunas sorpresas:

- 5) *Juan suele patear a Pedro* (ejemplos de M. B. Fontanella)
- 6) *Juan quiere patear a Pedro*

La pasiva de 5) es

5 a) *Pedro suele ser pateado por Juan*

Pero la de 6) no es

6 a) *Pedro quiere ser pateado por Juan*

sino

6 b) *Juan quiere que Pedro sea pateado*

Por tanto, cuando la transformación pasiva se aplica a toda la oración se está tratando a esa oración como oración simple, y su verbo en forma personal (caso de 5) es el auxiliar; por el contrario, cuando la transformación pasiva afecta a una parte de la oración se la trata como compuesta, por lo que no se puede considerar que el verbo en forma personal sea auxiliar.

Gracias a la cuarta prueba, la de la transformación interrogativa, podemos llegar a conclusiones similares a las alcanzadas con la transformación pasiva.

- 7 a) *desea trabajar*
- b) *volvió dormido*
- c) *vino caminando*

tienen sus correspondientes interrogativas

- 8) a) *¿qué desea?*
- b) *¿cómo volvió?*
- c) *¿cómo vino?*

mientras que

- 9 a) *puede trabajar*
- b) *ha dormido*
- c) *está caminando*

no tienen sus correspondientes interrogativos en

- 10 a) *¿qué puede?*
- b) *¿qué ha?*
- c) *¿cómo está?*

sino en

- 11 a) *¿qué puede hacer?*
- b) *¿qué ha hecho?*
- c) *¿qué está haciendo?*

El hecho de que los verbos de las frases 9) sean auxiliares les obliga a construirse siempre con un verboide como verbo principal para engendrar las transformaciones posibles desde la basa 9). Cuando hay que utilizar un sustituto de ese verbo principal utilizan *hacer*, elemento neutro, que recubre la posición del verbo principal.

La autora del estudio señala que algunas cosas no quedan explicadas, pero las líneas generales quedan ya reproducidas.

Estas construcciones son siempre perifrásticas. Todas las combinaciones en perífrasis de dos verbos que se afectan mutuamente y que combinados constituyen una forma con función y significación distinta de la que tienen cuando no se combinan caben en esta clasificación de modificadores terciarios, salvo la voz *pasiva* (perífrasis de *ser* + *participio*; y los modificadores secundarios estudiados (*haber* + *participio*; *estar* + *gerundio*; *infinitivo* + *forma enclítica de haber*).

Las perífrasis posibles son:

De participio, tipo: *tengo agarrado*, *tengo estudiado*, etc.

De gerundio: *voy andando*, *sigo estudiando*, etc.

De infinitivo: *tengo que salir*, *debo salir*, *voy a salir*, etc.

Desde el punto de vista formal lo fundamental es que el verbo auxiliar se conjuga. Desde el punto de vista de la significación es la forma nominal la que lleva la significación fundamental. La función de las perífrasis es ser formas aspectuales. Al mismo tiempo existe un lado de posibilidades estilísticas, pero de este problema no debe ocuparse la Morfosintaxis, sino la Estilística.

Esto no es siempre entendido así por los gramáticos españoles, y por ello tenemos que declarar nuestro desacuerdo con lo que afirman Gili y Gaya, y Roca Pons sobre este punto.

Aunque, en general, y para evitar confusiones a los lectores, prescindimos de recoger en el texto opiniones contrarias a las nuestras, que la bibliografía presenta de modo más completo que una simple cita, en esta ocasión debemos hacer una excepción.

Roca Pons (*Perífrasis*, pp. 55-56) afirma:

«8. Conclusiones Generales sobre el Aspecto:

»a) Existe una tendencia a distinguir entre aspecto y modo de acción —'Aktion-sart'—, aunque no hay acuerdo en lo que debe entenderse por uno y otro concepto. El primero, no obstante, tiene más bien un carácter flexional y más o menos subjetivo, de acuerdo con el origen de la misma denominación, *vid* en ruso. El segundo —o modo de acción— suele entenderse como perteneciente a la misma idea verbal o a valores como el iterativo, intensivo, incoativo, etc., que trascienden el carácter no durativo del verbo.

»b) Las ideas sobre el aspecto y el modo de acción son, ciertamente, muy dispares, pero no tanto que no pueda esperarse una síntesis conciliatoria entre ellas, al menos entre parte de ellas.

»c) En español, el aspecto —en sentido estricto— afecta a la conjugación y a las perífrasis verbales (nos referimos, naturalmente, a las que se dan fuera de la flexión normal). Las oposiciones gramaticales que pueden establecerse en otros órdenes son accidentales.

»d) El concepto de aspecto puede tomarse, también, en un sentido tan amplio que se extiende, p. ej., a los participios y nombres de acción.

»e) En español, el aspecto se nos ofrece, en la flexión, como una oposición fundamental entre tiempos imperfectos y perfectos, pero con un término intermedio, representado especialmente por el indefinido, que expresa la acción de modo aorístico, puntual o 'complexivamente'.

»f) El aspecto propiamente dicho se manifiesta también en las perífrasis, especialmente en los mismos términos que en la conjugación normal, así el imperfectivo en las de gerundio, el puntual en algunas con infinitivo, el complexivo en las de gerundio y participio con indefinido y el de perfecto en la mayor parte de las de participio, con la particularidad que en éstas se expresa a menudo el sentido del antiguo perfecto.

»g) En cuanto a los demás valores: incoativo, inceptivo, intensivo, etc., pueden ser propios de la misma idea verbal o producidos por la flexión, normal y perífrástica.»

Nuestra crítica tiene que llamar la atención sobre los siguientes puntos:

Es interesante que admita las perífrasis como *formas* de aspecto, es decir, como *medios gramaticales* (no semánticos) de diferenciar los aspectos.

En cambio, no se puede aceptar su idea de los tiempos y aspectos, muy inferior a la que podemos obtener examinando las de Bello y Stockwell y otros. La introducción de Amado Alonso a la edición de la *Gramática* de Bello en sus *Obras Completas* es un buen argumento a nuestro favor.

Aunque apunta algo de ello, en la práctica no distingue entre *aspecto* (categoría gramatical) y significado del verbo. Por eso cae en el error de pensar en el aspecto de los tiempos compuestos y de los futuros (compuestos de infinitivo + haber enclítico) y no se da cuenta de que los tiempos compuestos son tiempos relativos y los futuros son válidos en relación al tiempo, pero no al aspecto, pues están situados en un tiempo que no existe y es por ello inanalizable en su aspecto. De ahí que *moriré* es perfectivo mientras *esperaré* es imperfectivo, como el propio Roca Pons reconoce, pero sin poderlo explicar, pues quiere explicar lo semántico (la significación distinta de cada verbo) por lo gramatical (forma y función). En este caso lo gramatical es idéntico, no así lo semántico; y puesto que la afirmación de Roca Pons es indemostrable o improbable (no podemos comprobar el futuro, que es inasequible), es una mera especulación que no explica una categoría (función) gramatical como es el aspecto, sino que sólo aclara significados que están en el lexema verbal o elemento significativo y no en los formantes o modificadores.

Tenemos que estar de acuerdo con Gili y Gaya cuando dice (*Sin.*, par. 90): «No creemos conveniente prodigar en la enseñanza gramatical la lista de estas perífrasis verbales, porque, aparte de las amplias zonas de incertidum-

bre que habrán de presentarse en la interpretación de los matices, hay que tener en cuenta que el empleo de los verbos auxiliares proviene de acepciones figuradas de estos verbos, las cuales tienen en su mayoría pleno uso moderno fuera de las construcciones perifrásticas de que ahora tratamos.»

No obstante, tanto Roca Pons como Gili y Gaya confunden la significación gramatical de la perífrasis con el significado léxico del verbo auxiliar. Por eso consideran perfectivas las perífrasis con *llegar a* y *acabar de* + infinitivo, porque la significación de los dos verbos auxiliares lo es; pero esto no depende de la perífrasis, sino que está fuera de ella, como hemos dicho en nuestra crítica a la larga cita de Roca Pons. (Cf. *et.* 13.4.)

Gramaticalmente hay que considerar las perífrasis como modificadores terciarios, *relativos* a los modificadores secundarios de anterioridad relevante, duración explícita y prosecución ya estudiados.

A. *Perífrasis de anterioridad relevante relativa:*

(Excluimos, lógicamente, las formas *haber* + *participio* de los llamados tiempos compuestos, estudiadas como modificador secundario de anterioridad relevante absoluta.)

Forma

Llevar, tener, traer, quedar, dejar, estar, ser (no pasivo) + participio variable.

Función

Núcleo del predicado. Dependencia del sujeto marcada en la concordancia del participio con el Objeto Directo, que es el auténtico sujeto psicológico.

Significación

Gramaticalización de los verbos auxiliares, que pierden parte de su significación. Uso metafórico, refuerzo estilístico referido a la anterioridad relevante (*ante...* de Bello).

Gili y Gaya los considera perfectivos; esto no nos interesa directamente ya que se desprende de su valor estilístico, pues no son formas plenamente gramaticalizadas. Por ello los volveremos a ver después como verbos modales, lo que indica que la significación no depende exclusivamente de las perífrasis (a diferencia de *ha hablado* y *está hablando*, sino del *modo de significación* del verbo.

B. *Perífrasis de duración explícita relativa*

Valen todas las observaciones hechas para A.

Forma

Ir, venir, seguir, andar, continuar, etc. + gerundio.

Función

Como en A, pero el gerundio es invariable, salvo casos especiales que comentamos en *nota*.

Significación

Gramaticalización como en A. Refuerzo estilístico referido a la duración explícita que habría que pensar como un *co...* de Bello ⁹.

C. Perífrasis de prosecución relativa

Valen las observaciones hechas para lo anterior, más la de que posiblemente este uso relativo a la prosecución, es decir, al futuro y al futuro hipotético, sea el que resulte más obvio. En efecto, estas formas relativas de prosecución, que son como tales modificadores terciarios, están sustituyendo a los modificadores secundarios de prosecución (futuro, antefuturo, pospretérito y antepospretérito) en gran parte del dominio hispánico. La forma *saldré* en distintas regiones se ve sustituida por *voy a salir*, *debo salir*, *quiero salir*, *tengo que salir*. Este fenómeno no tiene nada de extraño, pues la pérdida del futuro sintético (una sola forma) sustituido por el futuro analítico (varias formas) es un fenómeno que marca uno de los pasos del latín a las lenguas románicas, o del indoeuropeo común a las lenguas indoeuropeas.

Forma

Ir a, pasar a, echar a, venir a, volver a, haber de, haber que, tener que, deber de, venir a, llegar a, acabar de, alcanzar a + infinitivo, invariable.

Función

Núcleo del predicado, como en A y B.

⁹ Kany señala en su *Sintaxis Hispanoamericana* un curioso fenómeno que, si bien se refiere al modificador secundario de duración explícita, nos sirve para aclarar los problemas de concordancia de los modificadores terciarios:

En algunas zonas rurales de Puerto Rico (Utado, Lares, Moca) se da a veces la concordancia del gerundio con el pronombre objeto enclítico (*quemándolo*, *quemándala*): «La mujer está muriéndose»; «¿Qué le hace la mujer a la niña? —Ta peinándala» (Navarro, p. 130). Al parecer este mismo hecho se registra en otros lugares: «Es que la muy bandida s'está hacienda la tonta» (Fallas, p. 26 —Costa Rica).

Esta concordancia podría extenderse a todos los casos de uso del gerundio, y por ello a los modificadores terciarios. A falta de mayores detalles contentémonos con señalar que la vivencia de la concordancia indica que la gramaticalización no ha llegado aún al último extremo.

Significación

Se trata de un refuerzo de prosecución (*pos...* de Bello). Para los casos del tipo «llegó a ser presidente», etc., véase lo dicho en A a propósito de la opinión de Gili y Gaya ¹⁰.

A propósito de la función y relacionándolo con lo dicho sobre la concordancia del gerundio en Hispanoamérica, de modo completamente marginal y teórico se puede pensar en la posibilidad puramente de habla de que el infinitivo acompañado de un actualizador se sustantive en plural: *van a comer*, *van a sus comeres*. No hay que extrañarse demasiado, pues de modo similar se tuvo que originar la construcción *van a sus quehaceres*. Esto es sólo una sugerencia sobre la que valdría la pena ampliar los datos.

13.5. LA VOZ

Llamaremos *voz* a la expresión lingüística de la relación entre *sujeto* y *verbo transitivo* dentro de la oración. Así, hablamos de *voz activa* cuando el sujeto es agente de la acción verbal, como en *Juan ve*, o *pasiva* cuando el sujeto es paciente y el agente es otro: *Juan es visto (POR alguien)*. El agente de la pasiva puede ir o no expreso: *Juan es visto por sus amigos* / *Juan es visto*. La gramática tradicional habla entonces de oraciones primeras y segundas de pasiva.

El español expresa la relación entre sujeto paciente y verbo por dos procedimientos, ambos sintagmáticos: la *pasiva analítica* y la *pasiva refleja*.

13.5.1. Forma de la voz

La *voz activa* es la forma no marcada (\emptyset):

Juan vende libros

La *voz pasiva* se forma por dos procedimientos, según sea *pasiva analítica* o *pasiva refleja*: la *pasiva analítica* se forma con *ser* + participio concertado con el sujeto:

Los libros son vendidos,

mientras que el agente, que, como sabemos, puede no expresarse, aparece precedido de *por*:

Los libros son vendidos por Juan

¹⁰ En una frase como «Juan se presentó a las elecciones pensando que triunfaría y, en efecto, llegó a ser presidente», *se presentó* es anterior a *triunfaría* y a *llegó a ser*, que están unidas para significar que ambos resultados son posteriores a *se presentó*.

o por *de*:

El agente es precedido de 'por'

El agente es precedido por 'de'

Algunos autores hablan de perífrasis pasivas con *estar*, *parecer*, *resultar*, y otros verbos. Pese a la aparente similitud de sentido de muchas de estas construcciones, negamos su condición pasiva (no su equivalencia pasiva ocasional), por razones funcionales y semánticas, que expondremos en los párrafos siguientes.

Desde el punto de vista *exclusivamente formal* no hay diferencia entre la forma de la pasiva analítica y la forma de la predicación con *ser*:

Juan es felicitado

Juan es famoso.

La *pasiva refleja* se forma con el verbo en voz activa acompañado de un SE reflejo (cf. 11.2.1; 13.5.3; 13.8; 16.8.2; 16.8.2.1) y sólo aparece en tercera persona, del singular o del plural: *se vende piso*, *se venden pisos*. Esta forma va unida, muy probablemente, al rasgo de *medialidad* que veremos en 13.5.4, lo cual facilita la ausencia del agente, que puede aparecer también:

se venden pisos (por esa inmobiliaria)

Romances que se cantan por los asturianos (título de una obra de Juan Menéndez Pidal, 1885)

Por el Ministerio de... se dictarán las órdenes oportunas.

Esta *pasiva refleja* no está propiamente gramaticalizada, al ser sólo de tercera persona, no admitir en todos los usos el agente, no ser aplicable a todas las construcciones activas que admiten la pasiva analítica, y plantear importantes problemas de colisión con otros usos de SE ¹¹.

Esta última cuestión, es decir, la conflictividad con otros tipos de SE, queda patente en ejemplos como este del *Boletín Oficial del Estado* (13-4-74):

Orden por la que se nombran funcionarios de nuevo ingreso en el Cuerpo de Ingenieros de Minas a los aspirantes que se indican.

Los aspirantes, sujeto de *se nombran* (= son nombrados, nótese la concordancia en plural), no puede ir precedido de la preposición *a*, como si fuera un Objeto Directo: ha habido cruce de las dos interpretaciones.

Eduardo Benot (*Gram. Fil.* 206-208) señala que no puede usarse la pasiva

¹¹ Para este último punto véase el estado de la cuestión, en la investigación más moderna, en Erica C. García: «The Generative Approach and the Spanish Reflexive», *RoPhil*, XXX, 2, 1976, 361-389; y María Antonia Martín Zorraquino: *Las construcciones pronominales en español*, Madrid (Gredos) 1978.

refleja en frases en las cuales hay ya un SE, pronominal; entonces debe usarse, en cambio, uno/una, y pueden aparecer, también, expresiones como *es preciso, hay que*. Para el mismo autor (*ibid.* 208, nota): «No pueden ponerse en pasiva con SE los impersonales absolutos ni los relativos, ni tampoco los verbos que llevan otro SE pronominal.»

13.5.2. Funciones en la voz

Los elementos de una oración que pueda llevar el verbo en voz activa o voz pasiva son:

voz activa: sujeto, verbo en voz activa, objeto directo, (otros)
voz pasiva: sujeto, ser + participio -do, agente, (otros).

Sólo las oraciones con objeto directo, es decir, las de verbo transitivo, pueden pasar a pasiva, porque sólo los verbos transitivos, en español, admiten el cambio de voz. La relación entre una oración expresada en activa o en pasiva es sencilla, y bien conocida: el *sujeto* de la activa (que es siempre agente cuando el verbo va en esta voz activa) pasa a ser una frase preposicional introducida por *de* o *por* (el *agente* o «ablativo» agente de la pasiva); el *verbo* se pone en voz pasiva con la forma *ser* + participio -do (en algunos casos con SE), el objeto directo de la activa es el sujeto paciente de la pasiva, el que impone al verbo las marcas de concordancia:

<i>Activa:</i>	<i>Juan</i> Sujeto agente	<i>vende</i> verbo	<i>unos pisos</i> objeto directo
<i>Pasiva analítica:</i>	<i>Unos pisos</i> Sujeto paciente	<i>son vendidos</i> verbo en pasiva analítica	<i>por Juan</i> agente
<i>Pasiva refleja:</i>	<i>Se venden</i> verbo en pasiva refleja	<i>unos pisos</i> sujeto paciente	<i>por Juan</i> agente

En este apartado funcional debemos estudiar si hay realmente voz en español, atendiendo a algo más que a las diferencias semánticas.

E. Alarcos (*Gramática Funcional*, VI) representa la postura extrema de la negación de un morfema de diátesis o voz en español (nótese que niega el morfema, no la diferenciación semántica, sustancial, aspecto que no le interesa). Para él, formalmente, son idénticas oraciones como

- 1) *La casa ES vieja*
- 2) *La casa ES destruida*
- 3) *La casa ESTÁ vieja*
- 4) *La casa ESTÁ destruida*
- 5) *La casa PARECE vieja*
- 6) *La casa PARECE destruida*

- 7) *La casa RESULTA vieja*
- 8) *La casa RESULTA destruida*

o bien, con atributo complejo:

- 9) *La noticia es divulgada por los periódicos*
- 10) *La noticia es falsa por ciertos indicios*

Siempre, según él, nos encontramos con una sola estructura oracional: *la de tipo atributivo*.

En el extremo opuesto, Sylva Hamplová¹², con matices temporales y aspectuales, cree que hay pasiva en los casos de *ser + participio* y *auxiliar (quedar, verse, etc.) + participio*; Félix Carrasco (*R.S.E.L.*, 3, 2, 333-341) diferencia *ser + participio*, que siempre es pasiva, de la construcción copulativa, que no lo es, con lo cual elimina las llamadas «pasivas» con *estar, resultar, parecer*, etc. Aunque de acuerdo en lo fundamental, el resultado, no podemos estarlo con el razonamiento. Carrasco afirma (*loc. cit.* 2.1.) que «todos los empleos no pasivos de *ser* (excluidos *ser + adverbio de lugar o tiempo*) caen dentro de las construcciones copulativas, en que el predicativo es necesariamente un sustantivo explícito o implícito». Por eso cree establecer un criterio diferenciador con sustituciones como

a) Las construcciones de *ser + adjetivo* son realmente de *ser + sustantivo*, por las conmutaciones

el médico es moreno
el médico es un hombre moreno
el médico es uno moreno
el médico es un moreno

b) Lo mismo sucede con *ser + participio* no pasivo¹³

el juez es honrado
el juez es un hombre honrado
el juez es uno honrado
el juez es un honrado

c) Construcciones pasivas, de *ser + participio*

la casa es destruida

¹² *Algunos problemas de la voz perifrástica pasiva y de las perífrasis factitivas en español*, Praga (Inst. Leng. y Lit. Acad. Ch. Es. de Ciencias), 1970. Agradezco a mi buen amigo Manuel Ariza haberme permitido fotocopiar su ejemplar.

¹³ No hay contradicción con lo dicho arriba de que *ser + participio* es siempre pasivo, porque para Carrasco este participio es un sustantivo, exactamente «un elemento del 'primer rango', esto es, un sustantivo explícito o implícito» (*ibid.*, 5).

en la cual «se produce una revitalización temporal del participio que nos hace ver el despliegue interno de la acción».

d) Construcciones no pasivas, como

la casa está destruida
la casa resulta destruida
la casa parece destruida

en las que se nos presentan los resultados de la acción, no su despliegue interno, porque (*ibid.*) «la noción temporal de cada uno de los constituyentes en el enunciado es la misma que tienen separadamente».

Por desgracia, el criterio de Félix Carrasco (y matizándolo con la crítica de algunos ejemplos, de gramaticalidad bastante discutible: ese «un honrado») sólo podría aceptarse en el plano semántico, que es, precisamente, el plano en el que resulta más aceptable, o menos discutible, la voz pasiva española. En el plano formal y funcional de las conmutaciones, la realidad no concuerda con lo que el autor nos dice, así (el asterisco indica agramaticalidad):

- a) *La sección es administrativa*
La sección es una dependencia administrativa (?)
La sección es una administrativa ¹⁴ (?)
 * *La sección es una administrativa*

pero

El capelo es cardenalicio
El capelo es un útil cardenalicio
El capelo es uno cardenalicio (?)
 * *El capelo es un cardenalicio*

ejemplos que, mucho nos tememos, dificultan sobremanera la credibilidad de la primera parte del razonamiento.

F. Lázaro Carreter ¹⁵, en una posición más ponderada, concluye que «la identificación entre 'pasividad' y 'atribución' encuentra obstáculos insalvables», después de defender que «la transformación pasiva, ..., sigue siendo la única base con que hoy contamos para explicar la génesis de las oraciones 'pasivas'».

A partir de que la conciencia lingüística del hablante oyente diferencia la pasividad y la atribución, Lázaro discrepa de Alarcos en tres puntos principales, funcionalmente:

¹⁴ En el sentido: «es una sección administrativa, no de otro tipo».

¹⁵ «Sobre la pasiva en español», *Homenaje* al Inst. de Filología y Lit. Hispánicas 'Dr. Amado Alonso'. Buenos Aires, 1975, 200-209.

1) En los ejemplos

La noticia es falsa
La noticia es divulgada

la relación entre *falsa* y *divulgada* y sus sujetos (*la noticia*) no es de la misma naturaleza, porque cabe la pasiva refleja en un caso: *la noticia se divulga*, y no en el otro.

2) En los ejemplos con «atributos complejos»

La tirada fue reducida por el editor
La tirada fue reducida por el carácter minoritario de la edición

aparte de argumentos como la posibilidad de

El editor redujo la tirada

frente a la imposibilidad de

** El carácter minoritario de la edición redujo la tirada*

tenemos otros, como:

La tirada fue reducida mucho por el editor

pero no

** La tirada fue reducida mucho por el carácter minoritario de la edición.*

3) Incompatibilidades funcionales, como la que se establece con el adverbio en

La tirada fue reducida imprudentemente

claramente diferenciada de la que juzga imposible:

** La tirada fue escasa imprudentemente*

sólo posible, advierte él mismo, en la interpretación con pausa:

La edición fue escasa, imprudentemente
Imprudentemente, la edición fue escasa

Establecida, pues, una diferencia *funcional* entre la pasividad y la atribución, la pregunta siguiente será el criterio por el que decimos que, de los ejemplos 1-10 de 13.5.2., sólo 2) y 9) son pasivos. Hasta ahora, no parece

que haya un solo criterio que sea definitivamente válido; provisionalmente, señalaremos varios, en la opinión de que basta con que uno de ellos invalide la consideración pasiva de una construcción para que ésta no pueda considerarse como tal.

- a) Relación $\left\{ \begin{array}{l} \text{sujeto - verbo activo} \rightarrow \text{verbo pasivo} \left\{ \begin{array}{l} \text{por} \\ \text{de} \end{array} \right\} \text{ agente} \\ \text{verbo activo - objeto directo} \rightarrow \text{sujeto paciente - verbo pasivo} \end{array} \right\}$

La casa fue destruida por la artillería
La artillería destruyó la casa
El acceso fue patrocinado por el ministro
El ministro patrocinó el acceso

PERO no sirve en casos como:

La noticia fue divulgada por su interés
 * *Su interés divulgó la noticia*

donde es preciso recurrir a factores semánticos para establecer la forma correcta

La noticia fue divulgada (por alguien) por su interés
Alguien divulgó la noticia por su interés

y no distingue, sin intervención de la semántica:

Los albañiles construyen la casa
La casa es construida por los albañiles
La casa está construida por los albañiles
La casa parece construida por los albañiles

b) Procedimientos sintagmáticos para diferenciar pasividad y atribución:

1) Si se trata de pasiva, el participio sólo puede coordinarse con otros participios; si es atributiva puede coordinarse con adjetivos. Este criterio deja una duda (ambigüedad) en caso de coordinación de participios:

La casa fue destruida y reconstruida

pero resuelve como atributivas todas las construcciones posibles restantes:

* *La casa fue destruida y grande*
La casa fue grande y destruida ¹⁶ (?)

¹⁶ Sólo posible en la discutible interpretación de *destruida* como adjetivo, que a nosotros no nos afecta aquí.

La casa parece grande y destruida
La casa parece destruida y grande
*La casa resultó destruida y grande*¹⁷ (?)
La casa resultó grande y destruida

2) Por medio de una comparación; en este caso el segundo término de la comparación sólo podrá ser un adjetivo si la construcción es atributiva:

** La casa es más destruida que nueva*
La casa está más destruida que nueva
La casa resulta más destruida que nueva
La casa parece más destruida que nueva
La casa parece más destruida que nueva
El juez es más honrado que rico
** La noticia es más divulgada que verdadera por los periódicos*
La noticia es más divulgada que comprendida por los periódicos

3) Por la sustitución por superlativo sintético, imposible si el participio va en construcción pasiva, pero con el inconveniente de que no siempre es admitido este superlativo por cualquier adjetivo:

** La casa es destruidísima (no cabe interpretación atributiva)*
La casa está destruidísima
La casa resulta destruidísima
El juez es honradísimo
La noticia es divulgadísima (cabe esta interpretación atributiva)

4) La imposibilidad de lo que M. Manacorda de Rosetti¹⁸ llama «conmutación estructural», en el caso de la pasiva. La conmutación estructural es la sustitución de un elemento de la cadena por un «equivalente funcional de distinta articulación» (pp. 76-77): *estoy libre / estoy en libertad*. *La casa es destruida* sería pasiva, por no poderse conmutar estructuralmente *destruida*; pero *la casa está destruida, parece destruida, queda destruida*, etc., no serían pasiva porque cabe la sustitución estructural, *en ruinas: la casa está en ruinas, parece en ruinas, queda en ruinas*, etc.

13.5.3. Significación de la voz

Este es el apartado en el que las diferencias siempre han aparecido más claras aunque, como veremos, pueden expresarse también por otros medios (léxicos, concretamente).

¹⁷ Misma observación que en la nota anterior.

¹⁸ A. M. Barrenechea y Mabel V. Manacorda de Rosetti: *Estudios de gramática funcional*, esp. pp. 71-90.

Activa: Consideramos que la significación del verbo es producida por el sujeto:

Juan vende unos libros
Juan CAUSA la venta de los libros

Pasiva: En la *pasiva analítica* consideramos que la significación del verbo es recibida por el sujeto:

Unos libros son vendidos por Juan,

donde los libros NO CAUSAN nada, sigue siendo Juan quien CAUSA su venta.

En la *pasiva refleja* hay dos aspectos, el deseo de ocultar al agente (frecuentemente inexpressado):

Se venden unos libros

y el del sujeto presentado como receptor y, en cierto modo, actor de la acción oracional, es la *medialidad* de estas construcciones (entre activa y pasiva), sobre la cual volveremos en el próximo párrafo.

Desde el punto de vista de la significación, como aludíamos antes, la expresión de un *padecer* puede expresarse, como ha señalado Alarcos (*Gram. Fun.* III y VI), por medios léxicos, así:

Un clavo sostiene al cuadro (nótese la *a* ante Objeto Directo)

puede expresar la «pasividad» del cuadro bien como

El cuadro es sostenido por un clavo

bien como

El cuadro cuelga de un clavo.

Por último, resulta obligado añadir que la noción de voz puede, excepcional y, en principio, agramaticalmente, dejar de ligarse a la transitividad o a la relación Sujeto-Verbo-Objeto Directo, para abarcar (como en inglés) al Objeto Indirecto; prueba de ello son ejemplos como el que sigue (¿sólo anglicismo?):

«En otros tres casos más de intervención de la Policía Municipal fueron insultados y por sendos conductores de automóvil. Uno, en...; otro en el estacionamiento del Zoo por el ocupante del coche..., *cuando fue llamado la atención* por circular por dirección prohibida». (*Ya*, 2-XI-1973, p. 25).

13.5.4. Medialidad y pasiva refleja

Que la pasiva refleja permite ocultar al agente, y da al sujeto paciente una cierta participación en la acción, ha sido señalado varias veces. En las lenguas de diátesis morfológica indiscutible, como el griego, esta función, y su significación correspondiente, se expresaba por la *voz media*. El español, que no tiene ni siquiera una pasiva sintética, no tiene tampoco, en su morfología, una forma para expresar ese matiz de medialidad; ello no impide que, cuando es necesario, pueda expresarse de algún modo. Por ello conservamos la larga cita sobre la pasiva refleja de nuestro maestro, Américo Castro, que puede tomarse como modelo de un análisis diacrónico de una noción gramatical (y no sólo semántica) ¹⁹:

La pasiva refleja comienza ya en latín. Hubo, por lo visto, en esta lengua gran resistencia por parte del pueblo a usar la pasiva, lo mismo que hoy acontece en español. Así, p. ej., dice Plauto: «*quae me amat, quam contra amo*», utilizando el giro directo en lugar del pasivo, «*uxor me amat et amatur a me*».

Esto se debió en latín a la misma causa que en español: a que nos ha interesado mucho más la actividad de un agente que la receptividad del paciente (...).

Consiguientemente, cuando el latín se abandonó al uso espontáneo del pueblo, las construcciones pasivas desaparecieron (*amatur, moneor*, etc.), y la función que desempeñaban estas palabras fue expresada por otros giros que no es del caso analizar sino en lo que atañe a la tercera persona. En efecto, cuando se expresaba que un objeto era receptor de una actividad (esto sólo podía acontecer en la tercera persona), muchas veces no se decía de quién procedía aquélla: *littera scribitur*, «la carta es escrita»; *hoc dicitur*, «esto es dicho», pero sin expresar quién escribe o quién dice. En este momento sucedió un cambio fundamental, motivado por lo que decíamos antes de la resistencia con que el pueblo empleó la pasiva, y, además, por el carácter impersonal que acabaron por adquirir esas frases. La conciencia popular buscó, a pesar de todo, un sujeto a quien referir la acción del verbo, y dijo *littera se scribit, hoc se dicit*, «la carta se escribe» y «esto se dice», y convirtió así en sujeto gramatical lo que hasta entonces objetivamente había sido y seguiría siendo complemento [el texto dice por error *completamente*] directo; y fueron asimiladas estas construcciones a las reflexivas del tipo «él se lava» suponiendo que los objetos son capaces de la misma actividad que las personas ²⁰.

Así pues, la pasiva refleja fue producida por un deseo de vitalizar las cosas, y únicamente el análisis descubre el carácter pasivo, dando una explicación psicológica a lo que lógica y objetivamente no la tiene (...).

En español tales construcciones se emplean sin trabas cuando se trata de objetos y se prorroga así el uso del latín vulgar: «se cierra la puerta», «se miran los cuadros», y, conforme a su origen, la concordancia del verbo con el sujeto gramatical es de rigor. Con personas llegó a producirse alguna dificultad. Si decimos «se miran los soldados», puede haber ambigüedad, pues no sabemos entonces si los soldados se miran entre sí o si alguien los está mirando. Para obviar ese inconveniente, desde el siglo XV se usa la preposición *a* para indicar que la persona es el término de la acción del verbo, y no el sujeto. Es decir, al movimiento mental algo confuso que creó

¹⁹ Se encuentra en *La enseñanza del español*, pp. 40 y ss.

²⁰ En nota hace constar que «el mismo fenómeno psíquico se produce cuando se dice 'el libro pone tal cosa'».

aquella construcción, sucede ahora una reacción de análisis y claridad. De ello resultan frases del tipo «se consulta a los médicos», en la que ya se ha roto la concordancia, puesto que *a* hace sentir gramaticalmente que «los médicos» no es el sujeto; pero en cambio queda ahí el *se* como apéndice extraño, y que sin embargo no puede suprimirse. ¿Cuál es la función de ese acusativo fósil? Únicamente indica el carácter impersonal de la oración, lo mismo que en «se mira el cuadro». Gramaticalmente no se puede expresar quién mira; y como sucede en esos casos, surge en seguida la noción de alguien no expresado, vago e impersonal, que realiza la actividad del verbo. Recuérdese el carácter impersonal que tenían en latín *dicitur*, *legitur*, etc.

En estas oraciones el complemento de persona precedido de *a* es directo o indirecto, según la naturaleza del verbo; en «se mira a los soldados» es directo; y en «se paga a los acreedores», indirecto. Pero aunque sea así, al reproducir estos complementos por un pronombre, este pronombre es siempre *le*, *les*, en regiones y en escritores que no emplean *lo*, *la*, para el dativo: «se les consulta», «se les paga». Cuervo (nota 106 a Bello) piensa con acierto que en esta combinación *se le* —en que *se* es gramatical e históricamente acusativo—, *le* ha recibido la función de dativo para separarse más claramente de las combinaciones «se lo dio», «se la dio», en que *se* es dativo de persona y *lo*, *la*, acusativos de cosa, y también para evitar la reunión de dos acusativos, como habría acontecido si se hubiese dicho «se los consulta a los médicos». Me parece, además, que este uso de *se le*, fue favorecido por los casos en que el pronombre reproducía el régimen de un verbo que pedía dativo, como en «se paga a los acreedores». Cuando al verbo sigue un complemento directo de cosa, y otro indirecto de persona: «se da dinero a los pobres», al emplear un pronombre reproductivo, éste no podía ser sino *les*: «se les debe dinero». Estos casos han influido sobre construcciones del tipo «se consulta a los médicos» = «se les consulta». No me parece, pues, que se pueda decir en absoluto, como Hanssen (*Gramática Histórica*, 513) que sea indirecto todo complemento con *a* del verbo en pasiva refleja; él cita «se invoca a los santos». Es decir, que aun cuando en «se les invoca» *les* sea dativo, por analogía, lo mismo que en «se les paga», eso no impide que en «se paga al acreedor» el complemento sea indirecto, y en «se ve al amigo» sea directo. Una delicada complicación de estas construcciones.

La analogía, que con tanta fuerza gobierna el lenguaje, ha ampliado las posibilidades de estas construcciones. El sentido primitivo, que aspiraba a indicar que una cosa realizaba una acción, ha ido esfumándose, y ha predominado el significado impersonal de la oración. De ahí que el verbo pueda estar solo: «se canta», «se vive»; o modificado por un adverbio: «se come bien»; o recibir un predicado con valor adverbial: «se lucha seguro».

Como se ve en todos esos ejemplos y sus análogos, el progreso que ha realizado nuestra construcción ha consistido en que el verbo ha pasado a ser impersonal (y como tal puede estar solo) o ser modificado por un adverbio o por un predicado que haga su oficio. A veces el *se* ha llegado a despertar plenamente la noción de un sujeto, a pesar de lo cual no se suelen usar aquí verbos predicativos, sobre todo *ser* y *estar*, meros vehículos para predicar determinaciones de un sujeto. No se debe decir: «se está contento en mi familia», «se era agradable», cuando nos proponemos dar a la oración un sentido de pasiva refleja e impersonal, y eso sencillamente porque no hay sujeto claro a quien referir tales predicados.

No obstante, a veces se oye y se lee: «se está conforme», «se es simpático», etc. Aquí se trata de una influencia francesa ²¹, cuyas oraciones con *on* influyen incons-

²¹ Advierte en nota: «sin embargo, en la época clásica se ha escrito: 'asno se es de la cuna a la mortaja' ('El Quijote', *Diálogo de Babieca y Rocinante*, en los versos preliminares);

cientemente. Como en la mayoría de los casos coinciden ambas construcciones, y se puede traducir *on mange bien* por «se come bien», modernamente se traduce analógica e indebidamente *on est d'accord* por «se está conforme». Pero esto no debería decirse; en francés *on* es un verdadero sujeto, reducción de la palabra *homo*, y en cambio *se*, como hemos visto, es muy otra cosa. En español antiguo, hasta el siglo XVI, hubo una construcción análoga a la francesa formada con *hombre*; se decía: «como hombre se viste», «hombre va hacia el río», correspondiendo exactamente *hombre* al francés *on* y al alemán *man*; pero de ello sólo queda rastro en algún dialecto. Hoy en esos casos empleamos *uno* (con limitaciones, sin embargo). Quién sabe, empero, si logrará el uso generalizar las oraciones del tipo «se está contento».

Hay otra incorrección que se está desarrollando modernamente, aun entre grandes escritores, de carácter bastante desagradable, y que consiste en poner el verbo en singular aun cuando la cosa que siga esté en plural; p. ej.: «se lee libros». Entre el vulgo de Hispanoamérica²² se oye a menudo: «se vende patatas», etc.

La explicación de este giro creo que es ésta: en «se llama a los amigos» se ha visto un caso de complemento de persona con preposición, y cuando el complemento es de cosa, se han limitado a suprimir la *a*, juzgando que se trata de la alternancia «veo a Pedro», «veo el libro». Miguel de Unamuno escribe: «Hácese bastones; ya que no de papel, de cartulina.»

El mismo giro se encuentra en Benavente y en otros excelentes escritores. Pero es muy de lamentar que tal vulgarismo se aclimate. Precisamente en las frases del tipo «se leen libros», se conserva pura la primitiva construcción románica, prolongación de la voz media, voz que el indo-germánico había poseído, y para la que el latín no tuvo ya órgano morfológico; la conciencia popular siente aún en España la concordancia en estos casos; ¿por qué, pues, introducir esas horribles oraciones de la clase de «se encuentra vagabundos», «se lee estas frases»?

13.6. VERBOS IRREGULARES

Los verbos que desde un punto de vista estático, sincrónico, son irregulares, son verbos regulares diacrónicamente. Han seguido unas tendencias fonéticas que los han llevado a distintas soluciones. De este modo algunos de los regulares sincrónicos son irregulares diacrónicos.

Las irregularidades pueden agruparse por temas, haciendo caso omiso de los tiempos compuestos. En algunos verbos cambia completamente el tema. Este es el caso de *ir*, *ser*, etc. Estos irregulares no pueden reducirse a reglas dentro de su irregularidad y no cabe más solución que aprender su irregularidad individualmente.

Mas por regla general los irregulares no son totalmente irregulares, sino que regularidades e irregularidades se dan por temas.

Estos temas son tres:

Al de *presente* pertenecen los presentes de indicativo y subjuntivo y el imperativo. En teoría pertenece también el copretérito o pretérito imper-

‘siempre se es el mismo en su ánimo’ (Luis de Granada, *Guía de Pecadores*). Pero es difícil decidir si el uso moderno continúa el antiguo en este caso o si se trata sólo de galicismo. Probablemente de ambas cosas.»

²² Y también en el lenguaje vulgar de España, añadimos nosotros.

fecto, pero este tiempo es regular salvo en los irregulares absolutos, como *ir* y *ser*.

Al de *pretérito* pertenecen el pretérito de indicativo, el pretérito de subjuntivo (o imperfecto), así como la forma arcaica de futuro hipotético o futuro de subjuntivo.

Al de *futuro* pertenecen los futuros y pospretéritos.

Irregularidades del tema de presente:

- 1) Diptongación de la vocal radical acentuada.

<i>apretar</i>	yo aprieto
<i>morder</i>	yo muerdo

- 2) Adición de consonantes (infijo velar):

<i>venir</i>	yo vengo
<i>lucir</i>	yo luzco

- 3) Cierre de la vocal radical: *e* pasa a *i*, pero *o* diptonga en *ue*, como en 1).

<i>gemir</i>	yo gimo
<i>morir</i>	yo muero

Irregularidades del tema de pretérito:

- 1) Cierre de la vocal radical. Se trata del fenómeno 3) del presente, pero es menos frecuente el cierre de *o* en *u*. En este caso no hay diptongación en *ue*.

<i>gemir</i>	ellos gimieron
<i>morir</i>	el murió

- 2) Pretéritos fuertes. Los pretéritos regulares son agudos, los fuertes son graves en su acentuación:

<i>tener</i>	yo tuve
<i>haber</i>	yo hube

Irregularidades del tema de futuro:

- 1) Pérdida de vocal interior de palabra anterior al acento (protónica interna):

<i>caber</i>	él cabrá, cabría
--------------	------------------

2) Pérdida de vocal y consonante:

hacer yo haré

3) Pérdida de vocal y aumento de consonante:

tener él tendrá

En algunos casos se dan juntas varias de estas irregularidades, que son totales en *ser*, *ir* y *caber*, aunque en estos tres verbos se distinguen perfectamente los distintos temas.

Conviene insistir sobre el hecho de que la regularidad o irregularidad hay que verla fonética y no gráficamente.

Escoger/lescojo es regular porque para mantener el fonema debe variar la grafía. *Tañer/tañó* es regular porque la pronunciación de *tañó* sería la misma. En *luzco*, la consonante intercalada es la *c*, con sonido *k*, pues la *z* es la grafía correspondiente al sonido de la *c* de *lucir*.

Con el estudio de las irregularidades en general hemos terminado el de la FORMA del verbo. Al estudiar muchas de estas formas hemos tenido que hablar de su función y significación parciales o, mejor, de la manera como esas formas modificaban la función y significación generales del verbo.

13.7. FUNCIÓN DEL VERBO

Siguiendo a A. Alonso y P. Henríquez Ureña ²³, y a pesar de la longitud de la cita, recogeremos la siguiente afirmación:

«Para caracterizar el oficio oracional que llamamos verbo dentro de la estructura de la oración, recordemos que la oración articulada consta de *sujeto* y *predicado*, y que en ella hay una unidad de pensamiento gracias a la *actitud* enunciativa (aseverativa), interrogativa, desiderativa o imperativa del que habla. Relacionando estas condiciones esenciales de la oración con los accidentes del verbo, lo podemos caracterizar así:

El verbo es la palabra oracional por excelencia, a causa de las siguientes propiedades: 1) Es el núcleo del predicado y el centro de todos sus complementos. 2) Expresa la actitud enunciativa, desiderativa o imperativa del que habla, con lo cual establece la unidad de pensamiento en la oración. 3) Con sus desinencias repite la persona gramatical del sujeto y así une sintéticamente las dos partes del sujeto y predicado. 4) Con sus tiempos sitúa no sólo su significado, sino el de toda la oración en el presente, en el pasado o en el porvenir.

Ya sabemos que hay oraciones sin verbo (o con verbo puramente copulativo); pero con el verbo se expresan formalmente las diferentes condiciones de la oración con la mayor plenitud.»

La larga cita nos ha servido para recoger todo lo explicado detalladamente en páginas anteriores y al mismo tiempo nos permite enfocar una serie

²³ *Gramática Castellana*, I, p. 108.

de perspectivas en el estudio de la sintaxis oracional que abordaremos en páginas posteriores. Hay en ella también algo que atañe puramente a la significación, como el punto 2, pero para no romper la unidad de la cita lo hemos incluido también.

13.8. SIGNIFICACIÓN DEL VERBO

La mejor definición del verbo, siempre desde el punto de vista fenomenológico, y con atención a su significación, es la de A. Alonso y P. Henríquez Ureña:

«Los verbos son unas formas especiales del lenguaje con las que pensamos la realidad como un comportamiento del sujeto.»

La realidad, como veíamos al iniciar este tema, puede ser muy diversa, lo fundamental es nuestra manera de concebirla, la forma cómo se nos manifiesta, su apariencia o fenómeno, en suma.

La significación podemos considerarla en dos planos, en los que estableceremos sendas clasificaciones verbales: el primero es el de la clasificación gramatical propiamente dicha; el segundo es la clasificación por el modo de acción (al. *Aktionsart*), que no confundiremos en el aspecto.

En algunos casos la separación estricta será imposible y tendremos que referirnos a verbos que además de un empleo gramatical determinado tienen un modo de acción peculiar.

A. EMPLEO GRAMATICAL

ATRIBUTIVOS TRANSITIVOS

Necesitan un Objeto Directo para completar su significado:

Juan come pan

INTRANSITIVOS

No necesitan ese Objeto Directo. Tienen significado completo. Más que de verbos transitivos o intransitivos debe hablarse de oraciones, es decir, de realizaciones.

el niño nació

REFLEXIVOS

Llevan como Objeto Directo un pronombre de la misma persona que el sujeto. Son transitivos:

Juan se lava

REFLEXIVOS FORMALES O GRAMATICALES

Se trata de las construcciones cuasi-reflejas de Bello. Son reflexivos formales, pues en su forma aparece un pronombre reflejo, pero no por el sentido. Se dividen en dos grandes grupos, aunque la interacción sea muy grande. En todos ellos hay que considerar el pronombre reflejo como un falso Objeto Indirecto o un falso Objeto Directo según dijimos al hablar del pronombre, en 11.2.1.

A) Verbos que significan vida interior:**a) Vida interior no intensificada:**

- 1) Afecto o emoción: *alegrarse; emocionarse...*
- 2) Voluntad: *empeñarse en; esforzarse en...*
- 3) Memoria: *acordarse; olvidarse...*
- 4) Saber no seguro: *imaginarse; suponerse; creerse...*

Algunos de los verbos de este subgrupo pueden tener dos formas, una no reflexiva, p. ej. *conmovió*, transitivo sin pronombre y reflexivo formal de afecto con él.

b) Vida interior intensificada al realizar una acción:

- 1) Acción puramente material, aunque considerada en lo que afecta la interioridad del sujeto: *se comió, se bebió...*
- 2) Acción no material: *se teme que...*

B) Verbos que significan vida exterior:

- 1) Entrada en un estado. Incoativos con pronombre reflejo: *enfriarse; calentarse; despertarse, etc.*

(Podemos observar que en estos verbos el valor es el mismo que en los de afecto o emoción, pues *alegrarse* significa *empezar la acción de alegrarse*, etc.)

- 2) De movimiento:

Irse, fugarse, sentarse, retorcerse, etc.

RECÍPROCOS

Se construyen con el pronombre en uso recíproco. Su sentido es a veces dudoso. Son transitivos:

Juan y Luis se escriben

Nota a todos los reflexivos o para-reflexivos: Los gramáticos discuten si en los casos en que aparece un objeto directo expreso distinto al reflexivo o recíproco se debe hablar de doble objeto directo o si el reflexivo sería entonces un objeto indirecto. Siempre por razones pedagógicas creemos que el alumno debe tener muy claro que en los reflexivos formales el pronombre es siempre Objeto Indirecto, y que en el reflexivo propio o en el recíproco el pronombre átono es Objeto Directo a no ser que haya otro objeto directo en el texto:

Juan se lava; se es objeto directo.

Juan se lava las manos, se es objeto indirecto y *las manos* objeto directo.

En el caso del recíproco *Juan y Luis se escriben; se* es objeto directo.

En *Juan y Luis se escriben cartas; se* es objeto indirecto y *cartas* directo.

A'. EMPLEO GRAMATICAL Y MODO DE ACCIÓN ²⁴

Estos verbos pertenecen al primer grupo, pero simultáneamente se dan en ellos características propias del segundo. Una vez más observamos que a no ser que multipliquemos divisiones y subdivisiones o falseemos la realidad en una simplicidad excesiva nos es imposible cerrar las clasificaciones en compartimentos estancos.

MODALES

Indican el modo con que el sujeto encara la acción de la forma nominal que los sigue (de ahí su empleo gramatical). Están clasificados, insistimos, por el empleo gramatical, porque suponen una forma nominal dependiente de un verbo, ambos con el mismo sujeto. Por su significación deberían incluirse en el modo de la acción. Los más usuales (seguimos a A. Alonso y P. Henríquez Ureña) son *poder, saber, querer, soler, deber*, pero hay otros muchos más, no necesariamente sinónimos: *suponer, temer, prometer, necesitar*, etc.

El verbo «principal», i. e., el no modal, puede ir en *participio* (*tener* + participio, *llevar* + participio, etc.), en *gerundio* (*estar* + gerundio, *ir* + gerundio, etc.), o en *infinitivo* (*poder* + infinitivo, *deber* + infinitivo, etc.).

AUXILIARES

En sentido amplio pueden considerarse auxiliares todos los verbos sometidos a un proceso de gramaticalización, y que combinados con

²⁴ Todos estos verbos, como hemos señalado, tienen una especial construcción gramatical y al mismo tiempo una actuación especial sobre el modo de acción. De los verbos que vamos a clasificar en B por su modo de acción simplemente, los *perfectivos e imperfectivos* tienen peculiaridades comunes en el empleo gramatical.

una forma nominal pierden su significación para expresar aspectos de la significación del verbo expresados en esa forma nominal. En esta categoría entrarían todos los verbos que forman parte de los modificadores secundarios y terciarios estudiados y que desde el punto de vista de la significación son modales, verbos de movimiento con gerundio y *querer, dejar, tener que* en sus otras combinaciones estudiadas, así como el verbo *ser* como auxiliar de la pasiva.

En sentido más estricto habría que considerar que la mayoría de los verbos citados en el párrafo anterior no pierden totalmente su significado y por ello los auxiliares se reducen a *haber, ser, estar*. De ellos sólo *haber* es auxiliar y nada más que auxiliar en todos sus usos modernos.

IMPERSONALES

Se trata de los mejor llamados *unipersonales* o verbos de la naturaleza, sin posibilidad de sujeto:

llueve, nieva, truena, relampaguea, etc.

B. MODO DE ACCIÓN

PERMANENTES O IMPERFECTIVOS

Su acción no necesita terminar para ser completa: *brillar, nadar, ver, etcétera*.

DESINENTES O PERFECTIVOS

Su acción no está completa hasta que termina: *comer, nacer, morir, salir, entrar, etc.*²⁵

INCOATIVOS

Aunque lo fundamental es que significan que la acción o estado comienza, es también importante señalar que, a veces, además del comienzo especifican también la duración, como es el caso en *enriquecerse*.

²⁵ Estos límites no son seguros pero es fundamental distinguir ambos modos de acción para evitar que se interprete mal el aspecto verbal y se confunda el modo de acción con el aspecto.

Tienen varias formas:

- 1) Sufijo *-ecer*: *anochecer*, *enrojecer*, etc.
- 2) Valor especial de los tiempos en algunos verbos permanentes:
 «lo supe» = lo comencé a saber,
 «ya lo habrá visto» = ya lo habrá comenzado a ver.
- 3) Reflexivos de afecto y emoción, transitivos sin el reflexivo e intransitivos con él: *enojar/enojarse*.
- 4) Reflexivos de entrada en un estado. Son siempre intransitivos salvo uso extenso, como en «dormir al niño»: *dormir/dormirse*.
- 5) Verbos cuya significación es por sí incoativa: *empezar*, *iniciar*.

A veces pueden considerarse como reflexivos de entrada en un estado: *empezarse*, *iniciarse*.

FRECIENTATIVOS E ITERATIVOS

Son *frecuentativos* los verbos que expresan una acción frecuente o habitual por un procedimiento gramatical, o por su valor semántico: *tutear*, *cecear*, *sesear*, *visitear*, *cortejar*. Son *iterativos* los que expresan una acción que se compone de momentos repetidos: *golpear*, *besuquear*. Para A. Alonso y Henríquez Ureña, quienes insisten en las dificultades que plantea en muchos casos decir si un verbo es iterativo o frecuentativo, lo fundamental y decisivo consiste en que se indique o no una pluralidad de acciones.

Los procedimientos gramaticales para formar verbos de estos dos tipos son los siguientes:

- a) Sufijos: fundamentalmente *-ear* y sus refuerzos.
- b) Perífrasis con verbos modales: *volver a* + infinitivo (reiterativa).
- c) Prefijo *re-*: *repicar* (iterativo).
- d) Compuesto iterativo por repetición: *canta canta*; *ríe ríe*; *llora llora*.

13.9. LAS FORMAS NO PERSONALES Y SU DOBLE VALOR EN EL CONTEXTO

Estas formas o verboides tienen régimen verbal y por ello admiten los modificadores característicos del verbo, salvo los de número y persona. Al

mismo tiempo funcionan como sustantivos (infinitivo), adjetivos (participio y gerundio) y adverbios (gerundio). Recogemos los siguientes ejemplos de M. Manacorda:

Infinitivo: Recorrer Europa es mi aspiración.
o.d.

Participio: Ese problema resuelto por todos
agente

Gerundio: a) Subía, cantando una canción (adverbial)
mod. verbo o.d.

Gerundio: b) En aquel cuadro aparecían mujeres lavando ropa (adjetivo).
o.d.

En todos los ejemplos el objeto directo o el agente caracterizan el régimen verbal. El predicativo y las formas pronominales son también modificadores típicos del verbo y de los verboides o formas nominales: «leerlo», «diciéndolo», «elegido presidente».

Insistimos en que además de su valor verbal el gerundio puede tener valor de adjetivo o de adverbio. Hay que hacer notar que estas formas nominales tienen siempre valor verbal, actual o virtual.

Cuando nos ocupamos antes de los modos ya señalamos que lo que el infinitivo indicaba era la virtualidad verbal. Las formas no personales, o verboides, tienen en común el no expresar tiempo, sino aspecto. Los verboides no son modos, porque no expresan la peculiar situación del hablante ante la acción. Son formas que por su doble valor se sitúan entre el sintagma nominal y el verbal.

E. Alarcos ha señalado el aspecto que expresan estas formas no personales, del siguiente modo ²⁶:

Podrían considerarse las formas no personales como un sistema de tres miembros: positivo, negativo y neutro de una sola dimensión, en cierto modo aspectual:

+	∅	-
pensado	pensar	pensando

Donde el término positivo es el «participio», por indicar el proceso en su término (su límite); miembro negativo el «gerundio», por indicar el proceso sin su término;

²⁶ Gramática estructural, p. 59. Para una breve historia de estos conceptos, con abundantes referencias cf. Constantino García, *Contribución a la Historia de los Conceptos Gramaticales. La aportación del Brocense*. Madrid (CSIC) 1960, par. 55-63. Para su situación en el cuadro de las categorías funcionales cf. A.M. Barrenechea, *Estudios de Gramática Estructural*, par. 3.22, y para los verboides en las perífrasis vid., en el mismo volumen de *Estudios*, pp. 70-90, «La frase verbal pasiva», de M.V. Manacorda.

miembro neutro el «infinitivo», por indicar el proceso sin atender a la posibilidad de término, esto es, en reposo.

Según G. Guillaume (*Langage et Science du Langage*, p. 187) el infinitivo va marcado positivamente en lo que se refiere a la *incidencia* (la realización) y negativamente en lo que se refiere a la *decadencia* (lo realizado). El gerundio va marcado positivamente en la incidencia (aceptada *in fieri*, perspectivamente) y positivamente también en la decadencia, aceptada *in esse*, positivamente. El participio lleva marca negativa en la incidencia y positiva en la decadencia. El infinitivo es acción virtual, el gerundio acción en curso y el participio acción realizada.

CAPÍTULO 14

El adverbio

14.1. INTRODUCCIÓN: CONCEPTO

La categoría del adverbio ha sido, tradicionalmente, el cajón de sastre donde entraban todas las formas invariables que no eran ni preposiciones ni conjunciones, es decir, simples nexos. En los griegos aparece ya como categoría receptora y ambigua: «adición al verbo», o, mejor, al *rema*, es lo que significa *epírrēma*, que es, por ello, la etiqueta que recubre lo que no cabe en las clases aristotélicas. El nombre que le dan los estoicos, *pandéktēs*, no hace más que acentuar este rasgo, al llamarlo «receptáculo universal», donde caben las palabras que expresan grado, modo, lugar, tiempo, afirmación, negación e interjecciones.

Sin embargo, aunque categoría «invariable», ciertos adverbios tienen algunas peculiaridades *morfológicas* que impiden considerar esta invariabilidad del mismo modo que la de las preposiciones y conjunciones. *Funcionalmente*, se ha dicho que son modificadores de otros modificadores (adjetivo o verbo), *términos terciarios* en la teoría de los rangos de Jespersen, lo cual tampoco es exacto indiscriminadamente. En cuanto a la *semántica*, por último, los hay de *significación plena* o de *significación vacía*, meramente referencial o anafórica.

Según Serge Karcevskij, es un determinante de marca cero; no tiene ni rección ni concordancia. Para convertirse en adverbio una palabra pierde los valores formales propios de la categoría nominal a la que pertenecía antes, o los de la categoría verbal, si se trata de una lengua en la cual pueden formarse adverbios a partir de verbos.

Aunque esta categorización formal de Karcevskij sea negativa, el adverbio es una *palabra completa*: «En su estructura asocia dos tipos de valores, el semántico y el formal (negativos), por lo que se distingue de las palabras incompletas o partículas (preposiciones, conjunciones, partículas propiamente dichas e interjecciones).»

Dada la condición negativa de la caracterización formal (que tiene sus limitaciones, como veremos), el rasgo identificador parece ser de tipo notional: su carácter semántico puede extenderse a todas las divisiones posi-

bles, incluso las que llamaremos *oracionales* o *proposicionales*: si consideramos la modalidad como una circunstancia, definiríamos los adverbios como *la expresión de la circunstancia*, invariable en género y número. Como pertenecientes al inventario gramatical de la lengua, a su plano paradigmático —inventario abierto, añadimos—, se diferenciarían de las construcciones circunstanciales (sintagmas preposicionales, generalmente) en que éstas últimas pertenecen al plano sintagmático.

En la psicomecánica de Guillaume (básica en el desarrollo posterior de Pottier), hay dos tipos fundamentales de categorías en el sistema: las *predicativas* y las *a-predicativas*. En estas últimas la materia predicativa se reduce a indicar las relaciones de *posición* y *dimensión*, en los tres campos semánticos de *espacio*, *tiempo* y *noción*. La preposición y la conjunción serían categorías *apredicativas*. El adverbio, en cambio, se sitúa en la parte de lengua predicativa más interna, en el mismo límite con las categorías *apredicativas*. Por ello, como ejemplifica Pottier en su *Systématique*, para adverbios procedentes de adjetivos, puede aplicarse también a los tres campos:

espacio	—	interiormente
tiempo	—	actualmente
noción	{	hablar bajo
	{	actuar enérgicamente

pero hay diferencias fundamentales, el valor cuantitativo que acompaña (p. ej. en *alto*, *bajo*, *profundo*), o el «contenido dimensional», característico, para él, de los elementos de relación cuya sustancia de contenido se sitúa en el grupo *coordinante* (frente a la *preposición*, que está en el subordinante).

Podemos ver la diferencia, con cierta claridad, a partir del hecho de que el adverbio tiene una sola orientación, mientras que la preposición tiene dos: *locución prepositiva* y *locución adverbial*. Por ello el adverbio no puede hacer de preposición:

El niño está fuera

pero se exige *de* en:

El niño está fuera de casa.

Todos los intentos de definición, de uno u otro modo, tienen fisuras, bien teóricas, bien de aplicación a las respectivas lenguas, porque es fundamental considerar que hay algunas en las cuales el paso del nombre (o del verbo) al adverbio se efectúa regularmente, por procedimientos paradigmáticos (un caso *instrumental* o *locativo*) o por otros cualesquiera.

14.2. FORMA

La condición de *invariable* del adverbio no es total. En primer lugar, los adverbios son modificados por los *apreciativos*, con carácter *diminutivo*

(*cerquita*), *aumentativo-despectivo* (*lejotes*, *arribota*). Este juego diminutivo/aumentativo está nocionalmente en relación con su capacidad (no universal) de admitir el morfema de *grado*, comparativo (*más cerca de*, *tan cerca como*, *menos cerca que*) o superlativo (*muy cerca*, *cerquísima*), con la peculiaridad formal de que, al tomar la terminación *—ísim—* del superlativo, la vocal final es la del adverbio positivo, seguida incluso de su consonante (*cerquísima*, *lejísimos*). Esto se produce tanto en España como en América. Por lo demás, en las zonas hispanoamericanas donde *-ote* o *-azo* han pasado a ser morfemas de superlativo, se utilizan también en el superlativo de los adverbios, con las mismas peculiaridades que *—ísim—* (*lejotes*, con la *-s* final de *lejos*, etc.), aunque *-azo* puede ser invariable (*arribazo*, no *arribaza*).

Se construyen adverbios de varios tipos añadiendo la terminación *-mente* (auténtico sufijo adverbializador, responsable del carácter abierto de este inventario) a la *forma femenina* de un adjetivo (*clara-mente*); en caso de admitir un sufijo aumentativo, la terminación *-mente* se añade al *adjetivo femenino* + el sufijo (*clarísimamente*, *buenazamente*).

La aplicación de estos criterios formales permite diferenciar varias grandes clases de adverbios: en primer lugar, los que llamaremos *oracionales* o *proposicionales* (afirmativos, negativos, dubitativos) no admiten el grado, por lo cual tendríamos que excluir de este grupo a las formas en *-mente* (*probablemente*, *ciertamente*), que sí lo admiten. Tampoco lo hacen los llamados *pronominales*, en el uso general, aunque aquí pueden encontrarse excepciones, de carácter dialectal o afectivo.

Formalmente interesan también los llamados *adverbios cortos*, o adverbios procedentes de adjetivos, sin otra marca formal que su invariabilidad. Así, al exponer algunas ideas de Pottier y Guillaume ejemplificábamos con estas formas: *hablar bajo*.

Este fenómeno, que llamaríamos de *adverbialización*, no es, pues, que un adjetivo pase a desempeñar la función que habitualmente desempeña un adverbio, sino que supone, simultáneamente, una diferenciación formal: la expresión que, como adjetivo, era variable, pasa a ser invariable como adverbio. El proceso, en total, es de cuatro grados:

- 1) una frase *rápida* (adjetivo)
- 2) el agua corre *rápida* (predicación referida a verbo y sustantivo)
- 3) hablar *rápido* (predicación adverbial, invariabilidad formal)
- 4) el agua corre *rápidamente* (adverbio por sufijación).

Otra observación formal es la que concierne a la sarta de adjetivos en *-mente*, coordinados: sólo el último lleva expresa la terminación *-mente*, que falta en los anteriores:

lisa y llanamente
breve, fácil y simplemente.

14.3. FUNCIÓN

Ya en 1540, Julio C. Scaligero señaló los rasgos que se han mantenido en las gramáticas tradicionales, a saber: modificador de

verbo (anda despacio)

adjetivo (muy alto)

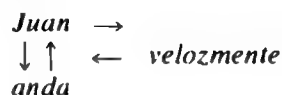
adverbio (muy mal)

A ello se han añadido, posteriormente, en este tipo de gramáticas, las modificaciones de

sustantivo (muy hombre)

frase (desgraciadamente, ocurrió así).

Esta condición de modificador de modificadores, o de dependiente de otros dependientes, no es admitida como definitoria por la crítica actual. Podemos decir que hoy se piensa más que su función es una incidencia a una relación y, más precisamente, a la relación que existe entre el predicado y cualquiera de sus argumentos. Para Angel López García, en su *Semántica Dinámica*, lo característicamente adverbial es la interferencia del adverbio en la relación entre dos elementos oracionales (uno de ellos el verbo, la expresión del predicado). Así, en *Juan anda velozmente*, el esquema que señala como adecuado es éste:



Es, en todo caso, un término dependiente, pues no tiene autoincidencia. B. Pottier (en su *Morphosyntaxe*, p. 79), siguiendo a Guillaume, señala que la incidencia de los adjetivos en *-mente* no es al verbo, sino a la incidencia del verbo al sustantivo, es una incidencia a otra incidencia.

La modificación del adverbio es de dos tipos:

directa: *muy mal, bien hecho*

indirecta: *los niños están bien.*

Esta función se puede extender a cualquier locución, o serie de palabras ligadas, que pasa así a ser *locución adverbial*, en el límite entre una serie de categorías que no parecen tener solución de continuidad: los circunstanciales sin preposición (*aquel año salió*), los circunstanciales en frases preposicionales (*en este momento sale*), las locuciones adverbiales (*lo hace de uvas a peras*), o los adverbios. En el campo oracional hablaremos de *oraciones adverbiales*, donde precisamente se replantean las cuestiones que deja pendientes la indefinición satisfactoria de la categoría. En sucesivos párrafos de este capítulo nos referiremos a algunos de estos puntos.

La relación más compleja de la categoría adverbial es con la categoría que Emilio Alarcos Llorach ha llamado *aditamento*. Caracteriza funcionalmente a los adverbios como signos mínimos, autónomos, con función de aditamento. Ello implica, desde luego, que sólo una parte de los adverbios tradicionales encajan en esta nueva categoría adverbial, más restringida y precisa: «Clase de signos o sintagmas autónomos nominales, caracterizados por funcionar como aditamento y presentar inmovilidad genérica y numérica (frente a los otros nombres).» Esto quiere decir que el adverbio es un nombre con función exclusiva y específica, inmovilizado en género y número.

Aunque en 14.6, *infra*, volveremos sobre este punto, digamos ahora que la función de *aditamento* es desempeñada por «términos marginales al predicado, al cual encuadran o matizan» (Alarcos, *Gramática Funcional*, p. 116). Estos términos, con frecuencia están caracterizados formalmente por preposiciones, pero no necesariamente:

En ese año ocurrieron muchas cosas / *Ese año* ocurrieron muchas cosas.

Los aditamentos se caracterizan por tres rasgos: el primero de ellos es que, en caso de supresión, no es necesario mantener en la oración (superficialmente considerada) ningún pronombre, frente a lo que sucede, por ejemplo, con los *suplementos* o *complementos preposicionales*: *hablaban del tiempo* / *hablaban de algo* / *hablaban de ello*, de manera que su vinculación a la oración es muy laxa: pueden aparecer en número amplio y variable, y desaparecer sin dejar rastro. El segundo rasgo caracterizador es, precisamente, esa capacidad para aparecer varios, en la misma oración, lo cual no es posible en las otras modificaciones del predicado, o argumentos, a menos que vayan coordinados: *aquel año vivía en París, con su hermana, en una casita cerca de Versalles*. Por último, en tercer lugar, los aditamentos se caracterizan por su gran movilidad dentro de la oración, casi completa libertad de orden: *en una casita cerca de Versalles vivía en París aquel año, con su hermana*, etc.

Aunque el criterio definitorio de la categoría es el funcional, y a él obedecen los tres rasgos señalados, desde nuestro punto de vista añadiríamos que, *nocionalmente*, se caracterizan por expresar una circunstancia concomitante de la *situación* verbal. Este criterio, desde luego, conviene a otras formas lingüísticas que, para Alarcos, no son aditamentos, entre ellas algunos adverbios tradicionales, como trataremos de exponer en 14.6.

14.4. SIGNIFICACIÓN

Al hablar de la función, hemos tenido ocasión de señalar la relación tradicional de la función de incidencia con una significación de modificador, con varios matices. También es tradicional su relación con los pronombres, que ha permitido una doble división:

Adverbios pronominales: Interrogativos, relativos, demostrativos, indefinidos, cuantificadores.

Adverbios propiamente dichos o nocionales: De tiempo, lugar, cantidad, modo, afirmación, negación, duda.

E incluso una triple, añadiendo un adverbio que funciona como una conjunción:

Adverbio conjuntivo: bien.

En *La oración y sus partes*, Rodolfo Lenz formuló explícitamente (página 495) las conmutaciones semánticas:

«aquí es (en) este lugar, entonces (en) ese tiempo».

Señala también cómo, frente a la definición, común, de modificador de verbos, hay incluso adverbios que nunca acompañan al núcleo del predicado, como *muy*. Claro está que, en ese ejemplo, se trata de una alternancia entre *muy* / *mucho*, el primero acompaña a adjetivos y el segundo a verbos.

La constatación de la equivalencia en otras construcciones, como hemos visto en las conmutaciones semánticas de Lenz, apoyadas, desde luego, en los presupuestos científicos, más complejos, del transformacionalismo, sirve de base a búsquedas de la derivación del adverbio, como categoría superficial, desde una frase preposicional de la estructura profunda, por medio de transformaciones. Así lo expone, por ejemplo, William W. Cressey, para llegar al adverbio relativo *donde*, a partir de las oraciones profundas expresadas en el punto 1), por una transformación de relativo | + REL|:

- 1) *Salió del lugar.*
Estaba en cierto lugar.
- 2) *Salió de el* # *estaba en cierto* | + REL| *lugar.* # *lugar.*
- 3) *Salió del lugar* # *estaba en cierto* | + REL| *lugar.*
- 4) *Salió del lugar* # *en cierto* | + REL| *lugar estaba.*
- 5) *Salió del lugar* # *en el* | + REL| *estaba.*
- 6) *Salió del lugar* # *en el* | + REL| | + NOMBRE| *estaba.*
| - PRO|
- 7) *Salió del lugar* # *en el* $\left\{ \begin{smallmatrix} \text{que} \\ \text{cual} \end{smallmatrix} \right\}$ *estaba.*
- 8) *Salió del lugar* # *en* [+ REL) [+ NOMBRE] *estaba.*
[+ PRO]
- 9) *Salió del lugar* # *en que estaba.*
- 10) *Salió del lugar* # *en* [+ REL] [+ LOC] *estaba.*
[+ PRO]
- 11) *Salió del lugar* # *en donde estaba.*
- 12) *Salió del lugar* # [+ REL) [+ LOC] *estaba.*
[+ PRO]
- 13) *Salió del lugar donde estaba.*
- 14) *Salió de* # [+ REL] [+ LOC] *estaba.*
[+ PRO]
- 15) *Salió de donde estaba.*

Con propósitos didácticos, F. Lázaro Carreter ha presentado resúmenes de transformaciones similares para otros adverbios:

Modo:

- 1) Los bomberos acudieron de una manera.
La manera fue rápida.
- 2) Transformación de incrustación: 0 # 0 (una oración en otra).
- 3) Transformación de relativo:
Los bomberos acudieron de una manera que fue rápida.
- 4) Transformación de supresión:
Los bomberos acudieron de una manera rápida.
- 5) Transformación adverbial:

Los bomberos acudieron $\left\{ \begin{array}{l} \text{aprisa} \\ \text{rápidamente} \\ \text{deprisa.} \end{array} \right.$

De este modo, a partir de frases preposicionales profundas con *manera* tendríamos:

de una manera $\left\{ \begin{array}{l} \text{buena} > \text{bien} \\ \text{mala} > \text{mal.} \end{array} \right.$

En otros grupos, paralelamente, para el *tiempo* podríamos tener, p. ej.:

en el día actual = hoy
en el momento actual = ahora
en ningún momento = nunca
en un momento anterior = antes,

o, para el *lugar*:

presente: [+ cerca – lejos] aquí
[– cerca – lejos] ahí
[– cerca + lejos] allí

en un lugar próximo = cerca
en un lugar interior = dentro.

El resumen tiene, necesariamente, un carácter muy elemental. No obstante, lo que se pretende con este criterio es eliminar el elemento *adverbial* de las reglas de la base, lo cual no parece ser hoy la solución preferida. El criterio descansa fuertemente sobre los valores nocionales de las formas lingüísticas implicadas, por lo que no es adecuado para planteamientos formalistas o funcionalistas.

Por último, no todos los adverbios se comportan similarmente desde el punto de vista de su significación. Tradicionalmente se dividen en *conceptuales* y *pronominales*: los primeros tienen una significación propia, invariable, los segundos, llamados también *pronombres-adverbios*, tienen, como pronombres, significación ocasional, que varía según el referente.

14.5. CLASIFICACIÓN

Los distintos aspectos por considerar en la significación de los adverbios han incidido, fundamentalmente, en las clasificaciones propuestas, de las cuales ya hemos adelantado la más significativa, por decirlo así, en *conceptuales* y *pronominales*. No todas las divisiones, o clasificaciones, sin embargo, se han hecho con criterio significativo.

Rodolfo Lenz, citado en el apartado anterior, los clasifica, *formal* y *lógicamente*. La primera de estas clasificaciones, la *formal*, comprende cuatro grupos principales:

Primitivos: son, formalmente, adverbios básicos, divididos en dos grupos: *simples*, como *bien*, y *compuestos*, como *anteayer*; en los compuestos debe entrar un simple.

Adjetivos adverbializados: sólo, recién.

Derivados de adjetivos: coinciden, como los anteriores, a diferencia de los *primitivos*, en ser secundarios formalmente, y se distinguen por la presencia del sufijo adverbializador de adjetivos: *-mente*.

Locuciones o frases adverbiales: Algunas, como *enfrente*, diferenciadas de los primitivos compuestos porque no entra en su composición ningún adverbio primitivo simple. Puede haberse llegado a la palabra gráfica o no: *tal vez*, *a menudo*.

La *clasificación lógica* es un reflejo de la distinción entre pronominales y conceptuales:

Los *determinativos* serían los proadverbios o pronominales.

Los *calificativos* serían los conceptuales: *bien*, *mal*, los adjetivos adverbializados y los en *-mente*.

El problema de los pronominales incide también en una posible *división por las personas del discurso*, que separaría los correspondientes a las personas del discurso o *subjettivos* (*aquí*, *ahí*, *allí*) de los *objetivos* o nocionales.

Esta condición de *objetivos* y *subjettivos* interactúa con la *clasificación semántica* tradicional, en cinco grandes grupos:

LUGAR	{	<i>subjettivos</i> o <i>deícticos</i> (<i>aquí</i> , <i>allí</i> ...)
		<i>objetivos</i> o <i>espaciales</i> (<i>arriba</i> , <i>abajo</i> , <i>detrás</i> ...)
TIEMPO	{	<i>subjettivos</i> (<i>entonces</i> , <i>cuando</i> , <i>hoy</i> ...)
		<i>objetivos</i> (<i>antes</i> , <i>después</i>)

CONDICIÓN	{	<i>causa: por qué.</i> <i>modo: cómo, así.</i> <i>fin: para qué.</i> <i>medio: con que, así.</i>
INTENSIDAD (extensión o cantidad)	{	<i>subjetivos: cuanto, tanto, cuan, tan.</i> <i>objetivos: mucho, muy, medio, nada, más, menos.</i>
MODALES DE FRASE	{	Asertorios { <i>Afirmativos: sí</i> <i>Negativos: no</i> Problemáticos: <i>acaso</i> Apodícticos: <i>en absoluto.</i>

En esta clasificación (Lenz, cit., cap. VI) y especialmente en los de *condición*, donde sigue expresamente (pár. 145) a Wundt, se observa nítidamente la elaboración *ad hoc* de la teoría: las formas lingüísticas que aquí aparecen como adverbios son las que introducen las *oraciones adverbiales* (*subordinadas* de la gramática tradicional). La argumentación que apoya el carácter adverbial de las subordinadas se refuerza, circularmente, con la presencia entre los adverbios de sus partículas introductorias. El argumento circular se cierra con este aserto, ya nada sorprendente (p. 221): «Se ve que los adverbios relativos se usan como conjunciones subordinantes.»

El valor funcional de los adverbios relativos aparecía claro en la antigua división de la gramática académica (el *Esbozo* ha eliminado la categoría del adverbio: de cajón de sastre a caja vacía). Para la Academia, con criterio que al propio Alarcos ha caracterizado como funcional, en cierto modo, una triple distinción los agrupaba en *interrogativos* (cuya función era preguntar), *demonstrativos* (que responden) y *relativos* (refieren al demostrativo un concepto atributivo).

Otra posible clasificación, de tipo tradicional, basada en la *Gramática* de A. Alonso y P. Henríquez Ureña, a partir de la distinción en *conceptuales* y *pronominales*, sería la siguiente:

CONCEPTUALES

- a) Afectan directamente a la oración, que, en principio, salvo adverbio en contrario, es siempre afirmativa:

Afirmación: *sí, en efecto, efectivamente, también, ciertamente...*

Negación: *no, ni, tampoco.*

Duda: *acaso, quizás, tal vez, probablemente, dizque, ...*

- b) Afectan indirectamente a la oración:

Tiempo: *antes, después, luego, presto, tarde, temprano, pronto...*

Lugar: *cerca, lejos, enfrente, delante, adelante, detrás, junto, abajo...*

Cantidad: *mitad, muy, mucho, bastante, menos, más, medio...*

Modo: *bien, mal, despacio, aprisa, apenas, aposta, hasta* (diferenciado de la preposición), *tal, así*, y la mayoría de los terminados en *-mente*.

Ordinales: *primeramente, segundamente...*

PRONOMINALES

- a) *Demostrativos*: Relacionados con los pronombres demostrativos:

Lugar: *aquí, allí, ahí, acá, allá...*

Tiempo: *ahora, hoy, mañana, ayer, anteayer, anoche, entonces...*

- b) *Interrogativos exclamativos*: Relacionados con los pronombres del mismo tipo:

Tiempo: *cuándo*

Lugar: *dónde, adónde, dó* (arcaico)

Modo: *cómo, cuál* (arc.)

- c) *Relativos*:

Tiempo: *cuando*.

Lugar: *donde, adonde, do* (arc.)

Modo: *como, cual*.

- d) *Indefinidos*:

Tiempo: *siempre, nunca, jamás* (con matices afirmativos o negativos)

Lugar: *dondequiera, doquier* (arc.)

Hemos eliminado de la ennumeración los de *cantidad*, que no aceptan, por distintas razones, ni Lenz ni Alarcos, y que podían ser *demostrativos* (*tanto, tan*), *interrogativo-exclamativos* (*qué, cuánto* y el arcaico *cuán*), *relativos* (*cuanto, cuan*), o *indefinidos* (*nada, todo, mucho, demasiado, harto, poco, algo*).

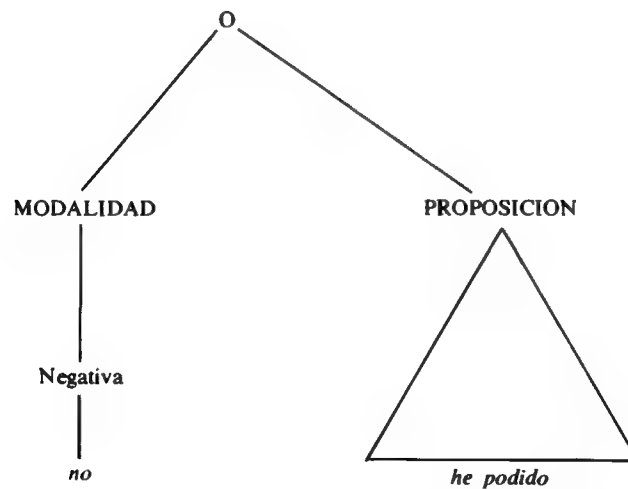
Los criterios para esta eliminación son variables: en el caso de los *indefinidos*, o bien no se aprecia carácter pronominal (*mucho, demasiado, todo, poco, harto*), pues hay una mínima sustancia semántica predicativa, o bien se trata simplemente de sustantivos: *algo, nada*, algo particulares, por su contenido neutro (pero no su forma, no se pueden unir al artículo neutro *lo*, ni a los pronombres neutros indiscutibles, como *esto, eso*).

Respecto a los cuantitativos, precisamente, es interesante llamar la atención sobre la definición de Ana María Barrenechea, para quien, por su función en el contexto, «los 'adverbios' son las palabras que tienen las funciones privativas de modificadores directos de adjetivos, de sí mismos y de construcciones exocéntricas equivalentes, y la función no privativa de modificador del verbo, sólo con carácter circunstancial». Si se tiene en cuenta que hemos eliminado los cuantitativos, al menos en la serie pronominal, se reducen drásticamente los adverbios con función privativa, que, para la autora, «son, en general, los de cantidad».

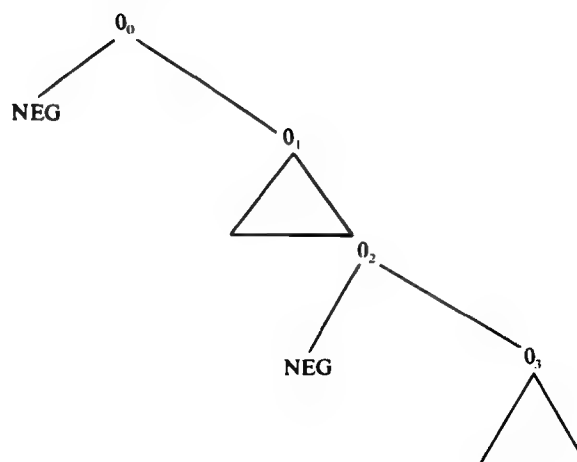
Alarcos, por su parte, se une a Guillaume y Pottier en lo que concierne a su relación con la sustancia semántica, con dos grandes grupos:

- a) *Situación*: encuadran lo enunciado, situándolo en las dos grandes esferas de *lugar y tiempo*.
- b) *Noción*: Aquí caben distinciones, pues, o bien inciden sobre el valor del núcleo del predicado o el de algún elemento, o bien se refieren a toda la oración. Tienen así matices de *modo o cantidad* (quedan excluidos los pronominales cuantitativos), o bien expresan conformidad de lo enunciado con la realidad, con uno de estos tres valores posibles: *afirmación, negación, o duda*.

Los tres últimos, los de *afirmación, negación o duda*, tienen otros problemas, en un tratamiento descriptivo a partir de estructuras de superficie, como hace Alarcos: son autónomos, pueden constituir manifestaciones lingüísticas completas (*sí, no, acaso*), con la excepción de *sí* aparecen como aditamentos (*no quiere facilidades; acaso sea la última ocasión*) y, por último, *no* es de situación fija e inmóvil, adosado al verbo. Para los generativistas estos adverbios son equivalentes a una oración, en unos casos, o bien elementos indicadores de modalidad, directamente dependientes del nudo oracional, considerando la oración como un par {modalidad, proposición}, así:



sería la representación correspondiente a *no he podido*. Con modalidad afirmativa enfática tendríamos *sí, he podido*, frente a la afirmativa no enfática: *he podido*, donde, en superficie, la expresión de la modalidad es cero, no se hace patente. Esta posibilidad es un desarrollo del punto de vista de Lakoff, resumido en esta afirmación: «existe un grupo de adverbios que se originan en la oración que domina a la oración o a la frase verbal que modifican en la estructura superficial», lo cual permite una representación recurrente de este tipo:



y así sucesivamente.

Siguiendo con la gramática generativa, cabe añadir una observación más específica, en relación con la posibilidad de subcategorizar determinadas formas lingüísticas como *adverbiales*. R. Steinitz critica el modelo de *Aspectos* y, para desarrollarlo, en el ejemplo de la categoría *Adverbial* se muestra que las categorías *Tiempo*, *Loc* (lugar), *Duración*, propuestas por Chomsky, con sólo pseudoconstituyentes que deben analizarse, para su coherencia, en complejos de rasgos sintáctico-semánticos. Steinitz dice también que la subcategorización del verbo propuesta por Chomsky no basta para los *adverbiales* (*adverbials*). Su solución respeta los principios de *Aspectos*, pero en el límite del modelo: en primer lugar, tratamiento semántico de las regularidades del comportamiento de los *adverbiales*, en segundo, Sintaxis, como reflejo de esa Semántica.

Podemos decir, justificadamente —creemos— tras todo lo anterior, que se trata de una categoría heterogénea, que habría que redistribuir, al menos, en tres grupos, puesto que se dan las siguientes diferencias:

- 1) Adverbios como *sí*, *no*, *quizás*, se refieren a toda la cláusula, son *indicadores de modalidad* de la misma, expresan si es *afirmativa*, *negativa*, *dubitativa* o, incluso, *enfática*. Son adverbios *oracionales* o *proposicionales*.
- 2) Adverbios como *aquí*, *hoy*, caracterizados por su *significación ocasional*, emparentados por ello con los pronombres, con quienes también lo están históricamente. Alarcos los llama *situacionales*, los llamaremos *pronominales*.
- 3) Adverbios como *bien*, *totalmente*, caracterizados por su *significación plena*, y *morfológicamente* diferenciados por admitir el *morfema de grado* plenamente (comparativo y superlativo, sintético y analítico). Desde el punto de vista lexicológico hay que admitir que pueden tener un sufijo caracterís-

tico, *-mente*, unido a una forma femenina del adjetivo: *nueva-mente*. Alarcos los llama *nocionales* y cree que, por ser los únicos a los que conviene la función de aditamento, a ellos está restringida la condición de adverbios.

14.6. LÍMITES DE LA CATEGORÍA

Creemos que pueden establecerse hasta tres límites: el primero de ellos dejaría fuera de la categoría a los que hemos llamado *oracionales* o *proposicionales*, dentro del cual, sin embargo, habría que delimitar, nuevamente, el papel particular de la negación en español. En los restantes adverbios podemos considerar, como denominador común, su carácter nocional de *circunstancia*, junto a sus peculiaridades morfológicas, o bien, siguiendo a Alarcos, podemos trazar un nuevo límite, de índole funcional, según su carácter, positivo o negativo, de *aditamento*. En una gramática de valencias, por último, sería típico el rasgo de no implicar en el verbo ninguna valencia, su presencia, ausencia o número no suponen en el verbo una valencia *n* o \emptyset (cero), simplemente no tienen nada que ver con las valencias verbales, al igual, lógicamente, que los circunstanciales, frente a los restantes complementos.

Respecto a su condición de *aditamento*, el estudio de la autonomía o dependencia de unidades que cumplen exclusivamente esta función permite a Alarcos establecer cuatro clases:

a) *Sin indicios funcionales de aditamento:*

A pesar de que algunos autores, como Ana María Barrenechea en su definición, pretenden diferenciar

Llegó temprano / Llegó el sábado

Alarcos no cree que se trate de un sintagma diferente de los llamados *adjetivos*. Hay, por supuesto, diferencias, el *temprano* de *llegó temprano*, frente a *primavera temprana* o *frutos tempranos*, es invariable en género y número. Los miembros de esta primera clase afectan sólo al núcleo verbal, el contexto y la situación son los que deslindan como aditamento a la frase nominal, cuya función es determinada por la *sustancia*.

Los *cuantificadores* (*más, menos, bastante, mucho, poco...*) son análogos a este grupo *a*), con varias peculiaridades: *más, menos* pueden equivaler, respectivamente, a *adición* (*vinieron todos más el perro*) o *sustracción* (*vinieron todos menos el perro*). *Nada* y *algo* son, también para él, fundamentalmente *nombres*. Sólo es propiamente un adverbio (*i.e.*, en su sentido funcional) el cuantificador *casi*, pues no aparece aislado en funciones nominales y adjetivas, pero sí como aditamento, en un contorno oracional: *¿Ganaste? - Casi*.

Despacio, apostá, apenas, adrede serían casos del tipo c), *preposición + aditamento*, que luego veremos, con apariencia de a). En cuanto a *bien, mal*, se trata de nombres, con distintas posibilidades:

bien / el bien / bien ingenuo
mal / el mal / mal arreglado.

Desde el punto de vista de la *sustancia* el centro es el adjetivo o nombre; desde el de la *forma* el centro es lo que Alarcos cree «mal llamado adverbio», funcionalmente un nombre.

Las expresiones temporales, como *hoy*, se reducen a nombres, núcleos, en ejemplos como *hoy martes; hoy, que es viernes*. Los *locativos* se dividen en dos grupos; en el primero estarían las llamadas *unidades nominales especializadas como aditamento*: se trata de formas procedentes del tipo *preposicional c)*, que admiten también *preposición (enfrente, abajo, encima, debajo / desde enfrente, desde abajo, hacia abajo, por encima)*; en el segundo estarían ciertas unidades autónomas (*aquí, allí, etc.*) que admiten *preposición (por aquí)* o una *aposición «adverbial» (aquí dentro)*.

En conjunto, esta categoría a) incluye *nombres*, con posibilidad de funcionar como *aditamento*, al igual que *jardín* en *en el jardín*, o *casa* en *para casa* (tipo c) o *ese año, el sábado, etc.* Hay, sin embargo, algunas fisuras, como *casi*, reconocidas por Alarcos.

b) *Indicios por derivación:*

Se trata del sufijo *-mente*, caracterizador, en exclusiva, de adverbios: *llegó últimamente*. Podríamos agregar aquí que las gramáticas tradicionales complican mucho la clasificación al agrupar a estos adverbios en distintos apartados, atendiendo a sus *usos metafóricos*. Por ello, *efectivamente, ciertamente* y similares se dan como adverbios de afirmación, lo cual no recoge con exactitud el proceso por el cual una expresión modal ha pasado a expresar el énfasis afirmativo.

c) *Con índices funcionales:*

Se trata de las frases preposicionales (*llegó en el tren de las doce*). Ya hemos comentado en a) cómo varios de estos complejos (*debajo, enfrente...*) se han amalgamado hasta constituir una sola palabra (a veces el plurisistema nos muestra el proceso vivo: *deprisa / de prisa...*).

d) *Con transpositor:*

Este grupo (*llegó cuando se habían marchado*) es muy interesante: la gramática tradicional llama *adverbios relativos* a los transpositores *donde*,

cuando, como y cuanto, y oraciones o proposiciones *subordinadas adverbiales* (o relativas adverbiales) a las cláusulas introducidas por ellos. Alarcos elimina *cuanto*, por ser un lexema de cantidad, estar relacionado con los cuantificadores y desempeñar función variable (*cuanto quiso / cuantas quiso*); además, para ser aditamento precisa la aparición de un índice funcional, con lo que pasa al grupo c): EN *cuanto llegue*. Considera que están limitados a encabezar términos adyacentes de nombres o de otros elementos de valor léxico afín, en frases nominales, y que responderían a la consideración de una amalgama del relativo *que* (denominado *que₂* en su teoría), un lexema de *lugar, tiempo, modo o noción*, y un indicio funcional de aditamento (preposición):

la casa donde nací / la casa en que nací (lugar)

El de aplicación más amplia es *donde*.

Respecto a la postura de Alarcos de considerar nombres a buena parte de los adverbios tradicionales, puede no ser ocioso recordar que un aspecto del problema, en relación con los *adjetivos*, ha sido tratado por uno de los más importantes responsables de la evolución de la gramática generativa. Jackendoff construye una *semántica interpretativa* que se diferencia del modelo de *Aspectos* en una serie de rasgos, de los que destacaremos tres:

- 1) Las restricciones selectivas y los rasgos de subcategorización (*cf.* nuestro esquema en el capítulo 1) se introducen en el léxico (y no en las expansiones de *N* y *V* por símbolos complejos, como proponía Chomsky).
- 2) Los símbolos categoriales son considerados como matrices de rasgos distintivos.
- 3) Dentro del componente semántico deben postularse unas *reglas de redundancia para artículos léxicos*. Estas reglas se aplican a los artículos léxicos que presentan como lexemática parte de la información que contienen, sin tener en cuenta en qué categoría se va a realizar, es decir, p. ej., independientemente de que se realice como adverbio o como adjetivo.

En lo que concierne, precisamente, a la distinción entre adjetivo y adverbio, el autor señala (p. 48) que, a pesar de que puedan compartir propiedades de selección, para evitar establecer dos veces éstas (una en el adjetivo, otra en el adverbio) no es adecuado reducir los adverbios a adjetivos.

Sin embargo, precisamente porque las reglas de redundancia para artículos léxicos son capaces de captar el concepto «artículos léxicos separados pero relacionados», esta reducción del adverbio al adjetivo puede evitarse. Así, en español, los adverbios en *-mente* aparecerán, a la vez, relacionados y diferenciados respecto a los adjetivos de su base. «Es más —prosigue—, la asunción de que las restricciones selectivas no se definen como condiciones de adecuación formal (*well-formedness*) en la estructura profunda, sino en las «lecturas» semánticas, implica que basta con la similitud de estructuras semánticas para explicar las paráfrasis que relacionan construcciones adjetivas y adverbiales; no es necesaria la similitud en la estructura profunda.»

Este criterio, frente a las transformaciones que vimos en párrafos anteriores, a la vez que defiende la existencia de una categoría *adverbio*, diferenciada, postula que éstos deben introducirse en la base, y no derivarse por transformación de un adjetivo en el mismo o similar lexema.

Nos parece clara la necesidad de introducir *nociones de sustancia* si se quiere definir un inventario adverbial en el léxico de la lengua, frente a la posibilidad sintagmática de que cualquier sustantivo funcione como aditamento precedido del correspondiente indicio, amén de otros que son funcionalmente aditamentos sin necesidad de él, como vimos al exponer el primero de los cuatro grupos de Alarcos. En este sentido exclusivo no hay, ciertamente, una función de adverbio, sino de aditamento. En cuanto a la posibilidad de existencia de una categoría gramatical rotulada como *adverbio*, apoyada necesariamente en criterios notacionales, junto a los morfológicos y funcionales, hay motivos para aceptarla.

Ya habíamos advertido, inicialmente, que un primer límite separaba a los que llamábamos *indicadores de modalidad*, es decir, *afirmativos*, *negativos* y *dubitativos* del resto de los adverbios tradicionales. De esos *indicadores* destaca la *negación*, sobre la que pueden hacerse algunas observaciones.

Digamos primero que, en el elenco de adverbios negativos, aparecen, a veces, *nunca* y *jamás*, los cuales expresan la noción de negación temporal: *en ningún tiempo*. Por ello, restringiremos estas observaciones sobre la negación a la forma *no*, y problemas más directamente relacionados con ella.

E. Coseriu ha señalado que el latín disponía, para la coordinación negativa, de *nec*, *neque* y *et non*. En castellano hay dos posibilidades de coordinación negativa: *ni*, y *no*; el tipo genérico para el término extensivo o neutro es, respectivamente, *et non*, y *no*. Sin embargo, frente al latín, se observan en castellano (y otros romances) una serie de peculiaridades. Así, mientras el latín decía

uidebatur neque erat

es imposible, en romance:

* *parecía ni era*
* *bebe ni come*.

En romance sólo es posible

ni bebe ni come
no bebe ni come

lo cual, a su vez, no es idéntico a

no bebe y no come
(no A) + (no B)

sin solidaridad en la negatividad. Ello supone que, en lo que concierne a la coordinación, en romance no hay coordinación positiva opuesta a la coordinación negativa, sino sólo coordinación y negación de la coordinación, donde la coordinación puede realizarse entre dos oraciones negativas, la primera de las cuales expresa la negación por *ni* o por *no* (o por pronombre negativo), mas no indiferentemente, pues si el primer término va negado por *ni*, el segundo debe llevar también esa forma de negación. No es posible utilizar una coordinación negativa, como hace el latín, para negar las dos cláusulas; como decíamos, no es posible **parecía ni era* en correspondencia con el *uidebatur neque erat* latino.

La forma *ni*, por su parte, habida cuenta de que, como ya hemos dicho, *no* ha de ser adyacente de verbos (cf. *infra*), permite resolver el problema de la negación del sustantivo. Así, cuando R. Ibáñez advierte de la imposibilidad de, frente a *Juan sirvió la comida en el comedor*, negar todos y cada uno de los elementos, p. ej. con **no Juan no sirvió no la comida no en el comedor*, el uso de *no* sólo permite, en efecto, *Juan no sirvió la comida en el comedor*, mientras que, explicitando verbalmente cada una de las situaciones, con *ni* podríamos tener una expresión enfática como *ni fue Juan, ni se sirvió, ni era la comida, ni fue en el comedor*, distinta de la misma construcción con *no*, y algo más próxima (aunque tampoco totalmente equivalente) a la construcción alternante *no... y no... y no...*

La negación de sustantivos, que correspondía, en español, al procedimiento lexicológico de prefijación negativa (*in-*, *a-*) se realiza con frecuencia con *no*, actualmente (*no alineación, no descanso, no útil*), tanto donde hay posibilidad de usar formas prefijadas (*inútil*), como donde no la hay. La incidencia de este nuevo sistema en el mecanismo lingüístico es, todavía, desconocida.

La negación puede comportar, también, importantes incidencias en varios campos: con los pronombres negativos interactúa con el *orden* en la frase, estableciendo selecciones, con alguna excepción posible. En relación con la interrogación puede producir ambigüedad, al igual que en los verbos llamados (*modales*) (o modificadores terciarios). Por último, con los verbos no modales actúa entre los factores que causan la selección modal, indicativo / subjuntivo.

En lo que concierne a los pronombres negativos, pese a haberse señalado la necesidad de su uso cuando aparece el adverbio *no*: *veo algo, no veo nada, veo a alguno, no veo a ninguno*, pueden encontrarse ejemplos en los que no es así. En la escena 2, acto I, del drama de G.M. de Jovellanos, *El Delincuente Honrado*, uno de los personajes, Felipe, se expresa así:

—«¿Carruaje? Cuantos pidáis. Mientras la cortes está en San Ildefonso, no hay cosa más de sobra en Segovia; pero, como yo no sabía dónde era nuestro viaje, *no me atreví a ajustar alguno*.»

La combinación de la negación con los pronombres negativos, además, tiene en cuenta, como señalan varios autores, entre ellos. M. Molho, una

restricción de *orden*: la negación se antepone al verbo y el pronombre se pospone:

no viene nadie; no dice nada.

La anteposición del pronombre conlleva la desaparición de la negación:

nadie viene; nada dice.

Si en el caso de *no viene nadie* hay dos negaciones que no se anulan, sino que se refuerzan; en otra construcción la respuesta depende de que se entienda la pregunta como *negación del enunciado* (de lo que se dice) o *negación de la enunciación* (del decirlo). Se trata de las preguntas negativas de *sí* o *no*: cuando decimos *¿quieres venir?*, la respuesta *sí* significa *sí quiero*, y *no*, *no quiero*; en cambio, al hacer la pregunta negativa:

¿no quieres venir?

La respuesta *no* significa *no quiero*, en español, cuando, paralelamente a lo anterior, debería significar * *no no quiero*, es decir, *sí quiero*. Del mismo modo, la respuesta *sí* significa *sí quiero*, en vez del lógico * *sí no quiero*, es decir, *no quiero*. (No todas las lenguas funcionan del mismo modo, en ruso, por ejemplo, las respuestas tendrían un sentido inverso al español, *da* «sí» querría decir *no quiero*, *niet* «no» querría decir *sí quiero*). Cuando el español contesta *sí* a la pregunta, queriendo decir que efectivamente quiere ir, se atiene a la enunciación, el ruso, en cambio, expone su acuerdo, o desacuerdo, con el enunciado, que es una invitación a ir, por lo que su respuesta es inversa. (De los temas de *enunciado* y *enunciación* volveremos a ocuparnos, a propósito de las causales.)

La ambigüedad ligada a la negación se hace también patente en las construcciones con los llamados *verbos modales*. Si comparamos estas tres oraciones:

- 1) *Juan puede venir*
- 2) *Juan puede no venir*
- 3) *Juan no puede venir*

veremos que la negación de 1) no es 2), sino 3). En efecto, 2) significa tanto que «Juan puede no venir» como que «Juan puede venir», de modo que es equivalente a 1), ha variado el *sentido*, solamente. Para negar una perífrasis con un auxiliar modal, la negación debe afectar al verbo auxiliar.

Por último, entre otras peculiaridades de la negación, señalaremos la *selección del modo*, que podría completarse con el tema de la recursividad negativa, al que se refiere Ángel López (*Semántica Dinámica*, p. 136). Los verbos de opinión, como *creer*, a diferencia de los modales que hemos visto, ofrecen dos posibilidades de negación; en una oración como:

- 4) *creo haberlo dicho*

hay dos negaciones posibles:

- 5) *creo no haberlo dicho*
- 6) *no creo haberlo dicho.*

La falta de equivalencia de ambas es patente si, en lugar de un infinitivo, utilizamos una completiva. Entonces, veremos que el verbo de la completiva que corresponde a 5) *creo no haberlo dicho* tiene que ir en indicativo (el sujeto de *creer* y el de *decir* es el mismo, la primera persona):

- 5') *creo que no lo he dicho*

y es inadmisble el subjuntivo (en la lengua actual):

- 5'') * *creo que no lo haya dicho.*

Esto no sucedió así en todas las épocas. Ángel Manteca Alonso-Cortés me proporciona los siguientes ejemplos:

- creet que non se-arrepienta* (LBA, v.710)
- creo que no s' nos tenga en las carnicerías* (LBA, v.1072)
- Imagino que no quedasse hecha aldea aun de cien vezinos* (A. Guevara, *Menosprecio*, 1539).

En cambio, en la completiva que corresponde a 6) *no creo haberlo dicho*, el verbo tiene que ir en subjuntivo:

- 6') *no creo que lo haya dicho*

y no es admisible el indicativo (sin variar la sustancia):

- 6'') * *no creo que lo he dicho.*

La recursividad de la negación:

- 7) *no creo no haberlo dicho*

implica el subjuntivo

- 7') *no creo que no lo haya dicho*

mientras que el indicativo es anómalo, o supone cambio significativo:

- 7'') * *no creo que no lo he dicho.*

También aquí la diferencia radica en la *negación del enunciado* (niego el contenido del hecho) o en la *negación de la enunciación* (niego la expresión de ese contenido).

**BIBLIOGRAFÍA CITADA EN ESTE CAPÍTULO,
NO RECOGIDA EN LA GENERAL FINAL**

- COSERIU, Eugenio: 1968. «Coordinación latina y coordinación románica». En *actas del III Congreso Español de estudios Clásicos, III. Coloquio de estudios estructurales sobre las lenguas clásicas*. Madrid, págs. 33-57. Recogido en *Estudios de Lingüística Románica*, Madrid, Gredos, 1977 (VIII), págs. 203-230.
- GUILLAUME, Gustave: 1969. *Langage et Science du Langage*. Quebec-París, Les Presses de l'Université Laval, Librairie A.-G. Nizet.
- JACKENDOFF, Ray: 1972. *Semantic Interpretation in Generative Grammar*. Cambridge (Mass.), M.I.T. Press.
- KARCEVSKIJ, Serge: 1936. «Sur la nature de l'adverbe», *Travaux du Cercle Linguistique de Prague*, VI, 107-111.
- LAKOFF, George: 1965. «Passives, Adverbs and Quantifiers», en *Irregularity in Syntax*. N. York, Holt, págs. 156-187.
- POTTIER, Bernard: 1962. *Systématique des Éléments de Relation*. París, Klincksieck.
- STEINITZ, R.: 1969. *Adverbial Syntax*. Unter Mitarbeit von Ewald Lang. Berlin, Ak. Verlag. *Studia Grammatica* X.

CAPÍTULO 15

Partículas: Preposición y conjunción

15.1. LA PREPOSICIÓN

Estas dos últimas partes de la oración, que formaban una sola categoría para los primeros gramáticos, se definen como elementos relacionantes. Podemos considerarlas morfemas, sin significación léxica, si bien no están exentas de significación gramatical, como veremos.

Un ejemplo de tratamiento tradicional puede ser el de H. Keniston ¹, quien define la preposición como:

Expresión que conecta un sustantivo a otro sustantivo, o a un verbo, formando una frase con valor adjetivo o adverbial.

Y las divide en *simples* y *compuestas*.

Las preposiciones simples son las que se expresan con una sola palabra. Las preposiciones compuestas se forman por combinación de un sustantivo, adjetivo o adverbio y una preposición, y se usan con la misma fuerza unitaria que una preposición simple.

El estudio de la preposición en español se ve facilitado hoy día por el detenido examen de M.^a L. López, *Problemas y Métodos en el Análisis de Preposiciones*, en el que nos basamos principalmente.

Después de muchas tentativas de definición ², que no nos interesan ahora especialmente, podemos dar la de la *Gramática* de Lancelot y Arnauld, más conocida como de Port Royal:

Es el exponente de una relación considerada de una manera abstracta y general, e independiente de todo término antecedente y consecuente.

¹ *The Syntax of Castilian Prose*, § 1.35.

² Que el lector interesado podrá encontrar resumidas y ordenadas en el citado libro de Maria Luisa López, pp. 14-17. Vid. et. R. Trujillo, en la bibliografía.

Esta definición, según M.^a L. López ³, está completamente al día y es la que aparece «en la base de la teoría de Viggo Bröndal, que define las preposiciones como palabras cuya función es expresar una relación, pero una relación pura sin consideraciones directas a los objetos o a las situaciones».

Con una perspectiva traslaticia podemos citar la conocida definición de Rodolfo Lenz, que sigue siendo válida ⁴.

Palabra invariable que sirve para transformar un sustantivo en atributo o complemento de otro elemento de la misma oración.

M.^a L. López ⁵ la define con estas palabras:

Si nos colocamos en el plano del *discurso*, podemos definir la preposición como el elemento que pone en relación dos términos A y B, pudiendo ocurrir que el segundo no esté expresado.

Para R. Lapesa (comunicación personal) «la preposición indica una determinada relación abstracta y general cuyos matices significativos dependen de la situación y el contexto (en el que se incluyen, claro está, los términos antecedente y consecuente).»

15.1.1. Forma

Por su forma, tenemos que hablar de preposiciones *propias* y de *locuciones* (o grupos de palabras) *preposicionales* o *frases prepositivas*.

Son invariables.

a, ante, bajo, con, contra, de, desde, en, entre, hacia, hasta, para, por, según, sin, sobre, tras.

Son anticuadas *cabe* y *so*, pero su uso continúa en frases hechas.

La preposición *so* no tiene nada que ver con la forma *so* que se usa en exclamaciones del tipo *¡so tonto!*, *¡so listo!*, etc. Esta segunda forma es una evolución del sustantivo *señor*, totalmente gramaticalizada.

Las frases prepositivas son muy abundantes: *delante de, detrás de, etc.*

15.1.2. Función

De acuerdo con Amado Alonso y Pedro Henríquez Ureña, podemos definir la preposición como partícula de subordinación. Por ello, los dos elemen-

³ *Ibid.*, p. 17. Cfr. tb. Pedro Carbonero, en la bibliografía.

⁴ *La oración y sus partes*, p. 496.

⁵ *Op. cit.*, p. 24.

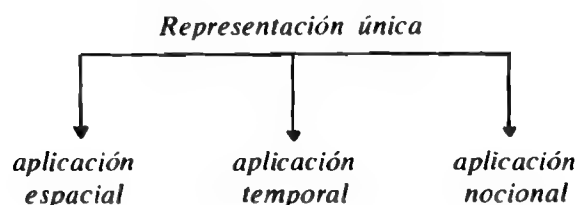
tos unidos por esta partícula no tienen el mismo valor: el primer elemento o subordinante se llama *núcleo*; el segundo (o subordinado), *término* de la preposición, y en la subordinación en general, complemento. «Las preposiciones encabezan ciertos elementos e indican de qué manera se complementa el núcleo.»

15.1.3. Significación

En el estudio de la significación de las preposiciones, como en general en todo este apartado, seguiremos a M.^a L. López, y partiremos de los siguientes hechos ⁶:

Cada preposición no tiene, en principio, en *lengua*, más que una significación. Esta significación está formada por la reunión de un cierto número de rasgos pertinentes que forman una imagen susceptible de ser dibujada *grosso modo*. De tal manera que la significación en lengua de una preposición equivale a su representación. En el *discurso* es donde las preposiciones adquieren matices nacidos del contexto. En este aspecto coinciden V. Brøndal y B. Pottier.

B. Pottier ⁷ propone el siguiente esquema:

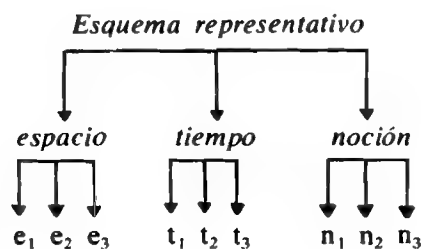


Con los niveles:

1. Unidad de representación

2. Tripartición

3. División ilimitada en el discurso



Espacial: «Voy *a* Madrid».

Temporal: «Iré *a* las cinco».

Nocional: «*a* ser eso cierto hay gran diferencia».

⁶ *Ibid.*, p. 129.

⁷ *Systématique des éléments de relation*, pp. 126-127.

M.^a L. López ⁸ nos da la siguiente interpretación:

Es decir, que para definir la significación de las preposiciones tendremos que buscar, bajo la multiplicidad de efectos de sentido del discurso (nivel 3), agrupaciones en tres campos de aplicación (nivel 2), y después extraer los rasgos pertinentes, cuyo conjunto constituirá el esquema representativo del morfema (nivel 1).

La significación de las preposiciones se define, pues, sobre dos coordenadas:

- 1.^a El eje sintáctico.
- 2.^a El eje semántico.

La información sobre los elementos relacionados por la preposición nos la da el eje sintáctico, mientras que el semántico nos informa sobre el contenido espacial, temporal y nocional (o los tres conjuntamente) de la preposición.

No podemos dedicarnos aquí a detallar los usos de las distintas preposiciones y sus valores significativos o, mejor, el valor significativo de las relaciones que señalan, pues no podemos pretender resumir en pocas líneas lo que se encuentra en todo el libro de M.^a L. López. Esta dedica su capítulo VIII a un intento para establecer un sistema de oposiciones dentro de las preposiciones españolas ⁹:

Las oposiciones están realizadas según tres planos: plano *gramatical*, plano *de sentido* y plano *facultativo*. En el plano gramatical registramos aquellas oposiciones formadas por construcciones que necesariamente exigen una preposición. Por ejemplo, el objeto directo de persona exige la preposición *a*, mientras que el de cosa no lo exige.

Las oposiciones de sentido, como su nombre indica, están constituidas por frases de igual contorno, pero con preposiciones diferentes, que cambian por completo el sentido de la frase. Pensemos, por ejemplo, en *salir de Nueva York* / *salir para Nueva York*.

En el grupo de oposiciones facultativas hemos registrado aquellos casos en que es indiferente el uso de una u otra preposición; así, *lo dijo en broma* / *lo dijo de broma*. Son los casos de posibilidad de permutación, de neutralización de preposiciones.

Tras el estudio de las oposiciones establecidas según estos tres planos quedan demostrados los matices sutilísimos que podemos expresar por medio de las preposiciones. La autora ¹⁰ lo ejemplifica con las diferencias entre *creer a Pedro* / *creer en Pedro*; *estar por salir* / *estar para salir*. Estos matices quedan neutralizados en otra serie de casos, cuando varias preposiciones expresan la misma relación: *a la luz de la luna*, *bajo la luz de la luna*, *con la luz de la luna*; *entrar a la iglesia*, *entrar en la iglesia*, etc.

⁸ *Op. cit.*, p. 133.

⁹ *Ibid.*, p. 147.

¹⁰ *Ibid.*, p. 209.

15.1.4. Preposición y prefijo

También se ha querido ver un tipo de relación entre la preposición y el prefijo ¹¹; para Pottier «el prefijo es una variante combinatoria de la preposición, cuando un término de la relación no está expresado» ¹². Es evidente que en muchos casos hay una relación innegable, pero Pottier (y M.^a L. López, que le sigue) lleva sus conclusiones demasiado lejos, y confunde el plano diacrónico con el sincrónico, como cuando dice ¹³:

«Antiguo español

'So la tierra cavar'
R B

se convierte en:

'so-cavar'
R A»

Con lo cual traza a continuación una fantástica relación prefijo \Leftrightarrow preposición:

Cuando ni el término B ni el término A están presentes:

'Sobre lo demás estar'
R B A

se convierte en:

'sobr-ar'
R (A)

donde no se ha tenido en cuenta que ese no es el origen de sobrar (< *superare*).

Con ello no queremos decir que estemos en total desacuerdo con los tipos de prefijación que señala el lingüista francés ¹⁴. No admitimos el cuarto tipo, que se explica exclusivamente por razones históricas, que nada tienen que ver con la prefijación en castellano, aunque sí en latín. También debe-

¹¹ B. Pottier, *op. cit.*, pp. 198-202, y M.^a L. López, *op. cit.*, cap. V.

¹² M.^a L. López, *ibíd.*, p. 87.

¹³ Seguimos la exposición de M.^a L. López, cap. V, *passim*.

¹⁴ *Ibíd.*, p. 89:

1.º parasíntesis interna: R-B-(A)... *Despeñar*.

2.º parasíntesis externa: R-x-(A)... *Encorchar*.

3.º prefijo-partícula: R-A... *Socavar*.

4.º prefijo-tema: R-(A)... *Sobrar*.

mos advertir que el tercer tipo también se explica históricamente, si bien en este caso dentro del castellano.

M.^a Luisa López, en su bien logrado libro, acepta con entusiasmo la tesis pottierina, pero en su cap. V, § 5.3 se aparta en la práctica de Pottier y sigue a V. Bröndal en la teoría de las «cabezas de Jano», o prefijos con doble valor¹⁵, lo que se opone a la tesis de prefijación preposicional de Pottier, que trata de buscar un valor único para los prefijos. Aunque luego trate de volver a la tesis de Pottier, se produce en este punto un corte evidente, que la autora (quizás por modestia) no se ha atrevido a agrandar.

Al volver a lo que dice Pottier, hay una serie de puntos con los que no podemos estar de acuerdo:

Decir contra María no puede pasar a *contradecir a María*, porque no es lo mismo *decir algo contra alguien* que *decir algo contra lo que alguien dice*. En el § 5.5 hay una evidente contradicción entre los dos autores, pues la lingüista española dice «debemos separar entre los prefijos algunos que no son preposiciones; así, los prefijos latinos *re-* y *dis-*, españoles *re-* y *des-*». Según esto, la forma *derromper* (< *des* + *romper*), que Pottier¹⁶ coloca en el apartado PREFIJOS, a) *partícula*, indicador de *noción*, paralela a *socavar* (situado en el campo semántico de espacio) y *prejuizar* (en el de tiempo) está mal incluida en ese cuadro, y M.^a L. López, en su intento de no oponerse a Pottier, comete un error al situarla (§ 5.3) entre las «cabezas de Jano», entre los casos en que «el prefijo *de* se comporta ya como intensivo, ya como negativo», pues no se trata del prefijo *de-* relacionable con la preposición *de-*, cuyo mínimo valor común es «alejamiento», sino del prefijo *des-*¹⁷, que no es preposición, como la autora reconoce en el citado párrafo 5.5.

15.2. LA CONJUNCIÓN

Las *conjunciones*, según A. Alonso y Henríquez Ureña, son partículas que unen entre sí elementos sintácticamente equivalentes.

Esta definición es también funcional y se refiere a las conjunciones propias, que son coordinantes o coordinativas. También se llama conjunción a otras clases de palabras que son adverbios relativos y preposiciones que encabezan proposiciones subordinadas. Son locuciones con función de conjunción pero sin forma conjuntiva.

Puesto que las conjunciones coordinantes encabezan miembros equivalentes, son las únicas conjunciones propiamente dichas. El resultado del grupo de miembros equivalentes unidos por conjunciones es una serie. Las partículas subordinantes, que no son conjunciones aunque se las considere como tales impropriamente, forman un grupo, con su núcleo y su complemento, del mismo modo que hemos visto en las preposiciones.

¹⁵ *Deformare* significa en latín 'formar' y 'deformar'.

¹⁶ En su cuadro semántico funcional, reproducido y traducido por M.^a L. López, p. 90.

¹⁷ Cf. el *Diccionario Crítico Etimológico* de J. Corominas, s.v.

Las conjunciones son instrumentos gramaticales, no léxicos; no están exentas de una significación gramatical que permite diversificarlas en distintos usos. En cuanto a su forma, son invariables.

Copulativas: Indican unión. Y (*e* ante *i*- inicial siguiente) ni, que (arc.)

Disyuntivas: Indican opción entre varias posibilidades, pero es necesario elegir. O (*u* ante *o*- inicial siguiente); ya, ora, bien, sea repetidas.

Adversativas: Indican contraposición de dos maneras diferentes:

Adversativas correctivas; limitan la relación de igualdad establecida, que sigue existiendo con esa limitación: pero, mas, empero (lit.), aunque, menos, excepto, salvo.

Adversativas exclusivas o excluyentes; no permiten la coexistencia de los dos elementos que unen, comportan por ello un matiz negativo: sino, antes.

Consecutivas o ilativas: Indican efecto, consecuencia: luego, conque, pues.

Causales: Indican motivo: porque, que.

Estas serían las conjunciones propiamente dichas, es decir, conjunciones por su forma, función y significación. Hay otras conjunciones que proceden de gramaticalización, todavía imperfecta, de ciertos sintagmas. Son las *locuciones conjuntivas*:

Disyuntivas: *ya sea... ya sea*.

Adversativas: *sin embargo, no obstante, a pesar de, con todo, bien que*.

Consecutivas: *por consiguiente, por lo tanto, a veces, por ende* (ant.)

Causales: *puesto que*.

Debemos advertir que Amado Alonso y Henríquez Ureña rompen su simetría hablando de las subordinadas causales. En el capítulo 18 nos ocuparemos, en el plano oracional, de los distintos tipos de relaciones y conjunciones que las expresan.

15.2.1. Las conjunciones impropias o subordinantes

Al estudiar la oración compuesta veremos que no se puede llevar a sus últimas consecuencias la consideración de la conjunción como coordinante. En la estructura oracional tanta importancia como las conjunciones propias que acabamos de ver muy de prisa tienen las que podemos llamar conjunciones impropias, locuciones subordinantes o partículas subordinantes. Este aspecto ha parecido claro a los gramáticos tradicionales. H. Keniston¹⁸ define así este tipo de partículas:

Llamamos conjunción subordinante a toda expresión usada para conectar una proposición que contenga un verbo finito con el verbo principal de una oración, de tal

¹⁸ *Op. cit.*, § 1.363.

modo que subordinemos esa primera proposición a la proposición principal. Puesto que la proposición así subordinada actúa como modificador verbal, tiene fuerza adverbial y expresa su modificación en los mismos campos que el adverbio, es decir: lugar, tiempo, modo, causa, propósito, concesión y similares. La oración que contiene una proposición principal y otra subordinada se llama oración compuesta. Muchas conjunciones subordinantes fueron, en su origen, adverbios relativos, y muchas de las conjunciones subordinantes compuestas contienen un *que*, el cual fue originariamente relativo. Cuando dos proposiciones, una de las cuales es realmente subordinada, se expresan en coordinación, sea con una conjunción coordinante, sea asindéticamente, sin vínculo conector, tal construcción se llama parataxis, y se distingue de la hipotaxis.

Sin perjuicio de que discutamos luego (capítulo 18) el valor de los nexos conjuntivos y los nexos adverbiales, es necesario resumir ahora los distintos valores de una forma plurifuncional: *que*.

La partícula *que*, estudiada por Leo Spitzer, E. Alarcos, C. Hernández y B. Lavandera ¹⁹, puede clasificarse del siguiente modo:

Que relativo, estudiado en el capítulo correspondiente, origen de la forma.

Que conjunción copulativa: *erre que erre, dale que dale*.

Que disyuntivo: *quieras que no*.

Que distributivo: *que entres, que salgas...*

Que adversativo: *Vesle aquí, vesle. Yo me le abrazaré, que no tú*.

Que concesivo: (Mio Cid, 619-620)

Los moros e las moras vender non los podremos,

que los descabecemos nada non ganaremos.

Que causal: *No se lo dije, que no quería disgustarlo*.

Que final: *Apresúrate que veas esto* (ej. de M. J. Sánchez). *Levántate que te vean*.

Que consecutivo: *Salimos tan tarde que no llegamos a tiempo*.

Que comparativo: *Es más alto que tú*.

Que narrativo (Spitzer): *Que de noche lo mataron...*

Que completivo: *Dile que venga*, y con elipsis del verbo principal, *que exhortativo*:

Que te vayas, que pase.

Se plantea un problema interesante en las construcciones de preposición + *que*. En efecto, según Pottier y Coseriu «no hay conjunción *para que*. Tan preposición..., es *para* en *para tu hermano* como en *para que venga*. En la primera frase el término B es nominal, en la segunda es una oración sustantiva, equivalente, pues, a un sustantivo. No hay, por tanto, conjunción *para que*» ²⁰.

Hay algo de razón en este punto, pero la aplicación de una conmutación

¹⁹ Cf. nuestra bibliografía.

²⁰ De M.^a L. López, *op. cit.*, p. 19, nota (23). Insiste sobre ello en la p. 27.

simple nos indicará que el grado de fusión de *para que* es más estrecho de lo que suponen Coseriu y Pottier.

En las proposiciones completivas (que veremos en su lugar correspondiente) la partícula introductora es *que* en caso de aserción y *si* en caso de duda:

«no me dijo *que* venías» (aseverativa, completiva)

«no me dijo *si* venías» (hipotética, completiva)

En el caso de que *para que* no fuera una locución conjuntiva inseparable podríamos separarla en construcciones dubitativas, en las que la partícula introductiva no sería *que*, sino *si*. Veamos lo que ocurre:

«no me lo dijo *para que* vinieras» (aseverativa, final)

«no me lo dijo *para si* vinieras» (agramatical) ²¹

La subordinante *para que* exige subjuntivo, lo que supone una restricción sobre la libertad de construcción de *que*. Si queremos insistir en el matiz dubitativo tenemos que utilizar otra locución: *por si*, y el verbo en indicativo:

«no me lo dijo *por si* venías» (causal, hipotética)

En este caso podemos pasar a la construcción causal aseverativa, también en indicativo:

«no me lo dijo *porque* venías» (causal, real) ²²

Al hablar de la oración compuesta tendremos que ocuparnos de nuevo de estos temas.

²¹ J. Polo me señala que se encuentran ejemplos de *para si* + subjuntivo en español clásico.

²² Cf. J. Polo, *Oraciones Condicionales* § 2-15, 2-16, quien cita a Lidia Contreras («Período causal», pp. 356 y ss.) «En suma, creemos que se trata de un período causal hipotético con una idea de finalidad implícita, y no de un período condicional, como es la opinión más generalizada al respecto.» Vid. 18.7, más adelante, y 19.3. Para el estudio de la alternancia entre *por* y *para* véase T. Riho, en la bibliografía final (partículas).

CAPÍTULO 16

La oración simple

16.0.

En el capítulo noveno tuvimos ocasión de señalar cómo la definición de oración es un asunto muy complejo. Tenemos todo tipo de definiciones y este tema merece una atención muy distinta a unos y otros estudiosos, desde la definición aristotélica como combinación de sonidos con un significado definido e independiente, pasando por la de A. de Groot, «unidad lingüística cuyos componentes-palabras están unidos por la entonación en una unidad de habla», la de Weinrich, «oración es un verbo en clara situación comunicativa», hasta la de Saussure, que Chomsky critica en *Lenguaje y el entendimiento*: «la formación de oraciones no pertenece estrictamente a la *langue*, sino que más bien debe atribuirse a lo que Saussure llamó la *parole*, quedando por consiguiente fuera del alcance de la lingüística en sentido propio.» Chomsky, para quien el estudio de la formación de oraciones es uno de los aspectos de la sintaxis, componente central en su teoría, discute la trivialidad que el pensamiento saussureano asigna a este proceso, convertido en «creación libre, no sujeto a reglas lingüísticas, excepto en la medida en que dichas reglas gobiernan la forma de las palabras y las combinaciones de sonidos». En términos chomskyanos habría que distinguir entre la realización concreta de las oraciones en cada actuación, y su generación merced a las reglas de la gramática: este segundo aspecto, que es el fundamental, es el verdaderamente lingüístico. Hemos pasado, por ello, de una etapa de consideración de la oración como unidad de habla (así lo veremos en Amado Alonso y Pedro Henríquez Ureña) a una etapa en la cual las oraciones son unidades de lengua. Si recordamos ahora la posibilidad de construir una serie de *oraciones nucleares*, como en la teoría estándar, podríamos decir que hay incluso una paradigmática oracional.

Estas unidades de lengua pueden enfocarse de un modo formal, sintáctico, o, a partir del sentido, con un criterio semántico. En primer lugar estudiaremos el aspecto de formas y relaciones sobre la base de un concepto peculiar de sintaxis, netamente estructural, para luego estudiar la oración

desde el punto de vista del sentido, a partir de la concepción española, expuesta por A. Alonso y P. Henríquez Ureña.

16.1. ESTUDIO SINTÁCTICO

Como muestra de descripción estructural daremos la de E. Richer ¹. Para éste, la sintaxis es «el conjunto organizado de papeles que representan las unidades lingüísticas, en interrelación mutua, en la formación de los enunciados que componen el discurso» ². En otro lugar ³, completa esta definición diciendo: «el plan sintáctico es el de la elaboración misma del lenguaje: es el conjunto organizado de los distintos papeles representados por las unidades del discurso oral o escrito, con intención de producir un mensaje.»

Para el estudio puramente sintáctico (según esta definición) del enunciado hay que tener en cuenta una serie de principios ⁴:

Primer principio: «Dos términos, incluso los inmediatamente vecinos en un contexto fónico o gráfico, no tienen nada en común, aparte su aparición simultánea, mientras no se establezca entre ellos una *conexión*.»

Segundo principio: «Cualquier segmentación de un enunciado lingüístico que haga aparecer una sarta sonora (*suite sonore*) a la que corresponda un papel sintáctico definido revela la existencia de un lugar lingüístico (*lieu linguistique*) subyacente al papel en cuestión.»

Tercer principio: «Hay cierta frontera más allá de la cual toda operación de análisis violenta la realidad lingüística.»

El concepto de lugar lingüístico es el punto central de esta teoría, podemos definirlo como «la contribución funcional que asume al actualizarse una sarta sonora (o sea, un término) en la edificación de una totalidad estructurada». Esta contribución funcional es una de las funciones que puede desempeñar esa sarta sonora o término. La función se define como «cualquier papel sintáctico que una sarta sonora pueda desempeñar en la construcción de un todo estructurado (o enunciado total)».

Las funciones son las siguientes ⁵:

1) *Función de proceso:* es el papel sintáctico desempeñado por un término para expresar esencialmente lo que ocurre, lo que pasa, lo que se pro-

¹ Expresada en cuatro libros fundamentales, *Français parlé, français écrit*. París, 1964, 2.^a ed., 197 pp. *Grammaire française pour notre temps*. París, 1965, 224 pp. *Syntaxe I*, París, 1967, 158 pp., y *Syntaxe II*, Brujas, París, 1967, 163 pp. El P. Richer, antiguo profesor de la Universidad de Montreal, ha renunciado a la enseñanza universitaria para explicar la gramática francesa, según su método, en la escuela primaria.

² *Syntaxe I*, p. 87.

³ *Syntaxe II*, p. 18.

⁴ Expuestos en *Français parlé, français écrit*, §§ 0.2 y ss.

⁵ *Ibid.*, §§ 1.2.1. y ss.

duce, sujeto a las modificaciones de persona gramatical, número, modo, tiempo gramatical, voz, y aspecto. Su símbolo es (*I*): *cantamos*, *llueve*, etc.

2) *Función de denominación*: corresponde al papel sintáctico desempeñado por una sarta sonora para nombrar los seres, las cosas del mundo exterior, las entidades abstractas, etc. Su símbolo es (*O*): *casa*, *morir*, etc.

3) *Función de especificación*: es el papel sintáctico que desempeña una sarta sonora para especificar la significación expresada por una función *I* o una función *O* (e incluso otra función *A*), es totalmente dependiente de las dos anteriores y su símbolo es (*A*). *Canta admirablemente (IA)*, *canta muy bien (IAA)*.

4) *Función de señalizador*: papel sintáctico desempeñado por una sarta sonora para señalar algo. Su símbolo es (*E*):

a) *Función de articulación*: señalan en qué punto del discurso nos llamamos (*bien*, *en consecuencia*, *luego*...) o unen íntimamente dos elementos de la cadena hablada: *y*, *ni*, *o*, etc. Su símbolo es (*Ea*).

b) *Función de indicación*: es el papel que consiste en acompañar a una función *I* o a una función *O* insistiendo en la presencia de esta o en una de sus características. Su símbolo es (*Ei*): «la casa» (*EiO*), «nuestros amigos» (*EiO*). En español no se da con una función *I*, sí en francés: «je chante» (*EiI*), porque en francés las formas como *je* acompañan siempre al verbo y en español no. Por eso en español no son *Ei*, sino *O*, auténticas funciones de denominación (como el *moi* sujeto en el francés *moi je chante (OEiI)*).

c) *Función de insistencia (de notation)*: es el papel consistente en acompañar a una función *I* u *O*, insistiendo en el *papel gramatical* que esta función desempeña. Su símbolo es (*En*):

quiero que vengas (I En I)
el padre cuyo hijo conoces (Ei O En O I)
vamos a la ciudad (I En Ei O)

Con estas funciones analizamos todos los elementos que componen el enunciado superior. Este enunciado se constituye en torno a lo que denominaremos *nudo sintáctico*⁶, «relación estructural que permite a una función *O* y a una función *I* formar conjuntamente una célula sintáctica autónoma susceptible de recibir complementos externos». Las funciones *I*, *O* así relacionadas son funciones nodales, y se representan como *Iⁿ*, *Oⁿ*; las restantes funciones *I*, *O* de esa célula sintáctica son funciones complementarias, *I^c*, *O^c*. El nudo sintáctico se simboliza como *NS*. Cuando en un enunciado nos encontramos con varios nudos sintácticos interrelacionados, uno de ellos desempeña la función principal, y hablamos entonces de nudo sintáctico en función nodal (*NSⁿ*), y los otros tienen funciones complementarias: nudos sintácticos en función complementaria (*NS^c*).

Por un sistema de simbolización tan simple, añadiendo la notación entre paréntesis para indicar elementos intercalados, y pocos símbolos más, que aquí no nos interesan especialmente, podemos explicar la estructura pura-

⁶ *Ibid.*, § 3.21. La lista completa de los símbolos en el § 4.3.

mente sintáctica de cualquier enunciado. Este método, extraordinariamente fácil, puede tener una gran utilidad en la enseñanza elemental de una lengua, para que los niños conozcan las funciones del lenguaje. Se puede iniciar el aprendizaje a partir de las funciones *O*, *I*, *A*, *E*, sin especificar los distintos tipos de *E*. Posteriormente se puede estudiar el nudo sintáctico, y tras el estudio de las distintas funciones *E* pasar a la oración compuesta, con insistencia especial entre la diferencia que existe entre las funciones *Ea*, que relacionan simplemente, sin indicar ningún rasgo gramatical de los elementos que relacionan, y las funciones *En*, que indican fundamentalmente ese papel gramatical y que además relacionan, pero esto secundariamente y de modo muy distinto a las *Ea*. Esto resulta más fácil para el niño que la lucha con la coordinación y la subordinación, no siempre tan claras como el hecho de relacionar simplemente o relacionar indicando un uso gramatical preciso.

El estudio sintáctico realizado según este método nos permite desbrozar el enunciado, pero nos deja en las mismas puertas del fenómeno comunicativo. Para quienes se contenten con la mera descripción del enunciado, el método es satisfactorio; para quienes crean más importante el significado de ese enunciado es insuficiente. Es útil para la descripción, pero no es explicativo.

16.2. DEFINICIÓN DE LA ORACIÓN

Para Amado Alonso y Henríquez Ureña lo fundamental para definir la oración es la actitud ante la significación. Se trata de un concepto semántico que se apoya en la filosofía fenomenológica y que lleva a la definición siguiente: «La menor unidad del habla que tiene sentido en sí misma se llama oración.»

Al lado de esta definición semántica, fundamental para comprender el valor humano del lenguaje como transmisor de comunicación, y que concibe la oración como un hecho de habla, hay que tener en cuenta a la oración como unidad de lengua: existe una estructura funcional que permite construir oraciones. Cada oración se compone de sujeto y predicado. El sustantivo es el núcleo del sujeto y el verbo es el núcleo del predicado. Sustantivo y verbo son los elementos centrales de toda oración. Sustantivo y verbo como sujeto y predicado están ligados por una relación de concordancia. En torno a ellos se agrupan los restantes complementos. En la mayor parte de las ocasiones, el verbo de la oración es un verbo en forma personal. No obstante, la lengua no excluye la posibilidad de formar oraciones con verbo en forma nominal, a causa del doble valor en el contexto de estas formas.

Puesto que el español no exige que el sujeto esté siempre presente en la oración, son posibles oraciones sin sujeto expreso. En estos casos (la mayoría de aquellos en los que el verbo va en primera o segunda persona), la terminación verbal lleva inherente la idea del sujeto.

La oración es una unidad autónoma, cuyos elementos se agrupan en torno a un sujeto y un predicado. Cuando la oración sólo tiene un sujeto y un predicado se trata de una oración simple, cuando hay varios predicados con

uno o varios sujetos, la oración es compuesta. Desde el punto de vista de su generación, es evidente que una oración de varios sujetos se genera a partir de varias oraciones con uno sólo, pero este punto está a nivel de adquisición del lenguaje y no de su estructura funcional. (Para oraciones sin sujeto o predicado patentes cf. 16.9.)

Llamaremos *oración* sólo a las oraciones independientes. A las dependientes las llamaremos *proposiciones*, *suboraciones* o elementos de oraciones complejas, y también, en su caso, (cf. 9) *cláusulas*.

16.2.1. Elementos oracionales. El sujeto. Inversión del sujeto

Empezaremos nuestro estudio con la oración simple. Esta se compone de sujeto y predicado. El *sujeto* es siempre un sustantivo y por ello (según A. Alonso y Henríquez Ureña) ⁷ pueden ser sujeto:

Una persona: *Antonio corre*.

Una cosa independiente: *el río corre*.

Una cualidad: *la palidez* es signo de emoción.

Una relación: *la semejanza* de estos dos niños es grande.

Una acción: *la salida* ha sido aplazada hasta las diez.

Un estado: *el sueño* le devolvió las fuerzas.

Un suceso: *la caída* lo lastimó.

En cuanto a su composición formal externa, podemos señalar varios tipos de sujeto:

Una sola palabra: *Juan sale*.

Un sintagma o combinación de palabras que no constituye una oración: *el perro de Juan* se escapó.

Una proposición: *me preocupa que te caigas*.

Más adelante nos ocuparemos de la proposición. Ahora nos interesan las distintas combinaciones que pueden formar un sintagma con función de sujeto; no contamos en ellas la de sustantivo + artículo:

Sustantivo + adjetivo:

el caballo blanco ganó

Sustantivos en aposición. Un sustantivo modifica al sujeto. La aposición puede ser de dos clases:

a) Aposición explicativa, una pausa separa ambos elementos:

Madrid, capital de España, tiene edificios famosos.

⁷ Gramática, I, pp. 38 y ss.

b) Aposición especificativa o determinativa. No hay pausa entre modificado y modificador:

el señor alcalde cerró el acto

Sustantivo + conjunción + sustantivo:

Juan y Luis salieron

Sustantivo + preposición + sustantivo:

el perro de mi casa es blanco

Los modificadores del sujeto en este sintagma pueden ser a su vez modificados. El caso más frecuente es el del *adjetivo*:

Adjetivo + adverbio:

el caballo más potente ganó
un perro ligeramente blanco es más vistoso

Adjetivo + preposición + sustantivo:

tonto de remate, loco de atar, etc.

Tiene especial interés la inversión del sujeto. A. G. Hatcher (cf. Bibliografía), señalando la importancia del tema ⁸ dice:

Los únicos tratamientos no formalistas de la inversión del sujeto en castellano actual que me son familiares son los del Profesor Bolinger (*Hispania*, 37, 152, y *Boletín de Filología*, Universidad de Chile, VII, 1954-55) y el Dr. Hans Oster: *Die Hervorhebung im Spanischen* (tesis, Zurich, 1951), p. 88-91. Bolinger señala, entre otras cosas, que, habitualmente, el sujeto invertido comporta mayor valor informativo que el verbo, y relaciona este fenómeno de orden sintáctico del español con un fenómeno inglés de entonación: el de colocar el acento en la palabra de mayor valor informativo. Oster afirma (como también Bolinger) que una de las funciones del sujeto invertido es establecer la identidad del sujeto.

(Ahora cf H. Contreras, en nuestra bibliografía).

Los tipos de inversión señalados por Ana G. Hatcher (pp. 8-24) son:

1) Existencia presencia:

Desde sus dolientes muros donde vive la hiedra (Cela).

2) Ausencia:

Falta dirección, sobra gente (Galdós).

⁸ p. 6, nota 2.

3) Comienzo:

Entonces empezará el año (Díaz Cañabate).

4) Continuidad-permanencia:

No queda otro recurso que beber (Benavente).

5) Producción:

Pisa usted y nasen flores (Alvarez Quintero).

6) Suceso:

Supongo que no habrán ocurrido desgracias (Hartzenbusch).

7) Aparición:

Sobre el fondo negro se señala apenas la sombra de la cruz (Catálogo Museo del Prado).

8) Advenimiento:

Veremos llegar las lanchas... Hoy vendrá buena sardina (Galdós).

9) Retorno:

¡Vuelve la alegría a la casa!

En castellano se expresa el sujeto sobre todo en dos circunstancias:

1. Por énfasis
2. Para evitar ambigüedad

En el primer caso el sujeto enfático va acompañado de un refuerzo melódico:

*yo tengo que hacerlo todo
tú te callas
nosotros nos quedamos y vosotros os vais*

En el segundo caso el sujeto explícito evita confusiones enfadosas:

Si decimos

Juan se levantó y Luis le siguió. Llamó a un taxi

No sabemos si es Juan quien llama el taxi o si es Luis. Por ello debemos decir

Juan llamó a un taxi o Luis llamó a un taxi

16.3. EL PREDICADO: SU NÚCLEO Y SUS COMPLEMENTOS

El *predicado* puede ser nominal o verbal.

Desde el punto de vista estrictamente sintáctico hay que señalar que tanto en el primer caso como en el segundo el verbo tiene la misma función. Se trata de una función verbal tanto en:

Juan *corre*

como en:

Juan *es* nuestro personaje

La diferenciación entre *predicado verbal*, centrado en un verbo con sus complementos, y *predicado nominal* en el cual el verbo sólo une el contenido semántico del sujeto (sustantivo) con el del predicado nominal (sustantivo o adjetivo), es una diferenciación semántica. Desde un punto de vista sintáctico, repetimos, se trata de una función verbal en ambos casos.

En cuanto al predicado, hay que señalar que, además de su núcleo, el predicado tiene sus complementos. Estos son equivalentes desde el punto de vista sintáctico, ya que su función es complementaria, sin más.

En este punto podríamos hacer una distinción complementaria, y distinguir dos tipos de complementos: un complemento *señalado* y otro *no señalado*. En *veo un perro* el complemento *un perro* sería un complemento no señalado, en *veo a Juan*, *a Juan* es un complemento señalado por la preposición *a*. Así pues los complementos que son término de preposición son complementos señalados y los que no lo son son no señalados.

E. Alarcos⁹ relaciona la cuestión de los complementos con la de la transitividad. Un verbo que no lleva términos adyacentes no es transitivo: *llovió*, aunque pueda serlo en otras circunstancias: *no cenó*.

Cuando un verbo lleva términos adyacentes, su carácter de transitivo o intransitivo depende de esos términos. Para Alarcos pueden dividirse en cuatro clases, a las que llegamos a partir de una primera división binaria en:

- a) Términos que son compatibles en un mismo predicado.
- b) Términos incompatibles en un mismo predicado.

«En primer lugar —nos dice Alarcos— se encuentra un tipo de término adyacente cuyas características formales son, por así decirlo, negativas: son sintagmas pospuestos normalmente al núcleo (*come uvas*, *bebe vino*, *escribe la carta*) y que, por tanto, a primera vista no ofrecen ningún rasgo que indique su función.» Señala a continuación que, a diferencia del sujeto, estos términos no mantienen ningún tipo de conexión formal con el verbo (no hay concordancia). Tampoco es necesario expresar este término en todas las ocasiones en que nos referimos a él, ya que podemos sustituirlo por un ín-

⁹ *Gramática Funcional*, pp. 110 y 114-117.

dice pronominal, que en los ejemplos anteriores sería: «*las* come», «*lo* bebe», «*la* escribe». En algunas ocasiones aparece la preposición *a* ante este término adyacente, pero es simplemente para distinguirlo del sujeto, ante el que nunca se antepone *a*. Alarcos, en su caracterización exclusivamente funcional, prescinde de la consideración de *a* como antepuesto a ese término adyacente cuando se trata de persona. Sólo le interesa caracterizar ese tipo de función, a la que llama *implemento*. (Viene a corresponder con el Objeto Directo tradicional, pero la metodología analítica es muy distinta.)

A continuación señala que «este tipo de implementos indicados con */a/* coincide en la expresión con otros términos que pueden aparecer en la oración. En ejemplos como *escribes a tu madre*, *escribe a Juan*, *escribo a los amigos*, los sintagmas *a tu madre*, *a Juan*, *a los amigos* presentan la misma estructura que los implementos que acabamos de citar». No obstante, señala, esta apariencia no pasa de que */a/* indica en ambos casos que lo que sigue no es sujeto. Para saber que no es implemento podemos recurrir a la sustitución pronominal, como hicimos anteriormente. Entonces veremos que los sustitutos que aparecen tienen distinta forma: «*le* escribes», «*les* escribes», lo que nos indica que su función también es diferente. Esta función es la que llamamos complementación, los sintagmas que tienen esta función son los *complementos*. (Son los Objetos Indirectos tradicionales.)

Implemento y complemento son compatibles en el mismo enunciado. Su aparición juntos nos permite, como muestra claramente Alarcos, distinguirlos perfectamente:

dieron huesos a los perros
los dieron a los perros
les dieron huesos
se los dieron

Cuando implemento y complemento en un mismo enunciado son sustituidos por los pronombres correspondientes, el complemento toma la forma *se*.

Un nuevo tipo de términos adyacentes se obtiene comparando los enunciados: *entregaron el vestido a la señora* y *entregaron el vestido al día siguiente*. Podemos comprobar su diferencia, como hace Alarcos, mediante la elisión de ambos y el estudio del comportamiento subsiguiente del enunciado. Si elidimos *a la señora*, inmediatamente aparece el término *le*: «*le* entregaron el vestido», si elidimos *al día siguiente* no aparece necesariamente ningún término adyacente en su lugar. Podemos incluso variar su posición en el enunciado con mucha mayor libertad que en los casos de complemento e implemento: *al día siguiente entregaron el vestido*, *entregaron al día siguiente el vestido*, *entregaron el vestido al día siguiente*. Este tipo de términos adyacentes parece no estar muy ligado al predicado, por eso Alarcos los llama *aditamentos*. (Son algo más que los circunstanciales tradicionales, cf. 14.3. y 14.6., *supra*.)

Complementos, implementos y aditamentos son compatibles en el mismo enunciado.

A partir de los aditamentos llegamos al cuarto tipo de término adyacente.

Señala Alarcos la frecuencia con la que las preposiciones / *a, con, de, etc.* / constituyen la característica formal de estos aditamentos. Pero no todos los términos que ofrecen el rasgo de ir señalados por preposiciones tienen el mismo valor. Hay unos términos adyacentes que debemos separar de los aditamentos. Alarcos los señala en predicados como *hablaba de noche, hablan de corrido, hablan de política, hablaba del tiempo*. También aquí la elisión y las transformaciones que se operan posteriormente en el enunciado nos indican la diferencia:

hablan de política / hablan de ella / eso
hablan del tiempo / hablan de él / eso

Esta sustitución no es posible en *hablan de noche* o *hablan de corrido*. Además, si conmutamos *de política, del tiempo* por *cero* afectamos el valor de la oración, pues, como señala muy acertadamente Alarcos, «*hablaba* no es lo mismo que *hablaba del tiempo*». A este tipo de término adyacente llama Alarcos *suplemento*. (Es el Complemento Preposicional tradicional.)

Los suplementos, dice Alarcos, son incompatibles con los implementos en el mismo enunciado. No obstante, él mismo se ve obligado a reconocer que esto no se cumple en muchos casos, del tipo *dijo perrerías del maestro, llena el vaso de agua*. Para solucionar este problema hay que considerar *del maestro y de agua* como aditamentos, lo que resulta una excepción no muy convincentemente explicada.

Resulta mucho más convincente, en cambio, mantener el carácter de suplemento en los ejemplos del tipo *se arrepintió de algo, se acordaron de algo*, pues en estos casos tenemos que considerar el *se* formando una unidad con el sintagma verbal. Esta posibilidad de que en un mismo enunciado aparezcan juntos *implemento y suplemento* impide que se pueda considerar el *suplemento* como un Objeto Directo (implemento) especial. Esta tentación es frecuente. Incluso incurrió en ella Amado Alonso. (cf. 16.5.).

16.4. CLASES DE ORACIONES

Si volvemos ahora a nuestro estudio de las oraciones según su significado podremos distinguir las de predicado nominal de las de predicado verbal. Las primeras se llaman *copulativas*, puesto que el verbo sólo une contenidos semánticos, sin aportar nada más al enunciado, hasta el punto que algunas lenguas, como el ruso y el árabe, prescinden de él; y se llaman también *atributivas*, porque el predicado nominal o atributo *significa* una sustancia semántica predicativa que se une a la significación del sujeto alterándola:

<i>Juan</i>	<i>es</i>	<i>nuestro personaje</i>
sujeto	verbo	predicado nominal
	copulativo	

Las oraciones de predicado verbal se llaman también *predicativas*, puesto que la comprensión del sujeto se delimita con la significación apor-

tada por el verbo y sus complementos, que dicen algo (*predican*) referente al sujeto:

<i>Juan</i>	<i>corre</i>
sujeto	predicado verbal

«se dice de Juan que corre» (se dice del *Sujeto* que *Predicado*), desde el punto de vista lógico.

16.5. CLASES DE COMPLEMENTOS

Desde el punto de vista sintáctico, los complementos pueden no diferenciarse, considerando que en todos los casos se trata de formas con función complementaria, o pueden establecerse las diferenciaciones funcionales que hemos visto en Alarcos. Desde el punto de vista semántico pueden alterar de diversas maneras la significación del predicado y por ello se dividen en varios grupos:

El *objeto directo* completa la significación de un tipo especial de verbos que estudiamos con el nombre de transitivos. Estos verbos quedaron caracterizados por su significación incompleta, que necesitaba un objeto directo para completarse:

<i>Juan</i>	<i>come</i>	<i>manzanas</i>
sujeto	predicado verbal	objeto directo

El *objeto indirecto* completa la significación del predicado indicando con quién se relaciona indirectamente la acción verbal, de modo que ese objeto indirecto reciba provecho o daño de la acción en cuestión. El nombre de *objeto* o *complemento de interés* le cuadraría mejor.

<i>Juan</i>	<i>lleva</i>	<i>comida</i>	<i>a su perro</i>
sujeto	predicado verbal	objeto directo	objeto indirecto

En los capítulos anteriores hemos tenido ocasión de tratar de dos tipos especiales de objeto indirecto: son los llamados dativo o complemento ético y dativo o complemento simpatético. Se trata de un dativo pronominal.

El dativo ético indica que la acción tiene ciertas repercusiones afectivas en la persona a la que se refiere el pronombre:

«no te *me* escapes»

El dativo simpatético o posesivo expresa, por el contrario, una participación indirecta en la acción del sujeto, o del objeto de la narración. Por ello el

Las oraciones pasivas pueden llevar este elemento explícito o no, y de este modo hay dos tipos de pasiva propia, a la que hay que añadir la forma de pasiva refleja estudiada, que no lleva agente explícito:

unos libros son vendidos por Juan
unos libros son vendidos
se venden unos libros

16.7. INTERJECCIONES EN CUANTO ORACIONES

Un tipo especial de oración simple lo constituyen las *interjecciones*. Estas formas resumen de forma muy breve una significación completa. Por su extrema condensación no siguen las normas generales y se reducen a una forma muy gramaticalizada del sintagma nominal generalmente, en algunas ocasiones son simples onomatopeyas:

¡fuera! ¡ay! ¡caramba! etc.

La interjección ha sido considerada erróneamente como parte de la oración. Hoy prácticamente nadie admite esto y se reconoce universalmente su condición de oración extremadamente abreviada, exclamativa.

De las oraciones exclamativas y de la inclusión en ellas la interjección hablaremos más adelante. Ya señalamos, al hablar del imperativo, el carácter expresivo o apelativo, no representativo, de estas formas marginales.

16.8. CLASIFICACIÓN DE LA ORACIÓN SIMPLE

Manejaremos tres criterios para clasificar las oraciones simples.

El único criterio exclusivamente sintáctico sería el que dividiría la oración simple en tres grupos:

- a) Oraciones con sujeto y predicado explícitos:

Juan sale

- b) Oraciones con predicado explícito, pero sin sujeto explícito.

salimos a las diez

- c) Oraciones implícitas (Cf. 16.9.)

Para completar las posibilidades de clasificación de la oración simple tenemos que recurrir a criterios no funcionales, pero que nos permiten comprender el mecanismo de la comunicación y sus modalidades.

16.8.1. Por el criterio psicológico

El primero de estos criterios es el *psicológico*. Según éste, clasificamos las oraciones *por su modalidad*, es decir, por el modo como reflejan las necesidades de comunicación del hablante y se acoplan a su pensamiento. Es un criterio que tiene cuenta fundamentalmente de la significación de la oración. Por su modalidad las oraciones se dividen en las siguientes clases:

1. *Aseverativas*: Enuncian un pensamiento, sin participación emocional del hablante, sino de forma narrativa objetiva. Se llaman también declarativas o enunciativas, y a su vez se dividen en dos grandes grupos, según que enuncien un pensamiento afirmativa o negativamente:

a) *Afirmativas*: Enuncian un pensamiento afirmándolo:

Juan llega hoy

b) *Negativas*: Se oponen a las afirmativas. Si unas son compatibles con el adverbio *sí* las otras lo son con el adverbio *no*. Hay que tener presente que en español dos o más negaciones no se destruyen cuando una de ellas precede al verbo y la otra (u otras) le sigue(n):

nadie me ayudó nunca en nada (Gili y Gaya)

La única excepción a esta regla se encuentra en el uso de *sin* neutralizando una negación:

no sin dificultad habló
habló no sin dificultad

El mismo fenómeno se produce con los formantes facultativos de carácter negativo (*des- in- a-*).

una casa no deshabitada (Gili y Gaya)
moral no intachable
aspecto nada anormal

Un tipo especial de oración negativa se produce con los adverbios negativos de tiempo *nunca* y *jamás*; y con los pronombres *nadie*, *ninguno*, *nada*:

nunca vino / no vino nunca
jamás vino / no vino jamás

Pero cf. Jovellanos, *El delincuente honrado*, I, 2 (*supra*, 14.6.):

¿Carruaje?... no me atreví a ajustar alguno

2. *Dubitativas*: Algunos las asimilan a las aseverativas. Añaden a la exposición objetiva del hecho un matiz de duda sobre la adecuación de la realidad y lo expresado, es decir, sobre su verdad. La gramática académica las asimila a las aseverativas y nosotros creemos que esto es cierto, salvo en el caso en que se incluye en estas oraciones una partícula dubitativa:

acaso tengas razón
tal vez venga
quizás sea tarde

3. *De probabilidad*: Hay que distinguir éstas claramente de las anteriores, pues si las dubitativas indican que no se sabe si algo se percibe como cierto o no, las de probabilidad indican que es posible que algo se perciba como cierto. El matiz de incertidumbre de las primeras es sustituido por uno de probabilidad en las segundas.

Por su forma, las oraciones de probabilidad se subdividen en dos grupos:

a) *Oraciones con verbo normal*:

serían las siete
serán las cuatro de la tarde

b) *Construcciones perifrásticas analíticas*:

esto puede ser verdad
esto debe de ser verdad

4. *Interrogativas*: Las oraciones interrogativas se plantean el problema de su propia existencia o de la de uno de sus miembros. Además pueden plantearse este problema realmente o de modo ficticio. En el primer caso, son interrogativas *propias*; en el segundo, la respuesta ya se conoce y son interrogaciones *retóricas*, para lograr un efecto rebuscado, generalmente.

Las interrogativas propias se dividen en:

a) *Totales*: Se pregunta por el significado total de la oración:

¿llaman?

b) *Parciales*: Se pregunta por un elemento de la oración, de la cual ya se sabe algo:

¿quién llama?

En el primer caso, la interrogación es total porque no sabemos si llaman o no. En el segundo, la interrogación es parcial: sabemos que llaman, pero no sabemos quién lo hace.

La interrogación retórica necesita situarse en un contexto que nos dé la

clave de la respuesta. La madre que pregunta a su hijo ante un jarrón roto en el suelo: *¿quién ha roto esto?*, está haciendo una pregunta retórica.

5. *Exclamativas*: En cuanto a su estructura, la oración exclamativa no es más que una oración aseverativa reforzada por la participación emotiva del narrador/hablante. Por ello se recarga fonéticamente y toma una serie de rasgos peculiares que la sitúan en un lugar aparte, hasta el punto de que muchas gramáticas tradicionales han visto en ella la novena parte de la oración: la interjección. Pero no hay tal. Se trata de una oración reducida al mínimo por la fuerza de su carga intensiva. Por ello las exclamativas pueden carecer de sujeto o de verbo y presentar una estructura totalmente peculiar sin perder por ello su carácter oracional. En los siguientes versos de *Don Juan Tenorio*, de Zorrilla, tenemos un ejemplo de los distintos tipos de oración exclamativa:

*«Hermosa noche, ¡Ay de mí!
¡Cuántas como ésta, tan puras,
en infames aventuras
desventurado perdí!»*

6. *Optativas o desiderativas*: Son oraciones que expresan deseo y se construyen en subjuntivo. Son de carácter irreal, pues se desea lo que no se posee. Dentro de esta irrealidad de la posesión hay dos subgrupos: en el primero están las *realizables*, en el segundo las *irrealizables*. Esta denominación atiende a lo deseado:

así te pudras

Se distinguen por rasgos gramaticales: *¡Ojalá esté en casa tu hermano!* no puede decirse si sabemos que no puede estar. Tendríamos que decir *¡Ojalá estuviera (-se)!* Si fuese pasado irrealizable diríamos *¡Ojalá hubiera (-se) estado!*

7. *Exhortativas o imperativas*: Gili y Gaya señala que la línea de demarcación entre éstas y las anteriores es muy difícil de señalar, a lo que contribuye el hecho de que el imperativo español sólo tiene las formas de segunda persona. Amado Alonso y Henríquez Ureña no distinguen ambas clases. La mejor separación posible desde el punto de vista gramatical sería la que se basa en la imposibilidad de usar el imperativo en las oraciones optativas:

¡vete a paseo!

16.8.2. Por el criterio lógico

El segundo criterio no funcional para clasificar las oraciones simples es el *lógico, por la naturaleza del predicado*. Según éste se dividen en:

1) **Atributivas o cualitativas**: El elemento central de la significación del

predicado no es el verbo, sino el predicado nominal. Por su forma se subdividen:

- a) *Sin verbo*: Son los refranes y expresiones afectivas:

año de nieves, año de bienes
¡hijo mío!

- b) *Con verbo atributivo* (o usado como atributivo).

Juan es nuestro personaje
Juan está presente
Juan resultó honrado
Juan salió presidente

En los casos en los que la oración es atributiva pero el verbo no lo es (caso de los verbos que no son *ser* o *estar*) en lugar de un auténtico predicado nominal hay un *complemento predicativo*, pues el verbo usado como atributivo o copulativo no ha perdido completamente su significación y por ello su proceso de gramaticalización no es tan completo como en el caso de *ser* y *estar*, que son verbos auxiliares casi totales, aunque no tanto como *haber*. (Recuérdese lo dicho a propósito de los auxiliares en 13.8).

2) **Predicativas**: El elemento central del predicado es el verbo. Para su subdivisión atendemos a dos criterios:

- A) Criterio formal:

- a) *Predicación completa*, sin objeto directo:

Juan sale
Juan come

- b) *Predicación incompleta*, que necesita completarse con un objeto directo:

Juan come manzanas

- B) Criterio lógico-semántico:

- a) *Activas*: Desde el punto de vista formal hay que señalar aquí el verbo en voz activa, que responde así a la intención de expresar el papel del sujeto en la oración.

Las oraciones activas se dividen a su vez en:

- a') *Transitivas*: Lo fundamental no es que el verbo sea transitivo, sino que la oración lleve objeto directo expreso:

Juan come manzanas

a'') *Intransitivas*: En este caso lo fundamental no es que el verbo sea transitivo o intransitivo, sino que la oración no lleva objeto directo. Hay por ello dos clases de oraciones intransitivas:

Con verbo transitivo sin complemento directo:

Juan come

Con verbo intransitivo:

las hojas caen

a''') Como un tipo especial de transitivas deberíamos considerar las recíprocas. En ellas, cada sujeto es a la vez complemento directo, pero no de su propia acción, sino de la del otro:

Juan y Pedro se pelean

No obstante, el ejemplo anterior nos muestra que no es tan fácil separar la acción de cada sujeto. Por el contrario, en:

Juan y Pedro se entienden

si lo entendemos como acción recíproca quiere decir que Juan entiende a Pedro y es entendido por éste, o que Pedro entiende a Juan y es entendido por éste, mientras que en *se pelean* Juan no *pelea* a Pedro ni viceversa, y la significación recíproca está ligada al modo de acción verbal.

b) *Oraciones de verbos de estado*: Estas oraciones admiten un complemento predicativo, por ello debemos incluir aquí oraciones que han sido incluidas en las atributivas o copulativas. La anfibología es posible porque estas oraciones se sitúan en el límite entre las copulativas, con su verbo totalmente gramaticalizado, y las predicativas, con su verbo como núcleo del predicado. Gili y Gaya las sitúa entre las atributivas.

c) *Reflexivas*: En las oraciones reflexivas hay presente una forma de pronombre reflexivo. La acción del sujeto revierte sobre el mismo. Esto puede ocurrir de dos maneras, lo que origina dos tipos de oraciones reflexivas:

c') *Directas*: El reflexivo es objeto directo.

Juan se lava

c'') *Indirectas*: El reflexivo es objeto indirecto. (Véase lo dicho a propósito de *se* en 13.8 y 16.8.2.1).

Juan se lava las manos

d) *Impersonales*: Entendemos por ellas las oraciones que llamaríamos mejor *unipersonales* o de verbos de la naturaleza. Todos los verbos que constituyen el núcleo de su predicado se refieren a fenómenos naturales y se conjugan en tercera persona del singular. En sentido metafórico, estos verbos pueden tener su conjugación completa, pero dejan de ser impersonales.

Unipersonal: *llueve, nieva, truena*
 Intransitiva: *llovieron truenos y relámpagos*
tronaron maldiciones, etc.

De manera mucho menos exacta en su impersonalidad tenemos las formas *impersonales*, construidas con la partícula *se*, que son por lo general oraciones transitivas sin sujeto, que obedecen a motivos de orden social en la ocultación del sujeto (desconocimiento o desinterés en explicitarlo):

se dice

También se construyen oraciones impersonales en tercera persona del plural, sin partícula *se*, con la misma intención de ocultar la personalidad del sujeto, pero que pueden ser encuadradas entre las transitivas o las intransitivas, como las anteriores:

dicen

Desde un punto de vista tanto funcional como semántico sólo son impersonales las oraciones unipersonales o de verbos de la naturaleza, desde un punto de vista semántico ampliaríamos estas oraciones para incluir las oraciones que ocultan su sujeto, como en los ejemplos anteriores.

e) *Pasivas*: Estas oraciones llevan su verbo sea en pasiva propia, sea en pasiva refleja. Hay en esta evolución de la pasiva propia a la pasiva refleja una evolución para ocultar el sujeto que las acerca a ese tipo de impersonales semánticas o psicológicas que acabamos de ver.

Por su forma y los elementos funcionales que intervienen, estas oraciones se dividen:

e') Pasiva propia con agente:

unos libros son vendidos por Juan

e'') Pasiva propia sin agente:

unos libros son vendidos

e''') Pasiva refleja con agente:

la propuesta se aceptó por todos los asistentes

e''') Pasiva refleja sin agente:

se venden unos libros
se divulgó la noticia

Hay que observar que en singular la pasiva refleja sin agente no se distingue de las formas de impersonales semánticas por la forma, sí por la función, pues la pasiva tiene sujeto y no puede tener objeto directo, mientras que la impersonal no tiene sujeto. En plural la diferencia desaparece, pues en la pasiva refleja el sujeto plural obliga al verbo a ir en plural, mientras que la impersonal, carente de sujeto, se construye siempre en singular (nos referimos, evidentemente, a la forma impersonal con *se*, única capaz de confundirse formalmente con el singular de la pasiva refleja). Es totalmente inadmisibles pensar, en ningún caso, que *se* pueda ser sujeto; no tiene justificación histórica (en latín no podía serlo) ni sincrónica (en *se venden libros* está clarísimo que *se* no puede ser sujeto; basta comprobar la imposibilidad de la conmutación *se los venden*, que no conserva el mismo sentido, así como la necesidad de poner el verbo en singular cuando *libros* va en singular, *se vende libro*, para demostrar que *libros* es el sujeto).

Después de fijar a grandes rasgos esta clasificación, tenemos que detenernos en algunos aspectos peculiares de la clasificación de las oraciones reflexivas e impersonales.

16.8.2.1. Clasificación detallada de las oraciones reflexivas

Además de las reflexivas *puras* o *reales* que hemos estudiado, divisibles en:

Directas: Se como objeto directo:

Juan se lava

Indirectas: Se como objeto indirecto:

Juan se lava las manos

tenemos las oraciones reflexivas *formales* o *gramaticales*; en todas ellas el reflexivo puede considerarse objeto indirecto, o una pura forma indicadora del tipo de construcción.

Intrínsecas: La acción es interior al sujeto; el verbo sin pronombre es transitivo, en un primer tipo:

me avergüenzo de decirlo / avergüenzo a alguien

En este grupo pueden diferenciarse construcciones en las que el reflexivo es imprescindible: *suicidarse, arrepentirse* no permiten *suicido a alguien, arrepiento a alguien*.

Causativas: La acción no es realizada por el sujeto directamente, sino que el sujeto causa la acción, que es realizada prácticamente por otra persona:

me hice un traje

(Es evidente que si el sujeto se ha hecho realmente el traje en lugar de encargarlo la oración es reflexiva real indirecta.)

Incoativas: Significan comienzo de acción:

me voy

Reflexivas-pasivas: El sujeto sufre la acción del verbo, en lugar de producirla; el *se* puede considerarse morfo de un morfema de *medialidad* (cf. 13.5.):

se quemó la comida

Involuntarias: La acción sucede sin que el sujeto tenga participación volitiva en ella:

me quemé la mano

Éticas: La acción se realiza en provecho o daño del sujeto:

se comió el pan

16.8.2.2. Clasificación detallada de las oraciones impersonales

Como veíamos antes, el concepto de oración impersonal permite muchos matices. Estos se unen en un solo punto común: la oración impersonal carece de sujeto. Desde el punto de vista psicológico es fundamental el rasgo de ocultación del sujeto y lo que varía son las causas, desde la ocultación deliberada hasta el hecho de prescindir del sujeto porque el conocimiento de éste no aporta nada nuevo ni importante a la comprensión de la oración.

Unipersonales, naturales o de verbos de la naturaleza: Son las que presentan mayores caracteres de impersonalidad (salvo en su uso metafórico, según lo dicho antes). No sólo no se expresa el sujeto, sino que se prescinde del sujeto en absoluto y no se sabe de ninguna manera quién puede serlo. En este uso, los verbos son defectivos y sólo tienen tercera persona del singular.

Hay por ello una relación de la significación con la forma y la función:

llovió durante toda la noche
generalmente nieva durante el invierno

Formales: Se construyen en tercera persona del singular, como las anteriores, pero con verbos cuyo uso normal no es impersonal. Hay tres tipos. En el primero de ellos tenemos una forma que es exclusivamente impersonal, *hay*: se trata de la construcción formalmente impersonal única de idioma:

aquí hay muchos mosquitos

En el segundo tipo hay construcciones sin sujeto claro:

hace frío
hace calor
hubo fiestas, etc.

Y, finalmente, un tercer tipo lo constituyen las oraciones en las que se advierte un matiz de existencia o presencia:

hace poco

Es importante insistir en el carácter impersonal (i.e. *sin sujeto*) de estas oraciones. Es frecuente la incorrección *hubieron fiestas, hicieron calores* que obedece a un falso análisis, con inexacta interpretación del Objeto Directo como Sujeto. *Fiestas* y *calores* no son sujetos, sino O.D., por ello el verbo, en una construcción correcta, debe ir en singular, sin sujeto, como impersonal que es.

Con estas oraciones se relaciona el tipo

hace quince días que llegó
hace una semana que llegó

con *hace* verbo impersonal, sin sujeto, *quince días* y *una semana* son los Objetos Directos (cfr. también 21.6.), y *que llegó* es un Circunstancial de acontecimiento, que se puede sustituir por *de su llegada*.

En oraciones del tipo

hoy hace quince días

la gramática académica consideraba (hasta su edición de 1931, inclusive) que *hoy* era el sujeto. Esto es insostenible. *Hoy* es un adverbio y, por tanto, un Circunstancial. Lo mismo ocurriría en

el lunes hará quince días,

donde *el lunes* es un Circunstancial (resto sintáctico de las construcciones latinas sin preposición para lugar y tiempo).

Contra lo que dice Hadlich (p. 26 y p. 30 entre otras), los objetos directos de estos ejemplos admiten pronominalización, que se usa muy frecuentemente. Lo que no admiten es pasiva, cosa lógica ya que no pueden hacer que las reglas de transformación conviertan el sujeto de la activa en agente de la pasiva, porque ese sujeto no existe. No se trata por ello de una pasiva sin agente, sino de la imposibilidad estructural (sintagmática) de existencia del agente, por lo cual no hay pasiva.

La pronominalización salta a la vista en nuestros ejemplos:

¿Hace quince días que llegó? Si, los hace.
¿Hace una semana que llegó? Si, la hace.
¿Hoy hace quince días? Si, hoy los hace.
¿El lunes hará quince días? Si, el lunes los hará.

Eventuales: No importa quién hace la acción:

llaman a la puerta
dicen que vendrá luego

Reflejas: Son oraciones intermedias, confundidas con pasivas reflejas en singular, que en cuanto a la forma presentan la inclusión de la forma *se* con verbo en singular. Recordamos que la forma *se* con verbo en plural es exclusiva de la pasiva refleja, como hemos visto.

se dice que llegarán tarde
se vende libros

Mientras que la primera de las dos construcciones anteriores es normal y admisible, los gramáticos se han opuesto a la segunda forma, prefiriendo la forma refleja ¹⁰.

16.9. ORACIONES IMPLÍCITAS

Un último tipo de oraciones simples superficiales son aquellas a las que falta algún elemento. Se dividen en los siguientes grupos:

De implicación: Se sabe que no se pueden referir a nada más. Las probabilidades de confusión son mínimas:

comimos

¹⁰ La construcción refleja (con *se*) impersonal ha traído como consecuencia la aparición de construcciones no pasivas, sino transitivas, de *se* + pronombre átono de acusativo: *se los consulta (a los médicos)*, en vez del pasivo reflejo *se consultan los médicos*, que podría ser ambiguo: 'los médicos son consultados' (1) o 'los médicos consultan entre sí'. Cfr. nuestros *Estudios sobre el pronombre*, caps. I y VI.

Sobrentendido un elemento conversacional y previo: No hace falta repetir algo que se ha enunciado ya en el discurso:

a las tres en la esquina

Se sobrentiende *te espero, quedamos, ocurrió*, etc., cualquier verbo que ya se ha enunciado antes.

Por el contexto: Ligeramente diferentes de las anteriores, no hace falta que se haya enunciado el elemento sobrentendido, sino que el interlocutor lo pueda comprender aunque no se explicita:

no sabía si iba a salir

El contexto nos dirá si se trata de la primera o de la tercera persona, de si hay que entender:

yo no sabía si (yo) iba a salir
yo no sabía si (él) iba a salir
él no sabía si (yo) iba a salir
él no sabía si (él) iba a salir

Exclamativas: Las interjecciones y exclamaciones suelen estar faltas de algunos de los elementos principales de la oración simple. La entonación, los signos de puntuación, el contexto, etc., nos dan la pista para encontrar estos elementos, al mismo tiempo que la curva melódica, tonema o sintonema, nos da indicio de la significación.

Sin verbo: No es desusado encontrarse con oraciones sin verbo. Estas oraciones no tienen por qué ser exclamativas:

Una tarde parda y fría
de invierno. Monotonía
de lluvia tras los cristales. (Machado)

A todos, ..., mi agradecimiento. (César Hernández)

Este tipo de oraciones (pues como tales las siente el hablante, sin duda) nos permiten llegar a una mínima definición de oración en español. Si, conforme a un análisis sintagmático, hallamos en la base de la gramática española la regla, G:

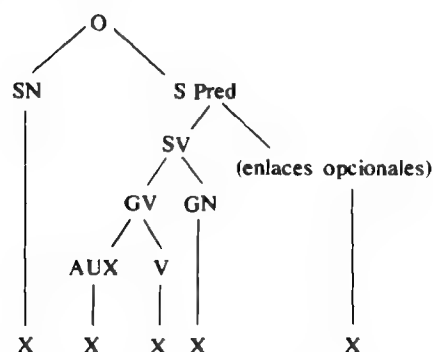
$O \Rightarrow SN \ S \ Pred$

una regla estructural permitiría la formulación $O \Rightarrow (SN) \ S \ Pred$.

Es decir, la oración, O, consta de *sintagma nominal* (que no es obligatorio, como indican los paréntesis), y *sintagma predicativo*.

Ahora bien, el sintagma predicativo consta de SV (sintagma verbal), que consta de GV (*grupo verbal*, dividido en *auxiliar* y *verbo*) y un segundo SN (sintagma nominal, también llamado GN, grupo nominal, para evitar confu-

sión con el primer SN; GPrep., grupo preposicional, si va introducido por una preposición).

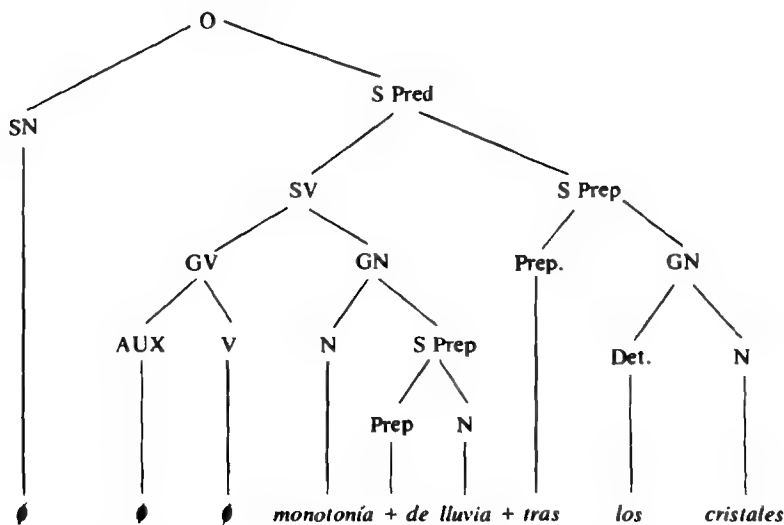


De la existencia de oraciones sin sujeto y sin verbo en español podemos deducir que para que haya oración patente en español basta con que esté presente uno de los constituyentes del SV (sintagma verbal). De modo que estableceríamos unas reglas estructurales (no transformacionales):

$$\begin{aligned}
 O &\Rightarrow (SN) \ S \text{ Pred} \\
 S \text{ Pred} &\Rightarrow SV + (\text{enlaces opcionales}) \\
 SV &\Rightarrow \left\{ \begin{array}{l} (GV) \ GN \\ GV \ (GN) \end{array} \right\}
 \end{aligned}$$

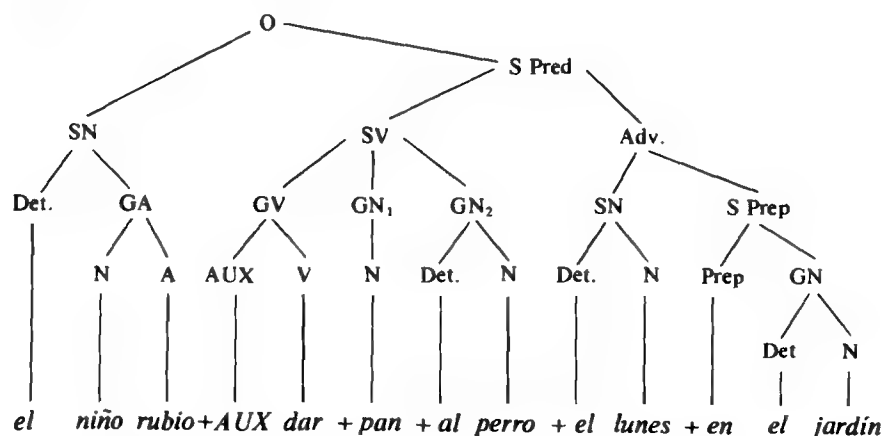
(Recordamos que lo que figura entre paréntesis puede aparecer o no, y lo que va entre llaves indica que de esas dos posibilidades debe aparecer necesariamente una, así como que realizamos una descripción superficial.)

Aplicando esta teoría a uno de los ejemplos anteriores tendríamos esta posible descripción estructural más profunda:



Análisis superficial : Ø + Ø + Ø + *monotonía + de lluvia + tras los cristales*.

Un esquema analítico completo nos daría la siguientes descripción sintagmática:



Esta formulación tiene varias particularidades.

En primer lugar está la de GA (grupo adjetival), que trata al adjetivo como un determinante y prescinde de la transformación de adjetivo:

- 1) el niño
- 2) el niño es rubio
- 3) el niño rubio

En segundo lugar tenemos el establecimiento de una categoría SV (sintagma verbal) que se ramifica en GV (grupo verbal) GN₁ (primer grupo nominal) y GN₂ (segundo grupo nominal). Hemos incluido aquí este segundo GN, que lleva preposición por lo general, y no es igual a un sintagma preposicional. La razón es que para definir estos dos GN recurrimos a la pronominalización y decimos entonces

GN₁ ⇒ lo, la, los, las.
GN₂ ⇒ le, les.

En este caso no hay preposición. Del mismo modo que el léxico nos advierte de que GN₁ es + persona y lleva *a*, nos advierte también que GN₂ no es pronombre y debe llevar preposición *a*.

En último lugar tendríamos el nudo *Adv* (Adverbial o Circunstancial), que puede ramificarse en un sintagma nominal sin preposición (caso de *el lunes*), no conmutable por *él*, *ella*, *ello*, *lo*, *la*, *le* y sus plurales, y un sintagma preposicional (caso de *en el jardín*).

Es evidente que se puede complicar el indicador sintagmático con nuevas ramificaciones si se incluyen *S Prep* dependientes de *SN*, *GN*, *GA* o *Adv*.

(*El niño rubio del traje de terciopelo da pan negro de centeno al perro del vecino de abajo el lunes por la mañana en el jardín trasero de la casa de sus abuelos paternos.*)

CAPÍTULO 17

Ser y estar

17.0.

La clasificación de las oraciones en atributivas y predicativas tiene un valor exclusivamente lógico semántico, pues desde el punto de vista funcional el verbo siempre tiene función verbal, en cualquier tipo de oración.

Sin embargo, ya hemos insistido en que lo fundamental de nuestro concepto de la lengua es el hecho de servir para la comunicación humana. Dado este planteamiento, es fundamental la clasificación por la significación, y por ello en el caso del español debemos estudiar con el mayor cuidado la división de la oración simple en oraciones predicativas y oraciones atributivas.

En el capítulo anterior veíamos que los verbos atributivos por excelencia en español son *ser* y *estar*. Todos los demás usos atributivos corresponden a verbos que pueden usarse de ese modo, pero que no son los atributivos por antonomasia.

17.1. SUS USOS

Ser y *estar* no se limitan a un uso atributivo, aunque éste sea su uso normal. También tienen un uso predicativo, en los siguientes casos:

17.1.1. Uso predicativo de ser

Ser es predicativo en las ocasiones siguientes:

1) Construcciones arcaicas:

el Señor es contigo

2) Valor existencial:

érase una vez
Dios es

3) De relación:

¿es a mí?

4) De suceso:

*eso no será
¿qué será de mí?*

5) De tiempo:

son las siete

6) De causa:

es por tu bien

7) Locativo:

aquí es

17.1.2. Uso predicativo de estar

Estar es predicativo a su vez en:

1) Expresión de situación:

no está aquí

2) Indica permanencia:

estaré tres días

17.2. USO ATRIBUTIVO

El problema no se plantea hasta que ambos verbos, tras un proceso de gramaticalización, pierden su significación propia al usarse como verbos copulativos. Se establece una diferenciación que plantea problemas muy arduos en la enseñanza del español como segunda lengua y que se pueden resolver a partir de ciertos postulados.

Hay que tener presente que no se trata de un uso que corresponda a la realidad, sino que corresponde a una percepción peculiar de la realidad. *Ser* tiene un valor esencial, mientras que *estar* tiene un valor perfectivo. Por ello a un tiempo simple de *estar* corresponde un tiempo compuesto de *ser* para expresar la misma significación:

*esto está estudiado
esto ha sido estudiado*

La dificultad es inexistente con la mayoría de los atributos, puesto que sólo se plantea con los adjetivos predicativos o calificativos.

17.2.1. Atributos de ser

Son atributos de *ser*:

1) Sustantivos:

Juan es hombre

2) Pronombres sustantivos:

Juana es aquella

3) Infinitivo:

esto es vivir

17.2.2. Atributos de estar

Se construyen con *estar*:

1) Los adverbios y locuciones adverbiales (pronombres adverbiales, o usados con valor adverbial, etc.) (Uso predicativo):

*Juan está aquí
eso estará ahora
no está lejos*

2) Gerundios (cf. 13.4.2.):

está lloviendo mucho

17.3. NORMAS PARA EL USO DE SER Y ESTAR

Hasta aquí no se plantean dificultades graves. Gili y Gaya (6.46) añade una norma de tipo práctico que puede introducirnos en el problema de los calificativos: «Para los extranjeros puede servir de guía la siguiente norma: Usamos en español *estar* cuando pensamos que la realidad es resultado de un *devenir*, un *werden*, o un *become*, real o supuesto. Basta con que, al anunciar una cualidad, haya en nuestro pensamiento una leve suposición de que ha podido ser causada por una acción o cambio, por algún *devenir*, para que empleemos el verbo *estar*.»

Más adelante añade: «A las personas de lengua inglesa puede servirles la siguiente regla: Cuando los verbos *to feel* o *to look* pueden sustituir a *to be*, debe emplearse *estar* en español. Ejemplos: *Este traje está* (looks) *sucio, limpio, arrugado*, etc. *El café está* (feels) *dulce, caliente*, etc.» A ello podemos añadir la sustitución con el alemán *sich befinden*.

En líneas generales, podemos decir que la idea eje que separa los dos verbos es la de *temporalidad*: *ser* es la intemporalidad en la atribución, *estar*, en cambio, la temporalidad.

En ruso (cf. Tesnière, *op. cit.* 66.11) hay un doble tipo de atribución que presenta ciertas analogías con la diferencia entre *ser* y *estar*. Ya hemos dicho que en ruso no se expresa el verbo copulativo en presente. La diferencia entre los dos tipos se marca por el caso del predicado. Si el predicado va en nominativo expresa una cualidad básica y permanente, inherente al sujeto: «Anton bil kucher», «Antonio era cochero», pero «Anton bil kucherom», «Antonio estaba de cochero». No obstante, este uso es más fluctuante en la lengua hablada y se complica con el uso del instrumental como atributo del infinitivo y otros problemas específicos del ruso.

El uso actual, finalmente, no es el mismo registrado en los textos a lo largo de la historia del español. Por ejemplo, la lengua antigua empleaba *ser* para la designación de los estados sociales, de ahí quedan aún duplicidades como *ser/estar casado*, o, regionalmente, *estar novio*, frente al general *ser novio*. A lo largo del idioma ha habido una progresiva fijación de usos, así, hoy no admitimos *estar* con sustantivo en el predicado, ni *ser* con adjetivos para situación momentánea. En cambio, el *Poema de Mio Cid* puede usar *ser alegre* en el sentido actual de 'estar alegre'.

Cuando hablamos de cualidades esenciales o expresamos juicios absolutos independientes de nuestra experiencia usamos *ser*:

el plomo es pesado
Juan es débil

No obstante, cuanto tocamos el hielo decimos:

¡qué frío está!

porque esa apreciación depende de nuestra propia experiencia.

También influye el significado del adjetivo. Navas Ruiz habla de adjetivos *de clase* en los ejemplos:

es burgués, (o) creyente, epidérmico, vasco, estoico, etc.

Con estos adjetivos *estar* se utiliza para un momento determinado:

está muy burgués últimamente

Un ejemplo claro nos lo ofrece Julio Camba:

hay que lavarse porque se esté sucio y no porque se es limpio

Pero la idea eje que separa ambos verbos es la temporalidad: *ser* es la intemporalidad en la atribución, mientras que *estar*, en líneas generales, es la temporalidad, insistimos.

En el uso de *ser* y *estar* con participio hay que tener en cuenta la clase de acción verbal. Unos verbos tienen un término: su realización. Otros no tienen término necesariamente.

Dormir, danzar, sentir, esperar, correr, no necesitan término; pero en *soltar, hacer, decir, romper, dormirse*, cuando la acción llega a su plenitud termina.

Los verbos del primer grupo son los que Bello llamaba permanentes y otros imperfectivos.

Los segundos son los desinientes de Bello, llamados perfectivos por otros, con menos propiedad.

Esta diferencia corresponde a la significación de cada uno. Es un hecho de tipo semántico que tiene una consecuencia sintáctica en el uso de la pasiva con verbos de un tipo o de otro.

Completando nuestro estudio del tema con relación a *ser* y *estar* con un predicado nominal cuya base es un adjetivo predicativo podemos dividir este uso de la siguiente forma:

Predicativos que significan una cualidad esencial o intrínseca, o considerada como tal:

Con *ser*

el café es amargo

en clase somos cuarenta (la clase está compuesta por cuarenta)

Con *estar*

a) Cualidad adquirida no esencial:

el café está dulce

(el café es amargo, después de probarlo vemos que no es así).

b) Transformación real o pensada:

el café está dulce

(el mismo ejemplo, pero ahora pensamos que le hemos añadido azúcar, p. ej., y su sabor ha variado).

la estatua está rota

(No debía ser así, pero después de una transformación real la estatua se ha roto.)

la estatua está entera

(Es el caso cuando la estatua se ha caído, nos acercamos esperando que esté rota, pero nos la encontramos entera.)

c) Experiencia inmediata:

la nieve está blanca

(en el momento de verla).

No dudamos que a pesar de todas estas subdivisiones y aclaraciones en una serie de casos el problema se sigue planteando. Para reducir el problema en mayor medida el lector puede recurrir a la bibliografía del tema. No obstante, es conveniente no ocultar que siempre habrá que recurrir a procedimientos tradicionales de aprendizaje de lenguas extranjeras para que el alumno de habla no española llegue a dominar este peculiar aspecto de la estructura del español ¹.

¹ Las otras lenguas romances hispánicas tienen sus peculiaridades; sobre el portugués existe una tesis doctoral de la Dra. Claudia de Lemos, en la Universidad de Edimburgo, dirigida por John Lyons. Para el catalán, además de las observaciones que A. Badía recoge ahora en *Llengua i cultura als països catalans*, Barcelona: Edición 62, 1977², esp. págs. 64-68, véase Jaume Vallcorba i Rocosa, *Els verbs ésser i estar en català*, Barcelona: Universidad, 1978. Violeta Demonte: «Semántica y Sintaxis de las construcciones con 'ser' y 'estar'», *RSEL*, 9, 1979, 133-171, presenta la problemática desde el punto de vista de la gramática generativa.

CAPÍTULO 18

La oración compuesta. Clasificación. Subordinación

18.0.

En un tema anterior hemos estudiado los diferentes tipos de oración simple. En éste estudiaremos los fenómenos que se producen en el idioma por la combinación de oraciones, o de los segmentos que llamaremos oraciones y proposiciones.

Conviene recordar que, en su conocida *Gramática Castellana*, Amado Alonso y Pedro Henríquez Ureña proponen el término *oración* para la expresión con sentido completo, mientras que llaman *proposición* a los «miembros de oración con forma de oración», pues son oraciones por la forma, pero no por el sentido; vendrían a ser simples secuencias sintácticas sin sentido completo.

La distinción de *oración* y *proposición* es evidentemente útil en algún caso, como el de las *ordinadas*, que veremos más adelante, pero plantea problemas en otros. Por ello introduciremos otro término, el de *suboración*, con el que designaremos a cada una de las oraciones o proposiciones que formen parte de una oración compleja: como se verá, este concepto es especialmente útil en las causales, y puede aplicarse a otros tipos, como las condicionales, por poner otro ejemplo.

Las suboraciones u oraciones que se integran en otra oración, es decir, los distintos elementos oracionales de una oración compleja, pueden relacionarse entre sí de dos maneras:

polisíntonon: relación por medio de partículas, locuciones, conjunciones o adverbios.

asíntonon o *yuxtaposición*: no aparece expreso ningún elemento de relación, las distintas oraciones se unen por pausas (comas en la escritura).

18.1. ORACIONES COORDINADAS

Es bastante moderna, en la historia de la gramática, la llamada *división tradicional* en oraciones *coordinadas* y oraciones *subordinadas*. En realidad,

las llamadas *coordinadas* no son sino dos segmentos de tipo oracional (oraciones, suboraciones, proposiciones) vinculados de modo que ninguno desempeña una función dentro del otro. Ahora bien, muchas de las llamadas tradicionalmente *subordinadas* (las *adverbiales*) pueden considerarse como equivalentes a la llamada *principal* tradicionalmente, y que se podría llamar *central*, *aglutinadora* o *no marcada*, puesto que es la que no lleva conjunción introductoria de ese tipo *adverbial*. Las relaciones entre «principal» y «subordinada», que son de tipo nocional, semántico, pueden expresarse por nexos copulativos, e incluso sin nexo alguno, en construcciones yuxtapuestas. Por otra parte, algunas de las subordinadas tradicionales, como las *consecutivas*, tienen un elemento en la llamada «principal», la partícula *tal* o equivalentes (cf. 19.4.2., *infra*). Sobre este punto volveremos luego, apoyándonos en la distinción que vamos a establecer entre tres posibles clases lógicas de coordinación: la de *inclusión* o *copulativa*, la de *exclusión* o *disyuntiva*, y la de *restricción* o *adversativa*.

Los distintos tipos de oraciones coordinadas van unidos por conjunciones *coordinantes*, que estudiamos en el capítulo 15.

Copulativas, de inclusión o adición

Desde el punto de vista *formal*, van unidas por las conjunciones *y*, *e*, *ni* y la arcaica *que*.

Semánticamente expresan *adición*: el contenido semántico de una proposición se suma al de la otra. Por eso, en su representación lógica, se simbolizan con el signo de la inclusión lógica (\wedge): $A \wedge B$.

La conjunción *y* es propia de la *unión afirmativa*: se realiza como *e* cuando la palabra siguiente empieza por *i* vocal (no semiconsonante inicial de un diptongo):

hermosos e inútiles

(Blasco Ibáñez)

es muy justa y me enorgullece

(Blasco Ibáñez)

piedras y hierros, tierra y hierbas, etc.

Cuando varias oraciones coordinadas se construyen una a continuación de otra, sólo la última se une a la anterior mediante la conjunción expresa:

él lloraba, no sabía qué hacer y llamaba a voces a Cloe

(J. Valera)

sálvate tú, salva a Dafnis, véngame y piérdelos

(J. Valera)

La conjunción *ni* es la copulativa que une proposiciones *negativas*:

No se moría nadie en la escena, ni salía gente de luto, ni se lloraba
(Pío Baroja)

Para intensificar la negación puede reiterarse el *ni*:

El vagabundo, recordando aquellas sabias palabras que aconsejan no meterse en disputas ni con clérigos ni con el consonante, dio los buenos días y se marchó

(C. J. Cela)

La conjunción copulativa *y*, una de las más frecuentes, puede aparecer con un valor adversativo, o condicional; el primero de ellos es especialmente frecuente en el caso de *y no*:

Eres muy listo y no me engañarás = eres muy listo, pero no me engañarás

En la clasificación y análisis de las oraciones compuestas parecen tener más importancia los aspectos semánticos que los puramente formales.

Disyuntivas o de exclusión

Por su *forma* se caracterizan por ir unidas por la conjunción *o*, que se realiza como *u* ante palabra que empiece por *o*-:

uno u otro, hielos u hogueras

En lo que respecta a su *significado*, básicamente son expresiones de juicios contradictorios; si una de las proposiciones es verdadera, la otra es falsa:

vienes o te quedas, blanco o negro

aunque a veces podrían ser acumulativas, pero no necesariamente:

Al que tiene mujer hermosa, o castillo en frontera, o viña en carrera nunca le falta guerra

(Refrán antiguo)

Puesto que semánticamente expresa *exclusión*, para representarla se usa el signo de la exclusión lógica (*V*): *A V B*.

Dentro de la gran variedad semántica que recubren las distintas formas, sin embargo, la conjunción *o* puede utilizarse, como decíamos antes a propósito de *y*, para expresar distintos matices.

Puede servir para introducir una aclaración, como explicativa:

lililíes, o gritos de guerra de los moros.

con lo que se aclara que, en la pronunciación del árabe hispánico, el *La Ilah ila Allah* 'no hay sino un Dios; no hay dios sino El Dios', grito de guerra, se pronunciaba *Li Ilih ili-l-lih*.

Otro posible matiz, de considerable incidencia estilística, porque aparece como rasgo característico de la poesía de Vicente Aleixandre, es el que llama *o copulativo*, es una variante del explicativo, que se podría llamar 'identificador':

La destrucción o el amor,

es decir, la destrucción y el amor como equivalentes, no como excluyentes.

A partir de las disyuntivas, por reiteración y especialización semántica, se forma el subgrupo de las llamadas *distributivas*.

Estas proposiciones se caracterizan, *formalmente*, por ir en *correlación*: el primer término en la primera proposición y el segundo en la segunda. No hay una sola partícula, sino dos relacionadas: *uno... otro, este... aquel, cerca... lejos, aquí... allí, cual... cual, ya... ya, ora... ora, bien... bien, sea... sea*, y similares...

En lo que respecta a su *significado*, hay que señalar que se diferencian de las disyuntivas en que las proposiciones no son contradictorias; hay diferencias entre ambas, pero no excluyentes.

Ora se tornaba verde, ora tal como cera

(Berceo)

Ya lo suben, ya lo bajan

(Canción popular)

Uno piensa el bayo, otro el que lo ensilla

(Refrán)

Adversativas o restrictivas

En cuanto a su *forma*, van unidas por las conjunciones *pero, mas, aunque, sino, sin embargo, menos, excepto, salvo, antes, antes bien*, y similares.

Por su *significado* se dividen en dos clases: coinciden en mostrar *contraposición*.

Correctivas:

Limitan la relación de igualdad entre las dos proposiciones, pero, con esa limitación, la igualdad sigue existiendo. De las conjunciones enumeradas an-

tes, se usan con este valor: *pero, mas, aunque, menos, excepto, salvo*, y el literario *empero*.

No tienes a nadie más en el mundo, pero yo trabajaré por ti, yo te defenderé
(V. Blasco Ibáñez)

Excluyentes:

No permiten la coexistencia de los dos elementos que unen, lo que les confiere un cierto matiz negativo. Utilizan las conjunciones *sino* y *antes* y sus compuestos.

Este libro no es una tesis doctoral, sino más bien todo lo contrario
(C. J. Cela)

Las adversativas tradicionales, es decir, las *correctivas* y *excluyentes* que acabamos de ver, no son sino un tipo de las posibles restricciones lógicas, que abarcan buen número de matices. La proximidad de algunos tipos es palmaria, y así, las adversativas y las concesivas en indicativo coinciden formalmente de modo que es imposible separarlas por ese criterio. En los dos grupos de coordinadas tradicionales estudiados anteriormente hemos podido señalar casos en los cuales los matices semánticos son amplios, y la insuficiencia del criterio formal a la hora de clasificar oraciones complejas.

18.2. ORACIONES YUXTAPUESTAS

Las oraciones o proposiciones yuxtapuestas son, como las coordinadas, de la misma clase, pero no van unidas por ninguna partícula. Una serie de oraciones yuxtapuestas puede terminar por una coordinada:

salieron, se aseguraron de que no había nadie, hicieron la señal y huyeron,

lo hago para que estudies, te diviertas y tengas buen recuerdo de nosotros.

Lo que ocurre ahí, en realidad, es que, en una serie de coordinadas, con la misma clase de coordinación, la conjunción suele hacerse patente sólo entre las dos últimas oraciones o suboraciones de la serie.

Las oraciones yuxtapuestas están separadas por pausa menor. Si la pausa es mayor estamos ante dos períodos distintos, independizados. La entonación (y su representación por los signos de puntuación) es sensible a la clase de construcción de que se trate en cada caso.

La consecuencia de estas peculiaridades son algunos matices que conviene ver:

En el siguiente ejemplo de yuxtaposición:

*Quedó sola Leocadia, quitóse la venda, reconoció el lugar donde la dejaron.
Miró a todas partes, no vio a persona*

(Cervantes)

no hay ninguna partícula relacionante, con la excepción de *donde*. El empleo de nexos nos hubiera dado, entre otras posibilidades:

Quedó sola Leocadia y quitóse la venda; después de ello reconoció el lugar donde la habían dejado. Aunque miró a todas partes, no vio a nadie.

Como se ve, la yuxtaposición tiene un efecto estilístico de rapidez, elimina estadios lógicos y va más directamente a la acción.

El polisíndeton, en cambio, permite detenerse con morosidad, insistiendo en todos y cada uno de los detalles:

Había traído la peineta y la mantilla y un mantón de Manila

(G. Hortelano)

A veces, sin embargo, es necesario, por razones formales, combinar la yuxtaposición y el uso de un nexo. Esto sucede en las copulativas: varias oraciones que se integran en una compleja, y que se relacionan igualmente entre sí, con relación lógica de *inclusión*, sólo llevan la conjunción correspondiente (generalmente *y*) antes del último elemento del complejo, como dijimos.

Candiyú esquivó, derivó, tropezó y volcó muchas veces más de las necesarias

(Horacio Quiroga)

en lugar de *esquivó, y derivó, y tropezó...*

La construcción yuxtapuesta, a pesar de la falta de nexos, puede expresar toda clase de matices semánticos, apoyándose en la entonación, o en factores contextuales. La influencia de los aspectos fónicos (tono) favorece su empleo en la lengua hablada, pero en la escrita tiene especial incidencia estilística. Por su mayor simplicidad formal, finalmente, es también característica de los períodos de formación de la lengua, de los textos más simples y arcaicos. No obstante, es necesario advertir que no conviene confundir yuxtaposición y simplicidad, o falta de dominio de la sintaxis. Hemos de ver ejemplos estilísticos complejos logrados sólo con el asíndeton.

18.3. SUBORDINACIÓN

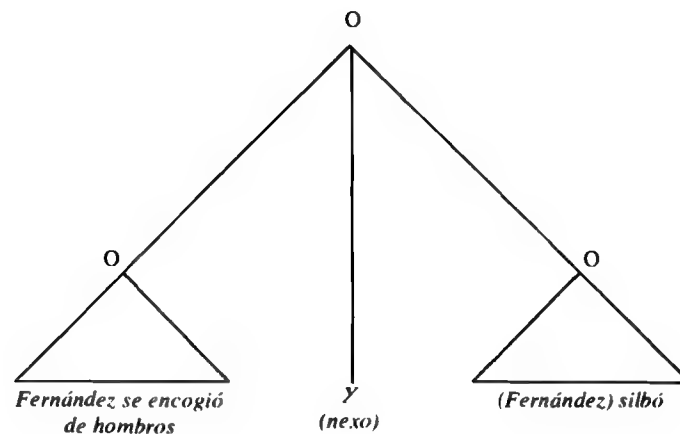
Hemos llamado *coordinadas* a las composiciones oracionales en las que se unen dos elementos del mismo valor por medio de un nexo, sin que ninguna de ellas pase a desempeñar una función dentro de la otra, es decir,

dentro de su esquema o estructura. Por ello se dice que las coordinadas son sintácticamente equivalentes. Un ejemplo como

Fernández se encogió de hombros y silbó

(Horario Quiroga)

se representa



Las dos proposiciones sólo tienen en común el nexo y, el gráfico muestra perfectamente su independencia en todo lo demás.

Cuando decimos que sólo tiene en común el nexo, nos referimos a que una de ellas no forma parte de la otra. Por lo demás, es muy corriente, como en el ejemplo de arriba, que un elemento de una, sobre todo el sujeto, tenga la misma función en la otra. Así, *Fernández* es sujeto de *se encogió* y de *silbó*.

La *subordinación* propiamente dicha, en cambio, supone que la oración subordinada funciona como un *elemento* de la llamada principal, y más precisamente, que sustituye a un elemento del sintagma nominal: núcleo o adyacente.

Esta consideración de la subordinación implica que sólo son propiamente subordinadas las *sustantivas* y *adjetivas*, únicas en las que se cumple la condición de sustituir a un elemento de un SN de la oración «principal»: las *sustantivas* sustituyen al *núcleo* de un SN, y las *adjetivas* a un *adyacente*, o *adjunto*. Son, precisamente, las que A. Alonso y H. Ureña llaman *inordinadas*.

¿Qué sucede entonces con las *subordinadas adverbiales* de la gramática

tradicional? La respuesta es, simplemente, que las adverbiales *no son* subordinadas, sino un tipo de coordinadas, porque no ocupan el lugar de un elemento de la «principal», sino que se relacionan con la «principal» entera; esa relación es una *restricción semántica*: la *adverbial* indica las circunstancias en las que es lógicamente posible la «principal». Esas circunstancias son las relaciones lógicas de lugar, tiempo, condición, causa, fin, etcétera.

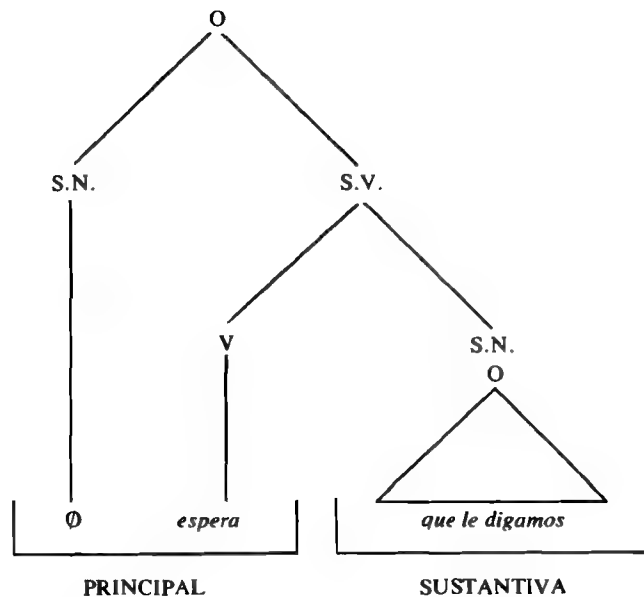
Esta consideración restrictiva de las *adverbiales*, por la cual habría posibilidad de vincularlas a las coordinadas, plantea una importante cantidad de problemas metodológicos y de adecuación de terminologías. El problema fundamental es, por supuesto, que estamos lejos de haber llegado a un acuerdo acerca del carácter de las adverbiales. Por este motivo, en el deseo que preside este libro de mantener un pie en la gramática tradicional, y habida cuenta de que la terminología no es engañosa si se sabe lo que hay bajo ella, continuaremos hablando de *adverbiales*, utilizaremos, a veces, el término de subordinadas para ellas, y las distinguiremos de las *inordinadas*, que son las realmente subordinadas, puesto que constituyen un elemento de la estructura de la subordinante o incluyente.

Para aclarar estos conceptos veamos cómo la *representación* de las subordinadas (sustantivas y adjetivas) es distinta de las adverbiales, y cómo éstas coinciden con las coordinadas tradicionales:

Principal + subordinada sustantiva:

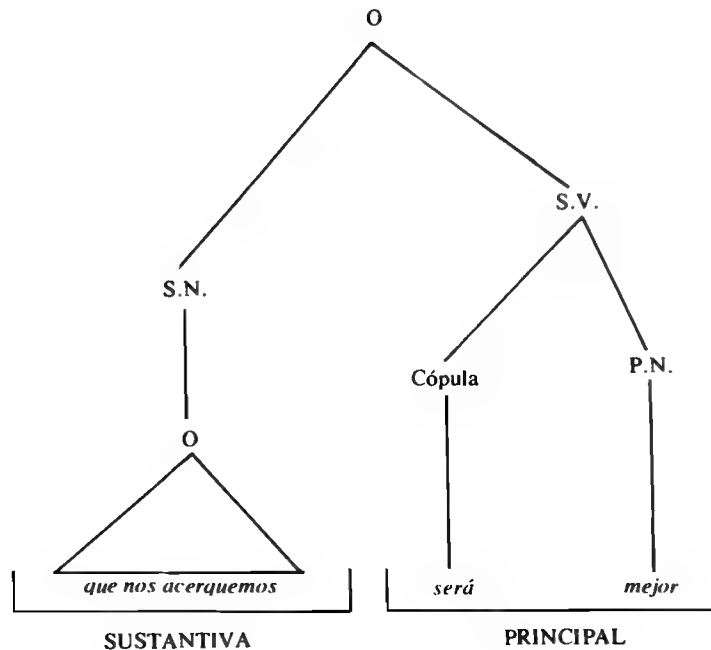
Espera que le digamos

(García Hortelano)



Será mejor que nos acerquemos

(García Hortelano)



La subordinada sustantiva, en el primer ejemplo, es el objeto directo (*lo espera*), en el segundo es el sujeto (*eso será mejor*).

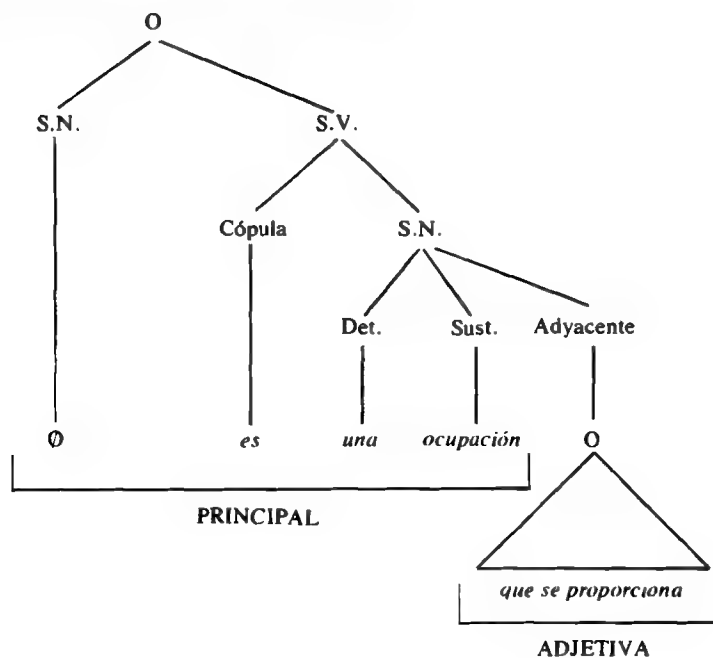
Principal + subordinada adjetiva:

En la representación de la *adjetiva*, de acuerdo con nuestra *descripción*, hacemos depender la adjetiva de una etiqueta «adyacente». Esto no quiere decir nada en cuanto a una posible *interpretación transformacional* de las adjetivas, es sólo un criterio de representación de una *descripción estructural*, y no de una explicación, que no pretendemos aquí. Insistimos en la diferencia entre descripción y representación, de un lado, y explicación, de otro, porque el abuso de los diagramas arbóreos ha llevado a una notable confusión, de la que queremos huir (ésta es una de las razones que nos han llevado a limitar su uso, aun siendo conscientes de su claridad y utilidad, en ocasiones).

Es una ocupación que se proporciona

(Juan Valera)

equivale a «es una ocupación proporcionada»:

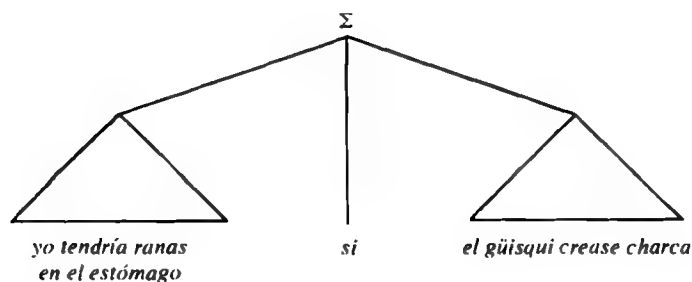


Veamos ahora cómo la *representación* de las *adverbiales* coincide con la de las coordinadas tradicionales.

Ya hemos dicho que considerar subordinadas a las adverbiales supone mantener una costumbre tradicional, que no parece generalmente aceptada hoy. Como veremos en el esquema, la estructura de las subordinadas adverbiales es similar a las coordinadas, no a las sustantivas ni a las adjetivas:

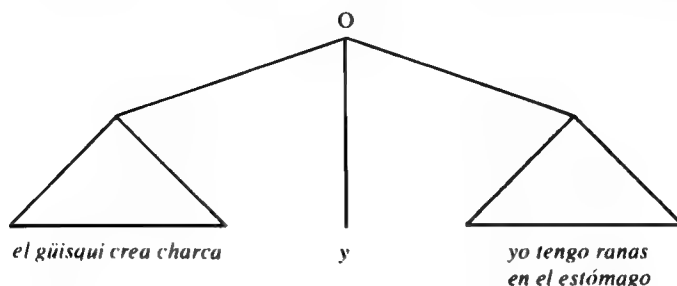
Si el güisqui crease charca, tendría yo ranas en el estómago

(García Hortelano)



Para advertir que las dos proposiciones tienen el mismo valor, podemos darles esta otra configuración:

El güisqui crea charca /y/ yo tengo ranas en el estómago



Esta forma /y/ no es exactamente la copulativa, sería más bien una restricción, en el sentido de:

Para que se produzca el hecho de que yo tenga ranas en el estómago, es necesario que el güisqui cree charca.

Las adverbiales, por tanto, no coinciden indiscriminadamente con cualquier coordinada, sino sólo con una clase de las mismas, las *restrictivas*.

En realidad, parece claro que a la oración compleja se llega a partir de varias oraciones simples, por sucesivas transformaciones: de *inclusión*, si se introduce o incluye un elemento, de *delección*, si, por el contrario, se borra, y así sucesivamente. Nosotros vamos a limitarnos a señalar algunos casos, y de modo muy general, siempre subordinándonos a lo expuesto.

Hay típicas transformaciones de supresión en las copulativas que tienen el mismo núcleo del predicado:

Tomó la caña
Tomó el cesto \Rightarrow *Tomó la caña y el cesto*

mientras que la inclusión de elementos se da preferentemente cuando se añaden las explicaciones y especificaciones típicamente adjetivas:

Siempre hay algunos que le tienen ganas al que se destaca por algo
 (Francisco Ayala)

Siempre hay algunos
Algunos le tienen ganas a alguien
Alguien se destaca por algo

Anteriormente tuvimos ocasión de ver alguna transformación de supresión del sujeto, del tipo

Antonio corre y se cae
Antonio corre
Antonio se cae

Si habíamos caracterizado la oración simple, desde el punto de vista semántico, por ser una unidad de sentido, la oración compuesta se caracteriza también por ser una unidad de sentido, pero que adquiere este sentido por la unión de los significados de las proposiciones de que se compone.

Tiene importancia, desde el punto de vista del significado, que las proposiciones que integran una oración sean coordinadas o subordinadas: en el caso de las coordinadas, la supresión de la conjunción produce una pequeña variación de sentido, pero no altera sustancialmente el significado. Las proposiciones subordinadas sustantivas y adjetivas, en cambio, tienen su significado íntimamente trabado con el de la proposición principal, de tal modo que la separación puede producir graves alteraciones del sentido, aunque con ciertas excepciones. Así:

Antonio corre y se cae

como ejemplo de coordinada, permite la separación de dos oraciones:

*Antonio corre
Se cae*

que conservan su sentido; en cambio, la sustantiva:

espera que le digamos

no permite tan fácil separación, pues

*espera
le digamos*

no significan, *independientemente*, algo inmediatamente inteligible como en el caso de la oración compuesta. Semánticamente, pues, las proposiciones subordinadas están mucho más trabadas que las coordinadas.

Las *subordinadas sustantivas* ofrecen tres posibilidades de transformación o equivalencia:

Sustantivo:

Espera oír tu confesión

Infinitivo:

Espera oírte confesar

Oración sustantiva, completiva:

Espera oír que (tú) confieras

Pero simultáneamente es imposible realizar la sustitución en otros; así, hemos dicho siempre, con infinitivo: *espera oír*, y ese *oír* no es sustituible

por sustantivo, ni por oración sustantiva. No podemos decir *(él) espera que (él) oiga*.

Las *subordinadas adjetivas* ofrecen posibilidades de sustitución, como sabemos, tanto en el caso de las explicativas como en el de las especificativas.

Explicativa: *La niña, adormilada, empezó a llorar*
La niña, que estaba adormilada, empezó a llorar

Especificativa: *El galgo negro venció*
El galgo que era negro venció

En lo que concierne a las *adverbiales*, se puede señalar cómo se corresponden con las *copulativas restrictivas*, desde el punto de vista de la relación lógico-semántica entre ambos miembros. Ahora podemos ver algunos de nuestros ejemplos anteriores, en esta perspectiva.

Temporal:

Siempre que hablaba *se reía la gente*
 Hablaba y *la gente se reía*, siempre (en esta circunstancia)

De lugar:

Aquí es donde se ahogó Lucita
 Lucita se ahogó y *fue aquí* (en este lugar)

Modales:

Como se ve. *Cervantes no conoce límites*
Cervantes no conoce límites, y eso se ve (de este modo)

Comparativas:

Recogió tanto como pudo
 Pudo recoger x y *recogió x* (se limitó a lo que pudo)

Consecutivas:

Posee tanto dinero que no lo puede contar
Posee una gran cantidad de dinero y no puede contarla (su capacidad está limitada para la cantidad que es)

Causales:

Fue meramente porque no quisieron
 No quisieron y *ocurrió* (precisamente por eso)

Finales:

Llévatelo para que adorne esa pared
Llévatelo y adorna esa pared (precisamente haz eso)

Condicionales:

Si me había despertado, *me gustaba ver amanecer*

Me había despertado y *me gustaba ver amanecer* (precisamente en el caso de que se cumpliera la primera parte)

Concesivas:

Son muy ricos, aunque no lo parezcan

Son muy ricos y no lo parecen (precisamente ocurre lo contrario de lo esperado)

Hemos sustituido con *y*, aunque podríamos haber buscado diferentes conjunciones, porque no tratamos de decir que existe una total equivalencia semántica, sino sólo una posibilidad de sustitución, + *algo que las adverbiales aportan*. Evidentemente, si diera exactamente igual emplear una copulativa, disyuntiva o adversativa, no habría existido la necesidad de construir las adverbiales, y los gramáticos no las habrían diferenciado, como tradicionalmente lo han hecho.

Conviene insistir en lo que acabamos de expresar: el grupo de oraciones compuestas *adverbiales* es diferenciable, pero no se debe poner junto con las subordinadas, porque, como se ve en los gráficos, no tiene ese esquema, sino junto con las coordinadas, cuyo esquema comparte. Para apoyar esa similitud hemos mostrado cómo con una coordinada, y *algo mas*, se mantenía el sentido de una adverbial, lo que no significa la total equivalencia de ambas. Si se pregunta con qué tipo de coordinadas están emparentadas *lógicamente* las adverbiales, hay que decir que con las *restrictivas* (a las que pertenecen las *adversativas* tradicionales), porque las adverbiales son, por su estructura mental, o lógico-semántica, una coordinación limitada por una restricción de distinto tipo: temporal, local, modal, comparativa, consecutiva, causal, final, condicional o concesiva.

Como idea fundamental de este párrafo podríamos apuntar la siguiente:

Los matices lógico-semánticos de una oración están, generalmente, vinculados a una forma determinada, pero no necesariamente. Análisis formal simple y análisis semántico no tienen por qué coincidir.

Es lo que hemos venido viendo, cuando decíamos que una forma copulativa podía esconder una relación lógica condicional, o mixta:

Vienes y te pones el termómetro

Si vienes, te pones el termómetro

Cuando vengas, te pones el termómetro

o encubrir una modalidad diferente:

¡Ven y ponte el termómetro!

Desde el punto de vista práctico del análisis de textos, eso tiene una consecuencia inmediata: una oración en un texto no tiene por qué tener una interpretación en exclusiva, sino que pueden darse en ella varios matices, conjuntamente.

La percepción de las diferencias de estructura existentes entre las adverbiales y las otras subordinadas tradicionales llevó a Amado Alonso y Pedro Henríquez Ureña a postular una diferencia terminológica entre ambas. Su propuesta nos habría convenido mucho si hubiera invertido los términos, es decir, si hubiera llamado subordinadas a las sustantivas y adjetivas. Al no ser así, sino haber reservado a estas últimas el término de *inordinadas*, nos vemos obligados a aclarar algunos puntos, a pesar del temor de ser reiterativos.

Tendremos en cuenta, en primer lugar, la estructura de la oración simple:

Sujeto	Predicado	
	Verbo	Complementos

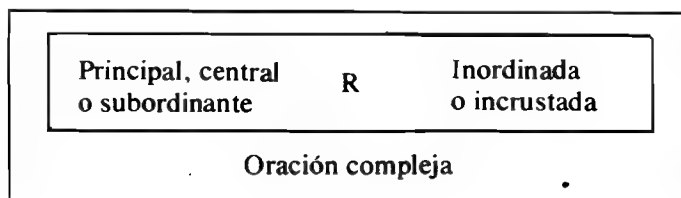
Toda proposición que sustituye a uno de los elementos estructurales de la oración simple sería *inordinada*, para los dos autores citados. Así, el término de preposición *para*, en la simple

toma estos pesos para tus diversiones

se convertiría en una proposición *inordinada*, en una oración compuesta:

toma estos pesos para que te diviertas

En los *indicadores de frase* (vulgarmente «árboles»), se representan las *inordinadas* como dependientes de un nudo que lleva la etiqueta de SN (Sintagma nominal, o FN, frase nominal) o SV, S Pred (Sintagma Verbal, o FV, frase verbal, y Sintagma Predicativo). La proposición *inordinada* está dentro de la principal, es un componente de ella, un nexo expresa frecuentemente la relación de dependencia, que se puede simbolizar con un esquema de este tipo:



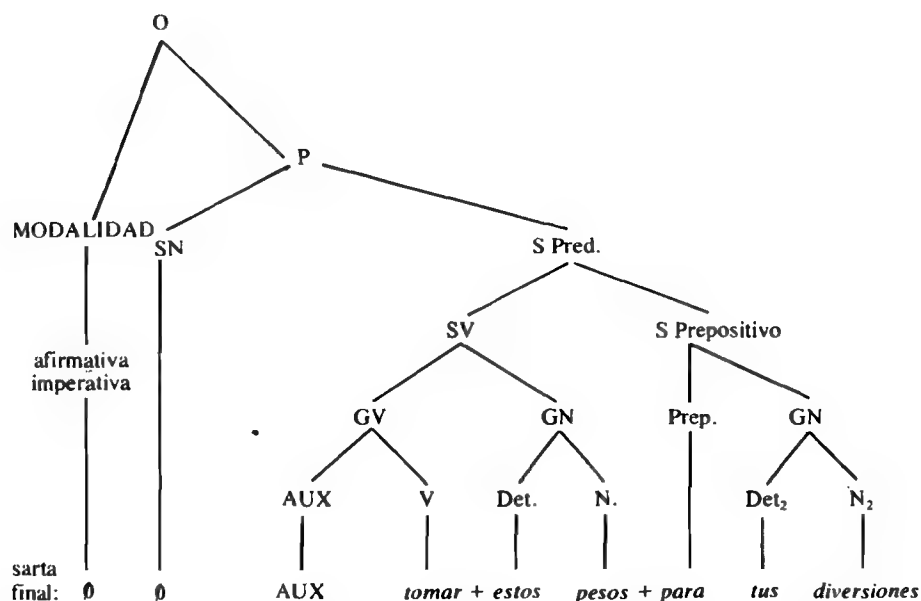
Una definición «técnica» sería la que dijera que son proposiciones *inordinadas* las que se generan a partir de una oración matriz, transformando sólo una parte de los constituyentes de ésta.

Estos argumentos tienen su incidencia: Amado Alonso y P. Henríquez Ureña ejemplifican con la oración final que hemos reproducido anteriormente, lo cual supone que las finales se apartan de los tipos de adverbiales, para unirse a las adjetivas y sustantivas en ese grupo de *inordinadas*, que son inequívocamente dependientes y, por ello, subordinadas en el sentido que les hemos dado anteriormente, que es, cuidado, diferente del de los dos autores repetidos, quienes, en una línea tradicional, consideran así a las adverbiales, que nosotros vemos más cerca de las coordinadas.

En resumen, la gramática «tradicional» (pero no la clásica, sino la lógica desde el XVIII-XIX) habla de oraciones coordinadas y subordinadas; e incluye en las subordinadas las sustantivas, adjetivas y adverbiales. Amado Alonso y P. Henríquez Ureña hablan de coordinadas, *inordinadas* (adjetivas, sustantivas, finales y, quizás, las causales) y subordinadas (adverbiales). Nosotros hablamos de *coordinadas*, en las que nos preguntamos si se pueden incluir las *adverbiales*, a las que llamaremos también «subordinadas tradicionales», y de *inordinadas o subordinadas adjetivas y sustantivas*, planteándonos los problemas de causales y finales en sus respectivos lugares. La complicación terminológica parece inevitable, en nuestro caso por discutir a las adverbiales el carácter de subordinadas que tienen en la «tradición» y en los dos gramáticos tantas veces mencionados.

Veamos a continuación algunos indicadores de frase y unas reglas simplificadas de explicación:

(Recordemos que P es «proposición» en su sentido lógico, SN «sintagma nominal», S Pred «sintagma predicativo», SV «sintagma verbal», GN «grupo nominal», GV «grupo verbal», Mod. «modificador (nominal)» y AUX «constituyente auxiliar (verbal)».)



Si aplicamos una transformación *QU* *completiva* al sintagma prepositivo según las siguientes reglas:

Prep \Rightarrow prep + QUE

GN \Rightarrow GV

Det₂ (modificador nominal, determinante) \Rightarrow S.N.₃ (sintagma nominal) + AUX₂

N₂ (núcleo del grupo nominal, sustantivo) \Rightarrow V₂ (núcleo del grupo verbal, verbo).

AUX₂ \Rightarrow 2.^a persona singular, presente, subjuntivo. (Los rasgos de persona y número son los mismos de Det₂, el presente es el tiempo no marcado, el subjuntivo viene impuesto necesariamente por PARA QUE.)

S. Prep. (sintagma preposicional o prepositivo) \Rightarrow P₂ (proposición).

P₂ \Rightarrow SN₂ + S Pred₂ (SN₂ \Rightarrow \emptyset) (S. Pred.₂ \Rightarrow SN₃ + SV₂).

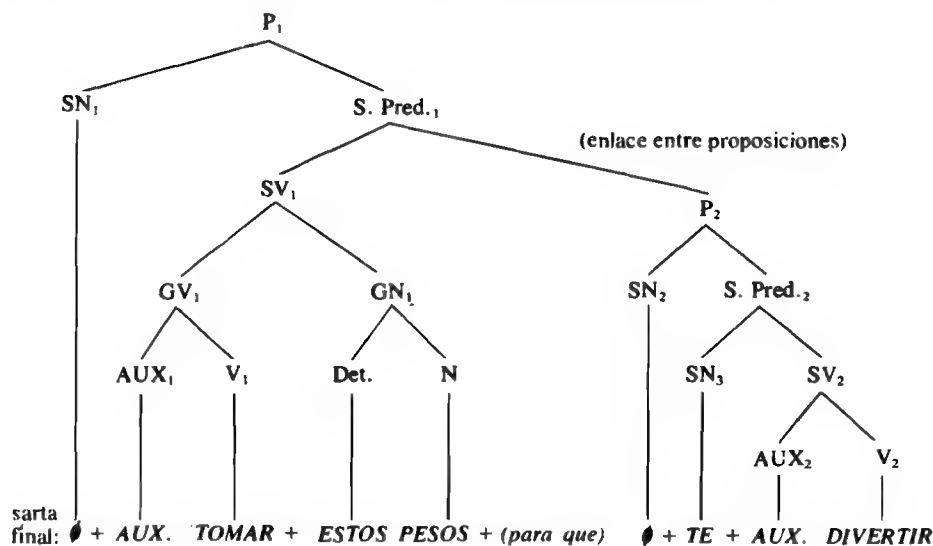
SV₂ \Rightarrow FV₂, GN₂

GV₂ \Rightarrow AUX₂, V₂

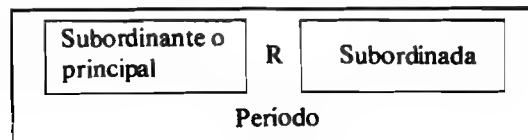
SN₃ \Rightarrow N₃ \Rightarrow *te*

V₂ \Rightarrow *divertir*

El indicador sintagmático o demarcador de frase es el siguiente:



La proposición subordinada tradicional se considera, en cambio, como un complemento de la subordinante o principal entera. A diferencia de las coordinadas y yuxtapuestas, que forman una serie, las proposiciones forman grupos con su núcleo y complementos. En el caso de las subordinadas el esquema estructural paralelo al de las inordinadas es muy diferente, puesto que se ha perdido el paralelo con la oración simple y no se trata de sustituir a un elemento, sino de complementar a toda la principal o subordinante:



comerás si quieres
se alegró como si fuera verdad

Nosotros creemos que el esquema parece mostrar que las adverbiales y las coordinadas podrían pertenecer al mismo grupo.

18.4. CLASIFICACIÓN DE LAS ORACIONES Y PROPOSICIONES

Las coordinadas tradicionales se clasifican, como hemos visto, por el nexo que las introduce y por la relación lógica que se establece entre sus componentes. La clasificación de los restantes tipos de oraciones complejas es mucho más complicada.

Dada la variedad de matices semánticos, es preferible distinguir las oraciones relacionadas en una oración compleja con dos criterios. Uno, de tipo *funcional*, debe decirnos si tienen una función equivalente a la de un sustantivo (primaria), adjetivo (secundaria) o adverbio (terciaria), es decir, si son

Sustantivas
Adjetivas
Adverbiales

El segundo criterio es el *semántico*, que atiende a las relaciones lógicas: causalidad, condicionalidad, circunstancias de lugar, tiempo, modo, comparación, o consecuencia, por un lado, o a la unión, intersección, disyunción, restricción, y factores similares de la construcción del razonamiento.

La clasificación *funcional*, como decíamos, atiende a que desempeñen las funciones que desempeñaría un *sustantivo*, como núcleo del sintagma nominal, un *adjetivo*, o un adverbial. Con ello se mezclan cuestiones formales, que afectan especialmente al papel que en ellas desempeñan los *relativos*, y que dan lugar a algunas interferencias, que señalaremos.

18.5. CLASIFICACIÓN DE LAS SUBORACIONES SUSTANTIVAS Y ADJETIVAS

Las *sustantivas* y las *adjetivas* son las que Amado Alonso y Henríquez Ureña consideran inordinadas, conforme hemos expuesto y discutido anteriormente. La designación de *adjetivas* y *sustantivas* corresponde a un criterio morfosintáctico, pues, en términos funcionales, sustituyen al núcleo de una

frase que desempeña función primaria o secundaria en una construcción más amplia. Como esos núcleos suelen estar desempeñados por un adjetivo o un sustantivo, la clase morfológica que desempeña la función ha pasado a designar la función misma. Dicho esto, podemos proponer la clasificación siguiente: (en la que cabe una categoría intermedia):

Sustantivas { Con verbo en infinitivo ¹.
Introducidas por *que* completivo (o *si*, en caso de duda).
Interrogativas indirectas.

Proposiciones introducidas por *el, la, lo... + que*: Formalmente, por el relativo, pertenecerían a las adjetivas, sin embargo su función las acerca a las sustantivas. Otras construcciones de relativo pueden estar en este grupo, como veremos.

Adjetivas { *Relativas* { *Propias*: Introducidas por un pronombre sustantivo o adjetivo.
Circunstanciales: Introducidas por un pronombre adverbial o por preposición + frase de relativo.
De participio (cf. nota 1).
De gerundio (cf. nota 1).

18.5.1. Proposiciones sustantivas

Llamadas, a veces, completivas, sólo merecen plenamente este nombre cuando desempeñan una de sus posibles funciones, la de objeto directo. En algunas ocasiones, como veremos, puede faltar el elemento de unión con la oración no-marcada o «principal» tradicional. Desempeñan estas funciones:

Sujeto:

Comprender es difícil
Que venía era seguro

Objeto Directo:

Quiero salir
Quiero que vengas

Complemento preposicional (el suplemento de Alarcos):

Me alegro de ir contigo
Me alegro de que vengas acá

¹ Las construcciones con verbo en infinitivo, precedidas de preposición, con o sin adverbio y artículo, pueden ser formas superficiales, o patentes, por transformación de *adverbiales* de distintos tipos: *De no venir, me enfadaré* = *si no vienes...*; *al ver esto, el portero salió* = *cuando vio esto*. Hablaremos de estas posibilidades en los distintos grupos de oraciones compuestas. Nótese que parecidas observaciones son válidas para las proposiciones construidas con gerundio y participio: *salido el sol* = *después de salir...*; *ayudando Dios* = *si Dios ayuda*.

En un sintagma preposicional dependiente de:

Un sustantivo: *La idea de que me prestara dinero falló.*

Un adjetivo o equivalente: *Cansado de que lo insultasen, dimitió.*

Circunstancial:

Entraron sin hacer ruido

Entraron sin que nadie se enterase (ejemplos de M. Seco).

Toma estos pesos para que te diviertas (A. Alonso) (Cf. 18.6. *infra.*).

Predicado nominal:

El caso es salir

El caso es que salgamos esta tarde

Esto está que arde (discutible, por su interpretación posible de correspondencia con una adverbial consecutiva latente).

Desde el punto de vista formal, estas suboraciones van introducidas por *que*, en aseveraciones, o *si*, en construcciones dubitativas: *vea si tiene hambre, el caso es si salimos*. La partícula *que*, a la que podríamos llamar conjunción completiva, o *que completivo*, no tiene en la lengua actual relación con el relativo, aunque sí la tiene desde el punto de vista histórico. También es posible que falte el nexos: *se asegura vendrá hoy el cónsul*, pero, como ya advirtió Eduardo Benot, en su *Gramática Filosófica* (p. 355), hay una vinculación con el orden de las palabras en la frase: la posposición del sujeto permite la construcción, la anteposición la impide, no parece aceptable: *se asegura el cónsul vendrá hoy*, excepto, naturalmente, en el lenguaje telegráfico, cuya sintaxis supone modificaciones en relación con la estándar.

Es también Eduardo Benot (pp. 344 y ss.) quien describe una serie de construcciones de sustantivas con función de objeto directo (completivas) en las que se observan peculiaridades en la relación:

- a) Verbo en forma personal.
- b) Verbo en forma no personal.

Caso 1: El sujeto de la sustantiva es distinto del de la principal: es posible a), pero no b):

- a) *Quiero que Emeterio lo haga*
- NO b) *Quiero hacerlo Emeterio.*

No obstante, la excepción, en la que b) es posible, es cuando el Objeto Directo es causado por el sujeto de la principal:

- a) *El capataz mandó cubrir aguas*
- b) *El capataz mandó que cubriesen aguas.*

Caso 2: El mismo sujeto para la principal y la sustantiva: en principio, no es posible a):

- NO a) *Quiero que yo lo haga*
b) *Quiero hacerlo*

Sin embargo, hay dos situaciones particulares en este grupo:

Doble posibilidad con verbos de entendimiento:

- a) *Pienso que lo haré*
b) *Pienso hacerlo.*

Inversión del tipo estándar del Caso 2, con verbos de decir:

- a) *Dijiste que vendrías*
NO b) *Dijiste venir.*

18.5.1.1. Estilo directo y estilo indirecto

Una de las posibilidades más frecuentes de que la proposición sustantiva no vaya precedida de nexo se da en el caso de *estilo directo*: el verbo de la principal es un verbo de *pensamiento* o de *dicción* (*pensar, decir, etc.*) y la proposición sustantiva reproduce literalmente lo dicho o lo pensado:

Dejadme libre, dejarme que le mate —decía
lo dicho, literalmente verbo de decir

(J. Valera)

En el *estilo indirecto*, en cambio, no se reproduce textualmente lo dicho o pensado, sino que se cuenta lo que se ha dicho o pensado, generalmente introducido por *que* o *si*, como es habitual en las proposiciones sustantivas:

puso el grito en el cielo diciendo que iba a tomar venganza

(J. Valera)

aunque puede faltar el nexo:

te ruego regreses pronto

Interrogativas indirectas

Las sustantivas con función de Objeto Directo pueden constituir una clase especial de estilo indirecto, son las llamadas *interrogativas indirectas*, que tienen la peculiaridad de que pueden interrogar acerca de una circunstancia o la modificación de un elemento de la oración principal:

Dime cuándo vienes / dime la hora de tu venida
Dime quién lo ha hecho / dime el autor de la obra

Es conveniente no confundirlas con oraciones de relativo o adverbiales, muy similares, de las que se diferencian en el carácter inquisitivo de las interrogativas indirectas, marcadas por el acento:

Espera / que le digamos / cuál restaurante hemos decidido (García Hortelano)

principal / sustantiva / sustantiva interrogativa indirecta.

18.5.2. Propositiones intermedias entre las sustantivas y las de relativo adjetivas

Hay dos tipos de proposiciones que tienen en común con las sustantivas la función propia de un sustantivo que desempeñan, y con las adjetivas el ir introducidas por un relativo. Se trata de las proposiciones con las formas *el, la, lo, los, las* + *que* y de las proposiciones de *quien, lo cual, cuanto* = *todo lo que*.

En el caso de *el... + que*, la discusión estriba en el valor de las formas *el, la, lo, los, las*. Algunos gramáticos creen que el grupo *el que* y similares es una unidad, otros consideran que las formas que preceden al *que* son artículos que funcionan como sustantivadores, y no falta quien crea que las formas *el, etc.*, son pronombres o restos de antiguos pronombres, y *que* un auténtico adjetivo. Sólo en caso de admitir esta tercera explicación podríamos considerar, con justo título, que estas proposiciones son adjetivas:

Hizo lo que jamás volverá a hacer nadie

(H. Quiroga)

Las construcciones con *quien* se consideran adjetivas por ser *quien* un relativo, pero en gran número de ocasiones desempeñan la misma función que un sintagma nominal, por lo que deberían ser consideradas sustantivas:

Desgraciadamente, al segundo día fueron hallados por quienes los buscaban

(H. Quiroga)

Ambos casos son, por lo menos, discutibles. En cuanto a *lo cual*, introduce *sustantivas*, porque no es modificador de sustantivo, sino núcleo, igual que *cuanto*.

18.5.3. Adjetivas

Desempeñan el papel de un adyacente o modificador de un sustantivo, núcleo, como sabemos, de una frase o sintagma nominal. Esto significa que, propiamente, toda suboración adjetiva debe acompañar a un nombre y que, en caso contrario podemos poner en duda su condición adjetiva: por ello

hemos separado en el apartado anterior los casos en los que no acompañan a sustantivos o núcleos de sintagma nominal (y los dudosos, como el tipo *el que*).

Adjetivas de relativo

Las *propias* se caracterizan por ir introducidas por los pronombres relativos, los cuales, insistimos, deben ser pronombres adjetivos. Se diferencian de las *circunstanciales de relativo*, que veremos inmediatamente después, porque los nexos de estas últimas son los adverbios relativos, no porque las propias no puedan desempeñar la función de circunstancial o, mejor, parte del mismo. Desempeñan las funciones de:

Sujeto:

La Magdalena... que figura en el Prado
(Azorín, ejemplo de la Academia)

Predicado nominal: (Sólo las intermedias, con *el que* o *quien*):

Yo soy El que soy
(Exodo, 3,14)

Objeto Directo:

Se han sentado bajo la higuera que plantó S. Pascual
(Azorín)

Objeto Indirecto: En esta construcción, además de las salvedades generales para *quien* y *el que*, hay que señalar el frecuente uso de *el cual*, acompañado o no de sustantivo:

Vio a unos gitanos, a los cuales (gitanos) les dio la mercancía

Hay que suponer que *el cual* es adyacente en toda circunstancia, aunque no sea necesario que el núcleo al que se adjunta esté patente.

Circunstancial y término de preposición:

Un oso con que la vida
ganaba un piamontés
(Iriarte, citado por la Academia)

Hace dos días que no viene.

Los relativos que introducen estas oraciones, y que tienen la doble función de servir de nexos y de tener un oficio dentro de su oración (sujeto,

objeto, etc.), se refieren a un elemento que es su *referente*. Si se ha expresado el referente antes que el relativo, se trata de un *antecedente*, y la referencia es *anafórica*, si se ha expresado después, se llama *consecuente*, y la referencia es *catafórica*:

Anáfora: el libro que *está encima de la mesa*.

Catáfora: la catáfora no se da, salvo por efecto estilístico, en las propiamente adjetivas, sí en las sustantivas con *el que*, *quien* o *cuanto*, quien *ha venido es* Nicolás.

Del mismo modo que los adjetivos se dividen en *especificativos* y *explicativos*, también las oraciones adjetivas son *especificativas* o *explicativas*, con las mismas características semánticas, o sea, carácter *diferenciador* o *seleccionador* de las especificativas, e insistencia en una *cualidad no diferencial* en las explicativas. Así, nos encontramos con una división paralela:

Especificativas o *diferenciadoras*: junto con su antecedente forman un grupo estrechamente unido por su significado; se construyen sin pausas y se escriben sin comas:

La muchacha que compró el cuadro, salió

En esta oración se especifica que, de todas las muchachas salió una, precisamente la que compró el cuadro.

Explicativas o *incidentales*: matizan el significado del antecedente, pero sin el carácter diferenciador o seleccionador de las especificativas. La unión de la proposición adjetiva y su antecedente no es tan estrecha, y ello se refleja en que están separados por pausas en la articulación y por comas en la grafía:

La muchacha, que compró el cuadro, salió

En esta oración sólo se nos dice que la muchacha compró el cuadro, pero no se utiliza este hecho para diferenciarla de otras muchachas. Es decir, si continuáramos la frase, veríamos que es imposible utilizar la explicación y la especificación indistintamente (salvo contexto más amplio):

Posible: *La muchacha que compró el cuadro, salió, las demás siguieron viendo la exposición.*

Imposible: *La muchacha, que compró el cuadro, salió, las demás...*

A menos que previamente hubiéramos diferenciado en el contexto esta muchacha de las otras sería imposible la segunda oración.

Circunstanciales de relativo

Con los llamados *adverbios relativos*, *donde*, *cuando* y *como*, se construyen unas oraciones circunstanciales, que se diferencian de las adverbiales

propriadmente dichas en que estos adverbios llevan un *antecedente*, del que carecen las adverbiales (que, como veremos, pueden también construirse con estos adverbios, pero, insistimos, sin antecedente):

no me dijo la casa donde vive (relativa)
no me dijo dónde vive (sustantiva: interrogativa indirecta)

fuimos donde vive
fuimos adonde vive } (Adverbiales)

Se trata, como se ve, de un problema delicado, en el límite entre estas tres categorías funcionales.

El cuarto adverbio relativo, *cuanto*, plantea un problema especial, de acuerdo con los ejemplos posibles:

Sustantiva: *cuanto* = *todo lo que, cuanto digas se usará contra ti.*

Adverbial: *en cuanto* = *cuando*, *en cuanto pueda te veré*.

De participio y gerundio

Son adjetivas las oraciones de participio y gerundio cuando estas formas nominales son adyacentes a un sustantivo o equivalente.

Un ejemplo de proposición de participio tendríamos en:

vivir con los ojos *es conveniente*

↑

abiertos a la realidad

El ejemplo de proposición adjetiva de gerundio lo tomamos de M.V. Manacorda:

en aquel cuadro aparecían mujeres
↑
lavando ropa

(aunque podría pensarse que *lavando* modifica a *aparecían*).

En ambos casos una proposición de relativo puede sustituir a la de participio o gerundio:

*vivir con los ojos que se abren a la realidad es conveniente
en aquel cuadro aparecían mujeres que lavaban ropa*

Las construcciones de gerundio son muy conflictivas, y es aconsejable huir de ellas, a menos que se dominen los recursos estilísticos, para evitar el llamado *gerundio del Boletín Oficial del Estado*, que había desaparecido de

este órgano oficial, y que, por el descuido de sus responsables ha vuelto a aparecer: *orden disponiendo, disposición derogando*, etcétera.

Hay casos, también, en los que las oraciones de participio y gerundio no son adjetivas, sino *adverbiales*:

Temporales: *terminada la fiesta*, todos se fueron a casa = *cuando terminó...*

Condicionales: *estando tú conforme*, no hay problema = *si estás tú conforme...*

Debe observarse que, cuando son adverbiales, no son modificadores o adyacentes de ningún sustantivo situado en otra oración.

18.6. CONSTRUCCIONES FINALES

Estas construcciones tienen la peculiaridad de que, en todos los casos, llevan como nexo la partícula *que*, precedida de las preposiciones o locuciones

a, para, a fin de, por.

Como se puede apreciar, formalmente no son más que proposiciones sustantivas término de preposición. Por ello se pueden incluir ejemplos del tipo

Toma estos pesos para que te diviertas (= para tus diversiones)

entre los ejemplos de sustantivas. Tradicionalmente se ha hecho un grupo aparte con ellas, y esto es bastante motivo para que nosotros, en la búsqueda de esa difícil síntesis, les dediquemos un apartado especial, aunque sea para señalar esa afinidad con las sustantivas. La peculiaridad diferenciadora no es, pues formal, y lo único que cabe decir es que es, en consecuencia, de orden semántico; por ello y por la posibilidad de combinar la preposición *por* y el *que* introductorio, puede haber vacilación entre la consideración de una suboración como causal o final. La relación semántica entre causales y finales, por su parte, es clara, pues ambas consideran la misma acción o acaecimiento desde perspectivas opuestas: causa y finalidad son aspectos complementarios en el fenómeno de la causalidad.

Si se han podido considerar como subordinadas adverbiales, en la gramática tradicional, es por el empleo del subjuntivo; sin embargo, las sustantivas admiten o exigen el subjuntivo en un buen número de casos, lo que implica que no hay diferencias en ese aspecto formal entre *quiero que vengas* o *te lo doy para que vengas*.

En 15.2.1. hemos señalado, a propósito de *para que*, la posible interpretación de preposición + *que*, discutiéndola.

18.7. CONSTRUCCIONES CAUSALES

Desde el punto de vista nocional, semántico, se caracterizan por ser un complejo de dos suboraciones, una de las cuales, introducida por un nexo causal (cuyos distintos tipos veremos luego), es causa de la otra, lo cual supone que la llamada tradicionalmente subordinada (la introducida por el nexo) es, en el significado de la oración compleja, más importante que la principal (en la terminología tradicional), pues sin la suboración causal no se daría la expresión de lo causado: no hay efecto sin causa.

Es importante distinguir, en todas las causativas, dos tipos de causa, llamados tradicionalmente *real* y *lógica*. En la *causa real* podemos considerar mejor una *causa del enunciado* —de lo que decimos—, bien sea como una *causa necesaria* o como una *causa efectiva*. Como *causa necesaria* tenemos:

Las plantas son verdes porque realizan la función clorofílica

lo cual implica que «la función clorofílica» es el determinante real, efectivo, del verdor de las plantas. Lo mismo en:

*El mercurio sube en el termómetro porque la temperatura aumenta, y
Los cuerpos caen porque existe la fuerza de la gravedad.*

Estas causales reales, en las que la relación entre causa y efecto es auténtica y necesaria, forman un primer grupo de causales del enunciado. Equivalen a coordinadas copulativas formales con suma facilidad; sobre todo si la causa se coloca en primer lugar, la relación causal se sigue manteniendo (y el receptor la percibe claramente), aunque el nexo causal ya no exista:

*Las plantas realizan la función clorofílica y son verdes
La temperatura aumenta y el mercurio sube en el termómetro
La fuerza de la gravedad existe y los cuerpos caen.*

Además de este primer grupo, dentro de la *causa real* se han considerado también otras causales del enunciado: expresiones de que una acción o acontecimiento ha producido un efecto determinado (aunque no sea la única causa posible, ha sido precisamente la causa *efectiva*):

El suelo está mojado porque ha llovido.

A diferencia de la causa anterior, necesaria, aquí señalamos una motivación que no es única; podríamos decir también

El suelo está mojado porque han regado.

En ambos casos es posible la equiparación copulativa, y conservación de matiz causal con la inversión:

*Han regado y el suelo está mojado
Ha llovido y el suelo está mojado.*

En todos estos ejemplos, los dos elementos de la oración compleja cuyo nexo es *porque* constituyen una unidad enunciativa, sin pausa intermedia (sin coma en la escritura). Generalmente tampoco admiten, en estas condiciones enunciativas, la sustitución por *luego*:

**Ha llovido, luego el suelo está mojado*

**Han regado, luego el suelo está mojado* [Puede estar ya seco.]

Sin embargo, Rafael Lapesa², sin diferenciar estos dos tipos de causa real, ya señala (p. 189) que «hay excepciones, debidas a que la relación entre la causa y el efecto es a veces tan normal, se siente tan 'lógica', que se acerca a la que enlaza la premisa con la conclusión y así puede formularse mediante *luego*», y cita ejemplos como:

Los ánimos están muy excitados, luego se temen disturbios

Al coche se le ha descargado la batería, luego no arranca

El médico se lo ha prohibido, luego Luis no fuma

a partir de

Se temen disturbios porque los ánimos están muy excitados

El coche no arranca, pues se le ha descargado la batería

Luis no fuma ya, pues se lo ha prohibido el médico.

En los dos últimos de estos ejemplos se aprecia que, cuando la conjunción no es *porque* (es *pues* en ambos casos) hay pausa en la enunciación (coma en la escritura).

A ello podemos añadir que esta relación también se aprecia, y con mayor claridad, cuando la causa es *necesaria*:

La temperatura aumenta, luego el mercurio sube en el termómetro

Las plantas realizan la función clorofílica, luego son verdes

Existe la fuerza de la gravedad, luego los cuerpos caen.

Hasta aquí, por lo tanto, podemos afirmar que los ejemplos anteriores, que corresponden a las subordinadas tradicionales, no admiten criterios de diferenciación, formales o funcionales, inequívocos: no hay pausa ante *porque*, pero sí en otros casos; algunas admiten la transformación con *luego*, aunque otras no. Se expresa en todos ellos la relación causal como *causa del enunciado*, del hecho enunciado.

Andrés Bello³ expresó la diferencia entre la causa del tipo visto anteriormente y la llamada *causa lógica*, es decir, la que causa que el hablante

² «Sobre dos tipos de subordinación causal», en *Estudios ofrecidos a Emilio Alarcos Llorach* (Univ. Oviedo), III, 1978, 173-205.

³ R. Lapesa, *op. cit.*, es, a nuestro entender, el primero que ha llamado la atención sobre este cambio en Bello, entre 1847 y 1872, citando ambas redacciones y sacando amplias consecuencias.

enuncie una relación causal, siendo, por ello, *causa de la enunciación* ⁴ (§ 991). En este caso, dice, las proposiciones relacionadas son «proposiciones independientes», la segunda de las cuales es «el fundamento que hemos tenido para enunciar la primera». La «causa lógica» no se expresa, por tanto, como causa de lo que se dice, sino como causa de decirlo. La relación expresada corresponde, en términos tradicionales, a la coordinación causal, pero Bello habla de *proposiciones independientes*.

Desde 1924 hasta el *Esbozo* de 1973 la Academia atendía, desde el punto de vista formal, a la conjunción o locución introductoria:

Coordinante: que, pues, pues que, porque, puesto que, supuesto que.

Subordinante: porque, de que, ya que, como, como que.

La clasificación es excesivamente casuística y deja a *porque*, la causal más empleada desde el XVI, en ambos grupos. Tampoco es cierto que las coordinadas lleven verbo en indicativo y las subordinadas en subjuntivo, como sucedía en latín.

Formalmente, cabe decir que, ante *porque*, hacemos pausa (escribimos coma), cuando la causal es motivo de que enunciamos la frase (*causal de la enunciación*):

Ha llovido, porque el suelo está mojado

Ha subido la temperatura, porque el termómetro marca más que ayer,

y que, en este caso, es siempre posible la transformación en consecutiva introducida por *luego*:

El suelo está mojado, luego ha llovido

El termómetro marca más que ayer, luego ha subido la temperatura.

La noción apuntada por estas causales sería la siguiente: el tipo A, *porque B* equivale a

el hecho de que B me hace decir A:

El hecho de que el suelo esté mojado me hace decir que ha llovido

El hecho de que el termómetro marque más que ayer me hace decir que ha subido la temperatura.

Los gramáticos han discutido también la posible relación entre la anteposición de la *que*, con Lapesa (p. 185), llamaremos *suboración causal*, y el conocimiento previo o patente de la causa.

Pues que, puesto que o supuesto que, ante causal *pospuesta*, expresan ese conocimiento previo o patente, lo cual no sucede con *que, porque o*

⁴ Prescindimos del término *causa lógica*, ambiguo, ya que nada hay más lógico que una causa real, y viceversa. Por ello preferimos distinguir, sin preocuparnos de su equivalencia con la terminología anterior, entre *causales del enunciado* y *causales de la enunciación*.

pues. En cambio, la causal antepuesta (que no puede ir introducida ni por *que* ni por *porque*) «da a entender que la causa o motivo alegados son patentes o previamente conocidos» (Lapesa, *op. cit.*, p. 185):

Como el suelo está mojado, ha llovido
Pues tengo urgencia de hablar contigo, ojalá no tardes.

Rafael Lapesa ha señalado también (*ibíd.* y pp. 199-200) cómo las *causales del enunciado* (no usa ese término, que ya hemos utilizado antes, mejor que el tradicional de causa real, ambiguo, nuestro uso, sin embargo, procede de él, verbalmente) permiten la anteposición, necesariamente introducida por *como*, SÓLO cuando se expresa un aserto:

El niño tiene fiebre porque está enfermo
Como el niño está enfermo, tiene fiebre

En cambio, las *causales de la enunciación* admiten la anteposición con *como*, *pues*, *pues que*, *puesto que*, *ya que*, sin otra exigencia:

Ha llovido, porque el suelo está mojado

$\left\{ \begin{array}{l} \text{Como} \\ \text{Pues} \\ \text{Pues que} \\ \text{Puesto que} \\ \text{Ya que} \end{array} \right\}$	$\text{el suelo está mojado, ha llovido}$
---	---

Creemos, sin embargo, que las que hemos llamado *causales reales necesarias* plantean problemas específicos. Es probable que ello se origine en la fuerte relación existente entre causa y efecto, de tal modo que, con mucha frecuencia, son sentidas como causales tanto del enunciado como de la enunciación, lo cual permite que admitan construcciones que las otras causales del enunciado no admiten:

Puesto que las plantas realizan la función clorofílica, son verdes.

Estas excepciones se observan también a la hora de aplicar otros criterios propuestos por Lapesa; por ejemplo, la imposibilidad de efectuar una transformación condicional con las causales del enunciado:

Ha llovido porque ha soplado el viento Sur
El suelo está mojado porque ha llovido.

que no pueden transformarse, porque cambia el sentido, en:

- ≠ Si ha soplado el viento Sur, ha llovido [puede que no]
- ≠ Si ha llovido, el suelo está mojado [puede estar ya seco].

no impide pasar a condicional las reales necesarias:

Los cuerpos caen porque existe la fuerza de la gravedad
Si existe la fuerza de la gravedad, los cuerpos caen.

Lo antedicho nos lleva a postular una triple distinción de las causales, que permita aplicar criterios diferenciadores no sólo semánticos, especialmente entre las que no expresan una causa necesaria. Así, diferenciamos dos grupos en las *causales del enunciado*, nuestros I y II, en cierta correspondencia con la causa real tradicional:

- I. *Causales de causa necesaria*: Son causales del enunciado, pero pueden admitir las construcciones de las causales de la enunciación.
- II. *Causales del enunciado*: Expresan causa real efectiva, que no es única ni necesaria como las de I. Ante *porque* no llevan pausa, sólo se anteponen si son asertivas y van precedidas de *como*, no son generalmente transformables en consecutivas con *luego*, ni en condicionales, sin variar el sentido.
- III. *Causales de la enunciación*: Expresan la causa de que emitamos la oración causal. Ante *porque* llevan pausa, puede anteponerse la suboración causal, excepto con *que* o *porque*. Son transformables en consecutivas con *luego*, o en condicionales.

18.8. CONSECUTIVAS CAUSALES

Se generan por inversión de las causales, como hemos visto a propósito de la transformación por medio de *luego*, y son una simple modalidad causal, en la que el enfoque de la causalidad se realiza desde el efecto. No hay que confundirlas con las cuantitativas consecutivas, adverbiales que veremos más adelante (19.4.2.). La relación entre causales propias y consecutivas causales es la siguiente:

Causal: Causa \Rightarrow efecto: *no salí porque llovía mucho.*

Consecutiva: Consecuencia \Rightarrow causa: *llovía mucho, no salí, pues.*

18.9. «SI» CAUSAL HIPOTÉTICO

Según Lidia Contreras ⁵ las construcciones del tipo

Te lo digo por si no lo sabes

⁵ En *Boletín de Filología de la Universidad de Chile (BFUCh)*, 11, 1959, 354-359.

no deben ser consideradas condicionales:

*Si no lo sabes te lo digo
Te lo digo por (enterarte), si no lo sabes.*

Sería mejor considerarlas causales hipotéticas:

Te lo digo porque acaso no lo sepas.

CAPÍTULO 19

Construcciones oracionales adverbiales

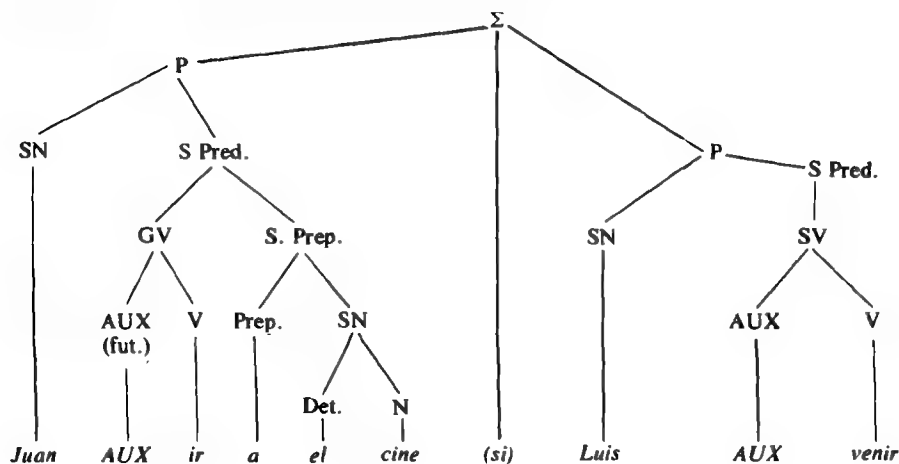
19.0.

Al estudiar las sustantivas y adjetivas, y señalar cómo Amado Alonso y Pedro Henríquez Ureña las consideraban inordinadas y diferentes de las adverbiales, subordinadas para ellos (más relacionadas con las coordinadas para nosotros), coincidíamos en que, a pesar de los enfoques distintos de las interpretaciones, había unos esquemas diferentes. Vimos entonces un indicador sintagmático o demarcador de frase ('árbol' en la terminología familiar) correspondiente a una proposición que dependía del nudo en el cual se escribía la etiqueta de Sintagma Predicativo. Decíamos también que, en otros casos, la dependencia podía ser del nudo Sintagma Nominal. Las *adverbiales*, en cambio, se caracterizan porque no forman parte del Sintagma o Frase Nominal (SN o FN), sino que se relacionan con la llamada «principal» (mejor «no marcada» o «sin nexo») en el nivel de oración (P en nuestro esquema).

Si dibujamos el indicador sintagmático del complejo oracional

Juan irá al cine si Luis viene

tendríamos una descripción de este tipo:



19.1. CLASIFICACIÓN

La diferencia existente entre el demarcador de frase que acabamos de representar y el que vimos al estudiar las sustantivas y adjetivas nos permite señalar, de nuevo, las diferencias estructurales entre las adverbiales y aquéllas.

Nuestra clasificación está entroncada con la tradicional, tal como aparece en Gili i Gaya, o Rafael Seco, pero recordando las advertencias que hemos hecho a propósito de las finales y causales, que incluimos abajo por ser lo habitual en el criterio semántico, puesto que son dos formas de expresión causativa, pero que son muy discutibles en cuanto adverbiales.

<i>Relación</i>	<i>Tipo</i>	<i>Expresión dominante</i>
Circunstancial	Espacio Tiempo Modo	Adverbial
Cuantitativa	Comparativas Consecutivas	Adverbial
Causativa	Condicionales Concesivas Causales Finales	Conjuntiva, a veces adverbial

19.2. RELACIÓN CIRCUNSTANCIAL

El principal problema de este grupo es su distinción de las adjetivas, que consiste en la carencia de antecedente real en el caso de las adverbiales.

Se denominan proposiciones de relación *circunstancial* las de *lugar*, *tiempo* y *modo*. Los tres tipos coinciden en su preferencia por el verbo en indicativo para pasado y presente, y en subjuntivo para el futuro; preferencia, que no exclusividad.

Las de *lugar* se construyen con el adverbio relativo *donde*, sin antecedente expreso, a veces precedido de preposición: *adonde*, *de donde*, *por donde*, *hacia donde*, *hasta donde*, *en donde*:

Encendimos la hoguera en donde no lo estorbase el viento

(= *en el lugar en el que*)

Aquí es donde se ahogó Lucita (= *el lugar en el cual*)

Las *temporales* sitúan la acción principal en el tiempo, pero no por las partículas introductorias, sino por los tiempos del verbo. Pueden ir introducidas por el adverbio relativo *cuando*, por *mientras*, *apenas*, locuciones

como *tan pronto como*, locuciones con *que* del tipo *luego que*, *antes que*, *hasta que* y similares

Las proposiciones temporales pueden llevar el verbo en infinitivo.

Al ver a Alberto se puso en pie

(R. Pérez de Ayala)

*En una creciente del Alto Paraná se encuentran muchas cosas
antes de llegar a la viga elegida*

(H. Quiroga)

Las posibilidades temporales son las siguientes:

Anterioridad:

Antes que hablara se reía la gente

Sucesión inmediata:

*Luego que hablaba se reía la gente
En cuanto hablaba se reía la gente
Tan pronto como hablaba se reía la gente*

Sucesión mediata:

Después que hablaba se reía la gente

Reiteración:

Siempre que hablaba se reía la gente

Las *modales* precisan la manera de realizarse la acción principal. Llevan las partículas *como* y *según*:

*Como se ve, Cervantes no conoce límites para la libertad de
quienes mutuamente se aman*

(A. Castro)

Según se ve...

En el caso de *según* es frecuente la elisión del verbo de la modal cuando se trata de un verbo de pensamiento o dicción:

*Según Américo Castro, Cervantes no es un 'ingenio lego' = según
dice...*

Las proposiciones modales están relacionadas con otros tipos:

Las *comparativas de modo* se construyen con estas correlaciones:

$$\left. \begin{array}{l} \text{así} \\ \text{bien así} \\ \text{tal} \end{array} \right\} \text{ como}$$

o bien:

$$\left. \begin{array}{l} \text{así} \\ \text{tal} \end{array} \right\} \text{ cual}$$

Las *modales condicionales* van introducidas por *como si*:

lo quería como si fuese su hijo

19.3. CAUSATIVAS

Por razones semánticas, en cuanto expresión de causa, pertenecerían a este grupo las causales y finales, estudiadas en el capítulo anterior por sus características específicas y su vinculación, especialmente en el caso de las finales, con las sustantivas.

En estas construcciones, desde el punto de vista psicológico, es más importante, como ya dijimos para las causales, la adverbial que la llamada «principal», pues esta segunda no existiría sin la primera, que es su causa o determinante lógico. Conviene tenerlo en cuenta en la didáctica de la lengua española, porque no es raro que se planteen problemas pedagógicos, por la (lógica) dificultad que tienen los alumnos en comprender por qué se llama principal a una oración cuya existencia depende de otra, a la que se ha venido llamando, sin embargo, subordinada.

19.3.1. Condicionales¹

Una oración condicional, como todos sabemos, está compuesta de dos suboraciones; convencionalmente, diremos que la primera enuncia la condición y recibe el nombre de *prótasis*, y que la segunda enuncia lo condicionado y se llama *apódosis*, aunque este orden diste mucho de ser obligatorio. La gramática tradicional decía que la primera era la subordinada y la segunda la principal. Por diversas razones, que iremos viendo, prescindiremos de la consideración de la condicional como par {subordinada, principal}. En cuanto a los términos *prótasis* y *apódosis*, hay una evidente posibilidad de confusión, ya que, en principio, se limitan a designar lo que va delante y lo que va detrás, de modo que en *si Sócrates es hombre, Sócrates es mortal*, la *prótasis*, en sentido estricto etimológico, es *si Sócrates es hombre*; pero, en *Sócrates es mortal, si Sócrates es hombre*, la *prótasis*, en ese mismo

¹ Ver bibliografía al final del capítulo.

sentido, es, en cambio, *Sócrates es mortal*, al ser, ahora, lo que va delante; no obstante, como advertimos, y veremos en los autores aducidos en el texto, se suele igualar *prótasis* a 'condición' y *apódosis* a 'condicionado'.

José Polo (1971) ha señalado, dentro de una línea interpretativa semantizada, la relación de las condicionales con las causales: causa lógica, pero hipotética; en ellas la actuación real como causa depende de la realización de la condición. Lidia Contreras (1959, 1963), por su parte, diferencia esta posibilidad en dos tipos:

- a) Condicional propiamente dicha: *si A, entonces B*.
- b) Causales hipotéticas introducidas por *si*: *Te lo digo por si acaso no lo sabes = te lo digo porque acaso no lo sepas*.

Esta distinción, por otro lado, permite rechazar la necesidad del argumento de María Luisa Rivero, en su intento de tratamiento generativo de las condicionales españolas, según el cual (1972, 210; versión 1977, 105): «cuando una estructura condicional aparece incrustada en una oración cuyo verbo requiere un complemento en subjuntivo, ..., la apódosis sólo puede aparecer en subjuntivo». Su ejemplo, en primer lugar, no parece válido metodológicamente, puesto que esconde una petición de principio (único caso en el que su afirmación se confirma, por otra parte): *dudo que los otros, si lo supieran, actuaran de manera tan honrada*, muestra, efectivamente, que *actuaran* es subjuntivo, verbo de la completiva de *dudo*, que exige subjuntivo, y, al mismo tiempo, condicionado o apódosis (convencionalmente) de *si lo supieran*. La presencia o ausencia de la condición no tiene nada que ver con que *actuaran* sea subjuntivo, hecho que sólo está determinado por *dudo que*. Es decir, el verbo de la principal selecciona el modo de la condicional cuando es completiva, afirmación que se nos antoja banal. En segundo lugar, puede incluso discutirse el valor de la condicional-completiva en estos ejemplos, pues *si lo supieran* podría interpretarse de modo harto complejo, como una semi-causal hipotética-semicondicional, cuyo carácter causal aparece en su interpretación consecutiva: *como consecuencia de / en el caso de que lo supieran*, y su carácter hipotético en la posibilidad de equivalencia con *si acaso lo supieran*. Incluso así, el coloquio restituye el indicativo si la presuposición es real, con lo que se hace patente el confuso terreno en el que se mueve la clasificación semántica de las oraciones compuestas.

No se puede olvidar tampoco que, en la simetría de sus dos elementos, las condicionales proporcionan otra información: la rítmica, por una parte (García de Diego: 1952), y la significativa, por otra, puesto que puede prescindirse, a veces, de la partícula condicionante o de otra expresión formal de la condicionalidad, como ya fue señalado por Benot (1921, 311-312).

Las condicionales plantean, inicialmente, una serie de interrogantes, de los que procuraremos recoger algunos, divididos en tres apartados:

- 1) Carácter de la relación entre sus elementos: por el tipo de juicio y por el tipo de condición.

II) Evolución histórica, limitada al tipo más extendido, con SI introductorio.

III) Algunos aspectos de su problemática sincrónica, con exclusión de lo explicado en I o, eventualmente, en II.

I. CARÁCTER DE LA RELACIÓN ENTRE SUS ELEMENTOS

La oración condicional nos ofrece una secuencia de dos elementos (llamémoslos *oraciones*, como en la gramática tradicional, *proposiciones*, como parece imponerse hoy, incluso en manuales escolares, o *sintagmas*, como hace J. Polo (1971, párr. 0-1), relacionados por subordinación, coordinación, semicoordinación o semisubordinación). Como secuencia de dos acciones están relacionadas con las consecutivas, temporales, concesivas, modales y causales. Con estas últimas están también unidas por expresar una relación de causa, que, en el caso de las condicionales, es hipótesis causal (Polo: 1971, 1-5), aunque no creemos (frente a Polo) que se trate sólo de una hipótesis causal lógica, sino también real, como hemos de ver.

Precisamente desde el punto de vista lógico se han buscado clasificaciones de las condicionales *por el tipo de juicios* que las forman; hay, en efecto, dos juicios, cuya relación es siempre necesaria. Su estudio y tipificación podría partir hoy de la concepción kantiana de *concepto de sujeto* y *concepto de predicado*, para, tras la negación de la tesis del empirismo lógico de Carnap, llegar a una formulación de las concepciones de Kant, tal como hace J. J. Katz en su *Filosofía del Lenguaje* (1971, 170 ss.). Para ello, el *concepto de sujeto* y el *concepto de predicado* son sustituidos por las *nociones formales de lectura del sujeto* y *lectura del predicado*. Por su especial carácter, las condicionales se prestan al estudio de la *vinculación*, como vemos en las condiciones necesarias para el mantenimiento del carácter *analítico*, *contradictorio* o *sintético* de los juicios que las componen. El desarrollo de este punto queda limitado, en estas páginas, a una indicación sobre los juicios *analíticos*.

La verdad o falsedad de un juicio analítico (expresado en una proposición) está en sus propios constituyentes: el predicado no añade nada a la comprensión del sujeto: en proposiciones (expresiones de juicios) como *los solteros no se han casado* o *los profesores son docentes*, las notas de *soltero* y *profesor* (– casado, + docente, respectivamente) se repiten en las expresiones de los predicados correspondientes: al decirnos de un soltero que no se ha casado o de un profesor que enseña no se nos añade nada a lo que ya sabíamos. Para que una oración condicional mantenga la condición de analiticidad en toda ella no basta con que las dos proposiciones que la integran sean expresión de dos juicios analíticos (no nos sirven ejemplos como *si los solteros no se han casado, los profesores son docentes*, salvo en su interpretación metalingüística), es necesario que exista entre ellos una vinculación, que consiste en que el sujeto de la primera proposición y el de la segunda comparten varios rasgos semánticos, y lo mismo sucede entre los pre-

dicados. Así, por ejemplo, se mantiene la analiticidad en *si los solteros son hombres, los solteros son seres animados*, con lo que vemos que la exigencia de coincidencia semántica se eleva a que haya un marcador semántico complejo común a un constituyente de la lectura del antecedente y a otro de la del consecuente (*solteros* 1 y 2 en nuestro anterior ejemplo).

La clasificación de las oraciones condicionales ha sido, y es, caballo de batalla y fuente de una serie de imprecisiones de quienes se han ocupado del tema (Calero y Echarte: 1975). José Polo (1971, 3-1) distingue, *por el tipo de condición*, divisiones ternarias y binarias; de las ternarias, la de Lenz (1935), *real, potencial e irreal*, aprovechada por Harris (1971), tiene el inconveniente de que no diferencia, dentro de las *reales*, las *categorías* u *obligatorias* de las *contingentes*. Parece necesario considerar tipos de juicios junto a tipos de condición: un juicio hipotético, como *si el sol calienta el tubo del termómetro, el mercurio sube*, según Zaragüeta (1950, 50) (citado por Polo: 1971, 1-33), es una versión del categórico: *el calor hace subir la columna de mercurio*. El ejemplo anterior es una condicional real, distinta de las que podemos llamar reales-contingentes, porque del cumplimiento de la condición no se sigue *necesaria y obligatoriamente* el de lo condicionado, aunque se afirme la *relación necesaria* (RAE: 1920, 433 c): no son versiones de juicios categóricos. Así, *si vienes te veré*, enunciado porque pensamos en una relación necesaria, no obliga físicamente, como el calor la subida del mercurio en el termómetro, y no se reduce a un juicio categorial como *tu venida hará que yo te vea* (a menos que se trate de situaciones excepcionales, como una curación psicológica de la ceguera neurótica, por ejemplo). Por esa razón desarrollaremos un tipo de clasificación más amplio, que reconocemos gustosos como deuda de enseñanzas orales de Rafael Lapesa, en la Universidad Complutense, en cuanto a transmisión y codificación, en nuestro caso:

— *Reales*: Para el hablante (a veces, para el interlocutor, en «condicionales retóricas»), el cumplimiento de la condición comporta el de lo condicionado; aunque, de acuerdo con lo anteriormente expuesto, nosotros diferenciaremos los dos tipos, dependientes de que ese cumplimiento sea inevitable (*reales-categorías*) o no (*reales contingentes*). En la lengua actual la cuestión es semántica, puesto que, formalmente, las dos construcciones son iguales, con verbo en indicativo en la condición:

Reales categorías: *si llueve, se mojan las calles*.

Reales contingentes: *si hace buen tiempo, iremos al campo*.

— *Potenciales o contingentes*: «Ni se afirma ni se niega la conexión entre la condición y lo condicionado» (RAE: 1920, 433 e), las dividiremos también en dos, según el mayor o menos grado de conexión:

Contingente probable: *Pero si Filis por aquí tornare / hará reverdecer cuanto mirare* (Garcilaso, Egl. III).

Contingente dudosa: *Si pudiese ir, te lo llevaría gustosamente*.

Adelantamos que, aunque históricamente diferenciadas, la dudosa no se distingue formalmente de la irreal no-pasado, que ahora veremos, a partir de la época latina, razón que favorece la confusión, y que la gramática normativa señala sin entender (RAE: 1920, 434, c, nota). La distinción que apoyamos evita, por otra parte, confundir la real-contingente «*si viene lo veré*» y la contingente probable «*si viniere lo veré*» (cf. portugués *fá-lo-ei se ele vier*), confusión que no logra evitar, por ejemplo, Martin Harris (1971).

— *Irreales o contrarias a la realidad*: Al plantearse el cumplimiento de la condición como imposible, se desprende que la relación entre la realidad y lo enunciado no existe. La diferencia que la lengua registra, en las dos clases de irreales, es la temporal, es decir, si el tiempo es o no pasado. Si el tiempo es pasado, la imposibilidad es absoluta y demostrada, si el tiempo es no-pasado, la diferencia entre la irreal y la contingente dudosa se borra hasta desaparecer, diacrónicamente, en la evolución de las formas, según veremos.

Irreal no-pasado: *si quisieras, lo harías.*

Irreal pasado: *si hubieras querido, lo habrías hecho.*

Como se ve, la triple división, para ser completa y explicar los trasvases de una categoría a otra, y la reducción de diferencias desde el latín, debe incluir, en cada grupo, una bipartición. Por supuesto, una vez señaladas las diferencias y puntualizaciones anteriores, podemos aceptar como base de trabajo la clasificación expuesta antes, o buscar una nueva, en cuyo caso los datos que pasamos a exponer tendrían que ser organizados de otro modo.

II. EVOLUCIÓN HISTÓRICA DE LAS CONDICIONALES INTRODUCIDAS POR SI

Desarrollaremos los principales esquemas teóricos en los que se pueden distribuir los ejemplos de condicionales, en el paso del latín al castellano, y limitándonos sólo a la peculiaridad de las formas con *si*, como suele hacer, o destacar, la mayor parte de la bibliografía (Badía: 1954; Bassols: 1948 y 1971; Bourciez: 1967; Ernout-Thomas: 1951; Gessner: 1890-91; Green: 1972; Gröber: 1904; Harris: 1971 y 1972; Herman: 1963; Kühner-Stegmann: 1912-14; Lope Blanch: 1972; Mendeloff: 1960, con las observaciones de Alarcos: 1960-61 y Pottier: 1961; Merlo: 1957; Meyer-Lübke: 1900; Nájuez: 1953; Nutting: 1962, y Ruch: 1969). En cuanto al enfoque metodológico, esperamos mostrar, con lo que diremos a continuación, que el problema de las condicionales introducidas por *si* ha de estudiarse ligado al problema general del verbo español. Otra consideración metodológica, en la que hay finalmente acuerdo en la polémica entre M. Harris y J. Green, es la de que, en el paso del latín al castellano, es necesario suponer una evolución de la estructura profunda, pues lo contrario (en un modelo dependiente de la Teoría Típica, Ampliada) nos llevaría a negar la evolución lingüística, que se limitaría a la mera superficie.

Empezaremos nuestro examen diacrónico por el *esquema teórico* de las condicionales en *latín clásico*; tiempo habrá de ver las numerosas excepciones:

I. El hablante da por supuesto, subjetivamente, que la condición es *real*:

Si + indicativo / modo libre.

Si possum, id faciam (futuro de indicativo).

Si innocens est, profecto absolvetur (subjuntivo).

Si innocens est, eum absolvite (imperativo).

II. La hipótesis se presenta como *contingente*: los tiempos del *modus potentialis*, presente y perfecto de subjuntivo, empleados aquí, originan el término *potencial*:

	<i>presente</i>		<i>presente</i>
<i>Si +</i>		<i>de subjuntivo / subjuntivo</i>	
	<i>perfecto</i>		<i>perfecto.</i>

Si possis, id facias.

Si potueris, id feceris.

Si + pluscuamperfecto de subjuntivo / -urus eram.

Si potuissem, id factururus eram.

III. La hipótesis se presenta como contraria a la realidad: *irreal*:

a) En el presente:

Si + imperfecto de subjuntivo / imperfecto de subjuntivo.

Si haberem, darem.

b) En el pasado:

Si + pluscuamperfecto de subjuntivo / pluscuamperfecto de subjuntivo.

Si habuisssem, dedissem.

c) Pasado con coloración de presente:

Si + pluscuamperfecto de subjuntivo / pluscuamperfecto de indicativo.

Praeclare viceramus nisi... Lepidus recepisset Antonium (Cic., *Epist.*, 12, 10, 3).

Et si fata deum, si mens non laeva fuisset

Impulerat ferro argolicas foedare latebras (Virg., *En.*, II, 54-5).

Perierat alter filius, si carnifici conviva non placuisset (Séneca, *De Ira*, 2, 33, 6).

Fijémonos en este tercer tipo *-SE / -RA*, puesto que en él encontramos el antecesor del empleo subjuntivo de *-ra*, problema crucial en el desarrollo del castellano (Cf. *et.* nota 94 de R.J. Cuervo a la *Gramática* de A. Bello).

Este tercer tipo de irreales, que llamamos 'con coloración de presente', no debe confundirse, como hacen Harris y Bourciez, con la forma que puede sustituir a las contingentes (incluso a las reales contingentes), la perífrasis de futuro: *amaturus eram*, fórmula que ya aparece en Plauto (*Cist.* 154): *si tacuisset, tamen ego eram dicturus*, por (*si taceat / tacuerit, tamen ego dicam / dixerim*) 'si callase, yo hablaría, sin embargo'. Se encuentra también en Ovidio (*Tr.* 1, 7, 40): *emendaturus, si licuisset, eram*, por (*si liceat / licuerit, emendem / emendaverim*) 'lo habría arreglado / arreglaría, si hubiese sido / fuese libre de hacerlo'.

Podemos decir, por tanto, que el latín rompe el esquema teórico con la combinación *-se / -ra* y con el tipo *-urus*; pero no son esas las únicas modificaciones, si bien las dos que citamos a continuación afectan a la conjugación castellana:

- 1) Confluencia del imperfecto de subjuntivo,
futuro perfecto de indicativo,
perfecto de subjuntivo

y nacimiento del *futuro hipotético de subjuntivo* castellano. Es fenómeno que aparece ya en latín arcaico, 186 a J.C., en el *senatus consultus de Bacchanalibus* (Museo de Historia del Arte, Viena, sala XV), lin. 3: *Neiquis eorum bacanal habvise velet sei qves // esent qvei sibe deicerent necesvs ese bacanal habere eeis vtei ad pr vrbanvm // Romam venirent*: 'Ninguno de ellos quiera celebrar la bacanal. Si algunos hubiere que dijeren que les era necesario celebrar la bacanal para sí, que vengan a Roma ante el pretor urbano.' El mismo fenómeno se da también en el valor contingente de este ejemplo de Ovidio (*Elegía VIII*, 5-6): *Donec eris felix, multos numerabis amicos / tempora si fuerint nubila, solus eris* 'si los tiempos fueren malos...', o en el *Fuero de Madrid*, XCIV, (*Crestomatía*, I, 70): *Et si alguno homine de conzeio dixerit: «mais le demos», pectet II morabetinos*.

- 2) COMPLETA evolución del sistema temporal clásico, con la formación de tiempos compuestos, primero del indicativo:

- intransitivos
 - a) *ser* + participio de
 - reflexivos

la tienda es cogida, son idos.

- b) *haber* + cualquier participio, que se complica con el valor transitivo de *aver*, en oposición con *tener*, para la posesión, con distinción de matices semánticos. (Seifert: 1930).
 - c) *haber* + infinitivo, origen de futuro y condicional.

Esta evolución de los tiempos y formas temporales tiene dos consecuencias muy importantes:

La primera es que a los cambios de los tipos a) y b) (tiempos compuestos que sustituyen al *perfectum* latino) se debe el paso de la forma *-ra* al subjuntivo, primero como pluscuamperfecto, luego como imperfecto (Becker: 1928; Bejarano: 1962; Bolinger: 1948, 1956, 1974; Davis: 1934; Fish: 1963; Lamíquiz: 1971; Lope Blanch: 1958; Mallo: 1947, 1950; Meier: 1970; Ridruejo: 1975; Rivero: 1977, 148, n. 13; Spaulding: 1929; Staubach: 1946; Wright: 1926 a, 1926 b, 1926 c, 1929, 1932, 1933 a, 1933 c, 1947). A lo largo de la Edad Media subsiste el tiempo en *-RA* con valor de pluscuamperfecto de indicativo: *Cid*, 1573, *poco auie quel ganara / d'aquel rey*; *Cuento del Emperador Otas*, XVII (*Crestomatia* II), *el (Garssir) queria saber del enperador Otas por que le non quesiera dar su fija, & por que despreçia su mandado*; *ibid*, *e aprendiera bien el griego*; uso que llega a Mariana, como cita Cirot (1905), pero ya Juan de Valdés (1535) nos dice (ed. Montesinos, 175), criticando algunos aspectos del estilo del *Amadís*: *no me suena bien viniera por avía venido, ni passara por avía passado*. Como pluscuamperfecto de subjuntivo, en correlación con el pluscuamperfecto perifrástico, y dentro del tipo *-se / -ra* del que hablábamos anteriormente, tenemos en Berceo, *Sta Oria* 152 a, b: *Si solo un poquiello me oviesen dexada, / gran amor me fiçieran*, y en Cervantes (*Quijote*, I, LI): *Ni de su fin y acabamiento pudo alcanzar cosa alguna, ni la alcanzara ni supiera si la buena suerte no le deparara un antiguo médico, que tenía en su poder una caja de plomo*.

La segunda consecuencia de la evolución de las formas temporales se debe al cambio del tipo c), es decir, *haber* + infinitivo, que origina, además del futuro, la fórmula *cantare habebam*, condicional, potencial o pospretérito, que viene a sustituir al tipo *amaturus eram* que veíamos anteriormente (Plauto, Ovidio), y al *modus potentialis*, primero en la consecuencia, de donde se extiende, dialectalmente, o en registros bajos (Ridruejo: 1975), a la condición. En su origen se trata de una fórmula vulgar, tal como aparece en el Pseudo Agustinus, *Sermones* 253, 4; *Sanare te habebat Deus per indulgentiam, si fatereris*, donde ya estamos en el *si confesares, te salvaria Dios...*

Al establecer de nuevo el cuadro de las condicionales, observamos hasta qué punto cambia el esquema, salvo en el primer tipo, el de las reales, que permanece como en latín:

I. HIPÓTESIS REAL

(como en latín)

Si + indicativo / modos y tiempos libres

(s) *i quereedes oyr lo que uos quiero dezir, dizre uos lo que ui. (Disp. alma y el cuerpo, 1-2).*

II. HIPÓTESIS CONTINGENTE

Hay una serie de restos del *modus potentialis* (Jensen: 1973, 179), desvirtuado por la combinación subjuntivo-indicativo:

*Tanto fase un escudo
Entre él e la saeta
Quanto el mundo pudo
Sy entre amos se meta
(Sem Tob, 104 a)*

Es un ejemplo dudoso por la rima, puede ser un ripio que obligue a elegir el subjuntivo; al mismo tiempo es seguro, por la misma rima. No faltan ejemplos: *E pénalo gravemente si non se arrepienta* (Pero López de Ayala, *Rimado*, 87 d), en rima con *parienta*, *sienta*, *afrenta*, ofrece las mismas ventajas e inconvenientes que el anterior. En prosa, pero introducido por el sintagma *por aventura*, que condiciona el modo, tenemos este ejemplo del *Fuero de Teruel* (403, 4): *Mas si por auentura el pendrador aquel ganado como es dicho non faga pregonar e con él trasnochará et prouadol' será, duplado como es fuero lo rienda.*

Dejando a un lado estos restos con presente de subjuntivo (el perfecto de subjuntivo es tiempo de escasísimo empleo, según recuentos realizados para un estudio que tenemos en preparación), la hipótesis concebida como contingente se presenta en castellano medieval de estos modos:

A) CONTINGENTE PROBABLE

/ tiempo en -ría
Si + tiempo en -re
/ futuro o presente de indicativo
/ (que) + hortativa (presente de subjuntivo)

Si per mais apretaren los fiadores, cadat illis in periurio (F. Madrid, XCIV)
Si vençieremos la batalla, creçremos en rictad (Cid, 688).
Pero non vos enojedes si el pleyto se alongare (Rim. Palacio, 319 a), con rima en -ar.

Jensen y Lathrop (1973) consideran excepcional la presencia del tiempo en -se en estas construcciones, que podrían quedar así a caballo entre este tipo y el siguiente: *E si en alguna d'estas nouenas non pagasse segunt fuero, luego en aquella nouena el iudez lo prenga* (F. Teruel, 20.4.)

B) CONTINGENTE DUDOSA

/ tiempo en -ría
Si + tiempo en -se
/ tiempo en -se (si es subordinada)
Que sis' pudiessen ir fer lo ien de grado (Cid, 1250)
Que si non la quebrantás', que non gela abriessen por nada (Cid, 34)

En otros casos hay una tercera solución, unida a la pervivencia del futuro:

Si + futuro / exhortación

Ejemplos de este tipo aparecen en oración simple y compuesta, del primer tipo: *Byue leda sy podrás* (Juan Rodríguez del Padrón, *Cancionero de Baena*, fol. 150 r.º, n.º 470), o, precedido de *por aventura*: *Si por aventura él uençrá, peche el homizilio*, con subjuntivo hortativo en la apódosis (*Fuero de Teruel*, 48,5). Del segundo tipo, en periodo compuesto, y complejo, tenemos varios ejemplos: *E si el merino de Teruel con otro uezino baraiará por sí mismo et el merino al uezino matare, peche el merino CCCC moravedis alfonsis* (*F. Teruel*, 26, 4). Precedidos de *por aventura*, con ese matiz hipotético que favorece el subjuntivo, como veíamos al principio de este estudio, tenemos varios ejemplos: *Si por aventura la nodriça a su criado lech enferma dará e por aquella ocasión aquel ynfant morrá, pagadas primera mientre las colonias, ixca por enemiga* (*F. Teruel*, 40, 2). *E si por aventura la muert e la fidaça de saluo ensemble negará e... non podrá seer uençido con testigos, salue se con XII uezinos* (*F. Teruel*, 48, 6). Más usos de futuro de indicativo por subjuntivo en Menéndez Pidal (1964, p. 155).

Creemos que esta solución pudo afianzarse en ciertos casos (como el texto legal del *Fuero de Teruel*, que tantos ejemplos ofrece) para evitar la confusión de la contingente dudosa (que conviene a un aséptico planteamiento legal) con la irreal-no-pasado, pues, como veremos inmediatamente, coinciden formalmente. La abundancia de ejemplos del *Fuero* atestigua la antigüedad de la construcción. Rafael Lapesa, en su edición parcial del *Diálogo de la Lengua* (Cl. Ebro, p. 45, nota 70), a propósito del *vive leda si podrás* que Valdés recoge (ed. Montesinos, p. 116, cf. *et. LV*, n. 2, *ibidem*), habla de influjo italiano. El italiano, en efecto (Tekavčić: 1972, II, p. 1306), desarrolla esta construcción, claramente atestiguada, sin embargo, en la lengua medieval, como decimos, lo cual, por supuesto, no impide una influencia concreta en algún caso.

III. HIPÓTESIS IRREAL

A) NO-PASADO

Nótese que es formalmente idéntica a la contingente dudosa, IIB, *supra*. Lapesa (*H.ª L.* § 97.5) puntualiza que «la hipótesis más dudosa o irreal, referida al futuro, al presente o a un momento posterior al de los hechos relatados, llevaba *cantase* en la condición, *cantase* o *cantaría* en la consecuencia».

/ tiempo en -ría

Si + tiempo en -se

/ tiempo en -se (si es subordinada)

Sy (este donzel) conmigo casase, él libreria esta tierra ante de un año (*C. Emperador Otas*, h. 1360-70, XVII).

B) PASADO

/ tiempo en -se
Si + tiempo en -se
 / tiempo en -ra

Sabet, si ellos le vidiessen, non escapara de mort. (Cid 2774)

Si a Millan croviessen, ficieran muy mejor (Berceo, 288 c).

(La forma simple, en ambos casos, tiene valor pasado: *hubiesen visto*, *hubiesen creído*; -ra es pluscuamperfecto de subjuntivo aún).

El esquema de las irreales se rompe ocasionalmente. Aparece el indicativo en lo condicionado en ejemplos como: *Et su hermano Miles mucho fue buen cauallero, si en si ouiese fe & lealtad; mas mucho fue falso (C. Emp. Otas, XVII)*, donde aparece *fue* por *fuera*, y con valor de pasado (pluscuamperfecto), si hemos de hacer caso del segundo *fue*. Jensen (1973, pár. 181) presenta varios ejemplos, que podríamos reorganizar haciéndolos arrancar de ejemplos donde *si* no introduce propiamente una condicional, sino que se limita a la presentación de situaciones de hecho: *mas si él fue brauo, no falló flaco al otro (Amadis, 200, 85)*, o de empleos contingentes con verbos en indicativo, como el que recogen Jensen y Lathrop (1973, 81), sin precisar su valor y, en consecuencia, diferenciarlo: *si no lo hazian, descaueçabalas (Amadis, 56, 510)*; de ahí podemos pasar, en teoría, a construcciones mixtas, con prótasis en subjuntivo y apódosis en indicativo, como la del *Cuento del Emperador Otas* que acabamos de citar: *si tu quissiesses e fuesse tu plaçer, En mi esti iudiçio non debie pereçer (Berceo, Milagros, 786 c)*, o este del *Poema de Alfonso XI* (263): *si más durara el mal perdida avia ssu tierra aquel rey*, con *durara* como pluscuamperfecto de subjuntivo.

Harris (1971) insiste en la defensa de Mendeloff (1960), frente a la *Historia de la Lengua* de Lapesa, de la posibilidad de -ria para lo condicionado. Esto sólo es cierto en el no-pasado; para el pasado no parece adecuado el ejemplo que propone:

*¡Qual ventura serie esta, si ploquiesse al Criador
 que assomasse essora el Cid Campeador! (Cid, 2741-42)*

que no es pasado, y que podría estar en el límite entre condicionales y desiderativas (latín *si* y *sic*) del famoso verso 20, aunque debe tratarse aquí de una fórmula, puesto que, más adelante (*Cid*, 2750) volvemos a encontrarnos con la construcción: *¡Qual ventura serie si assomas essora el Cid Roy Díaz!*, y en el *Auto de los Reyes Magos*, 63 (cf. R. Senabre: 1977, 428): *Nos imos otrosi, sil podremos falar*. Jensen y Lathrop (1973), por su parte, no añaden ningún ejemplo que pueda interpretarse como pasado, antes bien, parece ser no-pasado en todos sus ejemplos: *Si vos viesse el Çid sanas e sin mal, todo serié alegre (Cid, 1402)*; *sy esto te negassemos fariamos muy grant mal (Berceo, Sto. Domingo, 137 c)*; e incluso a fines de la época medieval, en la *Celestina* (272, 15): *Si mi espada dixesse lo que haze, tiempo le faltaría para hablar*.

De los esquemas anteriormente expuestos, y sus modificaciones excepcionales, más o menos frecuentes, podemos extraer una serie de consecuencias:

1) Ha desaparecido la diferencia formal entre la contingente dudosa y la irreal no-pasado, como consecuencia de la pérdida del uso de presente y (sobre todo) perfecto de subjuntivo en la contingente, la extensión al subjuntivo de la contingente probable con el nuevo tiempo en *-re* (heredero parcial del perfecto de subjuntivo latino *amaverim*), y la extensión de la forma *-se*, inucho más empleada, que sustituye a la forma *-re* en casi todos los casos donde sería etimológicamente esperable (*-rem* latino, imperfecto de subjuntivo) y se extiende a otros, como vimos en *si non pagasse, ... el iudez lo prenga* (F. Teruel, 20,4), donde todavía domina *-re* en la edad media, consecuencia de que la forma *-se* ya no es pluscuamperfecto de subjuntivo, sino el nuevo imperfecto. Los tratadistas, como Mendeloff y Merlo, coinciden en la necesidad de considerar conjuntamente la contingente dudosa y la irreal no-pasado, por la dificultad de separar los ejemplos de ambas clases, formalmente idénticos, insistimos.

2) La forma *-ría* no aparece en la consecuencia de la condición que expresa hipótesis irreal pasada.

3) La forma *-ra* se introduce en el sistema precisamente en la consecuencia de la irreal pasada.

4) La forma *-se* tiene tres usos, para los cuales el latín empleaba tres tiempos distintos:

	Latín	Valor en castellano	Ejemplos castellanos con <i>-se</i>
a)	Presente, perfecto o imperfecto de subjuntivo	Contingencia dudosa	sis' podiessen ir, ferlo ýen.
b)	Imperfecto de subjuntivo	Irrealidad no-pasado	si conmigo casase, libraría esta tierra.
c)	Pluscuamperfecto de subjuntivo	Irrealidad pasado	si a Millán croviessen, fician muy mejor.

5) Este sistema medieval inicial presenta más analogías con el moderno que el sistema del Siglo de Oro, que se plantea así como una interrupción entre el medieval y el actual.

Para llegar al sistema del Siglo de Oro se han producido, especialmente a partir del siglo XIII y, sobre todo, en el XIV, tres procesos:

1) Crecimiento de los tiempos compuestos de subjuntivo, que no aparecen en el Cid, pero sí en Berceo, aunque escasos: *Si muerta me oviessen, ovieranme guarida* (Berceo, *Duelo*, 17d), con concordancia del participio y el objeto directo. Estos tiempos compuestos pueden alternar con los simples, en lugar de los tiempos del *perfectum* latino, como en el ejemplo ya citado: *si solo un poquiello me oviesen dexada / grant amor me fiçieran* (Berceo, *Sta. Oria*, 152,a,b).

2) Extensión del compuesto en *-ria*, atraído por el desarrollo de los tiempos compuestos del subjuntivo, en relación con los cuales lo tenemos en este ejemplo: *Si non fuesse Siagrio tan adelante ido, / si oviesse su lengua un poco retenido, / non serie enna ira del Criador caýdo* (Berceo: *Mil.* 70 a,b,c), donde tenemos dos tiempos compuestos de verbos intransitivos, contruidos con *ser* como auxiliar, según uno de los dos sistemas medievales.

3) Extensión del empleo de *-ra*, sobre todo a costa de *-se*, que llega a perderse en la consecuencia. Interviene aquí la tendencia del período hipotético a la uniformación rítmica, ya señalada varias veces anteriormente: el tiempo o forma temporal empleada en uno de los miembros se contagia al otro. El empleo de *-ra* se extiende a partir de la única posibilidad que tiene en principio: la consecuencia de las irreales pasadas, en alternancia con *-se*.

El primer caso fechado de *-ra* en la condición está en el *Alexandre*: *Bien andante fuera Poro sy todos fueran atales* (P 2061d), (pero *Bien andante fura Poro se todos fussen tales*, O, 1919 d), con tiempo simple, pero valor de pluscuamperfecto. También en el *Alexandre*: *Tenie que so preyto ouiera bien complido, / Se a Poro ouiera consigo retenido* (O, 1933, c,d), con tiempo compuesto, y, con tiempo simple, en el mismo manuscrito O, 124 d: *Se podiera Nicholao repentirase de grado*, como irreal pasada igualmente. También en el XIII, E. Ridruejo nos proporciona este ejemplo de paso a la contingente: *Sy tan buenos non fueran oy serien oluidados*, (F. González, 355 c), algo más próximo a la irrealidad que este otro, en el cual incluso el empleo de los tiempos nos acerca a la real: «E diol otrossi estonces esta ley:... de si que coniurasse a ella e dixiessen así: que si ella tuerto non fiziera a su marido nin auie part en aquello quel dizien, quel non nuzrrien aquellas aguas amargas» (*Gen. Estoria*, I, 616b, 2-4). Rafael Lapesa (información verbal) tiene ejemplos de contingente en el *Fuero Juzgo*; el uso crece a lo largo de la Edad Media: E. Nález (1953) cita un ejemplo del Arcipreste de Hita:

*Mi señor el Amor, si él a mi criera,
El conbid de las monjas, aqueste rresçibiera.
Todo viçio del mundo, todo plazer oviera:
Sy a dormitorio entrara, nunca s'arrepintiera.*

Nosotros hemos recogido el siguiente en el *Dezir a Pero López de Ayala*, de Pero Ferruz (h. 1380) (*Crestomatia*, II, 463):

1-5 (ca) don Carcos non la palabra,
1-6 si tan grant mjedo tomara
1-7 de yelo, qual vos tomades.

En el Siglo de Oro, en Cervantes *-ra* llega a igualar a *-se*, en la condición; E. Náñez y Criado de Val han recogido buen número de ejemplos. En la generación posterior a Cervantes *-ra* domina, lo que supone la disminución de *-se* hasta nuestros días, en los que sólo parecen conservar predominio de *-se* sobre *-ra* los asturianos y gallegos (apoyados por su valor indicativo de *-ra*, que limita su uso en condicionales), o los escritores de gusto arcaizante, como Larra y Valera. El uso hispanoamericano, al parecer, casi reduce *-se* a variante estilística. En cuanto a lo condicionado (apódosis), *-se* ha desaparecido ya a fines del XVI, aunque hoy queden restos vulgares, y una nueva extensión de reajuste rítmico que veremos más adelante.

El aumento de *-ra* se produce también, en los siglos de oro, a costa de *-ría*. La colisión está ya en la *Vida de Santo Domingo* de Berceo, en quien, según nos comunica amablemente E. Ridruejo, no parece haber más ejemplos que éste: *si bien no lo conplieres, mucho más te valiera* (contingente probable). La confusión se opera en las dos direcciones; frente a las formas correctas, *-se* / *-ría* para contingente dudosa e irreal no-pasado, y *-se* / *-ra* para la irreal en el pasado, pasa a aparecer *-ra* en la apódosis de la contingente dudosa y la irreal en el no-pasado, mientras que en la irrealidad pasada aparece el condicional compuesto o antepospretérito, *habría -do*. En los siglos de oro se impone, sin embargo, *-ra* sobre *-ría*, en la apódosis, naturalmente, lo que origina el típico esquema *si tuviera, diera*, preferido por los clásicos, que llega hasta el XVIII, en poesía. Pasado el Romanticismo decimonónico, donde subsiste por arcaísmo, la decadencia es vertical, en función de la nueva fórmula: *si tuviera, daría*.

Estos procesos alteran el sistema que hemos llamado medieval, de modo que dan la razón a la crítica de Alarcos (1960-61) a la separación tajante de Mendeloff entre el XIII y el XIV, frente a Pottier (1961), que estaba de acuerdo con ella. Hay un movimiento de formas que Harris (1971) representa con un esquema que corregimos, puesto que en él figura la forma *-ría* en lo condicionado-pasado, lo cual es inexacto, bien error por *-se*, bien creencia en la posibilidad de *-ría* en la apódosis irreal en el pasado, que discutimos antes. El esquema, para las irreales, parece ser el siguiente:

	PRÓTASIS (condición)	APÓDOSIS (condicionado)
No-pasado	<i>-se</i>	<i>-ría</i> (<i>-se</i>) → caen
Pasado	<i>-se</i> ↑ <i>-ra</i> ←	<i>-ra</i> (<i>-se</i>) → caen
Nuevos Tiempos	HUBIERA HUBIESE CANTADO'	HUBIERA HABRÍA CANTADO

Lo anteriormente expuesto afecta a las irreales y a la contingente dudosa, que tiene la misma forma que la irreal del no-pasado. La contingente probable ofrece la pervivencia de la forma *-re* en la condición, aunque reducida por el empuje de *-ra*, como hemos dicho al hablar de esta segunda forma, y con la posibilidad, recogida como excepcional, de sustitución por *-se*. Así, Juan M. Lope Blanch (1972) documenta *-re* todavía como muy empleado en Diego de Ordaz, coetáneo de Juan de Valdés: nada menos que 33 veces (25 simple y 8 compuesta), siempre en la prótasis, frente a 11 *-ra* (10 simples, 1 compuesto), 10 *-se* (9 simples, 1 compuesto) y dos *-ría*, simples ambos. (Para *-se* cf. *et. Bejarano: 1962; Wright: 1933 b*).

Germán de Granda (1968) ha delimitado el área de pervivencia de formas del futuro hipotético de subjuntivo (*-re*), aunque es justo reconocer que, en general, sus funciones han sido absorbidas por el presente de indicativo o por el imperfecto de subjuntivo. Cuando se usa el indicativo (*si llega tarde, que no reclame*) la hipótesis tiene mayor fuerza expresiva de realidad. En cambio el subjuntivo expresa contingencia problemática: *si llegara tarde, que no proteste*. (Cf. *et. Fish: 1963; Wright: 1931*).

Para finalizar esta panorámica diacrónica, aunque nos hemos limitado inicialmente al *si* introductorio, queremos recoger unos datos de Jensen y Lathrop (1973) sobre otras partículas condicionales. Como advertencia general estos autores nos observan que, mientras *si* parece predominar como introductor del primer elemento de la condicional (prótasis en el pleno sentido etimológico), las condiciones introducidas por otras partículas o locuciones tienden a construirse después de la enunciación de lo condicionado, aunque no sea obligatorio tal orden. Sería interesante realizar recuentos al respecto. También afirman que la interdependencia entre condición y condicionado es mayor cuando la partícula es *si*, y que la norma general para los verbos, con estos otros introductores es el subjuntivo. Los ejemplos que aportan confirman esa norma, muestran otros matices junto al condicional (causal, temporal, concesivo, modal, principalmente) y ofrecen estas conjunciones, adverbios o locuciones conjuntivas: *tal que, por tal que, con tal que, con tanto que, con, a, so (tal) condición que, en dado que, solo que, menos que, puesto que, y puesto (caso) que*. Las dos últimas admiten indicativo, para «acontecimientos objetivos en el pasado», con el valor causal que se aprecia en ejemplos como: *Puesto que todo esto falló bien concertado, Pensaba luego en él (Rim. Palacio, 648 a)* y *puesto caso que yo no auia menester muchas salsas para comer, todauia me holgaua con las cortezas del queso (Lazarillo, 136, 4)*. También *cuando*, por último, puede introducir una condición: *Cuando fuese del Demonio, todo seria al contrario (Sta. Teresa, Las Moradas, 187, 4)*.

III. ALGUNOS ASPECTOS DE SU PROBLEMÁTICA SINCRÓNICA

En este apartado cabría considerar tres problemas: la descripción de los varios modos de introducir una condición, el esquema actual de las cons-

trucciones condicionales, de modo amplio, y un intento de explicación de las mismas.

El primer punto, al que hemos aludido inicialmente al hablar de Benot y señalar, de paso, la posibilidad de condicionales sin nexo, que es uno de los modos de presentarse, cuenta con el trabajo clásico de Kany (1936), y con la aportación de José Mondéjar (1966), para quien «es la forma verbal la que condiciona el empleo de tal o cual elemento conjuntivo». Los giros condicionales estudiados por Mondéjar se dividen en cinco grupos:

- 1) Infinitivo precedido de *a, de, con, con sólo, por, por tal de (no), con tal de (no)*.
- 2) Gerundio (+ *que*).
- 3) Participio en construcciones absolutas.
- 4) Fórmulas condicionales: *en tal caso, sin + sustantivo o pronombre, de otra suerte, otramete, donde no, de lo contrario*.
- 5) *Y* ante la condicionada, condicionante sin partícula o fórmula introductoria.

En cuanto al esquema actual de las condicionales con *SI*, podemos presentarlo de este modo:

I. REALES (incluyen las reales-categóricas y las reales-contingentes):

<i>Condición</i>	<i>Condicionado</i>
Indicativos, menos el antepretérito, los futuros y los pospretéritos	Imperativo. Indicativo, menos el antepretérito. Subjuntivo, menos los futuros.

II. CONTINGENTES (tienden a perderse, con restos esporádicos, salvo zonas dialectales, analizadas por G. de Granda):

<i>Condición</i>	<i>Condicionado</i>
Futuro o antefuturo de subjuntivo (hipotético)	Presente o copretérito de indicativo. Pospretérito.

III. IRREALES (en el no-pasado pueden expresar la contingencia, a veces combinadas con indicativo en la apódosis):

<i>Condición</i>	<i>Condicionado</i>
No-pasado: pretérito de subjuntivo	Pospretérito (<i>ría</i>). Pretérito de subjuntivo (<i>ra</i>).
Pasado: antepretérito de subjuntivo	Antepospretérito (<i>habría -do</i>). Antepretérito de subjuntivo (<i>ra</i>).

La ruptura de estos esquemas, como podemos ver en este ejemplo cervantino: *Bien habrías dicho, hija, si la malicia ordinaria no se opusiera a tu discreto discurso*, es antigua. Algunos empleos constituyen sistemas paralelos con abundante ejemplificación; es lo que sucede, como advertíamos en el título de las irrealidades, con la presencia de indicativo en la apódosis. Este uso es documentado por Lenz, Gili i Gaya, Pottier, los tratadistas que se han ocupado de la temporalidad verbal, como C. Hernández y G. Rojo, y la Academia (1973, 3. 14. 3): *Se perdía bien poca cosa si se muriera* (S. y J. Álvarez Quintero, *Doña Clarines*). La Academia llama 'imperfecto desrealizador' a esta fórmula *si -ra / -aba, si llegara tu padre, nos marchábamos*, que se extiende también al antecopretérito (pluscuamperfecto): *si hubiera marcado Amancio, había ganado el Madrid*. La construcción puede parangonarse con la latina que hemos llamado de pasado 'con coloración de presente': *viceramus, nisi recepisset*, y se explica fácilmente en términos semánticos, por atracción a la realidad de la expresión.

También recoge la Academia (1973), en varios lugares (3.14.10, 3.15.7), el empleo usual hoy, en ciertas construcciones, de la forma *hubiese* en la apódosis, en vez de *hubiera*. Como veíamos en el cuadro evolutivo, las formas en *-se* de la apódosis caen, en un proceso consumado a fines del XVI, y si vuelven a aparecer hoy es consecuencia del intercambio de *-ra* y *-se*, que tiende a hacerse total. Así tenemos fórmulas normativamente incorrectas, e históricamente de evolución paralela reciente, como: *si hubieses querido te hubiesen pagado en el acto*, donde para muchos hablantes ya no hay conciencia de que lo correcto es sólo *te hubieran pagado*, o *si hubieras querido, te habiésemos invitado*, en vez del normativo *te hubiéramos*, tal vez ultracorrección, motivada por el deseo de diferenciar *-ra/-se* y no repetir *-ra/-ra*. Esto no puede suceder en las formas simples correspondientes, porque la apódosis con *-ra* es prácticamente desconocida. Como casi nunca se oye *si quisieras te pagaran*, no hay motivo para **si quisieses, te pagasen*.

García de Diego (1952) explica el contagio como el que por la analogía vemos en *si quería, hacia* (por *si quisiera, haría*), o *si querría, haría* (misma interpretación), por la tendencia a la unificación rítmica. También abundan, por otra parte, los ejemplos del coloquio en los que se rompe el esquema. Quizá el más antiguo de este tipo se encuentre en la *Celestina*, acto IV: *Si no voy, ¿qué dirá Sempronio?*, que en realidad expresa la contingencia: *si no fuese, qué diría*. Este empleo para la contingente no es raro, otra muestra, también del coloquio dramático, aparece en Galdós (*Realidad*, III, 1): *Si me dice pitos le contesto flautas* ('si me dijera, le contestaría'). La ruptura del esquema llega incluso a formas de reales para las irrealidades: *si estoy allí no pasa eso*, por el pasado: *si hubiera estado... no hubiera pasado*.

Dejamos aquí la consideración meramente descriptiva de la oración condicional, en la que hemos de tener en cuenta su situación entre las llamadas subordinadas (Carrillo Herrera: 1963), y una serie particular de limitaciones, derivadas de su relación con otros tipos (causales, por ejemplo), de los distintos valores de *si*, o de las dificultades de mero análisis semántico de la oración compuesta, como señalamos inicialmente, puntos desarrollados

por Lidia Contreras (1963), o por José Polo (1971). Tampoco podemos olvidar que, dentro de su peculiar concepción del tiempo verbal en relación (mejor: sin relación) con el Tiempo real, H. Weinrich (1968: cap. VI) habla de la dificultad que puede entrañar su clasificación (en francés se distinguen a veces con dificultad de las temporales), señala el carácter lógico de la relación, que motiva el rigor (relativo, como vemos) en las leyes de concordancia. Puesto que Weinrich trabaja sobre el francés, su estudio nos interesa principalmente por lo que tiene de general, que, además de lo ya resumido, es la observación de que la concordancia temporal mantiene la coherencia de tiempos del mundo narrado y tiempos del mundo comentado, más fácil de probar en francés por el empleo del copretérito (*imparfait*) en la prótasis del llamado *modus irrealis* (*contingente* o *irreal no-pasado*, para nosotros, de modo más limitado y preciso). Weinrich se ve obligado a negar el carácter de realidad, potencialidad o irrealidad en las condicionales, no hay modos de realidad —dice—, sino oraciones que tienen en común el sistema metafórico temporal: no importa cada uno de los tiempos, sino el grupo temporal. En francés resulta bastante claro, en español no tanto, y se ve obligado a admitir (1968, 186) que «las formas del subjuntivo y las metáforas temporales se reparten... la función de limitar la validez del discurso». El intercambio de formas con el que trata de salvar la situación, con una vaga referencia a Gili i Gaya, es inexacto. El recurso final de Weinrich a la historia, interesante en el caso del francés, de admitir su explicación, no es válido en español, donde la lengua actual se limita a desarrollar una posibilidad medieval, interrumpida por el uso excesivo de *-ra* en los Siglos de Oro, y no supone un ciclo consumado, como podría ser en francés.

Desde otro punto de vista, la explicación de la oración condicional, es decir, de su estructura profunda o de su representación semántica, ha sido intentada por María Luisa Rivero (1972, reed. 1977), en un estudio del que nos separan algunas consideraciones, a partir de la pregunta de qué es lo realmente aportado, que puede reducirse mucho, como veremos, según la propia autora. M.^a Luisa Rivero propone, en síntesis, que la forma *si* es un verbo profundo del tipo *creador de universos*, y trata de probarlo con una serie de ingeniosas conmutaciones (hendiduras, pronominalización de oración, verbos factivos, interpretaciones irreales, transporte de la negación, consideración de mundos, supresión, incrustación y sinonimia); en todos esos casos cree encontrar que la prótasis (condición) tiene un carácter nominal, dependiente de un nudo SN, y la igualdad de *si* y verbos como *imaginar* o *suponer*. Parece innecesario entrar en la crítica de sus argumentos, que no tienen siempre la misma fuerza probatoria y, a veces, son difícilmente aceptables (así, ejs. 20 y 21, como ella misma reconoce), porque la autora, al final de la primera parte de su trabajo, nos da la clave, al decirnos que, para ella, que *si* sea un verbo o que la condicional dependa de un *verbo creador de universos de tipo abstracto* es lo mismo, sólo es cuestión de nombres (1972, en 1977, 102). Viene a ser, pues, un nuevo dar la vuelta a cuestiones ya expuestas, con planteamientos atrevidos e, innegablemente, atractivos por su ingenio, pero que, al menos para nosotros, no nos parecen ir más lejos de las tesis de Katz (1971) sobre la dependencia de las condicionales de

un verbo abstracto en la estructura profunda, que tampoco es nada nuevo, sino la simple formulación lógica

$$\begin{aligned} \forall x, \quad p &\equiv Px, \quad q \equiv p'x \\ (P \supset P') &\vee (P \not\supset P') \\ p &\supset q \end{aligned}$$

que podría haber sido ya postulada, aunque no formalizada, por Aristóteles, y que exige la introducción de *si* por *transformación*. Quizá lo importante esté en que podamos aceptar, de un modo u otro, «que el *si* condicional no es un complementador introducido a nivel de estructura subyacente en las oraciones en que aparece» (Rivero: 1972, versión 1977, 100), lo cual engarza directamente con el tema de la subordinación.

La segunda parte del citado trabajo de María Luisa Rivero, en donde se defiende la coordinación entre los dos elementos de la oración condicional, nos parece más aceptable, como, en general, la consideración como coordinadas de las subordinadas adverbiales tradicionales, al menos en buena parte. Quizás no sería demasiado difícil llegar ahí a un acuerdo entre descriptivistas, estructuralistas y generativistas, aunque no falten voces modernas discrepantes, como Thümmel (1970), quien cree que no pueden ser coordinadas, a partir de los ejemplos alemanes, donde *sonst* ('sino') y *andernfalls* ('en el caso contrario'), que los gramáticos alemanes consideran coordinadas, no son intercambiables con las típicas condicionales *wenn*, *falls*, *sofern*, *wofern*, subordinadas, por tanto.

Nuestro estudio ha terminado de un modo en cierta forma polémico, lo que no es nuestra intención, de modo que no está de más repetir que, en resumen, creemos que el amplio estudio pancrónico para el que las condicionales se prestan especialmente, podría prestar atención a cuatro puntos básicos: en el terreno *histórico*, a la evolución del esquema temporal-modal del latín al castellano, y al establecimiento del sistema medieval, aparentemente roto en el período clásico por un crecimiento incontrolado de la forma *-ra*; en el terreno de la *descripción*, a la tendencia a la simetría de las dos partes del período, lo que también favorece la interpretación coordinada, y, por último, en el plano de la *explicación*, a los problemas subyacentes.

19.3.2. Concesivas

El último tipo de las adverbiales causativas es el de las concesivas. En esta oración compleja se relacionan también dos oraciones o proposiciones: la *marcada* o introducida por conjunción o locución concesiva presenta un obstáculo que no impide la realización de la *no marcada* o «principal»:

Aunque llueva, *saldremos*

Se trata, por tanto, de una condición inoperante, desdeñable, de modo que hay una relación entre las condicionales y las concesivas.

Las concesivas están también relacionadas con un tipo de *coordinación* restrictiva o parentética, que vimos en el capítulo anterior, y que es la *adversativa*. El criterio de distinción es que, si se trata de adversativas, la conjunción que marca a una de las oraciones necesariamente, puede sustituirse por *pero*. Esta confusión es especialmente posible con *aunque*, conjunción adversativa y concesiva. También hay que señalar que las adversativas se construyen en indicativo y las concesivas en indicativo y subjuntivo, por lo que la confusión sólo se plantea entre adversativas y concesivas en indicativo. La distinción, por tanto, de tipo semántico, nos muestra, una vez más, la inutilidad del intento de separar la coordinación de la subordinación:

Adversativa: *son muy ricos, aunque (=pero) no lo parecen*

Concesivas: *son muy ricos aunque (=a pesar de que) no lo parecen*
son muy ricos, aunque no lo parezcan (subjuntivo)

Como dijimos a propósito de las causales, la pausa puede desempeñar un papel. Las adversativas la llevarían entre los dos elementos oracionales:

Vive en Andalucía, aunque no sé en qué ciudad

las concesivas, en cambio, no la llevan:

Vive en Andalucía aunque no sepa en qué ciudad.

El criterio no es muy seguro.

Al igual que las condicionales, las concesivas van introducidas por una gran cantidad de formas, además de la conjunción concesiva por excelencia (luego pasada también a adversativa), *aunque*:

— *Así, si bien, aun cuando, como, siquiera, a pesar de que, bien que, mal que, si bien* [en la lengua medieval, *maguer, maguera (que).*]

— Verbo reiterado y separado por un relativo: *sea lo que sea, caiga quien caiga.*

— Adverbio *aun* + gerundio.

— *Con* + infinitivo.

— Imprecación + relativo.

— *Si bien* + participio (escaso, generalmente adversativo).

aunque llueva, saldremos

aun lloviendo, saldremos

llueva lo que llueva, saldremos

a pesar de que llueva, saldremos

maldito sea lo que llueva, saldremos

con llorar no lo arreglas.

aquél es de mi tierra, cuyas virtudes y suficiencia me contentan, si bien sea nacido y criado en Polonia. (J. de Valdés, *Dial. Lengua*, 174, cit. por J. L. Rivarola, 140).

Un tipo especial es el constituido por la fórmula *por* — *que*, cuyo punto de partida, según Rivarola (*Las conjunciones concesivas en español medieval y clásico*) «está en determinadas construcciones causales (formadas por *por* + sustantivo + oración relativa de carácter generalizador) que adquieren valor concesivo en virtud de la naturaleza del contexto» (62-63).

A este tipo corresponden ejemplos como, en la *Primera Crónica General* (405 b):

non podremos ninguno dellos tornar a los uiuos por duelo que y agora fagamos

En una etapa posterior, en lugar de un sustantivo aparecen ya un adjetivo o un adverbio (especialmente cuantitativos, como *mucho opoco*, o cualitativos o modales, como *bien, mal*.):

*por mucho que hablemos, no tiene arreglo
no me gusta, por bueno que sea*

El problema teórico fundamental de las concesivas es, indudablemente, su relación con las adversativas. En el prólogo de su libro, donde recoge lo fundamental de la bibliografía, J. L. Rivarola se pronuncia por la importancia del carácter *presuposicional* (en el sentido lógico) de la relación concesiva: «una relación concesiva no es sino una relación (lógicamente) conjuntiva entre dos frases que es contraria a una relación implicativa presupuesta entre una de ellas y la negación de la otra.» (p. 4-5), el carácter fundamental es, pues, el ser «contrario a una expectativa» (caracterización para la que Rivarola remite a G. y R. Lakoff.)

Como ejemplo recoge, para la adversativa, un enunciado que no requiere una interpretación presupositiva:

Erasmus es inteligente pero Evaristo es tonto = $F_1 \wedge F_2$

donde la relación (adversativa) se da entre F_1 y F_2 , frente a la concesiva, que se da entre el conjunto y una presuposición, y que podríamos ejemplificar así:

Aunque Erasmus sea inteligente, Evaristo es tonto (se trata de dos hermanos, o dos amigos inseparables, para facilitar el ejemplo).

(No cabe ocultar, por último, aunque discrepe de nuestro tratamiento, que Rivarola distingue entre una relación coordinante y otra subordinante, dentro de las concesivas, para él *pues* o *pero* son coordinantes, frente a las subordinantes *porque* y *aunque*.)

19.4. CUANTITATIVAS

Por su correspondencia con los adverbios de cantidad o comparación se incluyen entre las adverbiales o circunstanciales.

19.4.1. Comparativas

Las comparativas se refieren a *cualidad* o *cantidad*. Pueden ser de *igualdad*, de *superioridad* o de *inferioridad*. Las partículas se construyen correlativamente, una en la «principal» y otra en la adverbial. Por ir ligadas al *grado* de los adjetivos, puede ir un adjetivo con modificación de grado en el primer término de la comparación.

Otra de sus peculiaridades es la posibilidad de suprimir el verbo de la adverbial cuando es el mismo de la «principal».

19.4.1.1. Comparativas de igualdad

De cualidad:

$$\begin{array}{l} tal... \left\{ \begin{array}{l} cual \\ como \end{array} \right. \\ \\ igual \dots que \\ lo mismo \dots que \\ Tal lo hizo, cual lo deseaba \end{array}$$

De cantidad:

$$\begin{array}{l} tanto \left\{ \dots \right. \\ todo \left\{ \dots \right. \quad cuanto \\ \\ tanto (tan) \left\{ \dots \right. \\ tal \left\{ \dots \right. \quad como \\ \\ igual \dots que: \\ \\ Recogió tanto \left\{ \begin{array}{l} cuanto \\ como \end{array} \right\} pudo \end{array}$$

En estas comparativas de igualdad es frecuentemente innecesaria la presencia expresa de antecedente:

que duerma cuanto quiera
el chico es estudioso como esperábamos

y no

(tanto) cuanto...
el chico es (tan) estudioso como esperábamos

19.4.1.2. Comparativas de superioridad

más... que (de)
 adjetivos en grado comparativo... *que (de)*
más comía que bebía
comía mejor que bebía
corre los doscientos mejor que los mil

19.4.1.3. Comparativas de inferioridad

menos... que (de)
 adjetivos en grado comparativo... *que (de)*
menos comía que bebía
hablaba peor que escribía
es menos inteligente de lo que pensábamos.

19.4.2. Consecutivas

La consecuencia se deduce de la intensidad con que manifestamos una cualidad, circunstancia o acción.

Los antecedentes, que a veces se omiten, son:

tanto, tan, tal, de modo, de manera, así, de forma, en grado

La consecuente va introducida por *que*, relativo neutro en este caso, gramaticalizado en su uso consecutivo.

habla (de tal modo) que maravilla a todos

Se ha señalado la relación entre las consecutivas y las condicionales, similar a la existente entre causales y finales. Ambas enfocan el mismo fenómeno desde extremos opuestos. J. Polo (§ 1-11) lo indica diciendo: «La consecutiva expresa causalidad entre dos sintagmas: hecho y *consecuencia*; la condicional lo hace a la inversa: *condición* (= causa) y hecho; no es —la consecutiva— un 'hacia', sino un 'detrás'.»

Benot (*Gram. Fil.*, 321) no las distingue de las comparativas en un apartado especial, pero advierte:

Ha de cuidarse mucho de no confundir las comparaciones de igualdad en que se usa de los signos *tanto, tanta, tantos, tantas*, con las expresiones ponderativas que empiezan por los mismos signos.

A las verdaderas comparaciones hacen de correlativas *como* o *cuanto*, y a las ponderaciones sigue *que*:

Comparación	{	<i>tengo tanto pan como vino</i> <i>Ha hecho tantas diligencias para conseguirlo</i> <i>cuantas han sido menester</i>
-------------	---	---

Ponderación { *Posee tanto dinero que no tiene tiempo para contarlo*
Te he de regalar un vestido tan claro, tan claro, que
no lo has de ver (Campoamor)

A veces la ponderación aparece tan velada, que se confunde con la simple comparación: *tanto más... cuanto; tan menos... cuanto*:

Procedía con tanto más ardor, cuanto lo impulsaban a ello sus propios intereses.

Lo creo tanto menos, cuanto que no es hombre de bien.

Hemos de tener en cuenta la clase a que pertenecen los antecedentes *tal*, *tan* o *tanto*. Se trata, en el primer caso, de un indefinido con posibilidad de referencia deíctica sintagmática y más raramente de referencia mostrativa, sobre todo en la lengua moderna, y con función de adjunto. *Tanto* es un cuantitativo (clase que, en este libro, se incluye entre los indefinidos: cantidad indefinida o indeterminada e imprecisa) y, a su vez, se diferencia funcionalmente en dos subgrupos: *tanto* como término secundario, adjunto a un sustantivo, y *tanto* neutro, término primario, núcleo. *Tan*, por su parte, es un cuantificador subjunto de un término secundario.

Antonio Narbona (*Las proposiciones consecutivas en español medieval*) establece, con estos antecedentes, ligados a la segunda suboración consecutiva por el nexo *que* —cuyos antecedentes como relativo están ya en el latín de Plauto— un grupo homogéneo de *consecutivas de intensidad*, a las que subyace una comparación. Para que ésta se cargue de valor relativo es necesario suprimir la comparación en el plano de la realización: *Juan habla tanto como x que (el cual) aburre*. El término de comparación tiene los rasgos [-definido, + universal] y de ahí —dice—, «emana el valor intensificador (el 'encarecimiento' al que A. Bello se refiere) que se suma al antecedente y termina convirtiéndose en dominante».

En un segundo apartado, menos homogéneo, estarían las *consecutivas de manera*, en las que el antecedente de *que* es un sustantivo o frase caracterizados semánticamente por su significación modal y sintácticamente por constituir una frase preposicional: *de manera que, de modo que*. En la lengua medieval *de guisa que* es forma muy abundante. La lengua moderna intercala *tal* antes del nexo *que*, aunque no exclusivamente. Ello supone la existencia de unas consecutivas *mixtas de intensidad-manera* (siempre según Narbona) en las cuales la relación de dependencia semántica se expresa sintácticamente de modo más elaborado. Se llega de esta forma a engarces como los realizados con *así que*, donde *así* es un «adverbio deíctico de carácter catafórico», cuyo ámbito es mayor que el propiamente consecutivo, pues abarca también las modales, comparativas, condicionales, e incluso temporales. Destaquemos que, para este último tipo, no es de introducción reciente, como dice Bello, pues A. Narbona lo documenta ya en el *Zifar*, compuesto probablemente entre 1300-1305.

BIBLIOGRAFÍA ESPECÍFICA SOBRE LAS CONDICIONALES

- ALARCOS, Emilio: 1960-61. Reseña de Mendeloff (1960), *Rom. Phil.*, XIV, pp. 349-350.
- BADIA MARGARIT, Antonio: 1953. «El subjuntivo de subordinación en las lenguas romances y especialmente en iberorrománico», *RFE*, XXXVII, pp. 95-129.
1954. «Sobre las interpretaciones del verso 20 del Cantar de Mio Cid», *AO*, IV, pp. 149-165.
- BASSOLS DE CLIMENT, Mariano: 1948. *Sintaxis histórica de la lengua latina*, II. Barcelona, Reed. Madrid, 1956, esp. pp. 259-284.
1971. *Sintaxis Latina*, 2 vols. Madrid (CSIC).
- BASTARDAS PARERA, J.: 1953. *Peculiaridades sintácticas del latín medieval*. Madrid-Barcelona (CSIC).
- BECKER, D.: 1928. *Die Entwicklung des lateinischen Pluscuamperfect Indicativus in Spanischen*. Leipzig.
- BEJARANO, V.: 1962. «Sobre las dos formas del imperfecto de subjuntivo y el empleo de la forma en -se con valor de indicativo», *Strenae* (Hom. G.^a Blanco), Salamanca (Univ.), pp. 77-86.
- BENOT, Eduardo: 1921. *Arte de hablar. Gramática filosófica de la lengua castellana*, 2.^a ed., Madrid (Hernando).
- BOLINGER, D. L.: 1948. «On the -ra form», *Hispania*, 31, pp. 341-342.
1956. «Subjunctive -ra and -se: free variation?», *Hispania*, 39, pp. 345-349.
1974. «One subjunctive or two?», *Hispania*, 57, pp. 462-471.
- BOURCIEZ, Edouard: 1967. *Eléments de linguistique romane*, 5.^a ed. París (Klincksieck).
- CALERO, Francisco, y ECHARTE, María José: 1975. «Estudio estructural del sintagma condicional latino con la prótasis en indicativo», *Durius*, 3/6, pp. 385-404.
- CARRILLO HERRERA, G.: 1963. «Estudios de sintaxis: las oraciones subordinadas», *BFUCh* (Boletín de Filología de la Universidad de Chile), XV, pp. 165-221.
- CASAGRANDE, Jean, y SACIUK, B.: 1972. *Generative Studies in Romance Languages*. Rowley, Mass. (Newbury House publ.).
- CIROT, G.: 1905. *Etudes sur l'historiographie espagnole. Mariana historien*. Burdeos (Feret et fils).
- CONTRERAS, Lidia: 1956-57. «Oraciones interrogativas con si», *BFUCh*, IX, pp. 67-87.
1958. «El periodo comparativo hipotético con si», *BFUCh*, X, pp. 39-49.
1959. «El periodo causal hipotético con si», *BFUCh*, XI, pp. 355-359.
1960. «Oraciones independientes introducidas por si», *BFUCh*, XII, pp. 273-290.
1963. «Las oraciones condicionales», *BFUCh*, XV, pp. 33-109.
1964. Reseña de Vaz Leão (1961), *BFUCh*, XVI, pp. 291-294.
- Crestomatía*, cf. Menéndez Pidal, 1965-66.
- CRÍADO DE VAL, Manuel: 1952. «Lenguaje y cortesanía en el Siglo de Oro español: el futuro hipotético de subjuntivo y la decadencia del lenguaje cortesano», *Arbor*, 23/83, pp. 244-252.
1954. *Índice verbal de la «Celestina»*, Madrid.
- CHISHOLM, R. M.: 1946. «The contrary-to-fact conditional», *Mind*, LV, pp. 289-307.
- DALE, G. I. 1925. «The imperfect subjunctive», *Hispania*, VIII, pp. 127-129.
- DAVIS, R.: 1934. «A note on the -ra indicative in Fifteenth Century Spanish», *Phil. Quart.*, 13, pp. 218-220.
- ECHARTE, M.^a José: 1975. Cf. Calero F. y —.
- ERNOUT, A., y THOMAS, F.: 1951. *Syntaxe latine*. París. Reed. 1963 (Klincksieck).
- ESPINOSA, Aurelio M.: 1930. «The use of the conditional for the subjunctive in Castilian popular speech», *Mod. Phil.*, XXVII, pp. 445-449.
- FERNÁNDEZ RAMÍREZ, Salvador: 1937. «Como si + subjuntivo», *RFE*, XXIV, pp. 372-380.
- FISH, G. T.: 1963. «The neglected tenses: hube hecho, indicative -ra, -re», *Hispania*, 46, pp. 138-142.
- FRASER, B.: 1969. «An analysis of concessive conditionals», *Papers 5th Regional Meeting, Chicago Linguistic Society*. Chicago (Dept. Ling. Univ.), pp. 66-75.

- GARCÍA DE DIEGO, Vicente: 1952. «La información rítmica en las oraciones condicionales», *Est. Mz. Pidal*, III, pp. 95-107.
- GESSNER, E.: 1890-91. «Die hypothetische Periode im Spanischen in ihrer Entwicklung», *ZRPh*, XIV, pp. 21-65.
- GOODMAN, N.: 1952. *The problem of counterfactual conditionals*, Urbana, Ill.
- GRANDA, Germán de: 1968. «Formas en -re en el español atlántico y problemas conexos», separata del *BICC*, Bogotá, XXIII.
- GREEN, John N.: 1972. «Spanish conditionals: Systems or Rules?», *Arch. Ling.*, Glasgow (n. s.), 3, pp. 75-85.
- GROBER, Gustav: 1904. *Grundriss der romanischen Philologie*, I, 2.^a ed., aumentada. Estrasburgo.
- G.S.R.L.: 1972. Cf. Casagrande-Saciuk.
- HARRIS, Martin: 1971. «The history of the Conditional complex from Latin to Spanish: some structural considerations», *Arch. Ling.*, Glasgow (n. s.), 2, pp. 25-33.
1972. «Systems or Rules: a false Dychotomy?», *Arch. Ling.* (n. s.), 3, pp. 87-93.
- HERMAN, Josef: 1963. *La formation du système roman des conjuctions de subordination*. Berlin.
- ISARD, S.: 1974. «What would you have done if...?», *Theoretical Linguistics*, I, pp. 233-255.
- JENSEN, Frede. y LATHROP, Thomas A.: 1973. *The Syntax of the old Spanish subjunctive*. La Haya (Mouton).
- JORDAN, L.: 1924. «Potentiale und irreal Bedingungssätze im vulgaren Lateinischen und alten Französischen», *ZRPh*, XLIV, pp. 322-333.
- HUNNIUS, K.: 1960. *Der Ausdruck der Konditionalität im modernen Französisch*. Bonn.
- KANY, Charles E.: 1936. «Conditions expressed by Spanish *de plus Infinitive*», *Hispania*, 19, pp. 211-216.
1939. «More about conditions expressed by Spanish *de plus Infinitive*», *Hispania*, 22, pp. 165-170.
- KATZ, J. J.: 1971. *Filosofía del lenguaje*. Barcelona (Mtez. Roca).
- KENISTON: 1937. *The Syntax of Castilian Prose. The sixteenth Century*. Chicago (Univ.).
- KÜHNER, Raphael, y HOLZWEISSIG, Friedrich: 1912. *Ausführliche Grammatik der Lateinischen Sprache*, t. I, 2.^a ed. Hannover (Hanschen Buchhandlung, reed. Wissenschaftliche Buchgesellschaft, Darmstadt, 1974).
- KÜHNER, R., y STEGMANN, C.: 1912-1914. *Ausführliche Grammatik der lateinischen Sprache*, 2 vols., Ed. refundida por C. Stegmann, Hannover (vid. Kühner-Holzweissig).
- LAMÍQUIZ, Vidal: 1971. «Cantara y Cantase», *RFE*, 54, pp. 1-11.
- LANLY, A.: 1960. «Les formes en -rais/-rai (esp. *ría/re*)», *Les Langues Néolatines*, LIV, 155, pp. 44-46.
- LATHROP, Thomas A.: Cf. Jensen, Frede.
- LAZARO CARRETER, Fernando: 1974. *Teoría y práctica de la lengua* (6.º, 7.º y 8.º de EGB, dirigido por —). Salamanca (Anaya).
- LENZ, Rodolfo: 1935. *La oración y sus partes*. Madrid (RFE).
- LEWIS, D.: 1973. *Counterfactuals*. Oxford (Blackwell).
- LOPE BLANCH, Juan M.: 1958. «Algunos usos de indicativo por subjuntivo en oraciones subordinadas», *NRFH*, 12, pp. 383-385.
1972. «La expresión condicional en Diego de Ordaz (sobre el español americano en el siglo XVI)», *Studia Hispanica R. Lapesa*, I, pp. 379-400.
- MALLO, J.: 1947. «El empleo de las formas del subjuntivo terminadas en -ra con significación de tiempos de indicativo», *Hispania*, 30, pp. 484-487.
1950. «La discusión sobre el empleo de las formas verbales en -ra con función de tiempos pasados de indicativo», *Hispania*, 33, pp. 126-139.
- MARCOS MARÍN, Francisco: 1975. *Aproximación a la gramática española*, 3.^a ed. Madrid (Cin- cel), reim. 1978.
- MATTOSO CÁMARA, J. (Jr.): 1967. *A forma verbal portuguesa em -ria*. Washington (Georgetown Univ. Press.).
- MEIER, Harri: 1970. «Sintaxis española, peninsular e hispanoamericana», *Actas III C.I.H.*, México, pp. 601-611.

- MENDELOFF, H.: 1959. «Protasis and apodosis in *La Celestina*», *Hispania*, 22, pp. 165-170.
 1960. *The evolution of the conditional sentence contrary to fact in Old Spanish*. Washington (Catholic Univ. Am.).
- MENÉNDEZ PIDAL, Ramón: 1964. *Cantar de Mío Cid*. Madrid (Espasa Calpe), 4.^a ed., 3 vols. 1965-66. *Crestomatía del español medieval*. Madrid (Gredos).
- MERLO, Felice: 1957. «La congiunzione SE e il sistema semantico dei periodi avverbiali», *Rom. Forsch.*, LXIX, pp. 273-304.
- MEYER-LUBKE, Wilhelm: 1900. *Grammaire des langues romanes*, III. *Syntaxe*. Paris.
- MONDEJAR, José: 1966. «La expresión de la condicionalidad en español (conjunciones y locuciones conjuntivas)», *RFE*, XLIX, pp. 229-254.
- NÁÑEZ, Emilio: 1953. «Sobre oraciones condicionales», *An. Cerv.*, III, pp. 353-360.
- NASCIMENTO, Maria Germina do: 1953. «Orações e expressões não-condicionais da condicionalidade», *Bol. Fil.* (Lisboa), XIV, pp. 257-275.
- NUTTING, H. C.: 1926. «The Latin conditional sentences», *Classical Philology* (Cal), VII, pp. 1-185.
- POLO, José: 1971. *Las oraciones condicionales en español* (ensayo de teoría gramatical). Granada (Universidad).
- POTTIER, Bernard: 1961. Reseña de Mendeloff (1960), *BHi*, LXIII, pp. 127-129.
- PRIEN, J.: 1886. «Die irrealen Bedingungssätze bei Cic. und Caes.», *Philologus*, Supplementband, pp. 261-346.
- REAL ACADEMIA ESPAÑOLA: 1920. *Gramática de la lengua castellana*. Madrid (Perlado, Páez y C.^a, sucesores de Hernando).
 1973. *Esbozo de una nueva gramática de la lengua española*. Madrid (Espasa Calpe).
- RESCHER, N. (ed.): 1968. *Studies in Logical Theory*. Oxford (Blackwell).
- RIDRUEJO, Emilio: 1975. «*Cantaría por cantara*, en la Rioja», *Berceo*, 89, pp. 123-134.
- RIVERO, María Luisa: 1972. «On conditionals in Spanish», *GSRL*, pp. 196-214. También en *Riv. vero*, 1977, pp. 87-110.
 1977. *Estudios de gramática generativa del español*. Madrid (Cátedra).
- RUCH, M.: 1969. «Objetivité et subjectivité dans la période hypothétique latine», *RRL*, XIV, 2, pp. 101-109.
- SACIUK, B.: Cf. Casagrande, J.
- SEIFERT, Eva: 1930. «'Haber' y 'tener' como expresiones de la posesión en español», *RFE*, XVII, pp. 233-276 y 345-389.
- SENABRE, Ricardo: 1977. «Observaciones sobre el texto del Auto de los Reyes Magos», *Est. E. Alarcos Llorach*, I, Univ. Oviedo, *Archivum*, pp. 417-432.
- SPAULDING, Robert F.: 1929. «An inexact analogy. The '-ra' form as a substitute for the '-ría'», *Hispania*, XII, pp. 371-376.
- STALNAKER, R. C.: 1968. «A theory of conditionals», en RESCHER (1968), pp. 98-112.
- STAUBACH, C. N.: 1946. «Current variations in the past indicative uses of the -ra form», *Hispania*, 29, pp. 355-362.
- STEGMANN, C.: Cf. Kühner, R.
- TEKAVČIĆ, Pavao: 1972. *Grammatica storica dell'italiano*, II, *Morfosintassi*. Bolonia (il Mulino).
- THOMAS, F.: Cf. Ernout, A.
- THUMMEL, Wolf: 1970. *Vorüberlegungen zu einer Textgrammatik. Koordination und Subordination in der generative Transformationsgrammatik*. Stuttgart (mimeografía del original, 191 pp.).
- TROST, P.: 1939. «Zum lateinischen Konditionalsatz», *Glotta*, 27, pp. 206-211.
- VAZ LEÃO, Angela: 1961. *O período hipotético iniciado por 'se'*. Belo Horizonte.
- WAGNER, R. L.: 1939. *Les phrases hypothétiques commençant par 'si' dans la langue française des origines à la fin du XV^eme siècle*. Paris.
- WEINRICH, Harald: 1968. *Estructura y función de los tiempos en el lenguaje*. Madrid (Gredos).
- WILLIAMS, J. D.: 1955. «A note on *si* used for *sino*», *Hispania*, 38, pp. 486.
- WRIGHT, Leavitt O.: 1926 a. «The subjunctive forms in -ra and -se in Spanish American speech», *Hispania*, 9, pp. 170-173.
 1926 b. «Further remarks on -ra and -se», *Hispania*, 9, pp. 201.
 1926 c. «The indicative forms in -ra in Spanish America», *Hispania*, 9, pp. 288-293.

1929. «The indicative function of the *-ra* verb form», *Hispania*, 12, pp. 259-278.
1931. «The disappearing Spanish verb form in *-re*», *Hispania*, 14, pp. 107-114.
1932. *The -ra verb form in Spanish*, Univ. California Pub. Mod. Phil., 15, 1.
- 1933 a. «The earliest shift of the Spanish *-ra* verb form from the Indicative function to the Subjunctive: 1000-1300 A.D.», *Lg.*, 9, pp. 265-268.
- 1933 b. «The *-se* verb form in the apodosis», *Hisp. Rev.*, 1, pp. 335-336.
- 1933 c. «Grammar slips in the new Spanish constitution», *Mod. Lg. Forum*, 18, pp. 96-97.
1947. «The Spanish verb form with the greatest variety of functions», *Hispania*, 30, pp. 488-495.
- ZARAGÜETA, Juan: 1950. *Filosofía y vida*. Madrid.

CAPÍTULO 20

Lexicología y lexicografía

20.0.

Podemos decir que hasta ahora no ha habido capítulo en el que no repitiéramos cosas tan desalentadoras como la imposibilidad de definir la palabra, de delimitarla fonéticamente, o bien que la palabra era una unidad que el hablante reconocía gracias a lo que Chomsky ha llamado la «competencia» lingüística del individuo. Por todo ello, este capítulo se presentaría como un tanto ilusorio, puesto que su objeto es ocuparse de la palabra y no sabemos a ciencia cierta qué es una palabra ¹.

20.1. LEXICOLOGÍA

Stephen Ullmann ha señalado, con acierto a nuestro juicio, el papel de la lexicología ²:

La palabra desempeña un papel tan crucial en la estructura de la lengua que precisamos de una rama especial de la lingüística para examinarla en todos sus aspectos. Esta rama se llama *lexicología*, y constituye, junto a la fonología, la segunda división básica de la ciencia lingüística. La lexicología se ocupará no sólo de las palabras, sino de todos los tipos de morfemas que entran en la composición de las palabras.

Para nuestro autor (p. 34) la lexicología abarca dos ciencias: la *morfología* y la *semántica*. La primera se ocupa de las formas de las palabras y de sus componentes y la segunda de sus significados.

Este es un concepto de lexicología demasiado amplio, pero al que no tenemos nada que objetar puesto que se presenta dentro de la tesis de Leonard Bloomfield y considera las palabras como *formas libres* (i.e. «que pueden subsistir por sí mismas y actuar además como una expresión completa»),

¹ Disponemos ahora de la versión española de un libro importante: P. H. Matthews, *Morfología. Introducción a la teoría de la estructura de la palabra*. Madrid (Paraninfo), 1979.

² *Semántica*, Madrid (Aguilar), 1965, p. 33.

que se distinguen de otras formas libres «en que no pueden dividirse sin residuo en formas libres menores» ³. Ullmann añade a este grupo «los compuestos formados de palabras independientes».

Para este autor hay una parte de la lexicología que pertenece a la gramática, y otra que pertenece a la semántica. La parte que pertenece a la gramática, que es la que debemos estudiar aquí, es la formación de derivados y los significados de los prefijos y sufijos ⁴.

Gran cantidad de lingüistas no están conformes con este criterio, pero nosotros entendemos que el criterio de Ullmann tiene la ventaja de ser claro y coherente y por ello preferimos hablar de derivación en este capítulo en lugar de hacerlo con la Morfosintaxis o la Semántica. Es lógico que la derivación tenga importancia morfosintáctica y semántica, pero esto ocurre (en nuestra opinión) porque previamente se ha producido un cambio en la estructura léxica de la lengua y por ello se trata de un fenómeno lexicológico en primer lugar.

20.2. LA MOTIVACIÓN DE LAS PALABRAS

La importancia de la significación de las palabras fue demostrada con suficiente claridad por Stephen Ullmann en 1949 ⁵.

Partiendo del acuerdo tácito general sobre el carácter convencional de muchas palabras y de que en el plano sincrónico la *homonimia* parece deshacer la hipótesis de una línea intrínseca que conecte forma y significado, Ullmann estudia la triple motivación de las palabras:

1) *Motivación fonológica*. Es la que llamaríamos, con términos de Jespersen, «palabra eco». Existe una semejanza entre los sonidos y el sentido. «El nombre describe la cosa significada.» La palabra inglesa *shoot* ha penetrado en el vocabulario futbolístico como *chut* o *chú* porque su configuración fonética (similitud con el ruido del aire desplazado por el balón) lo ha favorecido. La presión culta ha reimpuesto, al menos en España, la forma 'tiro' o 'disparo', pero los buenos y viejos aficionados mantienen el *chut*, especialmente cuando se trata de un buen tiro.

2) *Motivación morfológica*. Aquí nos encontramos en el campo de la «arbitrariedad relativa» de Saussure, porque tras analizar este tipo de términos ('panera' de *pan*, y similares) llegamos siempre a palabras no motivadas (como 'pan' en el ejemplo anterior).

3) *Motivación semántica*. Este es el campo de las transformaciones debidas a los tropos. Utilizando una metáfora llamamos *gatillo* o *perrillo* al disparador de un arma de fuego, con una metonimia llamamos *lengua* al lenguaje (sin entrar ahora en disquisiciones especiales), con una sinécdoque llamamos *machos* y *hembras* a los ajustes de las piezas mecánicas.

³ *Ibid.*, pp. 32-33.

⁴ *Ibid.*, p. 41.

⁵ «Word-form and word-meaning» *Archivum Linguisticum*, I, 1949, pp. 126-139.

Es necesario tener en cuenta que estas motivaciones desaparecen cuando el hablante pierde la conciencia de la transposición. En catalán, *grúa* aplicado a la máquina es una metáfora procedente de la similitud de la *grúa* con el animal que los castellanos en general llamamos *grulla*. Para los castellanos *grúa* no es ninguna metáfora (es un préstamo del catalán) porque no se ha creado por la semejanza con el ave, sino a través de la influencia cultural de las regiones orientales de España.

«Todas las formaciones onomatopéyicas, compuestos y derivados, así como las transposiciones figurativas, están motivadas mientras la comunidad hablante es consciente de su carácter imitador, su estructura morfológica o su fondo semántico. El resto de las palabras son convencionales.»⁶

20.3. LEXEMA Y FORMANTES

En nuestro estudio morfosintáctico, en páginas anteriores, tuvimos la ocasión de ver las palabras como sintagma, divididas en lexema y formantes. De los formantes constitutivos nos hemos ocupado en los capítulos de morfosintaxis y no vamos a hablar de ellos ahora. Los formantes facultativos entrarían en este estudio, en principio, pero ya hemos estudiado los apreciativos en otro lugar. Esta dispersión es lo que motiva que muchos lingüistas, como hemos dicho, no traten este problema en la lexicología, sino en la morfosintaxis.

En lo que se refiere al *lexema*, la lexicología debería hacer el inventario de lexemas de una lengua, cuyos significados habrían de ser estudiados por la semántica. No obstante, este campo roza el de la lexicografía o «arte de hacer diccionarios», que efectúa esta labor de inventario con palabras, no con lexemas, y el de la semántica o estudio del significado.

Como vemos, todo lo tratado en este capítulo tiene unos límites fluctuantes que se prestan a polémicas y motivan, quizás, la escasa afición que los especialistas sienten por este campo, a menos que sean lexicógrafos. Primero hemos eliminado los formantes constitutivos, ahora eliminamos los lexemas, y ya hemos visto que tampoco estudiaremos aquí los apreciativos, a pesar de que son formantes facultativos.

20.4. PREFIJOS Y SUFIJOS

Nos quedan unas clases de formantes a las que llamaremos *prefijos*, *sufijos* o *interfijos*⁷. El término *interfijo* nos resulta especialmente útil porque algunos lingüistas, como Pottier, llaman infijos a lo que nosotros llamamos sufijos, por considerar que los verdaderos sufijos son los formantes constitutivos.

⁶ *Ibid.*, p. 130.

⁷ El gran especialista en este tema es Yakov Malkiel. En nuestra bibliografía puede verse una lista de sus obras en este campo. En el texto tenemos en cuenta especialmente «Los interfijos hispánicos».

Por *prefijo* entendemos el elemento que se antepone al lexema, por *sufijo* el que se pospone al lexema y por *interfijo* «el segmento, siempre átono y falto de significado propio, entre el radical y el sufijo de ciertos derivados, por ejemplo, el elemento *-ar-* en *hum-ar-eda*, *polv-ar-eda*, por no existir ni haber existido nunca, que sepamos, las fases intermedias **humar*, **polvar* como formaciones independientes»⁸. Así, pues, en *re-mojar* *re-* es un prefijo y en *pan-er-a* *-er-* es un sufijo, mientras que en *pan-ad-er-o* *-ad-* es un interfijo (nada tiene conciencia ya de existencia de *panada*, aunque en este caso sí haya existido la forma antedicha) y *-er* un sufijo. Malkiel distingue interfijos propios o primarios como *-ar-* y secundarios o impropios como *-ad-*.

La Gramática de la Real Academia dedica un capítulo (el IX de la primera parte) a la formación de palabras (derivación, composición y parasíntesis), en la *Gramática Esencial del Español*, M. Seco (cap. 14) da unos cuadros muy completos de los principales prefijos y sufijos, con una detallada clasificación de estos últimos. Habla también de *raíces prefijas* y *sufijas*, con ello se refiere a adaptaciones de algunas palabras que toman una forma especial al unirse a otras, bien antepuestas (raíces prefijos) bien pospuestas (raíces sufijos). *Aero-* en *aeropuerto* sería un buen ejemplo de raíz prefija, mientras que *-algia* ('dolor') lo sería de raíz sufija, en *neuralgia*, y *zoo* ('animal') es prefija en *zoología* y sufija en *protozoo*.

Podemos clasificar los prefijos por su etimología en *griegos*, como *para-* ('semejante a', 'que sucede al mismo tiempo que algo y de modo similar'): *paragramatical*, *parauniversitario*; *latinos* como *trans-* ('del otro lado de'): *transpirenaico*; y *árabes*, cuya conciencia de significación se ha perdido y que pueden ser de origen gramatical, como el artículo *al-*, antepuesto a palabras árabes como *alubia*, *alcachofa*, *algodón*, *almáciga* o a palabras latinas como *alpechín*, *albérrigo*, o de origen léxico, como *medina-* ('ciudad') en *Medinaceli* y que podríamos considerar, por tanto, como raíces prefijas de origen árabe, especialmente abundantes en la toponimia.

En cuanto a los sufijos, podemos considerarlos desde el tipo de categorías gramaticales que originan:

-er- da lugar a sustantivos: *lech-er-o*

-os- da lugar a adjetivos: *fam-os-o*

-ear da lugar a verbos frecuentativos: *calafat-ea-r*

-ecer da lugar a verbos incoativos: *favor-ec-e-r*

-mente da lugar a adverbios: *primera-mente*

También podemos estudiar los sufijos desde su origen:

griegos o *grecolatinos*: *-ist-*: *helenista*

latinos: *-er-*: *frut-er-o*

árabes: *-í-*: *ubetí* (de Ubeda), *ceuti*

⁸ Y. Malkiel, *op. cit.*, p. 107.

Otro modo de considerar los sufijos es por su significado o, mejor, por el significado de las palabras que se derivan de otra originaria por medio de estos sufijos:

Tendríamos que incluir aquí los apreciativos, que se diferencian de los restantes sufijos en que se pueden añadir a un lexema sin que ello suponga una alteración de la significación léxica de éste, un *perrito* es un perro, pero una *panera* no es un pan.

Dentro de los sufijos propiamente dichos tendríamos los *gentilicios*, que indican el lugar de origen, como *bagdadí*, de Bagdad, *tunecí*, de Túnez, o (con el sufijo -és) *francés*, *inglés*, *quebequés* (de Quebec, provincia canadiense de expresión mayoritaria francesa), etc. También entrarían los *patronímicos*, que hoy día ya no están vivos, pero que en su origen servían para derivar el nombre del hijo del padre: *Diéguez* de Diego, *Pérez* de Pero (Pedro), etc. En otro lugar clasificaríamos los *colectivos* (sufijo -ad- como *muchachada*, *vacada*, *alumnado*, *proletariado*, etc.).

20.5. LA COMPOSICIÓN

La derivación, estudiada de modo sumario en las páginas que anteceden, está claramente incluida en el campo de estudio del lexicólogo: la palabra. Sin embargo, hay otro procedimiento de crear palabras nuevas que se presta a muchas discusiones porque no todas las lenguas lo manejan con la misma libertad: se trata de la *composición*.

La composición supone la unión de dos lexemas para formar una nueva palabra, que habrá de ser analizable en lexema y formantes, como una palabra simple. Desde el punto de vista sintáctico no hay palabras compuestas, ya que una palabra compuesta funciona como una simple en la oración. Desde el punto de vista morfológico podemos considerar palabras compuestas algunas que repiten los formantes en dos lugares de su cuerpo fónico, pero esto sucede también en formas gramaticales, o como *cualquiera*, plural *cualesquiera*, *quienquiera*, *quienesquiera*, que presentan el formante de número en una posición interior en lugar de la final habitual, como el compuesto *hijosdalgo* (arcaísmo sustituido por el regular *hidalgos*).

En el estudio de la composición podemos considerar los elementos que integran el compuesto:

dos adjetivos: *verdinegro*
sustantivo y adjetivo: *boquirrubio*
sustantivo y participio: *perniquebrado*
verbo y sustantivo: *tragaluz*

También podemos considerar el grado de unión interna entre los elementos del compuesto:

Composición perfecta: para aguas > *paraguas*.

Composición imperfecta:

Ideológica: *mesa camilla, hombre rana*. La tendencia es formar el plural sobre el primer elemento: *mesas camilla, hombres rana*.

Prosódica: (una sola palabra fonética) *Maria José*.

Ortográfica: *todavía, tragaluz*. Los dos elementos del compuesto tienen existencia plena fuera del mismo, lo que no sucede en *paraguas*, que no se puede dividir en *par* y *aguas* ni en *para* y *guas*.

Este criterio es bastante discutible, sin duda, por lo que sería mejor utilizar un criterio formal, además del semántico, y considerar como compuestos perfectos (es decir, iguales a nuevas palabras simples) a los que presentan unidad acentual, se pueden dividir en lexema y formantes y tienen un significado distinto a la simple suma de los dos elementos de que se componen. En lo que a los formantes se refiere hay que preferir la colocación de los formantes al final de la palabra, como aparecen habitualmente en las palabras simples.

Existen vacilaciones incluso en un mismo idiolecto entre formas como *guardiacivil*, plural *guardiaciviles* y *guardia civil*, plural *guardias civiles*. Estas vacilaciones pueden llegar a causar la eliminación de uno de los elementos del compuesto, con lo que se restringe el significado de *guardia*⁹ a «guardia civil», o el de *civil* (especialmente en la forma *civiles*), referido al mismo término.

20.6. ESTUDIO LEXICOLÓGICO

El trabajo del lexicólogo debe servir de punto de partida al lexicógrafo, o compilador de diccionarios.

En su necesaria decisión de qué es lo que se debe incluir en el diccionario o excluir de él, el lexicógrafo duda ante unos enunciados que no son palabras, pero que no significan lo mismo que la suma de las palabras que los componen; es necesario el previo estudio lexicológico de estas formas agrupadas.

20.6.1. Locuciones

El primero de estos enunciados o grupos es el de las *locuciones*¹⁰.

Llamaremos en adelante *locución* a la 'combinación estable de dos o más términos, que funciona como elemento oracional y cuyo sentido unitario consabido no se justifica, sin más, como una suma del significado normal de los componentes'.

⁹ *Guardia* es el clasema de *guardia civil, policía armada, guardia de la circulación*, etc. No ocurre lo mismo en *los civiles*. En la aplicación de *guardia* a *guardia civil* no hay, en realidad, restricción de sentido, aumento de comprensión y pérdida de extensión, como no la hay en llamar *profesor* a un catedrático o a un adjunto. Un *guardia civil* es siempre un *guardia*, mientras que ya no es *civil*, por estar militarizado.

¹⁰ J. Casares. *Introducción a la Lexicografía Moderna*, § 73.

Casares la ejemplifica con *noche toledana*, ya que la conexión de la noche con Toledo «no justifica que con ambos vocablos se designe una 'noche en la que no es posible dormir'».

Las locuciones han sido divididas ¹¹ en los siguientes grupos:

A. *Significantes o conceptuales* (con representación mental subyacente). Se dividen en:

A1. *Nominales*, equivalentes a un sustantivo. Subdivididas a su vez en:

A1.1. *Denominativas*, que equivalen a un apelativo (nombre común), y que a su vez se dividen en:

A1.1.1. *Denominativas geminadas*, compuestas de dos sustantivos: *tren botijo*, *hombre rana*.

A1.1.2. *Denominativas complejas*, compuestas de un sustantivo y un no sustantivo: *tocino de cielo*.

A1.2. *Singulares*. Equivalen a un nombre propio, llevan siempre artículo definido y no admiten calificativos ni adverbios determinantes: *el huevo de Colón*, *la espada de Bernardo*.

A1.3. *Infinitivas*. Los verbos que en ellas aparecen en infinitivo no pueden conjugarse dentro de la locución. Suelen construirse sin artículo: *repicar y andar en la procesión*, *para abrir boca*, *a verlas venir*, *pedir peras al olmo*.

A2. *Adjetivales*. Equivalen al adjetivo y efectúan su función de modificadores directos del sustantivo: *de pacotilla*, *de tres al cuarto*, *de rompe y rasga*, *de órdago*, *de balde*. En algunos casos admiten un modificador adverbial ¹²: «una mujer 'muy' de su casa.»

A3. *Verbales*. Tienen estructura oracional, con un verbo que puede conjugarse dentro de la locución, y los complementos del verbo: *beber los vientos por algo o alguien*, *ser harina de otro costal*. El poder conjugarse, es decir, el admitir modificadores verbales, es lo que las diferencia de las nominales infinitivas (cf. *supra* A1.3.).

A4. *Participiales*. «Comienzan obligadamente con el participio *hecho* (o *hecha*) y se emplean como complemento nominal de verbos de estado o bien en construcciones absolutas» ¹³: *hecho migas*, *hecho un mar de lágrimas*. Casares advierte que si es practicable la sustitución por *como* «sin cambio de sentido, hay la seguridad de que no se trata de una verdadera locución participial». Es importante advertir que en el cambio van incluidos los sentidos traslaticios: *hecho migas* no significa «convertido en un plato de comida de tales o cuales características», sino «destrozado», en sentido real o figurado, por eso es una locución y no puede decirse «como migas».

Por el contrario, en *hecho un leño* no hay locución porque *leño* ya tiene el significado figurado de «persona insensible». Casares sitúa *hecho una sopa* entre las locuciones, pero parece ser que no deberíamos considerarlo una de ellas, puesto que en «como una sopa» se mantiene el sentido traslaticio. Tampoco estamos de acuerdo con que *hecho migas* y *hecho polvo* no sean

¹¹ *Ibid.*, pp. 170-183.

¹² *Ibid.*, § 76.

¹³ *Ibid.*, § 78. p. 179.

locuciones participiales porque se puede conjugar el verbo *hacer*: *me hacen migas*. Lo mismo puede ocurrir con *hecho un brazo de mar* (locución menos usada hoy que cuando se escribió la *Introducción a la Lexicografía Moderna*) y con *hecha un mar de lágrimas*. Es posible que resultara mejor subdividir el grupo A3 en A3.1., *propialemente verbales*, y A3.2., *participiales*.

A5. *Adverbiales*. Hemos aludido a ellas al ocuparnos de los adverbios en la morfología. Funcionan como adverbios y admiten modificadores adverbiales: *a ciegas*, *a porrillo*, *en efecto*, *ciertos son los toros*, *Dios dirá*, *de mañana*, *de bóbilis bóbilis*, etc.

Aquí habrá que incluir las locuciones modales introducidas por *como*. Sólo son verdaderas locuciones cuando lo que sigue a *como* no actúa independientemente como unidad léxica¹⁴: *como alma que lleva el diablo* es una locución, *como una fiera* no.

A6. *Pronominales*. Al hablar de los tratamientos vimos que las personas gramaticales podían ser expresadas por pronombres o expresiones equivalentes. Estas son las locuciones pronominales: *el hijo de mi padre*, *este cura* serían locuciones personales, *cada quisque* sería una locución indefinida, etcétera.

A7. *Exclamativas*: *¡viva la Pepa!* En estos casos la locución no es un elemento oracional simplemente, sino una oración completa.

B. *Conexivas o no connotativas*. Sirven únicamente de enlace de elementos en el discurso. Las mencionamos al hablar de preposición y conjunción.

B1. *Conjuntivas*. Funcionan como conjunciones: *como quiera que*, *a pesar de que*, etc.

B2. *Prepositivas*. Funcionan como preposiciones: *por encima de*, *al lado de*, etc.

20.6.2. Frases proverbiales

El segundo grupo es el de las *frases proverbiales*, que no hay que confundir con los *refranes*¹⁵.

Para definir las frases proverbiales tenemos que partir en primer lugar de una consideración negativa: dado un grupo de palabras que tiene una estructura coherente, según nuestra competencia lingüística, si *no es* una locución puede ser una frase proverbial.

En segundo lugar ese grupo de palabras tiene que expresar algo ejemplificador (por eso es «proverbial»), lo que suele ocurrir por la relación de la frase con un acontecimiento histórico famoso o que la historia (o la «pequeña historia») ha hecho famoso. Historia quiere decir aquí *conciencia de colectividad*. Como los defensores de Sagunto o Numancia no eran españoles, los hablantes románicos y vascos que hicieron España no tenían conciencia de continuidad con ellos, no hay en español frases proverbiales saguntinas o numantinas. El cerco de Zamora, en cambio, se produjo cuando

¹⁴ *Ibid.*, p. 182.

¹⁵ *Ibid.*, pp. 185-204.

había conciencia de una colectividad, la castellana, y por eso (y porque se ha transmitido) tenemos la frase proverbial *no se ganó Zamora en una hora* ¹⁶.

«La frase proverbial es una entidad léxica autónoma que no se sometería sin violencia a servir de elemento sintáctico en el esquema de la oración... Es siempre algo que se dijo o se escribió, y su uso en la lengua tiene el carácter de una cita, de una recordación, de algo que se trae a cuento ante una situación que en algún modo se asemeja a la que dio origen al dicho. Su valor expresivo no está en las imágenes que pueda contener, cosa que es esencial en las locuciones significantes, sino en el paralelismo que se establece entre el momento actual y otro pretérito, evocado con determinadas palabras ¹⁷.»

Entre otros muchos ejemplos recogidos por Casares citaremos: *lo dijo Blas, punto redondo; al buen callar llaman Sancho; contigo pan y cebolla*.

20.6.3. Refranes

En tercer lugar tenemos los *refranes*. Podemos aceptar la definición no definidora de Casares, que reza así ¹⁸:

Sin pretensiones de definición, y simplemente para nuestro gobierno, diremos que el refrán es «una frase completa e independiente, que en sentido directo o alegórico, y por lo general en forma sentenciosa y elíptica, expresa un pensamiento —hecho de experiencia, enseñanza, admonición, etc.— a manera de juicio, en el que se relacionan por lo menos dos ideas». En la mayoría de los casos las dos ideas están expresas.

El refrán se diferencia de la frase proverbial en que «el que inventa un refrán aspira a formular, en forma abstracta, ..., una 'verdad' valedera para toda la humanidad». Hay que exceptuar, como el mismo Casares advierte en nota, «los proverbios cuya aplicación se restringe a un territorio determinado» ¹⁹. El refrán es artificioso en su forma, la frase proverbial espontánea.

Es innecesario ejemplificar refranes, basten *no por mucho madrugar amanece más temprano* y *al que madruga Dios le ayuda* como ejemplos de que la sabiduría popular no siempre es acorde.

El problema de la inclusión o exclusión de los refranes en un diccionario no es asunto del lexicólogo, sino del lexicógrafo. Ahora nos interesa solamente su condición diferencial como enunciado que no significa lo que la suma de palabras que lo componen. En el caso del refrán ello obedece a que aspira a una universalidad que el significado normal del enunciado no tiene ²⁰.

¹⁶ Con un enfoque histórico diverso del nuestro cf. Carlos Clavería: «Reflejos del 'goticismo' español en la fraseología del Siglo de Oro», *Studia Philologica*, Madrid (Gredos) 1960, pp. 357-372.

¹⁷ J. Casares, p. 190.

¹⁸ *Ibid.*, p. 192.

¹⁹ *Ibid.*, 194.

²⁰ Cf. Giovanni Maria Bertini: «Aspetti culturali del 'refrán'», en *Studia Philologica*, Madrid (Gredos), 1960, pp. 247-262.

20.6.4. Dialogismos

En este cuarto grupo situaremos los *dialogismos*, muletillas que se añaden a ciertas frases para señalar la ironía con una contradicción implícita o una hipérbole ²¹: *adiós, Madrid, que te quedas sin gente; [y se iba un zapatero de viejo]*.

20.6.5. Modismos

Y finalmente nos referiremos en forma breve al *modismo*, expresión peculiar de una lengua, generalmente difícil de traducir a otra (sobre todo literalmente) en la que puede no respetarse la norma gramatical. Los modismos son generalmente inalterables en su organización, pero sabemos de algunos que han sufrido cambios considerables, de *poner aceite en el fuego* hemos pasado a *echar leña al fuego* ²².

Para diferenciar el modismo de la locución hemos de tener en cuenta que los modismos no se sitúan libremente en la frase, como las locuciones, y tampoco se pueden utilizar con la libertad de éstas. Un modismo necesita, como dice Casares, un *resorte*, algo que le dé pie para aparecer. De todos modos, no parece haber una diferenciación clara entre el modismo y los dos primeros grupos: *locución y frase proverbial*. El término *modismo* corresponde a veces a grupos que podrían analizarse como locuciones significantes (salvo las denominativas) o como frases proverbiales. Lo esencial del modismo parece estar en el *nivel* de su empleo: el lenguaje coloquial, o el literario que trata de no usar un lenguaje artificial, así como en su dependencia de las modas de la época, que lo favorecen o relegan, y en la vitalidad de su significado, directa o traslaticia ²³.

20.7. LEXICOGRAFÍA

Mientras que en los párrafos anteriores estudiábamos la *lexicología* como ciencia cuyo objeto son las palabras, en éste veremos la *lexicografía*, o arte de hacer diccionarios ²⁴.

La lexicografía, por tanto, no es una ciencia. Es un arte, una técnica si se quiere, con un objeto práctico concreto, que se condensa en el volumen del diccionario una vez acabado. El diccionario tiene la doble misión de darnos el significado de una palabra desconocida y de ayudarnos a buscar el término oportuno para una idea que no sabemos expresar adecuadamente. No obs-

²¹ J. Casares, p. 95.

²² *Ibid.*, pp. 210-211.

²³ Cf. el excelente estudio de J. Casares, *op. cit.*, pp. 205-242.

²⁴ Cf. Julio Fernández-Sevilla: *Problemas de lexicografía actual*, Bogotá (Instituto Caro y Cuervo), 1974. Para los glosarios, véase Manuel C. Díaz y Díaz: *Las primeras glosas hispánicas*, Barcelona: Universidad Autónoma, 1978.

tante, los diccionarios usuales sólo nos sirven para la primera necesidad, son incompletos. Los que van de la idea a la palabra (los llamados *ideológicos* u *onomasiológicos*) son, en cambio, completos, ya que se complementan con el diccionario alfabético usual, que les sirve de índice.

La lexicografía tiene en España una tradición ilustre, puesto que el *Universal Vocabulario* de Alonso de Palencia se publicó en 1490 y antes de que acabara el siglo xv ya habían aparecido los dos vocabularios de Nebrija: en 1492 el *Latino-Español* y en 1495 el *Español-Latino*. De preocupaciones lexicográficas son buena muestra en el siglo x u xi las *Glosas Emilianenses* y *Silenses*, primeros monumentos lingüísticos castellanos, que nos hacen suponer la existencia de un vocabulario o glosario latino-romance del que los monjes de San Millán y Silos tomaron las versiones de las palabras latinas que copiaron al margen de sus códices. La tradición lexicográfica en latín es anterior, así como la latino-arábica, y no hay duda de que este cultivo del arte lexicográfico favoreciera la temprana madurez de los lexicógrafos españoles. El *Tesoro de la Lengua Castellana* de Covarrubias apareció en 1611 y es obra que todavía hoy se puede consultar con provecho, especialmente en la preparación de un estudio semántico textual.

En 1726 la Real Academia Española, que vivía entonces la activa adolescencia de sus catorce años, inicia la publicación de los seis tomos que en 1739 formarían el *Diccionario de Autoridades*. En una obra de este tipo las acepciones van autorizadas por una cita, tomada de un texto de un autor considerado modelo por algún motivo.

Es natural que, por razones de espacio, no se pudiera mantener este criterio en las sucesivas ediciones del diccionario académico (1770, 1780, 1783, 1791, 1803, 1817, 1822, 1832, 1837, 1843, 1852, 1869, 1884, 1899, 1914, 1925, 1939, 1956 y 1970). Este diccionario es un buen ejemplo del tipo normativo y selectivo. En él sólo se incluyen los nuevos términos cuando el uso los ha sancionado con abundantes ejemplos, lo que sucede, inevitablemente, tras mucha circulación de la moneda lingüística. Algo parecido ocurre con las expresiones desusadas, mucho más reacias a abandonar las páginas del Diccionario.

Es un error común creer que la Academia está para decirnos qué palabra debemos usar en uno u otro momento, especialmente para verter términos extranjeros. La Academia no está para eso, está simplemente para recoger lo que el uso ha sancionado y decirnos «puedes usar este término, que ha demostrado ya con el uso de los buenos autores su adecuación a la lengua», pero no «no uses ese otro, no parece de buena familia».

20.7.1. Los diccionarios

El diccionario académico es el más selectivo de los diccionarios alfabéticos ordinarios, y a pesar de ello tienen cabida en él unas noventa mil voces. El más amplio de los diccionarios alfabéticos, el de María Moliner, ha sido publicado en 1966 ²⁵.

²⁵ No contamos en este apartado las enciclopedias, como es natural.

Este tipo de diccionarios se hace con un criterio *semasiológico*: se parte de la palabra para llegar a los significados.

Es frecuente que una palabra tenga varios significados, o *acepciones*. El conjunto de estas acepciones de una palabra en un diccionario se llama *artículo*. La palabra que inicia el artículo es la *cabeza* de artículo o de acepción, llamada también *encabezado* o *encabezamiento*, o *entrada* ²⁶.

El primer problema que se plantea el lexicógrafo que redacta un artículo es cómo ordenar las acepciones. Los criterios más corrientes son el *etimológico* o *histórico* y el *lógico* o *usual*. Si se aplica el primer criterio hay que partir de la etimología del vocablo en cuestión.

Este problema etimológico es el primero que el hombre de la calle liga a la preocupación lingüística. Una de las mayores desgracias de la ciencia del lenguaje es que cualquier persona, que sería incapaz de abrir la boca en una discusión matemática o química, se cree con derecho a tener más razón que nadie en cuestiones lingüísticas. Uno de los resultados más curiosos de la ignorancia aplicada a la etimología es la llamada *etimología popular*. Por ella se da una explicación o interpretación inadecuada a determinado vocablo, asignándole un origen falso a causa de cierta equivalencia de oído con otro vocablo más frecuente, cuya imagen fónica (o gráfica) se cruza. El ejemplo típico es el del latín *ante ostianu* 'delante de la puerta', referido a la explanada situada delante de la iglesia. Este *ante ostianu* evolucionó hasta llegar a *antuzano*. La etimología popular actuó en ese momento relacionando ese *antu* con *alto* (ya sabemos que las iglesias estaban situadas en la parte más alta del pueblo) y así resultó *altozano*. Algo parecido ha sucedido con los topónimos procedentes del árabe *ġubaila* 'montecito', que acabaron en *cebolla*. Muchos de estos pueblos han prescindido luego de este *cebolla*, no muy bonito, y así tenemos Olmeda de las Flores, antes Olmeda de la Cebolla, y que no es sino Olmeda del Montecito.

Este fenómeno sigue actuando en boca de personas incultas o de niños: hemos registrado *agriculares* (confusión con el *agri-* que inicia tantos compuestos) en lugar de *auriculares*, en boca de un sargento de carros de combate, y *carbonato* en lugar de *mi carbonato* (por *bicarbonato*) en una niña de tercero de bachillerato, de 12 ó 13 años. Claro está que en el segundo caso hay confusión de labiales, que favorece la mala interpretación.

El redactor que ordena un artículo con un criterio etimológico tiene que precisar en primer lugar las acepciones del *étimo*. A continuación ha de establecer cuál de las acepciones del vocablo es la más próxima al étimo y luego ordenar las restantes según el grado de alejamiento con respecto a la acepción más etimológica.

El que lo ordena con un criterio de uso debe poner en primer lugar el empleo más corriente y escalonar a continuación las acepciones, desde las más corrientes y frecuentes a las raras.

El primer criterio tiene el inconveniente de que la acepción más próxima al étimo no suele coincidir con la más usual. El inconveniente del segundo es

²⁶ Término cada vez más usual ante la creciente utilización de ordenadores electrónicos en la redacción de diccionarios.

que el concepto de «uso más frecuente» cambia con el tiempo, o las regiones, incluso de modo muy marcado.

20.7.2. Otros tipos de diccionarios

Hay otro tipo de diccionarios, que se ordenan con un criterio *onomasiológico*, es decir, de la idea a la palabra. En español tenemos el excelente diccionario ideológico de Julio Casares (*D.I.C.*) cuya primera edición apareció en 1942.

Los diccionarios ordenados con este criterio tienen dos partes: la primera es la propiamente ideológica, la segunda es la alfabética, ordenada exactamente igual que un diccionario semasiológico.

En la parte ideológica las palabras se estructuran mediante su encuadramiento en unas columnas básicas que responden a la división del universo en unas categorías fundamentales. Esta parte ideológica se divide, a su vez, en dos partes:

La parte *sinóptica*, en la que está el plan general de clasificación, que en el caso de *D.I.C.* queda establecido mediante la división del mundo del léxico en treinta y ocho clases, que arrancan de *Dios* (una clase) y el *universo* (treinta y siete clases).

El criterio para elegir estas treinta y ocho clases es bastante subjetivo. Es obvio que el conjunto de las clases abarca todo el léxico, pero se podía haber hecho una división válida en veinticinco, cuarenta y tres o cincuenta y tantas clases. Este es el inconveniente mayor de este tipo de diccionarios: la subjetividad de la clasificación de base. No parece que haya una solución inmediata. Quizá los nuevos estudios de semántica lleguen a una clasificación convincente del universo lingüístico.

En el desarrollo de esta clasificación se sitúan los términos de las subclases de ideas abstractas en dos columnas antagónicas en las que no se enfrentan sólo los términos estrictamente antónimos, sino los que simplemente se oponen. De este modo se cubre mucho mejor el campo conceptual.

Tras la parte sinóptica está la *analógica*. En ella se encabezan las columnas con las subclases en que se han dividido en la parte sinóptica las treinta y ocho clases principales. A continuación de este encabezado se ponen los vocablos, ordenados gramaticalmente (sustantivos, verbos, adjetivos, adverbios, etc.), divididos a veces en secciones según su afinidad. Un sistema de referencias enlaza unos grupos con otros.

El diccionario ideológico es el más completo, puesto que el alfabético ordinario es sólo la parte tercera de uno ideológico. Su único inconveniente es el criterio subjetivo en el establecimiento de las primeras clases básicas, pero se le puede perdonar fácilmente porque el panorama del léxico que nos ofrece es muy superior al suministrado por los diccionarios de otro tipo.

20.7.3. Diccionarios etimológicos e históricos

La descripción general del léxico lograda gracias a los diccionarios alfabéticos o ideológicos se completa con el estudio particularizado de otros dos tipos de diccionarios.

El *diccionario etimológico* explica la procedencia de las palabras de una lengua. Puede incluir también las acepciones que da el diccionario alfabético ordinario, e incluso un aparato crítico que razone la etimología propuesta y discuta y rechace las sugerencias inaceptables.

El español dispone desde 1954 del excelente *Diccionario Crítico Etimológico de la Lengua Castellana* de Joan Corominas (*D.C.E.C.*), que sustituye con ventaja a los diccionarios anteriores, de mucha menor envergadura.

Mas la obra verdaderamente grande de la lexicografía de una lengua es la redacción del *Diccionario Histórico* de la misma. En un diccionario de este tipo se incluyen todos los vocablos utilizados en el idioma, con una rápida y concisa referencia etimológica y un detallado estudio cronológico de las acepciones, que se apoyan con varias citas de las distintas épocas. Se trata de una obra ingente, que exige la participación de un equipo de lexicógrafos especialmente adiestrados, y cuya trascendencia para el estudio de las construcciones gramaticales, instituciones, transculturaciones, etc., es tan importante, al menos, como el vastísimo panorama léxico que ofrece. Este tipo de diccionario es inclusivo y de sus páginas sólo quedan excluidos los crudos tecnicismos que todavía no pertenecen al acervo común.

En 1960 publicó la Real Academia Española el primer fascículo del diccionario histórico del español. En 1973, se revisaron las primeras pruebas del primero de los diez fascículos que componen el segundo volumen, a partir de ALA. Esto puede darnos una idea de la enorme extensión que habrá de tener este importantísimo trabajo.

La Academia había iniciado la publicación de un *Diccionario Histórico* en 1933, pero este primer diccionario no pasaba de ser un diccionario de autoridades, de mayor envergadura que el primero, el de 1726-39. El actual *Diccionario Histórico* se ha redactado desde el principio y no como continuación del de 1933.

Hemos presentado en este capítulo un panorama general de los estudios referentes al léxico. La utilización del diccionario es imprescindible y cualquiera que pretenda conocer bien una lengua debe usarlo frecuentemente. No debemos olvidar que para el hablante común la palabra es la unidad lingüística básica ²⁷.

²⁷ El lector podrá ampliar lo dicho en este capítulo con la consulta de la compilación de Josette Rey-Debove «La Lexicographie», *Langages*, 19, 1970, 119 pp., donde se incluyen artículos de J. Rey-Debove, J. Dubois, A. Rey, U. Weinreich, S. Marcus, J. Darbelnet y V. G. Gak, así como una bibliografía selecta.

CAPÍTULO 21

Sobre semántica

21.1. EL CONCEPTO

La semántica tiene nombre «oficial» desde 1883, fecha en la que Bréal, a partir de un adjetivo griego usado por Aristóteles con el valor de 'señalístico', empleó el término *sémantique* para referirse a las «leyes intelectuales del lenguaje». Antes, Karl Kristian Reisig había llamado *semasiología* a la ciencia de las significaciones *lingüísticas*.

En sentido amplio, la Semántica es la ciencia de la significación, lo que la llevaría a abarcar toda la lingüística. Puede llegar a incluir la estilística, como preconiza Ullmann, pues no se puede establecer el límite entre lo puramente individual y los recursos expresivos de la lengua.

En sentido limitado, a partir de la consideración del signo lingüístico como par {significante, significado} o {expresión, contenido}, se habla de Semántica como estudio del contenido (o significado): el contenido significativo del significado es el *semema*, *clase* de la *sustancia* del contenido, compuesto, a su vez, por elementos mínimos llamados *semas*. El *sema* podría definirse así como el mínimo elemento de la sustancia del contenido que no puede ser dividido en unidades menores sucesivas.

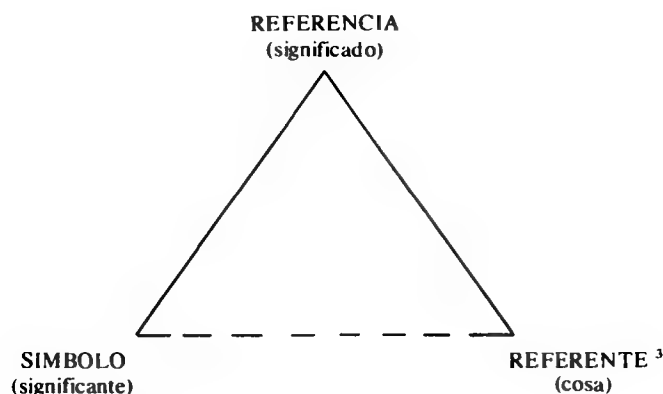
Uriel Weinreich ha explicado con sencillez por qué una ciencia lingüística que se configura a fines del XIX y tiene un cierto desarrollo a principios del XX, deja de interesar a los lingüistas, con el auge de los distintos estructuralismos: el individuo, para el investigador, valía en la medida en que proporcionaba datos; sus «opiniones» acerca de esos datos eran material desdeñable. Evidentemente, este papel asignado al hablante cambia en la gramática generativa, en la cual la reflexión que el individuo hace sobre su lengua es fundamental, como parte de su competencia lingüística. Al mismo tiempo, el desarrollo de la Sociolingüística, con los trabajos de un Labov, o del mismo Weinreich, nos permiten tener una idea bastante más completa acerca del cambio lingüístico y la evolución de las lenguas: hoy sabemos que el cambio es observable y podemos hasta suponer que podría ser predecible. El conocimiento de la historia de la lengua enfocada como serie de reformas y modernizaciones, unido a los avances de la planificación lingüística nos permi-

ten, también, tener hoy opiniones mucho más exactas acerca de la acción premeditada que los hombres pueden realizar sobre su principal vehículo expresivo ¹. Los estructuralistas, tras su rechazo inicial de la semántica como parte de la descripción lingüística, pasan a preguntarse por la posibilidad de una semántica estructural, y, luego, a construirla.

21.2. LA ESTRUCTURACIÓN DEL SIGNIFICADO

El punto de partida mínimo de un análisis estructural del significado arranca del *Curso de Lingüística General*, donde F. de Saussure hablaba ya de que los signos se relacionan en asociaciones y gracias a éstas adquieren su propio *valor*, que no es apriorístico, sino que depende de los demás signos del sistema. Las palabras se relacionan mutuamente por su significado. Esta *relación asociativa* se estructura, tradicionalmente, mediante la relación establecida entre los tres vértices referenciales del signo lingüístico, que podemos esquematizar en el célebre triángulo de Ogden y Richards, adaptado posteriormente por Ullmann, Lyons, o, más complejo, en los trapezios de Hilly, Baldinger o Heger ².

A partir del siguiente esquema triangular:



podemos, como hace Eugenio de Bustos, obtener un gráfico de asociaciones estructuradas en seis vértices. Tomemos su ejemplo, con el signo *calor*:

I. Asociaciones *entre significantes* parecidos, de escasa eficacia:

calor, color, dolor, sabor, temblor

¹ Cf. nuestro libro *Reforma y modernización del español*. Madrid, Cátedra, 1979.

² Cf. el capítulo sobre «El signo lingüístico: Semántica y Pragmática», en el libro citado en la nota anterior. E. de Bustos, en «Anotaciones sobre el campo asociativo de la palabra» (cf. bibliografía final), ha precisado y ampliado las posibilidades del triángulo. *Vid et.* su artículo «Algunas consideraciones sobre la palabra compuesta como signo lingüístico».

³ Que sería más exacto llamar *referido*, como sugiere R. Lapesa (comunicación oral) y que es una mala traducción del inglés *referent*.

- II. Semejanzas *en el significante y el significado*. Se trata de los signos relativamente motivados, especialmente importantes para el estudio de la derivación y la composición.

calor, caloria, acaloramiento

- III. Semejanzas *en el significado*. Son puras asociaciones mentales. Pertenecen a este grupo fundamentalmente los sinónimos (palabras con el mismo o muy parecido significado). La sinonimia perfecta no existe, y en realidad podemos decir que una palabra tiene tantos sinónimos como acepciones, ya que cada acepción tiene su sinónimo:

bochorno
calor *fervor ardor*
fiebre

- IV. Semejanzas basadas en la relación *entre el significado y la cosa*. Aquí situamos los *antónimos* (palabras con significado opuesto), que pueden ser de dos clases:

- a) Palabras que tienen dos sentidos opuestos: *huésped* es 'el que hospeda' y 'el que es hospedado'.
b) Palabras extremas de una serie de graduación del significado:

calor, ... frio

(y las asociaciones del antónimo: *fresco, sombra...*)

- V. Semejanzas basadas en *nuestra manera de concebir la realidad* (en la *cosa*). Se trata de un subgrupo muy discutible, en el que entrarían las relaciones de causa y efecto, de relación externa, y similares:

calor, verano, agosto, termómetro

Es obvio que estas semejanzas no tienen el rendimiento de las anteriores.

- VI. Ciertas semejanzas *entre significantes y cierta relación con la cosa*:

calor, sudor

La semejanza entre significantes está marcada por el formante *-or*, y al mismo tiempo existe una relación con la realidad, ya que el calor y el sudor son contiguos.

Condicionados por los modelos fonológico y morfológico previos, los lingüistas han buscado una estructuración semántica paralela a la ofrecida por la Fonología y la Morfología. Coseriu, tras señalar que ya Hjelmslev aceptaba, en el Congreso de Oslo, la posibilidad de organización de la experiencia de lo real por medio de unidades, trata de establecer paralelos entre la fonología y el léxico.

Metodológicamente, hay que tener en cuenta que todo hablante, especialmente al comparar lenguas diversas, es consciente de que es posible que la organización de la experiencia coincida (son los casos en los que traducimos un término de una lengua por otro de otra, sin necesidad de seleccionar: esp. *oxígeno*, fr. *oxigène*), mientras que, en buen número de ocasiones, esa organización es distinta. Coseriu ejemplifica con *traer*, que puede llevar objeto animado o inanimado en español, y que tiene en francés varios correspondientes: *porter* y sus compuestos (*apporter*, *emporter*) para objeto inanimado (un libro) y *mener* y los suyos (*amener*, *emmener*) para objeto animado (un amigo).

Los hablantes son también conscientes de que entre formas como *azul*, *azulado*, *azulear*, hay una relación, y que el campo significativo puede dividirse de modo distinto en diversas lenguas, como tendremos ocasión de repetir al hablar del *campo semántico*.

Todo esto lleva a la necesidad de construir un modelo, en el cual se tiene en cuenta que la estructura de cada lexema puede observarse, en asociación paradigmática, relacionada con la combinación. El lexema *árbol*, paradigmáticamente, entra en la rueda de elecciones que incluye a *hoja*, *rama*, o *libro*, mientras que, sintagmáticamente, la combinatoria no permite todas estas asociaciones: podemos decir

he quemado un árbol
he quemado un libro;

pero no

he plantado un libro
he leído un árbol.

Además, es evidente que, en el estudio lexemático, hay una clasificación inmediata en *estructuras primarias* (*rojo*), que no dependen de otras en su configuración, y *estructuras secundarias*, que sí lo hacen (*rojizo* es secundaria, remite a *rojo*.)

Teniendo en cuenta todas estas peculiaridades, podemos volver al análisis comparado de las estructuras fonológicas y léxicas. Coseriu, en un ejemplo que ha sido discutido, y que tomamos sólo como muestra, pone frente a frente estos dos cuadros:

Fonología	
ESPAÑOL	ITALIANO
a	a
e	ɛ
i	ɪ
o	ɔ
u	u

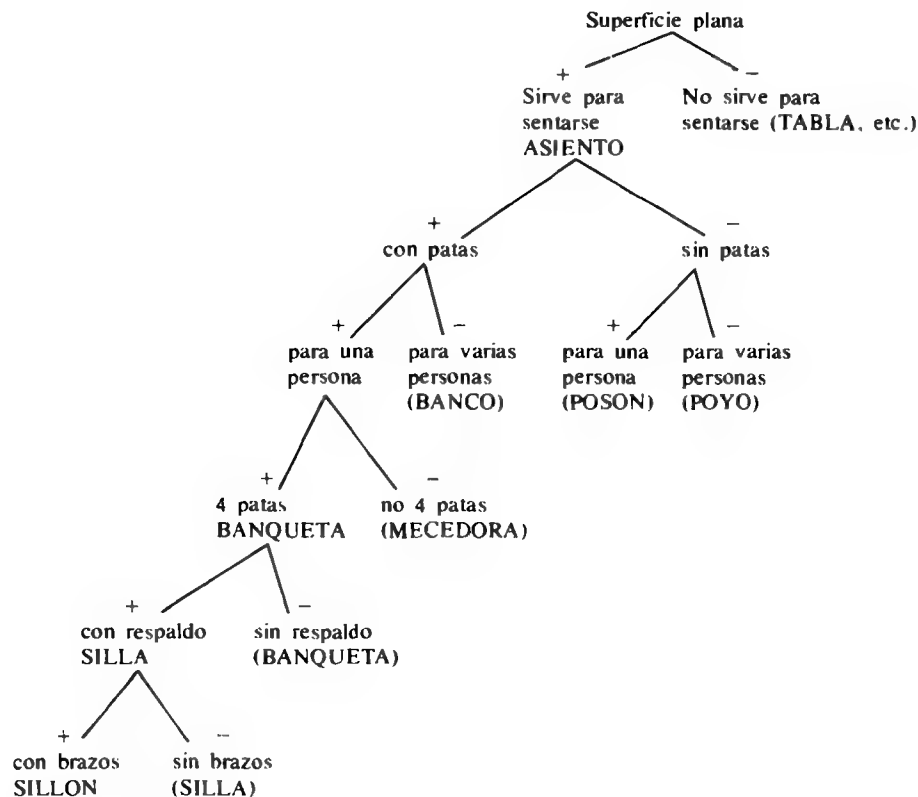
Léxico	
LATIN	ESPAÑOL
senex	viejo
vetulus	
vetus	
iuuenis	joven
nouellus	
nouus	nuevo

La consecuencia inmediata es que la *distribución* es distinta.

En segundo lugar, se observa la presencia de rasgos semánticos que permiten establecer oposiciones paralelas a las fonológicas. Así, en las vocales medias, el italiano diferencia por la abertura $\text{o} / \text{ò}$, $\text{e} / \text{è}$, mientras que el español no lo hace. Paralelamente, el latín usa *senex* frente a *uetus* para expresar su diferencia entre (+ persona / - persona). La oposición entre las vocales admite más matices en italiano que en español, la oposición de edad, paralelamente, admite más matices en latín que en castellano.

Si, como hemos dicho, llamamos *sema* a cada rasgo mínimo distintivo, de acuerdo con Baldinger, y *semema* a la reunión de semas diferentes, tendremos dos posibilidades de análisis, con dos métodos: el *análisis semasiológico* es el que, desde el *semema*, conduce a los distintos *semas*, mientras que el *análisis onomatológico* u *onomasiológico* es el que, desde el estudio de los *semas*, conduce al *semema*.

Como muestra de *análisis onomasiológico*, a partir de los trabajos de Pottier, ofrecemos, aunque no sea rigurosamente exacto, el que va del *sema* 'superficie plana' hasta *sillón*. Este tipo de análisis es el que sirve de base metodológica de los diccionarios ideológicos, donde pueden buscarse más ejemplos y tratar de reconstruir esquemas parecidos al siguiente, que supone ya una línea clásica en estos estudios:



La línea no es continua (falta el lexema correspondiente en la etiqueta de (+ para una persona) o se repite *banqueta*), pero da una idea de cómo el *semema* de 'sillón' sería «asiento con cuatro patas, respaldo y brazos, para una persona», constituido por estos seis *semas*:

- 1) Superficie plana.
- 2) Para sentarse.
- 3) Con patas (en número de cuatro).
- 4) Para una persona.
- 5) Con respaldo.
- 6) Con brazos.

Frente a este método, podemos ejemplificar el análisis *semasiológico* acudiendo a los diccionarios alfabéticos usuales. El diccionario académico define así *sillón*:

«2. Silla de brazos, mayor y más cómoda que la ordinaria.»

Obtenemos así un primer sema, 'de brazos', y un nuevo término, *silla*, cuya definición nos proporciona tres *semas* y un nuevo término, *asiento*: «Asiento con respaldo, por lo general con cuatro patas, y en que sólo cabe una persona.» Los nuevos *semas* serían:

'con respaldo'
'cuatro patas'
'para una persona'.

En cambio, la definición de *asiento* no es particularmente acertada: «silla, taburete, banco u otra cualquier cosa destinada para sentarse en ella.» Nos permite obtener el sema 'para sentarse', pero incurre en circularidad al remitirnos a términos de los que hemos podido partir. Nótese, además, que no hemos obtenido ahora el sema 'superficie plana', que es fundamental.

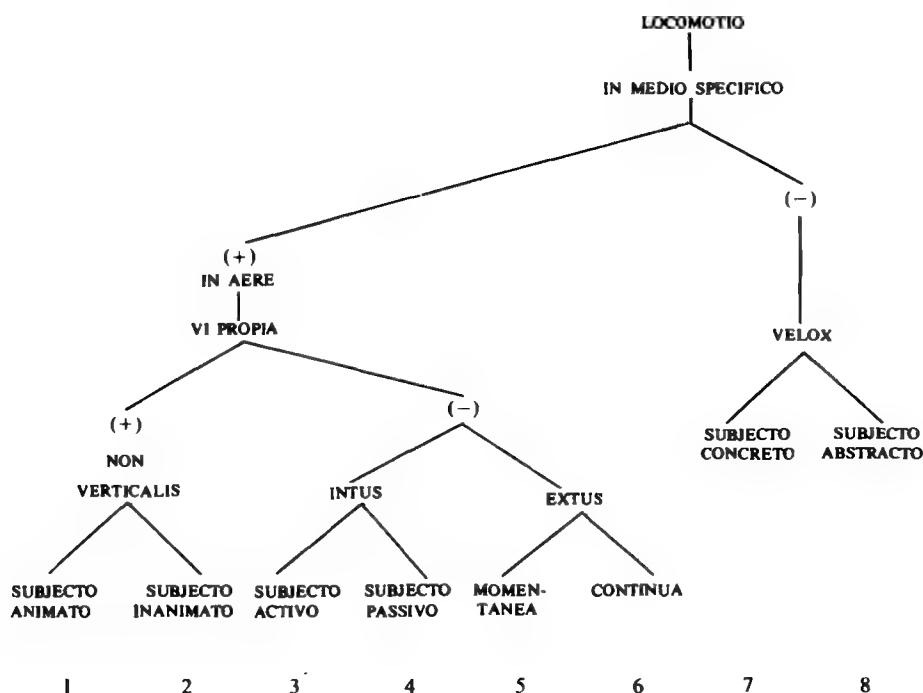
Gerold Hilty, en el Congreso Internacional de Lingüística y Filología de Nápoles, presentó un modelo de análisis titulado *componencial*⁴, ejemplificado con el verbo francés *voler*. Adaptamos el ejemplo al verbo *volar*, advirtiendo que esta adaptación supone ciertos riesgos; el más notorio es que la oposición, con disminución de la significación, que se realiza en francés entre *voler* y *voleter* nosotros la haremos con *volar* y *revolotear*. Nuestro objetivo es, simplemente, facilitar la comprensión inmediata evitando ejemplos en francés junto con sus traducciones. El análisis permite llegar a ocho se-

⁴ Citamos de acuerdo con su exposición oral y el material presentado por el profesor G. Hilty en una conferencia pronunciada en Zaragoza el 21 de marzo de 1977. Los posibles errores de interpretación son, naturalmente, responsabilidad exclusiva nuestra. Las posibilidades del verbo *volar* en español van más lejos que en francés, como apuntó Hilty. Por ejemplo, el sema VELOX admite una distinción entre SUJETO ACTIVO Y SUJETO PASIVO. Al segundo corresponden ejemplos como: *Ha volado una cajetilla que tenía aquí*, o *en una semana ha volado un tonel de vino*.

memas diferentes, numerados; los semas están representados por palabras latinas. Las ocho casillas corresponden a ejemplos como los siguientes:

- 1) *Un pájaro vuela.*
- 2) *Un avión vuela.* (Imposible revolotea).
- 3) *Ese piloto ha dejado de volar.*
- 4) *Parece que volamos a media altura.* (En boca de un pasajero).
- 5) *Una flecha (piedra, pelota) vuela.*
- 6) *El viento hace volar los copos.*
- 7) *Su caballito volaba.* Volaba de un lado a otro del salón.
- 8) *El tiempo vuela.* La noticia volaba de boca en boca. (Imposible revolotea).

La combinación de semas a partir de *locomoción, en un medio específico*, atendiendo a la fuerza propia, velocidad, concreción, agentividad (o ergatividad, diríamos), sentido y duración, se plasma en el siguiente esquema:



Los resultados son interesantes porque, además, permiten una fácil conversión a otras posibilidades; así, los tipos que Hilty llama sememas 3 y 4 corresponderían, en uno de los modelos de la *gramática de los casos* de Ch. Fillmore, a los casos *agentivo* y *objetivo*, respectivamente: el *piloto* es, efectivamente, agente, *vuela*, mientras que el pasajero es un objeto transportado.

John Lyons, en su *Semántica* (9.9.), señala que la etiqueta de análisis *componencial* se aplica hoy a uno y otro tipo de semántica estructural y que puede encontrarse un denominador común, «la tesis de que el sentido de cada lexema puede ser analizado en términos de un conjunto de componentes-del-sentido (o rasgos semánticos) más generales, todos o alguno de los cuales serán comunes a varios lexemas diferentes dentro del vocabulario». De este modo, y con una concepción atomista, decimos que el lexema 'hombre' (frente al lexema 'mujer') tiene un sentido «hombre», producto de MACHO, ADULTO y HUMANO, que serían sus rasgos semánticos (semas) ⁵.

El análisis componencial en el estructuralismo americano, aunque desarrollado independientemente (a partir de la necesidad de clasificar en etnografía), es, en general, coincidente con las líneas básicas del europeo. En la gramática generativa, en cambio, adquiere unas líneas definidas, y se sitúa en relación con el problema de la inserción léxica. James D. McCawley, para gramáticas transformatorias sin estructura profunda, desde la aserción de que «los elementos últimos de las estructuras semánticas no serán piezas léxicas» (p. 259, n.a) y de que las piezas léxicas entran en la representación de las oraciones mediante transformaciones, enumera «cuatro formas distintas de constreñir las gramáticas de tal modo que se impida que la ordenación de las inserciones léxicas pueda ser una de las maneras en que se diferencien entre sí». La primera sería no insertar las piezas léxicas antes del último momento de la derivación, la segunda insertarlas todas al comenzarse la derivación, la tercera es que estas inserciones obedezcan a *reglas ubicuas*, sin orden relativo fijo, sino dependientes de la posibilidad de aplicación, y la cuarta que se inserten después del ciclo y antes de las reglas poscíclicas (considerando que son dos los subsistemas en los que podemos dividir las transformaciones: ciclo y reglas poscíclicas); la cuarta solución, aparentemente mejor, incluye una mejora: que la inserción léxica sea precisamente la última regla del ciclo.

Ahora bien, toda pieza léxica agruparía, para McCawley, un material semántico resuelto en *componentes*: el sentido de 'matar' se analizaría en CAUSAR MORIR; como 'morir' es, a su vez, el complejo CESAR DE VIVIR. 'matar' sería CAUSAR CESAR DE VIVIR, o CAUSAR DEVENIR NO VIVO (traduciendo literalmente el CAUSE BECOME NOT ALIVE, para mayor similitud). Esos componentes no están meramente yuxtapuestos o agrupados; sino que tienen una organización jerárquica que podremos representar simplificada, siguiendo a Lyons (p. 321), como (CAUSAR (DEVENIR) (NO) (VIVO))). Tanto el inglés como el español permiten localizar, de menor a mayor, todos los componentes: VIVO en 'vivo', NO VIVO en 'muerto', DEVENIR NO VIVO en 'morir'.

De una u otra forma, el análisis componencial, tal vez excesivamente simplificado en lo que antecede, se enfrenta a serias dificultades: de un lado

⁵ Seguimos a Lyons en la convención de que las 'comillas simples' enmarcan la expresión del lexema, las «dobles» la del sentido y las VERSALITAS los rasgos. La finura necesaria del análisis exige tener en cuenta que 'macho', «macho» y MACHO no son exactamente lo mismo.

la del supuesto universalismo de base de todas las lenguas particulares (no universalmente aceptado), de otro el hecho indudable, empíricamente demostrado, de que es posible ordenar, agrupar o estructurar el léxico de acuerdo con distintos análisis, todos igualmente aceptables, sin que tengamos ningún criterio de decisión para elegir el supuestamente único correcto. Si a esto añadimos los riesgos de generalización excesiva, con fácil aceptación de análisis de componentes, y el peligro de confundir el lexema con el sentido y con la expresión verbalizada del componente (es decir 'humano' con «humano» y HUMANO) caeremos en la cuenta de lo espinoso que se presenta este camino metodológico.

21.3. EL CAMPO SEMÁNTICO

El análisis de rasgos del que nos hemos ocupado en el apartado anterior se completa con la consideración de dos clases de rasgos o componentes semánticos: *semas* y *clasemas*, a los que, en el campo del estructuralismo europeo, han prestado atención Coseriu, Pottier, y Coseriu y Geckeler. Los *semas*, rasgos distintivos mínimos del significado, como hemos repetido, permitirían estructurar en varias oposiciones un conjunto denominado *campo léxico* (como vimos a propósito de *sillón*, aunque conviene advertir la acertada nota de R. Trujillo de que Pottier mezcla ahí objetos físicos y entidades abstractas, o las observaciones de Mounin). Los *clasemas*, en cambio, serían comunes a varios campos léxicos, y de tipo muy general, hasta el punto de poder decir de ellos que no sólo son lexicalizables, sino también gramaticalizables: ANIMADO / INANIMADO, MACHO / HEMBRA (o MASCULINO / FEMENINO) y otros más delicados, como CAUSAR, tal vez ESTAR, son ejemplos de clasemas. Los clasemas serían sistemáticos, luego selectivos (un clasema MACHO no puede asociarse con expresiones léxicas que impliquen un clasema HEMBRA, porque sería contradictorio.)

La estructuración del léxico en campos supone, de entrada, la aceptación de la posibilidad de articular semánticamente el vocabulario, a partir del concepto de *valor*, que establece el significado de un signo por el lugar que ocupa en el esquema en relación con los otros.

Aunque la teoría de los *campos* remonta a las ideas de Herder o de Humboldt, y hay buen número de escritos suizos y alemanes, se considera que fue el lingüista alemán J. Trier el primero que definió el *campo semántico*, en 1931, como un conjunto de elementos delimitados mutuamente sin superponerse, «como las piezas de un mosaico».

Se ha señalado (John Lyons: *Semántica*, 8.4.) que el problema terminológico de la teoría no es sencillo, pues nunca se definen precisamente los tres términos básicos: *Geltung* es el *valor* de Saussure, *Sinn* es el *sentido* y *Be-deutung* el *significado*, pero no se emplean, ni mucho menos, como en los escritos de Frege, con una distinción técnica. Así, en 1934, Trier escribe (p. 6, citada por Lyons): «El valor [*Geltung*] de una palabra sólo puede determinarse definiéndolo en relación con el valor de las palabras vecinas que

contrastan. Sólo tiene sentido [Sinn] como parte del todo; pues hay significado [Bedeutung] sólo en el campo».

De las posibilidades de la teoría podemos destacar dos: la relación entre lenguas y la evolución histórica. En el primer tipo, en tres lenguas distintas, si comparamos la extensión conceptual que va de la 'selva' a la simple 'madera' tendremos la siguiente distribución, en español, francés e inglés:

selva	bosque	madera
forêt		bois
forest	wood	

En el esquema podemos apreciar que el español distingue tres elementos, mientras que el francés y el inglés sólo tienen dos, que, además, no recubren el mismo espacio conceptual. Los ingleses pueden llamar *wood* a un bosque que los franceses no llamarían *bois*, sino *forêt*.

Lo mismo podríamos comprobar aplicando el esquema a continuos fácilmente experimentables, como el *color*, las labores agrícolas (como ha hecho Gregorio Salvador), las partes del cuerpo (José Andrés de Molina).

Históricamente, interesa comparar la situación de un campo en distintas etapas de la evolución lingüística. Para el campo semántico del entendimiento en la historia de la lengua alemana, Trier postula las siguientes:

Hacia el 1200 d. J. C. el mencionado campo conceptual se correspondía con el léxico integrado por tres elementos: *wisheit* 'sabiduría', *kunst* 'arte' y *list* 'artificio'; *kunst* designaba las esferas más elevadas del saber, de la capacidad técnica y de la habilidad manual, y *list* las inferiores. «El principio de separación de los dos dominios estaba determinado por puntos de vista cortes, es decir, por normas sociales, éticas y estéticas» (incluido en Wartburg, p. 170). La sabiduría, *wisheit*, se dirigía al hombre en su totalidad y, por la Segunda Persona de la Trinidad, a Dios, como *sapientia dei*.

Hacia el 1300 J.C. se desplaza *list* y se introduce *wizzen* (al. mod. *Wissen*, 'conocimiento'). El campo se redistribuye de modo que *wisheit* queda para la sabiduría más profunda, y ya no incluye a *kunst* o a *list*. *Wizzen* queda para el conocimiento habitual, corriente, mientras que, entre ambos, se sitúa *kunst*. Puesto que *wisheit* ha pasado a ese campo peculiar religioso-místico, puede decirse que, en estos cien años, la oposición se expresa entre una primera etapa, con *wisheit*, *kunst*, *list*, y una segunda, en la que el campo léxico es ocupado por *kunst* y *wizzen*.

Pese a las objeciones, que pueden resumirse en el carácter abstracto de los campos generalmente estudiados, en la necesidad de creer en una sustancia del contenido que supone una realidad aprehensible, en las implicaciones externas, de carácter cultural (incluyendo contactos interlingüísticos de cierto tipo, con el latín, por ejemplo), la teoría de los campos permite hacer observaciones interesantes en la línea de dinamicidad interna de los sistemas que forman cada lengua.

21.4. SINONIMIA, POLISEMIA, HIPONIMIA

Además de los problemas ocasionados por la estructuración semántica, que hemos tratado de presentar, existen los propios de la economía del sistema. En primer lugar, lo que conocemos por *sinonimia* y *polisemia* ⁶.

Para evitar la multiplicidad de términos que habría de tener cada idioma (en el supuesto de que a toda apreciación nuestra de la realidad hiciéramos corresponder un signo diferenciador, es decir, mejor, si diéramos a cada contenido una expresión distinta) la economía del sistema se vale del papel desempeñado por la *complementación*. Un significado no se define sólo en términos positivos, sino también en términos negativos: por lo que no es (dentro del mismo código). Las circunstancias, y el propio código, desempeñan un papel imprescindible en la delimitación de un significado, con lo que ello implica en la economía del sistema, siempre tendente a un gasto mínimo de expresiones para expresar un máximo de contenidos. Puesto que el *signo* es una unidad bifacial {expresión, contenido}, es discutible si podemos decir que se trata del mismo signo cuando, coincidiendo la expresión, el contenido es diverso. En realidad, el sistema dispone de un número menor de expresiones que de contenidos: cuando una misma expresión recubre varios contenidos hablamos de *polisemia*, pero también podríamos hablar de signos distintos, con lo que negaríamos la polisemia y, como veremos, la sinonimia. Externamente, las circunstancias son las que indican en qué casos el significante toma un significado u otro, de disponer de varios posibles.

En una exposición que admitiera la polisemia, pese a las advertencias anteriores, diríamos, por ejemplo, que un signo como 'hiperbólico' (elegido al azar al abrir casualmente el diccionario), con un significante *hiperbólico*, tiene cuatro significados:

- 1) Perteneciente a la hipérbola.
- 2) De figura de hipérbole o parecido a ella.
- 3) Perteneciente o relativo a la hipérbole, que la encierra o incluye.
- 4) Remite a *Paraboloide Hiperbólico*.

La acepción cuarta es la más limitada por las circunstancias, puesto que exige figurar en el contexto con *paraboloide*. La polisemia de este signo se elimina fácilmente en los casos 1 y 2 / frente a 3, ya que el contexto es muy distinto en los casos en que se trata de hipérbole, figura retórica o de hipérbola, figura geométrica. La delimitación no es tan fácil entre 1 y 2, y en este caso las circunstancias que nos ayudan a delimitar negativamente el significado están ayudadas por la limitación de las ocasiones y contextos en que el término en cuestión aparece.

La *polisemia*, que desde el punto de vista formal es una *homomorfia*, tiene así un papel considerable en la economía lingüística permitiendo la multiplicación del número de significados sin aumentar el de significantes ⁷.

⁶ Cf. Henry G. Schogt: «Synonymie et signe linguistique». En *La Linguistique*, 8, 1972/2, páginas 5-38.

⁷ Según la ley de Zipf: «El número de los significados contextuales de una palabra corresponde a la raíz cuadrada de su frecuencia.»

En el fenómeno anterior las circunstancias desempeñan el papel de diferenciar los significados de un mismo significante. En algunos casos la economía afecta a las circunstancias en vez de a los signos, y se neutraliza el papel diferenciador de aquéllas. Nos referimos a la *sinonimia*: distintos significantes tienen el mismo significado.

Es importante distinguir en este caso entre dos conceptos, claramente diferenciados por G. Frege: la denotación (*denotatum*, *Bedeutung*) y el sentido.

La *denotación* de una expresión es el objeto nombrado o denotado por ella.

Estrella matutina y *estrella vespertina* tienen la misma denotación (Venus) pero distinto sentido.

Ha de hacerse cuidadosamente la distinción entre la denotación usual y la indirecta, así como entre el sentido usual y el indirecto. La denotación indirecta de una palabra es el sentido usual de la misma. La denotación usual es el valor veritativo, el sentido es el pensamiento que lo expresa.

Al estudiar el campo asociativo hemos dicho que la sinonimia perfecta no existe. Ahora debemos precisar que de las dos interpretaciones posibles del término *sinonimia* (en sentido estricto supone igualdad de denotación, en sentido lato supone compartir una serie de rasgos significativos) nos referiremos a la estricta.

Para el estudio de la sinonimia es importante que tengamos en cuenta varios pares diferenciadores.

El significado puede ser intelectual o emotivo, con la misma denotación. Si en lugar de *estrella matutina* usamos *lucero matutino* el significado intelectual o puramente nocional es el mismo, pero no así el emotivo.

También tenemos que considerar los casos de neutralización por imposición de las circunstancias. Los criadores de pájaros distinguen un 'canario' de una 'canaria', pero un hablante normal dirá que tal canario ha puesto cinco huevos y todo el mundo entenderá inmediatamente que se trata de una hembra. Esto se puede extender a los casos en los que el género está bien diferenciado y decir «he visto un caballo precioso» cuando en realidad se trataba de una yegua. La razón semántica de la existencia de sustantivos unigenéricos que corresponden a seres vivos sexuados es la falta de una necesidad de distinguirlos sexualmente, cuando esa necesidad aparece los hablantes que la sienten crean la forma con modificación genérica, mientras que los que no la sienten mantienen el sustantivo unigenérico. Esto es lo que sucede con *canario*, *mosca*, *elefante*, y tantos otros.

El desarrollo de la semántica, con la necesidad de estructurar la sustancia del contenido, ha llevado a establecer unas relaciones jerárquicas, es decir, *inclusivas*. Por ello tiene interés el concepto de *hiponimia*, ligado al de *inclusión*.

La *hiponimia* es la relación existente entre las unidades incluyentes y las incluidas. Los términos que tienen esa relación son *hiperónimos* o *incluyentes*, e *hipónimos* o *incluidos*. De este modo, *rosa* es un hipónimo de *flor*, hipónimo, a su vez, de *vegetal*, y así sucesivamente.

La inclusión está ligada a la capacidad de información. La unidad de

información es el *bit* (abreviatura de *binary digit* 'dígito binario'), que determina la mínima información obtenida de una oposición binaria de dos unidades mínimas significativas o *semas*. Cuanto mayor es el número de *bites* de un signo, mayor es la información que proporciona, puesto que aumenta el campo de su complementaridad con los términos negativos de la oposición binaria (*i.e.*, cuantos más rasgos conocemos de algo, tanto más sabemos lo que *no es*, es decir, su complemento). La mayor capacidad de inclusión de un término, por el contrario, está en razón inversa al número de bites del mismo, puesto que, cuantos más elementos tiene una clase, menor es el número de los elementos de la clase complementaria, y es sabido que todos los elementos que no están incluidos en un término lo están en su complementario. La información inaprovechable o superflua de un conjunto de datos (o la energía inaprovechable de un sistema) se llama *entropía*.

21.5. LA EVOLUCIÓN DEL SIGNIFICADO

Originariamente, más que preguntarse acerca de la estructuración del significado, la semántica, como ciencia histórica, se preguntaba por la evolución del mismo. En este sentido, la semántica estudia también la creación, los cambios y la pérdida o desaparición de las unidades léxicas, o palabras, y también, lógicamente, debiera estudiar la de los semas y clasemas, en su caso. A continuación enumeramos rápidamente las principales facetas:

La *creación* consiste en añadir nuevos términos al sistema. Los métodos de creación son los siguientes:

- a) Derivación. Al hablar de la lexicología nos ocupamos de los formantes facultativos que cambian la significación de la palabra: prefijos, sufijos, interfijos, etc.
- b) Composición. También nos ocupamos de ella en la lexicología.
- c) Parasíntesis. Reúne la composición y la derivación. Es menos abundante que los dos procedimientos anteriores: *pordiosero* (por, Dios, er, o), *picapedrero*, *paniaguado*.
- d) Denominación de nuevos objetos: *avión*, *silueta*, *faradio*, etc.
- e) Préstamos lingüísticos, palabras de otras lenguas que se aceptan en la propia: *gol*, *penalty*, etc.
- f) Calco, se adapta la estructura de una denominación extranjera, pero con palabras de la propia lengua: árabe *dokra*, castellano *acero* (metal y hoja, o filo, de la espada).
- g) Onomatopeya, imitación de una impresión acústica: *guau-guau*, *miau*, etc.
- h) Por descripción: *cuaderno* describe los cuatro folios de que constaba primitivamente.
- i) Semejanza, difícil de separar de la metáfora, podemos decir que la semejanza es más aparente, más extensa: *sierra*, *araña*, *raíz* (en los sentidos de 'montañosa', 'de cristal, lámpara', 'verbal, nominal, gramatical en suma').

- j) Metáfora literaria: el tipo de ventanilla denominado *ojo de buey*.
- k) Sigla o abreviatura: O.N.U.; U.N.I.C.E.F.; R.I.P.

A lo largo de la historia de una lengua se producen una serie de transformaciones en su estructura léxico-significativa. Este es el fenómeno llamado *cambio*, del cual hay dos clases:

A. Cambios de forma:

1. Fonético: transformación en la evolución del significante, puede llegar a la desaparición: el castellano no conserva derivados de *apis* 'abeja' (que hubieran dado *ave*) porque quedaba un cuerpo fónico mínimo. Para evitar este mínimo cuerpo fónico (y también la confusión con *ave*) el término latino *ape* desapareció y fue sustituido por *apicula* (forma de diminutivo originariamente), de donde procede *abeja*.
2. Analógico: Evolución similar a la de otras palabras semejantes o análogas, contra las tendencias fonéticas evolutivas normales. Se da especialmente en los paradigmas numerosos, como p. ej., la conjugación. El latín *uestis* debiera haber dado en castellano *vies-tes*, pero dio *vistes* por analogía con las otras formas castellanas de *vestir*: visto, viste, etc.

B. Cambios de sentido. Se producen por:

1. Eufemismo: Evitar la emisión de una forma prohibida por los prejuicios sociales: *fenecer*, *pasar a mejor vida*, *no estar ya con nosotros*, para evitar *morir*. A este tipo pertenecen las sustituciones como *caca*, *pis*, *pompi*, *la cosita mala*, etc.
2. Afectividad: Cambios producidos por aplicar a una palabra buena un sentido peyorativo o viceversa: es el caso de *madre* en zonas de Hispanoamérica, donde se utiliza siempre *mamá* con valor positivo. El uso de *mamá* por *madre* es un cambio debido a la efectividad.
3. Generalización: Una palabra pasa a la lengua general desde un léxico restringido. Es el caso de *arribar*, término marinero que significaba «llegar el barco a la orilla» y ha pasado a significar *llegar*, en determinadas acepciones.
4. Especialización: Es el fenómeno contrario, una palabra de la lengua común pasa a tener un valor restringido en un léxico especializado: *poner* en avicultura tiene un valor mucho más especializado que en la lengua común.
5. Ennoblecimiento: Un término que se aplicaba a algo de no mucha categoría pasa a significar algo de categoría elevada como consecuencia de las transformaciones ennobecedoras del objeto designado: el *condestable* era en principio el caballero mayor, esta condición social fue aumentando de nivel hasta convertirse en un codiciado título.

6. Envilecimiento: Es el fenómeno contrario. El caso más importante es el de *madre* en esas zonas hispanoamericanas en las que su significado positivo ha sido sustituido por *mamá*. Algo similar ha ocurrido con *tirano* (originariamente el que llegaba al poder por la fuerza o vía anormal, el término evolucionó indicándonos así la conducta que seguían los gobernantes de este tipo), *bárbaro* (originariamente 'extranjero'), y *pedante* (originariamente 'pedagogo').
7. Cambios de las cosas, sin variación en el significante: El *coche* actual no es igual al del siglo XVI, pero el término no ha cambiado.
8. Cambio de nuestro conocimiento de las cosas: Para nosotros *átomo* tiene unas connotaciones muy distintas de las que tenía en tiempos de Demócrito y los atomistas. Podemos designarlo también como *enriquecimiento de conocimientos*.
9. Metáfora: *Pata de silla*, *plagar*, etc.
10. Metonimia y metalogía: Se trata de tropos que expresan:
Nombre de lugar por el de la cosa: *oportó* por 'vino de Oporto'.
Lugar por lo que en él hay: *café* por 'lugar donde se sirve café'.
La parte por el todo: *almas* por 'personas'; *velas* por 'buques'.
El todo por la parte: *brillo del fusil* por 'brillo del cañón del fusil'.
Agente por instrumento y viceversa: *manipulador* por 'palanca', *pincel* por 'pintor', *lanzas* por 'guerreros'.
Concreto por abstracto y viceversa: *desde niño* por 'desde la niñez', *una hermosura* por *una cosa hermosa*.

En otras ocasiones la lengua se desprende de signos que ya no le son útiles por distintos motivos:

- a) Desaparición del objeto: Términos de piezas de la armadura, telas medievales, arneses de las caballerías, etc.
- b) Homofonía: Confusión formal que hubiera acarreado una falsa homonimia, ya que parecería un mismo significante para dos significados y en realidad se trataría de dos significantes iguales, de distinto origen. La palabra árabe *aceite* vio su incorporación al castellano favorecida porque el término latino *oleum* hubiera dado *ojo*, igual que *oculum*.
- c) Olvido o ignorancia: Arcaísmos que han dejado de usarse porque empobrecemos determinadas parcelas de nuestro vocabulario: la gente de ciudad es incapaz de reconocer muchos objetos, plantas y animales del campo y de darles su nombre, incluso en cosas sencillas, como los nombres de los pájaros.
- d) Debilitación fonética: Es el caso de los términos latinos *hic*, *ibi*, que dieron *y*. Se produjo homofonía con el resultado de *et* (la conjunción *y*) y además eran palabras de escaso cuerpo fónico. Algo similar produjo la pérdida de *apis* y su sustitución por *apícula* como vimos al hablar de los cambios fonéticos.

21.6. PERSPECTIVA

No podemos, como es obvio, abrir nuestras páginas a todos los problemas y perspectivas de la semántica. Nos interesa, en cambio, ya que no vamos a entrar en nociones interesantes como las de *tópico*, *foco*, *argumento*, *presuposición*, etc.⁸, plantearnos algunas cuestiones de relación de semántica y sintaxis, desde una perspectiva histórica⁹. Lo haremos en dos campos, el nominal (casos) y el verbal (tiempos).

Es tentadora la idea de relacionar la categoría morfológica del *caso*, tal como aparece en latín, concretamente, con la categoría abstracta *caso* de la semántica generativa, y con la gramática de valencias, a la que tuvimos ocasión de referirnos en los capítulos iniciales (9.3.). Hay que tener en cuenta que, por ejemplo, con valencia 3, el verbo *dar* rige sujeto, también objeto directo, y un objeto indirecto, mientras que *poner* rige sujeto, también objeto directo, y un locativo de dirección; aunque los dos tienen valencia tres, el conjunto de valencias es diferente. Parece raro, dice Lyons (*Semantics*, 12.4.), que haya verbos con una valencia superior a 3 y, desde luego, hay que entender el concepto de *rección* en el sentido de dependencia directa del núcleo, lo cual excluye los circunstanciales, en principio, no en absoluto, como veremos, al igual que el agente de la pasiva (luego el paso de activa a pasiva supone la pérdida de una valencia).

Históricamente, hay unas ciertas restricciones que, a veces, se imponen y que, en el plano nominal, siguiendo a R. Lapesa, llamaremos (con el título de su estudio: «Los casos latinos, restos sintácticos y sustitutos en español») *restos sintácticos*.

El paso del latín al castellano, en lo que al caso concierne, se ha caracterizado por la desaparición de esta categoría morfológica en el nombre y la sustitución por preposiciones de la expresión de las relaciones encomendadas en latín a las terminaciones flexivas, o desinencias. Ello ha comportado ciertas restricciones en el orden de palabras, más libre en latín, y también el desarrollo de medios específicos, que permiten mayores libertades al castellano que, por ejemplo, al francés, como la preposición *a* ante ciertos tipos de Objeto Directo, de acuerdo con restricciones semanto-sintácticas muy discutidas (cf. especialmente Lapesa, Meier y Reichenkron, en nuestra bibliografía final). A veces, sin embargo, ha resistido un cierto tiempo, o ha triunfado, una construcción en la cual las relaciones no se expresan mediante preposiciones, sino que se establecen directamente entre regido y regente: hablamos entonces de *restos sintácticos* del caso. El fenómeno es sintáctico (se trata de funciones y relaciones), semántico (las motivaciones

⁸ Cf. nuestro libro *El comentario lingüístico*, especialmente el capítulo final.

⁹ Un planteamiento de la problemática de Semántica y Sintaxis rebasa, con mucho, los objetivos de este libro. Los tres primeros capítulos del volumen 2 de John Lyons: *Semantics* proporcionan una amplia información de referencia. En español, puede recurrirse a los dos volúmenes de la recopilación de Víctor Sánchez de Zavala: *Semántica y Sintaxis en la lingüística transformatoria*, cit. Como planteamiento preliminar puede verse F. Lázaro Carreter: «Sintaxis y Semántica», en *R.S.E.L.*, 4/1, 1974, pp. 61-85.

pueden estructurarse por categorías de contenido) e histórico (se produce a lo largo de la lengua y puede, incluso, mostrar preferencias y variaciones en las distintas épocas).

El genitivo latino es particularmente atractivo, para estos estudios, porque ya en latín ofrece varias opciones ¹⁰. Prescindiendo del uso del dativo por genitivo, documentado, o incluso de la posibilidad de que, como *caso agente* profundo, el genitivo reemplace a un nominativo, en superficie, tras la nominalización del verbo (una *correspondencia*):

- a) *Marcus obsedit*
- b) *Marci obsessio*

nos limitamos a los tipos en los que el genitivo alterna con un nominativo, o con una concordancia con el adjetivo, o con una construcción aposicional: modificación directa de un sustantivo por otro.

El punto de partida se encuentra en la construcción partitiva, en la que son posibles varios matices. En principio, la construcción partitiva medieval (sustitución del genitivo latino por la preposición *de*) no ha pasado al castellano clásico y moderno, salvo que esté expreso el todo del que se separa la parte (construcción *definida*). La construcción *indefinida* (sin nombre o pronombre que indique la parte o verbo que exprese participación) aparece en castellano moderno como objeto directo, sin preposición: *beber agua* (med. *beber del agua*). A esto hay que añadir motivaciones contextuales, o sintagmáticas: cuando el regente es un adjetivo (generalmente neutro), el genitivo regido puede pasar a concertar con él, y formar un grupo sustantivo, en vez de expresar la dependencia por la preposición *de*, con varios tipos de restricciones: *poco aceite*, *un poco de aceite*.

El criterio clasificatorio combina, por tanto, rasgos sintácticos y semánticos, en los siguientes grupos:

- A) Designa el *todo*, del que sólo se menciona una *parte*:

PLAUT. Poen. 1285: *Pro maiore parte prandi*.

PLAUT. Trin. 35: *Pars hominum*.

- B) Expresa cantidad o grado, con neutros (adjetivo singular, pronombre, sustantivo):

CATO. Agr. 58: *Minimum olei*.

PLAUT. Merc. 717: Minus *mali* quaerunt sibi ('se buscan lo menos del mal').

TER. Eun. 24: *Nil verborum* ('nada de palabras' = 'sin palabras').

PLAUT. Pers. 270: *Nil novi* ('nada de nuevo', 'nada nuevo').

¹⁰ Cf. Emile Benveniste: «Pour l'analyse des fonctions casuelles: le génitif latin», *Lingua*, 11, 1962, pp. 10-18, y, especialmente, Philip Baldi: «Morphosyntax and the Latin Genitive», *Folia Linguistica*, XI, 1977, pp. 93-108, a quien seguimos, junto con Lapesa, *cit.*

- C) Pronombres *neutros*, *quid* (interrogativo) y *aliquid* (indefinido) con genitivo de nombres, pronombres y adjetivos 'sustantivados':

PLAUT. Aul. 802: *Ibo intro, ut quid huius verum sit sciam* ('entraré para saber qué de esto es verdad').

PLAUT. Cas. 556: *Si quid eius esset* ('si hubiera algo de eso').

PLAUT. Mer. 359: *Quid ibi inest amoeni* ('¿Qué (de) encanto hay allí?').

PLAUT. Aul. 671: *Ut aliquid boni dicam*.

- D) Con *adverbios*, contra la supuesta norma gramatical:

PLAUT. Amph. 336: *Ubi terrarum sim nescio* (lit. 'no sé dónde de las tierras esté').

No todos los tipos admiten la construcción del mismo modo. Ya hemos indicado que, para el genitivo dependiente de adverbio, hay un rechazo de la normativa, luego su uso no es general, en la lengua clásica. En lo que concierne al tipo C), o sea, al dependiente de neutro, hay un subgrupo con un comportamiento peculiar: se trata del *genitivo con adjetivos neutros en función no adyacente* ('sustantivados'). En estos casos la construcción partitiva se restringe a la primera y segunda declinaciones, es decir, a los adjetivos en *-us*, *-a*, *-um*:

quid novi?, quid boni?

No se permite la construcción partitiva con adjetivos de la tercera, en cuyo caso es necesario emplear el neutro, concordando en caso con el adjetivo:

**quid facilis? / quid facile?*

VARRO. R. R. 1,17,7: *Peculiare aliquid. (No peculiaris.)*

CIC. Inv. 1,25: *Aliquid triste. (No tristis.)*

Hay, por supuesto, excepciones, pero bastante restringidas:

- I) Nominativo en *-UM*, en vez de genitivo:

CIC. ad Her. 2,29: *Certum et constans aliquid.*

PLAUT. Pseud. 434: *Quid mirum fecit, quid novom.*

- II) Adjetivos de la tercera en genitivo (explicables por concordancia con otros de la primera o segunda que acompañan, es decir, razones contextuales; también se da a la inversa, es decir, que el neutro en nominativo de la tercera atrae a su caso, nominativo neutro, a otra forma que debiera ser genitivo de la primera o segunda):

CIC. N.D. 1,75: *Nihil solidi, nihil expressi, nihil eminentis* (GEN.).

CIC. Tusc. 1,49: *Quid laetabile aut gloriosum* (NOM.).

III) Caso único:

LIVY 5,3,9: *Quicquam non dico civilis, sed humani.*

Junto al genitivo partitivo, existe en latín un *genitivo de característica*, que se usa con la cópula para expresar *propiedad, deber o característica*:

CIC. Fam. 4,9,2: *Tempori cedere semper sapientis est habitum.*

PLAUT. Capt. 583: *Est miserorum ut malevolentes sint atque invideant bonis* ('es (la suerte) de los desgraciados que haya malvados y que envidien a los buenos').

CIC. Off. 2,50: *Duri hominis vel potius vix hominis videtur periculum capitis inferre multis* ('parece de hombre duro o, mejor, apenas de hombre llevar un cargo capital contra muchos').

Lo llamativo es que, entre estos dos tipos, diferenciados semánticamente, existe una complementariedad de construcción morfosintáctica: nos referimos, concretamente, al genitivo de característica y al partitivo del subgrupo de C que hemos apartado previamente. Esta distribución complementaria tiene también sus neutralizaciones, con posibilidad de opción, y se realiza en tres grupos (según las terminaciones del genitivo de característica).

- 1) *Opcionalidad* de genitivo y nominativo en los adjetivos en *-us*, *-a*, *-um*:

stulti est hoc facere / stultum est hoc facere

- 2) *Necesidad* de que los adjetivos de una terminación vayan en genitivo:

*sapientis est hoc facere / *sapientum est hoc facere*

- 3) *Necesidad* de que los adjetivos de dos terminaciones vayan en nominativo:

**regalis est pro patria mori / regale est pro patria mori*
**utilis est / utile est.*

Ph. Baldi señala que la causa de las restricciones en los partitivos es que la secuencia *quid facilis?* (Nom. + Gen.) podría confundirse con una falsa concordancia de Nom. neutro + Nom. masc.-fem., lo cual no sucede en *quid novi*, cuyo nominativo es *novus-um* para el genitivo en *-i*. Esa apuntada interpretación errónea sería favorecida por el uso dominante con *est*, también predominantemente acompañado por nominativo en sus usos habituales, como cópula. Para evitar la confusión —dice— se rompe la construcción de genitivo partitivo y se impone una concordancia en nominativo neutro: *quid facile est?* En plural, donde no se dan las mismas circunstancias, el genitivo es frecuente.

Las restricciones en la construcción del genitivo de característica se de-

berían, en cambio, a la necesidad de evitar una falsa interpretación como masculinos, que llevaría a evitar el nominativo en

**sapiens est hoc facere* (se prefiere *sapientis*, como norma)

y el genitivo en

**regalis est pro patria mori* (la norma es el inequívoco *regale*)

La exposición anterior permite obtener una conclusión general, que la sintaxis latina tiene la suficiente elasticidad como para disponer de sus recursos morfológicos, lo bastante ricos, de modo que no resulten ambigüedades en superficie que se pueden evitar con alternancias en la construcción, y una conclusión parcial evolutiva, como es la presencia de alternancias entre genitivo, nominativo y concordancia con el adjetivo (vinculada a razones semánticas), que configuran otros tipos de genitivo en su evolución al castellano.

Tenemos, de este modo, los llamados *genitivos aposicionales*, de los cuales los de nombres geográficos ofrecen resultados alternantes en castellano desde los primeros textos. Así, aunque la construcción clásica era la aposición, *urbs Roma*, se testimonia la abundancia y peso de la construcción tardía con genitivo, *flumen Himellae*. Es cierto que hoy no subsisten sintagmas como *Burgos la casa*, o *París la ciudad*, que han cedido a *la ciudad de...*; pero es todavía obligatorio el tipo *los montes Pirineos*. Lapesa señala (p. 67) que «junto a *hoy día*, con aposición, es forzoso *el día de hoy* cuando el apelativo precede, y *el día de mañana* no tiene contendiente en la actualidad», como muestra, en otro tipo, del desarrollo de la frase preposicional.

Si estas construcciones obligan a un replanteamiento de las restricciones semánticas que condicionan la evolución morfológica y sintáctica, otro tanto puede decirse de un tipo de complementos muy peculiares del español, y en los que también arroja luz la consideración histórica: nos referimos a los llamados circunstanciales de *distancia*, *medida*, *peso* y *precio*:

dista quince cuadras
mide dos metros
pesa cuarenta quilos
vale nueve mil pesos

a los que se pueden añadir los de medida del *tiempo*:

anduvo dos días
vivió veinte años.

Su peculiaridad más notoria es la pronominalización con formas de acusativo: *las dista*, *los mide*, *los pesa*, *los vale*, *los anduvo*, *los vivió*, pronominalización incompatible con el adverbio *más*: **las dista más* frente a *dista*

quince cuerdas más (o *las dista* o *dista más*, no podemos construir en la misma frase el pronombre y el intensificador cuantitativo, tendríamos que utilizar *además*: *vivió siete años más* / *los vivió además*, sin total correspondencia de sentido)¹¹.

La construcción plantea dificultades que podrían resolverse, tal vez, en una gramática de casos o de valencias. Así, aunque para las circunstanciales, en general, no se asigna valencia al verbo, pues no están directamente vinculadas al núcleo, en este caso sí habría que hacerlo (al igual que para los llamados complementos preposicionales: *habla de economía*). En relación con la teoría de los casos, tal como, para el español, la toma Aid¹², no sería aceptable la consideración de un caso LUGAR y otro TIEMPO, del esquema de Fillmore (1971), como casos de modalidad, complementos opcionales de cualquier predicado, locativo y temporal, respectivamente, pues su comportamiento es idéntico a los de *peso* y *precio*, difícilmente etiquetables así. Tendríamos que separar estos complementos de los restantes de lugar y tiempo. ¿Dónde colocarlos? Se nos ofrece, indudablemente, la posibilidad de tratarlos como *caso objeto*, pues éste es el *cajón de sastre* en donde caben todos los papeles que no se ajustan a los otros patrones (y coincide, además, en el caso morfológico acusativo, generalmente vinculado al objeto, aunque, insistimos, no se deben confundir casos morfológicos y casos profundos). Habida cuenta, sin embargo, de que, pese a su pronominalización en acusativo, estos complementos no admiten construcciones como la de sujeto de la pasiva, no hay más remedio que aceptar que aquí también nos encontramos con que la constitución semántica sirve de base a la construcción gramatical correcta: es la capacidad seleccionadora del verbo (predicado) la que le permite tomar este tipo de complementos (argumentos).

También en el grupo verbal encontramos ejemplos notorios de cómo la evolución histórica de la morfología va unida a cambios de la semántica de las formas verbales, que condicionan, a su vez, los empleos sintácticos. En el apartado dedicado a las oraciones condicionales hemos visto cómo las alteraciones en la distribución modal, con los correspondientes cambios significativos, han impuesto evoluciones notables en los usos oracionales. Aquí añadiremos algunas observaciones sobre la alteración del esquema temporal-aspectual, especialmente en indicativo.

En su *Sistemática del verbo español*, M. Molho, al plantearse el problema de la evolución histórica, puntualiza muy acertadamente cómo la arquitectura temporal del indicativo latino es vertical, en dos columnas paralelas, cada una de las cuales se divide en tres momentos temporales. La distinción fundamental es la de aspecto: *infectum* para la *situación* que se considera en su duración, y *perfectum* para la que se considera en su conclusión, en su completitud. [Como a lo largo del libro, utilizamos *situación* en el

¹¹ Ya advertimos en otro lugar que, naturalmente, cabe un uso transitivo de construcciones como *pesa veinte kilos* (toma veinte kilos de algo y los pesa, poniéndolos en una báscula, o similar), etc. De ello no nos ocupamos aquí.

¹² Frances M. Aid: *Semantic Structures in Spanish: a Proposal for Instructional Materials*. Washington, Georgetown University Press, 1973, esp. pp. 7 y ss.

sentido técnico de J. Lyons (*Semantics*, p. 483), abarcando con este término *estado, acción, acontecimiento, proceso*, etc., tanto estático como dinámico. Es la distinción definida tradicionalmente como (± terminada), aspecto (± perfectivo). Los tres momentos temporales son el *pasado*, el *presente* y el *futuro*:

«El presente de infectum [*amo*] es el lugar de un acontecimiento actual que de instante en instante se construye en la actualidad del presente. Del presente emanan un pasado [*amabam*] y un futuro [*amabo*] donde se inscriben los acontecimientos concebidos como actuales (o sea: en devenir) en el pasado y en el futuro. El presente de perfectum [*amaui*], que retiene en sí la imagen de un acontecimiento perfecto y como tal pasado, es un presente de la memoria, al que corresponden un pasado [*amaueram*] y un futuro [*amauero*] memorísticos, de los que el uno instituye en el pasado la memoria de un acontecimiento agotado (*in toto* devenido) y el otro en el futuro, la memoria, necesariamente imaginaria, de un futuro asimismo agotado y completo.» (Pp. 113-114.)

La distinción, es bien sabido, no es exclusivamente de significación del verbo, es también formal. En un verbo regular, como *amare*, el tema de *perfectum* va marcado por el infijo perfectivo, el morfo -u-: *ama-u-i*, *ama-u-eram*, *ama-u-ero*, incluso en los otros modos: *ama-u-erim*, *ama-u-issem*; *ama-u-isse*.

Esta completa correlación aspecto-tiempo-morfo se rompe al pasar al castellano, y se sustituye por una nueva estructura paralela, ahora meramente formal: una columna de tiempos simples (*amo*, *amaba*, *amé*, *amaré*) y otra de tiempos compuestos (*he amado*, *había amado*, *hube amado*, *habré amado*). La nueva forma perifrástica tiene importantes repercusiones, a alguna de las cuales hemos aludido a propósito de las condicionales, y que pueden resumirse así:

- Nacimiento de los llamados verbos *auxiliares* (aquí *haber*).
- Pérdida del valor transitivo de *haber*.
- Desaparición de la distinción formal específica entre (± perfectivo).
- Duplicación de valores de formas temporales, que lleva a la simplificación por reducción (*había amado*, antepretérito, desplaza a *hube amado*, también antepretérito, por irrelevancia de la distinción entre el primer valor de *había amado* - el de antecopretérito - y el de antepretérito).
- Falsa adscripción del aspecto perfectivo a las formas compuestas, por un análisis histórico inadecuado.

Este último punto es el que nos servirá para cerrar nuestro capítulo. Se afirma, en efecto, que, habida cuenta de que las formas perifrásticas con *haber* están en el lugar del *perfectum* latino, son, sin más, perfectivas. Dejando a un lado lo que haya de caricatura en la simplificación anterior, conviene recapacitar sobre el cambio producido.

No se trata sólo de que se haya mantenido la disposición de las dos columnas verticales, totalmente engañosa y aparente. Recordemos que, en la-

tín, esas dos columnas comprendían las tres *situaciones* temporales. En castellano, en cambio, el esquema temporal es mucho más variado. En el capítulo dedicado al verbo expusimos las diferencias entre los posibles tipos de modificadores en la estructura verbal, indiquemos aquí sólo el hecho evidente de que las cuatro formas temporales ya no se ajustan a tres situaciones en correspondencia biunívoca, sino que dos, las formas *amaba* y *amé*, corresponden a la situación de pasado, si bien muy diversamente considerada. En realidad, podríamos incluso decir que, para la gran mayoría de los hispanohablantes (aunque no precisamente los castellanos), hay un *eje infectivo*, integrado por *amo*, *amaba*, *amaré*, claramente diferenciado de *amé*, forma simple que no se alinea con las otras tres, y que se reajusta como veremos.

En el antiguo tema de *perfectum* los cambios han sido drásticos: *amaui* (que ha evolucionado fonéticamente a *amé*) es una forma simple; pero, como decimos, netamente diferenciada de las otras por la mayoría de los usuarios. *Amaueram* (que ha originado *amara*) ha cambiado de modo; pero, cuando conserva su valor de indicativo, dialectal geográfico o socio-cultural, sigue teniendo valor de *perfectum*. *Amauero* ha cambiado también de modo, introduciéndose en el complejo problema del futuro hipotético de subjuntivo, esbozado al hablar de las condicionales, como tantas otras cuestiones verbales.

Esto quiere decir que, en realidad, no es que en el tema de *perfectum* hayan sido sustituidas por unas nuevas, perifrásticas, las formas viejas, sino que se ha alterado la significación de la oposición; vamos, en una palabra, que la oposición *infectum* / *perfectum* ha desaparecido como base del esquema. Naturalmente, uno de los sistemas verbales posibles del español mantiene sus restos: elimina la forma *he amado*, o la reduce al mínimo, y defiende el valor indicativo de *amara*, oponiendo así (imperfectivo en la izquierda, perfectivo en la derecha):

amo	amé
amaba	amara

y sustituyendo el futuro por la perífrasis *he de* + *infinitivo* o *voy a* + *infinitivo*.

El castellano (como dialecto o como español literario) muestra también, en cambio, una nueva oposición:

amo	he amado
amaba	había amado
amé	(hube amado)
amaré	habré amado

Al estudiar el «origen y evolución del perfecto compuesto» (en sus *Estudios de Gramática Funcional*, pp. 36 y ss.), Emilio Alarcos advierte, siguiendo a Thielmann, que la perífrasis HABERE + participio en -TUS ya es clásica, y que «esto no quiere decir que su combinación fuera ya desde sus primeros tiempos una perífrasis de perfecto». En efecto, se trata, en el tipo

habeo amatus, de un presente de resultado de acción verbal, y no de una acción verbal terminada o completa. Además, por otra parte, el sentido diferenciador de la perífrasis es que el sujeto del participio y el del verbo *habere* no sean el mismo; en el ejemplo:

LIVIO, 21,11,3: *Hannibal, quia fessum militem proeliis operibusque habebat...* (citado por Alarcos).

Hannibal es el sujeto de *habebat* y *militem* el de *fessum*: 'Aníbal, porque tenía a sus soldados cansados por los combates y las obras...'

La aproximación al uso perifrástico actual se produce cuando coinciden el sujeto de *habere* y el del *participio*, como en *dictum habeo*, *deliberatum habeo*, *scriptum habeo* (Cicerón). En la lengua escrita hay una gran escasez de perífrasis entre los siglos I y V d. J.C.; pero, al reaparecer, la forma que triunfa en el VI ya refleja el cambio de sistema (traducimos el texto de Thielmann que Alarcos cita en la lengua original):

«Allí : en la antigua perífrasis, distinta de la que ahora se impone definitivamente/ había siempre formas fijas, tan sólo, de las cuales raras veces se atrevía uno a salir, aquí se muestra, en los ejemplos mencionados : *disponsatam haberem*, *stattutam habeo*] una vida animada, independiente, como no nos habíamos encontrado hasta ahora en los verbos ligados con *habere*; allí *habere* conservaba, todavía, la mayor parte de las veces, una indudable independencia, aquí tenemos ante nosotros, sin duda, el puro perfecto, en el que *habere* sólo se tiene que considerar como auxiliar.» (Página 543.)

Pero no es «el puro perfecto» (*die reine Perfektumschreibung*) lo que nos encontramos aquí, por el hecho de que *habere* sólo sea auxiliar, y mucho menos el puro *perfectum*, con el valor latino. Lo que tenemos es la expresión perifrástica de un tiempo que corresponde a un esquema nuevo, que ya no tiene nada que ver (salvo el antecedente genético) con el esquema latino, que no se basa ya, fundamentalmente, como éste, en la oposición *infectum* / *perfectum*.

Es cierto que, en la mayor parte de las ocasiones (pero recordemos que el tiempo *he amado* es mínimamente empleado por los hispanohablantes, salvo en la España peninsular), la perífrasis se asocia a una *situación* determinada. Sin embargo, urge llamar siempre la atención sobre el hecho de que ello no es necesario. A ejemplos como *el enemigo ha atacado la ciudad*, donde no se entiende que *atacó*, sino también que *está atacando*, se suman otros muchos (que precisamente tomaremos de Sadeanu, quien, incomprensiblemente, defiende el valor perfectivo del tiempo, no de los ejemplos): *en estos años se han enriquecido bastante* (y se siguen enriqueciendo); *siempre has sido demasiado serio para tu edad* (ahora lo sigues siendo); *este año he estado en Madrid todo el tiempo* (y estoy). No negamos la neutralización en casos como *te ha dado / dio un buen golpe*, y tampoco decimos que la forma *he amado* sea imperfectiva, lo que decimos es que no puede definirse como perfectiva.

Todo el esquema significativo del tiempo y el aspecto varía, consecuentemente, en el paso del latín al castellano, configurándose en diferentes sistemas, también, en ambas lenguas, pues tampoco hay que olvidar que también el latín pasó por una etapa en la cual los hablantes disponían, al menos, de un sistema que oponía *amo* a *amaui* y otro que lo oponía, de un lado a *amaui*, y de otro a *amatum habeo*.

El estudioso actual de la Semántica, por tanto, debe estar dispuesto a enfrentarse con problemas que van mucho más lejos de la semántica léxica tradicional, a la que tanto debemos, y se entrelazan con los problemas de evolución de la propia estructura de la lengua.

BIBLIOGRAFÍA CITADA EN ESTE CAPÍTULO, NO RECOGIDA EN LA GENERAL FINAL

- AID, Frances M.: 1973. *Semantic Structures in Spanish: A Proposal for Instructional Materials*. Washington, Georgetown University Press.
- BALDINGER, Kurt: 1970. *Teoría Semántica*. Madrid, Alcalá.
- COSERIU, Eugenio: 1964. «Pour une sémantique diachronique structurale». *TraLiLi* (Estrasburgo), II/1, pp. 139-183.
1977. *Principios de semántica estructural*. Madrid, Gredos.
- COSERIU, E., y GECKELER, H.: 1974. «Linguistics and Semantics». En *Current Trends in Linguistics*, v. 12, pp. 103-171.
- FILLMORE, Charles: 1971. «Some Problems for Case Grammar». En *Georgetown University Monograph Series on Languages and Linguistics*, 24, pp. 35-56.
- FREGE, Gottlob: 1971. *Estudios sobre Semántica*. Barcelona, Ariel.
- 1971 b. *Selección de textos de Gottlob Frege*. Esbozo introductorio, versión española y notas de Ernesto H. Battistella, Maracaibo, Universidad del Zulia.
- HEGER, Klaus: 1974. *Teoría Semántica. Hacia una Semántica moderna (II)*. Madrid, Alcalá.
- LABOV, William: 1978. *Sociolinguistic Patterns*. Oxford, Basil Blackwell.
- LYONS, John: 1977. *Semantics*. Cambridge, University Press.
- MCCAWLEY, James D.: 1968-1971. «La inserción léxica en las gramáticas transformatorias sin estructura profunda». En *Semántica y Sintaxis en la lingüística transformatoria*, I, pp. 259-275, Madrid, Alianza.
- MOUNIN, Georges: 1965. «Essai sur la structuration du lexique de l'habitation». *Cahiers de Lexicologie*, 12/1, pp. 9-24.
- POTTIER, Bernard: 1974. *Linguistique Générale*. Paris, Klincksieck.
- TRIER, Jost: 1931. *Der deutsche Wortschatz im Sinnbezirk des Verstandes*. Heidelberg, Winter.
1934. «Das sprachliche Feld. Eine Auseinandersetzung». *Neue Jahrbücher für Wissenschaft und Jugendbildung*, 10, pp. 428-429.
- TRUJILLO, Ramón: 1976. *Elementos de Semántica Lingüística*. Madrid, Cátedra.
- ULLMANN, Stephen: 1964. *Introducción a la Semántica francesa*. Traducción y anotación por Eugenio de Bustos Tovar, Madrid, C.S.I.C.
1962. *Semantics*. Oxford, Basil Blackwell. (Trad. esp. *Semántica*, Madrid, Aguilar, 1965.)
- WARTBURG, Walter von: 1963. *Problèmes et méthodes de la Linguistique*. Paris, P.U.F.². (Es importante la traducción española de la primera edición, por Dámaso Alonso y Emilio Lorenzo.)
- WEINREICH, Uriel: 1966. «Explorations in Semantic Theory». En *Current Trends in Linguistics*, 3, pp. 395-477.
- WEINREICH, U.; LABOV, W., y HERZOG, M. I.: 1968. «Empirical Foundations for a Theory of Language Change». En *Directions for Historical Linguistics*, ed. W. P. Lehmann y Y. Malkiel, Austin & London, University of Texas Press.

Conclusión

Al contemplar ahora el camino recorrido, la 'senda que nunca se ha de volver a pisar', aumenta la conciencia de cómo es necesario insistir en el carácter de *curso*, de provisionalidad algo oral de estas páginas. Sin embargo, si alguna satisfacción cabe, es la de demostrar a ese público amable al que nos debemos que seguimos preocupándonos por un tema que suscita, lógicamente, el interés de todos: nuestra lengua común.

Nadie podría tener más interés que el autor de un libro en que éste saliera a la luz sin excesos ni defectos; inevitablemente, no ha de ser así, pese a la buena voluntad, de la que no quisiéramos que se dudara. La cultura semítica creó el mito del árbol del bien y del mal, e hizo del hombre el único animal que apetece sus frutos; el castigo de esa ambición, dice, es la imperfección de la obra humana. Lo inevitable del destino, pese a todo, no consuela; tal vez, para ojos comprensivos, justifique.

Pasados los años, resulta muy grato recordar a los compañeros críticos que estimularon nuestra primera y —deseábamos— más imperfecta salida al campo gramatical. Es también justo mantener siempre viva la estimación por nuestros maestros, Américo Castro y Rafael Lapesa, cuyos consejos han reconfortado tantas veces esta difícil vocación.

Los antecesores de este libro solían terminar por una cita, con algo de moraleja; así termina también el presente:

*el axenuz, de fuera negro más que caldera,
es de dentro muy blanco, más que la peñavera;
blanca farina yaze so negra cobertera;
açúcar dulç' e blanco está en vil cañavera.*

Bibliografía

En las páginas siguientes recogemos una amplia bibliografía, de acuerdo con lo que realizamos en la *Aproximación a la Gramática Española y Lingüística y Lengua Española*. Convencidos de que toda selección es ilusoria, pero también de la utilidad de estas compilaciones para estudiantes que preparan sus memorias de licenciatura o tesis, el criterio dominante ha sido recoger todo lo que hemos podido ver y, en todo caso, reposar en la bibliografía de la lingüística española de Homero Serís para los trabajos anteriores a 1950, sobre todo.

En nuestra *Lingüística y Lengua Española* recogimos ya, por primera vez en España, la casi totalidad de bibliografía generativa referida al español, que, ampliada, incluimos en esta nueva muestra.

Quedaremos muy agradecidos a quienes, además de señalar los inevitables defectos de un elenco de este tipo, nos indiquen, de uno u otro modo, qué papeletas sería imprescindible incluir. Naturalmente, la ayuda que aquí pretendemos ofrecer no exime de la consulta de los títulos citados en los dos primeros apartados del mismo.

Bibliografía periódica

Las mejores bibliografías periódicas lingüísticas son las que publican las *P.M.L.A.* (*Publications of the Modern Language Association*, Nueva York), y la «*Bibliographie Linguistique de l'année...*». *Spectrum*, Utrecht. *The year's work in Modern Language Studies*, editado en Gran Bretaña por The Modern Humanities Research Association, comenta brevemente la bibliografía incluida y tiene una sección para el español.

Sobre el español son imprescindibles las páginas bibliográficas de la *Revista de Filología Española* (R.F.E.), e interesa destacar el *Anuario Bibliográfico Colombiano*, que publica el Instituto Caro y Cuervo. Las revistas de romanística y las específicas del mundo hispánico, que recoge Homero Serís en su gran repertorio bibliográfico, completan la información bibliográfica. Para las tesis de Master y Doctorado que se realizan en Estados Unidos es imprescindible la revista *Hispania*. El *Boletín de la Asociación Canadiense de Hispanistas* trata de dar esta información sobre el Canadá y, además, reseñar los trabajos en marcha, aunque no sean tesis.

Interesa destacar también la bibliografía de la *N.R.F.H.* (*Nueva Revista de Filología Hispánica*), que en lo que se refiere a la lingüística trata de cubrir todo el territorio hispánico, y en el terreno literario sólo cubre lo peninsular.

José Polo publica en *Yelmo* (Madrid) una bibliografía titulada *El español familiar y zonas afines*, mucho más amplia de lo que el título indica.

E. Ruiz-Fornells publica en *Cuadernos Hispanoamericanos* la «Bibliografía de Revistas y Publicaciones Hispánicas en los Estados Unidos», desde el número de *C.H.* correspondiente a 1970.

Modern Language Journal y *Dissertation Abstracts* recogen importante información sobre tesis y materiales de investigación.

Siglas de algunas revistas y compilaciones

Abs (*Abstract*).

A. - *C.I.H.* (*Actas del - Congreso Internacional de Hispanistas*).

AnL (*Anthropological Linguistics*, Indiana Univ.).

AO (*Archivum*, Oviedo).

BF o *BFUCh* (*Boletín de Filología*, Chile).

BFE (*Boletín de Filología Española*).

BH o *BHi* (*Bulletin Hispanique*).

BHS (*Bulletin of Hispanic Studies*).

BICC (*Thesaurus. Boletín del Instituto Caro y Cuervo*, Bogotá).

Bol. R.A.E. o *BRAE* (*Boletín de la Real Academia Española*).

CASAGRANDE, Jean, y SACIUK, Bohdan: 1972. *Generative Studies in Romance Languages*.

Rowley (Mass.), Newbury House Publishers, Inc.

C.E.H. (*Centro de Estudios Históricos*).

CJL (*The Canadian Journal of Linguistics*).

CLHM (*Cahiers de Linguistique Hispanique Médiévale*, París).

CLS (*Papers from the Regional Meeting of the Chicago Linguistic Society*).

CP (*Classical Philology*).

DA (*Dissertation Abstracts*).

E.F.L. (*Estudios Filológicos y Lingüísticos. Homenaje a Angel Rosenblat en sus setenta años*).

Caracas, Instituto Pedagógico, 1974).

E.L.I.C. (cf. Meetham, A. R., y Hudson, R. A., editores).

Esp A (*Español Actual*, OFINES).

FoLi (*Folia Linguistica*).

F Lang o *Found* (*Foundations of Language*).

GL (*General Linguistics*).

G.S.R.L. (cf. CASAGRANDE, Jean, y SACIUK, Bohdan).

- HAYS, D. G., y R. MA.: *Computational Linguistics: Bibliography 1964*. Sta. Monica (California), RAND Corporation, 1965.
- HR (*Hispanic Review*).
- I.C.L.H. (cf. Hays, D. G.).
- ILPHHRK (cf. KACHRU, Braj B., et al., eds.).
- IRAL (*International Review of Applied Linguistics*).
- KACHRU, Braj B., et al. (eds.): *Issues in Linguistics: Papers in Honor of Henri and Renée Kahane*. Urbana, Univ. of Illinois Press, 1973.
- Lg (*Language*).
- LL (*Language Learning*).
- Lang S (*Language Sciences*).
- LTA (*Language Teaching Abstracts*).
- L y C (*Lenguaje y Ciencias*. Trujillo, Perú).
- Ling B (*Linguistische Berichte*).
- Ling I (*Linguistic Inquiry*).
- Ling R (*Linguistic Reporter*. Center for Applied Linguistics).
- MEETHAM, A. R., y HUDSON, R. A. (ed.): *Encyclopaedia of Linguistics, Information and Control*. Oxford (Pergamon Press), 1969.
- MLJ (*Modern Language Journal*).
- PIL (*Papers in Linguistics*).
- QPR (*Quarterly Progress Report*. MIT).
- RLA (*Revista de Lingüística Aplicada*. Concepción, Chile).
- RLiR (*Revue de Linguistique Romane*).
- RLR (*Revue de Langues Romanes*).
- Rom. For. (*Romanische Forschungen*).
- RPh o Rom. Phil. (*Romance Philology*).
- RRL (*Revue Roumaine de Linguistique*).
- RSEL (*Revista de la Sociedad Española de Lingüística*).
- SIL (*Studies in Linguistics*).
- SLS (*Studies in the Linguistic Sciences*).
- TCLP (*Travaux du Cercle Linguistique de Prague*).
- ZRPh (*Zeitschrift für Romanische Philologie*).

Bibliografía fundamental

- ALVAR, Manuel: 1962. *Dialectología Española*. Madrid, C.S.I.C.
- AVELLANEDA, M. R.: 1966 y 1967. «Contribución a una bibliografía de dialectología española y especialmente hispanoamericana». *Bol. R.A.E.*, 46, pp. 335-369, 525-555; 47, pp. 125-156, 311-342.
- BIOLIK, Gisela: 1973. *Mil obras de lingüística española e hispanoamericana. Un ensayo de síntesis crítica*. Madrid, col. Plaza Mayor.
- BLEZNICK, Donald W.: 1972. «A guide to journals in the hispanic field» (lista selectiva anotada de revistas fundamentales para el estudio de la lengua y literaturas de España e Hispanoamérica). En *Hispania*, 55, pp. 207-221.
- BUSTOS TOVAR, Jesús: 1974. «La lingüística». *El año literario 1974*. Madrid, Castalia, pp. 81-98.
- CAMPBELL, Richard Joe: *Computerized bibliography of Spanish Linguistics*. Bloomington (Indiana), Research Center in Anthropology, Folklore and Linguistics. (En elaboración.)
1978. *Current Contents. Linguistik. Inhaltsverzeichnisse linguistischer Fachzeitschriften*. Xerocopia índices de numerosas revistas.
- CHATHAM, James R., y RUIZ-FORNELLS, Enrique: 1970. *Dissertations in Hispanic Languages and Literature. An Index of Dissertations Completed in the United States and Canada, 1876-1966*. Lexington, Univ. Press of Kentucky.
- DAVIS, Jack Emory: «The Spanish of Argentina and Uruguay. An Annotated Bibliography for 1940-1965». I. *Orbis*, XV, 1966, pp. 160-189; II. *Orbis*, XV, 1966, pp. 442-488; III + Suppl. *Orbis*, XVII, 1968, pp. 232-277 y 538; IV. *Orbis*, XVII, 1968, pp. 539-573.

1971. «The Spanish of Mexico: an annotated bibliography for 1940-69». *Hispania*, 54 (Membership issue), pp. 625-656.
- GOLDEN, Herbert H., y SIMCHES, Seymour O.: 1958. *Modern Iberian language and literature: A bibliography of homage studies*. Harvard, Univ. Press.
- GREGORY, W.: 1943. *Union List of Serials in Libraries of the United States and Canada*. N. York, *Supplement 1941-1943*, por G. MALIKOFF, N. York, 1945.
- METZELTIN, Michael: 1973. *Einführung in die hispanistische Sprachwissenschaft*. Tübinga, Max Niemeyer.
- NUESSEL, Frank H., Jr.: 1974. «A bibliography of Generative-Based Grammatical Analyses of Spanish». *Lenguaje y Ciencias*. Trujillo, 14, 2, pp. 105-125.
- POLO, José: 1974. *Ortografía y ciencia del lenguaje*. Madrid, Paraninfo.
- POTTIER, Bernard: 1961, 1962 y 1964. «Bibliographie de linguistique romane: domaine espagnol». *Revue de Linguistique Romane*, XXV, pp. 161-177; XXVI, pp. 224-236, y XXVIII, pp. 211-227.
- QUILIS, Antonio: 1963. *Fonética y fonología del español*. Madrid, C.S.I.C.
- ROHLFS, Gerhard: 1957. *Manual de Filología Hispánica*. Bogotá, Instituto Caro y Cuervo.
- SERIS, Homero: 1964. *Bibliografía de la lingüística española*. Bogotá, Instituto Caro y Cuervo.
- SIMCHES, S. O.: Cf. GOLDEN, H. H.
- SOLÉ, Carlos A.: 1970. *Bibliografía sobre el español en América, 1920-1967*. Washington, Georgetown Univ. Press.
- STEVENSON, J.: 1976. «Morfosintaxis del moderno español peninsular. Ensayo bibliográfico de estudios descriptivos (1950-1975)». *Español Actual*, 31, pp. 1-32.
- TEJERA, María Josefina: 1974. «Bibliografía de Ángel Rosenblat». *E.F.L.*, pp. 543 y ss.
- WILLIAMS, Harry F.: 1951. *An index of medieval studies published in Festschriften, 1865-1946*. Berkeley-Los Angeles.
- WOODBIDGE, H. C., y OLSON, P. R.: 1952. *A tentative bibliography of Hispanic linguistics*. Urbana (Illinois), mimeografiada.
- YANES, Pedro A. (ed.): 1974. *Índice bibliográfico para estudios españoles e hispanoamericanos en los Estados Unidos*. N. York-Madrid, Anaya-Las Américas.

Obras generales

1964. *Actas del Primer Congreso Internacional de Hispanistas*. Oxford, The Dolphin Book.
1967. *Actas del Segundo Congreso Internacional de Hispanistas*. Nimega, Instituto Español de la Universidad.
1970. *Actas del Tercer Congreso Internacional de Hispanistas*. México, El Colegio de México.
- ALARCOS LLORACH, Emilio: 1978. *Estudios de Gramática Funcional del Español*. Madrid, Gredos, 2.^a ed. ampliada.
1969. *Gramática estructural*. Madrid, Gredos, reimp.
- ALCINA FRANCH, J., y BLECUA, J. M.: 1975. *Gramática española*. Barcelona, Ariel.
- ALDRETE, Bernardo de: 1606. *Del origen y principio de la lengua castellana o romance que oi se usa en España*. Roma, Carlo Vulliet.
- ALONSO Amado: 1950. «Introducción a los estudios gramaticales de Andrés Bello». Prólogo a la edición de la Gramática, por el Ministerio de Educación de Venezuela, Caracas, pp. IX-LXXXVI.
1951. *Estudios lingüísticos. Temas españoles*. Madrid, Gredos.
1953. *Estudios lingüísticos. Temas hispanoamericanos*. Madrid, Gredos.
1958. *Castellano, español, idioma nacional*. Buenos Aires, Losada (reseña de G. S. ADAMS en *Language*, 15, pp. 208-209).
- ALONSO, Amado, y HENRÍQUEZ UREÑA, Pedro: 1964. *Gramática castellana*. 2 vols., Buenos Aires, Losada, cursos 1.^o y 2.^o, 22.^a ed.
- ALONSO, Dámaso: 1972. *Obras completas*, I. Madrid, Gredos.
- «Para evitar la diversificación de nuestra lengua», en *Presente y futuro de la lengua española*, II, pp. 259-269.
- ALVAR, Manuel: 1969. *Variedad y unidad del español*. Madrid, Prensa Española.

- ANÓNIMO: 1559. *Gramática de la lengua vulgar de España*. Lovaina. Edición facsimilar y estudio de R. DE BALBÍN y A. ROLDÁN, Madrid, C.S.I.C., 1966.
- ANÓNIMO: 1555. *Vtil y breve institvion para aprender los principios y fundamentos de la lengua Hespañola*. Lovaina. Edic. fac. con estudio e índice de A. ROLDÁN, Madrid, C.S.I.C., 1977.
- AYER, G. W.: 1972. «Linguistic Research in the 1960's». *Hispania*, 55: 4, pp. 887-891.
- BALDINGER, Kurt: 1971. *La formación de los dominios lingüísticos en la Península Ibérica*. Madrid, Gredos, 2.ª ed.
- BARRENECHEA, A. M., y MANACORDA DE ROSETTI, M. V.: 1969. *Estudios de Gramática Estructural*. Buenos Aires, Paidós.
- BATTISTESSA, A. J.: 1965. «Andrés Bello, su Gramática, y las gramáticas argentinas». *CI*, 3, pp. 141-148.
- BEINHAUER, Werner: 1978. *El español coloquial*. Madrid, Gredos, 3.ª ed..
- BELLO, A., y CUERVO, R. J.: 1945. *Gramática de la lengua castellana*. Buenos Aires, Sopena.
- BENOT, Eduardo: 1921. *Arte de hablar. Gramática filosófica de la lengua castellana*. Obra póstuma, 2.ª ed. (1.ª, 1910), Madrid, Hernando.
- BUCHER, C. B. de: 1971. «Análisis transformacional de un dialecto del español». Ph. D. Dissertation, Georgetown University. Abs. *DA*, 32: 12 (1972), pp. 6953-A-6954-A.
- BUESA OLIVER, Tomás, y FLÓREZ, L.: 1954. «El atlas lingüístico etnográfico de Colombia. Cuestionario preliminar». *BICC*, 10, pp. 147-315. (Reseña en *NRFH*, 14, pp. 128-130, 1960.)
- BULL, William: 1965. *Spanish for Teachers: applied linguistics*. N. York, Ronald Press.
- CAMPBELL, R. Joe; GOLDIN, Mark G., y WANG, Mary Clayton (eds.): 1974. *Linguistic Studies in Romance Languages*. Proceedings of the Third Linguistic Symposium on Romance Languages, Georgetown Univ. Sch. of Lang. and Linguistics.
- CASAGRANDE, J.: «Syntactic Studies in Romance». *GSRL (Generative Studies in Romance Languages)*, pp. 1-22.
- CATALÁN, Diego: 1955. *La escuela lingüística española y su concepción del lenguaje*. Madrid, Gredos.
1958. «Génesis del español atlántico. Ondas varias a través del océano». *Rev. de H.ª Canaria*, 24, pp. 1-10.
- CLARKE, Dorothy Clotelle: 1964. *Morphology of Fifteenth Century Castilian Verse*. Duquesne, Univ. Press.
- COLINO LÓPEZ, Antonio: 1972. *Ciencia y lenguaje* (discusión de recepción en la R.A.E. el 23-1-1972, contestación de J. Marias). Madrid.
- CONCHA, Víctor G. de la, cf. QUILIS, Antonio.
- CORREAS, Gonzalo: 1954. *Arte de la lengua española castellana* (anexo LVI de la *RFE*). Ed. y prólogo de Emilio ALARCOS GARCÍA.
- C.S.I.C. (editor): *Enciclopedia lingüística hispánica*. Madrid, desde 1959, t. I, suplemento, y t. II.
1967. *Problemas y principios del estructuralismo lingüístico*. Madrid.
- COSTE, J., y REDONDO, A.: 1965. *Syntaxe de l'espagnol moderne*. París, SEDES.
- CRÍADO DE VAL, Manuel: 1945. *Fisonomía del idioma español*. Madrid, Aguilar.
1958. *Gramática española*. Madrid, SAETA.
- CUERVO, R. J.: 1886-1893. *Diccionario de construcción y régimen de la lengua castellana*. T. I y t. II, París. Continúa en el Instituto Caro y Cuervo de Bogotá.
- Obras completas*. Bogotá, Clásicos Colombianos.
- Enciclopedia lingüística hispánica*. Vid. C.S.I.C.
- ENTWISTLE, William J.: 1936². *The Spanish Language. Together with Portuguese, Catalan and Basque*. Londres, Faber & Faber.
- FERNÁNDEZ RAMÍREZ, Salvador: 1951. *Gramática española. Los sonidos, el nombre y el pronombre*. Madrid, Revista de Occidente.
- FLÓREZ, Luis, cf. BUESA OLIVER, T.
1952. *Lengua española*. Bogotá, Instituto Caro y Cuervo.
- FOLEY, J. A.: 1965. «Spanish Morphology». Ph. D. Dissertation, Massachusetts Institute of Technology.
- FONTANELLA DE WEINBERG, M. B.: 1976. *La lengua española fuera de España*. Buenos Aires, Paidós.

- GARCÍA BARDÓN, Salvador: 1967. *Estudio estructural del español*. I. Elementos. Lovaina, Université Catholique.
- GARCÍA DE DIEGO, Vicente: 1951. *Lecciones de lingüística española*. Madrid, Gredos.
1961. *Gramática histórica española*. Madrid, Gredos, 2.^a ed. (3.^a ed., 1970).
- GILI Y GAYA, Samuel: 1964. *Curso superior de sintaxis española*. Barcelona, 9.^a ed.
1965. *Nuestra lengua materna. Observaciones gramaticales y léxicas*. San Juan (Puerto Rico), Instituto de Cultura Puertorriqueña.
- GMINDER, J. A.: 1967. *A Study in Fourteenth-Century Spanish Syntax*. Ann Arbor, University Microfilms, tesis de A. Ar.
- GOLDIN, Mark G., cf. CAMPBELL.
1969. *Spanish Case and Function*. Washington, Georgetown Univ. Press. (Res. DAVIS, J. C.: *Lingua*, 25: 1, pp. 1-12, 1970; TOGEBY, Kn.: *RPh*, 24: 2, pp. 364-366, 1970.)
- GRANDA, Germán de: 1978. *Estudios lingüísticos hispánicos, afrohispanicos y criollos*. Madrid, Gredos.
- GULSTAD, Daniel E.: «Functions and States in the Deep Structures of Spanish». *GSRL*, pp. 139-161.
- HADLICH, Robert L.: 1971. *A Transformational Grammar of Spanish*. N. Jersey, Prentice-Hall. (Trad. esp. Madrid, Gredos, 1973, reseña de V. Sz. de Zavala en *RSEL*, 4, 1974, pp. 529-535.)
- HANSEN, Federico: 1958. *Estudios. Métrica. Gramática. Historia literaria*. Santiago de Chile, Anales de la Univ. de Chile, 3 vols.
- 1913 y 1966. *Gramática histórica de la lengua castellana*. Halle a S., Max Niemeyer, y París, Hispanoamericanas.
- HARRIS, J. W.: 1970. «Paradigmatic Regularity and Naturalness of Grammars». Mimeografiado.
- HERNÁNDEZ ALONSO, César: 1970. *Sintaxis española*. Valladolid, ed. del autor, 2.^a ed. 1971. Cf. QUILIS, Antonio.
- HILLS, E. C.: 1926. «The terms 'Spanish' and 'Castilian'». *Hispania*, IX, pp. 190-191.
- JAVENS, Charles: 1965-1966. *A study of old Spanish syntax: the fifteenth century*. Tesis, Univ. of North Carolina; resumen en *DA*, 26, p. 3924.
- JIMÉNEZ PATÓN, Bartolomé: 1965. *Epítome de la ortografía latina y castellana. Instituciones de la Gramática española*. Madrid, C.S.I.C.
- KAHANE, H. R., y PIETRANGELI, A.: 1959. *Structural Studies on Spanish Themes*. Salamanca.
1954. *Descriptive Studies in Spanish Grammar*. Urbana, The University of Illinois Press.
- KANY, Ch. E.: 1971. *Sintaxis hispanoamericana*. Madrid, Gredos.
- KEILER, Allan R.: 1972. *A Reader in historical and comparative Linguistics*. N. York, Holt.
- KENISTON, H.: 1937. *The Syntax of Castilian Prose. The sixteenth century*. Illinois, Chicago Univ. Press.
1937. *Spanish Syntax List*. N. York, Holt (2.^a ed., 1948).
- KOVACCI, Ofelia: 1975. «Función y contexto: acerca de la elipsis». *Hom. Inst. Fil. «Dr. Amado Alonso»*, Buenos Aires, pp. 130-145.
- LACAU, M.^a H., y MANACORDA DE ROSETTI, Mabel: 1962. *Castellano*. Tres cursos (con tres cuadernos de ejercicios), Buenos Aires, Kapelusz.
- LAMÍQUIZ, Vidal: 1973. *Lingüística española*. Univ. Sevilla (2.^a ed., 1974).
- LAPESA, Rafael: 1959-1960. «Desarrollo de las lenguas iberorrománicas durante los siglos v al xiii». *CHM*, 5, pp. 573-605.
1962. *Historia de la lengua española*. Madrid. Desde 1980, Madrid, Gredos.
1966. «América y la unidad de la lengua española». *ROc*, 38, pp. 300-310.
1968. «Evolución sintáctica y forma lingüística interior en español». Actas del XI Congreso Internacional de Lingüística y Filología Románicas, Madrid, 1965. Madrid, C.S.I.C., pp. 131-150.
- 1977 (coord). *Comunicación y lenguaje*. Madrid, Karpos.
- LAZARO CARRETER, F.: 1962. *Diccionario de términos filológicos*. Madrid, Gredos, 2.^a ed.
- 1971-1972. *Lengua española: Historia, teoría y práctica*. 2 vols., Salamanca, Anaya.
- LENZ, Rodolfo: 1935. *La oración y sus partes*. Madrid, RFE.
- LOPE BLANCH, J. M.: 1968. *El español de América*. Madrid, Alcalá.
- LORENZO, Emilio: 1966. *El español de hoy, lengua en ebullición*. Madrid, Gredos.

- MALKIEL, Yakov: 1952. «Old and New Trends in Spanish Linguistics». *Studies in Philology*, II, pp. 437-458.
 1957-1958. «Diachronic Hypercharacterization in Romance». *Arch. Ling.*, 9, pp. 79-113; 10, pp. 1-36.
 1962. «Weak phonetic change, spontaneous sound shift, lexical contamination». *Lingua*, XI, pp. 263-275.
 1964. «La filología española y la lingüística general». *Actas del Primer Congreso Internacional de Hispanistas*, Oxford, The Dolphin Book Co. Ltd.
 1966. «Multiple versus simple causation in linguistic change», en *To Honor Roman Jakobson*, II. La Haya-París, Mouton, pp. 1228-1246.
- MALMBERG, Bertil: 1971. *La América hispanohablante*. Madrid, Istmo, 2.ª ed.
- MANACORDA DE ROSETTI, Mabel V., vid. et sub. BARRENECHEA, A. M.
- MAÑCZAK, M.: 1958. «Tendances générales des changements analogiques». *Lingua*, 7, pp. 298-325 y 387-420.
- MARCOS MARÍN, Francisco: 1970. *Morfosintaxis española*. Montreal, La Librairie des Presses de l'Université de Montréal.
 1972. *Aproximación a la Gramática española*. Madrid, Cincel; 2.ª ed. rev., 1974; 3.ª ed. corr., 1975; reimp. 1978. (Res. de J. J. SATORRE en *Cuad. Hisp. Am.*, 284, 1974, pp. 441-443.)
 1975. *Lingüística y lengua española*. Madrid, Cincel.
 1978. *La lengua española en sus textos*. Madrid, Noguer.
 1979. *Reforma y modernización del español (ensayo de sociolingüística histórica)*. Madrid, Cátedra.
- MARINER BIGORRA, Sebastián: 1971. «Criterios morfológicos para la categorización gramatical», en *Español actual* (OFINES), 20, dic., pp. 1-11.
- MENÉNDEZ PIDAL, Ramón: 1944. *La unidad del idioma*. 19 hojas sin paginar (discurso de inauguración de la Asamblea del Libro Español).
 1962. *Manual de Gramática histórica española*. Madrid, Espasa-Calpe, 11.ª ed.
- MEYER, Paula L.: «Some Observations on Constituent-Order in Spanish». *GSRL*, pp. 184-195.
- MEYER-LÜBKE, W.: desde 1890. *Grammaire des Langues Romanes*. 4 vols., París.
 1926. *Introducción a la lingüística románica*. Versión de la 3.ª edición alemana con adiciones y notas por Américo Castro, Madrid, anejo I de la RFE.
- MOLINA, H.: 1968. «Transformational Grammar in Teaching Spanish». *Hispania*, 51: 2, pp. 284-286. (Abs. anónimo, *LTA*, 2: 1, pp. 54-55, 1969.)
 1970. «Scientific and Pedagogical Grammars». *Hispania*, 53: 1, pp. 75-80.
- MUÑOZ CORTÉS, Manuel: 1942. «Filología e Historia». *Escorial*, IX, pp. 59-96.
 «Niveles sociológicos en el funcionamiento del español. Problemas y métodos». En *Pres. y Fut. de la Leng. Esp.*, 2, pp. 35-57.
- MUÑOZ Y MANZANO, Cipriano (conde de la Viñaza): 1893. *Biblioteca histórica de la filología castellana*. Madrid, RAE, Manuel Tello, imp. (Facsimil, Madrid, Atlas, 1978.)
- NEBRIJA, Antonio de: 1946. *Gramática castellana*. Ed. de P. Galindo Romeo y Luis Ortiz Muñoz, 2 vols., Madrid. (Ed. de la Junta del Centenario.)
- OTERO, Carlos Peregrín: 1966. *Letras*. I, 2.ª ed., Barcelona, Seix Barral, 1972 (1.ª ed., Londres, Tamesis Books Ltd.).
 1971. *Evolución y revolución en romance*. Barcelona, Seix Barral.
- PAUFLER, Hans-Dieter: 1977. *Lateinamerikanisches Spanish*. Phonetisch-phonologische und morphologisch-syntaktische Fragen. Leipzig: VEB Vg. Enz.
- PÉREZ RIOJA, J. A.: 1953. *Gramática de la lengua española*. Madrid, Tecnos.
- PIETRANGELI, A. (ed.), vid. KAHANE (ed.).
- POTTIER, Bernard: 1958. *Introduction à l'étude de la Philologie Hispanique*. París.
 1962. *Systématique des éléments de relation. Étude de morphosyntaxe structurale romane*. París, Klincksieck.
 1964. *Introduction à l'étude de la Morphosyntaxe espagnole*. París, ed. Hispanoamericanas.
 1968. *Lingüística moderna y filología hispánica*. Madrid, Gredos.
 1970. *Grammaire de l'espagnol*. París, QJS 1354, 1970. (Trad. española de A. Quilis, Madrid, Alcalá.)
 1972. *Introduction à l'étude linguistique de l'espagnol*. París, Ed. Hispanoamericanas.

- QUILIS, A.; HERNÁNDEZ, C., y CONCHA, V. G. de la: 1971. *Lengua española*. Valladolid, ed. de los autores.
- RABANALES, Ambrosio: «La obra lingüística de don Ramón Menéndez Pidal». *Bol. de Filología*, Chile, XXI, pp. 193-273 (con índice general).
- RAMSEY, Marathon Montrose: 1954. *A Textbook of Modern Spanish*. Revised by Robert K. Spaulding, N. York, Holt.
- REAL ACADEMIA ESPAÑOLA: *Gramática de la lengua castellana*. (Desde 1771 hasta 1927; desde 1927 hasta 1962, *Española*.)
1962. *Gramática de la lengua española*. Madrid, Espasa Calpe.
1973. *Esbozo de una nueva gramática de la lengua española*. Madrid, Espasa Calpe.
- REINHARDT, W.: 1946. «El elemento germánico del español». *RFE*, pp. 295-309.
- REY PASTOR, Julio: 1954. *Algebra del lenguaje* (discurso de recepción en la R.A.E. el 1-IV-1954, contestación de J. M.^a Pemán). Madrid.
- ROCA PONS, José: 1960. *Introducción a la Gramática*. Barcelona, Vergara, 2 vols. (2.^a ed., Teide, 1970, en un volumen).
1973. *El lenguaje*. Barcelona, Ed. Teide.
- ROJO, Guillermo: 1978. *Cláusulas y oraciones*. Santiago de Compostela, anejo *Verba*.
- SALTARELLI, M. D.: 1966. «Romance Dialectology and Generative Grammar». *Orbis*, 15: 1, pp. 51-59.
- SALVÁ, Vicente: 1835. *Gramática de la lengua castellana*. París.
- SANCHEZ, D. A., y ZIERER, E.: «Glosario inglés-castellano de gramática generativa transformacional». Mimeografiado, Trujillo, UNT.
- SANCHEZ DE LAS BROZAS, Francisco: 1664. *Minerva sive de Causis Latinae Linguae Commentarius*. Con advertencias y notas de Gasperis Scioppii, Amsterdam (apud Judocum Pluymer). Trad. Madrid, Cátedra.
- SANCHEZ MARQUEZ, Manuel J.: 1972. *Gramática moderna del español, teoría y norma*. Buenos Aires, Ediar.
- SAPORTA, Sol: 1966. «Applied Linguistics and Generative Grammar». *Trends in Language Teaching*, A. Valdman, ed. New York, McGraw-Hill, pp. 81-92.
- SECO, Manuel: 1967. *Diccionario de dudas de la lengua española*. Madrid, Aguilar.
1972. *Gramática esencial del español*. Madrid, Aguilar.
- SECO, Rafael: 1963. *Manual de Gramática española*. Madrid, Aguilar, 6.^a ed.
- SEPHIHA, Haïm Vidal (ed.): 1975. *Mélanges offerts à Charles Vincent Aubrun*. París, Éd. Hispaniques, 2 vols.
- SPITZER, Leo: 1911. «Stilistisch-Syntaktisches aus den Spanisch-portugiesischen Romanzen». *ZRPh.*, XXXV, pp. 122-230 y 258-308.
1925. «Beiträge zur spanischen Syntax». *Homenaje a Menéndez Pidal*, I, pp. 49-62.
- STEEL, Brian: 1976. *A Manual of Colloquial Spanish*. Madrid, SGEL. (Res. Norman P. Sacks, en *Hispania*, 61, marzo 1978, p. 188 a. b.)
- STEPANOV, G. V.: 1976. *Tipologiya yazykovykh sostoyanii i situatsii v stranakh romanskoy rechi*. Moscú, Nauka.
- STEVENSON, C. H.: 1970. *The Spanish Language Today*. Londres, Hutchison & Co.
- STOCKWELL, R. P.; BOWEN, J. D., y MARTIN, J. W.: 1965. *The Grammatical Structures of English and Spanish*. Chicago, The Univ. Press.
- TOVAR, Antonio: «Sustratos hispánicos y la inflexión románica en relación con la infección céltica». *VII C.I.L.F.R.*, Barcelona, *Actas y Memorias*, II, pp. 387-399.
1965. «La lengua lusitana y los sustratos hispánicos». *Actas XI CILFR* (Madrid), pp. 491-497, 1968.
- Varios autores: 1965. *La lengua española en Filipinas. Datos acerca de un problema*. Madrid, OFINES.
- VILLALÓN, Cristóbal de: 1971. *Gramática castellana*. Ed. facsimilar y estudio de Constantino García, Madrid, C.S.I.C.
- VIÑAZA, cf. MUÑOZ Y MANZANO.
- WANG, Mary Clayton, cf. CAMPBELL.
- XIMÉNEZ PATÓN, Bartolomé, vid. JIMÉNEZ, *supra*.
- ZIERER, Ernesto, cf. SANCHEZ, D. A.

Metodología

- ALARCOS LLORACH, E.; HERNÁNDEZ ALONSO, César; LAPESA, R.; MARCOS MARÍN, F.; QUILIS, A., y SALVADOR, G.: 1979. *Comentarios lingüísticos de textos*. I. Valladolid, Dep. de Lingüística Española.
- ALBESA, R. M.: 1963. *Palestra gramatical. Crítica de doctrina y nuevos postulados*. Buenos Aires, Don Bosco.
- ALONSO, Amado: 1925. «Crónica de los estudios de filología española». *Revue de Linguistique Romane*, I, pp. 171-180 y 329-347.
- BAQUERO GOYANES, Mariano: 1953. «La educación de la sensibilidad literaria». *Rev. de Educ.*, IV, pp. 1-5.
- CANTINELLI, Antonio: 1964. *Estructuralismo y gramática*. Córdoba (Argentina). (Reseña en *BFUCH*, XXI, 1970, pp. 343-348.)
1965. *Sintaxis y composición*. Córdoba (Argentina), Assandri.
- CASAGRANDE, Jean: «Theory, Description and Pedagogy: the Interrelated Parts of a Whole». *G.S.R.L.*, pp. 353-361.
- CASTRO, Américo: 1922. *La enseñanza del español en España*. Madrid, V. Suárez.
1924. *Lengua, enseñanza y literatura (esbozos)*. Madrid, V. Suárez.
- GARCÍA, Carolina Tobar, cf. SALOTTI, Martha A.
- GARCÍA, Lilly: Cf. ROJAS y —.
- GARCÍA LÓPEZ, J., y PLEYÁN, C.: 1969. *Introducción en la metodología del análisis estructural*. Barcelona, Teide.
- GILI Y GAYA, Samuel: 1952. «La enseñanza de la Gramática». *Rev. de Educ.*, I, 2, pp. 119-122.
- GIMÉNEZ CABALLERO, Ernesto: 1953. «Sobre la enseñanza de 'Lengua y Literatura'». *Rev. de Educ.*, III, núm. 7, pp. 117-120.
- GONZÁLEZ NIETO, Luis: 1978. *La enseñanza de la Gramática*. Madrid, Anaya/2 (temas monográficos de educación).
- LACAU, M.^a Hortensia P. M. de, y ROSETTI, Mabel V. Manacorda de: 1962. *Castellano (I, II y III, con tres cuadernos de ejercicios)*. Buenos Aires, Kapelusz.
- LAPESA, Rafael: 1970. «Sobre problemas y métodos de una sintaxis histórica». Aparte del libro *Homenaje a Xavier Zubiri*, Madrid, pp. 201-213.
- LAVANDERA, Beatriz: 1974. «On sociolinguistic research in New World Spanish: a review article». *Language in Society*, Cambridge, 3, 2, pp. 247-292.
- LÁZARO CARRETER, Fernando: 1950. «Estilística y crítica literaria». *Insula*, 59, pp. 2 y 6
- MANACORDA DE ROSETTI, MABEL V.: 1965. *La gramática estructural en la escuela primaria*. Buenos Aires, Kapelusz.
1964. *La gramática estructural en la escuela secundaria*. Buenos Aires, Kapelusz, 2.^a ed.
- MARCOS MARÍN, Francisco: 1972. «La enseñanza de la pronunciación y sus implicaciones dialectales». *Vida Escolar*, n.º 39-42, pp. 139-140.
1978. *El comentario lingüístico*. Madrid, Cátedra, 3.^a ed.
- MARTÍN, Eusebia Herminia: 1972. «La lingüística como ciencia». *Bol. de Humanidades*, Buenos Aires, pp. 56-60.
- PLEYÁN, Carmen, cf. GARCÍA LÓPEZ, J.
- ROJAS, Ibico, y GARCÍA, Lilly (comp.): 1977. *Lenguaje: Lingüística y metodología*. Lima, Inide.
- ROSETTI, cf. M. MANACORDA DE...
- Cf. LACAU Y...
- SALOTTI, Martha, y GARCÍA, Carolina TOBAR: 1938. *La enseñanza de la lengua. Contribución experimental*. Buenos Aires, Kapelusz, 1.^a ed. (5.^a ed., 1960).
- SECO, Manuel: «El idioma y su metodología en la enseñanza media española». *Presente y futuro de la lengua española*, 2, pp. 307-314.
- Varios autores: 1960. *Lengua y enseñanza. Perspectivas*. Madrid, C.D. y O.D.E.P., Ministerio de Educación Nacional. (Con artículos de D. Alonso, M. Muñoz Cortés, E. Alarcos, S. Fernández Ramírez, E. Lorenzo, J. Arce, F. Lázaro, M. Criado de Val, V. García de Diego y J. de Entrambasaguas, entre otros.)
- Varios autores: 1970. *El estructuralismo lingüístico en la Argentina*. Buenos Aires, Ángel Estrada.
- WYATT, James L.: 1968. «Some general techniques for the structural analysis of Portuguese and Spanish». *Computer Studies*, Mouton, 1, pp. 43-47.

- ZAMORA VICENTE, A.: 1943. «Notas sobre la enseñanza de la lengua y la literatura nacionales». *Rev. Nac. de Educ.*, pp. 83-100, dic.
- ZIERER, Ernesto: 1966. «On the Usefulness of Transformational Grammars in Language Teaching». *Lenguaje y Ciencias*, 20, pp. 1-11.

Fonética y fonología

- ALARCOS LLORACH, E.: 1974. *Fonología española*. Madrid, Gredos, 4.^a ed. renovada.
- ALONSO, Amado: 1967 y 1969. *De la pronunciación medieval a la moderna en español* (ultimado y dispuesto para la imprenta por Rafael Lapesa). Madrid, Gredos, 2 vols.
- ALONSO, Dámaso; ZAMORA, A., y CANELLADA, M.^a J.: 1950. «Vocales andaluzas. Contribución al estudio de la fonología peninsular». *NRFH*, IV, pp. 209-230.
- ALVAR, Manuel: 1955. «La fonética y sus posibles aplicaciones a un curso universitario de lengua española». En *Bol. Univ. Granada*, IV, pp. 91-103.
1955. «Las hablas meridionales de España y su interés para la lingüística comparada». *RFE*, XXXIX, pp. 284-313.
- ALLEN, Joseph H. D., Jr.: 1964. «Tense/Lax in Castilian Spanish». *Word*, 20, pp. 295-321.
- BADIA, Antoni María: 1962. «Nuevas precisiones sobre la diptongación española». *RLiR*, 26, pp. 1-12.
- BAENA-ZAPATA, L. A.: 1967. «The Phonology of the Spanish of Antioquia (Colombia)». Ph. D. Dissertation, University of Texas. 1967. Abs. *DA*, 27: 12 (1967), p. 4235-A.
- BALDINGER, Kurt, y RIVAROLA, José Luis: 1971. «Lingüística tradicional y fonología diacrónica». *Anuario de Letras*, México, IX, pp. 5-49.
- BÈS, Gabriel G.: 1964. «Examen del concepto de rehilamiento». *BICC*, XIX, pp. 18-42.
- BOWEN, J. D.: 1956. «A comparison of the intonation patterns of English and Spanish». *Hispania*, 34, pp. 30-35.
- Cf. STOCKWELL, R. P.
- BOWEN, J. Donald, y STOCKWELL, Robert P.: 1955. «The phonemic interpretation of semivowels in Spanish». *Language*, 31, pp. 236-240.
1956. «A further note on Spanish semivowels». *Language*, 32, pp. 290-292.
- BOZZINI, G. R.: 1971. «A Tripolar Contrastive Analysis of the Sound Systems of English, Catalan and Spanish for the Purpose of Teaching English to Bilingual Speakers of Catalan and Spanish». Ph. D. Dissertation, Georgetown University. Bs. *DA*, 32: 5, 1971, p. 2663-A.
- BRAME, M. K., y BORDELOIS, I.: 1973. «Vocalic Alternations in Spanish». *Lingl*, 4: 2, pp. 111-168.
1974. «Some Controversial Questions in Spanish Phonology». *Lingl*, V/2, pp. 282-298.
- BURSTYNSKY, E. N.: 1967. «Distinctive Feature Analysis and Diachronic Spanish Phonology». Ph. D. Dissertation, University of Toronto. Abs. *DA*, 28: 10, 1968, p. 4154-A.
- CALVANO, William J.: *A phonological study of four Ibero-Romance dialects*. Ithaca (N. York), tesis de M. A. Cornell University.
- CAMPBELL, J. R.: 1966. «Phonological Analysis of Spanish». Ph. D. Dissertation, University of Illinois. (Abs. 27: 7, 1967, p. 2137-A.)
- «A Sketch of Spanish Phonology». Mimeografiado, Indiana University, s.a.
- CANELLADA, M. J.: 1965. *Antología de textos fonéticos*. Madrid, Gredos.
- CARDENAS, Daniel: 1960. *Introducción a una comparación fonológica del español y del inglés*. Washington (Center for Applied Linguistics of the MLA).
- CATALÁN, Diego: 1954. «Resultados ápico-palatales y dorso-palatales de -LL-, -NN- y de LL (<L-), NN (<N-)>». *RFE*, 38, pp. 1-44.
- 1955-1956 y 1956-1957. «El asturiano occidental. Examen sincrónico y explicación diacrónica de sus fronteras fonológicas». *Rom Ph*, 10, pp. 71-92; 11, pp. 120-158.
1957. «The end of the phoneme /z/ in Spanish». *Word*, 13, pp. 283-322.
1972. «En torno a la estructura silábica del español de ayer y del español de mañana». *Hom. H. Meier*, Munich, pp. 77-110.
- COHEN, V. B.: 1971. «Foleylogy». *CLS*, 7, pp. 316-322.
- CONTRERAS, H., y SAPORTA, S.: 1960. «The Validation of a Phonological Grammar». *Lingua*, 9: 1, pp. 1-15. (Re.: MOLHO, M., *BHi*, 64: 3-4, 1962, pp. 344-345.)

- CONTRERAS, Heles: 1968. «Vowel Fusion in Spanish». *Hispania*, 52: 1, pp. 60-62, 1970. (Abs. anónimo, *LTA*, 3: 1, 1970, p. 55.)
1969. «Simplicity, Descriptive Adequacy and Binary Features». *Language*, 45: 1, pp. 1-8.
- CRESSEY, W. W.: 1970. «Is Spanish Stress Really Predictable?». Mimeografiado.
1970. «A Note on Specious Simplification and the Theory of Markedness». *PIL*, 2: 2, pp. 227-237.
- CUERVO, Rufino José: 1895. «Disquisiciones sobre la antigua ortografía y pronunciación castellanas». *Revue Hispanique*, 11, pp. 1-69.
- CHAVARRIA-AGUILAR, O. L.: 1951. «The phonemes of Costa Rican Spanish». *Language*, 27, pp. 248-253.
- DELATTRE, Pierre: 1946 y 1966. «Stages of Old French phonetic changes observed in Modern Spanish». *PMLA*, LXI, pp. 7-41, y en *Studies in French and Comparative Phonetics*, La Haya, Mouton, pp. 175-205.
- DI PIETRO, R. J.: 1966. «Voiceless Stops in West Romance». *Orbis*, 15: 1, pp. 68-72.
- DREHER, B. B.: 1973. «Phonological Developments». *Hispania*, 56: 2, pp. 421-425.
- FERGUSON, Thaddeus: 1976. *A History of the Romance Vowel Systems through Paradigmatic Reconstruction*. La Haya-París, Mouton.
- FOLEY, J. A.: 1970. «A Systematic Phonological Interpretation of the Germanic Consonant Shifts». *LangS*, 9, pp. 11-12.
1970. «Phonological Distinctive Features». *FoLi*, 4: 1/2, pp. 87-92.
1971. «Phonological Change by Rule Repetition». *CLS*, 7, pp. 376-384.
- FONTEANILLA DE WEINBERG, M.^a Beatriz: 1971. «La entonación del español de Córdoba (Argentina)». *Thesaurus. BICC*, XXVI, pp. 11-21.
- FOSTER, D. W.: 1968. «A Contrastive Note on Stress in English and Equivalent Structures in Spanish». *IRAL*, 6: 3, pp. 257-266.
- GAENG, Paul A.: 1968. *An Inquiry into Local Variations in Vulgar Latin as Reflected in the Vocalism of Christian Inscriptions*. Chapel Hill.
- GIESE, Wilhelm: 1964. «Zu span. -ld- anstelle von arab. ḍaḍ». *RRPh*, LXXX, pp. 356-361.
- GILI Y GAYA, Samuel: 1961. *Elementos de fonética general*. Madrid, Gredos, 4.^a ed.
- GONZALEZ OLLE, Fernando: 1970 (pub. 1972). «El romance navarro». *RFE*, 53, pp. 45-93.
1972. «La sonorización de las consonantes sordas iniciales en vascuence y en romance y la neutralización de k-/g- en español». *AO*, XXII, pp. 255-274.
- «Vascuence y romance en la historia lingüística de Navarra». *Arbor*, 75, núms. 295-296, pp. 31-76.
- GRANDA, Germán de: 1966. *La estructura silábica y su influencia en la evolución fonética del dominio iberorománico*. Madrid, C.S.I.C.
- GRIFFIN, David A.: 1969. «Arcaísmos dialectales mozárabes y la Romania Occidental». *A. 2.^o C.I.H.*, pp. 341-345.
- HALA, Bohuslav: 1966. *La sílaba. Su naturaleza, su origen y sus transformaciones*. Madrid, C.S.I.C., *Collectanea Phonetica*.
- HARA, Makoto: 1970. «En defensa del concepto 'fonema' contra la fonología generativa de la escuela de Chomsky». *A. 3.^{er} C.I.H.*, pp. 435-442.
1973. *Semivocales y neutralización*. Madrid, C.S.I.C.
- HARRIS, James W.: 1969. *Spanish Phonology*. Cambridge (Mass.), M.I.T. Press. (Trad. esp.: 1976. *Fonología generativa del español*. Barcelona, Planeta.)
1969. «Sound Change in Spanish and the Theory of Markedness». *Language*, 45: 3, pp. 538-552.
1969. «Rule Exception Features [± Foreign]: Evidence from Spanish». *QPR*, 94, 223-226.
1970. «Sequences of Vowels in Spanish». *Lingl*, 1: 1, pp. 129-134.
1971. «On the Order of Certain Phonological Rules in Spanish». Mimeografiado.
1974. «On Certain Claims Concerning Spanish Phonology». *Lingl*, V/2, pp. 271-282.
- HOOPER, Joan Bybee: 1970. *Generative phonology and the Spanish yod*. M. A. Thesis, San Diego State College.
1972. «The Syllable in Phonological Theory». *Language*, 48: 3, pp. 525-540.
- JUNGEMANN, Fredrick H.: 1956. *La teoría del sustrato y los dialectos hispano-romances y gascónes*. Madrid, Gredos.
- KING, R. D.: 1973. «Rule Insertion». *Language*, 49: 3, pp. 551-578.

- KREPINSKY, Max: 1958. «La naissance des langues romanes et l'existence d'une période de leur évolution commune (latin vulgaire, période romane)». *Romanica*, II, p. 8.
1962. *Inflexión de las vocales en español*. Trad. y notas de V. G.^a de Diego, Madrid. C.S.I.C., 2.^a ed.
- LACERDA, A. de, y CANELLADA, M. J.: 1945. *Comportamientos tonales vocálicos en español y portugués*. Madrid, C.S.I.C., anejo XXXII.
- LAPESA, Rafael: 1960. «Sobre el texto y lenguaje de algunas *jarchas* mozárabes». *Bol. R.A.E.*, XL, pp. 53-65.
- LENFEST, Donald E.: 1978. «An Explanation of the /G/ in *tengo*, *vengo*, *pongo*, *salgo* and *valgo*». *Hispania*, 61, pp. 894-904.
- LORENZO, Emilio: 1972. «Vocales y consonantes geminadas». *Studia Hispanica in Honorem R. Lapesa*, I, Madrid, Gredos, pp. 401-412.
- LUDTKE, H.: 1956. *Die strukturelle Entwicklung des romanischen Vokalismus*. Bonn, Sem. Románico de la Univ.
- LURIA, M. A.: «The Pronunciation of *siegar* in the Old Spanish Glosses of Silos». *Language* 12, pp. 193-195.
- LLORENTE MALDONADO, Antonio: 1962. «Fonética y fonología andaluzas». *RFE*, XLV, pp. 227-240.
1963-1964. «Toponimia árabe, mozárabe y morisca de la provincia de Salamanca». *Miscelánea de Estudios Árabes*, XII-XIII, p. 110.
- MAGNUSSON, W. L.: 1972. «The Orthographic Code of Spanish». *Linguistics*, 82, pp. 23-51
- MALKIEL, Yakov: 1944. «The etymology of portuguese *iguará*». *Lg.*, pp. 108-130.
1959. «Toward a reconsideration of the old Spanish imperfect in -ía ~ -íe». *HR*, XXVII, pp. 435-481.
1960. «Paradigmatic resistance to sound change. The Old Spanish preterite forms *vide*, *vido* against the background of the recession of primary -d-». *Language*, 36, pp. 281-346.
1962. «Toward a Unified System of Classification of Latin-Spanish Vowel Correspondences». *Ro. Phil.*, XVI/2, pp. 153-169.
1963, 1964. «The Interlocking of Narrow Sound Change, Broad Phonological Pattern, Level of Transmission. Areal Configuration, Sound Symbolism. Diachronic Studies in the Hispano-Latin Consonant Clusters CL-, FL-, PL-». *Archiv. Ling.*, Glasgow, XV/2, pp. 144-173; XVI/1, pp. 1-33. (Reseña de Hans Gerd Tüchel en *Rom. Forsch.*, 1969, LXXXI, 4, cf. *RFE*, LV, 1972, p. 345, y de K. Baldinger en *ZRPh*, LXXXIV, 1968, cf. *RFE*, LIII, 1970, p. 347, y de Harri Meier, *Archiv.*, 204, pp. 385-390.)
1966. «Diphthongization, monophthongization, metaphony: studies in their interaction in the paradigm of the Old Spanish -ir verbs». *Lg.*, 42, pp. 430-473.
1969. «Sound Changes Rooted in Morphological Conditions: The Case of Old Spanish /sk/ Changing to /θk/». *RoPh*, XXIII, pp. 188-200.
1971-1972. «Derivational Transparency as an Occasional Co-Determinant of Sound Change. A new causal ingredient in the distribution of -c- and -z- in Ancient Hispano-Romance». *RoPhil*, XXV, pp. 1-52.
1976. «From Falling to Rising Diphthongs: the Case of Old Spanish "iô" < "éu" (with Excursuses on the Weak Preterite, on the Possessives, and on "judío", "sandío" and "romero")». *RPh*, XXIX, pp. 435-500.
1976. «In search of "penultimate" causes of language change: studies in the avoidance of /z/ in Proto-Spanish», en M. Luján y F. Hensey (eds.): *Current Studies in Romance Linguistics*, Washington, Georgetown Univ. Press.
- MALMBERG, Bertil: 1965. *Estudios de fonética hispánica*. Madrid, C.S.I.C., Collectanea Phonetica.
1968. «Problèmes d'interprétation phonologique en castillan» (homenaje a Von Wartburg). *F.V.W.*, I, pp. 485-492.
1972. «Descripción y clasificación. A propósito de las semivocales castellanas». *Studia Hispanica in Honorem R. Lapesa*, I, Madrid, Gredos, pp. 413-415.
- MENÉNDEZ PIDAL, Ramón: 1956. *Orígenes del español*. Madrid, Espasa Calpe, 4.^a ed.
1968-1969. «Homenaje a...». *Filologia*, XIII, Univ. de Buenos Aires, Fac. de Filosofía y Letras Inst. de Filología y Literaturas Hispánicas «Dr. Amado Alonso» (1970).

- MEYER-LUBKE, W.: 1921. «La evolución de la "C" latina delante de "e" e "i" en la Península Ibérica». Trad. de A. Castro, *RFE*, VIII, 3, pp. 225-251.
- MICHELENA, Luis: 1961. *Fonética histórica vasca*. San Sebastián, Publicaciones del Seminario Julio de Urquijo de la Excma. Diputación Provincial de Guipúzcoa. (Reseña de Wilhelm Giese en *BICC*, XIX, 1964, pp. 164-168.)
- MULJACIC, Ž.: 1967. «Distinktivna obilježja latinskih fonema». *Filologija*, 5, pp. 83-105.
- NARO, A. J.: 1970. «Binary or N-ary Features? Historical Evidence». *CLS*, 6, pp. 533-542.
1970. «A Note on the Elision of the Yod in Spanish». *Lingl*, 1: 4, pp. 543-545.
1972. «On 'f->h' in Castilian and Western Romance». *ZRPh*, 88, 4/6, pp. 435-447. (Crítica en Rivarola, 1972.)
- NAVARRO TOMÁS, Tomás: «Dédoublément de phonèmes dans le dialecte andalou». *TCLP*, VIII, pp. 184-186.
1934. «Rehilamiento». *RFE*, XXI, pp. 274-279.
1939. «Desdoblamiento de fonemas vocálicos». *RFH*, 1, pp. 165-167.
1946. *Estudios de fonología española*. Nueva York, Syracuse, Univ. Press.
1961. *Manual de pronunciación española*. Madrid, C.S.I.C., 10.ª ed.
1964. «Nuevos datos sobre el yeísmo en España». *BICC*, XIX, pp. 1-17.
1966. *Manual de entonación española*. México, Málaga, S. A., 3.ª ed.
1971. «Diptongos y tonemas». *Thesaurus. Bol. Inst. Caro y Cuervo*, XXVI, pp. 1-10.
- PEI, M. A.: 1943. «Intervocalic Occlusives in 'East' and 'West' Romance». *Rom. Review*, XXXIV, pp. 235-247.
- PENNY, Ralph J.: 1972. «The re-emergence of /f/ as a phoneme of Castilian». *ZRPh*, 88, 4/6.
- POSNER, Rebeca R.: 1961. *Consonantal Dissimilation in the Romance Languages*. Oxford, Univ. Press. (Res. de K. Togeby, 1963-64, en *RPh*, XVII, pp. 642-667.)
- PULGRAM, Ernst: 1975. *Latin-Romance Phonology: Prosodics and metrics*. Munich, Wilhelm Fink Vg.
- QUILIS, A.: 1964. «Datos fisiológico-acústicos para el estudio de las oclusivas españolas y de sus correspondientes alófonos fricativos». En *Homenajes*, Madrid, t. I, pp. 33-42.
1960. «El método espectrográfico. Notas de fonética experimental». En *RFE*, t. XLIII, pp. 415-428.
1964. «Últimos estudios sobre fonética y fonología españolas». En *Boletín de Filología Española*, 12, pp. 37-42.
- QUILIS, A., y FERNÁNDEZ, J. A.: 1964. *Curso de fonética y fonología españolas para estudiantes angloamericanos*. Madrid, C.S.I.C., Collectanea Phonetica.
- RABANALES, Ambrosio: 1963. «Las siglas: un problema de fonología española». *BFUCh*, 15, pp. 327-342.
- RIVAROLA, José Luis: 1972. «Sobre F->h en español». *ZRPh*, 88, 4/6, pp. 448-458.
— Cf. BALDINGER, Kurt.
- ROHLFS, G.: 1955. «Vorrömische Lautsubstrate auf der Pyrenäenhalbinsel?». *ZRPh*, LXXI, pp. 408-413.
- ROSETTI, A.: 1965. «Remarques sur l'emploi des phonèmes semivoyelles en roumain et en espagnol». *Linguistica*, La Haya, Mouton, pp. 103-106.
- SABLESKI, J. F.: 1965. «A Generative Phonology of a Spanish Dialect». Masters Thesis, University of Washington.
- SACIUK, B.: 1969. «Lexical Strata in Generative Phonology (with illustrations from Ibero-Romance)». Ph. D. Dissertation, University of Illinois. (Abs. *DA*, 31: 2, 1970, p. 746-A.)
1969. «The Strata Division of the Lexicon». *PIL*, 1: 3, pp. 464-532.
«Phonological Studies in Romance». *GSRL*, pp. 215-224.
«Spanish stress and language change». En CAMPBELL *et al.*, pp. 28-49.
- SAFAREWICZ, J.: 1950-1951. «La valeur phonologique des diptongues latines». *Eos*, XLIV, pp. 123-130.
1960. «Notes de phonologie latine». *Studii clasice*, II, pp. 90-91.
- SALAZAR, Ambrosio de: 1626. *Espejo general de la gramática en diálogos para saber la natural y perfecta pronunciación de la lengua castellana*. Ruán (1.ª ed., 1614).
- SALTARELLI, M. A.: 1972. «Epenthesis, Velar Softening and Stress in Spanish: A Reply to J. Harris and W. Meyerthaler». *LingB*, 19, pp. 47-52.

- SALVADOR, Gregorio: 1957. «La diptongación de "ò, è" latinas y las cartas de un semianalfabeto». *RFE*, 41, pp. 418-425.
- SANCHEZ, D. A.: 1971. «Caracterización del sistema fonológico del castellano a base de rasgos distintivos». *LyC*, 11: 3, pp. 55-61.
- SAPORTA, Sol: 1956. «A note on Spanish semivowels». *Language*, 32, pp. 287-290.
1965. «Ordered Rules, Dialect Differences, and Historical Processes». *Language*, 41: 2, pp. 218-224.
- SAPORTA, S., y CONTRERAS, H.: 1962. *A Phonological Grammar of Spanish*. Seattle, University of Washington Press. (Re. García, E., *Word*, 19, 1963, pp. 258-265; Guiter, J., *RLR*, 1963, pp. 287-288; Trager, G., *SIL*, 17, 1963, p. 102; Lloyd, P. M., *HR*, 32, 1964, pp. 69-71; Myers, O. T., *RPh*, 25: 4, 1972, pp. 412-420.)
- SAROIHANDY, J.: 1902. «Remarques sur la phonétique du ç et du z en ancien espagnol». *BH*, IV, pp. 198-214.
- SCHURR, F.: 1970. *La diphtongaison romane*. Tübinga, TBL, 5.
- SPaulding, R. K., y PATT, B. S.: 1948. «Data for the Chronology of 'Theta' and 'Jota'». *HR*, XVI, pp. 50-60.
- SPORE, Palle: 1972. *La diphtongaison romane*. Odense, Univ. Press.
- ST. CALIR, R.: 1971. «Diphthongization in Spanish». *PIL*, 4: 3, pp. 421-432.
- STOCKWELL, Robert P., y BOWEN, J. Donald: 1965. *The sounds of English and Spanish*. Chicago, Univ. Press.
- SILVA-FUENZALIDA, I.: 1956. «Spanish juncture and intonation». *Language*, 32, pp. 641-665.
- STRAKA, G.: 1953. «Observations sur la chronologie et les dates de quelques modifications phonétiques en roman et en français pré-littéraire». *RLanR*, 71, pp. 247-307.
1956. «La dislocation linguistique de la Romania et la formation des langues romanes à la lumière de la chronologie relative des changements phonétiques». *RLiR*, 20, pp. 249-267.
1965. «Naissance et disparition des consonnes palatales dans l'évolution du latin au français». *TraLiLi*, III, 1, pp. 117-151.
- TOGEBY, Knud: «L'apophonie des verbes espagnols et portugais en -ir». *RoPhil.*, XXVI, 72-73, pp. 256-264.
1960. «Les explications phonologiques historiques sont-elles possibles?». *RoPhil*, XII, pp. 401-413.
- TOVAR, Antonio: 1948. «La sonorización y caída de las intervocálicas y los estratos indoeuropeos en Hispania». *Bol.R.A.E.*, XXVIII, pp. 265-280.
- TRAGER, George L.: 1942. «The phonemic treatment of semivowels». *Language*, 18, pp. 220-223.
- TRONSKI, I. M.: 1951. «K voprosii o latinskom udarenie (tsirkumflecs)». *Sbornik pamiati akad. V. Ščerbi, Izd. L.G.V.*, pp. 276-282.
- VEIGA ARIAS, Amable: 1978. «Cuestiones fonológicas». En *Est. Ofrec. a Emilio Alarcos Llorach*, 2, pp. 257-280.
- WANG, M. CI.: «What Stops a Sound Change?». *GSRL*, pp. 277-284.
- WARD, R. L.: 1951. «Stop Plus Liquid and the Position of the Latin Accent». *Lg*, 27, pp. 477-484.
- WEINRICH, Harald: 1958. *Phonologische Studien zur romanischen Sprachgeschichte*. Münster-Westfalen (Forschungen zur romanischen Philologie, 6), 2.^a ed., 1969.
- WILLIS, Br. (ed.): 1967. «The Diachronic Study of Spanish Vowels». Masters Thesis, Univ. of Illinois.
1969. «The Alternation of So-Called Learned/Popular Vocabulary in a Phonological Description of Latin American Spanish». Ph. D. Dissertation, University of Illinois. (Abs. *DA*, 31: 2, 1970, p. 749-A.)
- «Stress Assignment in Spanish». *Studies to Lees*, pp. 303-312.
- WILSON, J. L.: 1970. «A Generative Phonological Study of Costa Rican Spanish». Ph. D. Dissertation, Univ. of Michigan. (Abs. *DA*, 31: 8, 1971, p. 4148-A.)
- WOODMAN, R. E. B.: 1972. «A Distinctive Feature Analysis of Spanish». Ph. D. Dissertation, Georgetown University. (Abs. *DA*, 33: 7, 1973, p. 3626-A.)
- WRIGHT, Roger: 1976. «Pretonic diphthongs in Old Castilian». *Vox Rom*, 35, pp. 133-143.

Frase (*)

- ALARCOS, Emilio: 1972. «Grupos nominales con /de/ en español». *Studia Hisp. en Hon. R. Lapesa*, I, Madrid, Gredos, pp. 85-91.
- ALGEO, James E.: 1972-1973. «The Concessive Conjunction in Medieval Spanish and Portuguese; its Function and Development». *RoPhil*, XXVI, pp. 532-575.
- ARIZA, Manuel: 1978. «Contribución al estudio del orden de palabras en español». *Anuario de Estudios Filológicos*, Univ. de Extremadura, I, pp. 9-42.
- BABCOCK, Sandra Scharff: 1970. *The Syntax of Spanish Reflexive Verbs*. La Haya, Mouton.
- BACKVALL, H.: 1967. «Algo y nada (+ de) + adjetivo en el castellano actual». En *Ibero-romansk*, Utg. av Föreningen Hispania, Estocolmo, pp. 76-93.
- BARRENECHEA, Ana María: 1974. «A propósito de la elipsis en la coordinación». *Studia Hisp. R. Lapesa*, II, pp. 105-121.
1974. «Problemas semánticos de la coordinación». *E.F.L.* (Hom. Rosenblat), pp. 83-96.
- BARRENECHEA, A. M., y ORECCHIA, T.: 1970-1971. «La duplicación de objetos directos e indirectos en el español hablado en Buenos Aires». *Romance Philology*, t. XXIV, pp. 58-83.
- BARTH, G.: 1961. *Recherches sur la fréquence et la valeur des parties du discours en français, en anglais et en espagnol*. París.
- BLANSITT, Ed. L.: 1963. «The Verb Phrase in Spanish: Classes and Relations». Ph. D. Dissertation. Univ. of Texas. (Abs. *DA*, 24: 7, 1964, p. 2897.)
- BOBES NAVES, M.^a del Carmen: 1972. «La coordinación en la frase nominal castellana». *Rev. Esp. Ling.*, 2, pp. 285-311.
1974. «Construcciones castellanas con 'se'. Análisis transformacional». *R.S.E.L.*, 4, pp. 87-127 y 301-325.
- BOLINGER, Dw.: 1968. «Postposed Noun Phrases: An English Rule for the Romance Subjunctive». *CJL*, 14: 1, pp. 3-30.
- BOUZET, Jean: 1953. «Orígenes del empleo de 'estar'. Ensayo de sintaxis histórica». En *Estudios dedicados a Menéndez Pidal*, t. IV, pp. 37-58.
- BOWEN, J. Donald, y MOORE, Terence: 1968. «The reflexive in English and Spanish: a Transformational approach». *TESOL Quarterly*, 2, pp. 12-26.
- CARDENAS, D. N.: «Ser and estar vs. to be». En *Fil.Mod.*, t. IV, pp. 61-78.
- CARLSSON, Lennart: 1969. *Le Type «c'est le meilleur livre qu'il ait jamais écrit» en espagnol, en italien et en français*. Uppsala, Acta Universitatis Upsaliensis Studia Romanica Upsaliensia 5. (Res. M. Sandman en *ZRPh*, 87, 1971; *RFE*, LVIII, 1976, pp. 284-285.)
- CARRILLO HERRERA, G.: 1963. «Estudios de sintaxis. Las oraciones subordinadas». En *BFUCh* (Bol. de Fil., Chile), t. XV, pp. 165-221.
- CASTAÑEDA CALDERÓN, H. N.: 1946. «Esbozo de un estudio sobre el complemento indirecto». En *Lang.*, t. XXXIV, pp. 9-43.
- CODONER, Carmen: 1978. «Parataxis-Hipotaxis». *Est. of E. Alarcos Llorach*, 3, pp. 1-12.
- COHEN, P. I.: 1967. «The Grammar and Constituent Structure of the Noun Phrase in Spanish and English». Ph. D. Dissertation, Univ. of Texas. (Abs. *DA*, 28: 10, 1968, pp. 4155-A-4156-A.)
- CONTRERAS, Heles: 1978. *El orden de palabras en español*. Madrid, Cátedra, G.G.T.
- CONTRERAS, Lidia: 1966. «Los complementos». Separata del *BFUCh*, t. XVIII, pp. 39-57.
1963. «Las oraciones condicionales». En *BFUCh*, t. XV, pp. 33-109.
1959. «El período causal hipotético con 'si'». En *BFUCh*, t. XI, pp. 355-359.
1960. «Oraciones independientes introducidas por 'si'». En *BFUCh*, t. XII, pp. 273-290.
- CONWAY, Sister M. A. Ch.: 1964. «Order Classes of Adjectives in Spanish». Ph. D. Dissertation, Univ. of Texas. (Abs. *DA*, 25: 11, 1965, pp. 6607-6608; *Linguistics*, 26, 1966, pp. 92-93.)
- CRABB, Daniel M.: 1955. *A Comparative Study of Word Order in Old Spanish and Old French Prose Works* (a dissertation presented to the Graduate School of Arts and Sciences of the Catholic University of America). Washington, D. C., The Catholic University of America Press. (Reseña de Dwight L. Bolinger, *Word*, 12, 1956, pp. 148-151, y de V. T. Holmes, Jr., en *Language*, 32, 1956, pp. 332-334.)

(*) La bibliografía específica sobre condicionales y su evolución se encuentra al final del capítulo XIX.

- CRESSEY, W. W.: 1966. «A Transformational Analysis of the Relative Clause in Urban Mexican Spanish». Ph. D. Dissertation, Univ. of Illinois. (Abs. *DA*, 27: 11, 1967, p. 3857-A.)
 1968. «Relative adverbs in Spanish: A transformational analysis». En *Language*, 44, pp. 487-500.
 1969. «Teaching the position of Spanish adjectives: a transformational approach». *Hispania*, 52, pp. 879-881.
 1970. «Relatives and Interrogatives in Spanish: a Transformational Analysis». *Linguistics*, 58, pp. 5-17.
- DARBORD, Bernard: 1977. «Relations casuelles et étude textuelle (*El conde Lucanor*)». *CLHM*, 2, pp. 49-100.
- DEMONTE, Violeta: 1977. *La subordinación sustantiva*. Madrid, Cátedra, G.G.T.
- DÍAZ TEJERA, Alberto: 1973. «La frase interrogativa como modalidad». *RSEL*, 3, pp. 95-116.
- FARGO, N. L.: 1965. «Algunas oraciones básicas y algunas transformaciones». *RLA*, 1, pp. 40-46.
- FELDMAN, D.: 1964. «Some Structural Characteristics of the Spanish Modal Verb Phrase». *BF*, 16, pp. 241-255.
- FERNÁNDEZ RAMÍREZ, S.: 1959. «Oraciones interrogativas españolas». En *Bol. de la Real Acad. Española*, t. XXXIX, pp. 243-276.
- FISH, G. T.: 1959. «The position of subject and object in Spanish prose». En *Hispania*, t. XLII, pp. 582-590.
- FOSTER, D. W.: 1969. «Sintáctica esiva del inglés y español». *Hispania*, 52: 3, pp. 419-451.
 1970. «A Concomitant Structure in Spanish». *Orbis*, 19: 2, pp. 445-451.
 1970. «Spanish So-Called Impersonal Sentences». *AnL*, 12: 1, pp. 1-9.
- GAINZA, Gastón: 1965. «Notas a la 'clasificación de las proposiciones' de Andrés Bello. La clasificación de los sintagmas oracionales como tarea de la sintaxis». En *Estudios Filológicos*, pp. 131-160.
- GARCÍA BERRIO, Antonio: 1970. *Bosquejo para una descripción de la frase compuesta en español*. Murcia, Publ. de la Univ.
- GARCÍA DE DIEGO, V.: 1952. «La uniformación rítmica en las oraciones condicionales». En *Estudios dedicados a Menéndez Pidal*, t. III, pp. 95-107.
- GESSNER, E.: 1890. «Die Hypothetische Periode im Spanischen und ihrer Entwicklung». En *ZRPh*, t. XIV, pp. 21-65.
- GILI Y GAYA, Samuel: 1950. «Fonología del período asindético». En *Estudios dedicados a Menéndez Pidal*, Madrid, t. I, pp. 57-67.
 1961. «¿Es que...? Estructura de la pregunta general». En *Studia Philologica* (homenaje ofrecido a Dámaso Alonso), t. II, pp. 91-98.
- GOLDIN, Mark G.: «Indirect Objects in Spanish and English». *GSRL*, pp. 376-383.
 1968. *Spanish Case and Function*. Washington, Georgetown Univ. Press. (Res. de H. Contreras en *Lingua*, 25, 1970, pp. 12-19.)
- GONZÁLEZ MUELA, J.: 1961. «Ser y estar: enfoque de la cuestión». En *Bull. Hisp. St.*, t. XXXVIII, pp. 3-12.
- GUTIÉRREZ ORDÓÑEZ, Salvador: 1978. «Construcciones atributivas absolutas». *Verba*, 5, pp. 305-314.
- HARRIS, Martin: 1971. «The history of the conditional complex from Latin to Spanish: some structural considerations». *Arch. Ling.* (n.s.), 2, pp. 25-33.
 1972. «Systems or rules: a false Dichotomy?». *Arch. Ling.* (n.s.), 3, pp. 87-93.
- HATCHER, Anna Granville: 1956. *Theme and Underlying question. Two studies of Spanish word order*. Suplemento de *Word*, 12.
- HAVERKATE, H.: 1979. *Impositive Sentences in Spanish*. Amsterdam, North Holland.
- HERNÁNDEZ ALONSO, César: 1971. «Atribución y predicación». En *Bol. de la Real Acad. Española*, t. LI, pp. 327-340.
- IBÁÑEZ, Roberto: 1972. *Negation im Spanischen*. Munich, Wilhelm Fink Verlag.
- JENSEN, Frede, y LATHROP, Thomas A.: 1973. *The Syntax of the Old Spanish Subjunctive*. La Haya-París, Mouton. (Reseña de Harri Meier en *Rom. Forsch.*, 85, 1973, pp. 572-573.)
- KARDE, Sven: 1943. *Quelques manières d'exprimer l'idée d'un sujet indéterminée ou générale [sic] en espagnol*. Upsala, Appelberg.

- KÖRNER, Karl-Hermann: 1968. *Die 'Aktionsgemeinschaft finites Verb + Infinitiv' im spanischen Formensystem*. Hamburg. rom. St., B. Iberoam. Reihe 30, Calderoniana I, Hamburgo. (Reseña de Peter Wunderli en *Rom. Forsch.*, 81, 1969, pp. 480-485; cf. *RFE*, 55, 1972, pp. 116-117.)
- KOVACCI, Ofelia: 1965. «Las proposiciones en español». En *Filologia*, 11, pp. 23-39.
1972. «Acerca de la coordinación en español». *Bol. de Humanidades (BBAA)*, pp. 1-29.
1974. «Modificadores de modalidad». *Romanica*, 5. *Est. Gazdaru*, 1, pp. 177-190.
- KRETSCHMANN, W.: 1936. *Die Kausalsätze und Kausalkonjunktionen in der altspanischen Literatursprache*. Hamburgo (Inaugural-Dissertation).
- LACKSTROM, J. (ed.): 1966. *Pro-Forms in the Spanish Noun Phrase*. Studies in Linguistics and Language Learning, III, Seattle, Univ. of Washington Dept. of Linguistics. (Res. Harris, J., *Hispania*, 52, 1969, p. 179; Hadlich, R. L., *HR*, 38: 1, 1970, pp. 80-82; Pottier, B., *BHi*, 72: 1-2, 1970, pp. 241-242.)
- LAKOFF, R. T.: 1968. *Abstract Syntax and Latin Complementation*. Cambridge (Massachusetts), M.I.T. Press. Esp. cap. 6, pp. 218-225. (Res. Householder, Fred, *LangS*, 6, 1969, pp. 11-18; Cunningham, M. P., *CP*, 65, 1970, pp. 273-277; Green, G. M., *Language*, 46: 1, 1970, pp. 149-167; Householder, Fr., *LangS*, 10, 1970, pp. 35-36; Lakoff, R. T., *LangS*, 10, 1970, pp. 30-35; Baldi, Ph., *PIL*, 4: 3, 1971, pp. 601-609.)
- LAPESA, Rafael: 1964. «Los casos latinos: restos sintácticos y sustitutos en español». En *Bol. de la Rcal Acad. Española*, t. XLIV, separata.
1968-1969. «La ruptura de la 'consecutio temporum' en Bernal Díaz del Castillo». Sobre-tiro del *Anuario de Letras* (homenaje a R. Menéndez Pidal), t. VII, México, pp. 73-83.
1978. «Sobre dos tipos de subordinación causal». *Est. of E. Alarcos Llorach*, 3, pp. 173-205.
- LOEFSTEDT, Leena: 1966. *Les expressions du commandement et de la défense en latin et leur survie dans les langues romanes*. Mém. de la Soc. Néophil. de Helsinki, dir. Tauno F. Mustanoja, XXIX.
- LOPE BLANCH, J. M.: 1962. «Sobre la oración gramatical (en torno al curso de sintaxis de Gili Gaya)». En *NRFH*, t. XVI, pp. 416-422.
1972. «La expresión condicional en Diego de Ordaz (sobre el español americano en el siglo XVI)». *Studia Hispanica in Honorem R. Lapesa*, I, Madrid, Gredos, pp. 379-400.
- LOZANO, Anthony G.: 1972. «Subjunctives, transformations and features in Spanish». En *Hispania*, 55, pp. 76-90.
- LUJÁN, M.: 1971. «Pre- and Postnominal Adjectives in Spanish». *On the Theory of Transformational Grammar* (GS-2468, August), pp. 71-94.
- LILORENS, E. L.: 1929. *La negación en español antiguo con referencia a otros idiomas*. Madrid, anejos *RFE*, XI.
- MALER, Bertil: 1957. «Frasen con infinitivo equivalentes a subordinadas introducidas por 'así que', etc.». En *Moderna Språk*, Malmö, t. LI.
- MARTÍN ZORRAQUINO, M.^a Antonia: 1976. «A + objeto directo en el *Cantar de Mio Cid*». *Mél. C. Th. Gossen*, Berna-Lieja, Francke Vg.-Marche Romane, pp. 555-566.
- MEIER, Harri: 1948. «Sobre as origens do acusativo preposicional nas linguas românicas». En *Ensaaios de filologia românica*, Lisboa, pp. 115-164.
- MENDELOFF, H.: 1960. *The evolution of the Conditional Sentence Contrary to Fact in Old Spanish*. Washington, The Catholic Univ. of America Press.
- MEYER, P. L.: 1972. «Some Observations of Constituent Order in Spanish». *GSRL*, pp. 184-195.
- MOLHO, Maurice: 1962. «De la négation en espagnol». En *Mélanges M. Bataillon*, Burdeos, pp. 704-715. *BHi*, LXIV, bis.
- MOLINA REDONDO, José Andrés de: 1971. «La construcción 'verbo en forma personal + infinitivo'». *Rev. Esp. de Ling.*, 1, pp. 275-298.
- MONGE, Félix: 1959-1961. «Ser y estar con participios y adjetivos». En *Bol. Filologia*, t. XVIII, Lisboa, pp. 213-227.
- MONTEVERDE, L.: 1970. «Semantic and Syntactic Analyses of the Pattern NP + be + Adj. + to + + Inf. and its Equivalents in Spanish (I)». *LyC*, 38, pp. 1-15.
1971. «Semantic and Syntactic Analyses of the Pattern NP + be + Adj. + to + Inf. and its Equivalents in Spanish (II)». *LyC*, 11: I, pp. 1-10.
1971. «Semantic and Syntactic Analyses of the Pattern NP + be + Adj. + to + Inf. and its Equivalents in Spanish (III)». *LyC*, 11: 2, pp. 32-43.

- MOODY, Raymond: 1971. «More on teaching spanish adjective position: some theoretical and practical considerations». En *Hispania*, 54, pp. 315-321.
- MOZOS MOCHA, Santiago de los: 1973. *El gerundio preposicional*. Salamanca, Univ.
- MULLER, Bodo: 1971. «Die Psychoméchanique und das Akkusativmorphem a». *ZRPh*, LXXXVII, pp. 306-319. (*RFE*, LVIII, 1976, pp. 280-281.)
- NÁNEZ, Emilio: 1953. «Sobre oraciones condicionales». En *Anales Cervantinos*, t. III, pp. 353-360.
- NARBONA JIMÉNEZ, Antonio: 1978. *Las proposiciones consecutivas en español medieval*. Granada, Univ.
- NAVAS RUIZ, Ricardo: 1960. «Construcciones con verbos atributivos en español». En *Bol. Bib. M. C. Pel.*, t. XXXVI, pp. 277-295.
1963. *Ser y estar. Estudio sobre el sistema atributivo español*. Salamanca (Acta Salmanticensia), t. XVII (reed. reformada, Salamanca, Almar, 1977).
- NICULESCU, A.: 1959. «Sur l'objet direct prépositionnel dans les langues romanes». En *Recueil d'études romanes*, Bucarest, pp. 82-99.
- NUESSEL, Fr. H., Jr.: 1973. «Complement Structures in Spanish». Ph. D. Dissertation, Univ. of Illinois.
- ORECCHIA, Teresa, véase BARRENECHEA, A. M.
- OTERO, C. P.: 1972. «Acceptable Ungrammatical Sentences in Spanish». *Lingl*, 3: 2, pp. 233-242.
- PARISI, G.: 1968. «Coordination in Spanish: A Syntactic-Semantic Description of y, pero and 0». Ph. D. Dissertation, Georgetown University. (Abs. *DA*, 29: 2, 1968, pp. 587-A-588-A.)
- PICCARDO, L. J.: 1954. *El concepto de oración*. Montevideo.
- PIETSCH, K.: 1933. «Zur spanischen Grammatik; Einzelheiten zum Ausdruck des Konzessiven Gedankens». En *H.R.*, t. I, pp. 37-49.
- POLO, José: 1971. *Las oraciones condicionales en español (ensayo de teona gramatical)*. Univ. de Granada y C.S.I.C.
- POTTIER, Bernard: 1960. «L'objet direct prépositionnel: faits et théories». En *S.C.L.*, t. II, pp. 673-676.
- RABANALES, Ambrosio: 1966. «Las funciones gramaticales». Separata del *BFUCh*, t. XVIII, pp. 235-276.
- REICHENKRON, G.: 1951. «Das präpositionale Akkusativ-Objekt in ältesten Spanisch». En *Rom. Forsch.*, t. LXIII, pp. 342-397.
- RESTREPO-MILLÁN, J. M.: 1945. «De la proposición de infinitivo». En *Bol. Ins. C.C.*, t. I, Bogotá, pp. 140-145.
- RIVAROLA, José Luis: 1976. *Las conjunciones concesivas en español medieval y clásico*. Tübinga, Max Niemeyer.
- RIVERO GONZÁLEZ, M. L.: 1969. «The Spanish Quantifiers». Ph. D. Dissertation, Univ. of Rochester. (Abs. *DA*, 31: 7, 1971, p. 3535-A.)
1970. «A Surface Structure Constraint on Negation in Spanish». *Language*, 46: 3, pp. 664-666.
1970. «Estudio de una transformación en la gramática generativa del español». *EspA*, 17, pp. 14-22.
- 1971 «Mood and Presupposition in Spanish». *FLang*, 7: 3, pp. 305-336. (Abs. anónimo, 5: 2, 1972, p. 95.)
- «On Conditionals in Spanish». *GSRL*, pp. 196-214.
- ROCA PONS, José: 1965. «Le sujet et le prédicat dans la langue espagnole». En *R. Lin. R.*, t. XIX, pp. 249-255.
- ROJAS, J. de la C.: 1969. «The Spanish Subjunctive in Embedded Clauses: A Transformational Approach». Masters Thesis, Cornell University.
- ROLDAN, M. de las M.: 1965. «Ordered Rules for Spanish: Selected Problems of Syntactic Structure». Ph. D. Dissertation, Indiana University. (Abs. *DA*, 26: 9, 1966, p. 5427; *Linguistics*, 40, 1968, pp. 133-135.)
1970. «Ser and Estar in a New Light». *LangS*, 12, pp. 17-20.
1971. «Double Object Constructions in Spanish». *LangS*, 15, pp. 8-14.
1971. «Spanish Constructions with se». *LangS*, 18, pp. 15-29.
1972. «Concerning Spanish Datives and Possessives». *LangS*, 21, pp. 27-32.
1972. «Spurious Relative Clauses in Spanish». *PIL*, 5: 2, pp. 321-329.
1973. «In Defense of Raising». *PIL*, 5: 4, pp. 514-529.

- RONA, José Pedro: 1968. «Las 'partes del discurso' como nivel jerárquico del lenguaje». En *Litterae Hispanae et Lusitanae*, Festschrift zum fünfzigjährigen Bestehen des iberio-amerikanischen Forschungsinstituts der Universität, Hamburgo-Munich, Max Hueber, pp. 433-453. Interesa la reseña de E. García C. en *Bol. de Filología*, Chile, 1970, t. XXI, p. 354.
- RUDOLPH, Elisabeth: 1973. *Das finale Satzgefüge als Informationskomplex. Analysen aus der spanischen Literatursprache*. Tübinga: M. Niemeyer. (B. *ZRPh*, 138.) (Reseña de Gerhard Charles Rump, en *Rom Forsch*, 85, 1973, pp. 586-589.) (Resumen en *RFE*, LVIII, 1976, p. 319.)
- SAPORTA, Sol: «Spanish *Estar*: On the Explanation of Anomalies». *ILPHHRK*, pp. 808-814.
- SAUER, K. Ed.: 1972. «Sentential Complementation in Spanish». Ph. D. Dissertation, Univ. of Washington. (Abs. *DA*, 33: 1 (1972), p. 299-A.)
- SCHROTEN, Jan: 1972. *Concerning the deep structure of Spanish reflexive sentences*. La Haya-París, Mouton.
- SCHULTZ, H.: 1937. «Das modale Satzgefüge im Altspanischen». *BBRPh*, VII: 1, pp. 1-2, 28-35, 45-50.
- SECHÉHAYE, A.: 1920. «Les deux types de la phrase». En *Mélanges offerts à Bernard Bouvie*. Ginebra.
1926. *Essai sur la structure logique de la phrase*. París, Champion (reed. 1950).
- SPAULDING, R. K.: 1941. «Two problems of Spanish Syntax». En *Hispania*, t. XXIV, pp. 311-315.
- SPIETZER, Leo: 1940. «El acusativo griego en español». En *RFH*, t. II, pp. 35-45.
1928. «Rum. *p(r)e*. Span. *a* vor persönlichen Akkusativobjekt». En *ZRPh*, t. XLVIII, pp. 423-432.
- THOMSEN, E. V.: 1969. «The Generation and Surface Ordering of Spanish Clitics». Masters Thesis, Univ. of Texas.
- THOMSON, L. S.: 1968. «Some uses of the -ing Form After Nouns and Their Equivalents in Spanish». *LyC*, 28, pp. 1-5.
- VÄÄNÄNEN, Veikko: 1951. «*Il est venu comme ambassadeur, il agit en soldat*, et fonctions analogues en latin, français, italien et espagnol. Essai de syntaxe historique et comparée». *Annales Academiae Scientiarum Fennicae*, 73, pp. 3-75.
- VALLEJO, J.: 1925. «Complementos y frases complementarias en español». En *RFE*, t. XII, pp. 126 y ss.
- «Notas sobre la expresión concesiva. I) 'Por'. II) El subjuntivo con 'aunque'». En *RFE*, t. IX, pp. 40-51.
- VERMEYLEN, A.: 1965. «L'emploi de *ser* et de *estar*: question de sémantique ou de syntaxe?». En *B.Hi.*, t. LXVII, pp. 129-134.
- WAGENAAR, K.: 1930. «Étude sur la négation en ancien espagnol jusqu'au xv siècle». Gröningen.
- WONDER, J. P.: 1971. «Complementos del adjetivo del genitivo». *Hispania*, 54: 1, pp. 114-120. (Abs. anónimo, *LTA*, 5: 1 (1972), p. 14.)
- YNDURAIN, Francisco: 1972. «Notas sobre frases nominales». *Studia Hispanica in Honorem R. Lapesa*, I, Madrid, Gredos, pp. 609-618.
- ZIERER, Ernesto: 1966. «El comportamiento sintáctico de algunos adjetivos castellanos demostrado mediante transformaciones». *LyC*, 21, pp. 16-23.
1970. «Embedding Transformations - A Criterion for Classifying Adjectives in Spanish». *LyC*, 38, pp. 29-36.

Nombre

- ANDERSON, J. M.: 1969. «The morphophonemics of gender in spanish nouns». En *Lingua*, t. X, pp. 285-296.
- ARNHOLT, K.: 1916. *Die Stellung des attributiven adjektivs im Italianischen und Spanischen*. Greijswald.
- BOLINGER, Dwight L.: 1950. «The comparison of inequality in Spanish». *Language*, 26, pp. 28-62.
- BULL, Williams E.: «Spanish adjective positions: present rules and theories». En *Hispania*, t. XXXIII, pp. 297-303.
- COSERIU, E.: «El plural de los nombres propios». En *Teoría del lenguaje y lingüística general*. Madrid, Gredos, pp. 261-281.

- ECHAIDE, Ana María: 1969. «El género del sustantivo en español: Evolución y estructura». En *Ibero-romania*, t. I, pp. 89-124.
- FAIK, Julia Sableski: 1968. *Nominalizations in Spanish*. Seattle (UWSLLL).
- FERNÁNDEZ RAMÍREZ, Salvador: 1962. «A propósito de los diminutivos españoles». *Strenae*, Salamanca, XVI, pp. 185-192.
- FOLEY, James A.: 1967. «Spanish Plural formation». *Lg.* 43, pp. 486-493.
- GARCÍA, Erica C.: 1970. «Gender Switch in Spanish Derivation (with special reference to -a → -ero, -o → -era, -a → -n, -ón)». En *Romance Philology*, t. XXIV, pp. 39-54, con una Postdata de Y(akov) M(alkiel), pp. 55-57.
- GAZDARU, Demetrio: 1965. «¿Privilegio del acusativo o sincretismo de los casos en español?». *Actas XI CILFR*, Madrid, 1769-1784, 1968.
- GIURESCU, An.: 1972. «El método transformacional en el análisis de los nombres compuestos del español moderno». *RRL*, 17: 5, pp. 407-414.
- GONZÁLEZ OLLÉ, Fernando: 1978. «Formación superlativa y diminutiva de los nombres terminados en /ial/, /iol/, /iel/ y fonología generativa de sus derivados mediante sufijos que comienzan por /il/». *Est. of E. Alarcos Llorach*, 3, pp. 103-132.
- GOUGH, M. E. L.: 1972. «Adjectives in Spanish». Ph. D. Dissertation, Univ. of Texas. (Abs. *DA*, 33: 9 (1973), pp. 5152-A-5153-A.)
- GUTIÉRREZ ORDÓÑEZ, Salvador: 1978. «Grupos sintagmáticos N de N: sintaxis y semántica». *Est. of Emilio Alarcos Llorach*, 3, pp. 133-159.
- HARRIS, James W.: 1970. «A note on Spanish plural formation». *Language*, 46, pp. 928-930.
- IANNUCCI, James E.: 1952. *Lexical Number in Spanish Nouns with Reference to their English Equivalents*. Philadelphia, Univ. of Penn. Dept. Rom. Lg. (Reseña de Robert K. Spaulding, *HR*, XXII, 1954, pp. 329-330.)
- LAPESA, Rafael: 1961. «Sobre las construcciones 'con sola su figura', 'Castilla la gentil' y similares». En *Iberida*, III, pp. 83-95.
1962. «Sobre las construcciones 'el diablo del toro', 'el bueno de Minaya', '¡ay de mí!', '¡pobre de Juan!', 'por malos de pecados'». En *Filología*, VIII, pp. 169-184.
1974. «El sustantivo sin actualizador en español». *EFL*, pp. 289-304.
- 1975 a. «La colocación del adjetivo atributivo en español». En *Homenaje a la memoria de don Antonio Rodríguez Moñino, 1910-1970*, Madrid, Castalia, pp. 343-359.
- 1975 b. «Sintaxis histórica del adjetivo calificativo no atributivo». En *Homenaje al Instituto de Filología y Literaturas Hispánicas «Dr. Amado Alonso» en su cincuentenario, 1923-1973*, Buenos Aires, pp. 171-199.
- LÓPEZ DE MESA, Luis: 1958. «El singular y lo singular de los apellidos». En *Bol. Ins. C.C.*, t. XIII, pp. 94-111.
- MAALKIEL, Yakov: 1945. «Probleme des spanischen Adjektivsabstraktums». En *N.M.*, t. XLVI, pp. 171-191.
1942. «Zur Substantivierung der Adjektiva im Romanischen über der Ursprung des typus *atractivo, iniciativa*». En *C.M.*, t. V, pp. 238-256.
- Cf. GARCÍA, Erica C.
- MARINER, Sebastián: 1965. «El femenino de indeterminación». *Actas XI CILFR*, Madrid, pp. 1297-1314, 1968.
1973. «Situación del neutro románico en la oposición genérica». *RSEL*, 3, pp. 23-38.
- MEYERTHALER, W.: 1971. «Anmerkungen zur Pluralbildung im Spanischen». *LingB*, 12, pp. 47-52.
- MONTEVERDE, L., y ZIERER, E.: 1970. «Clasificación de algunos adjetivos del idioma español de acuerdo a su comportamiento sintáctico y semántico frente a las cópulas *ser* y *estar*». *LyC*, 36, pp. 22-27.
- MORREALE, Margherita: 1971 y 1973. «Aspectos gramaticales y estilísticos del número». En *Bol. de la Real Acad. Española*, t. LI, pp. 83-138, y LIII, pp. 99-205.
1955. «El superlativo en -ísimo y la versión castellana del 'Cortesano'». En *RFE*, t. XXXIX, pp. 46-60.
- NAVAS, R.: «En torno a la clasificación del adjetivo». En *Strenae*, pp. 369-374.
- PAUFLER, Hans Dieter: 1968. *Strukturprobleme der Stellung attributiver Adjektive im Alt-spanischen*. Leipzig, VEB Max Niemeyer Verlag.

- QUILIS, Antonio: 1968. «Morfología del número en el sintagma nominal español». *TraLiLi*, Estrasburgo, VI, pp. 131-140.
- RODRIGUEZ HERRERA, Esteban: 1942. *Observaciones acerca del género de los nombres*. La Habana (Lex), 2 vols.
- ROSENBLAT, Angel: 1952. «Género de los sustantivos en -e y en consonante. Vacilaciones y tendencias». En *Estudios dedicados a Menéndez Pidal*, t. III, pp. 159-202.
1949. «Vacilaciones y cambios de género motivados por el artículo». En *Bol. I.C.C.*, t. V, pp. 21-32.
1950. «Vacilaciones y cambios de género motivados por el artículo». En *Bol. Ac. Ven.*, t. XVIII, pp. 183-204.
1951. *Vacilaciones de género en los monosílabos*. Caracas.
1953. «El género de los compuestos». En *NRFH*, t. VII, pp. 95-112.
1959. «Cultismos masculinos con -a antietimológica». En *Filología*, t. V, pp. 35-46.
1962. «Morfología del género en español: comportamiento de las terminaciones -o, -a». En *NRFH*, t. XVI, pp. 31-80.
- SALTARELLI, Mario D.: 1970. «Spanish Plural Formation: Apocope or Epenthesis?». *Language*, 46: 1, pp. 89-96.
- SAPORTA, Sol: 1962. *On the expression of gender in Spanish*. Berkeley, Univ. of California.
1962. «On the expression of gender in Spanish». En *R.Ph.*, t. XV, pp. 279-284.
- SOBEJANO, Gonzalo: 1970. *El epíteto en la lírica española*. Madrid, Gredos.
- SPITZER, Leo: «El dual en catalá i en castellá». En *B.D.C.*, t. IX, pp. 83-84.
1921. «Die epizönen Nomina auf -a(s) in den iberischen Sprachen», en *Beiträge zur romanischen Wortbildungslehre*, de E. Gamillscheg y Leo Spitzer, Ginebra, 1941, pp. 82-182.
1941. «La feminización del neutro». En *RFH*, t. III, pp. 339-371.
1945. «El sintagma 'Valencia la bella'». En *RFH*, t. VII, pp. 259-276.
- SPITZOVA, Eva: 1965. «El campo sintáctico del sustantivo hombre en el español moderno». En *ERB*, t. I, pp. 189-212.
- STEVENS, Cl. E.: 1966. *A Characterization of Spanish Nouns and Adjectives*. Studies in Linguistics and Language Learning, II, Seattle, Univ. of Washington Dept. of Linguistics. (Res. Bolinger, Dwight, *RPh*, 21: 2 (1967), pp. 186-212; Langacker, R. W., *FLang*, 4: 2 (1968), pp. 211-218.)
- TANASE, Eugenio: 1965. «De la cuarta categoría morfológica del sustantivo: la persona». *Actas XI CILFR*, Madrid, pp. 1395-1404, 1968.
- TUDORICĂ, Olga: 1967. «O paralelă româno-spaniolă 'săraca de mine!' '¡pobre de mí!'». *SCL*, XVIII, pp. 627-633.
- WALLIS, E., y BULL, W. E.: 1950. «Spanish adjective position: phonetic stress and emphasis». En *Hispania*, t. XXXIII, pp. 221-229.
- WARTBURG, W. von: 1921. «Substantifs féminins avec valeur augmentative». En *B.D.C.*, t. IX, pp. 51-55.
- WONDER, John P.: 1971. «Complementos de adjetivo del genitivo». En *Hispania*, 54, pp. 114-120.
- YNDURÁIN, Francisco: «Sobre un tipo de composición nominal verbo + nombre». En *Presente y futuro de la lengua española*, t. II, pp. 297-302.
- ZIERER, Ernesto: 1974. *The Qualifying Adjective in Spanish*. La Haya-París, Mouton.

Verbo

- ALARCOS LLORACH, Emilio: 1951. «La diátesis en español». En *R.F.E.*, t. XXXV, pp. 124-127.
- 1959 (1961). «La forme *cantaría* en espagnol: mode, temps, et aspect». En *Actas del IX Cong. Int. de Ling. Románica. B. Fil.*, Lisboa, t. XVIII, pp. 203-212.
1947. «Perfecto simple y compuesto en español». *R.F.E.*, t. XXXI, pp. 108-139.
- 1965-1967. «Pasividad y atribución». En *Homenaje al profesor Alarcos García*, t. II, Valladolid.
1971. «Sobre el imperativo». *Archivum*, Oviedo, 21, pp. 389-395.
1966. «Verbo transitivo, verbo intransitivo y estructura del predicado». *Archivum*, t. XVI, pp. 5-17.

- ALONSO CORTÉS, Narciso: 1939. «El pronombre 'se' y la voz pasiva castellana». Valladolid.
- ALONSO, Amado: 1951. «Sobre métodos: construcciones con verbos de movimiento en español». En *Estudios Lingüísticos: temas españoles*, Madrid, Gredos.
- ALVAR LÓPEZ, Manuel: 1952. «El imperfecto *iba* en español». En *Homenaje a Fritz Krüger*, t. I, pp. 41-45.
- ASCUNCE, H. I. G.: 1972. «Descripción semántica generativa del verbo español». Ph. D. Dissertation, Georgetown University. (Abs. *DA*, 33: 8 (1973), pp. 4378-A-4379-A.)
- ATKINSON, Dorothy: 1954. «A re-examination of the hispanic radicalchanging verbs». En *Estudios dedicados a Menéndez Pidal*, t. V, pp. 39-65.
- BABCOCK, Sandra Scharff: 1965. *The syntax of Spanish reflexive verbs: the parameters of the middle voice*. Ohio State University (Miss.). Resúmen en *Dissertation Abstracts*, t. XXVI, 1965 (cf. en Frase). Ed. La Haya, Mouton, 1970.
- BADIA MARGARIT, A.: «El gerundio de posterioridad». En *Presente y futuro de la lengua española*, t. II, pp. 287-295.
- 1948 y 1949. «Ensayo de una sintaxis histórica de los tiempos: el pretérito imperfecto de indicativo». *Bol. R.A.E.*, t. XXVIII, pp. 281-300 y 393-400, t. XXIX, pp. 15-29.
- BARRERA VIDAL, Albert: 1972. *Parfait simple et parfait composé en castillan moderne*. Munich, Hueber.
- BASSOLS DE CLIMENT, M.: 1951. «La cualidad de la acción verbal en español». *Estudios dedicados a Menéndez Pidal*, t. II, pp. 135-147.
- BASTIANUTTI, D. L.: 1972. «Tendencias en el empleo del imperfecto de subjuntivo en sus dos formas en el teatro español de las últimas décadas». *Español Actual*, 22, pp. 11-18.
- BECKER, D.: 1928. *Die Entwicklung des lateinischen. Plusquamperfect-Indicativus im spanischen*. Leipzig.
- BEJARANO, V.: «Sobre las formas del imperfecto de subjuntivo y el empleo de la forma en -se con valor de indicativo». En *Strenae*, Salamanca, pp. 185-192.
- BENZING, J.: 1931. «Zur Geschichte von 'ser' als Hilfszeitwort bei den intransitiven Verben in spanischen». *Z.R.Ph.*, t. LI, pp. 385-460.
- BOLEO, Manuel de Paiva: 1965 (1974). «Os valores temporais e modais do futuro imperfeito e do futuro perifrástico em português». *Biblos*, XLI, pp. 87-115.
- BOLINGER, D. L.: 1946. «The future and conditional of probability». En *Hispania*, t. XXIX, pp. 363-375.
1956. «Subjunctive -ra and -se: free variation?». *Hispania*, t. XXXIX, pp. 345-349.
- «Essence and Accident: English Analogs of Hispanic *Ser-Estar*». *ILPHHRK*, pp. 58-69.
- BONNEKAMP, U.: 1959. *Das spanische Verbum. Aktualisierung und Kontext*. Tübinga.
- BOUZET, Jean: 1953. «Le gérondif espagnol dit de posteriorité». En *Bul. Hi.*, t. LV, pp. 349-374.
- BRISK, M.: 1966. «A Transformational Statement of the Subjunctive in Spanish». Master Thesis, Georgetown University.
- BUESA OLIVER, Tomás: 1972. «Sobre algunos tiempos y modos verbales en el español virreinal peruano del siglo XVIII». *Homenaje al profesor Carriazo*, II, Fac. Letras, Sevilla, pp. 83-90.
- BULL, William: 1960. *Time, tense and the verb. A study in theoretical and applied linguistics, with particular attention to Spanish*. Berkeley.
1950. «*Quedar* and *quedarse*: a study of contrastive ranges». *Language*, 26, pp. 467-480.
- CARRASCO, Félix: 1973. «Sobre el formante de la 'voz pasiva' en español». *R.S.E.L.*, 3, pp. 333-341.
- CARTAGENA, Nelson: 1978. «Acerca de las categorías de tiempo y aspecto en el sistema verbal del español». *R.S.E.L.*, 8, pp. 373-408.
- CERRES, Julio: 1941. «La pasiva con *se*». En *Nuevo concepto del Diccionario de la Lengua*, *Tras completas*, t. V, Madrid, Espasa Calpe.
- CASO, O. Américo: 1918. «La pasiva refleja en español». En *Hispania*, t. I, pp. 81-85.
- CERREY, Siri: 1971. «La categoría de actualidad en el verbo español». *Actes du XIII Cong. Int. Ling. Phil. Rom.*, Quebec.
- «Dos niveles temporales del verbo español y la doble función del pretérito imperfecto». *Estudios Filológicos*, Univ. Austral, Chile.
1970. «El pretérito español y la categoría del aspecto». *Actas XII Cong. Int. Ling. Fil. Rom.*, Bucarest, I, pp. 787-792.

- «Los sistemas morfológicos del verbo español y del checo, sus diferencias y dificultades de traducción». *Iberoamericana Pragensia*.
 1969. «Sobre la asimetría de las categorías del tiempo y del aspecto en el verbo español». *Philologica Pragensia*, 12, pp. 83-93.
 1970. «Sobre el origen y la evolución de las categorías morfológicas». *Español Actual*, 17, Madrid, pp. 1-13.
 1972. «Tiempos pretéritos compuestos y la estructura del sistema verbal». *Español Actual*, 22, pp. 1-10.
- CIROT, G.: 1911. «Sur quelques archaïsmes de la conjugaison espagnole». En *Bul. Hi.*, t. XIII, pp. 82-90.
 1904. «'Ser' et 'estar' avec un participe passé». En *Mélanges Ferdinand Brunot*, París, pp. 57-69.
- COSERIU, E.: 1960. *Sobre las llamadas 'Construcciones con verbos de movimiento': un problema hispánico*. Montevideo.
 1976. *Das Romanische Verbalsystem*. Tübinga (G. Narr; TBL 66).
- CRESSEY, William W.: «Irregular Verbs in Spanish». *GSRL*, pp. 236-246.
 1971. «The subjunctive in Spanish: a transformational approach». *Hispania*, 54, pp. 895-896.
 1972. «Teaching Irregular Present Tense Verb Forms: A Transformational Approach». *Hispania*, 55: 1, pp. 98-100.
- CRIAIDO DE VAL, Manuel: 1953. *Análisis verbal del estilo*. Madrid
 1948. *Sintaxis del verbo español moderno. I) Metodología. II) Los tiempos pasados del indicativo*. Madrid.
 1952. «Sistema verbal del español: notas para una sintaxis hispanorrománica». En *Vox Romanica*, t. XVII.
 1969. *El verbo español*. Madrid, Saeta.
- CUERVO, R. J.: 1893. «Las segundas personas del plural en la conjugación castellana». En *Romania*, t. XXII, pp. 71-86. En *Obras completas*, t. II, 1954, pp. 119-137 y 138-166.
 1950. «Sobre el carácter del infinitivo». En *Disquisiciones sobre filosofía castellana*, Bogotá, pp. 102-119.
- CHEVALIER, Jean-Claude: 1977. «De l'opposition 'aver-tener'». *CLHM*, 2, pp. 5-48.
- DALBOR, John B.: 1969. «Temporal distinctions in the Spanish subjunctive». En *Hispania*, t. LII, pp. 889-896.
- DÍAZ VALENZUELA, O.: 1942. *The Spanish Subjunctive*. Filadelfia.
- DIETRICH, W.: 1973. *Der periphrastische Verbalaspekt in den romanischen Sprachen*. Tübinga, Max Niemeyer, anejo *ZRPh*, 140. (Res. de C. Rohrer, en *ZRPh*, 92, 1976, pp. 165-172.)
- DUBSKY, J.: 1965. «Intercambio de componentes en las formas descompuestas españolas». En *Bul. His.*, t. LXVII, pp. 343-352.
- ESPINOSA, A. M.: 1930. «The use of the conditional for the subjunctive in Castilian Popular speech». En *M.Ph.*, t. XXVII, pp. 445-449.
- FARLEY, Rodger A.: 1970. «Time and the subjunctive in contemporary Spanish». En *Hispania*, t. LIII, pp. 466-475.
- FELDMAN, David M.: 1964. «Some structural characteristics of the Spanish modal verb phrase». *BFUCh*, XVI, pp. 241-255.
- FERNÁNDEZ RAMÍREZ, S.: 1960. «Algo sobre la fórmula 'estar + gerundio'». En *Homenaje ofrecido a Dámaso Alonso*, t. I, pp. 509-516.
- FISH, G. T.: 1963. «The neglected tenses: *hube hecho*, indicative, -ra, -re». En *Hispania*, t. XLVI, pp. 138-142.
- FOLEY, James: «Assibilation in Spanish First Singular Verb Forms: Interrupted Rule Schema». *G.S.R.L.*, pp. 225-235.
 1964. «Spanish Verb Endings». Mimeografiado.
- FONTANELLA DE WEINBERG, María Beatriz: 1970. «Los auxiliares españoles». En *Anales del Instituto de Lingüística*, t. X, pp. 61-73. (Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza, Facultad de Filosofía y Letras.)
 1976. «Analogía y confluencia paradigmática en formas verbales de voseo». *Thesaurus*, XXXI, pp. 249-272.

1977. «La constitución del paradigma pronominal de voseo». *Thesaurus*, XXXII, pp. 227-241.
- FOUCHE, P.: 1933. «Le présent dans la conjugaison castillane». En *A.U.G.*, t. XXXIV.
- GILI Y GAYA, Samuel: 1972. «El pretérito de negación implícita». *Studia Hispanica R. Lapesa*, I, Madrid, Gredos, pp. 251-256.
- GILMAN, Stephen: 1961. *Tiempo y formas temporales en el Poema del Cid*. Madrid, Gredos.
- GONZÁLEZ CALVO, José Manuel: 1978. «El concepto de verbo». *Anuario de Estudios Filológicos*, Univ. Extremadura, I, pp. 3-25.
- GREGORIO DE MAC, M.^a Isabel de: 1968. *El problema de los modos verbales*. Rosario, Univ. Nacional del Litoral.
- GUTIÉRREZ TUNÓN, Manuel: 1978. «Sobre las formas no personales del verbo español». *Est. of. Emilio Alarcos Llorach*, 3, pp. 161-171.
- HAMPOLOVA, Sylva: 1970. *Algunos problemas de la voz perifrástica pasiva y las perífrasis factitivas en español*. Praga (Acad. Chec.).
- HANSSEN, Friedrich: 1917. «Das spanische Passiv». En *Rom. Forsch.*, t. XXIX, pp. 764-778.
- HARRIS, James W.: «Five Classes of Irregular Verbs in Spanish». *GSRL*, pp. 247-271.
1970. «Two Notes on Spanish Verb Forms». Mimeografiado.
- HATCHER, Anna G.: 1954. *Passive «se» in Spanish*. Nueva York.
1941. «Construcciones pasivas con se». En *B.A.A.L.*, pp. 585-587.
- HAVERKATE, W. H.: 1972. «The Performative Analysis of the Spanish Imperative». En *Cahiers de Lexicologie*, 21/2, pp. 67-74.
- HEATH, Jeffrey: 1976. «Antipassivization: A functional typology». En *Proceeding of the Second Annual Meeting of the Berkeley Linguistics Society*, Berkeley (Univ. Cal.), pp. 202-211.
- HEGER, Klaus: 1967. «La conjugación objetiva en castellano y en francés». En *B.I.C.C.*, t. XXII, pp. 153-175.
1963. *Die Bezeichnung temporal-deiktischer Begriffskategorien im französischen und spanischen Konjugationssystem*. Tübinga.
1967. «Problemas y métodos del análisis onomasiológico del 'tiempo' verbal». En *A.F.U.Ch.*, t. XIX, pp. 165-195.
- HERNÁNDEZ ALONSO, César: 1973. «Sobre el tiempo en el verbo español». *RSEL*, 3, pp. 143-178.
- IRVING, T. B.: 1953. «Completion and becoming in the Spanish verb». En *M.L.J.*, t. XXXVII, pp. 412-414.
1952. «The Spanish reflexive and verbal sentence». En *Hispania*, t. XXXV, pp. 305-309.
- KALFPHY, Th.: 1927. «Sind die 'verba impersonalia' ein gramatischen Problem?». En *N.Spra.*, t. XXXV, pp. 161-175.
- KENISTON, H.: 1936. «Verbal aspect in Spanish». En *Hispania*, t. XIX, pp. 163-176.
- KLEIN, P. W.: *Modal auxiliaries in Spanish*. Seattle (Washington), Univ. of Washington (Studies in Linguistics and Language Learning, IV).
- KOCK, Josse de: 1973. «La 'rareté' de *ser* + adjectif verbal, passif». *RSEL*, 3, pp. 343-367.
- KORNER, Karl-Hermann: 1968. *Die «Aktionsgemeinschaft finites verb + Infinitiv» im spanischen Formensystem*. Hamburgo (Hamburg rom. St., B. Iberoam. Reihe 30, Calderoniana I).
- LAMTQUIZ, Vidal: 1969. «El sistema verbal del español actual. Intento de estructuración». En *Homenaje a Menéndez Pidal*, t. I (Revista de la Universidad de Madrid, t. XVIII), pp. 241-265.
1971. «Cantara y cantase». *RFE*, LIV, pp. 1-11.
1972. *Morfosintaxis estructural del verbo español*. Sevilla (Univ.).
- LAPESA, Rafael: 1970. «Las formas verbales de segunda persona y los orígenes del 'voseo'». Sobretiro de las *Actas del III Congreso Internacional de Hispanistas*, El Colegio de México, pp. 519-531.
- LAROCLETTE, J.: 1939. «Les aspects verbaux en espagnol ancien». En *Revue des Langues Romanes*, LXVIII, pp. 345 y ss.
1944. «Les aspects verbaux en espagnol moderne». En *R.B.Ph. H.*, t. XXIII, pp. 39-72.
- LENFEST, Donald E.: 1978. «An Explanation of the /G/ in 'tengo', 'vengo', 'pongo', 'salgo' and 'valgo'». *Hispania*, 61, pp. 894-904.
- LEUSCHEL, D. A.: 1960. «Spanish Verb Morphology». Ph. D. Dissertation, Indiana University. (Abs. *DA*, 21: 9 (1960), p. 2708.)

- LOPE BLANCH, J. M.: 1958. «Algunos usos del indicativo por subjuntivo en oraciones subordinadas». En *N.R.F.H.*, t. XII, pp. 383-385.
1956. «Construcciones de infinitivo». En *N.R.F.H.*, t. X, pp. 313-336.
- LORENZO, Emilio: 1966. *El español de hoy, lengua en ebullición*. Madrid, Gredos.
- LOZANO, Anthony G.: 1970. «Non-reflexivity of the Indefinite 'se' in Spanish». En *Hispania*, t. LIII, pp. 452-457.
- MACLENNANN, L. J.: 1962. *El problema del aspecto verbal*. Madrid, Gredos.
- MALKIEL, Yakov: 1949. «The contrast *tomáis-tomávades, queréis-queríades* in classical Spanish». En *H.R.*, t. XVII, pp. 159-165.
1966. «Diphthongization, monophthongization, metaphony: studies in their interaction in the paradigm of the Old Spanish *-ir* verbs». *Language*, 42, pp. 430-473.
- MALLO, Jerónimo: 1947. «El empleo de las formas del subjuntivo terminadas en *-ra* con significación de tiempos de indicativo». En *Hispania*, t. XXX, pp. 484-487.
1950. «La discusión sobre el empleo de las formas verbales en *-ra* con función de tiempos pasados del indicativo». En *Hispania*, t. XXXIII, pp. 126-139.
- MANCZAK, W.: 1963. «Sur quelques régularités dans le développement de la conjugaison espagnole». En *Rev. Ling. Rom.*, t. XXVII, pp. 463-469.
- MARCOS MARÍN, Francisco: 1970. «Formas verbales en las jarchas de moaxajas árabes». En *Homenaje a Menéndez Pidal*, t. IV (*Rev. de la Univ. de Madrid*, t. XIX), pp. 169-184.
- MARINER BIGORRA, Sebastián: 1957. «Estructura de la categoría verbal modo en latín clásico». En *Emérita*, t. XXV, pp. 449-486.
1971. «Triple noción básica en la categoría modal castellana». *RFE*, LIV, pp. 209-252.
- MATHIES, W.: 1933. *Die aus den intransitiven Verben der Bewegung und dem Partizip des Perfekts gebildeten Umschreibungen im Spanischen*. Jena.
- MATTOSSO CÁMARA, J.: «Une catégorie verbale: le futur du passé». En *Reprints of papers for the ninth Intern. Cong. of Ling.*, Cambridge (Massachusetts), pp. 63 y ss.
- MCCOY, A. M. C. B.: 1969. «A Case Grammar Classification of Spanish Verbs». Ph. D. Dissertation, Univ. of Michigan. (Abs. *DA*, 31: 7 (1971), p. 3534-A.)
- MEIER, Harri: 1954-1955. «Infinitivo flexional portugués e infinitivo personal español». *BFUCh*, VIII, pp. 267-291.
1965. «Futuro y futuridad». En *R.F.E.*, t. XLVIII, pp. 61-77.
«Sintaxis verbal española, peninsular e hispanoamericana». *CF. act. III Cong. Int. Hisp.*, pp. 601-610.
- MOLHO, Mauricio: 1975. *Sistemática del verbo español (Aspectos, modos, tiempos)*. Madrid, Gredos. (Res. de E. Ridruejo, en *Vox Romanica*, 36, 1977, pp. 327-334.)
- MONGE, FÉLIX: 1955. «Las frases pronominales de sentido impersonal en español». Separata de *Arch. de Fil. Aragonesa*, C.S.I.C.
- MONTES, J. J.: 1965. «Dos observaciones sintácticas». En *B.I.C.C.*, t. XX, pp. 138-139.
- MOURIN, L.: 1955. «La valeur de l'imparfait, du conditionnel et de la forme en *-ra* en espagnol moderne». En *Romanica Gandensia*, t. IV, pp. 251-278.
- NAVAS RUIZ, Ricardo: 1970. «Bibliografía crítica sobre el subjuntivo español». En *Actas del XII Congreso Internacional de Lingüística y Filología Románicas* (1968), Madrid, t. IV, pp. 1823-1840.
- NELSON, Dana A.: 1972-1973. «The domain of the Old Spanish *-er* and *-ir* verbs: a clue to the provenience of the Alexandre». *Ro Phil*, XXVI, pp. 265-303. P.S. de Y(akov) M(alkiel), pp. 303-305.
- ORO, César: 1978. «¿Son válidos los conceptos de regularidad e irregularidad aplicados al verbo castellano?». *RSEL*, 8, pp. 361-371.
- PARIENTE HERREJÓN, Angel: 1969. «El problema de la forma 'eres'». En *Homenaje a Menéndez Pidal*, t. I (*Rev. de la Univ. de Madrid*, t. XVIII), pp. 281-298.
- POTTIER, Bernard: 1961. «Sobre el concepto de verbo auxiliar». En *N.R.F.H.*, t. XV, pp. 325-361.
- RALLIDES, Charles: 1971. *The Tense Aspect System of the Spanish Verb*. As used in cultivated Bogotá Spanish. La Haya-París, Mouton.
- REICHENKRON, G.: 1933. *Passivum. Medium und Reflexivum in den romanischen Sprachen*. Jena y Leipzig.
- REIFF, D. G.: 1963. «A Characterization-Evaluation System for Theories of Spanish Verb Morphology». Ph. D. Dissertation, Univ. Of Michigan. (Abs. *DA*, 24: 4 (1963), p. 1608.)

- RIVERO, M.^a Luisa: 1970. «La concepción de los modos en la gramática de Andrés Bello y los verbos abstractos de la gramática generativa». *Rev. de Lingüística Teórica y Aplicada* (Univ. de Concepción, Chile), n.º 10.
1971. «Mood and Presupposition in Spanish». *Found. Lg.*, 7.
- ROBLES DE GANO, Felipe: 1910. *Filosofía del verbo*. Madrid.
- ROCA PONS, José: 1955. «Dejar + participio». En *R.F.E.*, t. XXXIX, pp. 151-185.
1958. *Estudios sobre perífrasis verbales del español*. Madrid, C.S.I.C.
1966. «Estudio morfológico del verbo español». En *R.F.E.*, t. XLIX, pp. 73-89.
- ROJO, Guillermo: 1978. «Las primeras descripciones del verbo castellano». *Est. of E. Alarcos Llorach*, 3, pp. 281-311.
- RONA, J. P.: 1961. «El uso del futuro en el voseo americano». En *Filología*, t. VII, pp. 121-144.
- RUIPÉREZ, M.: «Observaciones sobre el aspecto verbal del español». En *Strenae*, Salamanca, pp. 427-435.
- «Notas sobre estructura del verbo español». En *Problemas y principios del estructuralismo lingüístico*, pp. 89-96.
- SĂDEANU, Florența: 1972. «Perfectul simplu și perfectul compus. Comparatie între spaniolă și română». *SCL.*, XXIII, pp. 615-626.
- SAEZ GODOY, Leopoldo: 1965. «Algunas observaciones sobre la expresión del futuro en español». En *Actas del XI Congreso Internacional de Ling. y Fil. Rom.* (1968), Madrid, t. IV, pp. 1875-1889.
- SAPORTA, Sol: 1973. «Spanish *Estar*: On the explanation of Anomalies». *Issues in Linguistics: Papers in Honor of Henri and Renée Kahane*. Urbana (Univ. Illinois Press), pp. 808-814.
- SCAZZOCCHIO, M. S. de: 1951. «El 'futuro eventual' en español; una particularidad sintáctica del español a la luz de una forma griega; el futuro en los idiomas clásicos». En *R.F.H.C.*, t. VII, pp. 167-177.
- SEIFERT, Eva: 1930. «'Haber' y 'tener' como expresiones de la posesión en español». En *R.F.E.*, t. XVII, pp. 233-276 y 345-389.
- SELLARS, W.: 1960. «Inferencia y significado». En *U.S.C.*, t. 1, pp. 143-162.
- SKUBIC, Mitja: 1965. «Pretérito simple y compuesto en los primeros textos castellanos». *Actas XI CILFR*, Madrid, pp. 1891-1901, 1968.
- SOLL, Ludwig: 1968. «Synthetisches und analytisches Futur im modernen Spanischen». En *Rom. Forsch.*, t. LXXX.
- SOUZA, Roberto de: 1964. «Desinencias verbales correspondientes a la persona vos/vosotros en el *Cancionero General* (Valencia, 1511)». En *Filología*, t. X, pp. 1-95.
- SPAULDING, R. F.: 1933. «Infinite and subjunctive with 'hacer', 'mandar'». En *Hispania*, t. XVI, pp. 425-432.
1929. «An inexact analogy. The '-ra' form as a substitute for the '-ría'». En *Hispania*, t. XII, pp. 371-376.
1931. *Syntax of the Spanish Verb*. Nueva York.
- SPITZER, Leo: 1922. «Das Gerundium als Imperativ im Spanischen». En *Z.R.Ph.*, t. XLII, pp. 204-210.
- STARK, D. St.: 1967. «A Comparative Verb Morphology of Four Spanish Dialects». Ph. D. Dissertation, Cornell University. (Abs. *DA*, 28: 6 (1967), p. 2234-A.)
- STARR, W. T.: 1947. «Impersonal 'haber' in old Spanish». En *P.M.L.A.*, t. LXII, pp. 9-31.
- STEIGER, A.: «Das Spanische Imperfekt mit präsentischer Bedeutungsfunktion». En *Vox Romanica*, t. XVII, pp. 158-162.
- STUDERUS, Lenard H.: 1978. «Obliqueness in Spanish imperative utterances». *Hispania*, 61, marzo, pp. 109-117.
- TERRACINI, B.: 1945. «Sobre el verbo reflexivo y el problema de los orígenes románicos». En *R.F.H.*, t. VII, pp. 1-22.
- TERRELL, Tr. D.: 1970. «The Tense-Aspect System of the Spanish Verb: A Diachronic Study in the Generative Transformational Model». Ph. D. Dissertation, Univ. of Texas. (Abs. *DA*, 31: 11 (1971), p. 6039-A.)
- THOMAS, François: 1938. *Recherches sur le subjonctif latin. Histoire et valeur des formes*. Paris, Klincksieck.
- TILBY, Robert: 1975. «L'imperatif espagnol et l'économie du langage: institution et expressivité». En *Sephiha*, II, pp. 337-349.

- TOGEBY, Knud: 1953. *Mode, aspect et temps en espagnol*. Copenhagen, Dan Hist. Fil. Medd., 34, núm. 1.
1964. «Les désinences de l'imparfait et du parfait dans les langues romanes». *Studia Neophilologica*, XXXVI, p. 4.
- URIA, Isabel: 1978. «Sobre la gramaticalización del modal *soler* en textos de clerecía de los siglos XIII y XIV». *Est. of. E. Alarcos Llorach*, 3, pp. 313-316.
- VALLCORBA I ROCOSA, Jaume: 1978. *Els verbs ésser i estar en català*. Barcelona, Universidad.
- VERMEYLEN, A.: 1965. «L'emploi de 'ser' et de 'estar': question de sémantique ou de syntaxe?». En *B.Hi.*, t. LXVII, pp. 129-134.
- WAGNER, M. L.: 1955. «Expletive Verbalformen in den Sprachen des Mittelmeeres». En *Rom. Forsch.*, t. LXVII, pp. 1-8.
- WEINRICH, Harald: 1968. *Estructura y función de los tiempos en el lenguaje*. Madrid, Gredos.
- WOLFE, D. L.: 1966. «A Generative-Transformational Analysis of Spanish Verb Forms». Ph. D. Dissertation, University of Michigan. (Abs. *DA*, 28: 1 (1967), p. 219-A.)
- WRIGHT, J. R.: 1972. «Spanish Verb Morphophonology». Ph. D. Dissertation, Indiana University. (Abs. *DA*, 33: 8 (1973), pp. 4395-A-4396-A.)
- WRIGHT, L. O.: 1929. «The indicative function of the '-ra' verb form». En *Hispania*, t. XII, pp. 259-278.
1932. *The '-ra' form in Spanish*. Berkeley (Univ. of California Press).
1933. «The Earliest Shift of the Spanish -ra Verb-form from the Indicative Function to the Subjunctive: 1000-1300 A.D.». *Lg.*, 9, pp. 265-268.

Pronombre y artículo (**)

- ABAD NEBOT, Francisco: 1977. *El artículo*. Madrid, Aravaca, P.B.E.
- ABEL, Fritz: 1971. *L'adjectif démonstratif dans la langue de la Bible latine. Étude sur la formation des systèmes déictiques et de l'article défini des langues romanes*. Tübingen, Niemeyer (Beihefte zur *ZRPh*, 125).
- ALARCOS LLORACH, E.: 1961. «Los pronombres personales en español». En *Archivum*, t. XI.
1967. «El artículo en español». En *To Honor Roman Jakobson*, La Haya, Mouton, t. I.
1968. «'Un', el número y los indefinidos». En *Archivum*, t. XVIII, pp. 11-20.
1968. «Valores del 'se' en español». En *Archivum*, t. XVIII, pp. 21 y ss. (Incluidos en sus *Estudios de Gramática Funcional del Español*.)
- ALONSO, Amado: 1930. «Las abreviaciones de 'señor', 'señora', en fórmulas de tratamiento». En *B.D.H.*, t. I, pp. 417-430.
1951. «Estilística y gramática del artículo en español». En *Estudios lingüísticos: temas españoles*, Madrid, Gredos.
- ARNOLD, M. H.: 1929. «Spanish neuter dative 'le'». En *M.L.J.*, t. XIII, pp. 631-632.
- BADIA MARGARIT, A.: 1947. *Los complementos pronominal-adverbiales derivados de 'ibi' e 'inde' en la península ibérica*. Madrid, anejo *RFE*.
1952. «Los demostrativos y los verbos de movimiento en iberorrománico». En *Homenaje a Menéndez Pidal*, t. III, pp. 3-31.
- BARRENECHEA, A. M.: 1962. «El pronombre y su inclusión en un sistema de categorías semánticas». En *Filologia*, t. VIII, pp. 241-272.
- BOUVIER, E.: 1972. «Le démonstratif latin 'ille' et la formation de l'article défini des langues romanes». *Cah. de Lex.*, 21/II, pp. 75-86.
- CONTRERAS, H.: 1968. «The Structure of the Determiner in Spanish». *Linguistics*, 44, pp. 22-28.
- CONTRERAS, Lidia: 1966. «Significados y funciones del 'se'». En *ZRPh*, pp. 298-307.
- COPEAG, D.: 1966. «Sobre la definición del artículo español». *RRLi*, XI, pp. 63-65.
- COSERIU, E.: 1962. «Determinación y entorno». En *Teoría del lenguaje*, Madrid, Gredos, pp. 282-323.
- CUERVO, Rufino José: 1954. «Los casos enclíticos y proclíticos del pronombre de tercera persona en castellano». En *Obras*, t. II, pp. 167-234.
- DAVIS, R.: 1937. «The emphatic object pronoun in Spanish». En *Ph.Q.*, t. XVI, pp. 272-277.
- ESPINOSA, Aurelio M.: 1946. «Fórmulas de tratamiento» [en Nuevo México], en *B.D.H.*, t. II, pp. 15-18.

(**) Bibliografía amplia sobre el pronombre y sus implicaciones sintácticas específicas en los *Estudios sobre el pronombre*, de F. Marcos Marín, citados más adelante.

- FERNÁNDEZ RAMÍREZ, Salvador: «Un proceso lingüístico en marcha». En *Presente y futuro de la lengua española*.
- FISH, G. T.: 1961. «Notes on usage: el cual, el que, or quien?». En *Hispania*, t. XLIV.
- GAMILLSCHEG, Ernst: 1966. «Zum spanischen Artikel und personal Pronomen». En *R. Li. R.*, t. XXX, pp. 250-256.
- GARCIA, Erica C.: 1975. *The role of theory in linguistic analysis. The Spanish pronoun system*. Amsterdam, North Holland.
- GEISSNER, E.: 1893. «Das spanische Personalpronomen». En *ZRPh.*, t. XVII, pp. 1-54.
1893. «Das spanische Possesiv- und Demonstrativpronomen». En *ZRPh.*, t. XVII, pp. 239-254.
1894. «Das spanische Relativ- und Interrogativpronomen». En *ZRPh.*, t. XVIII, pp. 449-497.
1895. «Das spanische indefinite Pronomen». En *ZRPh.*, t. XIX, pp. 153-169.
- GILI GAYA, Samuel: 1946. «Nos-otros, vos-otros». En *R.F.E.*, t. XXX, pp. 108-117.
- GRANDA, Germán de: 1966. «La evolución del sistema de posesivos en el español atlántico (estudio de morfología diacrónica)». En *BRAE*, t. XLVI, pp. 69-82.
- HEGER, Klaus: 1965. «Personale Deixis und grammatische Person». En *ZRPH.*, t. LXXXI, pp. 76-216.
- HENRÍQUEZ UREÑA, Pedro: 1939. «Ello». En *R.F.H.*, t. I, pp. 209-229.
- HERNÁNDEZ ALONSO, César: 1966. «Del 'se' reflexivo al impersonal». En *Archivum*, t. XVI, pp. 39-66.
1967. «El 'que' español». En *R.F.E.*, t. L, pp. 257-271.
- HILLS, E. C., y ANDERSON, J. O.: 1931. «The relative frequency of Spanish personal pronouns». En *Hispania*, t. XIV, pp. 335-337.
- LAMQUIZ, Vidal: 1967. «El demostrativo en español y en francés. Estudio comparativo y estructuración». En *R.F.E.*, t. L, pp. 163-202.
1967. «Los posesivos del español, su morfosintaxis sincrónica actual». En *E.A.*, pp. 7-9.
1967. «El pronombre personal en español. Estudio de su sistemática sincrónica actual». En *Bol. F.E.*, t. VII, pp. 3-12.
- LAPESA, Rafael: 1961. «Del demostrativo al artículo». En *NRFH*, t. XV, pp. 23-44.
1966. «El artículo como antecedente de relativo en español». En *Homenaje* (Inst. de Estudios Hisp. Port. e Iberoam., Univ. Utrecht), La Haya, Van Goor Zonen, pp. 287-298.
1968. «Sobre los orígenes y evolución del leísmo, láismo y loísmo». En *Festschrift W. v. Warburg*, Tubinga, Max Niemeyer, pp. 523-551.
1970. «El artículo con calificativos o participios no adjuntos a sustantivo en español». *Phon. et Ling. Rom. Mélanges offerts à M. Georges Straka*, II. Lyon-Strasbourg, pp. 78-86.
1971. «El artículo ante posesivo en castellano antiguo». *Sprache und Geschichte. Festschrift für Harri Meier*, Munich, pp. 277-296.
1970. «Personas gramaticales y tratamientos en español». En *Homenaje a Menéndez Pidal*, t. IV; *Revista de la Universidad de Madrid*, t. XIX, pp. 141-167.
- LIPSKI, John M.: 1978. «On the use of the indefinite article». *Hispania*, 61, marzo, pp. 105-109.
- LUJÁN, Marta: 1971. «On the So-Called Neuter Article in Spanish». *On the Theory of Transformational Grammar* (GS-2468), August, pp. 45-69.
- «On the so-called neuter article in Spanish». *GSRL*, pp. 162-175.
- MAC HALE, C. F.: «Leísmo, loísmo». En *III Congreso de Academias de la Lengua Española. Actas y labores*, pp. 469-491.
- MARCOS MARÍN, Francisco: 1970. «El pronombre sujeto de primera persona en las jarchas». En *Homenaje universitario a Dámaso Alonso*, Madrid, Gredos, pp. 65-67.
1978. *Estudios sobre el pronombre*, Madrid, Gredos.
- MEIER, Harri: 1950. «Indefinita von Typus span. 'cualquiera', it. 'qualsivoglia'». En *Rom. Forsch.*, t. LXII, pp. 385-401.
- MEYN, L.: 1928. «Zur Syntax des Fürworts in Spanischen». En *ZFEU*, t. XXVII, pp. 375-378.
- MOELLERING, William: 1971. «On the indefinite 'se'». En *Hispania*, 54, p. 300.
- MOLINA REDONDO, José Andrés: 1978. «El pronombre como categoría funcional». *Est. of. E. Alarcos Llorach*, 3, pp. 237-253.
- MONTES, José Joaquín: 1965. «Le por les. ¿Un caso de economía morfológica?». En *B.I.C.C.*, t. XX, pp. 622-625.

- MORALES PETTIRINO, F.: 1961. «Apuntaciones sobre los numerales y los colectivos en español». En *An. de la Univ. de Chile*, pp. 121-122.
- NAVARRO TOMÁS, Tomás: 1923. «'Vuesasted', 'usted'». En *R.F.E.*, t. X, pp. 310-311.
- PLA CÁRCELES, J.: 1923. «La evolución del tratamiento 'vuestramerced'». En *R.F.E.*, t. X, pp. 245-280.
1923. «'Vuestra merced', 'usted'». En *R.F.E.*, t. X, pp. 402-403.
- POSTON, Lawrence, Jr.: 1953. «The redundant object pronoun in contemporary Spanish». En *Hispania*, t. XXXVI, pp. 263-272.
- RONA, José Pedro: 1967. *Geografía y morfología del «voseo»*. Porto Alegre.
- ROSENBLAT, Angel: 1946. «Fórmulas de tratamiento». En *B.D.H.*, pp. 112-130.
- SCHMIDT, L.: 1928. «Das Pleonastische Fürwort im Spanischen». En *N. Spr.*, t. XXXVI, pp. 283-294.
- SOUZA, R. de, véase en la bibliografía del VERBO.
- SPITZER, Leo: 1947. «Vosotros». En *R.F.E.*, t. XXXI, pp. 170-171.
- SPRANGER, G.: 1933. *Syntaktische Studien über den Gebrauch des bestimmten Artikels im Spanischen*. Leipzig.
- TRAGER, G. L.: 1932. *The use of the latin demonstratives (specially ILLE and IPSE) up to 60 a.D., as the source of the romance article*. N. York.
- WEBER, Frida: 1941. «Fórmulas de tratamiento en la lengua de Buenos Aires». En *R.F.H.*, t. III, pp. 105-139.
- WILSON, W. E.: 1940. «'El' and 'ella' as pronouns of address». En *Hispania*, t. XXIII, pp. 336-340.

Adverbio y partículas

- ALARCOS LLORACH, E.: 1963. «Español *que*». En *Archivum*, t. XIII, pp. 5-17.
- ALONSO, A.: 1925. «Español 'como que' y 'cómo que'». En *R.F.E.*, t. XII, pp. 133-156.
- ARNOLD, H. H.: 1930. «Double function of the conjunction 'que'». En *Hispania*, t. XIII, pp. 116-122.
- BENEZECH, Jean Louis: 1975. «Vers une approche de la sémiologie des adverbes démonstratifs de lieu en espagnol». En *Sephiha*, I, pp. 59-67.
- BOLINGER, D. L.: 1943. «Purpose with 'por' and 'para'». En *M.L.J. (Modern Language Journal)*, t. XXVIII, pp. 15-21.
- CARBONERO CANO, Pedro: 1975. *Funcionamiento lingüístico de los elementos de relación*. Sevilla, Universidad.
- CASTRO, Américo: 1916. «'De aquí a' = 'hasta'». En *R.F.E.*, t. III, p. 182.
- CASTRO, Américo, y GILI GAYA, S.: 1917. «Y todo». En *R.F.E.*, t. IV, pp. 285-289.
- CRESSEY, William W.: 1968. «Relative Adverbs in Spanish: A Transformational Analysis». *Language*, 44, pp. 487-500.
- DEUTSCHMANN, O.: 1959. *Zum Adverb im Romanischen*. Tubinga.
- DONELL, Albert L.: 1952. *La conjunción 'que' en el antiguo español*. México (tesis U. México).
- DOUVIER, Elisabeth: 1978. «L'évolution et la disparition de l'adverbe de lieu y dans les manuscrits du 'Libro de la Montería'. *CLHM*, 3, pp. 33-50.
- DYER, Nancy Joe: 1972. «A study of the Old Spanish Adverb in 'mente'». *H.R.*, 40, pp. 303-308.
- FERNÁNDEZ RAMÍREZ, Salvador: 1937. «Como si + subjuntivo». En *R.F.E.*, t. XXIV, pp. 372-380.
- FITZ GIBBON, J. P.: 1960. *Verbs and Adverbial Prepositions*. Madrid.
- GAMILLSCHEG, Ernst: 1963. «Über Präposition und Adverb im Spanischen». En *Medium Aevum Romanicum, Festschrift für Hans Rheimfelder*, pp. 120-139.
1964. «Spanisch como mit dem Konjunktiv». En *Mélanges Offerts à M. Delboulle*, Gembloux, pp. 221-235.
- HANSSEN, Friedrich: 1911. «Cuestiones de Gramática. Observaciones sobre la preposición para, por». En *B.Hi.*, t. XIII, pp. 40-46.
- HATCHER, A. G.: 1942. «The use of 'a' as a designation of the personal accusative in Spanish». En *M.L.N.*, pp. 421 y ss.
- HEINIMANN, S.: 1953. «Vom Kinderspielnamen zum Adverb». *ZfRPh*, 69, pp. 1-42.

- HERNÁNDEZ ALONSO, César: 1974. «El adverbio». Separata de *Thesaurus*.
- KRUGER, Fritz: 1921. «A propósito de 'de aquí a', 'hasta'». En *R.F.E.*, t. VIII, pp. 295-296.
1960. *El argentinismo 'es de lindo'*. Madrid, C.S.I.C.
- LAVANDERA, Beatriz R.: 1971. «La forma *que* del español y su contribución al mensaje». *R.F.E.*, LIV, pp. 13-36.
- LÓPEZ, M.^a Luisa: 1970. *Problemas y métodos en el análisis de preposiciones*. Madrid, Gredos.
- LÓPEZ GARCÍA, Angel: 1977. *Elementos de semántica dinámica. Semántica española*. Zaragoza, Pórtico.
- MONOLIU-MANEA, Maria: 1970. «Les conjonctions de coordination dans une grammaire transformationnelle romane». *Bull. Soc. Roum. de Ling. Rom.*, VII.
- MENÉNDEZ PIDAL, Ramón: 1954. «El 'que' expletivo». En *Al-Andalus*, t. XIX, pp. 387-388.
- MONDEJAR, José: 1966. «La expresión de la condicionalidad en español (conjunciones y locuciones conjuntivas)». En *R.F.E.*, t. XLIX, pp. 229-254.
- PIETSCH, K.: 1904. «The Spanish particle 'he'». En *Modern Phil.*, pp. 205-206.
- POTTIER, B.: «Problèmes relatifs à *aun*, *aunque*». En *Mélanges offerts à M. Bataillon*, Burdeos, pp. 716-721.
1954. «Espacio y tiempo en el sistema de las preposiciones». En *B.F.S.*, t. VIII, pp. 347-354, y en *Lingüística moderna...*
1960. «Problèmes relatifs aux adverbos en *-ment*». En *Miscelanea Griera*, t. II, pp. 189-205.
- RIHO, Timo: 1979. *Por y para. Estudio sobre los orígenes y la evolución de una oposición prepositiva iberorrománica*. Helsinki, Societas Scientiarum Fennica.
- RODRÍGUEZ-PASQUÉS, Petrona Domínguez de: 1970. «Morfología y sintaxis del adverbio en *-mente*». Cf. *Actas III Cong. Int. Hisp.*, pp. 293-303.
- SACKS, Norman: 1954. «'Aquí', 'acá', 'allí' and 'allá'». En *Hispania*, t. XXXVII, pp. 263-266.
- SCHÉVEN, Sture von: 1968. «La conjunción temporal *tan pronto* y algunos casos más de reducción prosódica». En *Studier i modern språkvetenskap* (Univ. de Estocolmo), Nueva Serie, 3, pp. 224-237.
- SHENTON, G.: 1964. «'Bajo' y 'debajo de'». En *Hispania*, t. XLVII.
- SPITZER, Leo: 1913. «Span. como que». En *ZRPh*, t. XXXVII, pp. 730-735.
1942. «Notas sintáctico-estilísticas a propósito del español 'que'». En *R.F.H.*, t. IV, pp. 105-126 y 253-265.
1942. «¿Adverbios en *-ter* en romance?». *An Int. Ling. Cuyo*, II, p. 5.
1950. «Lokaladverb staat Personalpronomen». En *Rom. Forsch.*, t. LXII, pp. 158-162.
- TRUJILLO, Ramón: 1971. «Notas para un estudio de las preposiciones españolas». *BICC*, 26, pp. 234-279.
- WAGNER, Max Leopold: 1924. «Spanisch *tan* und *más* mit Verblässung der ursprünglichen Funktion». En *ZRPh*, t. XLVIII, pp. 589-594.
- ZURDO, María Teresa: 1974. «Estilística comparada de las preposiciones en español y en alemán». *Fil. Mod.*, 50-51, pp. 233-267.

Lexicografía, lexicología y semántica

- AID, Fr. M.: 1972. «Semantic Structures in Spanish: A Proposal for Instructional Materials». Ph. D. Dissertation, Georgetown University. (Abs. *DA*, 33: 8 (1973), p. 4378-A.)
- ALEMANY-BOLUFER, J.: 1920. *Tratado de la formación de palabras en lengua castellana. La derivación y la composición. Estudio de los sufijos y prefijos empleados en una y otra*. Madrid, Victoriano Suárez.
- ALONSO, A.: 1930. «Para la lingüística de nuestros diminutivos». En *Nos*, XXI, n.º 21, pp. 35-41.
1951. «Noción, emoción, acción y fantasía en los diminutivos». En *Estudios lingüísticos. Temas españoles*, Madrid, Gredos.
- ALONSO HERNÁNDEZ, José Luis: 1977. *Léxico del marginalismo del Siglo de Oro*. Salamanca (Univ.).

- BAYLISS, Betty: 1959. 'Sebastián de Covarrubias' 'Suplemento al Tesoro de la Lengua Castellana': A critical edition of selections from the original manuscript. University Microfilms. Ann Arbor, Mich. Urbana.
- BERSCHIN, Helmut: 1971. «Sprachsystem und Sprachnorm bei spanischen lexicalischen Einheiten der Struktur KKVKV». *Linguistische Berichte*, 12, pp. 39-46.
- BOGGS, R. S.; KASTEN, L.; KENISTON, H., y RICHARDSON, H. B.: 1946. *Tentative Dictionary of Medieval Spanish*. Chapel Hill, North Caroline.
- BOLINGER, Dwight: 1970. «Modes of Modality in Spanish and English». *RoPh*, XXIII, pp. 572-580.
- BOSQUE, Ignacio, y MAYORAL, José Antonio: 1979. «Formación de palabras. Ensayo bibliográfico». *Cuadernos Bibliográficos del C.S.I.C.*, 38, tirada aparte, 31 pp.
- BOYD-BOWMAN, Peter: 1972. *Léxico hispanoamericano del siglo XVI*. Londres, Tamesis Book. (Res. H. Meier, *RF*, 86, 1974, pp. 152-153.)
- BROWN, C. B.: «The Disappearance of the Indefinite *hombre* from Spanish». *Lg*, 7, pp. 265-277.
- BUSTOS, Eugenio de: 1966. «Algunas consideraciones sobre la palabra compuesta como signo lingüístico». En *R.F.E.*, t. XLIX, pp. 255-274.
- 1965-1966. «Un nuevo recuento del vocabulario español». En *Fil. Mod.*, 6.
- BUSTOS TOVAR, Jesús: 1972. «Notas sobre Lexicología y Semántica». *Vida Escolar*, pp. 139-140; 55-60.
1974. *Contribución al estudio del cultismo léxico medieval*. Madrid, RAE.
- CASARES, Julio: 1942. *Diccionario ideológico de la lengua española*. Barcelona (G.G.).
1950. *Introducción a la lexicografía moderna*. Madrid, C.S.I.C., anejo R.F.E., LII.
- CASTRO, Américo: 1936. *Glosarios latino-españoles de la Edad Media*. Madrid, C.E.H.
- CONTRERAS, Lidia: 1966-1968. «Semántica del español americano». *RPF*, XIV, pp. 157-212.
- COOPER, Louis: 1967. «El *Recueil* de Hornkens y los diccionarios de Palet y de Oudin». *NRFH*, XVI, pp. 297-328.
- COROMINAS, J.: 1954. *Diccionario crítico-etimológico de la lengua castellana*. Madrid, Gredos, 4 vols.
- COVARRUBIAS OROZCO, Sebastián de: 1611. *Tesoro de la lengua castellana o española*. Madrid.
- DE MAURO, Tullio: 1969. *Une introduction à la sémantique*. París, Payot.
- DÍAZ, A.: 1967. «Implicancias semánticas en la gramática transformacional». *LyC*, 23, pp. 20-22.
- DÍAZ Y DÍAZ, Manuel: 1978. *Las primeras glosas hispánicas*. Barcelona, Univ. Autónoma.
- FERNÁNDEZ RAMÍREZ, Salvador: 1962. «A propósito de los diminutivos españoles». *Strenae* (Salamanca), XVI, pp. 185-192.
- FERNÁNDEZ-SEVILLA, Julio: 1974. *Problemas de lexicografía actual*. Bogotá, Instituto Caro y Cuervo.
- FLEISCHMAN, Suzanne: 1972-1973. «Collision of Homophonous Suffixes Entailing Transfer of Semantic Content. The Luso-Hispanic Action Nouns in *-ón* and *-delal-dilla*». *Ro. Phil.*, XXVI, pp. 635-663.
1978. «Factores operantes en la historia de un sufijo: el caso de 'azgo'». *Est. of. E. Alarcos Llorach*, 3, pp. 75-85.
- FONTANELLA, M. B.: 1962. «Algunas observaciones sobre el diminutivo en Bogotá». *BICC*, XVIII, pp. 556-573.
- FOREST, John B. de: 1916. «Old French Borrowed Words in the Old Spanish of the Twelfth and Thirteenth Centuries». *The Romanic Rev.*, VII. (Cf. res. en *RFE*, VI, 1919, p. 329.)
- FÓRNEAS, J. M.^a, y MARCOS, F.: 1974. «*Guezerá*: precisiones sobre el origen de este vocablo judeo-español». *Bol. R.A.E.*, 54, pp. 153-156.
- GAARDER, A. Bruce: 1966. «Los llamados diminutivos y aumentativos en el español de México». *PMLA*, 81, pp. 585-595.
- GARCÍA DE DIEGO, V.: *Diccionario Etimológico Español e Hispánico*. Madrid, Saeta.
- GARCÍA GÓMEZ, Emilio: 1954. «Hipocorísticos árabes y patronímicos cristianos». En *Arabica*, t. I, pp. 129-135.
- GEORGES, Emanuel S.: 1970. *Studies in Romance Nouns Extracted from Past Participles*. Londres-Los Angeles.
- GILI GAYA, S.: 1953. *Diccionario General Ilustrado de la Lengua Española*. Barcelona, Vox.
- Diccionario de Sinónimos*. Barcelona, Vox.

- Tesoro lexicográfico (1492-1726)*. Madrid, C.S.I.C.; publicado a partir de 1947, sin continuar.
- GONZÁLEZ OLLÉ, Fernando: 1962. *Los sufijos diminutivos en castellano medieval*. Madrid, C.S.I.C.
1965. «Primeros testimonios de algunos sufijos diminutivos en castellano y nuevos datos para su historia». *Actes X Cong. Int. Ling. Phil. Rom.*, Estrasburgo, 1962; Klincksieck, París, II, pp. 547-552.
1978. «Formación superlativa y diminutiva de los nombres terminados en /ia/, /iol/, /iel/ y fonología generativa de sus derivados mediante sufijos que comienzan por /i/». *Est. of. Emilio Alarcos Llorach*, 3, pp. 103-132.
1979. «Forma literaria y contenido doctrinal a propósito de la interpretación de *El Criticón* (I, X)». *Estudios sobre literatura y arte dedicados al profesor Emilio Orozco Díaz*, II, pp. 109-138.
- GOOCH, Anthony: 1967. *Diminutive, Augmentative and Pejorative Suffixes in Modern Spanish*. Londres, Pergamon Press (2.^a ed., 1970).
- GREIMAS, A. J.: 1971. *Semántica estructural*. Madrid, Gredos.
- GYURKO, Lanin A.: 1971-1972. «Affixal negation in Spanish». *Ro. Phil.*, XXV, pp. 225-240.
- HARING, María: 1977-78. «Los derivados aspectivos de base verbal en el *Setenario* de Alfonso el Sabio». *CLHM*, 2, pp. 101-117; 3, pp. 51-98.
- HASSELROT, Bengt: 1957. *Etudes sur la formation diminutive dans les langues romanes*. Uppsala, Universitets Arsskrift, 11.
1976. «Quelques nouveaux diminutifs véritables». *Mél. C. Th. Gossen*, Berna-Lieja (Franc-ke Vg-Marche Romane), pp. 317-323.
- HERNÁNDEZ, Alberto: 1977. «Fundamentos teóricos y empíricos del análisis de campos léxicos». *Lexis*, I, pp. 5-38.
- HILLS, E. C.: 1926. «Spanish Patronymics in -z». *Revue Hispanique*, LXVIII, pp. 161-173.
- HOFFMAN, R. J.: 1969. «The Derivation of Spanish Hypocoristics». *CLS*, 5, pp. 366-373.
- HUBSCHMID, J.: 1969. *Die «asko-lusko» Suffixe und das Problem des Ligurischen*. París (Res. de H. J. Wolf, *R.F.*, 84, 1972.) (*RFE*, LVIII, 1976, pp. 303-304.)
- JORDAN, Iorgu: 1970. «Observaciones sobre la formación de palabras en español». *Cf. Actas III Cong. Int. Hisp.*, pp. 443-451.
- JAUREGUI, S. B.: 1972. «Semantic Analysis of English Compound Nouns and Their Equivalents in Spanish (I)». *LyC*, 12: 2-3, pp. 53-63.
1972. «Semantic Analysis of English Compound Nouns and Their Equivalents in Spanish». *LyC*, 12: 4, pp. 82-89.
- JUILLAND Y CHANG-RODRÍGUEZ: 1966. *Frequency Dictionary of Spanish Words*. La Haya, Mouton.
- KANY, Charles: 1960. *American-Spanish Euphemisms*. Berkeley, U.C. Press.
1963. *Semántica hispanoamericana*. Madrid, Aguilar.
- KÖNIG, V. F.: 1953. «Notes on Spanish Word Formation». En *M.L.N.*, t. LXVIII, pp. 13-17.
- LAPESA, Rafael: 1972. «Latinismos semánticos en la poesía de fray Luis de León». *Homenaje a Antonio Tovar*, Madrid, Gredos, pp. 243-251.
1972. «Los provenzalismos del Fuero de Valfermoso de las Monjas (1189)». *Phil Q.* (Iowa), 51, pp. 54-59.
- LATORRE, Federico: 1956-1957. «Diminutivos, despectivos y aumentativos en el siglo XVII». *Archiv. de Fil. Arag.*, VIII-IX, pp. 105-120.
- LAZARO CARRETER, Fernando: 1971. «Transformaciones nominales y diccionario». *Rev. Esp. Ling.*, I, pp. 371-379.
- LAZARO MORA, Fernando: 1976. «Compatibilidad entre lexemas nominales y sufijos diminutivos». *Thesaurus, B.I.C.C.*, 19 pp. (separata).
1977. «Morfología de los sufijos diminutivos -ito(a), -ico(a), -illo(a)». En *Verba*, 4, pp. 115-125.
- LLOYD, Paul M.: 1968. *Verb-Complement Compounds in Spanish*. Beihefte z. ZRPh., 116, Tübinga. (Reseña de Hans Dieter Bork en *Rom. Forsch.*, 81, 1969, pp. 476-480; cf. *RFE*, LV, 1972, p. 116.)
- LYONS, John: 1977. *Semantics*, I y II. Cambridge (Univ. Press).
- MAIARET, Augusto: 1943. *Semántica americana*. Cataño, Puerto Rico, Imp. San José.

- MAIKIEL, Yakov: 1942. «Some contrast between verbal derivations in Spanish and Portuguese». *Univ. of Wyoming Pub.*, IX, pp. 53-67.
1944. «The base of the Spanish suffix '-eño'». *AJPh*, LXV, pp. 307-323 y 372-381.
1945. *Development of the Latin suffixes '-antia' and '-entia' in the Romance Languages, with special regard to Ibero-Romance*. Berkeley y Los Angeles (U.C.P.).
1949. «The ancient Hispanic verbs 'posfaçar', 'porfaçar', 'profaçar': a study in etymology and word-formation». *Rom Ph.*, III, pp. 27-72.
1949. «Studies in the Hispanic infix '-eg' (pedegral)». En *Lan.*, XXV, pp. 139-181.
1950. «The Latin background of the Spanish suffix '-uno'». En *Rom. Ph.*, IV, pp. 17-45.
1951. «Lexical polarization in Romance». *Language*, 27, pp. 485-518.
1951. «The Hispanic suffix '-(i)ego': a morphological and lexical study based on historical and dialectal sources». Berkeley (Univ. of Cal. Pub. in Ling. IV, núm. 3), pp. 111-213. (Res. de Jungemann, en *Lang.*, 1961, pp. 155-157.)
1953. «A Cluster of four homophones in Ibero-romance». *HR*, XXI, pp. 20-36.
1956. «Studies in Spanish and Portuguese Animal Names. A propos of Delmira Maçãs, *Os Animais na Linguagem Portuguesa*». *HR*, XXIV; I, pp. 115-143; II, pp. 207-231.
- 1957-1958. «Diachronic hypercharacterization in romance». *Arch. Ling.*, 9, pp. 79-113; 10, pp. 1-36.
1958. «Los interfijos hispánicos. Problema de lingüística histórica y estructural». En *Miscelánea homenaje a André Martinet*, II, La Laguna, pp. 108-199.
1959. «Nuevas aportaciones para el estudio del sufijo -uno». En *N.R.F.H.*, XIII, pp. 241-290.
1959. «The two sources of the Hispanic suffix -azo, -aço». En *Lang.*, XXXV, pp. 193-258.
1970. *Patterns of Derivational Affixation in the Cabraniego Dialect of East-Central Asturian*. Berkeley-Los Angeles-Londres, Univ. California Pub., *Linguistics*, 64. (Res. H. Goelbl, en *ZRPh*, LXXXIX, 1973; *RFE*, LVIII, 1976, pp. 292-293.)
1974. «Pre-classical French *une(un) image* 'likeness, statue', Old Portuguese *um(uma) via-ge(m)* 'journey': A study of parallelism in reverse». *RoPhil*, 28/1, pp. 20-27.
- MARCHAND, Hans: 1951. «Morphology and word-formation». En *N.M.*, pp. 87-95.
- MARCOS MARIN, F.: Cf. FORNEAS, J. M. y...
1977. «Notas de literatura medieval (Alejandro, Mainete, Marco Polo...) desde la investigación léxica de 'brahmán' y sus variantes». *Vox Romanica*, 36, pp. 121-161.
- MARQUEZ, P.: 1969. «Algunas reglas generativas para la formación de palabras de parentesco en castellano». *LyC*, 31, pp. 1-7.
- MENÉNDEZ PIDAL, Ramón: 1905. «Sufijos átonos en español». En *Festgabe für A. Mussafia*, Halle, pp. 386-400.
1953. «Sufijos átonos en el Mediterráneo occidental». En *Homenaje a A. Alonso*, *N.R.F.H.*, VII, pp. 34-55.
1958. «Los sufijos en -rr- en España y fuera de ella, especialmente en la toponimia». *BRAE*, XXXVIII, pp. 161-214.
- MENÉNDEZ PIDAL, Ramón, y TOVAR, A.: 1962. «Los sufijos españoles en '-z' y especialmente los patronímicos». En *Bol. de la Real Acad. Española*, t. XLII, pp. 371-460.
- MOLINA REDONDO, José Andrés de: 1972. «'Cabeza' (+ sufijos) en andaluz (estudio de un campo semántico etimológico)». *RFE*, LV, pp. 279-301.
- MONGE, Félix: 1965. «Los diminutivos en español». En *Actes du X^e. Congrès International de Ling. et Phil. Romanes*. París, t. 1, pp. 137-149.
- MONTES GIRALDO, José Joaquín: 1968. «Compuestos nominales en el español contemporáneo de Colombia». *Thesaurus* (B.I.C.C.), XXIII, 1; pp. 23-33.
1972. «Funciones del diminutivo en español: ensayo de clasificación». *BICC*, XXVII, pp. 71-88.
1977. «Un tipo de composición nominal y el 'español atlántico'». *Thesaurus*, XXXII, separata.
- MURPHY, Spencer L.: 1954. «A description of noun suffixes in colloquial Spanish». En *Descriptive Studies in Spanish Grammar*, pp. 1-48.
- NAÑEZ FERNANDEZ, Emilio: 1973. *El diminutivo. Historia y funciones en el español clásico y moderno*. Madrid, Gredos.

- NAVARRO TOMAS, Tomás: 1968. «Metodología lexicográfica del español hablado». *RIB*, XVIII, pp. 375-386.
- NEBRIJA, Antonio de: 1516. *Vocabulario de romance en latin*. Introd. Gerald J. Macdonald, Philadelphia, Temple UP/Madrid, Castalia, XIV, 1973.
- O'KANE, Eleanor S.: 1959. *Refranes y frases proverbiales españolas en la Edad Media*. Madrid.
- OTERO, C. P.: 1967. «Problemas del nuevo Diccionario Histórico». En *Rom. Ph.*, t. XXI, pp. 42-66.
- PENA SEJAS, Jesús: 1976. *Derivación verbal y sustantivos verbales en español*. Extracto de tesis doctoral, Santiago de Compostela.
- POTTERS, Wilhelm: 1970. *Unterschiede im Wortschatz der iberoromanischen Sprachen. Beitrag zu einer vergleichenden spanisch-portugiesischen Semantik*. Colonia. (Res. L. Söll, en *ZRPh*, LXXXIX, 1973; *RFE*, LVIII, 1976, pp. 295 y 306-307; Heinz Kröll, en *RF*, 84, 1972.)
- POTTIER, Bernard: 1964. «La semántica y los criterios funcionales». En *Actas del I Congreso Internacional de Hispanistas*, Oxford, pp. 415-419.
- QUILLIS, Antonio: 1970. «Sobre la morfonología. Morfonología de los prefijos en español». En *Homenaje a M^c. Pidal*, IV, *Revista de la Univ. de Madrid*, XIX, 74, pp. 169-184.
- RANSON, H. M.: 1954. «Diminutivos, aumentativos, despectivos». *Hispania*, XXXVII, pp. 406-408.
- REAL ACADEMIA ESPAÑOLA: 1963. *Diccionario de Autoridades*. Ed. facsímil, 3 vols., Madrid, Gredos.
- Diccionario histórico de la lengua española*. Madrid, 1 vol. y varios fasc. desde 1960.
- Diccionario de la lengua castellana [luego española]*. Madrid, desde 1726 hasta 1970.
- RESTREPO, F.: 1958. *Diseño de semántica general: el alma de las palabras*. Bogotá, Librería Voluntad, 5.^a ed.
- RODRÍGUEZ ADRAIXOS, Francisco: 1972. «La Investigación del significado, tarea de la nueva lingüística». *Studia Hispanica in Honorem R. Lapesa*, I. Madrid, Gredos, pp. 501-519.
- ROMERA NAVARRO, M.: 1951. *Registro de lexicografía hispánica*. Madrid, C.S.I.C.
- ROMERO GUALDA, María Victoria: 1977. *Vocabulario de cine y televisión*. Pamplona, Edic. Univ. Navarra.
- SALA, Marius: «Arcaísmos e innovaciones en el léxico del español americano». *Actas 3.^{ra} C.I.H.*, pp. 779-785.
- SAMSÓ, Julio: 1977. «Los estudios sobre el dialecto andalusí, la onomástica hispanoárabe y los arabismos en las lenguas peninsulares desde 1950». *Indice Hco. Esp.*, XVI (1970), XI-XLVII.
- SANDRU, T.: 1965. «Despre fisionomia lexicolă a Spaniolei contemporane». En *S.C.L.B.*, t. XVI, pp. 566-567.
- SCOOY, H. A. van: «Alfonso X as a Lexicographer». *H.R.*, VIII, pp. 277-284.
- STEEL, Brian: 1971. «Contrasting approaches to Spanish lexicography». En *Hispania*, 54, pp. 46-53.
- STERN, Gustaf: 1965. *Meaning and Change of Meaning*. Indiana Univ. Press, 2.^a ed.
- TRUJILLO, Ramón: 1970. *El campo semántico de la valoración intelectual en español*. Las Palmas.
1976. *Elementos de semántica lingüística*. Madrid, Cátedra.
- ULLMANN, S.: 1965. *Semántica. Introducción a la ciencia del significado*. Madrid, Aguilar.
1965. *Introducción a la semántica francesa*. Traducción adaptada de E. Bustos, Madrid, C.S.I.C.
- URRUTIA CÁRDENAS, Hernán: 1971. «Aproximaciones metodológicas en el estudio de la formación de palabras». En *Español Actual* (OFINES), 20, diciembre, pp. 21-24.
1978. *Lengua y discurso en la creación léxica*. Madrid, CUPSA.
- VIDOS, B. E.: 1972. «Relaciones antiguas entre España y los Países Bajos y problemas de los préstamos holandeses (flamencos) en castellano». *RFE*, LV, pp. 233-242.
- WAGNER, M. L.: 1924. «Grammatikalisierung der Suffixfunktion in den Ibero-Romanischen Sprachen». En *ASNSL*, XLVIII, pp. 265-267.
1930. «Zum Spanisch-portugiesischen Suffix 'al'». En *VKR*, III, pp. 87-92.
1943. «*azo*». En *ZRPh*, LXIII, pp. 329-344.
1944. «*azo*». En *ZRPh*, LXIV, pp. 353-356.

- WALSH, John K.: 1974. «Notes on the Arabisms in Corominas' *DCELC*». *HR*, 42, pp. 323-331.
- WRIGHT, Roger: 1976. «Semicultismo». *Archivum Ling.*, VII, pp. 13-28.
1976. «Speaking, reading and writing late Latin and Early Romance». *Neophilologus*, LX, pp. 178-189.
- WUEST, Anne: 1948. «The Spanish suffix '-udo'». *P.M.L.A.*, LXIII, pp. 1283-1293.
- YNDURÁIN, F.: 1952. «Sobre el sufijo *-ezno*». *Archivo de Filología Aragonesa*, IV, pp. 195-200.
- ZIERER, E.: «La formación de palabras, considerada desde el punto de vista estructural». En *Lenguaje y Ciencias*, Trujillo (Perú), VII, pp. 13-23.
- ZULUAGA, A.: 1970. «La función del diminutivo en español». *BICC*, 25, pp. 23-48.

Índice de materias

recopilado por
María del Rosario García Arance

(El primer número remite al capítulo, los siguientes al párrafo, entre paréntesis las remisiones a las notas, en cuyo caso tras *n.* va el número de nota, luego el del capítulo, etc.)

— A —

ABAD, F.: (n. 1.12.0.)

ABLATIVO AGENTE (ver sujeto agente)

ACELERACIÓN: 5.1.

ACENTO: 4.8.1., 6.0., 6.9., 7.1., 7.3.

constitución básica en el español: 6.9.;
de frase: 4.8.1.; *de intensidad*: 6.9.;
enfático: 4.8.1.; *primario*: 6.9.; *secundario*: 6.9.

ACENTUACIÓN:

aguda: 6.9.; *esdrújula*: 6.9.; *grave o llana*: 6.9.; *oxitona*: 6.9.; *paroxitona*: 6.9.; *proparoxitona*: 6.9.

ACTUACIÓN: 1.5., 9.1.

ACTUALIZACIÓN:

identificadora: 12.4.; *no identificadora*: 12.4.

ACTUALIZADOR: 11.0., 11.4.2., 11.6.2., 12.2., 12.4., 13.4.3.

ACUSATIVO: 9.2.

ADAMS, G. C. S.: (n. 1.3.1.)

ADITAMENTO: (n. 8.11.2.1.), 14.3., 14.5., 14.6., 16.3.

característica nocional: 14.3.; *características*: 16.3.—*funcionales*: 14.3.

ADJETIVACIÓN: 10.1.5., 10.4.

ADJETIVO: 9.4., 9.5., 10.1., 10.2., 10.3., 10.4., 10.6., 13.5.2., 14.1., 14.6., 16.2.1.

adverbial: 4.8.8., 10.3.3., 10.5., 14.2., 14.5.; *antepuesto*: 1.6., 10.3.3.; *atributivo*: 10.3.3., 10.5.—*definición*: 10.3.3.; *atributivo-adverbial*: 10.3.3., 10.5.; *atributo*: 10.3.3.; *calificativo*: 10.3., 10.3.1., 10.3.4., 10.4., 10.5., 17.2.—*con marca de concordancia*: 10.5.—*diferencia funcional con los numerales y no connotativos*:

10.3.3.—*sin marca de concordancia*: 10.5.; *clasificación*.—*por su cambio de clase o función*: 10.5.—*referencial*: 10.5.—*semántica*: 1.6., 10.3., 10.5.; *como actualizador del sustantivo*: 10.3.3., 10.4., 10.5.; *como modificador del sustantivo*: 10.3., 10.3.3., 10.4., 20.6.1.; *como no actualizador del sustantivo*: 10.3., 10.5.; *connotativo*: 10.3., 10.3.1., 10.3.3., 10.5.; *de clase*: 17.3.; *definición*.—*formal*: 10.1.4.—*funcional*: 10.3.3.; *demonstrativo*: 10.3., 10.4.; *descriptivo*: 1.6.; *determinativo*: 10.2., 10.3., 10.3.3., 10.3.4., 10.4., 11.0., 11.3., 11.3.2., 11.4.2., 11.5.2., 11.6.2., 11.7.2.—*apócope*: 10.4., 11.3.1., 11.3.2., 11.5.1.—*colocación*: 10.4.—*dependiente de la significación del coloquio*: 11.1.—*dependiente del hilo del discurso*: 11.1.—*relación con el artículo*: 10.4.—*sustantivación*: 10.4., 11.3.; *distinción del adverbio*: 14.6.; *en—mente*.—*sarta*: 14.2.; *epíteto*: 10.3.3., 10.5.; *especificativo*: 10.3.3., 10.5., 18.5.3.; *explicativo*: 10.3.3., 18.5.3.; *forma*: 10.3.2.; *formantes*.—*constitutivos*: 10.1.4., 10.3., 10.3.2., 10.6.—*facultativos*: 10.3.2., 10.6.; *funciones privativas*: 9.5.; *género*: 10.3.2.; *indefinido*: 10.3., 10.4., 10.5.; *lexema*: 10.3.2., 10.6.; *morfema gramatical de grado*: 10.1.4., 10.3., 10.3.2., 10.6.—*aspecto morfológico*: 10.3.2.—*aspecto sintáctico*: 10.3.2.—*continuo*: 10.3.2.—*discontinuo*: 10.3.2.; *morfemas gramaticales de género y número*: 10.3.2., 10.6.;

- no connotativo: 10.3., 10.5.; *numeral*: 10.3., 10.3.1., 10.3.4., 10.4., 10.5.—*cardinal*: 10.3., 10.3.3., 10.5.—*colectivo*: 10.3., 10.5.—*distributivo*: 10.3., 10.3.3., 10.5.—*multiplicativo*: 10.3., 10.5.—*ordinal*: 10.3., 10.5.—*partitivo*: 10.3., 10.5.; *posesivo*: 10.3., 10.4.—*posesión figurada*: 10.3.—*posesión real*: 10.3.; *pospuesto*: 1.6., 10.3.3.; *precedido de artículo*: 10.3.3.; *predicativo*: 10.3.3., 10.5., 17.2.—*como base del predicado nominal*: 17.3.—*como modificador del verbo y de los verboides*: 13.9.—*definición*: 10.3.3.; *quasideterminativo*: 1.6.; *relacionante*: 1.6., 10.3., 10.4.; *significación*.—*ocasional*: 10.3.4.—*propia*: 10.3.4.; *sustantivación*: 10.5., (n. 11.10.5.), 11.4.2., 11.5.1.; *valorativo*: 1.6.
- ADJUNTO: 9.4., 10.2., 10.3., 10.4., 11.3., 11.3.2., 11.7.2., 12.2.
- ADNEXO: 9.4.
- ADSTRATO LINGÜÍSTICO: 4.1.
- ADVERBIALIZACIÓN:
del adjetivo: 4.8.8., 10.3.3., 10.5., 14.2., 14.5.—*fases*: 14.2.
- ADVERBIO: 9.4., 9.5., 10.2., (n. 8.10.3.3.), 10.6., 13.5.4., 14., 14.3., 14.6., 16.8.1., 16.8.2.2., 20.6.1.
calificativo: 14.5.; *caracterización formal negativa*: 14.1.; *clasificación*.—*formal*: 14.5.—*lógica*: 14.5.—*por las personas del discurso*: 14.5.—*semántica*: 14.4., 14.5.; *como atributo del verbo estar*: 17.2.2.; *como categoría gramatical*: 14.6.; *como categoría heterogénea*: 14.5.; *como categoría invariable en género y número*: 14.1., 14.2., 14.3., 14.6.; *como categoría predicativa*: 14.1.; *como categoría receptora*.—*epírrēma* (para los griegos): 14.1.—*pan-déktēs* (para los estoicos): 14.1.; *como determinante de marca cero*: 14.1.; *como incidencia a una relación*: 14.3., 14.4.; *como indicador de modalidad*: 14.5., 14.6.; *como modificador*.—*de la frase*: 14.3., 14.5.—*de otro adverbio*: 14.3., 14.5.—*de otro modificador*: 14.1., 14.3., 14.5.—*del adjetivo*: 14.3., 14.4., 14.5.—*del sustantivo*: 14.3.—*del verbo*: 14.3., 14.4., 14.5.—*directo*: 14.3.—*indirecto*: 14.3.; *como palabra completa*: 14.1.; *como perteneciente al plano paradigmático*: 14.1.; *como signo mínimo, autónomo, con función de aditamento*: 14.3., 14.6.; *como término terciario*: 14.1.; *como unidad nominal especializada como aditamento*: 14.6.; *con índices funcionales*: 14.6.; *con indicios por derivación*: 14.6.; *con transpositor*: 14.6.; *conjuntivo*: 14.4.; *con mutaciones semánticas*: 14.4.; *de condición*: 19.3.1.—*objetivo*: 14.5.—*subjetivo*: 14.5.; *de intensidad, extensión o cantidad*.—*objetivo*: 14.5.—*subjetivo*: 14.5.; *de lugar*: 14.1.—*objetivo*: 14.5.—*subjetivo*: 14.5.; *de tiempo*.—*negativo*: 16.8.1.—*objetivo*: 14.5.—*subjetivo*: 14.5.; *definición*: 14.1., 14.5.; *derivación*: 14.4.; *derivado de adjetivo en -mente*: 14.2., 14.3., 14.5., 14.6.—*usos metafóricos*: 14.6.; *determinativo*: 14.5.; *diferencias con las construcciones circunstanciales*: 14.1.; *diferencias con las partículas*: 14.1.; *forma*: 14.2.; *función*: 14.3.; *funciones privativas*: 9.5.; *instrumental*: 14.1.; *interferencia en la relación entre dos elementos oracionales*: 14.3.; *límites*: 14.6.; *modal de frase*.—*apodíctico*: 14.5.—*asertorio afirmativo*: 14.5.—*asertorio negativo*: 14.5.—*problemático*: 14.5.; *morfema gramatical de grado*: 14.2., 14.5.; *numeral*: 9.4.; *objetivo o ocasional*: 14.5.; *oracional o proposicional*: 14.5., 14.6.—*afirmativo*: 14.2.—*dubitativo*: 14.2.—*negativo*: 14.2.; *peculiaridades morfológicas*: 14.1.; *primitivo*.—*compuesto*: 14.5.—*simple*: 14.5.; *procedente de adjetivo o corto*: 14.1., 14.2.; *pronominal*: 9.4., 10.2., 10.5., 11.0., 11.1., 11.4.1., 11.4.2., 11.5.2., 11.6.2., 11.7.2., 14.2., 14.4., 14.5.—*como atributo del verbo estar*: 17.2.2.—*como introductor de una oración de relativo*: 18.5.—*cuantifi-*

- cador: 14.4., 14.6.—demostrativo: 14.4., 14.5.—indefinido: 14.4., 14.5.—interrogativo: 14.4., 14.5.—relativo: 10.2., 14.4., 14.5., 14.6., 15.2.—relativo «cuando» introductor de oraciones adverbiales circunstanciales temporales: 19.2.—relativo «donde» introductor de oraciones circunstanciales de lugar: 19.2.—relativo introductor de oraciones circunstanciales de relativo: 18.5.3.; *propiamente dicho, nocional o conceptual*: 14.4., 14.5.—de afirmación: 14.4., 14.5., 14.6.—de cantidad: 14.4., 14.5., 14.6.—de duda: 14.4., 14.5., 14.6.—de lugar: 14.4., 14.5., 14.6.—de modo: 14.4., 14.5.—de negación: 14.4., 14.5., 14.6.—de tiempo: 14.4., 14.5., 14.6.—ordinal: 14.5.; *redistribución*: 14.5.; *significación*: 14.4.—ocasional: 14.4., 14.5.—plena: 14.1.—propia: 14.4.—vacía: 14.1.; *sin indicios funcionales de aditamento*: 14.6.; *situacional*.—de lugar: 14.5.—de tiempo: 14.5.; *subjetivo*: 14.5.; *transformación a partir de oraciones profundas*: 14.4.
- ADYACENTE:
- del sintagma nominal*: 8.2., 18.3.; *del sustantivo*: 16.9.; *del verbo*.—términos compatibles en un mismo predicado: 16.3.—términos incompatibles en un mismo 3.2., 4.3.2. 16.3.
- AEBISCHER, P.: 3.2., 4.3.2.
- AFASIA: 5.9.
- AFFECTIVIDAD: 21.5.
- AFUOS: 21.4.
- interfijo*.—apreciativo: 20.3.—apreciativo aumentativo: 10.1.3., 10.6., 14.2.—apreciativo despectivo: 10.1.3., 10.6., 14.2.—apreciativo diminutivo: 10.1.1., 10.1.3., 10.6., 14.2.—apreciativo diminutivo activo: 10.6.—apreciativo diminutivo nocional: 10.6.—apreciativo diminutivo ponderativo: 10.6.—definición: 20.4.—impropio o secundario: 20.4.—propio o primario: 20.4.; *prefijo*: 10.1.3., 10.3.2. — árabe: 20.4.—definición: 15.1.4., 20.4.—griego: 20.4.—latino: 20.4.—negativo: 14.6.—negativo como neutralizador de una negación: 16.8.1.—re- en los verbos frecuentativos e iterativos: 13.8.—significado: 20.1.; *sufijo*.—adverbializador -mente: 14.2., 14.5., 14.6.—apreciativo: 20.4.—árabe: 20.4.—colectivo: 20.4.—definición: 20.4.—ear en los verbos frecuentativos e iterativos: 13.8.—ecer en los verbos incoativos: 13.8.—ergativo: 9.3.—gentilicio: 20.4.—griego o grecolatino: 20.4.—latino: 20.4.—patronímico: 20.4.—significado: 20.1.—verbal: 13.4.2.
- AFIRMACIÓN: 14.1.
- AGENTE: (ver sujeto agente)
- AGRELL: 13.4.
- AGUSTÍN, A.: 4.2.
- AID, F. M.: 21.6.
- ALARCOS, E.: 1.3., (n.7.5.14.), (n.1.6.2.), 6.2.2., (n.10.6.9.), (n.11.6.9.), (n. 6.7.3.), 8.2., 9.1., (n. 3.11.2.), (n. 8.11.2.1.), 12.2., 13.3., (n. 5.13.3.2.), 13.3.2., 13.5.2., 13.5.3., 13.9., 14.3., 14.5., 14.6., 15.2.1., 16.3., 16.4., 19.3.1., 21.6.
- ALAS, L.: 11.2.2.
- ALBERTOS, M. L.: (n. 4.4.2.1.), 4.2.6.
- ALCALÁ GALIANO: 9.3.
- ALCÁZAR, B. DEL: 11.2.2.
- ALDRETE, B. DE: 10.6.
- ALEIXANDRE, V.: 18.1.
- ALEMÁN: 21.3.
- ALEMÁN, M.: 11.2.2.
- ALFABETO: (ver escritura)
- ALFABETO IBÉRICO: 4.2.
- ALFONSO III: 3.3.
- ALFONSO X: 3.3., 4.7., 19.3.1.
- ALGORITMO: 1.4., 1.5.
- ALJAMIADO: 4.5.
- ALOMAR, G.: 3.4.
- ALONSO, A.: (n. 3.2.3.), 2.3., 3.1., (n. 2.3.1.), 7.1., 9.5., 10.1., 10.1.3., 10.1.6., 10.3., (n. 12.10.6.), 10.6., 11.3.3., 11.3.4., 11.4.3., 11.6., 11.7.3., 12.0., 12.3., 12.5., 13.0., 13.3.1., 13.4.3., 13.7., 13.8., 14.5., 15.1.2., 15.2., 16.0., 16.2., 16.2.1., 16.3., 16.8.1., 18.0., 18.3., 18.5., 18.5.1., 19.0.
- ALONSO, D.: 4.3.2., (n. 21.4.8.1.)

- ALVAR, M.: (n. 8.3.2.), 3.2.
 ÁLVAREZ DE VILLASANDINO, A.: 3.2.
 ÁLVAREZ QUINTERO, S. y J.: 16.2.1., 19.3.1.
 AMADÍ DE GAULA: 19.3.1.
 AMBROILIRIO:
 rasgos lingüísticos: 4.2.
 AMERICANISMOS: (ver préstamos lingüísticos)
 AMPLITUD: 5.3., 5.5., 5.6., 6.9.
 ANÁFORA: 9.3., 9.5., 11.2.4., 11.6.2., 11.6.3., 12.2., 18.5.3.
 ANÁLISIS:
 comparado.—de estructuras fonológicas y léxicas: 21.2.; *componencial*.—ejemplo: 21.2.; *de la sustancia*: 8.3.; *de los signos*: 8.3.; *distribucional*: 8.2.; *estructural*: 1.3.—del contenido: 21.1., 21.2.; *fonológico*: 1.3.; *funcional*: 8.3.; *generativo*: 1.4.; *lingüístico*.—carácter empírico: 1.5.; *lógico*: 9.3.; *morfológico*: 1.3.; *onomasiológico u onomatológico*.—ejemplo: 21.2.; *semasiológico*: 21.2.; *sintagmático*: 16.9.; *transformacional o transformatorio*: 1.4.
 ANALOGÍA: 8.3.
 cambio: 21.5.; *en las construcciones de pasiva refleja*: 13.5.4.
 ANGLICISMOS: (ver préstamos lingüísticos)
 ANTECEDENTE: 19.3.1.
 ANTEPOSICIÓN:
 del adjetivo: 1.6., 10.3.3.
 ANTICADENCIA: 7.3.
 ANTÍTESIS: 9.2.
 ANTONIMIA: 21.2.
 ANTROPONIMIA: (ver onomástica)
 APARATO FONADOR:
 constitución: 5.6.
 APÓCOPE:
 del pronombre adjetivo o adjetivo determinativo: 10.4., 11.3.1., 11.3.2., 11.5.1.
 APÓDOSIS: 9.2., 19.3.1.
 APOSICIÓN: 4.8.8., 9.5., 10.1.5.
 adverbial: 14.6.; *himembre*: 10.1.5.; *especificativa o determinativa*: 16.2.1.; *explicativa*: 16.2.1.; *unimembre*: 10.1.5.
 ÁRABE: 4.1., 20.7.1.
 ARABISMOS: (ver préstamos lingüísticos)
 ARAGONÉS: 4.3.2., 4.6.
 ARCAÍSMO: 2.1., 21.5.
 del español: 4.3.1.; *del latín hispánico*: 4.3.1.; *del subjuntivo hipotético*: 13.3.1.; *léxico*.—en los dialectos románicos de Hispania: 4.3.1.; *morfológico*.—en los dialectos románicos de Hispania: 4.3.1.
 ARCHIFONEMA: 6.4., 6.6.
 definición: 6.4.; */ll/*: 6.2.2.; */l/*: 7.1.; */N/*: 6.6.; *oposiciones*: 6.5.; */R/*: 6.5., 6.6., 7.1.; *realizaciones*: 6.5.
 ARCHIPIÉLAGO GULAG: 13.3.2.
 ARCIPRESTE DE HITA: 19.3.1.
 ARENS, H.: 8.3.
 ARGUMENTO: 21.6.
 del predicado: 9.3., 14.3.
 ARISTÓTELES: 9.5., 19.3.1., 21.1.
 ARMÓNICO: 5.4., 5.5., 5.6., 5.8.
 ARNAULD, A.: 13.2., 15.1.
 ARTABRO:
 Rasgos lingüísticos: 4.2.
 ARTICULACIÓN: 1.3.
 primera: 1.3.; *segunda*: 1.3.; *tercera*: 1.3.
 ARTÍCULO: 9.5., 12. *passim*
 ausencia.—circunstancias semánticas: 12.5.—circunstancias sintácticas: 12.5.; *como antecedente de relativos*: 12.2.; *como morfema específico del sustantivo*: 12.2.; *como sustituto oracional o situacional*: 12.0.; *con pronombres posesivos*: 11.3.1., 11.3.2.; *con pronombres relativos*: 11.6.1.; *con sustantivos y adjetivos*: 10.3.3.; *definición*: 12.0.; *determinado o definido*: 12.0., 20.6.1.; *el*.—como femenino: 12.1.—uso anafórico como sustantivador: 12.2.; *el, la, lo*.—uso anafórico como antecedentes del relativo *que*: 9.3.; *el + que*.—fossilización: 12.2.; *equivalencia con los pronombres*: 12.0.; *etimología*: 12.2.; *forma*: 12.1.; *forma Ø*: 12.1., 12.3.; *formantes constitutivos*: 12.1.; *función*.—actualizador-presentador: 12.2., 12.4.—actualizador-reconocedor: 12.2., 12.4.—indicador de sustantivación (n. 2.12.2.). — presentador: 12.2. — pronombre sustantivo: 12.2.—sustantivador o transpositor: 12.2.;

- indeterminado o indefinido*: 12.0.; *léxico.—reglas de redundancia*: 14.6.; *neutro lo*: 10.1.2.; *formas gramaticales de género y número*: 12.1.; *oposición presentador-reconocedor*: 12.0.; *restos de sus funciones pronominales*: 12.2.; *significación.—generalidad*: 12.3.—*particularidad*: 12.3.; *sustantividad*: 12.2.; *sustantivo*: 9.3.; *valor pronominal*: 10.4., 11.3.
- ASIMILACIÓN CONSONÁNTICA:
 hispano-gascona-suritaliana: 4.3.2.
- ASÍN, M.: (n. 13.4.5.)
- ASÍNDETON O YUXTAPOSICIÓN: 15.2.1., 18.0., 18.1.
 combinación con el polisindeton: 18.2.; *diferencias estilísticas con el polisindeton*: 18.2.
- ASOCIACIÓN: 1.2.
- ASPECTO VERBAL: 13.2., 16.1.
 carácter flexional: 13.4.3.; *como categoría subjetiva*: 13.4.; *diferencias con el modo de acción*: 13.4., 13.4.3.; *en las perífrasis verbales*: 13.4.3.; *imperfectivo*: 13.4., 13.4.1., 13.4.3.; *naturaleza morfológica*: 13.4.; *perfectivo*: 13.4., 13.4.1., 13.4.3.
- ASPECTO Y TIEMPO VERBALES:
 alteración del esquema significativo latino de indicativo en castellano: 21.6.
- ASTURIANO: 4.6.
 predominio de la forma -se sobre la forma -ra: 19.3.1.
- ASTURLEONÉS: 3.3., 4.3.2.
- ATOMISMO: 21.2.
- ATRIBUTO: 13.5.2., 17.2.
 del verbo estar: 17.2.2.; *del verbo ser*: 17.2.1.
- AUTO DE LOS REYES MAGOS: 19.3.1.
- AUTONOMÍA ORACIONAL: 8.2.
- AUXILIAR VERBAL: 16.9., 18.3.
- AYALA, F.: 18.3.
- AZORÍN: 18.5.3.
- BALDI, PH.: (n. 10.21.6.), 21.6.
- BALDINGER, K.: (n. 1.4.1.), 21.2.
- BALLY, CH.: 1.1., 8.2., 12.4.
- BARBARISMO: 2.1.
- BAROJA, P.: 18.1.
- BARRENECHEA, A. M.: 8.2., 9.5., 10.1.5., 10.2., 10.3., (n. 10.10.3.3.), 11.2.4., (n. 26.13.9.), 14.5., 14.6.
- BASE: 1.5., 14.6.
 coordinada: 9.2.; *de comparación*: 6.4., 6.6.; *de la oración*: 9.2.; *del adjetivo*: 10.3.2.; *del español*: 4.1.; *del sustantivo*: 10.3.2.; *lingüística.—nor-teafricana*: 4.2.
- BASSOLS, M.: 19.3.1.
- BEAUZÉE, N.: 13.2.
- BECKER, D.: 19.3.1.
- BEHAVIORISMO: 1.5.
- BEJARANO, V.: 19.3.1.
- BELIČ, A.: 8.3.
- BELLO, A.: 4.7., 4.8.7., 9.3., 9.5., (n. 1.10.1.2.), 12.2., (n. 5.12.2.), 13.2., 13.3., 13.3.1., 13.3.2., 13.4.3., 13.5.4., 13.8., 17.3., 18.7., 19.3.1., 19.4.2.
- BELTRÁN, A.: 4.2.4., 4.2.5.
- BENAVENTE, J.: 13.5.4., 16.2.1.
- BENOT, E.: 13.5.1., 18.5.1., 19.3.1., 19.4.2.
- BENVENISTE, E.: 8.2., (n. 1.11.0.), 11.2., (n. 3.12.2.), 13.1.1., (n. 10.21.6.)
- BERCEO, G. DE: (n. 11.10.5.), 18.1., 19.3.1.
- BERTINI, G. M.: (n. 19.20.6.3.)
- BIBLIA.—ÉXODO: 18.5.3.
- BILINGÜISMO:
 latino-celta: 4.2.
- BINARISMO: 8.2., 9.1.
- BISISTEMATISMO FONÉTICO: 2.1.
- BIT: 21.4.
- BLASCO IBÁÑEZ, V.: 18.1.
- BLAYLOCK, C.: 4.3.2.
- BLOOMFIELD, L.: 1.5., 9.1., 20.1.
- BOLINGER, D. L.: 16.2.1., 19.3.1.
- BORGES, J. L.: 13.2.
- BOURCIEZ, E.: 19.3.1.
- BOWEN, J. D.: 13.1., 13.4.1., 13.4.3.
- BRÉAL, M.: 21.1.
- BROCA, P.: 5.9.
- BRØNDAL, V.: 8.3., 9.1., 15.1., 15.1.3., 15.1.4.
- BRUNELL, J.: 13.4.
- BÜHLER, K.: 8.2.
- BUSTOS, E. DE: (n. 2.21.2.), 21.2.
- BUYSENS, E.: (n. 7.6.5.), 8.3.

— B —

- BÄCKVALL: 11.5.2.
- BADÍA, A.: (n. 1.17.3.), 19.3.1.
- BÄHR, G.: 4.2.2.

— C —

- CADENCIA: 7.3.
 CALCO SEMÁNTICO: 21.5.
 árabe: 4.5.
 CALDERÓN DE LA BARCA, P.: 4.5.
 CALERO, F.: 19.3.1.
 CAMBA, J.: 17.3.
 CAMBIO:
 léxico: 4.7.—*analógico*: 21.5.—*fonético*: 21.5.; *lingüístico*: 21.1., 21.5.; *semántico*: 4.7., 21.5.
 CAMPO:
 asociativo: 21.4.; *léxico*: 21.3.; *semántico*: 21.2., 21.3.—*de espacio*: 14.1.—*de noción*: 14.1.—*de tiempo*: 14.1.; *significativo*: 21.2.
 CAMPOAMOR, R. DE: 19.4.2.
 CANTIDAD: 5.4., 6.9.
 CANTINEAU, J.: 8.3.
 CAPACIDAD GENERATIVA:
 débil: 1.4.; *fuerte*: 1.4.
 CARBONERO, P.: (n. 3.15.1.)
 CARLOS V: 3.1.
 CARNAP, R.: 19.3.1.
 CARO BAROJA, J.: (n. 4.4.2.1.), 4.2.2.
 CARRASCO, F.: 13.5.2.
 CARRILLO, G.: 19.3.1.
 CARTAGENA, N.: (n. 4.13.2.)
 CASANI, J.: 3.1.
 CASARES, J.: (n. 10.20.6.1.), 20.6.1., 20.6.2., 20.6.3., 20.6.5., (n. 22.20.6.5.), 20.7.2.
 CASO:
 morfológico: 21.6.; *profundo o abstracto*: 21.6.—*obligatorio*: 9.3.—*opcional*: 9.3.
 CASSIRER, E.: (n. 2.2.3.), (n. 3.12.2.)
 CASTELLANIZACIÓN: 3.3.
 CASTELLANO: 3.1., 3.3., 3.4., 4.2.5., 4.3.2., 4.6., 21.6.
 como gentilicio: 3.3.; *diferencias con el catalán y el gallego*: 4.6.; *diferencias con las otras lenguas romances peninsulares*: 4.6.; *medieval*: 4.1.; *moderno*: 21.6.; *sinonimia con «español»*: 3.1., 3.4.
 CASTRO, A.: 3.2., (n. 9.3.2.), (n. 11.3.2.), 3.3., (n. 12.3.3.), 4.5., (n. 16.4.5.), 10.6., 13.5.4., (n. 15.3.4.), 19.1.
 CATÁFORA: 11.2.4., 11.6.2., 11.6.3., 18.5.3.
 CATALÁN: 3.3., 4.3.2., 4.6.
 CATALANISMOS: (ver préstamos lingüísticos)
 CATEGORÍA:
 del sistema.—*apredicativa*: 14.1.—*predicativa*: 14.1.; *gramatical*.—*explicación nocional*: 1.6.; *sintáctica*.—*límites*: 9.3.
 CATÓN: 4.3.1., 21.6.
 CECEO: 5.12.
 CELA, C. J.: 3.1., 16.2.1., 18.1.
 CELTA: 4.1.
 rasgos lingüísticos: 4.2.
 CELTIBÉRICO: 4.2., 4.2.4.
 CERDÁ, R.: (n. 2.5.8.)
 CERVANTES, M. DE: 3.1., 7.3., (n. 11.10.5.), 11.2.2., 11.6.1., 12.3., (n. 21.13.5.4.), 18.2., 19.3.1.
 CHOMSKY, N.: 1.5., 2.3., 9.3., 14.5., 14.6., 16.0., 20.0.
 CICERÓN: 19.3.1., 21.6.
 CIÉRVIDE, R.: 3.2.
 CIROT, G.: 19.3.1.
 CLARÍN: 11.2.2.
 CLASE: 21.1.
 CLASEMA:
 características: 21.3.
 CLÁUSULA: 9.1., 9.3., 9.4.
 como oración dependiente: 16.2.; *compleja*: 9.1.; *elementos*: 9.2.; (ver oración)
 CLAVERÍA, C.: (n. 16.20.6.2.)
 CODERA, F.: (n. 13.4.5.)
 COHEN, P. I.: 8.3.
 COLINO, A.: 1.5.
 COLL I ALENTORN, M.: 3.2.
 COLÓN, H.: 3.1.
 COLONIZACIÓN SURITÁLICA DE LA PENÍNSULA IBÉRICA: 4.3.2.
 asimilación consonántica: 4.3.2.; *dialectalismos*.—*de colonización*: 4.3.2.—*léxicos*: 4.3.2.; *evolución de R-, L-, -LL-*: 4.3.2.; *sonorización consonántica*: 4.3.2.; *topónimos*: 4.3.2.
 COMBINACIÓN:
 de lexemas: 21.2.; *de morfemas*: 8.3.; *de vocales y consonantes*: 6.9.
 COMPARACIÓN: 13.5.2.
 COMPETENCIA LINGÜÍSTICA: 1.5., 6.1., 7.1., 9.1., 20.0., 21.1.

- COMPLEMENTO: 15.1.2., 15.2., 16.2., 16.3., 16.4., 18.3., 20.6.1.
circunstancial: 10.1.5., 16.3., 16.5., 16.8.2.2.—de cantidad: 16.5.—de compañía: 16.5.—de lugar: 16.5., 21.6.—de modo: 16.5.—de tiempo: 16.5.—en frase preposicional: 14.3., 16.3.—pronominalización: 21.6.—sin preposición: 14.3.; *clasificación semántica*: 16.5.; *de un sustantivo*: 10.1.5.; *en la gramática funcional*: (n. 8.11.2.1.), 16.3.—características: 16.3.; *no señalado por preposición*: 16.3.; *objeto directo*: 9.2., 9.3., 10.1.5., 13.5.1., 13.5.2., 13.5.3., 13.5.4., 13.8., 16.3., 16.5., 16.6., 16.8.2., 16.8.2.2., 18.5.1., 21.6.—funciones privativas: 9.5.—interpretado como sujeto en las oraciones impersonales unipersonales: 16.8.2.2.—pronominalización en las oraciones impersonales formales: 16.8.2.2.; *objeto indirecto*: 9.3., 10.1.5., 13.5.3., 13.5.4., 16.3., 16.5., 21.6.—funciones privativas: 9.5.—pronominal: dativo o complemento ético: 11.2.1., 16.5.—pronominal: dativo o complemento simpatético o posesivo: 16.5.—pronominal: dativo o complemento simpatético o posesivo sustituido por el pronombre posesivo: 16.5.; *predicativo*.—en las oraciones atributivas con verbo no atributivo: 16.8.2.; *señalado por preposición*: 16.3.
- COMPONENTES GRAMATICALES:
fonológico: 1.4., 1.5.; *frasal*: 1.5.; *morfofonémico*: 1.5.; *morfológico*: 1.5.; *semántico*: 1.4., 1.5., 21.2.; *sintáctico*: 1.4., 1.5.—de base: 1.5.—transformativo: 1.5.
- COMPOSICIÓN: 20.1., 20.4., 20.5., 21.5.
ideológica: 20.5.; *imperfecta*: 20.5.; *ortográfica*: 20.5.; *perfecta*: 20.5.; *prosódica*: 20.5.
- CONFORMACIÓN: 1.3.
- CONCEPTO: 1.2.
- CONCORDANCIA: 9.2.
adjetivo-varios sustantivos: 9.6.7.; *en las proposiciones de relativo*: 9.6.8.; *sustantivo-adjetivo*: 9.6., 10.3.2.; *verbo-sujeto*: 9.6.; *verbo-varios sujetos*: 9.6.6.; *verbo-varios sujetos*: 9.6.6.
- CONDILLAC, E. B.: 13.2.
- CONDUCTISMO: 1.5.
- CONEXIÓN: 16.1.
- CONFORMACIÓN PSÍQUICA DEL CONTENIDO: 2.3.
- CONGRESO DE LINGÜÍSTICA:
de Londres: 8.3.; *de París*: 8.3.
- CONJUNCIÓN: 9.3., 9.5., 14.1., 15., 20.6.1.
adversativa: 18.1., 19.3.2.—correctiva: 15.2.—exclusiva o excluyente: 15.2.; *aunque*.—valor adversativo: 19.3.2.—valor concesivo: 19.3.2.; *causal*: 15.2., 18.7.—coordinante: 18.7.—«porque» con valor coordinante: 18.7.—«porque» con valor subordinante: 18.7.—subordinante: 18.7.; *como categoría apredicativa*: 14.1.; *como elemento relacionante*: 15.1.; *como morfema con significación gramatical*: 15.1.; *concesiva*: 19.3.2.; *condicional*: 18.7., 19.3.1.; *consecutiva o ilativa*: 15.2., 18.7., 19.4.2.; *coordinante*: 18.1.; *copulativa*: 15.2., 18.1., 18.2.—«y» con valor adversativa: 18.1.—«y» con valor condicional: 18.1.; *definición*: 15.2.; *distributiva*: 18.1.; *disyuntiva*: 15.2., 18.1.—«o» con valor copulativo identificador: 18.1.; *dubitativa*: 16.8.1.; *forma invariable*: 15.2.; *función*: 15.2.; *impropia o subordinante*: 9.1., 9.4., 15.2.—definición: 15.2.1.; *propia o coordinante*: 9.4., 15.2.; *que*.—valor adversativo: 15.2.1.—valor causal: 15.2.1.—valor comparativo: 15.2.1.—valor completivo: 15.2.1., 18.5., 18.5.1., 18.5.1.1.—valor concesivo: 15.2.1.—valor consecutivo: 15.2.1.—valor copulativo: 15.2.1.—valor distributivo: 15.2.1.—valor disyuntivo: 15.2.1.—valor exhortativo: 15.2.1.—valor final: 15.2.1.—valor narrativo: 15.2.1.; *si*.—como introductoria de la prótasis en las oraciones condicionales: 19.3.1.—como introductoria de oraciones sustantivas completivas: 18.5.1., 18.5.1.1.—como verbo profundo del tipo creador de universos: 19.3.1.—como verbo profun-

- de del tipo creador de universos:
conmutaciones: 19.3.1.—valor causal hipotético: 18.9.—valores: 19.3.1.; *significación gramatical*: 15.2.
- CONJUNTO:
binario: 8.2.; *determinado*.—de sonidos: 8.2.
- CONMUTACIÓN: 1.3., 6.1., 6.3., (n. 5.10.3.3.), 13.4.3., 13.5.2., 16.8.2. *estructural*: 13.5.2.
- CONNOTACIÓN:
en el sustantivo: 10.1.6.
- CONSECUENTE: 19.3.1.
- CONSENSIBILIDAD: 1.6.
- CONSONANTES: 5.10., 5.11., 5.12., 5.13., 5.14., 6.2.1., 7.1.
africadas: 5.11., 5.14., 6.2.; *alveolares*: 5.12., 6.2.1.; *bilabiales*: 5.12., 5.14., 6.2.1., 6.4.; *características*: 5.7.; *ceceantes*: 5.14.; *cierre*: 6.9.; *clasificación acústica*: 5.14.; *clasificación articuladora*.—por la sonoridad o sordéz: 5.13.—por el lugar de articulación: 5.12.—por el modo de articulación: 5.11.; *dentales*: 5.12., 5.14., 6.2.1., 6.4.; *explosivas*: 5.11., 7.1.; *fricativas*: 5.11., 5.14.; *implosivas*: 7.1.; *interdentales*: 5.12.; *intervocálicas*.—debilitación: 4.8.2.; *labiodentales*: 5.12., 5.14.; *laterales*: 5.11., 5.14., 6.2.1.; *nasales*: 5.11., 6.2.1., 6.4., 6.6.; *oclusivas*: 5.11., 5.14.; *palatales*: 5.12., 5.14., 6.2.1.; *producción*: 5.7.; *rehilantes*: 5.14.; *siseantes*: 5.14.; *sonoras*: 5.13., 6.2.1., 6.4.; *sordas*: 5.13., 6.2.1., 6.4.; *uvulares*: 5.12., 5.14.; *velares*: 5.12., 5.14., 6.2.1.; *vibrantes*: 5.11., 5.14., 6.2.1., 6.4.
- CONSTANTE: 9.5.
- CONSTITUYENTE: 9.3.
discontinuo: 1.4., 1.5.; *inmediato*: 8.2.
- CONSTRUCCIÓN:
endocéntrica: 8.2.—definición: 8.2.; *exocéntrica*: 8.2., 9.5.—definición: 8.2.; *transitiva*: 9.3.
- CONTENIDO: 1.2., 1.3., 1.5., 5.0., 6.9., 8.2., 8.3., 10.3., 13.8., 21.1., 21.2., 21.3., 21.4.
análisis estructural: 21.1., 21.2.; *conformación psíquica*: 2.3.; *evolución*: 21.5.; *forma*: 1.5., 5.0.; *sustancia*: 1.3., 1.5., 5.0., 9.1., 21.1.—predicativa: 10.3.
- CONTEXTO: 1.6., 7.1., 8.1., 8.2., 14.6.
- CONTORNO FÓNICO: 6.2., 6.4.
- CONTRASTE: 1.3., 6.2.2., 6.4., 6.9.
consonante/vocal: 6.2.2.
- CONTRERAS, H.: 16.2.1.
- CONTRERAS, L.: (n. 22.15.2.1.), 18.8., 19.3.1.
- COORDINACIÓN: 9.5., 19.3.1.
de exclusión o disyuntiva: 18.1.; *de inclusión o copulativa*: 18.1.; *de restricción o adversativa*: 18.1.
- COORDINANTES: 9.5.
funciones privativas: 9.5.
- COROMINAS, J.: 4.2.5., 4.2.7., 4.3.1., 4.4., (n. 14.4.5.), 4.5., (n. 17.15.1.4.), 20.7.3.
- CORPUS:
como inventario: 1.3.
- CORREAS, G.: 3.1.
- CORRELACIÓN: 6.7.
- CORRIENTE, F.: (n. 13.4.5.)
- COSERIU, E.: (n. 1.2.1.), (n. 2.2.3.), 2.4., 4.5., 12.3., (n. 6.13.4.2.), 14.6., 15.2.1., 21.2., 21.3.
- COVARRUBIAS, S. DE: 3.1., 20.7.
- CRESSEY, W. W.: 14.4.
- CRESTOMATÍA DEL ESPAÑOL MEDIEVAL: 19.3.1.
- CRIDO DE VAL, M.: 19.3.1.
- CUERVO, R. J.: 13.5.4., 19.3.1.
- CULTISMOS: 2.1., 4.7., 4.8.4., 4.8.7., 10.1.2.
- CURTIUS, E. R.: 13.4.
- CURVA MELÓDICA: (ver tonema)
- D —
- D'ARBOIS: 4.2.7.
- DARBELNET, J.: (n. 26.20.7.3.)
- DARÍO, R.: 1.6.
- DATIVO: 9.3.
- DATOS PRIMARIOS: 1.3.
- DAVIS, R.: 19.3.1.
- DEBILITACIÓN FONÉTICA: 21.5.
- DEICTICOS:
artículo: 12.0.; *demonstrativo*: 12.0.; *numerales*: 12.0.
- DEIXIS: 12.0.
- DELIBES, M.: 13.2.

- DEMARCADOR DE FRASE: 1.4., 1.5., 9.1., 18.3.
 DEMONTE, V.: 9.3., (n. 1.17.3.).
 DENOTACIÓN:
 en el sustantivo: 10.1.6.; *indirecta*: 21.4.; *usual*: 21.4.
 DERIVACIÓN: 20.1., 20.4., 20.5., 21.2., 21.5.
 DESCRIPCIÓN LINGÜÍSTICA: 1.5., 1.6., 21.5.
 estructural: 1.4., 9.1.; *modelos*: 1.4.; *sintagmática*: 1.4., 1.5.
 DESFONOLOGIZACIÓN: 6.8.
 DESIGNACIÓN: 8.3., 10.1.6., 10.2.
 morfológica: 9.3.; *sintáctica o funcional*: 9.3.
 DESINENCIAS: 8.3.
 DESPLAZAMIENTO: 5.1.
 DETERMINADO: 8.2.
 del sintagma nominal: 8.2., 18.3., 18.5.2.
 DETERMINANTE: 1.4., 8.2., 9.1., 9.4., 9.5., 16.9., 18.3.
 del sintagma nominal: 8.2., 18.3.
 DIACRONÍA: 1.6., 2.2., 2.3., 4.7., 13.5.4., 13.6.
 DIALECTALISMO:
 de colonización.—hispano-suritaliano: 4.3.2.; *italico*.—del latín hispánico: 4.3.1.; *léxico*.—hispano-suritaliano: 4.3.2.
 DIALECTOS:
 iberos: 4.2.; *románicos*: 4.3.1.—de Hispania: arcaísmos léxicos: 4.3.1.—de Hispania: arcaísmos morfológicos: 4.3.1.
 DIALOGISMO: 20.6.4.
 DÍAZ CAÑABATE, A.: 16.2.1.
 DÍAZ Y DÍAZ, M.: (n. 24.20.7.)
 DICCIONARIO: 1.5., 20.3., 20.6., 20.6.3., 20.7., 20.7.1., 20.7.2., 20.7.3.
 onomasiológico.—alfabético: 20.7., 20.7.2.—ideológico: 20.7.—ideológico: parte analógica: 20.7.2.—ideológico: parte sinóptica: 20.7.2.; *semasiológico*.—artículo: 20.7.1.—encabezamiento: 20.7.1.—etimológico: 20.7.1., 20.7.3.—histórico: 20.7.1., 20.7.3.—lógico o usual: 20.7.1.
 DIETRICH, W.: (n. 8.13.4.3.)
 DIEZ, F.: 3.2.
 DIMENSIÓN: 14.1.
 DIONISIO DE TRACIA: 8.3.
 DIPTONGO: 6.2.
 DISCORDANCIA:
 deliberada: 9.6.3.—plural de modestia: 9.6.4.—plural mayestático: 9.6.5.; *en los colectivos*: 9.6.2.
 DISCURSO: 8.2., 15.1.3., 16.1., 16.8.9.
 partes: 8.3., 9.4.; *personas*: 10.3.
 DISTENSIÓN: 7.1.
 DISTRIBUCIÓN: 21.2.
 complementaria: 8.1.; *equivalente*: 8.1.; *inclusión*: 8.1.; *intersección*: 8.1.; *parcialmente equivalente*: 8.1.
 DISYUNCIÓN: 6.9.
 DIVISIÓN:
 oracional: 14.1.; *proposicional*: 14.1.; *silábica*: 6.2.2., 7.1.
 DOBLETES: 4.4.
 DOSTÁL: 13.4.
 DOZY, R.: (n. 13.4.5.)
 DUBOIS, J.: 12.0., 12.2., (n. 26.20.7.3.)
 DUBUISSON, C.: 13.2.
 DURACIÓN: 14.5.
 — E —
 ECHARTE, M. J.: 19.3.1.
 ECONOMÍA:
 de las estructuras lingüísticas: 1.3.; *de los morfemas de género y número*: 4.8.8.; *del idioma*: 6.4.; *del sistema*: 6.6., 21.4.
 EGUÍLAZ, L. DE: (n. 13.4.5.)
 ELEMENTO:
 de oración compleja: 16.2.; *del sintagma*: 8.2.; *gramatical*: 8.2.; *léxico*: 8.2.; *oracional*: 9. passim, 16.2.1.; *recursivo*: 1.5.
 ELONGACIÓN: 5.1.
 EMPERADOR OTRAS, CUENTO: 19.3.1.
 EMPIRISMO: 1.3.
 en el análisis lingüístico: 1.5.
 ENCICLOPEDIA LINGÜÍSTICA HISPÁNICA: (n. 1.4.1.)
 ENERGÍA ARTICULATORIA: 5.14., 6.9.
 ENGELBERT, M.: (n. 13., 10.6.)
 ENGELMANN, W. F.: (n. 13.4.5.)
 ENLACE:
 opcional: 16.9.
 ENNIO: 4.3.1.
 ENNOBLECIMIENTO:
 léxico-semántico: 4.3.1., 21.5.

- ENSORDECIMIENTO: 5.13.
- ENTONACIÓN: 6.0., 6.9., 7.3., 9.1., 16.9., 18.1.
en las frases enunciativas aseverativas: 7.3., 9.1.; *en las frases exclamativas:* 7.3., 9.1., 16.9.; *en las frases interrogativas:* 7.3., 9.1.; *en las oraciones yuxtapuestas:* 18.1.
- ENTROPÍA: 21.4.
- ENUNCIADO: 6.9., 7.3., 8.2.
descripción: 16.1.; *estudio sintáctico-estructural:* principios: 16.1.; *significado:* 16.1.; *superior:* 16.1.
- ENVILECIMIENTO:
léxico-semántico: 21.5.
- ERNOUT, A.: 19.3.1.
- ESCRITURA:
bástulo-turdetana: 4.2.2.; *greco-ibérica:* 4.2.3.; *ibérica:* 4.2., 4.2.1., 4.2.4.; *jónica del sureste:* 4.2.3.; *latina:* 4.2.4.; *tartesia:* 4.2.2.
- ESPAÑOL: 3.1., 3.3., 3.4., 4.3.1., 21.2., 21.3.
actual: 4.8.; *arcaísmo:* 4.3.1.; *base:* 4.1.; *coincidencias léxicas y gramaticales con el rumano:* 4.3.1.; *coincidencias léxicas y gramaticales con las lenguas romances:* 4.3.1.; *como gentilicio:* 3.2., 3.3.; *de América.*—usos del pronombre «ello»: 11.2.2.—voseo: 2.2., 11.2.5.; *elementos constitutivos:* 4. *passim*; *enseñanza:* 17.2., 17.3.; *equilibrio vocálico-consonántico:* 4.8.2.; *estructura:* 2.4.—silábica: 7.1.; *forma interior:* 2.4.; *formación:* 4. *passim*; *modernización:* 4., 4.7.; *préstamos lingüísticos:* (ver *préstamos lingüísticos*); *unidad:* 4.8.10.
- ESPAÑOLIZACIÓN: 3.3.
- ESPAÑÓN:
como gentilicio: 3.2.
- ESPECIALIZACIÓN: 21.5.
- ESPECTRÓGRAFO: 5.8.
- ESPECTROGRAMA: 5.8., 5.14.
- ESTILÍSTICA: 10.1.3., 13.4.3.
como ciencia incluida en la semántica: 21.1.
- ESTRABÓN: 4.2.2.
- ESTRUCTURA:
arbórea: 1.4.; *del español:* 2.4.; *fonológica:* 21.2.; *léxica.*—*primaria:* 21.2.—*secundaria:* 21.2.; *lingüística:* 2.3.—*economía:* 1.3.; *mental:* 2.3.; *oracional:* 1.3.—*atributiva:* 13.5.2.—*binaria:* 8.2., 9.1. — *funcional:* 16.2.; *profunda o latente:* 1.4., 1.5.—*en el lenguaje universal:* 2.4.—*en el paso del latín al castellano:* 19.3.1.—*en el subjuntivo:* 13.3.2.—*en la definición de las partes de la oración:* 9.5.—*en la oración:* 2.3., 9.1., 9.2., 9.3., 10.2., 14.4., 14.5., (n. 1.18.5.), 19.3.1.—*en las lenguas:* 2.4.; *silábica:* 7.1.; *sintáctica:* 8.2.—*en la gramática generativa:* 1.5.; *superficial o patente:* 1.4., 1.5., 8.2.—*en el imperativo:* 13.3.2.—*en la definición de las partes de la oración:* 9.5.—*en la oración:* 2.3., 9.1., 9.2., 9.3., 14.4., 14.5., (n. 1.18.5.)
- ESTRUCTURALISMO: 1.1., 1.3., 1.5., 2.3., 8.2., 8.3., 9.1., 9.5., 19.3.1., 21.1., 21.2.
americano: 1.1.—*coincidencias básicas con el europeo:* 21.2.—*semivocales y semiconsonantes:* 6.2.2.; *europeo:* 1.3., 21.2., 21.3.; *praguense:* 8.3.
- ETIMOLOGÍA: 8.3.
popular: 20.7.1.
- ETIQUETA: 1.4., 18.3., 21.2.
- ETNISMO: 2.3.
- EUFEMISMO: 21.5.
- EUROPEÍSMOS: (ver *préstamos lingüísticos*)
- EVOLUCIÓN:
*de la *lul* latina arcaica:* 6.8.; *fonética:* 6.8.; *hispano-suritaliana de R-, L-, -LL-:* 4.3.2.; *lingüística:* 19.3.1.
- EXCLAMACIÓN: 16.9.
- EXPRESIÓN: 1.2., 1.3., 5.0., 6.9., 8.3., 9.1., 10.1.6., 10.3., 21.1., 21.2., 21.3., 21.4.
desinencial: 8.2.; *en la gramática generativa:* 1.5.; *forma:* 1.5., 5.0., 6.0.; *sustancia:* 1.5., 5.0.
- EXTENSIÓN: 10.1.6.
- EXTRANJERISMOS: (ver *préstamos lingüísticos*)
- F —
- FACTOR:
lingüístico: 8.2.; *no lingüístico:* 8.2.

- FAJARDO, J. I.: 3.1.
 FALLAS: (n. 9.13.4.3.)
 FASE: 5.1., 5.2., 5.3., 5.8.
 FEIJOO, B.: 4.7., 4.8.5.
 FENICIO: 4.2.
 FERNÁNDEZ, J. A.: (n. 21.4.8.1.), (n. 12.6.9.), (n. 4.7.1.)
 FERNÁNDEZ RAMÍREZ, S.: (n. 13.10.6.), 11.2., 11.5.2., 12.2.
 FERNÁNDEZ-SEVILLA, J.: (n. 23.20.7.)
 FERRERAS, J. DE: 3.1.
 FERRUZ, P.: 19.3.1.
 FILLMORE, CH.: 9.3., 21.2., 21.6.
 FISH, G. T.: 19.3.1.
 FLEXIÓN: 8.3.
 FOCO: 1.5., 21.6.
 FODOR, J.: 1.5.
 FOLEY, J.: (n. 13.6.9.)
 FONEMA: 1.3., 5.0., 6.0., 6.1., 6.2., 6.4., 6.5., 6.6., 6.7., 6.8., 6.9., 7.1., 8.2., 8.3., 10.1.6.
clases: 1.3.; *consonántico*: 6.2.1., 7.1.; *definición*: 6.1., 6.2.1.; *diferencias de la variante*: 6.2.; *diferencias del sonido*: 6.1.; *distinción*: 6.3.; *distinción del grupo fónico*: 6.2.; *líquido*.—*laterales*: 6.2.1.—*vibrantes*: 6.2.1., 6.4.; *marginal*: 6.2.1.; *neutralizado*: 6.4., 6.8., 7.1.; *oral*: 6.2.1., 6.4., 6.6.; *representación gráfica*: (n. 4.5.10.); */S/*.—*sonidos*: 6.1.; *semiconsonántico*: 6.2.2., 7.2.; *semivocálico*: 6.2.2., 7.2.; *sistematización*: 6.2.1.; *variantes*.—*combinatorias*: 6.2., 6.4., 6.5., 6.8.—*facultativas generales*: 6.2.—*facultativas individuales*: 6.2.; *vocálico*: 6.2.1., 6.9., 7.2.
 FONEMÁTICA: 6.0.
 FONÉTICA: 5. *passim*.
bisistematismo: 2.1.; *cambio*: 21.5.; *debilitación*: 21.5.; *definición*: 5.0.; *diferencias de la fonología*: 6.0.; *evolución*: 6.8.; *sintáctica*: 6.9.; *sistemas simultáneos*: 2.1.
 FONIATRÍA: 5.0.
 FONO: 1.3.
 FONOLOGÍA: 1.3., 5.0., 6., 6.0., 8.3., 21.2.
como ciencia del sistema: 8.3.; *como primera división básica de la lingüística*: 20.1.; *de los signos*: 8.3.; *diacrónica*: 6.8.; *estructura*: 21.2.; *fonética*: 8.3.; *funcional*: 8.3.; *motivación de las palabras*: 20.2.; *paralelos con el léxico*: 21.2.; *sistemas simultáneos*: 6.2.1.
 FONOLOGIZACIÓN: 6.8.
 FONTANELLA, M. B.: 13.4.3.
 FORMA: 1.2., 1.5., 8.2., 8.3., 13.4.3., 13.5.4., 16.8.2.2.
de la expresión: 1.5., 5.0., 6.0.; *del contenido*: 1.5., 5.0.; *interior*: 2., 2.3.—*en el sistema*: 2.3.—*en español*: 2.4.—*en la lengua*: 2.3., 2.4.
 FORMANTES:
constitutivos.—*en el adjetivo*: 10.1.4., 10.3., 10.3.2., 10.6.—*en el artículo*: 12.1.—*en el pronombre*: 10.2., 11.2., 11.3.1., 11.4.1., 11.5.1., 11.6.1.—*en el sustantivo*: 10.1.1., 10.1.2., 10.1.3., 10.1.4., 10.1.6., 10.6.—*en el verbo*: 13.1., 13.3.—*en el verbo: estabilidad y excepciones*: 13.1.1.—*en la palabra*: 20.3., 20.5.; *en el espectrograma*: 5.6., 5.8., 5.14;
facultativos.—*en el adjetivo*: 10.3.2., 10.6.—*en el sustantivo*: 10.1.1., 10.1.3.1., 10.6.—*en la palabra*: 20.3., 20.5., 21.5.;
modificadores primarios. — *en el verbo*: 9.5., 13.0., 13.1., 13.1.2., 13.3., 13.4.1., 13.9., 16.1.
 FORMAS:
agrupadas: 20.6., 20.6.1., 20.6.2., 20.6.3., 20.6.4., 20.6.5.; *flexivas*: 8.3.; *no flexivas*: 8.3.; *nominales o no personales del verbo*: 9.1., 9.5., 13.4.3., 13.8., 13.9., 16.2., 18.5.1.—*como expresión de aspecto y no de tiempo*: 13.9.—*modificadores de tiempo y aspecto*: 13.9.—*valor verbal*: 13.9.
 FÓRMULAS DE TRATAMIENTO: 2.2., 11.2.5.
 FÓRNEAS, J. M.: (n. 13.4.5.)
 FOURIER: 5.8.
 FRANCÉS: 21.2., 21.3.
 FRASE: 7.3., 8.2., 9.1., 19.0.
adverbial: 14.5.; *enunciativa aseverativa*.—*entonación*: 7.3., 9.1.; *exclamativa*.—*entonación*: 7.3., 9.1., 16.9.; *interrogativa*.—*entonación*: 7.3., 9.1.; *nominal*: 1.4., 8.2., 9.1., 9.2., 14.6., 18.3.; *orden de las palabras*: 14.6.; *partes*: 8.3.; *preposicio-*

- nal*: 1.4., 8.2., 13.5.2., 14.1., 14.6., 15.1.1., 20.6.1.; *proverbial*: 20.6.2.; *unimembre*: 9.1.; *verbal*: 9.1., 9.2., 9.5., 18.3.
 FRECUENCIA: 5.1., 5.4., 5.5., 5.6., 5.8., 5.14.
como unidad funcional: 9.2.
 FREGE, G.: 21.3., 21.4.
 FREI, H.: 8.3.
 FRESNEL: 5.3.
 FRONTERA SILÁBICA: 7.1.
 FUERO DE MADRID: 19.3.1.
 FUERO DE TERUEL: 19.3.1.
 FUERO JUZGO: 19.3.1.
 FUNCIÓN: 1.3., 8.1., 8.2., 8.3., 9.4., 10.2., 10.3., 13.4.3., 13.5.4., 16.8.2.2.
apelativa o expresiva.—*en el imperativo*: 13.3., 13.3.2.; *armónica*: 5.0.; *complementaria* (*I^a*, *O^c*): 16.1.; *culminativa*: 6.9.; *de articulación* (*Ea*): 16.1.; *de denominación* (*O*): 16.1.; *de especificación* (*A*): 16.1.; *de indicación* (*Ei*): 16.1.; *de insistencia* (*En*): 16.1.; *de proceso* (*I*): 16.1.; *de señalizador* (*E*): 16.1.; *definición*: 16.1.; *delimitativa o demarcativa*: 6.9.; *determinística*: 1.1., 8.2.; *diferencial o distintiva*: 6.9.; *en el contexto*: 1.3.; *nodal* (*Iⁿ*, *Oⁿ*): 16.1.; *primaria*: 9.1.; *privativa*: 9.5.; *recursiva*: 1.5.; *sintáctica*: 8.3., 9.4., 10.2.; *verbal*: 10.3.3., 13.7.
 FUNDAMENTAL O PRIMER ARMÓNICO: 5.4., 5.5.
 FUNTIVO: 1.3.
- G —
- GAK, V. G.: (n. 26.20.7.3.)
 GALICISMOS: (ver préstamos lingüísticos)
 GALLEGO: 3.3., 4.6.
predominio de la forma -se sobre la forma -ra: 19.3.1.
 GALMÉS, A.: 4.5., (n. 13.4.5.), 11.2.4.
 GAMILLSCHEG, E.: 4.4.
 GARCÍA, C.: (n. 26.13.9.)
 GARCÍA, E. C.: (n. 11.13.5.1.)
 GARCÍA DE DIEGO, V.: 4.3.1., 19.3.1.
 GARCÍA GÓMEZ, E.: 4.5., (n. 13.4.5.)
 GARCÍA HORTELANO: 13.3.2., 18.2., 18.3., 18.5.1.1.
 GARCÍA LORCA, F.: 13.3.
 GARDINER, A.: 10.1.6.
 GASCÓN: 4.3.2.
 GECKELER, H.: 21.3.
 GENERALIZACIÓN: 21.5.
 GENERATIVISMO: 1.4., 1.5., 1.6., 8.2., 8.3., 9.1., 9.3., 9.5., 14.4., 14.5., 14.6., 19.3.1., 21.1., 21.2., 21.6.
estructuras sintácticas: 1.5.; *expresión*: 1.5.; *oración*: 1.5.; *sin estructura profunda*: 21.2.
 GÉNERO:
arbitrariedad: 10.1.2.; *femenino*: 10.1.2., 10.3.2.; *masculino*: 10.1.2., 10.3.2.; *neutro*: 10.1.2., 10.3.2.
 GENITIVO PARTITIVO: 21.6.
 GERMANISMOS: (ver préstamos lingüísticos)
 GERUNDIO: 9.1., 9.5.
como atributo del verbo estar: 17.2.2.; *como indicador de acción en curso*: 13.9.; *como miembro negativo en cuanto al aspecto*: 13.9.; *como miembro positivo en cuanto a la decadencia*: 13.9.; *como miembro positivo en cuanto a la incidencia*: 13.9.; *del Boletín Oficial del Estado*: 18.5.3.; *función de adjetivo y adverbio*: 13.9.
 GESSNER, E.: 19.3.1.
 GILI GAYA, S.: 9.5., 9.6.2., 9.6.6., 9.6.7., 11.6.3., 12.2., 13.3., 13.3.2., 13.4.3., 16.8.1., 16.8.2., 17.3., 19.1., 19.3.1.
 GLOSARIO:
latino-romance: 20.7.
 GLOSAS EMILIANENSES: 4.3.2., 20.7.
 GLOSAS SILENSES: 20.7.
 GLOSEMÁTICA: 8.3.
 GÓMEZ MORENO, M.: 4.2., 4.2.1., 4.2.2., 4.2.3.
 GÓNGORA, L. DE: 1.6.
 GONZÁLEZ OLLÉ, F.: (n. 14.3.4.), (n. 9.4.3.1.), 4.3.2., (n. 13.10.6.)
 GONZÁLEZ PALENCIA, A.: (n. 13.4.5.), 4.5.
 GOODMAN, N.: 1.5.
 GRADO: 14.1.
comparativo.—*de excelencia*: 10.3.2.—*de igualdad*: 10.3.2.—*de inferioridad*: 10.3.2.—*de superioridad*: 10.3.2.; *positivo*: 10.3.2.; *superlativo*.—*coloquial*: 10.3.2.—*culto*: 10.3.2.—*restos latinos*: 10.3.2.

- GRAMÁTICA: 13.4.3., 13.5.4., 16.9.
categorial: 1.3.; *como filología*: 8.3.;
componentes.—fonológico: 1.4.,
1.5.—frasal: 1.5.—morf fonémico:
1.5.—morfológico: 1.5.—semántico:
1.4., 1.5., 21.2.—sintáctico: 1.4.,
1.5., sintáctico de base: 1.5.—sintác-
tico transformacional: 1.5.; *contextual*:
1.6.; *de estados finitos*: 1.4.; *de*
dependencias: 9.3.; *de los casos*:
21.2., 21.6.; *de valencias*: 9.3., 21.6.;
definición de Dionisio de Tracia:
8.3.; *descriptiva*: 19.3.1.; *división*:
8., 8.3.; *elementos*: 8.2.; *estructural*:
(ver *estructuralismo*); *funcional*:
13.5.2., 14.1., 14.3., 16.3.; *genera-*
tiva: (ver *generativismo*); *par-*
tes.—según Dionisio de Tracia: 8.3.;
sintagmática: 1.3., 1.4.
- GRAMÁTICA DE LA LENGUA VULGAR DE
ESPAÑA: 3.1.
- GRAMÁTICA DE PORT ROYAL: 13.2., 15.1.
- GRANADA, FRAY LUIS DE: (n. 21.13.5.4.)
- GRANDA, G. DE: 19.3.1.
- GRANJA, F. DE LA: (n. 13.4.5.)
- GREEN, J. N.: 19.3.1.
- GREENBERG, J. H.: 1.3., 8.2.
- GRIEGO: 13.5.4.
- GRÖBER, G.: 19.3.1.
- GROOT, A. DE: 8.3., 16.0.
- GRUPO:
adjetival: 16.9.; *asilábico*: 7.2.; *conso-*
nántico.—simplificación: 4.8.4.; *fó-*
nico: 6.2., 6.9., 7.3.—definición:
7.3.—monofonemático: 6.2.; *prepo-*
sicional: 8.2., 16.9.; *sustantival*: 1.5.,
1.6., 8.2., 16.9., 18.3.; *verbal*: 16.9.,
18.3.
- GUEVARA, A.: 14.6.
- GUILLAUME, G.: 2.3., 12.3., 12.4., 13.2.,
13.3., 13.9., 14.1., 14.2., 14.3., 14.5.
- GUIARTE, G. L.: (n. 13.3.3.)
- H —
- HABLA: 1.1., 6.1., 10.3.
discordancia: 9.6.2.; *mecanismos ce-*
rebrales: 5.9.
- HADLICH, R. L.: 16.8.2.2.
- HAEBLER, C.: (n. 2.3.1.)
- HALLE, M.: (n. 13.6.9.), (n. 1.7.1.), 8.2.
- HAMASA: (n. 16.4.5.)
- HAMPLOVÁ, S.: 13.5.2.
- HANSSEN, F.: 13.5.4.
- HARRIS, J. W.: (n. 1.6.2.)
- HARRIS, M.: 19.3.1.
- HARRIS, Z. S.: 1.5., 9.3.
- HARTZENBUSCH, J. E.: 16.2.1.
- HARVEY, L. P.: 4.5.
- HATCHER, A. G.: 16.2.1.
- HAVERKATE, W. H.: 13.3.2.
- HAZ DE CORRELACIONES: 6.7.
- HEGER, K.: 21.2., 21.3.
- HELENISMOS: (ver *préstamos lingüísticos*)
- HENRÍQUEZ UREÑA, P.: 9.5., 10.1., 10.1.6.,
11.2.2., 11.3.3., 11.3.4., 11.4.3., 11.6.,
12.0., 13.0., 13.3.1., 13.7., 13.8., 14.5.,
15.1.2., 15.2., 16.0., 16.2., 16.2.1.,
16.8.1., 18.0., 18.3., 18.5., 19.0.
- HERMAN, J.: 19.3.1.
- HERNÁNDEZ, C.: 15.2.1., 16.9., 19.3.1.
- HERRERA, F. DE: 3.1., 4.7.
- HERZOG: 12.2.
- HIATO: 7.2.
- HÍBRIDOS MORFOLÓGICOS:
romances-árabes: 4.5.
- HILLS, E. C.: (n. 1.3.1.)
- HILTY, G.: 21.2., (n. 4.21.2.)
- HIPÉRBOL: 20.6.4.
- HIPERCONCORDANCIA:
artículo-adjetivo-sustantivo: 9.6.1.
- HIPERONIMIA: 21.4.
- HIPONIMIA: 21.4.
- HIPOTAXIS: 15.2.1.
- HISPÁNICO:
como gentilicio: 3.3.
- HISPANO:
como gentilicio: 3.3.
- HISPANOAMERICANISMOS: (ver *préstamos*
lingüísticos)
- HISPANOAMERICANO:
como gentilicio: 3.3.
- HITTI, P. K.: (n. 13.4.5.)
- HJELMSLEV, L.: 1.2., 1.5., 8.2., 8.3., 9.1.,
21.2.
- HOCKET, CH. F.: 1.1., 8.2., 9.5.
- HOLT: 8.3.
- HOMOFONÍA: (n. 21.4.8.1.), 21.5.
- HOMONIMIA: 20.2.
- HOUT, G. VAN: 8.2.
- HOZ, J. DE: 4.2.4.
- HUMBOLDT, W. VON: 2.2. (n. 2.2.3.), 2.3.,
4.2.7., 21.3.

— I —

IBÁÑEZ, R.: 14.6.
 IBERO: 4.1., 4.2., 4.2.4., 4.2.5.
 escritura: 4.2., 4.2.1., 4.2.4.
 IBEROAMERICANO:
 como gentilicio: 3.3.
 IBN ABD RABBIH: (n. 17.4.5.)
 IBN HAZM: 4.5.
 IBN QUZMAN: 4.5.
 ICONO: 1.2.
 IDIOLECTO: 20.5.
 IDIOMA:
 economía: 6.4.; *nacional*: 3.1., 3.3.;
 nativo: 3.1.; *patrio*: 3.1.
 ILIRIO-LIGUR:
 rasgos lingüísticos: 4.2.
 ILLESCAS, G. DE: (n. 3.3.1.)
 IMAGEN ACÚSTICA: 1.2.
 IMPERATIVO: 13.1., 13.3.2., 16.7.
 IMPLEMENTO: (n. 8.11.2.1.), 16.3.
 características: 16.3.
 INCLUSIÓN: 8.1., 9.5., 10.2., 21.4.
 INDICADOR: (n. 1.11.0.)
 sintagmático: 1.4., 1.5., 9.1., 18.3.—*de*
 la base: 1.5.—*ramificaciones*: 16.9.
 INDICIO: 1.2.
 INDOEUROPEO: 4.2.4., 4.3.2., 8.3., 9.2.
 INDOGERMÁNICO: 13.5.4.
 INFINITIVO: 9.1., 9.4., 9.5.
 como atributo del verbo ser: 17.2.1.;
 como indicador de acción virtual:
 13.9.; *como miembro negativo en*
 cuanto a la decadencia: 13.9.; *como*
 miembro neutro en cuanto al as-
 pecto: 13.9.; *como miembro positivo*
 en cuanto a la incidencia: 13.9.;
 como sustituto del imperativo en las
 negaciones: 13.3.2.; *función de sus-*
 tantivo: 13.9.; *sustantivación en plu-*
 ral: 13.4.3.
 INFORMACIÓN: 21.4.
 INGAR, D. H.: 5.9.
 INGLÉS: 21.3.
 INTENSIDAD: 5.4., 5.7., 5.14., 7.1.
 INTENSIÓN: 7.1.
 INTERFERENCIA: 5.3., 5.4.
 constructiva: 5.3.; *destructiva*: 5.3.
 INTERIECCIÓN: 9.1., 9.5., 14.1.
 como forma gramaticalizada del sin-
 tagma nominal: 16.7.; *como onoma-*

topeya: 16.7.; *como oración exclamativa*: 16.7., 16.8.1.

INTRANSITIVIDAD: 9.3.
 INVENTARIO DE PALABRAS: 1.3.
 IRIARTE, T. DE: 18.5.3.
 ITALIANO: 21.2.
 meridional: 4.3.2.

— J —

JACKENDOFF, R.: 14.6.
 JAKOBSON, R.: 1.5. (n. 7.5.14.), 5.15.,
 (n. 1.7.1.), 8.2., 13.4.
 JEFFERSON, T.: 1.5.
 JENSEN, F.: 19.3.1.
 JESPERSEN, O.: 9.4., 9.5., 14.1., 20.2.
 JIMÉNEZ, J. R.: 1.6.
 JOVELLANOS, G. M. DE: 7.3., 14.6., 16.8.1.
 JUAN DE ÁVILA: 11.2.2.
 JUICIO:
 analítico: 19.3.1.; *categorico*: 19.3.1.;
 contradictorio: 19.3.1.; *hipotético*:
 19.3.1.; *lógico*: 9.1.; *sintético*:
 19.3.1.

JUNCIÓN: 9.4., 9.5., 10.2.

— K —

KALEPKY, TH.: 9.1.
 KANT, M.: 19.3.1.
 KANY, CH. E.: (n. 8.10.3.3.), 11.2.4., (n.
 9.13.4.3.), 19.3.1.
 KARCEVSKIJ, S.: 9.1., 14.1.
 KATZ, J. J.: 1.5., 19.3.1.
 KENISTON, H.: 15.1., 15.2.1.
 KEYSER, S. J.: (n. 13.6.9.)
 KIPARSKY, P.: (n. 13.6.9.)
 KLEIN, W. P.: (n. 8.13.4.3.)
 KOSCHMIEDER, E.: 13.4.
 KRAMSKY, J.: 8.2.
 KÜHNER, R.: 19.3.1.
 KURYLOWICZ, J.: 8.3., 9.1.

— L —

LABOV, W.: 21.1.
 LAIN, P.: 3.3., (n. 11.3.3.)
 LAISMO: 11.2.
 LAKOFF, G.: 1.5., 14.5., 19.3.2.

- LAKOFF, R.: 19.3.2.
 LAMÍQUIZ, V.: 11.2.4., 13.3., 19.3.1.
 LANCELOT, C.: 13.2., 15.1.
 LAPESA, R.: 1.6., (n. 2.2.3.), 2.3., 2.4., (n. 5.3.1.), (n. 8.3.2.), 3.2., (n. 1.4.1.), (n. 3.4.2.), 4.2.5., 4.3.1., 4.3.2., 4.4., 4.6., (n. 20.4.8.), (n. 21.4.8.1.), 4.8.1., 4.8.3., 4.8.5., 4.8.8., 4.8.10., (n. 12.6.9.), 10.4., (n. 11.10.5.), (n. 15.11.2.5.), 11.2.5., (n. 1.12.0.), (n. 2.12.2.), 12.2., (n. 3.12.2.), (n. 5.12.2.), 12.3., 12.4., 12.5., 13.3., 13.3.2., 15.1., 18.7., (n. 3.18.7.), 19.3.1., 21.6., (n. 10.21.6.)
 LARRA, M. J. DE: 11.2.2., 19.3.1.
 LASSEN, N. A.: 5.9.
 LATHROP, T. A.: 19.3.1.
 LATÍN: 3.1., 4.3.2., 13.5.4., 14.6., 16.8.2., 16.8.2.2., 19.3.1., 20.7.1., 21.2.
 arcaico.—confluencia de imperfecto de subjuntivo, futuro perfecto de indicativo y perfecto de subjuntivo: 19.3.1.—evolución de la /U/: 6.8.; *aspecto verbal*.—inflectum: 21.6.—perfectum: 21.6.; *clásico*: 4.3.1.—evolución del sistema temporal verbal con la formación de tiempos compuestos: 19.3.1.—oposición de /Ō/ y /Ŏ/: 6.8.—oraciones condicionales: 19.3.1.; *escritura*: 4.2.4.; *estructura profunda en su paso al castellano*: 19.3.1.; *evolución de los casos al castellano*: 21.6.; *hispánico*: 3.3., 4.1., 4.3.—arcaísmo: 4.3.1.—aspectos léxicos de la romanización: 4.3.1.—caracterización: 4.3.1.—dialectalismo itálico: 4.3.1.—sustratos: 4.1.; *lexicografía*: 20.7.; *modo indicativo*.—estructura vertical: 21.6.; *verbo «habere» como auxiliar en la perifrástica*: 21.6.; *vulgar*.—oposición de /O/ y /Ŏ/: 6.8.—préstamos lingüísticos (ver préstamos lingüísticos).—uniformidad: 4.3.1.
 LATINISMOS: (ver préstamos lingüísticos)
 LATINO-CELTA:
 bilingüismo: 4.2.
 LATINOAMERICANO:
 como gentilicio: 3.3.
 LAVANDERA, B.: 15.2.1.
 LAZARILLO DE TORMES: 19.3.1.
 LÁZARO, F.: 1.5., 3.1., 10.3.3., (n. 1.11.0.), (n. 3.12.2.), (n. 5.12.2.), 13.4., 13.5.2., 14.4., (n. 9.21.6.)
 LÁZARO MORA, F. A.: (n. 14.10.6.)
 LEES, R. B.: 1.5.
 LEÍSMO: 11.2.
 LEJUNE, M.: 4.2.4.
 LEMOS, C. DE: (n. 1.17.3.)
 LENGUA: 2.1., 6.1., 6.4., 6.8., 6.9., 8.3., 10.1.2., 15.1.3., 16.1.
 adstrato: 4.1.; *alemana*: 21.3.; *árabe*: 4.1., 20.7.1.; *aragonesa*: 4.3.2., 4.6.; *ártabra*.—rasgos lingüísticos: 4.2.; *asturiana*: (ver asturiano); *asturleonés*: 4.3.2.; *cambio léxico*: 4.7.—analógico: 21.5.; *cambio semántico*: 4.7., 21.5.; *castellana*: (ver castellano); *catalana*: 3.3., 4.3.2., 4.6.; *celta* (ver celta); *celtibérica*: 4.2., 4.2.4.; *como estructura*: 3.4.; *como inventario gramatical*.—criterio estructuralista: 1.3., 14.1.; *como medio de comunicación humana*: 3.4., 17.0.; *como modo de vida*: 3.4.; *como pluralidad de sistemas*: 2.1.; *como sistema*: 1.1., 3.4.—axiomático: 1.5.—bien definido: 1.6.—de sistemas: 1.6., 2.2., 2.3.; *del Boletín Oficial del Estado*: 3.1.; *designación*: 3.3.; *diacronía*: 1.6., 2.2., 2.3., 4.7., 13.5.4., 13.6.; *española*: (ver español); *española-castellana*: 3.1.; *española oficial del estado*: 3.4.; *evolución histórica*: 21.1., 21.3.; *fenicia*: 4.2.; *forma interior*: 2.3., 2.4.; *francesa*: 21.2., 21.3.; *gallega*: (ver gallego); *gascona*: 4.3.2.; *griega*: 13.5.4.; *historia*: 21.1.; *ibérica*: (ver ibero); *indogermánica*: 13.5.4.; *inglesa*: 21.3.; *italiana* (ver italiano); *latina*: (ver latín); *leonesa*: (ver leonés); *ligur*: (ver ligur); *lusitana*: 4.2.4.; *modernización*: 4.7.; *mozárabe*: 4.3.2.; *nacional*: 3.1.; *nombre*: 3. *passim*; *osca*: 4.3.2.; *osco-umbra*: 4.3.2.; *patria*: 3.1.; *portuguesa*: 4.3.2., 4.6.; *regional*: 3.4.; *romance o vulgar*: 3.1.—hispánica: 4.1., 4.7.; *románica*: 3.3.; *rumana*: 4.3.1.; *sarda*: 4.3.2.; *siciliana*: 4.3.2.; *sincronía*: 1.6., 2.2., 2.3., 4.7., 13.6.; *superestrato*: 4.1.; *sustrato*: 4.1.; *turdetana*: 4.2.; *umbra*: 4.3.2.; *uni-*

- versalismo de base*: 21.2.; *vasca*: 3.3., 4.1., 4.2., 4.2.5., 4.3.2., 4.6., 9.3.; *vulgar o romance*: 3.1.; (*ver lenguas*).
- LENGUAJE: 1.6.
coloquial: 20.6.5.; *como actividad y como producto*: 2.2.; *como función cerebral*: 5.9.; *como transmisor de comunicación*: 16.2.; *funciones*: 16.1.; *literario*: 20.6.5.; *plurisistemático*: 2.2., 2.3.; *normalizado o estándar*: 2.1.; *reliquias*: 4.4.; *universal*.—*estructura profunda*: 2.4.
- LENGUAS:
acusativas: 9.3.; *de sustrato*: 4.1., 4.2., 4.3.2.; *diferencias entre los distintos tipos*: 8.3.; *en contacto*: 8.1.; *ergativas*: 9.3.; *estructura profunda*: 2.4.; *flexivas*: 8.2.; *indoeuropeas*: 4.2.4., 4.3.2., 8.3., 9.2.; *occidentales*: 9.2.; *peninsulares*: 3.1.; *prerromanas de Hispania*: 4.1., 4.2., 4.2.1., 4.2.2., 4.2.3., 4.2.4., 4.2.5., 4.2.6., 4.2.7., 4.2.8.; *relación*: 21.3.; *romances*: 4.3.1., 14.6.—*centrales*: 4.3.1.—*meridionales*: 4.3.1.—*orientales*: 4.3.1.—*peninsulares*: 4.1., 4.3.1., 4.6.—*redundancia de los pronombres*: 11.2.4.; *románicas*: 13.5.4.—*hiperconcordancia*: 9.6., 9.6.1.—*préstamos lingüísticos*: *germanismos*: 4.4.; *semíticas*: 8.3., 9.2.
- LENICIÓN:
en romance: 4.2.
- LENZ, R.: 14.4., 14.5., 15.1., 19.3.1.
- LEÓN, FRAY LUIS DE: 3.1., 4.7.
- LEONÉS: 3.3., 4.3.2., 4.6.
- LEXEMA: 1.3., 8.2., 20.1., 20.4., 21.2.
combinación: 21.2.; *en el adjetivo*: 10.3.2., 10.6.; *en el sustantivo*: 10.1.1., 10.1.2., 10.1.3., 10.6.; *en la palabra*: 8.3., 20.3., 20.5.; *raíz*.—*en el verbo*: 13.1.; *tema (vocal temática)*.—*en el verbo*: 13.1.—*en el verbo*: *variaciones y neutralización*: 13.1.
- LEXIAS:
complejas: 1.3.; *simples*: 1.3.
- LÉXICO: 1.4., 1.5., 8.1., 16.9.
cambio: 4.7.—*analógico*: 21.5.—*fonético*: 21.5.; *dialectalismos hispanosuritalianos*: 4.3.2.; *elementos*: 8.2.; *ennoblecimiento*: 4.3.1., 21.5.; *envilecimiento*: 21.5.; *estructura en campos*: 21.3.; *estructuras*: 21.2.; *inserción*: 21.2.
- LEXICOGRAFÍA: 20., 20.1., 20.6., 20.6.3., 20.7.
como arte de hacer diccionarios: 20.3., 20.7.
- LEXICOLOGÍA: 8.3., 10., 10.1.3., 20., 20.1., 20.3., 20.6.3., 21.5.
como segunda división básica de la lingüística: 20.1.; *formas agrupadas*: 20.6., 20.6.1., 20.6.2., 20.6.3., 20.6.4., 20.6.5.
- LIBRO DE ALEXANDRE: 19.3.1.
- LIBRO DE BUEN AMOR: 14.6.
- LIGHTNER, T. M.: (n. 13.6.9.)
- LIGUR:
como supuesta lengua indoeuropea: 4.2.7.; *rasgos lingüísticos*: 4.2.
- LINGÜÍSTICA:
cambio: 21.1., 21.5.; *comparada*: 1.5.; *descripción*: (*ver descripción lingüística*); *economía de las estructuras*: 1.3.; *estructura*: 2.3.; *estructural*: (*ver estructuralismo*); *evolución*: 19.3.1.; *externa*: 1.1., 1.6., 2.3.; *histórica*: 1.5.; *interna*: 2.3.; *matemática*: 1.5.; *moderna*: 8.3.; *plurisistematismo*: 2.2., 2.3.; *tradicional*: 8.3.; *unidades*: 1.3., 8.1.—*paradigmáticas*: 8.1., 8.2.—*sintagmáticas*: 8.1., 8.2.
- LÍQUIDAS: 5.11., 5.14., 6.2.1.
confusión: 6.2.1.; *laterales*: 5.11., 5.14., 6.2.1.; *vibrantes*: 5.11., 5.14., 6.2.1., 6.4.
- LIVIO: 21.6.
- LLORENTE, A.: 8.3., (n. 1.11.0.)
- LOCUCIÓN:
conexiva o no connotativa.—*conjuntiva*: 15.2., 20.6.1.—*conjuntiva condicional*: 19.3.1.—*prepositiva*: 1.4., 8.2., 13.5.2., 14.1., 14.6., 15.1.1., 20.6.1.; *definición*: 20.6.1.; *significante o conceptual*.—*adjetival*: 20.6.1.—*adverbial*: 14.1., 14.3., 20.6.1.—*adverbial como atributo del verbo «estar»*: 17.2.2.—*adverbial como introductora de oraciones adverbiales circunstanciales temporales*: 19.2.—*exclamativa*: 20.6.1.—*nominal denominativa com-*

- pleja: 20.6.1.—nominal denominativa
geminada: 20.6.1.—nominal infinitiva: 20.6.1.—nominal singular: 20.6.1.—participial: 20.6.1.—pronominal: 20.6.1.—verbal: 20.6.1.
- LÓGICA: 8.3., 9.1.
LOÍSMO: 11.2.
LONGACRE, R. E.: 9.2.
LONGITUD DE ONDA: 5.1.
LOPE BLANCH, J. M.: (n. 2.12.2.), (n. 4.13.2.), 19.3.1.
LOPE DE VEGA: 9.3.
LÓPEZ, M. L.: 15.1., (n. 2.15.1.), 15.1.3., (n. 12.15.1.4.), 15.1.4., (n. 13.15.1.4.), (n. 16.15.1.4.), (n. 20.15.2.1.)
LÓPEZ DE AYALA, P.: 19.3.1.
LÓPEZ GARCÍA, A.: 14.3., 14.6.
LORENZO, E.: (n. 21.4.8.1.), (n. 24.4.8.8.), (n. 25.4.8.9.), 13.3.2.
LUCILO: 4.3.1.
LUGAR: 9.2., 14.1., 14.5., 14.6.
 de articulación: 5.12.; *lingüístico*.—*definición*: 16.1.
LUJÁN Y SILVA, F. DE: 3.1.
LUNFARDO: 3.3.
LUSITANO: 4.2.4.
LYONS, J.: 1.5., 8.1., 8.2., 9.3., 13.0., 13.3., (n. 1.17.3.), 21.2., (n. 5.21.2.), 21.3., (n. 9.21.6.), 21.6.
- M —
- MACHADO, A.: 7.3., 16.9.
MACLAY, H.: 1.5.
MACLENNAN, L. J.: 13.4.
MACPHERSON: 11.2.2.
MAGNITUD: 1.3.
MALKIEL, Y.: (n. 7.20.4.), (n. 8.20.4.)
MALLO, J.: 19.3.1.
MALMBERG, B.: 6.2.2.
MALUQUER, J.: 4.2.2., 4.2.3.
MANACORDA, M. V.: 10.3., 13.5.2., 13.9., (n. 26.13.9.), 18.5.3.
MANTECA, A.: 13.3.1., 14.6.
MANZANARES, M.: 4.5.
MARAVALL, J. A.: (n. 8.3.2.), 3.2.
MARCA:
 de concordancia: 9.2.; *de correlación*: 6.7.; *distintiva*: 6.4.
MARCIO: 4.3.1.
MARCOS, F.: (n. 1.1.6.), (n. 2.1.6.), (n. 3.1.6.), (n. 5.1.6.), (n. 2.2.3.), (n. 3.3.1.), (n. 12.4.4.), (n. 15.4.5.), (n. 18.4.5.), (n. 19.4.7.), 9.1., 9.3., 9.5., (n. 3.11.2.), (n. 3.12.2.), (n. 5.12.2.), (n. 1.21.1.), (n. 2.21.2.), (n. 8.21.6.)
MARCUS, S.: (n. 26.20.7.3.)
MARIANA, J. DE: 19.3.1.
MARINER, S.: 4.3.2., 13.3.
MAROUZEAU, J.: 9.1.
MARTIN, J. W.: 13.1., 13.4.1., 13.4.3.
MARTÍN ZORRAQUINO, M. A.: (n. 8.11.2.1.), (n. 11.13.5.1.)
MARTINET, A.: 6.2.2., 8.2., 8.3.
MATHESIUS, V.: 9.1.
MATTEWS, P. H.: (n. 1.20.0.)
MACCAWLEY, J. D.: 1.5., (n. 13.6.9.), 21.2.
MEIER, H.: 19.3.1., 21.6.
MEILLET, A.: 4.3.1., 4.3.2., 8.2., 13.4.
MEJÍA, P.: 11.2.2.
MENDELOFF, H.: 19.3.1.
MENÉNDEZ PIDAL, R.: (n. 7.3.1.), 3.2., (n. 1.4.1.), 4.2.5., 4.3.2., 4.4., (n. 13.4.5.), 4.6., 19.3.1.
MERLO, F.: 19.3.1.
MESTER DE CLERECÍA: 4.7.
METÁBASIS SIMPLIFICADORAS:
 adjetivo adverbial: 4.8.8., 10.3.3., 10.5., 14.2., 14.5.; *aposición*: 4.8.8., 9.5., 10.1.5., 14.6., 16.2.1.
METALENGUA: 10.1.2.
METALENGUAJE: 19.3.1.
METALOGÍA: 21.5.
MÉTODOS LINGÜÍSTICOS: 1. *passim*
MÉTRICA ACENTUAL: 6.9.
MEYER-LÜBKE, W.: 3.2., 4.3.1., 19.3.1.
MICHELENA, L.: 4.2.4., 4.3.2.
MILL, S.: 10.1.6.
MIRANDA, J. DE: 3.1.
MIRÓ, G.: 7.3.
MODIFICADO:
 del sintagma nominal: 8.2., 18.3., 18.5.2.; *en la aposición*: 16.2.1.
MODIFICADOR: 9.1., 9.5., 18.3.
 adverbial: 20.6.1.—*apreciativos*: *carácter apreciativo-despectivo*: 14.2.—*apreciativos*: *carácter diminutivo*: 14.2.; *del sintagma nominal*: 8.2., 18.3.; *del sujeto*: 16.2.1.; *directo*.—*del sustantivo*: 10.3., 10.3.3., 10.4., 20.6.1.; *en la aposición*: 16.2.1.; *indirecto*.—*del sustantivo*: 10.4.; *primario*.—*del sustantivo*:

- 10.2., 10.3., 11.0., 11.3., 11.3.2., 11.4.2., 11.5.2., 11.6.2., 11.7.2.—del verbo: aspecto: 13.0., 13.1., 13.1.2., 13.3., 13.4.1., 13.9., 16.1.—del verbo: carácter absoluto: 13.4.2.—del verbo: como sufijos: 13.4.2.—del verbo: tiempo: 9.5., 13.0., 13.1., 13.1.2., 13.3., 13.4.1., 13.9., 16.1.; *secundario*.—del sustantivo: 10.2., 10.5., 11.0., 11.4.2., 11.5.2., 11.6.2., 11.7.2.—del verbo: anterioridad relevante: 13.4.2., 13.4.3.—del verbo: carácter relativo: 13.4.2.—del verbo: como formas distintas: 13.4.2.—del verbo: duración explícita: 13.4.2., 13.4.3.—del verbo: prosecución: 13.4.2., 13.4.3.; *terciario*.—del verbo: perifrasis: 13.4.3.
- MODISMO:
diferencias de las locuciones: 20.6.5.;
semejanza con las locuciones y las frases gramaticales: 20.6.5.
- MODO: 9.2., 14.1., 14.6., 16.1.
- MODO DE ACCIÓN VERBAL: 13.2., 13.4.1., 16.8.2., 17.3.
como categoría objetiva: 13.4.; *naturalidad semántica*: 13.4.
- MODO DE ARTICULACIÓN: 5.11.
- MODO VERBAL:
acuerdo de base: 13.3.; *como categoría formal paradigmática*: 13.3.; *definición morfológico-sintáctica*: 13.3.; *expresión*.—*entonación*: 13.3.—*formas especiales*: triple oposición: 13.3.—*orden de las palabras*: 13.3.—*partículas o nexos condicionantes*: 13.3.; *imperativo*.—*característica formal*: 13.3.2.—*como estructura patente derivada de una estructura profunda en subjuntivo*: 13.3.2.—*como futuro*: 13.3.2.—*como magnitud indiferente a la perspectiva*: 13.3.2.—*como tiempo optativo (no modo)*: 13.3.2.—*estructura superficial*: 13.3.2.—*función apelativa o expresiva*: 13.3., 13.3.2.—*interferencias de los sistemas representativos de la lengua*: 13.3.2.—*neutralización de la negación*: 13.3.2.—*perfectividad en el futuro*: 13.3.2.—*restricciones*: incompatibilidades: 13.3.2.; *indicativo*: 13.3., 19.1.—*como actualizador*: 13.3.1.—*como término marcado*: 13.3.—*como término no marcado*: 13.3.; *oposición no marcado (indicativo)/marcado (subjuntivo)*: 13.3., 13.3.1.; *oposición subjetivo-objetivo*: 13.3.; *oposiciones según las modalidades semánticas*: 13.3.; *optativo*: 13.3.; *potencial*.—*usos especiales*: 13.3.1.; *realizaciones sintagmáticas*: *neutralizaciones*: 13.3.; *restricciones contextuales*: 13.3.; *significación gramatical*: 13.3.; *subjuntivo*.—*como término marcado*: 13.3.1.—*como virtual*: 13.3.1.—*común*: 13.3.—*en las oraciones desiderativas u optativas*: 16.8.1.—*estructura profunda*: 13.3.2.—*hipotético*: 13.3.—*hipotético*: arcaísmo: 13.3.1.; *sumisión a tres tipos de direcciones*: 13.3.
- MOLHO, M.: 14.6., 21.6.
- MOLINA, J. A. DE: 21.3.
- MOLINER, M.: 20.7.1.
- MONDEJAR, J.: (n. 8.3.2.), 19.3.1.
- MONEMA: 1.3., 8.2.
definición: 8.3.
- MONEMÁTICA: 8.3.
- MONTERO, E.: 3.4.
- MONTES, J. J.: (n. 12.10.6.)
- MORALES, A. DE: 3.1.
- MORFEMA: 1.3., 8.2.
combinaciones: 8.3.; *conjunción*: 15.1.; *definición*: 1.3.; *gramatical*: 1.3., 8.3., 20.1.—*gramatical del caso*.—*en el pronombre*: 10.2., 11.2.—*evolución latino-castellana*: 21.6.—*restos sintácticos*: 21.6.; *gramatical de género*: 8.2., 9.2., 9.5., 9.6.—*economía*: 4.8.8.—*en el adjetivo*: 10.3.2., 10.6.—*en el artículo*: 12.1.—*en el pronombre*: 11.2., 11.3.1., 11.4.1., 11.5.1., 11.6.1.—*en el sustantivo*: 10.1.1., 10.1.2., 10.1.3., 10.1.4., 10.6.—*oposiciones formales*: 10.1.2.; *gramatical de grado*.—*en el adjetivo*: 10.1.4., 10.3., 10.3.2., 10.6.—*en el adjetivo*: aspecto morfológico: 10.3.2.—*en el adjetivo*: aspecto sintáctico: 10.3.2.—*en el adjetivo*: continuo: 10.3.2.—*en el adjetivo*: discontinuo:

- 10.3.2.—en el adverbio: 14.2., 14.5.; *gramatical de número*: 8.2., 9.2., 9.5., 9.6., 16.1.—economía: 4.8.8.—en el adjetivo: 10.3.2., 10.6.—en el artículo: 12.1.—en el pronombre: 11.2., 11.3.1., 11.4.1., 11.5.1., 11.6.1.—en el sustantivo: 10.1.1., 10.1.2., 10.1.3., 10.1.4., 10.1.6., 10.6.—en el verbo: 13.1., 13.1.1., 13.3.; *gramatical de persona*: 9.5., 9.6., 16.1.—en el pronombre: 10.2., 11.2.—en el verbo: 13.1., 13.1.1., 13.3.; *gramatical de voz*: 13.5.2., 16.8.2.1.; *léxico*: (ver *lexema*); *preposición*: 15.1.
- MORFO: 1.3., 8.2., 16.8.2.1.
definición: 1.3.
- MORFOFONOLÓGIA: 8.3.
- MORFOLOGÍA: 1.3., 8.3., 9.1., 9.5., 10.1.3., 13.5.4., 20.3., 21.2., 21.6.
como ciencia del sistema: 8.3.; *como parte de la lexicología*: 20.1.; *como teoría de las designaciones*: 8.3.; *de los signos*: 8.3.; *funcional*: 8.3.; *híbridos romance-árabes*: 4.5.; *límites con la sintaxis*: 8.3.; *motivación de las palabras*: 20.2.; *plural extranjerizante*: 4.8.7., 10.2.; *semántica*: 8.3.
- MORFONOLOGÍA:
sistemas simultáneos: 2.1.
- MORFOSINTAXIS: 1.3., 8.3., 10.1.2., 10.1.3., 10.2., 13.4.3., 20.1., 20.3.
plurisistematismo: 2.1., 2.2.
- MOTIVACIÓN:
fonológica: 20.2.; *morfológica*: 20.2.; *semántica*: 20.2.
- MOTSCH, W.: (n. 4.1.6.)
- MOUNIN, G.: 21.3.
- MOVIMIENTO ARMÓNICO: 5.1., 5.2., 5.3., 5.4.
propagación: 5.2.
- MOZÁRABE: 4.3.2., 4.5.
- NEBRIJA, A. DE: 20.7.
- NEGACIÓN: 14.6.
de la enunciación: 14.6.; *del enunciado*: 14.6.
- NEUTRALIZACIÓN: 6.4., 6.8., 7.1., 9.2., 21.4.
- NEUVONEN, E. K.: (n. 13.4.5.)
- NEXO (NEXUS): 9.5.
dependiente: 9.4.; *independiente*: 9.4.; *sustantivo*: 9.4.
- NEXO (PARTÍCULA): 9.5., 14.1., 15.2.1., 18.3.
- NIVEL FONOLÓGICO:
de la palabra: 6.9.
- NOCIÓN: 1.6., 14.6.
- NOMBRE: 9.5., 10. *passim*, 14.4., 14.6.
adjetivo: (ver *adjetivo*); *definición formal*: 10.1.4.; *formantes constitutivos*: 10.6.; *formantes facultativos*: 10.6.; *sustantivo*: (ver *sustantivo*)
- NOMINALIZACIÓN:
del participio: 9.4.
- NOMINATIVO: 9.3.
- NORMA: 2.1.
lingüística: 1.6.; *social del uso de la lengua*: 1.6.
- NÚCLEO: 1.4., 9.3., 9.5., 10.2., 10.4., 11.0., 11.4.2., 11.5.2., 11.6.2., 11.7.2., 14.6., 15.1.2., 15.2., 16.9., 21.6.
del predicado: 13.4.3., 14.4., 16.2., 16.3.; *del sintagma nominal*: 8.2., 18.3., 18.5.2.; *del sujeto*: 10.1.5., 16.2.; *silábico*: 6.2.2., 7.1.
- NUDO SINTÁCTICO: 1.4., 9.1., 16.1., 16.9., 18.3.
adverbial o circunstancial: 16.9.; *en función complementaria (NS^c)*: 16.1.; *en función nodal (NSⁿ)*: 16.1.
- NÚMERO:
plural: 10.1.3., 10.3.2.; *singular*: 10.1.3., 10.3.2.
- NUTTING, H. C.: 19.3.1.

— N —

- NÁÑEZ, E.: 19.3.1.
- NARBONA, A.: 19.4.2.
- NASALIDAD: 6.4., 6.6.
- NAVARRO TOMÁS, T.: 4.8.6., (n. 3.5.10.), 7.3., (n. 8.7.3.), (n. 9.13.4.3.)
- NAVAS RUIZ, R.: 17.3.

— O —

- OBJETIVO: 21.2.
- OBJETO:
como unidad funcional: 9.2.; (ver *complemento*)
- OBSTRUCCIÓN SUPLEMENTARIA: 5.14.
- OCLUSIÓN: 6.6.

OGDEN, C. K.: 21.2.

OLIVER ASÍN, J.: (n. 13.4.5.)

ONDA: 5.3., 5.14.

estacionaria: 5.4.; *sonora*: 5.11., 6.9., 7.1.

ONOMA: 9.5.

ONOMASIOLOGÍA: 1.3.

diccionarios: 20.7.2.

ONOMÁSTICA: 4.2.6.

antroponimia: 4.2.6.—*prerromana*: 4.2.7.—*visigótica*: nombres bitemáticos: 4.4.—*visigótica*: nombres monotemáticos: 4.4.; *personal ibérica*: 4.2.6.; *teonimia*: 4.2.6.; *toponimia*: 4.2.6.—*alana*: 4.4.—*árabe*: 20.7.1.—*gótica*: 4.4.—*hispano-suritaliana*: 4.3.2.—*prerromana*: 4.2.7., 4.2.8.—*sueva*: 4.4.

ONOMATOPEYA: 16.7., 21.5.

OPERACIÓN: 8.2.

OPOSICIÓN: 6.2.2., 6.3., 6.5., 6.6., 6.8., 6.9., 8.2.

aislada: 6.4.; *bilateral*: 6.4., 6.7.; *binaria*: 21.4.; *clasificación*.—por la extensión de su poder distintivo: 6.4.—por la relación existente entre sus términos: 6.4.—por su relación en todo el sistema de oposiciones: 6.4.; *constante*: 6.4., 6.6.; *de /O/ y /Ö/ en latín clásico*: 6.8.; *de /O/ y /Q/ en latín vulgar*: 6.8.; *equipolente*: 6.4.; *gradual*: 6.4.; *multilateral*: 6.4.; *neutralizable*: 6.4., 6.6., 6.7.; *paradigmática*: 6.9., 8.2.; *privativa*: 6.4., 6.7.; *proporcional*: 6.4., 6.7.; *sintagmática*: 1.3., 6.2.2., 6.4., 6.9.

ORACIÓN: 1.3., 8.2., 8.3., 9.1., 9.4., 9.5., 13.7., 14.6., 16.2., 16.9., 18.0., 18.1., 18.3., 19.3.1., 20.6.1.

activa: 16.6., 16.8.2.—*intransitiva*: con verbo intransitivo: 16.8.2.—*intransitiva* con verbo transitivo sin complemento directo: 16.8.2.—*recíproca*: 16.8.2.—*transformación a pasiva*: 13.5.2., 16.6.—*transitiva*: 16.8.2.; *adjetiva*: 18.3., 18.4., 19.0.—como adyacente o modificador del núcleo del sintagma nominal: 18.3., 18.5., 18.5.3.—*de gerundio*: 18.5.—*de participio*: 18.5.—*diagrama arbóreo*: 18.3.—*relativa*: 9.4.—*relativa*: construcciones similares:

18.5.2., 18.5.3.—*relativa*: sustantivación: 12.2.—*relativa circunstancial*: 18.5., 18.5.3.—*relativa circunstancial*: diferencias con las oraciones adverbiales: 18.5.3.—*relativa circunstancial*: diferencias con las oraciones sustantivas interrogativas indirectas: 18.5.3.—*relativa propia*: 18.5., 18.5.3.—*relativa propia*: anafórica: 18.5.3.—*relativa propia*: catafórica: 18.5.3.—*relativa propia*: especificativa o diferenciadora: 18.3., 18.5.3.—*relativa propia*: explicativa o incidental: 18.3., 18.5.3.—*relativa propia*: función de complemento objeto directo: 18.5.3.—*relativa propia*: función de complemento objeto indirecto: 18.5.3.—*relativa propia*: función de predicado nominal: 18.5.3.—*relativa propia*: función de sujeto: 18.5.3.—*transformaciones*: 18.3.; *adverbial*: 14.5., 15.2.1., 18.1., 18.3., 18.4., 19. *passim*.—*características*: 19.0.—*clasificación*: 18.3., 19.1.—*coincidencia con las coordinadas restrictivas*: 18.3.—como coordinada: 19.3.1.—como subordinada en la gramática tradicional: 18.3.—*de gerundio*: 18.5.3.—*de participio*: 18.5.3.—*diagrama arbóreo* similar al de las coordinadas: 18.3.—*diferencias con las oraciones sustantivas y adjetivas*: 19.0., 19.1.—*diferencias de estructura con las subordinadas tradicionales*: 18.3.—*equiparación con las oraciones copulativas restrictivas*: 18.3.—*indicador sintagmático*: 18.3., 19.0.—*relación con la oración principal*: restricción semántica: 18.3.—*transformación en oraciones de infinitivo, gerundio o participio precedidos de preposición*: (n. 1.18.5.).—*transformaciones*: 18.3.; *adversativa o restrictiva*.—*coincidencia formal con las concesivas*: 18.1.—*correctiva*: 18.1.—*excluyente*: 18.1.—*forma*: 18.1.—*significación*: 18.1.; *aseverativa, declarativa o enunciativa*: 10.3.3., 13.7.—*afirmativa*: 16.8.1.—*negativa*: 16.8.1.; *atributiva o cualitativa*: 9.1.,

- 13.5.2., 17.0.—con verbo atributivo: 16.8.2.—sin verbo: 16.8.2.; *básica*: 1.5.; *causativa causal*: 15.2.1., 18.0., 18.3., 19.1., 19.3., 19.4.2.—carácter adverbial discutible: 19.1.—con «porque»: transformación con «si» condicional: 18.7.—con «porque» o «pues»: transformación con «luego» consecutivo: 18.7., 18.8.—hipotética: 18.9.—lógica o de la enunciación: 18.7.—lógica o de la enunciación: antepuesta: 18.7.—lógica o de la enunciación: como proposición independiente o coordinada causal: 18.7.—lógica o de la enunciación: pospuesta: 18.7.—real o del enunciado: antepuesta con «como»: 18.7.—real o del enunciado: como unidad enunciativa con la oración principal: 18.7. real o del enunciado: diferencias con la oración causal lógica o de la enunciación: 18.7.—real o del enunciado: efectiva: 18.7.—real o del enunciado: equiparación copulativa: 18.7.—real o del enunciado: necesaria: 18.7.—real o del enunciado: necesaria: admisión de construcciones de las oraciones causales de la enunciación: 18.7.—real o del enunciado: pospuesta: 18.7.; *causativa concesiva*: 18.3., 19.1.—formas introductorias: 19.3.2.—marcada: 19.3.2.—no marcada o principal: 19.3.2.—relación con las oraciones adversativas: 19.3.2.—relación con las oraciones condicionales: 19.3.2.; *causativa condicional*: 18.0., 18.3., 19.1., 19.3.1., 21.6.—apódosis: 19.3.1.—carácter de la relación entre sus elementos: 19.3.1.—concepción peculiar del tiempo verbal sin relación con el tiempo real: 19.3.1.—coordinación entre sus dos elementos: 19.3.1.—dependencia de un verbo abstracto en la estructura profunda: 19.3.1.—establecimiento del sistema medieval: 19.3.1.—estudio pancrónico: 19.3.1.—estudio sincrónico: 19.3.1.—evolución del esquema temporal modal del latín al castellano: 19.3.1.—evolución histórica: 19.3.1.—giros introductorios: 19.3.1.—introducida por «si»: evolución histórica: 19.3.1.—irreal de tiempo no pasado: 13.3., 19.3.1.—irreal de tiempo pasado: 13.3., 19.3.1.—potencial o contingente dudosa: 13.3., 19.3.1.—potencial o contingente probable: 13.3., 19.3.1.—prótasis: 19.3.1.—prótasis: carácter nominal dependiente de un nudo sintagma nominal: 19.3.1.—real categórica: 19.3.1.—real contingente: 19.3.1.—relación semántica con las oraciones causales: 19.3.1.—tendencia a la simetría de las dos partes del período: 19.3.1.; *causativa final*: 18.3., 19.1., 19.3., 19.4.2.—afinidad con las oraciones adverbiales: 18.6.—afinidad con las oraciones sustantivas: 18.6.—carácter adverbial discutible: 19.1.; *circunstancial*: distinción de las oraciones adjetivas: 19.2.—local: 18.3., 19.1.—modal: 18.3.—modal: elisión del verbo: 19.2.—modal comparativa: 19.1.—modal condicional: 19.1.—temporal: 18.3.—temporal de anterioridad: 19.1.—temporal de reiteración: 19.1.—temporal de sucesión inmediata: 19.1.—temporal de sucesión mediata: 19.1.; *clases*: 16.4.; *como unidad autónoma*: 16.2.; *como unidad de habla*: 16.0., 16.2.; *como unidad de lengua*: 16.0., 16.2.; *como unidad de sentido*: 16.2., 18.3.; *compuesta o compleja*: 15.2.1., 16.1., 16.2.—clasificación: 18. pasim.—clasificación morfosintáctica: 18.4.—clasificación semántica: 18.4.—definición: 9.1.—elementos: 16.2.—representación: 9.1.—transformaciones: de inclusión: 18.3.—transformaciones: de supresión o deleción: 18.3.; *con predicado explícito, pero sin sujeto explícito*: 16.8.; *con sujeto y predicado explícitos*: 16.8.; *consecutiva causal*: 18.8.—diferencia con las oraciones cuantitativas consecutivas: 18.8.; *construcción*: 9.1.; *coordinada*: 18.1., 18.2., 18.3.—clasificación: 18.1.—significado independiente: 18.3.; *copulativa, de inclusión o adi-*

- ción*: 18.2.—*forma*: 18.1.—*significación*: 18.1.; *copulativa o atributiva*: 13.5.2., 13.7., 16.4.; *cuantitativa*: 19.4.; *cuantitativa comparativa*: 18.3., 19.1.—*de cantidad*: igualdad: 19.4.1., 19.4.1.1., 19.4.2.—*de cantidad*: igualdad con antecedente tácito: 19.4.1.1.—*de cantidad*: inferioridad: 19.4.1., 19.4.1.3.—*de cantidad*: superioridad: 19.4.1., 19.4.1.2.—*de cualidad*: igualdad: 19.4.1., 19.4.1.1.—*de cualidad*: igualdad con antecedente tácito: 19.4.1.1.—*de cualidad*: inferioridad: 19.4.1., 19.4.1.3.—*de cualidad*: superioridad: 19.4.1., 19.4.1.2.; *cuantitativa consecutiva*: 18.1., 18.3., 19.1.—*antecedente*: 19.4.2.—*consecuente*: 19.4.2.—*ponderación*: 19.4.2.—*relación con las oraciones comparativas*: 19.4.2.—*relación con las oraciones condicionales*: 19.4.2.; *cuasi-refleja*: 13.8.; *de probabilidad*.—*con verbo normal*: 16.8.1.—*construcciones perifrásticas analíticas*: 16.8.1.; *de verbo de estado*: 16.8.2.; *definición*.—*gramatical*: 9.1.—*lógica*: 9.1.—*mínima*: 16.9.—*morfológica*: 9.1.—*operativa*: 9.1.—*por su independencia semántica*: 9.1.—*por su independencia sintáctica*: 9.1.—*psicológica*: 9.1.—*semántica*: 16.2.—*sintáctica*: 9.1.; *definiciones*: 16.0.; *dependiente*: 16.2.; *desiderativa u optativa*: 13.7.—*irrealizable*: 16.8.1.—*realizable*: 16.8.1.; *distinción de la cláusula*: 9.2.; *distributiva*.—*forma*: 18.1.—*significación*: 18.1.; *disyuntiva o de exclusión*.—*forma*: 18.1.—*significación*: 18.1.; *diversidad de matices*: 18.3.; *dubitativa*: 16.8.1.; *elementos*: 9. passim, 16.2.1.; *en la gramática generativa*: 1.5.; *estructura*: 1.3.—*binaria*: 8.2., 9.1.—*funcional*: 16.2.—*profunda*: 2.3., 9.1., 9.2., 9.3., 10.2., 14.4., 14.5., (n. 1.18.5.), 19.3.1.—*superficial*: 2.3., 9.1., 9.2., 9.3., 14.4., 14.5., (n. 1.18.5.); *estudio semántico*: 16.0.; *estudio sintáctico*: 16.0., 16.1.; *imperativa o exhortativa*: 13.7., 16.8.1.; *impersonal, impersonal o de verbos de la naturaleza*: 16.8.2., 16.8.2.2.—*eventual*: 16.8.2.2.—*formal*: 16.8.2.2.—*refleja*: 16.8.2.—*refleja*: confusión con la pasiva refleja: 16.8.2.2.; *implícita*: 16.8., 16.9.—*de implicación*: 16.9.—*exclamativa*: 16.7., 16.8.1.—*por el contexto*: 16.9.—*sin verbo*: 16.9.—*sobrentendido un elemento conversacional previo*: 16.9.; *independencia*: 9.1.; *independiente*: 16.2.; *inordinada*: 18.3., 18.5.—*como elemento de la oración subordinante o incluyente*: 18.3.—*definición técnica*: 18.3.; *interjección*: 16.7.; *interrogativa*: 13.7.—*propia*: parcial: 16.8.1.—*propia*: total: 16.8.1.—*retórica*: 16.8.1.; *intransitiva*: 9.3., 13.8.; *nuclear*: 1.5., 16.0.; *ordinada*: 18.0.; *partes*: 8.3., 9.5., 11.0.—*clasificación*: 9.5.—*estructura profunda en su definición*: 9.5.—*estructura superficial en su definición*: 9.5.; *pasiva propia*.—*con agente implícito*: 16.6.—*con agente explícito*: 16.6., 16.8.2.—*sin agente explícito*: 16.8.2.; *pasiva refleja*: 16.6.—*con agente explícito*: 16.8.2.—*sin agente explícito*: 16.8.2.; *predicativa*: 16.4., 17.0.—*clasificación formal*: 16.8.2.—*clasificación lógico-semántica*: 16.8.2.—*completa*: 16.8.2.—*incompleta*: 16.8.2.; *principal, central, aglutinadora, no marcada o sin nexo*: 9.1., 15.2.1., 18.1., 18.3., 18.5.1.1., 19.0.—*relaciones con la subordinada*: asíndeton o yuxtaposición: 15.2.1., 18.0., 18.1.—*relaciones con la subordinada*: polisíndeton: 18.0., 18.1.; *reflexiva formal o gramatical*.—*causativa*: 16.8.2.1.—*ética*: 16.8.2.1.—*incoativa*: 16.8.2.1.—*intrínseca*: 16.8.2.1.—*involuntaria*: 16.8.2.1.—*reflexiva-pasiva*: 16.8.2.1.; *reflexiva pura o real*.—*directa*: 16.8.2., 16.8.2.1.—*indirecta*: 16.8.2., 16.8.2.1.; *significación*: 16.8.1.; *simple*: 1.3., 9.2., 9.3., 16., 16.2., 16.2.1.—*clasificación lógica*: 16.8.2.—*clasificación psicológica*: 16.8.1.—*clasificación semántica*: 17.0.—*clasificación sintáctica*:

- 16.8.—definición formal: 1.3., 9.1.—estructura: 18.3.—representación: 9.1.—valor central del sujeto y el predicado: 9.2.; *sin sujeto expreso o patente*: 16.2.; *sin verbo*: 13.7.; *subordinada*: 9.1., 15.2.1., 18.1., 18.3.—clasificación: 18.3.—como elemento de la oración principal: 18.3.—como sustituto del núcleo o del adyacente del sintagma nominal: 18.3.—significado trabado con el de la principal: 18.3.; *subordinante o incluyente*: 18.3.; *sustantiva*: 15.2.1., 18.3., 18.4., 18.5.1.1., 19.0.—como sustituto del núcleo de un sintagma nominal: 18.3., 18.5.—con verbo en infinitivo: 18.5.—construcciones similares: 18.5.2.—estilo directo: 18.5.1.1.—estilo indirecto: 18.5.1.1.—forma: 18.5.1.—función circunstancial: 18.5.1.—función de complemento objeto directo (completiva): 15.2.1., 18.5.1.—función de complemento objeto directo (completiva): construcciones: 18.5.1.—función de complemento objeto directo (completiva): diagrama arbóreo: 18.3.—función de complemento objeto directo (completiva): sin nexo: 18.5.1., 18.5.1.1.—función de complemento objeto indirecto: diagrama arbóreo: 18.3.—función de complemento preposicional o suplemento: 18.5.1.—función de predicado nominal: 18.5.1.—función de sujeto: 18.5.1.—interrogativa indirecta: 18.1., 18.5.1.1.—interrogativa indirecta: confusión con las oraciones de relativo o adverbiales: 18.5.1.1.—introducida por «que» completivo: 18.5., 18.5.1.—introducida por «si», en caso de duda: 18.5., 18.5.1.—transformaciones: infinitivo: 18.3.—transformaciones: oración sustantiva, completiva: 18.3.—transformaciones: sustantivo: 18.3.; *transitiva*: 13.8.; *uso de los modos*: 13.3.1.; *yuxtapuesta*.—entonación: 18.1.—forma: 18.2.—significación: 18.2.
- ORDAZ, D. DE: 19.3.1.
- ORECCHIA, T.: 11.2.4.
- OSCILACIÓN: 5.1., 5.5.
- OSCO: 4.3.2.
- OSCOUMBRO: 4.3.2.
- OSTER, H.: 16.2.1.
- OVIDIO: 19.3.1.
- P —
- PALABRA: 1.3., 6.1., 6.9., 7.1., 8.2., 8.3., 9.4., 20.0.
- aguda*: 6.9.; *arbitrariedad relativa*: 20.2.; *aspectos*.—formal: 8.2.—funcional: 8.2.—significativo: 8.2.; *autonomía oracional*: 8.2.; *clases*: 1.3., 8.3., 9.4., 9.5., 10.2., 10.3., 11.0., 20.7.2.; *clasificación*.—clase funcional: 9.5.—clase semántica: 9.5.—clases sintácticas: 9.5.—según sus funciones en el texto: 9.5.—según sus funciones privativas: 9.5.—semántico-morfológico-sintáctica: 9.5.; *como forma libre*: 20.1.; *como objeto de estudio de la lexicología*: 20.1.; *como sintagma*: 8.2., 20.3., 20.5.; *como unidad de competencia*: 6.9.; *como unidad lingüística básica*: 20.7.3.; *como unidad lingüística intuitiva o empírica*: 8.2.; *composición*: (ver *composición*); *compuesta*: 20.2.—colocación de los formantes al final: 20.5.—elementos morfológicos: 20.5.—inexistencia desde el punto de vista sintáctico: 20.5.—vacilación: 20.5.; *convencional*: 20.2.; *creación*: 21.5.; *definición*.—analítica: 8.2.—gráfica: 8.2.—operacional: 8.2.—sintética: 8.2.; *definiciones*.—formales: 8.2.—semántico-formales: 8.2.; *derivación*: (ver *derivación*); *derivada*: 20.2.; *desinencias*: 8.3.; *eco*: 20.2.; *esdrújula*: 6.9.; *fonética*: 7.3.—definición: 6.9.; *forma*: 20.1., 20.2.; *formantes*.—constitutivos: 20.3., 20.5.—facultativos: 20.3., 20.5., 21.5.; *formas agrupadas*: 20.6., 20.6.1., 20.6.2., 20.6.3., 20.6.4., 20.6.5.; *función de sujeto*: 16.2.1.; *grave o llana*: 6.9.; *inventario*: 1.3.; *lexema o raíz*: 8.3., 20.3., 20.5.; *motivación*.—fonoló-

- gica: 20.2.—morfológica: 20.2.—semántica: 20.2.; *motivada*: 20.2.; *nivel fonológico*: 6.9.; *no motivada*: 20.2.; *onomatopéyica*: 20.2.; *orden en la frase*: 14.6.; *oxítónica*: 6.9.; *parasíntesis*: 20.4., 21.5.; *paroxítónica*: 6.9.; *pérdida*: 21.5.; *proparoxítónica*: 6.9.; *rangos o términos*.—primario: 9.4., 9.5., 10.2., 10.3.—secundario: 9.4., 9.5., 10.2., 10.3.—terciario: 9.4., 9.5., 10.2., 14.1.; *significado*: 20.1., 20.2.; *simple*: 20.5.
- PALATALIZACIÓN:
 en romance: 4.2.
- PALENCIA, A. DE: 20.7.
- PANCRONÍA: 1.6., 2.3.
- PAR CORRELATIVO: 6.7.
- PARADIGMA: 8.1., 8.2., 8.3., 14.1., 21.2.
 abierto: 8.1.; *cerrado*: 8.1.
- PARADIGMÁTICA ORACIONAL: 16.0.
- PARALELISMO:
 en el sistema vocálico y en el sistema melódico: 7.3.
- PARASÍNTESIS: 20.4., 21.5.
- PARATAXIS: 15.2.1.
- PAREJA CORRELATIVA: 6.7.
- PARIENTE, A.: (n. 15.3.4.)
- PARTES:
 de la frase: 8.3.; *de la oración*: 8.3., 9.5., 11.0.—clasificación: clase funcional: 9.5.—clasificación: clase semántica: 9.5.—clasificación: clases sintácticas: 9.5.—clasificación: criterio semántico - morfológico - sintáctico: 9.5.—clasificación: según sus funciones en el texto: 9.5.—clasificación: según sus funciones privativas: 9.5.—estructura profunda en su definición: 9.5.; *del discurso*: 8.3., 9.4.
- PARTICIPIO: 9.1., 9.4., 9.5., 13.5.2., 20.6.1.
 como indicador de acción realizada: 13.9.; *como miembro negativo en cuanto a la incidencia*: 13.9.; *como miembro positivo en cuanto a la decadencia*: 13.9.; *como miembro positivo en cuanto al aspecto*: 13.9.; *función de adjetivo*: 13.9.; *nominalización*: 9.4.
- PARTÍCULAS: 9.4., 15. *passim*.
 como palabras incompletas: 14.1.; *con-*
 junción: (ver *conjunción*); *interjección*: (ver *interjección*); *preposición*: (ver *preposición*); *propriadamente dichas*: 14.1.
- PASIVIDAD:
 diferencia funcional de la atribución: 13.5.2.; *procedimientos sintagmáticos para diferenciarla de la atribución*: 13.5.2.
- PATON: vid. XIMÉNEZ PATON
- PAUSA: 6.9., 7.1., 7.3., 8.2.
 en las oraciones adversativas: 19.3.2.; *mayor*: 18.2.; *menor*: 18.2.
- PEANO: 1.1.
- PERCEPTIBILIDAD: 6.9., 7.1.
- PEREDA, J. M. DE: 11.2.2.
- PEREIRA, J. M.: 5.0., 5.8.
- PÉREZ DE AYALA, R.: 11.2.2., 19.1.
- PÉREZ GALDÓS, B.: 16.2.1., 19.3.1.
- PERÍFRASIS VERBALES: 21.6.
 aspecto: 13.4.3.; *carácter relativo*: 13.4.3.; *como modificadores terciarios del verbo*: 13.4.3.; *de anterioridad relevante relativa*: 13.4.3.; *de duración explícita relativa*: 13.4.3.; *de gerundio*: 13.4.3.; *de infinitivo*: 13.4.3.; *de participio*: 13.4.3.; *de prosecución relativa*: 13.4.3.; *origen*: 21.6.; *pasivas*: 13.5.1.; *repercusiones*: 21.6.; *significación gramatical*: 13.4.3.; *volver a + infinitivo*.—valor reiterativo: 13.8.
- PERÍODO ORACIONAL: 5.1., 5.2., 5.5., 18.2., 18.3.
- PERMUTACIÓN: 8.2., 8.3.
- PIEL, J. M.: 4.4.
- PLANO:
 ideal: 8.3.; *real*: 8.3.; vid. *expresión y contenido*
- PLATONISMO: 1.6.
- PLAUTO: 4.3.1., 13.5.4., 19.3.1., 21.6.
- PLEREMA: 8.2.
- PLURAL:
 cuantificador: (n. 5.10.3.3.); *de modestia*: 9.6.4.; *extranjerizante*: 4.8.7., 10.2.; *formación*.—en las voces extranjeras: 4.8.7.; *mayestático*: 9.6.5.
- PLURISISTEMA:
 cohesión: 2. *passim*.
- PLURISISTEMATISMO: 1.6.
 lingüístico: 2.2., 2.3.; *morfosintáctico*: 2.1., 2.2.

- POEMA DE ALFONSO XI: 19.3.1.
 POEMA DE FERNÁN GONZÁLEZ: 19.3.1.
 POEMA DE MIO CID: 4.4., 4.8.9., 11.2.4., 12.2., 15.2.1., 17.3., 19.3.1.
 POLISEMIA:
 como homomorfía: 21.4.; *ejemplo*: 21.4.; *en la terminología lingüística*: 9.1.
 POLISÍNDETON: 18.0., 18.1.
 POLO, J.: 10.1.2., 12.0., (n. 21.15.2.1.), (n. 22.15.2.1.), 19.3.1., 19.4.2.
 POPE, J.: 9.4.
 POPPER, K. R.: 1.5.
 PORTO, A.: (n. 11.6.9.)
 PORTUGUÉS: 4.3.2., 4.6.
 POSICIÓN: 14.1.
 de neutralización: 6.4., 6.5.; *de pertinencia*: 6.4.; *implosiva*: 6.4.
 POSPOSICIÓN:
 del adjetivo: 1.6., 10.3.3.
 POSTAL, P.: 1.5.
 POSTÓN, L.: 11.2.4.
 POTTIER, B.: 10.1.6., 10.3., 10.3.2., 10.3.3., 11.2.3., 12.0., 12.3., 13.3., 14.1., 14.2., 14.3., 14.5., 15.1.3., (n. 11.15.1.4.), 15.1.4., 15.2.1., 19.3.1., 20.4., 21.2., 21.3.
 PRAGMÁTICA: 1.6.
 PREDICACIÓN: 9.2., 9.3.
 PREDICADO: 9.1., 9.2., 9.3., 13.4.3., 13.5.4., 13.7., 14.3., 16.2., 16.5., 16.8., 17.3., 18.3., 19.3.1.
 argumento: 9.3., 14.3.; *complementos*: 15.1.2., 15.2., 16.2., 16.3., 16.4., 18.3., 20.6.1.; *concepto*: 19.3.1.; *noción formal de lectura*: 19.3.1.; *nominal*: 16.2.1., 16.4., 17.3.—*como elemento central de la significación en las oraciones atributivas*: 16.8.2.—*diferencia semántica con el predicado verbal*: 16.2.1.; *núcleo*: 13.4.3., 14.4., 16.2., 16.3.; *relación con sus argumentos*: 14.3.; *valor central en la oración simple*: 9.2.; *verbal*: 16.2.1., 16.4.
 PREPOSICIÓN: 8.2., 9.3., 9.4., 9.5., 14.1., 14.3., 14.6., 15., 15.2., 16.9., 18.3., 20.6.1.
 a—*ante complemento de persona (directo o indirecto)*: 13.5.4.—*ante complemento objeto directo*: 21.6.; *como categoría apredicativa*: 14.1.; *como elemento relacionante*: 15.1.; *como expresión de matices*: 15.1.3.; *como morfema con significación gramatical*: 15.1.; *como partícula de subordinación*: 15.1.2.; *como sustituto del caso latino*: 21.6.; *compuesta*: 15.1.; *contenido*—*espacial*: 15.1.3.—*nocional*: 15.1.3.—*temporal*: 15.1.3.; *definiciones*: 15.1.; *forma*: 15.1.1.; + *frase de relativo*—*como introductor de una oración de relativo*: 18.5.; *función*: 15.1.2.; *oposiciones*—*de sentido*: 15.1.3.—*facultativas*: 15.1.3.—*gramaticales*: 15.1.3.; *propia*—*formas anticuadas*: 15.1.1.—*formas invariables*: 15.1.1.; + *que*: 15.2.1.; *relación con el prefijo*: 15.1.4.; *significación*—*en el eje semántico*: 15.1.3.—*en el eje sintáctico*: 15.1.3.; *simple*: 15.1.; *sin*—*como neutralizador de una negación*: 16.8.1.; *valor predicativo transitivo*: 9.3.
 PRESENTADOR: 12.2.
 PRÉSTAMOS LINGÜÍSTICOS: 2.1., 21.5.
 en el español—*americanismos*: 4.7., 7.1.—*anglicismos*: 4.7., 4.8.6., 10.1.3., 13.5.3., 13.5.4.—*arabismos*: 4.5., 20.4.—*arabismos calcos semánticos*: 4.5.—*arabismos híbridos morfológicos*: 4.5.—*arabismos topónimos*: 20.7.1.—*catalanismos*: 20.2.—*de lenguas en contacto*: 4.7.—*européismos*: 4.7.—*extranjerismos léxicos*: 4.8.5., 4.8.6., 4.8.7.—*extranjerismos semánticos*: 4.8.6.—*galicismos*: 4.7., 4.8.1., 4.8.6., 13.5.4.—*germanismos*: 4.4.—*helenismos*: 4.8.6., 20.4.—*hispanoamericanismos léxicos*: 4.8.10.—*latinismos*: 4.7., 4.8.6., 4.8.7., 20.4.—*voces francas*: 4.4.—*voces góticas*: 4.4.—*voces suevas*: 4.4.—*voces visigóticas*: 4.4.;
 en el latín vulgar—*germanismos*: 4.4.—*voces francas*: 4.4.—*voces góticas*: 4.4.—*voces visigóticas*: 4.4.;
 en las lenguas románicas—*germanismos*: 4.4.
 PRESUPOSICIÓN: 1.5., 21.6.
 PRIETO, L. J.: (n. 13.6.9.)

PRIMER ARMÓNICO O FUNDAMENTAL: 5.4., 5.5.
 PRIMERA ARTICULACIÓN: 1.3.
 PRIMERA CRÓNICA GENERAL: 19.3.2.
 PROGRESIÓN:
 del texto: 8.3.
 PRONOMBRE: 9.4., 9.5., 11., 11.0., 14.3., 14.4., 16.3., 20.6.1.
 adjetivo: 10.2., 10.3., 10.3.3., 10.3.4., 10.4., 11.0., 11.3., 11.3.2., 11.4.2., 11.5.2., 11.6.2., 11.7.2.—*apócope*: 10.4., 11.3.1., 11.3.2., 11.5.1.—*colocación*: 10.4.—*dependiente de la significación del coloquio*: 11.1.—*dependiente del hilo del discurso*: 11.1.—*relación con el artículo*: 10.4.—*sustantivación*: 10.4., 11.3.; *adverbio*: 9.4., 10.2., 10.5., 11.0., 11.1., 11.4.1., 11.4.2., 11.5.2., 11.6.2., 11.7.2., 14.2., 14.4., 14.5.—*como atributo del verbo estar*: 17.2.2.—*como introductor de una oración de relativo*: 18.5.—*cuantificador*: 14.4., 14.6.—*demonstrativo*: 14.4., 14.5.—*indefinido*: 14.4., 14.5.—*interrogativo*: 14.4., 14.5.—*relativo*: 10.2., 14.4., 14.5., 14.6., 15.2.—*relativo como introductor de oraciones circunstanciales de relativo*: 18.5.3.—*relativo «cuando» como introductor de oraciones adverbiales circunstanciales temporales*: 19.2.—*relativo «donde» como introductor de oraciones adverbiales circunstanciales de lugar*: 19.2.; *átono*.—*autonomía oracional*: 8.2.; *clasificación*: 11.1.; *como modificador del verbo y de los verboides*: 13.9.; *consideración morfológica*: 10.2.; *consideración morfosintáctica*: 10.2.; *consideración semántica*: 10.2.; *demonstrativo*: 10.5., 11.2.3.—*como sustantivador*: 11.4.2.—*creación de sustantivos de habla*: 11.4.2.—*definición*: 11.4.—*deixis*: 11.4.—*forma*: 11.4.1.—*formantes constitutivos*: 11.4.1.—*función de adjetivo*: 11.1., 11.4.2.—*función de adverbio*: 11.1., 11.4.1., 11.4.2.—*función de sustantivo*: 11.1., 11.4.2.—*función específica*: *actualizador*: 11.4.2.,

12.4.—*morfemas gramaticales de género y número*: 11.4.1.—*significación*: 11.4.3.; *exclamativo*: 10.3., 10.5.; *formantes constitutivos*: 10.2., 11.2., 11.3.1., 11.4.1., 11.5.1., 11.6.1.; *funciones*: 10.2., 11.0.; *indefinido*: 11.2.3.—*apócope*: 11.5.1.—*características*: 11.5.—*como sustantivador*: 11.5.1.—*construcción «algo + de + adjetivo»*: 11.5.2. — *forma*: 11.5.1.—*formas invariables*: 11.5.1., 11.5.2.—*función de adjetivo*: 10.3., 11.1., 11.5.2.—*función de adverbio*: 11.1., 11.5.2.—*función de sustantivo*: 11.1., 11.5.2.—*morfemas gramaticales de género y número*: 11.5.1.; *interrogativo*: 10.3., 10.5.; *interrogativo-exclamativo*: 11.7.—*forma*: *acentuada*: 11.7.1.—*función de adjetivo*: 11.1., 11.7.2.—*función de adverbio*: 11.1., 11.7.2.—*función de sustantivo*: 11.1., 11.7.2.—*significación*: *anormal*: 11.7.3.; *interrogativo-sustantivo*.—*valor enfático*: 10.3.; *morfemas gramaticales*.—*de caso y persona*: 10.2., 11.2.—*de género*: 11.2., 11.3.1., 11.4.1., 11.5.1., 11.6.1.; *negativo*: 16.8.1.—*combinación con la negación adverbial*: 14.6.; *personal*: (n. 1.11.0.), 11.2.—*anafórico*: 11.2.4.—*caso objeto*: 11.2., 11.2.3.—*caso sujeto*: 11.2., 11.2.3.—*caso término de preposición*: 11.2.—*catafórico*: 11.2.4.—*diferencias con los indefinidos, relativos e interrogativos-exclamativos*: 11.6.3.—*«ello»*: *como uso culto en la lengua moderna*: 11.2.2.—*«ello»*: *como uso de habla en la lengua antigua*: 11.2.2.—*«ello»*: *uso aislado para mera posibilidad*: 11.2.2.—*«ello»*: *uso anticipador*: 11.2.2.—*«ello»*: *uso como sujeto impersonal*: 11.2.2.—*«ello»*: *uso con una situación como antecedente*: 11.2.2.—*«ello»*: *uso «ello sí y ello no»*: 11.2.2.—*«ello»*: *uso enfático (fósil)*: 11.2.2.—*«ello»*: *uso enfático desarticulado de la oración*: 11.2.2.—*«ello»*: *uso fósil, concesivo o evasivo*: 11.2.2.—*«ello»*: *uso pleo-*

nástico: 11.2.2.—«ello»: uso reiterativo pronominal: 11.2.2.—«ello»: uso reproductivo: 11.2.2.—«ello»: uso sin antecedente: 11.2.2.—«ello»: usos actuales de habla: frase hecha «ello es que»: 11.2.2.—«ello»: usos actuales de habla: resumen de una idea anterior: 11.2.2.—forma: 11.2.—formantes constitutivos: 11.2.—formas átonas: 11.2., (n. 3.11.2.).—formas invariables: 11.2.—formas tónicas: 11.2., (n. 3.11.2.).—formas variables: 11.2.—fórmulas de tratamiento: de extensión general: 11.2.5.—fórmulas de tratamiento: de extensión restringida: 2.2., 11.2.5.—fórmulas de tratamiento: sustituciones: 11.2.5.—función de sustantivo: 11.1., 11.2.—interferencia forma-función: 11.2.—«le»: anfibología: 11.2., 11.2.4.—leísmo, laísmo y loísmo: 11.2.—«lo», «la»: como acusativos de cosa: 13.5.4.—morfemas gramaticales de género, número y caso: 11.2.—redundancia: 11.2.4.—relaciones con los indicadores: (n. 1.11.0.).—repetición: 11.2.4.—«se»: colisión del reflejo con otros tipos de «se»: 13.5.1.—«se»: como dativo de persona: 13.5.4.—«se»: como modificador del lexema verbal: (n. 8.11.2.1.).—«se»: función de complemento ético: 11.2.1., 16.5.—«se»: función de complemento simpatético o posesivo: 16.5.—«se»: función de objeto indirecto sustituto de «le», «les»: 11.2.1.—«se»: función impersonal: 11.2.1.—«se»: función pasiva refleja: 11.2.1.—«se»: función recíproca: 11.2.1.—«se»: función reflexiva: 11.2.1.—«se»: oposición con otros pronombres átonos: (n. 8.11.2.1.).—«se»: uso recíproco como objeto directo: 13.8.—«se»: uso recíproco como objeto indirecto: 13.8.—«se»: uso reflejo o reflexivo como complemento objeto directo en las oraciones reflexivas directas: 13.8., 16.8.2.—«se»: uso reflejo o reflexivo como complemento objeto

indirecto en las oraciones reflexivas formales o gramaticales: 16.8.2.1.—«se»: uso reflejo o reflexivo como complemento objeto indirecto en las oraciones reflexivas indirectas: 13.8., 16.8.2.—«se»: uso reflejo o reflexivo como falso objeto directo en las oraciones reflexivas formales o gramaticales: 13.8.—«se»: uso reflejo o reflexivo como falso objeto indirecto en las oraciones reflexivas formales o gramaticales: 13.8.—«se»: uso reflejo o reflexivo como forma indicadora del tipo de construcción en las oraciones reflexivas formales o gramaticales: 16.8.2.1.—«se»: uso reflejo o reflexivo como morfema o monema de medialidad en las oraciones reflexivas formales pasivas: 16.8.2.1.—significación: 11.2.3.—tercera persona como sustituto del nombre: 11.2.—tercera persona: como término no marcado: (n. 1.11.0.).—«vos»: uso afectivo: 11.2.5.—«vos»: uso como tratamiento familiar: 11.2.5.—«vos»: uso respetuoso: 11.2.5.; *posesivo*: 10.5., 11.2.3., 11.3.—*apócope*: 11.3.1., 11.3.2.—como determinante: 11.3.—de un poseedor: 11.3.1.—de varios poseedores: 11.3.1.—forma: 11.3., 11.3.1.—formantes constitutivos: 11.3.1.—función de adjetivo: 11.1., 11.3., 11.3.2.—función de sustantivo: 11.1., 11.3.—morfemas gramaticales de género y número: 11.3.1.—redundancia: 11.2.4.—significación retrospectiva: 11.3.3.—sustantivación: 11.3.—uso del artículo: 11.3.1., 11.3.2.; *relacionante*: 10.4., 10.5.—definición: 9.5., 10.2.—valor de adjetivo enfático (o intensificador): 10.3.; *relativo*: 10.2., 10.3., 10.5., 14.4.—antecedente: 11.6.1., 11.6.2., 11.6.3., 12.2., 18.5.3.—consecuente: 11.6.3.; 18.5.3.—«cuyo»: como actualizador: 11.6.2.—«cuyo»: como sustantivador: 11.6.2.—definición: 11.6.—forma: 11.6.1.—formantes constitutivos: 11.6.1.—formas invariables: 11.6.1.—formas variables:

- 11.6.1.—fossilización en la forma «que»: 11.2.4.—función de adjetivo: 10.3., 11.1., 11.6.2.—función de adjetivo: como introductor de oraciones adjetivas de relativo: 18.5., 18.5.3.—función de adverbio: 11.1., 11.6.2.—función de sustantivo: 10.3., 11.1., 11.6.2.—morfemas gramaticales de género y número: 11.6.1.—«que»: 14.6., 15.2.1.—«que» con antecedente anafórico «el», «la», «lo»: 9.3.—«que» gramaticalizado en su uso concesivo: 19.4.2.—significación: anafórico: 11.6.3.—significación: catafórico: 11.6.3.—uso del artículo: 11.6.1.; *significación*: ocasional, referencial, contextual: 11.0., 11.2.3., 11.2.4. — presentativo: 11.2.3. — retrospectivo: 11.2.3.; *sustantivo*: 10.2., 10.4., 11.0., 11.3., 11.4.2., 11.5.2., 11.6.2., 11.7.2., 12.2.—como atributo de verbo ser: 17.2.1.—como introductor de una oración de relativo: 18.5.—dependiente del hilo del discurso: 11.1.—dependiente de la significación del coloquio: 11.1.
- PROPOSICIÓN: 8.3., 9.1., 9.4., 10.2., 18.0., 18.1., 18.3., 18.4., 19.3.1.
como oración dependiente: 16.2.; *definición*: 9.1.; *función de sujeto*: 16.2.1.; *valor lógico*: 1.5.; (ver oración).
- PROSODIA: 8.3.
como ciencia del texto: 8.3.; *de los signos*: 8.3.; *fonética*: 8.3.; *fonología*: 8.3.; *funcional*: 8.3.
- PRÓTASIS: 9.2., 19.3.1.
- PSEUDO AGUSTINUS: 19.3.1.
- Q —
- QUE: 15.2.1.
- QUEVEDO, F. DE: 3.1.
- QUILIS, A.: (n. 21.4.8.1.), (n. 2.5.8.), (n. 5.5.10.), (n. 12.6.9.), 6.9., (n. 4.7.1.)
- QUINE, W.: 1.5.
- QUIROGA, H.: 18.2., 18.5.2., 19.1.
- R —
- R. A. E.: 3.1., 4.5., (n. 14.4.5.), 4.7., (n. 21.4.8.1.), 4.8.4., 6.2.2., (n. 5.11.2.), 11.2., 11.4.1., (n. 1.13.1.), 14.5., 16.8.1., 16.8.2.2., 18.5.3., 18.7., 19.3.1., 20.4., 20.7., 20.7.1., 20.7.3., 21.2.
- RAÍZ: 8.3., 20.3., 20.5.
- RASGO:
fonemático: 6.9.; *fonológico*: 6.1., 6.8.—común: 6.4.—convencional: 6.2.1.—distintivo, pertinente o relevante: 6.3., 6.4., 6.6., 7.1.—neutralizable: 6.6.—no distintivo, no pertinente o irrelevante: 6.3.—privativo: 6.4.; *semántico*: 1.3., 6.9., 19.3.1., 21.2., 21.3., 21.4.; *superpuesto*: 6.9.
- REALIZACIÓN DIFONEMÁTICA INICIAL: 6.2.2.
- RECCIÓN:
como dependencia directa del núcleo: 21.6.
- RECURSIVIDAD: 1.4., 1.5.
elementos: 1.5.; *de la negación o negativa*: 14.6.; *de los pronombres*: 11.2.4.
- REFERENCIA: 10.1.6., 10.3.3., 21.2.
directa.—en el adjetivo: 10.3.3.; *indirecta*.—en el adjetivo: 10.3.3.
- REFERENTE: 21.2.
- REFRÁN:
diferencias con la frase proverbial: 20.6.3.
- REGLA:
de base o categorial: 1.5.; *de clasificación*: 1.4.; *de inserción léxica*: 1.5.; *de proyección*: 1.5.; *de ramificación*: 1.4.; *de reescritura*: 1.4.; *de subcategorización*: 1.4., 1.5.; *de transformación*: 1.4., 1.5.; *en la estructura generativo-transformatoria*: 1.4., 1.5.; *fonológica*: 1.5., 6.2.; *gramatical*: 1.5.; *léxica*: 1.5.; *morfofonológica*: 1.4.; *morfología*: 1.4.; *orden*: 1.4.; *sintáctica*: 1.5., 8.3.; *sintagmática*: 1.5.; *taxonómica*: 1.4.; *transformacional*: 1.5.—obligatoria: 1.5.—opcional: 1.5.; *ubicua*: 21.2.
- REGULA: 9.1.
- REICHENKRON, G.: 21.6.
- REICHLING: 8.3.
- REISIG, K. K.: 21.1.
- RELACIÓN: 8.3.
asociativa: 21.2.; *de concordancia*: 16.2.; *de dependencia*: 8.1.; *de inclusión*: 8.1., 9.5., 10.2., 21.4.; *de pro-*

- porcionalidad*: 6.4.; *funcional*: 8.2.;
paradigmática: 8.1.; *secuencial*:
 8.1.; *sintagmática*: 8.1.
- RELIQUIAS DEL LENGUAJE: 4.4.
- REPRESENTACIÓN:
arbórea: 1.4.; *fonética*: 1.5.; *fonoló-
 gica*: 1.5.; *semántica*: 1.5.; *sintag-
 mática*: 1.5.
- RESONANCIA: 5.5., 5.6., 5.8., 5.14.
- RESTRICCIÓN:
en las reglas: 1.4.
- REY, A.: 10.1.6., (n. 26.20.7.3.)
- REY-DEBOVE, J.: (n. 26.20.7.3.)
- RHEMA: 9.5.
- RIBERA, J.: (n. 13.4.5.)
- RICHARDS, J. A.: 21.2.
- RICHER, E.: 16.1.
- RIDRUEJO, E.: 19.3.1.
- RIES, J.: 8.3., 9.1.
- RIIHO, T.: (n. 22.15.2.1.)
- RIVAROLA, J. L.: 19.3.2.
- RIVERO, M. L.: 19.3.1.
- ROCA PONS, J.: 13.4.3.
- RODRÍGUEZ DEL PADRÓN, J.: 19.3.1.
- ROHLFS, G.: 4.3.2.
- ROJAS, F. DE: 11.2.2., 19.3.1.
- ROJAS ZORRILLA, F. DE: 11.2.2.
- ROJO, G.: 9.1., 9.2., 19.3.1.
- ROLDÁN, A.: (n. 3.3.1.)
- ROMANCE: 3.1.
hispanico: 4.1.
- ROMANCERO: 11.2.4., 11.7.3.
- ROMANZ: 3.1.
- RONA, J. P.: (n. 3.10.1.2.)
- ROSETTI, A.: 6.2.2.
- ROTAETXE, K.: 9.3.
- RUCH, M.: 19.3.1.
- RUIPÉREZ, M.: 13.3.2.
- RUIZ, J.: 19.3.1.
- RUMANO: 4.3.1.
- RUSSELL, B.: 1.5.
- S —
- S IMPLOSIVA:
aspiración o pérdida: 4.8.3., 6.2.1.
- SADEANU, F.: 21.6.
- SALAZAR, M. S.: (n. 22 bis.4.8.4.)
- SALVADOR, G.: 21.3.
- SAMSÓ, J.: (n. 13.4.5.)
- SAN ISIDORO DE SEVILLA: 4.4.
- SÁNCHEZ, M. J.: 15.2.1.
- SÁNCHEZ DE ZAVALA, V.: (n. 9.21.6.)
- SANCHÍS GUARNER, M.: (n. 13.4.5.)
- SANTA TERESA DE JESÚS: 19.3.1.
- SAPIR, E.: 9.1.
- SARDO: 4.3.2.
- SARMIENTO, R.: 3.1., 4.7.
- SARTA: 8.3., 9.2.
básica: 1.5.; *compleja*: 1.5.; *de adjeti-
 vos en.—mente*: 14.2.; *nuclear*: 1.5.;
sonora o término.—funciones: 16.1.;
terminal: 1.4., 1.5., 18.3.
- SAUSSURE, F. DE: 1.1., 2.1., 2.3., 13.4.,
 16.0., 20.2., 21.2.
- SCALIGERO, J. C.: 14.3.
- SCHANE, S. A.: (n. 13.6.9.)
- SCHMOLL, U.: 4.2.7.
- SCHOGT, H. G.: (n. 6.21.4.)
- SCHROTEN, J.: (n. 8.11.2.1.)
- SECHEHAYE, A.: 9.1.
- SECO, M.: (n. 1.13.1.), 18.5.1., 20.4.
- SECO, R.: (n. 7.10.3.3.), (n. 1.13.1.), 19.1.
- SECUENCIA: 8.1., 9.1.
- SEGMENTO ORACIONAL: 8.2., 18.0.
- SEGUNDA ARTICULACIÓN: 1.3.
- SELECCIÓN: 13.4.3., 14.6., 21.2.
- SEM TOB: 19.3.1.
- SEMA: 1.3., 6.9., 19.3.1., 21.2., 21.3.,
 21.4.
definición: 21.1.
- SEMÁTICA: 8.3.
- SEMÁNTICA: 1.3., 1.5., 1.6., 8.3., 9.1.,
 9.5., 13.4.3., 13.5.2., 13.5.4., 14.1.,
 14.5., 17.3., 20.1., 20.3., 21., 21.2.
calcos árabes: 4.5.; *cambio*: 4.7.,
 21.5.; *como ciencia de la significa-
 ción*: 21.1.; *como parte de la lexico-
 logía*: 20.1.; *creación de palabras*:
 21.5.; *del adjetivo*: 1.6.; *ennobleci-
 miento léxico*: 4.3.1., 21.5.; *envile-
 cimiento léxico*: 21.5.; *estructural*:
 21.1., 21.2.; *generativa o transfor-
 macional*: 1.5., 9.3., 14.5., 14.6.,
 21.6.; *interpretativa.—diferencias
 con la generativa*: 14.6.; *motivación
 de las palabras*: 20.2.; *pérdida de las
 palabras*: 21.5.; *perspectivas*: 21.6.;
*relación histórica con la sinta-
 xis.—campo nominal*: casos:
 21.6.—*campo verbal*: tiempos: 21.6.
- SEMASIOLOGÍA: 1.3., 21.1.
diccionarios: 20.7.1., 20.7.3.

- SEMEJANZA: 21.5.
 SEMEMA: 1.3., 21.1., 21.2.
 SEMIANTICADENCIA: 7.3.
 SEMICADENCIA: 7.3.
 SEMICONSONANTES: 5.10., 5.12., 5.13., 6.2.2., 7.2.
 SEMICOORDINACIÓN: 19.3.1.
 SEMICULTISMOS: 13.3.2.
 SEMISILABARIO:
 en la escritura ibérica: 4.2.1.
 SEMISUBORDINACIÓN: 19.3.1.
 SEMITONO: 7.3.
 SEMIVOCAL: 5.10., 5.12., 5.13., 6.2.2., 7.2.
 SENABRE, R.: 19.3.1.
 SENECA: 19.3.1.
 SEÑAL DEMARCATIVA: 6.9.
 SER Y ESTAR: 9.3.
 SERIE: 15.2.
 SESEO: 6.2.1.
 predorsodental o coronal: 2.1.
 SICILIANO: 4.3.2.
 SIEBENMANN, G.: 1.2.
 SIGLAS:
 en el español actual: 4.8.5.
 SIGNIFICACIÓN: 8.3., 10.1.6., 10.3., 10.4., 13.4.3., 13.5.4., 16.1., 16.2., 16.4., 16.8.2.2., 17.2.
 ocasional, referencial, contextual.—*del pronombre*: 11.0., 11.2.3., 11.2.4.; *ocasional, referencial o anafórica*: 9.5.; *propia*: 9.5.
 SIGNIFICADO: 1.2., 1.3., 1.5., 5.0., 6.9., 8.2., 8.3., 10.3., 13.8., 21.1., 21.2., 21.3., 21.4.
 análisis estructural: 21.1., 21.2.; *conformación psíquica*: 2.3.; *emotivo*: 21.4.; *evolución*: 21.5.; *indirecto*: 21.4.; *intelectual o nocional*: 21.4.; *usual*: 21.4.
 SIGNIFICANTE: 1.2., 1.3., 5.0., 6.9., 8.3., 9.1., 10.1.6., 10.3., 21.1., 21.2., 21.3., 21.4.
 SIGNO: 1.1., 8.3.
 de puntuación: 16.9.; *definición*: 8.3.; *fonético*: 5.10.; *lingüístico*: 1.2., 5.0., 6.9., 8.2.—«*calor*»: *asociaciones*: 21.2.—*como unidad bifacial*: 21.1., 21.3., 21.4.—*relación asociativa*: 21.2.—*valor*: 21.2., 21.3.; *permutable*: 8.2., 8.3.
 SÍLABA: 6.9., 7., 7.1.
 átoma: 6.9., 7.1.; *definición*: 7.1.; *distribución*: 7.1.; *estructura*: 7.1.; *frontera*: 7.1.; *intensión*: 7.1.; *núcleo*: 6.2.2., 7.1.; *realización*: 7.1.; *tensión*: 7.1.—*propiedades*: 7.1.; *tónica*: 6.9., 7.1.—*propiedades*: 6.9.
 SILVA NETO: 4.3.2.
 SÍMBOLO: 1.2., 21.2.
 comodín: 1.5.
 SIMONET, J.: (n. 13.4.5.)
 SINCRONÍA: 1.6., 2.2., 2.3., 4.7., 13.6.
 SINONIMIA: 21.2., 21.4.
 SINTAGMA: 8.1., 8.2., 8.3., 14.1., 19.3.1., 21.2.
 como conjunto binario: 8.2.; *como sinónimo de frase*: 8.2.; *como unidad*: 1.3.; *definición*: 8.2., 8.3.; *elementos*: 8.2.; *función de sujeto*: 16.2.1.—*adjetivo + adverbio*: 16.2.1.—*adjetivo + preposición + sustantivo*: 16.2.1.—*sustantivo + adjetivo*: 16.2.1.—*sustantivo + conjunción + sustantivo*: 16.2.1.—*sustantivo + preposición + sustantivo*: 16.2.1.—*sustantivos en aposición*: *especificativa o determinativa*: 16.2.1.—*sustantivos en aposición*: *explicativa*: 16.2.1.; *no progresivo*: 1.6.; *nominal*: 1.3., 1.4., 8.2., 9.1., 16.7., 16.9., 18.3., 18.5.2., 19.0.—*adyacentes (modificador o determinante)*: 8.2., 18.3.—*como modificador del verbo y de los verboides*: 13.9.—*núcleo (modificado o determinado)*: 8.2., 18.3., 18.5.2.; *predicativo*: 1.4., 9.1., 10.3.3., 16.9., 18.3.; *preposicional*: 1.4., 8.2., 14.1., 16.9.—*transformación completiva*: 18.3.; *verbal*: 1.3., 16.9., 18.3.—*como modificador del verbo y de los verboides*: 13.9.
 SINTAGMÁTICA: 8.3.
 SINTAXIS: 1.3., 1.5., 8.3., 9.1., 9.5., 10.1.5., 10.2., 14.5., 17.3.
 como ciencia del texto: 8.3.; *como teoría de las relaciones*: 8.3.; *de los signos*: 8.3.; *estructura*: 8.2.; *estructural*: 8.3., 16.0.—*definición*: 16.1.; *funcional*: 8.3., 9.1.; *funciones*: 8.3., 9.4., 10.2.; *límites de las categorías*: 9.3.; *oposición sintaxis/morfología*:

- 8.3.; *semántica*: 8.3.; *vinculación lógica*: 8.3.
- SINTONEMA: (ver *tonema*)
- SISTEMA: 1.6., 2.1., 8.3., 21.4.
- analítico*.—en el futuro: 2.1.; *bien definido*: 1.1., 1.5.; *categorías*.—apredicativas: 14.1.—predicativas: 14.1.; *coherencia*: 6.7.; *de oposiciones*: 6.4.; *de sistemas*: 1.6.; *dinamicidad interna*: 21.3.; *economía*: 6.6., 21.4.; *fonológico*: 6.8.; *forma interior*: 2.3.; *mal definido*: 1.1.; *metafórico temporal*: 19.3.1.; *sinético*.—en el futuro: 2.1.; *simultáneo*.—en fonética: 2.1.—en fonología: 6.2.1.—en morfonología: 2.1.; *vocálico y melódico*.—paralelismo: 7.3.
- SISTEMÁTICA: 8.3.
- SISTEMATIZACIÓN:
- de fonemas*: 6.2.1.
- SITUACIÓN: 8.2., 13.0., 14.6., 21.6.
- SOCIOLINGÜÍSTICA: 21.1.
- SOLALINDE, A. G.: (n. 2.3.1.)
- SOLDEVILA, I.: (n. 14.4.5.)
- SONIDO: 1.5., 5.0., 5.1., 5.3., 5.4., 6.0., 6.1., 6.2., 6.3., 6.4., 6.9., 7.1., 8.3., 10.1.6.
- agudo*: 5.14.; *articulado*.—análisis acústico: 5.8.—características físicas: 5.6.—clasificación acústica: 5.14.—clasificación articulatoria: por el modo de articulación: 5.11.—clasificación articulatoria: por el lugar de articulación: 5.12.—clasificación articulatoria: por la sonoridad o sorder: 5.13.—producción: 5.6., 5.7.; *bemolizado*: 5.14., 6.2.1.; *conceptos físicos*: 5.1., 5.2., 5.3., 5.4., 5.5.; *consonántico*: 5.10., 5.11., 5.12., 5.13., 5.14.—características: 5.7.—clasificación acústica: 5.14.—clasificación articulatoria: por el lugar de articulación: 5.12.—clasificación articulatoria: por el modo de articulación: 5.11.—clasificación articulatoria: por la sonoridad o sorder: 5.13.—producción: 5.7.; *continuo*: 5.14.; *elementos*: 5.14.; *estridenso*: 5.14.; *difuso*: 5.14.; *discontinuo*: 5.14.; *elementos*: 5.4.; *estridente*: 5.14.; *flojo*: 5.14.; *grave*: 5.14.; *líquido*: 5.11., 5.14.—laterales: 5.11., 5.14.—vibrantes: 5.11., 5.14.; *mate*: 5.14.; *nasal*: 5.14.; *oral*: 5.14.; *representación gráfica*: (n. 4.5.10.); *semiconsonántico*: 5.10., 5.12., 5.13.; *semivocálico*: 5.10., 5.12., 5.13.; *sonoro*: 5.14.; *sordo*: 5.14.; *tenso*: 5.14.; *vocálico*: 5.10., 5.11., 5.12., 5.13., 5.14.—características: 5.7.—clasificación acústica: 5.14.—clasificación articulatoria: por el lugar de articulación: 5.12.—clasificación articulatoria: por el modo de articulación: 5.11.—diferencias con los sonidos consonánticos: 5.7.—esquemas: 5.8.—producción: 5.7.
- SONÓGRAFO: 5.8.
- SONORIDAD: 5.13., 6.4., 6.6., 6.7., 6.9., 7.1.
- SONORIZACIÓN: 5.13.
- consonántica*. — hispano-gascona-suritaliana: 4.3.2.
- SORDEZ: 5.13., 6.4.
- SPAULDING, R. F.: 19.3.1.
- SPITZER, L.: 4.5., 15.2.1.
- STATI, S.: 8.2., 8.3.
- STAUBACH, C. N.: 19.3.1.
- STEGMANN, C.: 19.3.1.
- STEIGER, A.: (n. 13.4.5.)
- STEINITZ, R.: 14.5.
- STOCKWELL, R. P.: 13.1., 13.4.1., 13.4.3.
- STRAKA, V.: (n. 1.5.7.)
- SUBCATEGORIZACIÓN: 1.5.
- SUBGÉNERO: (n. 1.10.1.2.)
- SUBJUNTO: 9.4., 10.2.
- SUBNEXO: 9.4., 10.2.
- SUBORACIÓN: 9.1., 9.4., 18.0., 18.1., 18.5., 19.3.1.
- asindeton o yuxtaposición*: 15.2.1., 18.0., 18.1.; *como oración dependiente*: 16.2.; *polisindeton*: 18.0., 18.1.
- SUBORDINACIÓN: 9.5., 10.2., 18., 18.3., 19.3.1.
- SUBORDINANTES: 9.5.
- funciones privativas*: 9.5.
- SUBSISTEMA LINGÜÍSTICO: 1.3.
- SUJETO: 9.1., 9.2., 9.3., 10.1.5., 13.5.1., 13.5.2., 13.5.3., 13.7., 13.8., 16.2., 16.2.1., 16.4., 16.5., 16.8., 16.8.2., 16.8.2.1., 16.8.2.2., 17.3., 18.3., 18.5.1., 19.3.1., 21.6.
- agente*: 9.3., 9.5., 10.1.5., 13.5.,

- 13.5.2., 13.5.3., 16.8.2.2., 21.6.—como sujeto semántico pero no sintáctico: 16.6.; *agentivo*: 9.3., 21.2.; *como complemento objeto directo del otro en las oraciones reciprocas*: 16.8.2.; *como unidad funcional*: 9.2.; *concepto*: 19.3.1.; *enfático*: 16.2.1.; *expreso o explícito*.—*circunstancias*: para evitar ambigüedad: 16.2.1.—*circunstancias*: por énfasis: 16.2.1.; *funciones privativas*: 9.5.; *inversión*: 16.2.1.—*tipos*: advenimiento: 16.2.1.—*tipos*: aparición: 16.2.1.—*tipos*: ausencia: 16.2.1.—*tipos*: comienzo: 16.2.1.—*tipos*: continuidad - permanencia: 16.2.1.—*tipos*: existencia presencia: 16.2.1.—*tipos*: producción: 16.2.1.—*tipos*: retorno: 16.2.1.—*tipos*: suceso: 16.2.1.; *modificado por un sustantivo en aposición*: 16.2.1.; *noción formal de lectura*: 19.3.1.; *núcleo*: 10.1.5., 16.2.; *paciente*: 13.5., 13.5.2., 16.6.; *relación de concordancia con el predicado*: 16.2.; *tipos*: 16.2.1.; *valor central en la oración simple*: 9.2.
- SUPERESTRATO LINGÜÍSTICO**: 4.1.
- SUPERLATIVO**:
 sintético: 13.5.2.
- SUPERPOSICIÓN**: 5.3., 5.4.
- SUPLEMENTO**: (n. 8.11.2.1.), 14.3., 16.3.
características: 16.3.
- SUPRASEGMENTOS**:
acento: 4.8.1., 6.0., 6.9., 7.1., 7.3.—*clases*: (ver *acento*); *entonación*: 6.0., 6.9., 7.3., 9.1., 16.9., 18.1.
- SUSPENSIÓN**: 7.3.
- SUSTANCIA**: 1.2., 8.3., 14.6.
amorfa: 1.2.; *de la expresión*: 1.5., 5.0.; *del contenido*: 1.3., 1.5., 5.0., 9.1., 21.1.—*predicativa*: 10.3.; *fónica*: 1.3.
- SUSTANTIVACIÓN**: 10.1.2.
con artículo: 12.2.; *de habla o discurso*: 10.1.5., 11.4.2.; *de lengua*: 10.1.5.; *del adjetivo*: 10.5., (n. 11.10.5.), 11.4.2., 11.5.1.; *del infinitivo con actualizador*: 13.4.3.; *del pronombre adjetivo o adjetivo determinativo*: 10.4., 11.3.; *del pronombre posesivo*: 11.3.; *del verbo*: 11.4.2., 11.5.1.; *funcional*: 10.1.2.
- SUSTANTIVO**: 9.1., 9.4., 9.5., 10.1., 10.2., 10.3., 10.4., 10.6., 14.6., 15.2.1., 16.2.1., 20.6.1.
abstracto: 10.1.6.; *algoritmo arbóreo*: 10.1.6.; *aposición*.—*especificativa o determinativa*: 16.2.1.—*explicativa*: 16.2.1.; *autoincidencia*: 10.1.5.; *clasificación semántica*: 10.1.6.; *colectivo*: 10.1.6.—*discordancia*: 9.6.; *como atributo del verbo ser*: 17.2.1.; *como modificador del sujeto*: 16.2.1.; *como núcleo del sujeto*: 10.1.5., 16.2.; *como término primario*: 10.1.5.; *común*: 10.1.6.—*distinción semántica del propio*: 10.1.6.; *concreto*: 10.1.6.; *connotación*: 10.1.6.; *construcciones sin artículo*. — *circunstancias semánticas*: 12.5.—*circunstancias sintácticas*: 12.5.; *de cantidad*: 10.1.6.; *de cualidad*: 10.1.6.; *de fenómeno*: 10.1.6.; *de habla o discurso*: 10.1.2., 10.1.5., 10.5., 11.4.2.; *de lengua*: 10.1.2., 10.1.5., 10.4., 10.5., 12.2.; *de materia*: 10.1.6.; *definición formal*: 10.1.4.; *definiciones*: 9.5., 10.1.; *denotación*: 10.1.6.; *ergativo*: 9.3.; *estado*.—*actual*: 12.0., 12.4., 12.5.—*virtual*: 12.0., 12.2., 12.4., 12.5.; *femenino con artículo «el»*: 10.1.2.; *forma*: 10.1.1.—*declarativa*: 10.1.5.; *formantes*.—*constitutivos*: 10.1.1., 10.1.2., 10.1.3., 10.1.4., 10.1.6., 10.6.—*facultativos*: 10.1.1., 10.1.3.1., 10.6.; *funciones*.—*privativas*: 9.5., 10.1.5.—*no privativas*: 10.1.5.; *genérico*: 10.1.6.; *género*: 10.1.2.; *indefinido*: 10.1.6.; *individual*: 10.1.6.; *lexema*: 10.1.1., 10.1.2., 10.1.3., 10.6.; *masculino en -a*: 10.1.2.; *modificador*.—*primario*: 10.2.1, 10.3., 11.0., 11.3., 11.3.2., 11.4.2., 11.5.2., 11.6.2., 11.7.2.—*secundario*: 10.2., 10.5., 11.0., 11.4.2., 11.5.2., 11.6.2., 11.7.2.; *morfemas gramaticales*.—*de género y número*: 10.1.1., 10.1.2., 10.1.3., 10.1.4., 10.1.6., 10.6.; *negación*: 14.6.; *numeral*: 10.1.6.; *número*: 10.1.3.; *precedido de artículo*: 10.3.3.; *propio*: 10.1.6., 20.6.1.—*definición*: 10.1.6.—

- impuro: 10.1.6.—puro: 10.1.6.; *significación*: 10.1.6., 10.3.4., *unigénero*: 21.4.—*ambiguo*: (n. 1.10.1.2.).—*común*: (n. 1.10.1.2.). — *epiceno*: (n. 1.10.1.2.).
- SUSTITUCIÓN: 1.3., 6.1., 6.3. (n. 5.10.3.3.), 13.4.3., 13.5.2., 16.8.2.
- SUSTITUTIVO: (n. 1.11.0.)
- SUSTRATO LINGÜÍSTICO: 4.1.
del latín hispánico: 4.1.; *vascoiberismo*: 4.2.5.
- SYNDESMOI: 9.5.
- T —
- TABOADA, M.: 8.2.
- TARTESIO:
escritura: 4.2.2.
- TAVANI, G.: (n. 2.4.2.)
- TAXONOMÍA: 1.3., 9.1.
- TEKAVČIĆ, P.: 19.3.1.
- TENSIÓN: 6.9., 7.1.
- TEONIMIA: 4.2.6.
- TEORÍA:
de las designaciones: 8.3.; *de las relaciones*: 8.3.; *de los campos*: 21.3.; *de los casos*: 9.3.; *estándar*: 1.5., 16.0.—*ampliada*: 1.5., 19.3.1.; *típica*: 1.5., 16.0.—*ampliada*: 1.5., 19.3.1.
- TERCERA ARTICULACIÓN: 1.3.
- TERENCIO: 4.3.1., 21.6.
- TERÉS, E.: (n. 13.4.5.)
- TERMINACIÓN -ADO: 2.1.
- TÉRMINO:
marcado o intensivo: 6.4.—*en el género*: 10.1.2.—*en el número*: 10.1.3., 10.3.2.; *no marcado o extensivo*: 6.4.—*en el género*: 10.1.2.—*en el número*: 10.1.2., 10.3.2.; *primario*: 9.4., 9.5., 10.2., 10.3.; *secundario*: 9.4., 9.5., 10.2., 10.3.; *terciario*: 9.4., 9.5., 10.2., 14.1.
- TERMINOLOGÍA LINGÜÍSTICA:
polisemia: 9.1.
- TESIS: 9.2.
- TESNIÈRE, L.: 1.5., 9.3., (n. 6.10.3.3.), (n. 7.12.2.), 17.3.
- TEXTO: 8.3.
progresión: 8.3.
- THIELMANN: 21.6.
- THOMAS, F.: 19.3.1.
- THÜMMEL, W.: 19.3.1.
- TIEMPO: 9.2., 14.1., 14.6.
absoluto.—*futuro*: 13.2., 13.3.1.—*presente*: 13.2., 13.3.1.—*pretérito*: 13.2., 13.3.1.; *compuesto*.—*aspecto no perfectivo*: 21.6.; *condicional*.—*origen*: 19.3.1.—*puntos de contacto con el pretérito imperfecto de subjuntivo*: 13.3.; *de indicativo*.—*contraposición a los de subjuntivo*: 13.3.1.; *de la narración*: 13.2.; *del comentario*: 13.2.; *distribución relativa*: 13.2.; *duplicación de valores*: 21.6.; *eje infectivo*: 21.6.; *estudio diacrónico*: 19.3.1.; *futuro*.—*sistema analítico*: 2.1.—*sistema sintético*: 2.1.; *futuro hipotético de subjuntivo*: 21.6.—*origen*: 19.3.1.; *futuros de subjuntivo*.—*desaparición*: 13.3.1.; *no pasado*: 13.4.1.; *pasado*: 13.4.1.; *pretérito imperfecto de subjuntivo*.—*forma -ra en las oraciones condicionales*: 19.3.1.—*forma -se en las oraciones condicionales*: 19.3.1.; *relación con el tiempo*: 13.2.; *relativo primario*.—*antefuturo*: 13.2., 13.3.1.—*antepresente*: 13.2., 13.3.1.—*antepretérito inmediato*: 13.2., 13.3.1.—*copretérito*: 13.2., 13.3.1.—*pospretérito*: 13.2., 13.3.1.; *relativo secundario*.—*antecopretérito*: 13.2., 13.3.1.—*antepospretérito*: 13.2., 13.3.1.
- TIMBRE: 5.4., 5.6., 5.8., 6.9.
- TOGEBY, K.: 8.2., 8.3., 9.1., 13.3.
- TONEMA: 7.3., 16.9.
clases.—*anticadencia*: 7.3.—*cadencia*: 7.3.—*semicadencia*: 7.3.—*semianticadencia*: 7.3.—*suspensión*: 7.3.; *definición*: 7.3.; *menor*: 7.3.; *rasgo distintivo*: 7.3.
- TONO: 5.4., 5.7., 5.14., 6.9.
medio o normal: 7.3.
- TÓPICO: 21.6.
- TOPONIMIA: (ver onomástica)
- TORRES QUINTERO, R.: (n. 13.3.3.)
- TOVAR, A.: 3.3., (n. 11.3.3.), (n. 2.4.2.), 4.2., 4.2.2., 4.2.4., 4.2.5., 4.3.1., 4.3.2.
- TRANSCRIPCIÓN:
fonemática: 1.3.; *morfemática*: 1.3.
- TRANSFONOLOGIZACIÓN: 6.8.
- TRANSFORMACIÓN: 1.5., 13.4.3., 19.3.1.

- ciclo: 21.2.; *concepto*: 1.5.; *gramatical*: 1.5.; *obligatoria*: 1.5.; *opcional*: 1.5.; *reglas poscíclicas*: 21.2.
- TRANSFORMACIONALISMO: (ver *generativismo*)
- TRANSMUTACIÓN:
 de persona gramatical: 9.6.3.
- TRANSITIVIDAD: 9.3.
- TRANSPOSICIÓN: 20.2.
 figurativa: 20.2.
- TRANSPOSITOR: 12.2., 14.6.
- TRIER, J.: 21.3.
- TRIPTONGO: 5.10.
- TRNKA, J.: 8.3.
- TROPO:
 metáfora: 20.2., 21.5.—*literaria*: 21.5.;
 metonimia: 20.2., 21.5.; *sinécdoque*: 20.2.
- TRUBETZKOY, N. S.: 6.2., (n. 2.6.2.), 6.2.2., (n. 3.6.4.), (n. 4.6.4.), (n. 9.6.7.), 6.7., (n. 13.6.9.)
- TRUJILLO, R.: (n. 2.15.1.), 21.3.
- TURDETANO: 4.2.
- U —
- ULLMANN, S.: 20.1., 20.2., 21.1., 21.2.
- ULTRACORRECCIÓN: 4.8.4., 13.3.2.
- UMBRO: 4.3.2.
- UNANIMO, M. DE: 12.2., 13.5.4.
- UNIDAD:
 compleja: 8.2.; *de competencia*: 6.9.;
 distinguida: 1.3.; *distintiva*: 1.3.;
 funcional: 9.2.; *lingüística*: 1.3., 8.1.—*paradigmática*: 8.1., 8.2.—*sintagmática*: 8.1., 8.2.; *semiológica*: 1.3., 6.9., 19.3.1., 21.2., 21.3., 21.4.;
 significativa: 6.9., 7.3., 8.2.; *suprasegmental*.—*acento*: 6.0., 6.9.—*entonación*: 6.0., 6.9.
- V —
- VALDÉS, A. DE: 11.2.2.
- VALDÉS, J. DE: 19.3.1., 19.3.2.
- VALENCIA: 9.3.
- VALERA, J.: 18.1., 18.3., 18.5.1.1., 19.3.1.
- VALLCORBA, J.: (n. 1.17.3.)
- VALLVÉ, J.: (n. 13.4.5.)
- VALOR:
 de campo: 8.2.; *del signo lingüístico*: 21.2., 21.3.; *dentro del sistema*: 1.1.
- VARIABLE: 9.5.
- VARIANTES DE FONEMAS:
 combinatorias: 6.2., 6.4., 6.5., 6.8.; *facultativas*.—*generales*: 6.2.—*individuales*: 6.2.
- VARRÓN: 21.6.
- VASCOIBERISMO: 4.2.5.
- VASCORROMÁNICO: 3.3.
- VASCUENCE: 3.3., 4.1., 4.2., 4.2.5., 4.3.2., 4.6., 9.3.
- VEGA, G. DE LA: 4.7., 19.3.1.
- VEIGA ARIAS, A.: 6.2.2.
- VELÁZQUEZ, L. J.: 4.2.
- VERBO: 4.8.9., 9.2., 9.3., 9.4., 9.5., 13., 13.5.4., 14.1., 14.3., 16.2.1., 16.4., 16.6., 16.8.2.1., 16.8.2.2., 16.8.9., 18.3., 20.6.1.
 adyacentes o complementos.—*términos compatibles en un mismo predicado*: 16.3.—*términos incompatibles en un mismo predicado*: 16.3.; *auxiliar*: 13.8.—*diferenciación de las formas verbales similares-pruebas*: *conmutación o sustitución*: 13.4.3.—*diferenciación de las formas verbales similares-pruebas*: *selección*: 13.4.3.—*diferenciación de las formas verbales similares-pruebas*: *transformación interrogativa*: 13.4.3.—*diferenciación de las formas verbales similares-pruebas*: *transformación pasiva*: 13.4.3.—*forma*: 13.4.3.—*función*: 13.4.3.—*gramaticalización*: 13.4.3., 13.8., 16.8.2.—*origen*: 21.6.—*significación*: 13.4.3.; *como núcleo del predicado*: 13.4.3., 14.4., 16.2., 16.3.; *como término secundario*: 13.0., 13.1.; *como unidad funcional*: 9.2.; *de dicción*.—*que rige oraciones sustantivas*: 18.5.1.1.; *de opinión*.—*construcción con negación adverbial*: 14.6.; *de pensamiento*.—*que rige oraciones sustantivas*: 18.5.1.1.; *defectivo*.—*en las oraciones impersonales unipersonales*: 16.8.2.2.; *definición fenomenológico-significativa*: 13.0., 13.8.; *desinente o perfectivo*: 13.8., 17.3.; *estar*: 17. *passim*.—*atributos*:

adverbio: 17.2.2.—atributos: gerundio: 17.2.2.—atributos: locución adverbial o pronombre adverbial: 17.2.2.—como atributivo por excelencia: 16.8.2., 17.0.—como auxiliar: 13.8.—con adjetivo de clase: 17.3.—con adjetivo predicativo: 17.3.—con participio: 17.3.—gramaticalización: 16.8.3., 17.2.—normas para su uso: 17.3.—temporalidad en la atribución: 17.3.—uso atributivo: 17.1., 17.2.—uso atributivo: valor perfectivo: 17.2.—uso predicativo: 17.1., 17.1.2.—uso predicativo: expresión de situación: 17.1.2.—uso predicativo: indicación de permanencia: 17.1.2.; *flexibilización de usos*: 4.8.9.; *fonéticamente irregular*.—en el tema de futuro: 13.6.—en el tema de presente: 13.6.—en el tema de pretérito: 13.6.; *forma*: 13.1., 13.6.; *formal o gramatical*.—con significado de vida exterior: 13.8.—con significado de vida interior: 13.8.; *formantes constitutivos*: 13.1., 13.3.—estabilidad y excepciones: 13.1.1.; *formas nominales o no personales*: 9.1., 9.5., 13.4.3., 13.8., 13.9., 16.2., 18.5.1.—como expresión de aspecto y no de tiempo: 13.9.—modificadores de tiempo y aspecto: 13.9.—valor verbal: 13.9.; *formas personales*: 9.1., 16.2., 18.5.1.; *frecuentativo*: 13.8.; *función*: 10.3.3., 13.7.; *haber*.—como auxiliar en todos sus usos modernos: 13.8.—gramaticalización: 13.8., 16.8.2.—pérdida de su valor transitivo: 21.6.; *hacer*.—como sustituto del verbo principal en las perífrasis: 13.4.3.; *impersonal, unipersonal o de la naturaleza*: 13.8.—uso metafórico: 16.8.2., 16.8.2.2.; *incoativo*: 13.8.; *intransitivo*: 13.8., 16.3., 16.8.2.; *irregularidades en el tema de futuro*.—pérdida de vocal pretónica interna: 13.6.—pérdida de vocal y aumento de consonante: 13.7.—pérdida de vocal y consonante: 13.6.; *irregularidades en el tema de presente*.—adición de consonantes: 13.6.—cierre de la vocal radical:

13.6.—diptongación de la vocal radical tónica: 13.6.; *irregularidades en el tema de pretérito*.—cierre de la vocal radical: 13.6.—pretéritos fuertes (con acentuación grave): 13.6.; *iterativo*: 13.8.; *lexema*.—raíz: 13.1.—tema (vocal temática): 13.1.—tema (vocal temática): variaciones y neutralización: 13.1.; *metáfora temporal*: 13.2.; *modal*: 13.8.—construcción con negación adverbial: 14.6.; *modificadores primarios*.—carácter absoluto: 13.4.2.—como sufijos: 13.4.2.—de tiempo y aspecto: 9.5., 13.0., 13.1., 13.1.2., 13.3., 13.4.1., 13.9., 16.1.; *modificadores secundarios*.—anterioridad relevante: 13.4.2., 13.4.3.—carácter relativo: 13.4.2.—como formas distintas: 13.4.2.—duración explícita: 13.4.2., 13.4.3.—prosecución: 13.4.2., 13.4.3.; *modificadores terciarios*.—perífrasis: 13.4.3.; *morfema gramatical de voz*: 13.5.2.; *morfemas gramaticales de número y persona*: 13.1., 13.1.1., 13.3.—estabilidad y excepciones: 13.1.1.; *no modal*.—construcción con negación adverbial: 14.6.; *no tiempos*: 13.3.; *perífrasis*: (ver perífrasis verbales); *permanente o imperfectivo*: 13.8., 17.3.; *plurisistemismo*.—en las segundas personas: 2.2.; *propiedades*.—como expresión de la actitud del hablante: 13.7.—como núcleo del predicado: 13.7.—como palabra oracional por excelencia: 13.7.—como situación del significado oracional: 13.7.—como unión sintética de sujeto y predicado: 13.7.; *recíproco*: 13.8.; *reflexivo*: 13.8.—formal: 11.2.1.; *semitiempos*: 13.3.; *ser*: 17. *passim*.—+ adjetivo: 13.5.2.—atributos: infinitivo: 17.2.1.—atributos: pronombre sustantivo: 17.2.1.—atributos: sustantivo: 17.2.1.—como atributivo por excelencia: 16.8.2., 17.0.—como auxiliar de la pasiva: 13.8.—con adjetivo de clase: 17.3.—con adjetivo predicativo: 17.3.—con participio: 17.3.—gramati-

- ticalización: 16.8.3., 17.2.—intemporalidad en la atribución: 17.3.—normas para su uso: 17.3.—+ participio: 13.5.2.—+ sustantivo: 13.5.2.—uso atributivo: 17.1., 17.2.—uso predicativo: valor esencial: 17.2.—uso predicativo: 17.1., 17.1.1.—uso predicativo: construcciones arcaicas: 17.1.1.—uso predicativo: valor de causa: 17.1.1.—uso predicativo: valor de relación: 17.1.1.—uso predicativo: valor de suceso: 17.1.1.—uso predicativo: valor de tiempo: 17.1.1.—uso predicativo: valor existencial: 17.1.1.—uso predicativo: valor locativo: 17.1.1.; *significación*: 13.4.1., 13.8.—según el empleo gramatical: 13.8.—según el empleo gramatical y el modo de acción: 13.8.—según el modo de acción: 13.8.; *simplificación de paradigmas*: 4.8.9.; *sincrónicamente irregular y diacrónicamente regular*: 13.6.; *situación verbal*, ver *SITUACIÓN*. *sustantivación*: 11.4.2., 11.5.1.; *tiempos*: 13.3.; *transitivo*: 13.5.2., 13.8., 16.3., 16.8.2.—*significación incompleta*: 16.5.
- VERBOIDES**: 9.1., 9.5., 13.4.3., 13.8., 13.9., 16.2., 18.5.1.
como expresión de aspecto y no de tiempo: 13.9.; *modificadores de tiempo y aspecto*: 13.9.; *valor verbal*: 13.9.
- VERNET, J.**: (n. 13.4.5.)
VETTER, E.: 4.3.2.
- VIBRACIÓN**: 5.1., 5.2., 5.3., 5.4., 5.5., 5.6., 6.9.
- VILLALÓN, C. DE**: (n. 4.3.1.)
- VILLENA, MARQUÉS DE**: 3.1.
- VINCULACIÓN**: 19.3.1.
- VIRGILIO**: 19.3.1.
- VOCABULARIO**: 21.2., 21.3.
latino-romance: 20.7.
- VOCALES**: 5.10., 5.11., 5.12., 5.13., 5.14., 6.2.1., 6.9., 7.2.
apertura: 6.9.; *abiertas*: 5.11., 5.14., 6.2.1.; *átonas*.—*ensordecimiento*: 4.8.2.—*pérdida*: 4.8.2.—*relajación*: 4.8.2.; *características*: 5.7.; *centrales*: 5.12., 5.14., 6.2.1.; *cerradas*: 5.11., 5.14., 6.2.1.; *clasificación acústica*: 5.14.; *clasificación articulatoria*.—*por el lugar de articulación*: 5.12.—*por el modo de articulación*: 5.11.; *combinación con las consonantes*: 6.9.; *diferencias con las consonantes*: 5.7.; *medias*: 5.11., 6.2.1.; *palatales*: 5.12., 6.2.1., 6.4.; *producción*: 5.7.; *velares*: 5.12., 5.14., 6.2.1., 6.4.
- VOCATIVO**:
función apelativa o expresiva: 13.3., 13.3.2.
- VOCES FRANCAS**: (ver préstamos lingüísticos)
- VOCES GÓTICAS**: (ver préstamos lingüísticos)
- VOCES SUEVAS**: (ver préstamos lingüísticos)
- VOCES VISIGÓTICAS**: (ver préstamos lingüísticos)
- VOSEO**: 2.2., 11.2.5.
- VOZ**: 16.1.
emisión: 5.6.
- VOZ VERBAL**:
activa: 13.5., 13.5.1., 13.5.2., 13.5.3., 16.8.2.—*paso a pasiva*: 21.6.; *diátesis*.—*definición*: 13.5.; *forma*: 13.5.1.; *funciones*: 13.5.2.; *media*: 13.5.4.; *pasiva*: 9.3., 13.4.3.—*analítica*: 13.5., 13.5.1., 13.5.2., 13.5.3.—*refleja*: 13.5., 13.5.1., 13.5.2., 13.5.3., 13.5.4.—*refleja*: como sustituto de la pasiva propia: 11.2.1., 13.5.3., 13.8., 16.8.2., 16.8.2.1.—*refleja*: construcciones incorrectas: 13.5.4.—*refleja*: construcciones por analogía: 13.5.4.—*refleja*: estudio diacrónico: 13.5.4.—*refleja*: medialidad: 13.5.1., 13.5.3., 13.5.4.—*refleja*: significado impersonal: 13.5.4.—*sintética*: 13.5.4.; *significación*: 13.5.3.
- VULGARISMOS**: 13.5.4.
- W —
- WARTBURG, W. VON**: (n. 22.4.8.1.), 21.3.
- WEINREICH, U.**: 1.5., (n. 26.20.7.3.), 21.1.
- WEINRICH, H.**: 13.2., 13.3., 16.0., 19.3.1.
- WILS**: 8.3.
- WINTER, W.**: (n. 4.1.6.)

WRIGHT, L. O.: 19.3.1.
WUNDT: 14.5.

— X —

XIMÉNEZ PATÓN, B.: 3.1.

— Y —

YEÍSMO: 2.1., 4.8.3., 6.2.1.

YUXTAPOSICIÓN: (ver asindeton)

— Z —

ZAMORA VICENTE, A.: 2.2., 11.2.5.

ZARAGÜETA, J.: 19.3.1.

ZIFAR: 19.4.2.

ZIPF, G. K.: (n. 7.21.4.)

ZORRILLA, J.: 11.7.2., 16.8.1.

OTRAS OBRAS DE LA MISMA EDITORIAL

Biblioteca de Psicología y Educación

Serie: Temas de Psicología

- R. KELLOGG
Análisis de la expresión plástica del preescolar. 312 págs.
A. ZIV y J. DIEM
2. *Psicopedagogía experimental.* 168 págs.
S. BOURGES
 3. *Tests para el psicodiagnóstico infantil. Elección e interpretación de pruebas.* 269 páginas.
R. FERNANDEZ BALLESTEROS
 5. *Psicodiagnóstico. Concepto y metodología.* 200 págs.
A. GOSALBEZ CELDRAN
 6. *Técnicas para el tratamiento psicopedagógico.* 384 págs.
R. E. VALETT
 10. *Niños hiperactivos. Guía para la familia y la escuela.* 136 págs.
VARIOS AUTORES
 11. *Problemas escolares. Dislexia, discalculia, dislalia.* 208 págs.
VARIOS AUTORES
 12. *Influencia del entorno educativo en el niño.* 180 págs.

Serie: Psicoterapias actuales

- M.-L. ORLIC
1. *Método de reeducación psicomotriz. La educación gestual.* 104 págs.

Serie: Aprendizaje y reeducación

- R. MUCCHIELLI y A. BOURCIER
1. *La dislexia. Causas, diagnóstico y reeducación.* 180 págs.
P. KLINGEBIEL
 2. *El niño zurdo. Diagnóstico y tratamiento.* 192 págs.
M. A. JOHNSON
 3. *La educación del niño deficiente mental. Manual para padres y educadores.* 168 páginas.
R. E. VALETT
 7. *Tratamiento de los problemas de aprendizaje.* 344 págs.

Serie: Educación Especial

- H. BACH
1. *La deficiencia mental. Aspectos pedagógicos.* 184 págs.
A. REY
 2. *Retraso mental y primeros ejercicios educativos.* 272 págs.
VARIOS AUTORES
 8. *Educación especial.* 496 págs.

Serie: Educación de Nuestro Tiempo

- R. FOURCADE
1. *Hacia una renovación pedagógica. La dinámica/profesores, alumnos, instituciones.* 208 págs.
R. NASSIF
 9. *Teoría de la Educación. Problemática pedagógica contemporánea.* 352 págs.

Serie: Didaxis

- J. ROMERO PEÑAS y GONZALEZ-ANLEO
2. *Sociología para educadores.* 264 págs.
M. FERNANDEZ PEREZ
 3. *Evaluación escolar y cambio educativo.* 128 páginas.
R. NASSIF
 6. *Pedagogía general.* 306 págs.
P. A. LAFOURCADE
 7. *Evaluación de los aprendizajes.* 360 págs.
A. GOSALBEZ CELDRAN
 8. *Orientación y tratamiento psicopedagógico.* 264 págs.
A. ASTI VERA
 9. *Metodología de la investigación.* 208 págs.

Temas de Educación Preescolar

- CH. RIEU y M. FREY-KEROUEDAN
1. *De la motricidad a la escritura.* 104 págs.
R. COHEN
 2. *El aprendizaje precoz de la lectura. ¿A los 6 años es ya demasiado tarde?* 208 págs.
J. VIGY
 3. *Organización cooperativa de la clase. Talleres permanentes con niños de 2 a 7 años.* 120 págs.
L. LURÇAT
 4. *Pintar, dibujar, escribir, pensar. El grafismo en el Preescolar.* 160 págs.
A. DELAUNAY, M. ABBADIE y otros
 - 5 y 6. *La educación preescolar. Teoría y práctica* (2 tomos). 202 y 200 págs.
N. DU SAUSSOIS
 7. *Actividades en talleres para guarderías y Preescolar.* 176 págs.
F. FRABONI
 8. *La educación del niño de 0 a 6 años.* 176 páginas.
M. BALDISSERRI
 9. *El preescolar: escuela de la infancia.* 136 páginas.
P. ERRAZURIZ y LILIA MARTIN
 10. *Aprender jugando. Preparación a la lectura y escritura.* 160 págs.

Colección Didáctica

- J. L. RODRIGUEZ DIEGUEZ
1. *Didáctica general. I. Objetivos y Evaluación.* 440 págs.
J. M. ROMAN, G. MUSITU y E. PASTOR
 2. *Métodos activos para Enseñanzas Medias y Universitarias.* 288 págs.
ARSENIO PACIOS
 3. *Introducción a la Didáctica.* 176 págs.
P. BAILEY
 4. *Didáctica de la Geografía.* 208 págs.

Diálogos en Educación

- J. M. ESCUDERO MUÑOZ
1. *Cómo formular objetivos operativos.* 128 páginas.
L. M. VILLAR ANGULO y otros
 2. *Enfoque modular de la enseñanza. 1. El autoperfeccionamiento del profesor.* 192 págs.
M. LORENZO DELGADO
 3. *El vocabulario y la ortografía de nuestros alumnos.* 72 págs.

- L. M. VILLAR ANGULO y otros
4. *Enfoque modular de la enseñanza. 2. Aprender a enseñar* 208 págs.
- L. PORCHER y otros
5. *Medios audiovisuales. Aplicación a la Lengua, Matemáticas, Ciencias Naturales y Sociales, Idiomas, Plástica y Tecnología.* 160 páginas.
- A. VEGA FUENTE
6. *Las drogas.* 160 págs.
- CHRIS PARSONS
7. *Cómo estudiar con eficacia.* 112 págs.
- G. FAURE y S. LASCAR
8. *El juego dramático en la escuela (Fichas de ejercicios).* 128 págs.
- B. ROTGER AMENGUAL
9. *Las técnicas de estudio en los programas escolares.* 136 págs.
- J. NOEL LUC
10. *La enseñanza de la historia a través del medio.* 160 págs.
- JUAN CERVERA
11. *Cómo practicar la dramatización con niños de 4 a 14 años.* 200 págs.
- J. BILLAUT y otros
12. *El niño descubre su lengua materna.* 160 páginas.
- A. B. CHEYNEY
13. *La enseñanza de la lectura por el periódico.* 104 págs.
- D. DE PRADO DIEZ
14. *El torbellino de ideas.* 192 págs.
- N. LOPEZ RODRIGUEZ
15. *Cómo valorar textos escolares.* 144 págs.
- G. CHANAN y L. GILCHRIST
16. *Para qué la escuela.* 160 págs.
- S. DELAMONT
17. *La interacción didáctica.* 200 págs.
- V. FERRERES PAVIA
18. *Enseñanza y valoración de la composición escrita.* 120 págs.
- M. STUBBS
19. *Lenguaje y escuela.*
- J. CERVERA
20. *La literatura infantil en la educación básica.* 224 págs.

Colección Expresión y Escuela

- E. MARTINEZ y J. DELGADO
El origen de la expresión en niños de 3 a 6 años 168 págs.
- E. MARTINEZ y J. DELGADO
La afirmación de la expresión. 168 págs.
- A. PELEGRIN
La aventura de oír. Cuentos y memorias de tradición oral. 208 págs.
- C. y M. SANUY
Música, maestro. Bases para una educación musical (2-7 años). 128 págs.
- C. y M. SANUY
Al son que tocan, bailo. 148 págs.
- D. BLAZQUEZ y E. ORTEGA
La actividad motriz en el niño de 3 a 6 años. 184 páginas.
- D. BLAZQUEZ y E. ORTEGA
La actividad motriz en el niño de 6 a 8 años. 230 páginas.

Colección Guías para el Educador

- E. GAZZANO
1. *Educación psicomotriz. 1.* 112 págs.
 - G. CROVETTI
 2. *Educación lógico-matemática. 1.* 128 págs.
 - E. GAZZANO
 3. *Educación psicomotriz. 2.* 96 págs.
 - G. CROVETTI
 4. *Educación lógico-matemática. 2.* 140 págs.
 - M. CUENCA
 5. *Educación para el ocio.* 108 págs.
 - D. C. CHING
 6. *Cómo aprende a leer el niño bilingüe.* 68 páginas.
 - J. VIOQUE
 7. *La utilización de la prensa en la escuela.* 141 páginas.

Colección Letras Universitarias

- F. MARCOS MARIN
1. *Curso de Gramática Española.* 560 págs.
 - F. MARCOS MARIN y otros
 2. *Introducción plural a la gramática histórica.* 304 págs.